

Contemporanea

**D. H.  
LAWRENCE**

**Tú me acariciaste  
y otros cuentos**



se

Sus primeros relatos a menudo han sido contruidos sobre experiencias personales, como «Las sombras de la primavera», una recreación de la relación amorosa del autor con Jessie Chambers. El horror de la Primera Guerra Mundial aparece en «El oficial prusiano» y «Embrollo mortal», que explora el vínculo entre las batallas sexuales y las militares. El desarrollo de las ideas de Lawrence sobre la dualidad esencial de nuestras vidas se expresa poderosamente en sus últimos cuentos, como «Cosas». Pero, por encima de todo, estos relatos ilustran la apasionada creencia del autor en las fuerzas destructivas que operan en la sociedad moderna y sus efectos sobre el amor entre hombres y mujeres.

La edición que el lector tiene en sus manos ha sido revisada y corregida a la luz de las versiones publicadas por Cambridge University Press en 1983, 1987, 1990, 1995 y 2005.

«Un genio creativo único».

*Daily Telegraph*



D. H. Lawrence

# Tú me acariciaste y otros cuentos

ePub r1.0

Titivillus 01.05.16



[PlanetaLibro.net](http://PlanetaLibro.net)

Título original: *Selected Short Stories*

D. H. Lawrence, 1982

Traducción: Marcelo Covián Fasce & Ana Eiroa & Verónica Fernández-Muro & Rufo  
G. Salcedo & Pilar Mañas & Rosa Parramón

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2







3

ANIVERSARIO

EDICIÓN CONMEMORATIVA

epublibre

*más libros, más libres*

## ADVERTENCIA SOBRE LA PRESENTE EDICIÓN

D. H. Lawrence es, indudablemente, uno de los escritores británicos más relevantes del siglo xx, con una obra que, desde sus primeras ediciones, fue tan bien aceptada por el gran público como fuente de lealtades apasionadas y críticas fervientes por parte de los estudiosos de la literatura. Y todo ello a pesar de la notoria y escandalosa inexactitud de los textos publicados respecto a los manuscritos que el autor entregaba a sus editores. Pues Lawrence no solo tuvo que aceptar, como tantos otros, la adaptación de su manera de escribir a las normas de estilo editoriales, sino la reiterada censura de unos textos que, por ser calificados de obscenos, si no directamente pornográficos, podían llegar a ser fuente de problemas legales.

A finales de la década de los ochenta del siglo pasado, Cambridge University Press acometió la tarea de editar la obra «real» de Lawrence, aquella que él hubiera reconocido como auténtico producto de su genio. Un equipo internacional de especialistas bajo la dirección de los profesores James T. Boulton y Warren Roberts realizó un riguroso estudio de los manuscritos supervivientes, textos mecanografiados, pruebas de imprenta y primeras impresiones, para intentar restaurar al máximo, no sólo los párrafos censurados impunemente, sino la puntuación original del autor. Así, *The Cambridge Edition of the Works of D. H. Lawrence* se considera hoy en día la edición definitiva y canónica de la obra de Lawrence, y a partir de ella, editorial DeBolsillo ha construido su Biblioteca Lawrence.

*Tú me acariciaste y otros cuentos* recoge una selección de veinticinco relatos de los más de cincuenta que escribió el autor a lo largo de su vida. Se han elegido estos y no otros por considerarlos idóneos para mostrar la

evolución, tanto en la temática como en la estructura e intención del relato, de la escritura de Lawrence. Los años formativos (1907-1914), que suponen un paso paulatino del naturalismo al simbolismo, en los que se encuadran los cuentos recogidos en el volumen *The Prussian Officer and Other Stories / El oficial prusiano y otros cuentos* (1914). Los años que anteceden y siguen a la Primera Guerra Mundial (1914-1922), cuyos relatos componen el volumen *England, My England and Other Stories / Inglaterra, Inglaterra mía y otros cuentos* (1922), donde la idea de apocalipsis y una metafísica del amor son evidentes. Y, por fin, los cuentos más centrados en la experimentación formal (1923-1928) de los últimos años de vida del autor, incluidos en *The Woman Who Rode Away and Other Stories / La mujer que se fue a caballo y otros cuentos* (1928), y los volúmenes póstumos *Love Among the Haystacks and Other Pieces / Amor entre el heno y otras piezas* (1933) y *The Lovely Lady / La señora encantadora* (1930).

La mayor parte de estos veinticinco relatos ya había sido traducida al castellano en diferentes ediciones, publicadas en los últimos veinticinco años. Sin el esfuerzo realizado por editores y traductores hasta nuestros días, la edición que el lector tiene en sus manos no hubiera sido posible. Pero las traducciones que se han rescatado han tenido que sufrir un proceso de revisión, corrección y, a veces, ampliación puesto que la versión inglesa utilizada en su día para la traducción al castellano no es, ahora, la que podríamos considerar canónica, es decir, la incluida en los siguientes volúmenes de la obra de Lawrence en Cambridge University Press: *The Prussian Officer and Other Stories*, 1983; *Love Among the Haystacks and Other Stories*, 1987; *England, My England and Other Stories*, 1990; *The Woman Who Rode Away and Other Stories*, 1995.

Las notas al pie son adaptaciones que proceden en su mayor parte de estas ediciones o de sus subsidiarias de bolsillo en Penguin. Y se ha optado por el orden cronológico para presentar los cuentos. Como podrá comprobar el lector curioso en la nota añadida a los títulos de los cuentos, donde se habla de los avatares editoriales de cada uno de ellos, a la censura de los editores y la autocensura de un autor deseoso de publicar casi a cualquier precio, se unen las reescrituras de la mayor parte de estos cuentos posteriores a la publicación en revistas, y las correcciones hechas una y otra vez sobre el

original, sobre el texto mecanografiado o sobre la revista misma. Es fácil comprender el ingente trabajo realizado por la editorial inglesa para preferir una fuente a otra y, a partir de ella, trabajar en la reconstrucción de cada cuento. Vaya nuestro agradecimiento para ellos y también para Anna Navarro, que se ocupó de la ardua tarea de localizar en bibliotecas las ediciones en castellano, agotadas casi en su mayor parte, de los cuentos de D. H. Lawrence. Esperamos que este volumen que recoge por primera vez en castellano la evolución del relato en el escritor británico, sirva para comprender mejor su obra y para valorarle como un gran escritor de cuentos.

LOS EDITORES



## PROCEDENCIA DE LOS RELATOS

A continuación citamos el año de la escritura y la procedencia de cada cuento respecto a su primera edición dentro de un volumen, tanto en inglés como en castellano:

«La media blanca» (1907), en *The Prussian Officer and Other Stories*, Duckworth and Co., Londres, 1914; *El oficial prusiano y otros relatos*, traducción de Marcelo Covián, Bruguera, Barcelona, 1980.

«Olor a crisantemos» (1909), en *The Prussian Officer and Other Stories*, Duckworth and Co., Londres, 1914; *Heroínas modernas*, traducción de Pilar Mañas, Celeste Ediciones, Madrid, 2001.

«Amor entre el heno» (1911), en *Love Among the Haystacks and Other Pieces*, Nonesuch Press, Londres, 1930; inédito en castellano y traducido por Pilar Mañas para la presente edición.

«Las hijas del vicario» (1911), en *The Prussian Officer and Other Stories*, Duckworth and Co., Londres, 1914; *El oficial prusiano y otros relatos*, traducción de Marcelo Covián, Bruguera, Barcelona, 1980.

«El segundón» (1911), en *The Prussian Officer and Other Stories*, Duckworth and Co. Londres, 1914; *El oficial prusiano y otros relatos*, traducción de Marcelo Covián, Bruguera, Barcelona, 1980.

«Las sombras de la primavera» (1911), en *The Prussian Officer and Other Stories*, Duckworth and Co., Londres, 1914; *El oficial prusiano y otros relatos*, traducción de Marcelo Covián, Bruguera, Barcelona, 1980.

«El oficial prusiano» (1913), en *The Prussian Officer and Other Stories*, Duckworth and Co., Londres, 1914; *El oficial prusiano y otros relatos*, traducción de Marcelo Covián, Bruguera, Barcelona, 1980.

«La espina en la carne» (1913), en *The Prussian Officer and Other Stories*, Duckworth and Co., Londres, 1914; *El oficial prusiano y otros relatos*, traducción de Marcelo Covián, Bruguera, Barcelona, 1980.

«Embrolio mortal» (1913), publicado en la revista *Seven Arts*, 1917, y no incluido en ninguna recopilación; *Sol*; *El oficial prusiano*; *Espiral de muerte*, traducción de Rufo G. Salcedo, Fontamara, Barcelona, 1980.

«La hija del tratante de caballos» (1916), en *England, My England and Other Stories*, Thomas Seltzer, Nueva York, 1922; *Dos pájaros azules*, traducción de Rosa Parramón, Caralt, Barcelona, 1982.

«Sansón y Dalila» (1916), en *England, My England and Other Stories*, Thomas Seltzer, Nueva York, 1922; inédito en castellano y traducido por Pilar Mañas para la presente edición.

«Billetes, por favor» (1918), en *England, My England and Other Stories*, Thomas Seltzer, Nueva York, 1922; *Heroínas modernas*, traducción de Pilar Mañas, Celeste Ediciones, Madrid, 2001.

«El ciego» (1918), en *England, My England and Other Stories*, Thomas Seltzer, Nueva York, 1922; inédito en castellano y traducido por Pilar Mañas para la presente edición.

«Fanny y Annie [El colmo]» (1919), en *England, My England and Other Stories*, Thomas Seltzer, Nueva York, 1922; inédito en castellano y traducido por Pilar Mañas para la presente edición.

«Tú me acariciaste [Hadrian]» (1919), en *England, My England and Other Stories*, Thomas Seltzer, Nueva York, 1922; *Heroínas modernas*, traducción de Pilar Mañas, Celeste Ediciones, Madrid, 2001.

«Jimmy y la mujer desesperada» (1924), en *The Woman Who Rode Away and Other Stories*, Secker, Londres, 1928; inédito en castellano y traducido por Pilar Mañas para la presente edición.

«La frontera» (1924), en *The Woman Who Rode Away and Other Stories*, Secker, Londres, 1928; *La frontera; El ganador; Cosas*, traducción de Verónica Fernández Muro, DeBols!llo, Barcelona, 2000.

«Dos pájaros azules» (1926), en *The Woman Who Rode Away and Other Stories*, Secker, Londres, 1928; *Dos pájaros azules*, traducción de Rosa Parramón, Caralt, Barcelona, 1982.

«El hombre que adoraba islas» (1926), en *The Woman Who Rode Away and Other Stories*, Secker, Londres, 1928; *Dos pájaros azules*, traducción de Rosa Parramón, Caralt, Barcelona, 1982.

«Sol» (1925-1926), en *The Woman Who Rode Away and Other Stories*, Secker, Londres 1928; *Dos pájaros azules*, traducción de Rosa Parramón, Caralt, Barcelona 1982.

«El ganador» (1925), en *The Woman Who Rode Away and Other Stories*, Secker, Londres, 1928; *La frontera; El ganador; Cosas*, traducción de Verónica Fernández Muro, DeBols!llo, Barcelona, 2000.

«Sonrisa» (1925), en *The Woman Who Rode Away and Other Stories*, Secker, Londres, 1928; *Dos pájaros azules*, traducción de Rosa Parramón, Caralt, Barcelona, 1982.

«La dama encantadora» (1927), en *The Lovely Lady*, Secker, Londres, 1933; inédito en castellano y traducido por Pilar Mañas para la presente edición.

«Cosas» (1928), recopilado en *The Lovely Lady*, Secker, Londres, 1933; *La frontera; El ganador; Cosas*, traducción de Verónica Fernández Muro, DeBols!llo, Barcelona, 2000.

«Madre e hija» (1928), recopilado en *The Lovely Lady*, Secker, Londres, 1933; inédito en castellano y traducido por Pilar Mañas para la presente edición.

## PRÓLOGO

D. H. Lawrence fue uno de los autores más prolíficos y transgresores de la literatura inglesa de principios del siglo xx. También uno de los autores más controvertidos en su época. Ni en sus orígenes ni en su desarrollo puede la literatura, como forma de arte, ser entendida aislada de la influencia de la sociedad y de las corrientes de pensamiento de la época en la que se produce. Por ello, con la distancia de casi un siglo, es ahora cuando mejor evaluada y apreciada puede ser la producción artística de los autores que en su época fueron incomprendidos o juzgados con prejuicios morales. El caso de D. H. Lawrence es especialmente significativo, pues fue un artista hecho a sí mismo que vehiculó con gran facilidad su filosofía, su pensamiento artístico, a través de su literatura, una ingente producción que abarcó desde la novela, el ensayo, la poesía y el teatro hasta lo que hoy nos ocupa: el relato corto. Tal vez su espíritu transgresor, su innovación en las formas de narrar o simplemente su rebeldía contra las normas morales victorianas y clasistas vigentes en la época fueron los causantes de la cuantiosa obra crítica que su literatura despertó a lo largo del siglo xx. Pero también una parte de la obra crítica sobre su producción artística ha sido originada —¿por qué no reconocerlo?— por su calidad, la cual ha llevado a reeditar continuamente su obra y, finalmente, a ser traducida a multitud de lenguas.

Aunque la popularidad de D. H. Lawrence ha alcanzado también a nuestro país, podemos afirmar que su producción literaria no ha sido tratada por igual: han sido traducidas más y mejor sus novelas, algo menos sus relatos y novelas breves, y escasamente su poesía. La popularidad alcanzada por el autor ha estado marcada, como decíamos anteriormente, por la polémica que suscitaron sus temas de ficción —el adulterio, la sexualidad y

la sensualidad femenina, la reconciliación de la dicotomía humana entre sentimiento e intelecto, la decadencia del mundo rural frente a la potente y desnaturalizada industrialización, etcétera— o el tratamiento que él les dio. Otra de las razones de dicha polémica fue la controversia creada en el mundo de la crítica literaria sobre su calidad artística, altamente discutida desde la primera época en la que aparecieron sus publicaciones: desde los primeros ataques lanzados contra él por sus contemporáneos como T. S. Eliot o Virginia Woolf, hasta la defensa de su obra encabezada por Aldous Huxley o E. M. Foster. Existe pues una amplia bibliografía sobre D. H. Lawrence, tanto biográfica como estilística, fundamentalmente elaborada a partir de su muerte en 1930, y sobre todo la concerniente a sus novelas. Sin embargo, hasta 1962 no apareció ningún estudio crítico sobre sus relatos cortos.

La selección que presentamos en castellano recoge lo más representativo de su producción completa de relatos, crisol donde se funden como pequeños bocetos los personajes y la ambientación que, paralela o posteriormente, desarrollará en las novelas, pequeñas miniaturas de intensidad sorprendente donde quedan recogidas las líneas fronterizas de su memoria y de su imaginación, y por lo tanto pequeñas obras de arte en las que el lector con tendencia a preferir el relato disfrutará del mejor Lawrence por su variedad temática y estilística.

D. H. Lawrence publicó en vida tres volúmenes donde están incluidos la mayoría de los relatos que escribió (otros fueron publicados en revistas y periódicos de la época y por dicha razón existen varias versiones de cada uno de ellos, ya que tras ser publicados, Lawrence los volvía a revisar introduciendo modificaciones hasta verlos agrupados en volúmenes). Todos los críticos coinciden en afirmar que su producción en relatos cortos se agrupa del siguiente modo:

1. Los años formativos (1907-14). *El oficial prusiano y otros cuentos* (1914).
2. Los años de la guerra (1915-22). *Inglaterra, Inglaterra mía y otros cuentos* (1922).
3. Los años de experimentación formal (1921-28). *La mujer que se fue a caballo y otros cuentos* (1928).

La selección que se presenta contiene lo más representativo de cada uno



de estos períodos, y al presentarse reunidos podemos encontrar una serie de características y similitudes que estructuran un mapa con la geografía de su universo literario, de su memoria personal y de ficción, así como la cosmogonía que lo sustenta.

Una de las características comunes es la constante aparición de personajes femeninos que se elevan como protagonistas de la trama. Otra característica es el uso de la metáfora para ilustrar el mundo emocional y afectivo de los personajes en los que el inconsciente y las emociones adquieren una fuerza inusitada frente al intelecto y la razón. Otra es el uso del simbolismo para expresar su personal metafísica.

### *Las heroínas*

No puede sorprendernos la aparición de los personajes femeninos como protagonistas de casi todos los relatos ya que, en el caso que nos ocupa, se trata de un autor que escribe y se desarrolla ante un agónico siglo XIX, y la influencia de sus cambiantes estructuras se dejó sentir en todas las manifestaciones artísticas de la época. Los conceptos filosóficos, políticos y morales del siglo XIX estaban siendo sometidos a revisión y un nuevo marco de actitudes vitales se estaba revelando en el incipiente siglo XX. Un nuevo modo de pensar y escribir estaba naciendo. En cuanto a los personajes femeninos, un nuevo tratamiento de sus emociones estaba invadiendo la literatura.

La heroína, como reflejo de la mujer en la sociedad, había sido confinada al hogar o a los brazos del esposo como respuesta a sus aspiraciones. La mujer estaba destinada a preservar el ideal del amor romántico, a ser la salvaguarda de los valores morales que habría de transmitir mediante la crianza de los hijos, y su fin supremo, pues, era la maternidad. A ella se le confiere la alta empresa de encarnar la espiritualidad frente a un mundo industrial y materialista. El matrimonio como institución era la meta de la mujer y para ello era educada. A través del matrimonio la mujer podía ya sentirse realizada, y en contraposición la soltería era considerada una desgracia.

De estos papeles que la sociedad le atribuye a la mujer, la heroína victoriana va a ser un fiel reflejo. En Inglaterra los lazos del puritanismo amordazan a las heroínas. Los escritores franceses durante el siglo XIX son mucho más libres a la hora del tratamiento de los temas tabú, como la sexualidad de la mujer o el adulterio. Balzac y Flaubert en Francia, así como Tolstói en Rusia, tratan en sus novelas del mundo sexual y pasional de sus heroínas con absoluta libertad, no así sus contemporáneos ingleses. Flaubert y Tolstói escriben dos novelas sobre el adulterio femenino, *Madame Bovary* y *Ana Karenina*, respectivamente. Sin embargo tendremos que esperar hasta 1881 para ver este tema novelado por Henry James en *Retrato de una dama*. Ahora bien, este retraso respecto a Francia y Rusia no significa que no se estén gestando transformaciones en la sociedad inglesa. A partir del siglo XIX ya comienzan los incipientes movimientos en pro de la emancipación de la mujer. En 1860 se publica uno de los principales tratados sobre la emancipación de la mujer, *El sometimiento de las mujeres*, de John Stuart Mill. Unos años más tarde, en 1870, es aprobada en el Parlamento inglés The Married Women's Property Act. En 1884 se funda la Woman's Suffrage Society.

El tema de la nueva mujer, *the new woman*, comenzaba a ser discutido en todas las escalas del arte y de la filosofía. Escritores como Thomas Hardy, George Moore, Meredith o Henry James comienzan a mostrar interés por el tema. La imperante necesidad de practicar un moralismo espiritual respecto a la mujer ahora es relativizada. La sexopsicología ha encontrado en Inglaterra dos pioneros: Havellock Ellis y Edgard Carpenter. El volumen II del libro de Ellis, *Estudio de psicología sexual*, estaba dedicado a la sexualidad femenina y en él se analiza el tema de la frigidez como un fenómeno histórico y no como un fenómeno patológico. Carpenter por su parte, en sus estudios relativos al sexo y a la sociedad, defendía la sexualidad femenina como algo natural y como posible fuente de placer. Estos tratados coinciden con el desarrollo y los avances en la nueva ciencia de la psicología. Esta nueva ciencia, aunque todavía incipiente, estaba intentando interpretar la naturaleza de la sexualidad en la personalidad humana. Freud, en esta época, está realizando sus estudios en Viena, y aunque no muy conocido, ya comienza a ser discutido en los círculos ingleses.

Es indudable que estas transformaciones están presentes en toda una generación de escritores que van rechazando los antiguos modos victorianos y se van acercando hacia nuevas actitudes vitales respecto a la mujer y su papel en la sociedad. En esta generación hay que incluir a D. H. Lawrence como culminación de un proceso iniciado por Thomas Hardy y Henry James. Estos escritores reinventan a la mujer en la ficción, dotándola de pasiones, amor sensual y atracción sexual, actitudes que se le habían negado durante más de un siglo. Pero no sólo se dota a la heroína de pasión, sino que se la va dejando cada vez más libre para decidir su propio destino, y su voluntad comienza a ser respetada tanto dentro como fuera del hogar. En el caso concreto de Lawrence, podemos afirmar que casi todas las heroínas de los relatos y novelas cortas son mujeres que luchan por autodefinirse, por escapar de las ataduras sociales impuestas y liberarse a través del amor sensual. Algunas de ellas optan por la huida del hogar, por la búsqueda de su plenitud en contacto con la naturaleza, por el adulterio como forma de escape; buscan, en definitiva, liberarse a través del amor sensual o de la soledad, aunque en algunos casos no lo logren. Otras, sin permitirse la huida, no renuncian a su libertad, o reflejan el drama por no conseguirla. Las heroínas de Lawrence gozan de mayor complejidad que las de Hardy, ya que intentó convertir en literatura casi todas las facetas psicológicas de la mujer: como madre, hija, esposa, hermana y amante, e indagó sobre su soledad, su sensualidad, su temor ante el sexo opuesto e incluso ante la agresión del otro, como en «Billetes, por favor». D. H. Lawrence se adentra en la psicología femenina como si de un mundo enigmático y atrayente se tratase. Las mujeres que noveló o convirtió en ficción, son mujeres en proceso de emancipación o ya emancipadas, mujeres sensibles al arte, mujeres inteligentes, a veces más compañeras que esposas y que si fracasan en el amor, vuelven a intentarlo. Son capaces de estimular al hombre en su desarrollo intelectual y emocional, aunque a veces pueden llegar a destruirlo. Sus heroínas, podríamos afirmar, son las precursoras de las heroínas de la narrativa moderna.

### *La metáfora y los ritos*

El relato como forma literaria tiene una larga historia pero no adquiere su

verdadera dimensión psicológica y su plenitud de narrar instantes intensos y de final abierto, donde el lector se sienta parte activa de la acción, hasta finales del siglo XIX. Uno de sus grandes maestros en lengua inglesa fue D. H. Lawrence. Y esta maestría procede no sólo de su ingenio, sino del trabajo constante y de la revisión. Decíamos anteriormente que los relatos eran un crisol o pequeñas novelas en miniatura donde él trabajaba esbozos de reacciones psicológicas, acontecimientos puntuales de su memoria o de la memoria ajena a los que dotaba de su cambiante concepción del mundo, de su íntima filosofía que fue, lógicamente, evolucionando según evolucionaba su propia biografía. Por eso encontramos desde historias de su infancia en los paisajes mineros de Eastwood al norte de Inglaterra, donde transcurre su infancia y juventud o la de sus padres en un tono realista y prechejoviano, hasta llegar al final, en su etapa de experimentación formal, al uso del simbolismo y del juego verbal en la sátira, propios de los escritores más modernistas, siempre atento en esta evolución hacia los nuevos modos de expresión narrativa.

Ahora bien, no hay literatura mientras no haya metáfora. En los relatos escritos a lo largo de los tres períodos, Lawrence intentaba encontrar una voz que expresara sus más íntimas convicciones, como la convicción de que la emoción y la sensación eran más poderosas, fuerzas del inconsciente, que el intelecto y la razón. Y para ilustrar estas fuerzas del inconsciente cambiantes se sirve de un lenguaje a veces informal y de poderosas metáforas: la vista y el tacto, la luz y la oscuridad, la mente y el cuerpo, el ser consciente y el inconsciente. Una caricia casi descuidada en la oscuridad sirve de detonante para describir un amor pasional escondido y tumultuoso como un río sin cauce en «Tú me acariciaste» o en «La media blanca». La vista o la carencia de ella puede llevar a un protagonista a imaginar y sentir el mundo con tanta sensualidad como si tocara el color de unos capullos o la lluvia, como en «El ciego» o en «El oficial prusiano», en los que la vista representa la vida consciente y la ceguera los sentidos inconscientes. Una tormenta y sus rayos pasan de representar un escenario físico a convertirse en la descripción de una tormenta interior. Frente a todo este poder de la metáfora y de los símbolos, mucho más desarrollados y elaborados en su última etapa, hay un constante uso de la naturaleza para simbolizar los estados emocionales, anímicos e

incluso los designios del destino en los personajes.

En los relatos que se agrupan en los años de formación (1907-1914), la metáfora arroja el argumento, el autor se sirve de la metáfora para explicar los acontecimientos, uso que ya en su época de la guerra (1914-1922), impactado, como casi todos los intelectuales, por el desgarramiento de la muerte y de la destrucción, es en sí misma la consecuencia de la destrucción, de la guerra fuera de las fronteras y en el propio hogar entre los seres que se aman o creen amarse, pero de algún modo están inmersos en una lenta destrucción mutua. En esta etapa casi todos los relatos transmiten un cierto tono apocalíptico, como si la conciencia de destrucción embargase a toda la civilización, un «no saber» donde acabaría esa locura colectiva de muerte y de aniquilación de los ideales democráticos y cristianos. Él veía el estallido de la Primera Guerra Mundial como una salida inevitable al deseo individual de destrucción, como queda reflejado en «El oficial prusiano» y en «Las hijas del vicario».

En esta etapa desarrolló con más precisión sus convicciones filosóficas, su metafísica privada, que él mismo resumió: «El arte ha de contener la crítica esencial a la moral a la que se adhiere». Sería algo miope y reduccionista afirmar, como ha hecho algún crítico, que en esta etapa Lawrence describe la guerra de sexos. Es algo bastante más profundo, la confrontación violenta entre los amantes. En los relatos donde esta confrontación es tan virulenta como la guerra que está transcurriendo en el campo de batalla, «Sansón y Dalila» o «Billetes, por favor», la confrontación no es exclusivamente sexual, es una confrontación donde el vencido es el amor, es decir, la confrontación es altamente dramática ya que los amantes son presentados agrediendo a pesar de que se aman.

Hay que destacar el uso del paralelismo bíblico clásico con un cierto tono de comedia en «Billetes, por favor», «Sansón y Dalila» o «La hija del tratante de caballos». En estas tres historias se comienza con un tono más cómico para ir evolucionando hacia un tono dramático. El cuento «Fanny y Annie», sin embargo, mantiene el tono cómico durante toda la narración.

No obstante, el aspecto que más ha llamado siempre mi atención en los relatos de Lawrence es el uso de las escenas rituales, los ritos, para ilustrar no una simple costumbre con orígenes tal vez religiosos, sino para hacer que la

narración avance, dotando de una mayor profundidad psicológica a los protagonistas, que, normalmente, es en estos rituales donde despliegan su mayor capacidad de seducción o de crueldad; es en la participación en estos ritos donde suceden las cosas que más importan, los momentos álgidos, tanto respecto a los acontecimientos como a los momentos de revelación psicológica.

Repasemos por un momento cómo en el ritual del lavado del cuerpo del minero por parte de la esposa casi siempre aparece el monólogo interior, o la descripción intensa por parte del narrador de la frustración de ambas vidas, la de él sumergida en la oscuridad y la negrura del polvo del carbón impregnado en su rostro, la de ella al ser plenamente consciente de la vida de separación y soledad respecto al mundo subterráneo donde el esposo pasa la mayor parte del día, sus silencios, su soledad. Este ritual está magníficamente descrito y utilizado como parte integrante de la estructura y del argumento en «Olor a crisantemos», «Las hijas del vicario», o «Jimmy y la mujer desesperada», por citar algunos de los más representativos. En estos relatos el ritual del lavado y de la preparación de la cena por parte de la esposa, la descripción del entorno interiorizado por los protagonistas, alcanza altas cotas de intensidad dramática.

Otro de los rituales repetidos y constantes en sus relatos y en sus novelas es el de las romerías que festejan la cosecha, costumbre muy rural y de orígenes religiosos, en las que se encuentran los amantes y hacen el amor o el burlador es denunciado públicamente en la iglesia por haber dejado embarazada a una joven, como sucede en «Fanny y Annie». Son constantes las alusiones por parte del autor a esta época del año: la cosecha. Él mismo dirá colocando sus palabras en boca de George en «El gallo blanco»: «Yo nací en septiembre, y es el mes que más adoro. No hace calor, no hay prisa, ni sed, ni cansancio, en la cosecha del maíz como la hay en las cosechas del heno. Si el otoño es tardío, como normalmente sucede, entonces el entrado septiembre encuentra el maíz todavía en sus fajinas. Las mañanas sobrevienen lentamente».

Con el motivo de la fiesta, el autor también recurre a la descripción de las ferias, el tióvivo donde los jóvenes y los niños se divierten, y pierden la consciencia aniquiladora de lo cotidiano. En las ferias la gente se divierte,



juega a olvidar que el tiempo pasa, juega a perder la noción del tiempo y de la obsesiva presencia del mundo del trabajo y de las preocupaciones. Es en una de estas ferias, subidos en el tiovivo y ebrios de música y velocidad giratoria, donde los amantes realizan su cortejo de seducción como en «Billetes, por favor».

### *Los símbolos*

Según se fue desarrollando su biografía y con ella sus conceptos respecto al arte y la filosofía, Lawrence fue dejando atrás sus modos más naturalistas de escritura para concentrarse en nuevas formas narrativas cercanas a la interpretación simbolista, más propias de los escritores modernistas. En esa etapa (1923-1928) sus relatos son más imaginativos, menos memorialísticos, y por ello experimenta con gran libertad en el mundo del mito, los cuentos de fantasmas o espíritus, y por supuesto en los relatos satíricos.

Como gran parte de los escritores de principios del siglo xx, Lawrence creó su obra bajo el influjo expansivo de las ondas de la estética simbolista (aunque hablar del movimiento simbolista es hablar fundamentalmente del movimiento poético), en el sentido del uso de los símbolos, las sinestesias del color o los mitos primitivos y clásicos como estereotipos para recrear situaciones o complejidades paralelas entre la naturaleza y las fuerzas del destino.

Uno de los ejemplos más significativos de esta época es el relato «Sol», en el que el astro dios compite en protagonismo con la heroína, una joven mujer americana que viaja a Italia por consejo de los médicos para reponer su salud y allí es regenerada por el efecto de los rayos del sol, vivificada y tonificada por su equilibrada comunión con el cosmos y con su astro dios. El autor hace confluir en el relato no sólo la esencia regeneradora del sol en el vientre de la mujer, que renace a la vida para volver a engendrar, sino el amor sensual por un joven campesino que se mueve por los campos como parte integrante de la naturaleza. En el mundo de la simbología, el sol representa a Dios para muchos pueblos. También se le considera fecundador y es la fuente básica de la luz, el calor y la vida. El sol está en el centro del cielo, como el corazón está en el centro del ser. El sol es en sí mismo la inteligencia

cósmica, así como el corazón es en el ser la sede de la facultad emocional y cognoscitiva. Este poder vivificador convierte la actividad cotidiana de la mujer en un ritual. Tomar el sol desnuda y hacer que el niño se acostumbre también a estar desnudo frente a él, se convierte en un rito que restaura la salud en la mujer, que se regenera bajo el influjo de sus rayos. Ritual que también aparece en el relato «La dama encantadora»: es tomando el sol cuando una de las protagonistas habla consigo misma y confiesa sus terribles secretos.

En «Sol» aparecen, asimismo, otros símbolos, como el ciprés. Este árbol es considerado por la tradición simbolista como un árbol sagrado para muchos pueblos; gracias a su longevidad y a su verdor persistente se le llama «el árbol de la vida». Asimismo, es considerado un símbolo de purificación por el buen olor que desprende. Los cipreses apuntando al sol como pináculos de una catedral, la serpiente como símbolo del Edén, el niño que recuerda a los ángeles renacentistas, son símbolos que arropan y engrandecen el paisaje físico en el que el proceso regenerativo y de restauración de la salud de la mujer tiene lugar. Sólo al final del relato podemos comprobar que el destino juega una mala pasada a este proceso de regeneración y de un modo irónico hace que triunfen, como en muchos casos en la vida real, los prejuicios y las convenciones sociales.

Pero podemos afirmar que los símbolos aparecen, en mayor o menor grado, en casi todos los relatos, formando parte del argumento o siendo parte central de éste. La nieve, la lluvia, los árboles, las flores, los animales, en definitiva, la naturaleza y sus lenguajes ilustran las emociones, las realidades y los sueños de los personajes. También los espíritus, no tanto los fantasmas, sino los espíritus de las personas que ya no viven en esta realidad toman cuerpo en los relatos de su última época. Son los espíritus que viven en la inconsciencia de los seres que les han amado, y de pronto un día adquieren una persistente presencia y vienen a hablar y a amar a los que permanecen vivos. Son espíritus salvadores o moralmente generosos a los que no se teme sino a los que aún se les ama, como en «La frontera» o «La dama encantadora».

No pierde Lawrence la ocasión de ironizar, e incluso satirizar las convenciones sociales, incluso en el mundo literario, como en «Jimmy y la

mujer desesperada» o en «Cosas», también la falsedad de las relaciones familiares con sus terribles secretos de destrucciones emocionales y físicas, como en «Madre e hija» y «La dama encantadora», o simplemente la adoración creciente al valor social y destructivo del dinero en «El ganador». En estos relatos Lawrence se servirá no sólo de símbolos aislados, sino de la estructura de la fábula, donde la enseñanza final queda resaltada. Y es precisamente en esta estructura de fábula donde él desarrollará con más ahínco su compromiso formal con una ética casi poética de su modo de estar en el mundo, su peculiar forma de querer transformarlo.

Al leer este retablo de relatos de Lawrence, queda dibujada en la mente del lector la cosmogonía que sustentó su mundo literario, la voz del artista que casi convulsivamente nos ha querido hacer partícipes de las voces que poblaban su mirada, la idea persistente de que cualquier manifestación de otras voces —el brote de la cebada, el vívido recuerdo de un ser querido, el ronroneo de un gato, el carbón arrancado a la sucia oscuridad de la tierra— debe hacernos conscientes de que la búsqueda del equilibrio entre dualidades encierra el misterio de la vida y su belleza.

PILAR MAÑAS

**TÚ ME ACARICIASTE Y OTROS CUENTOS**

# LA MEDIA BLANCA<sup>[1]</sup>

## 1

—Ya me levanto, Teddilinks —dijo la señora Whiston, y saltó con ánimo de la cama.

—¿Qué demonios te pasa? —preguntó Whiston.

—Nada. ¿No puedo levantarme? —replicó ella enérgicamente.

Eran cerca de las siete de la mañana y apenas había luz en el frío dormitorio. Whiston se quedó echado y miró a su mujer. Era una cosita bonita con su cabello negro y corto, acaracolado, hecho una maraña. La observó mientras se vestía rápidamente, moviendo con prisa ligera sus pequeños miembros deliciosos, echándose la ropa encima. Sus descuidos y desaliños no le molestaban. Cuando ella cogió el dobladillo de su enagua, rasgó una cinta rota de color blanco y la arrojó sobre el tocador, su dejadez le animó el espíritu. Ante el espejo se peinó con desidia la espesa mata de pelo. Observó la rapidez y suavidad de sus hombros jóvenes, con calma, como un marido, con placer.

—Levántate —gritó dirigiéndose a él con un raudo gesto del brazo— y resplandece<sup>[2]</sup>.

Hacía dos años que estaban casados. Pero todavía, cuando ella salió de la habitación, sintió él como si le arrancaran toda la luz y todo el calor y tomó conciencia de la mañana fría y desapacible. Entonces se levantó preguntándose por qué se habría despertado tan temprano. Solía quedarse en la cama todo el tiempo posible.

Whiston se abrochó el cinturón y bajó en camisa y pantalones. Escuchó cómo cantaba a su modo, de forma intermitente. Las escaleras crujieron bajo

su peso. Atravesó el pasillo pequeño y estrecho, que ella llamaba vestíbulo, de la casa de tres al cuarto que era su primer hogar.

Él era un joven bien formado de unos veintiocho años, soñoliento ahora y lleno de bienestar. Escuchó cómo hervía el agua en la tetera mientras ella empezaba a silbar. Le encantaba la rapidez con que ella limpiaba las tazas de la cena para usarlas en el desayuno. Parecía una muchacha pícara y desastrada, pero era bastante despierta y se daba maña para todo.

—Teddilinks —gritó ella.

—¿Qué?

—Enciende el fuego, rápido.

Llevaba puesta una vieja chaqueta de seda negra que parecía un saco, abrochada con un alfiler sobre el pecho, pero una de las mangas, descosida, mostraba un delicioso brazo sonrosado.

—¿Por qué no te coses esa manga? —dijo él sufriendo ante la visión de su piel suave.

—¿Dónde? —exclamó ella echando un vistazo—. Tonterías —dijo al ver el agujero, y continuó secando las tazas con dedos ágiles.

La cocina era de buen tamaño pero oscura. Whiston sacó las cenizas frías.

De pronto se oyó una llamada en la puerta, al fondo del pasillo.

—Voy —exclamó la señora Whiston yendo hacia el vestíbulo.

El cartero era un hombre rubicundo que había sido soldado. Sonrió amablemente entregándole unos paquetes.

—No se olvidan de usted —comentó con imprudencia.

—No, suerte para ellos —le contestó sacudiendo la cabeza. Pero esa mañana sólo le interesaban los sobres. El cartero esperó, curioso, sonriendo de modo seductor. Lenta, abstraída, como si no supiera que había alguien allí, le cerró la puerta en las narices mirando sin cesar los remites de sus cartas.

Abrió el sobre delgado. Había una felicitación de San Valentín larga y horrible. Sonrió levemente y la tiró al suelo. Luchando con el cordel del paquete abrió una caja blanca de cartón; en ella había un pañuelo blanco de seda envuelto con pulcritud con el papel de la caja; sus iniciales, bordadas en verde heliotropo, saltaron a su vista. Sonrió con satisfacción y dejó la caja a un lado con delicadeza. El tercer sobre contenía otro paquete blanco, al parecer un pañuelo de algodón doblado con cuidado. Lo desplegó. Era una



larga media blanca con un pequeño bulto en el dedo gordo. Metió el brazo rápidamente moviendo los dedos hasta el fondo de la media y sacó una cajita. Miró dentro de la caja; luego, apresuradamente, abrió una puerta con la mano izquierda y entró en el pequeño y frío recibidor. Tenía el labio inferior apretado entre los dientes.

Con una pequeña exclamación de triunfo sacó un par de pendientes de perlas de la cajita y fue hasta el espejo. Allí, empezó a ponérselos en las orejas con seriedad, mirándose de costado en el espejo. Parecía curiosamente concentrada y decidida mientras se tocaba los lóbulos de las orejas con la cabeza inclinada a un lado.

Los pendientes de perlas colgaron de sus pequeñas orejas sonrosadas. Sacudió con violencia la cabeza para ver el movimiento de las perlas. Estas golpetearon en su cuello con toques pequeños y ajustados. Entonces se quedó inmóvil para mirarse, levantando la cabeza con gran dignidad. Se sonrió tontamente a sí misma. Al encontrar su propia mirada, no pudo dejar de guiñarse un ojo y lanzar una carcajada.

Volvió a mirar la caja. Había un trozo de papel con estos versos:

*Si hermosas pueden ser las perlas, más lo eres tú.  
Lleva estas que te entrego y te amaré.*

Sonrió e hizo una mueca. Pero el espejo la atraía nuevamente para contemplar los pendientes.

Whiston ya había encendido el fuego, de modo que fue a buscarla. Cuando le oyó dio una rápida media vuelta sintiéndose culpable. Le miró con sus intensos ojos azules.

Él no vio mucho debido a su sopor matinal. Como siempre, a ella le produjo una sensación de calor y calma. Sus ojos eran muy azules y amables; sus modales, sencillos.

—¿Qué has recibido? —preguntó.

—Felicitaciones de San Valentín —contestó ella volviéndose enérgica y ostentosamente para mostrarle el pañuelo de seda. Se lo puso bajo la nariz—. Huele bien —dijo.

—¿De quién es? —replicó él, sin oler.

—Es un regalo de San Valentín —exclamó ella—. ¿Cómo puedo saber de

quién es?

—Apuesto a que lo sabes —replicó.

—¡Ted! ¡No lo sé! —gritó ella, empezando a menear la cabeza y deteniéndose luego debido a los pendientes.

Él se quedó callado un momento, disgustado.

—Ahora ya no tienen derecho a enviarte regalos —dijo.

—¡Ted! ¿Por qué no? No estarás celoso, ¿verdad? No tengo la menor idea de quién me lo envía. Mira, aquí están mis iniciales. —Y señaló con un dedo el bordado verde heliotropo. Cantó:

*E de Elsie,  
mi pequeño encanto.*

—Vamos —dijo él—, tú sabes quién te lo envía.

—De verdad, no lo sé —gritó ella.

Él miró alrededor y vio la media blanca sobre una silla.

—¿Es otro regalo?

—No, es una muestra —dijo ella—. Solo hay una tarjeta ilustrada. —Y cogió la tarjeta alargada.

Él se la puso delante y la contempló con solemnidad.

—¡Idiotas! —dijo, y salió de la habitación.

Ella se fue corriendo arriba y se quitó los pendientes. Cuando regresó, él estaba en cuclillas ante el fuego atizando las brasas. Tenía la piel de la cara enrojecida y un poco marcada, como si hubiera tenido viruela. Pero su cuello era blanco, suave y hermoso. Ella le pasó los brazos por el cuello mientras estaba allí agachado y le abrazó. Él se balanceó sobre los dedos de los pies.

—Este fuego es un perezoso —dijo él.

—¿Y quién más es un perezoso? —preguntó ella.

—Uno de nosotros dos, lo sé —dijo él, y se levantó cuidadosamente. Ella siguió abrazada a su cuello, así que quedó con los pies en el aire.

—¡Ah! ¡Colúmpiame! —gritó.

Él bajó la cabeza y ella colgó en el aire, columpiándose desde su cuello, riéndose. Luego se dejó caer.

—La tetera está cantando —cantó ella yendo a retirarla. Él volvió a agacharse a atizar el fuego. Se le marcaban las venas del cuello y el de su

camisa parecía demasiado ajustado.

*Doctor Wyer,  
Sopla el fuego,  
¡puf, puf, puf!*<sup>[3]</sup>

Cantó ella riéndose.

Él le sonrió.

Estaba muy contenta por los pendientes de perlas.

Durante el desayuno se puso seria. Él no se dio cuenta. Se volvió agorera en su seriedad. Y, para conseguir irritarle, tenía que penetrar en su buen humor.

—¡Teddy! —dijo por último.

—¿Qué? —preguntó él.

—Te he dicho una mentira —dijo, humildemente trágica.

A él se le sobresaltó el alma.

—¿Ah, sí? —contestó con desinterés.

Ella no estaba satisfecha. Tendría que haberse enfadado.

—Sí —dijo ella.

Él cortó una rebanada de pan.

—¿Era una buena mentira? —preguntó él.

Ella se molestó. Luego consideró la pregunta: ¿era una buena mentira? Y entonces se rió.

—No —dijo—, no tenía mucha importancia.

—¡Ah! ¡Suéltala! —dijo él con tranquilidad, con una creciente ternura hacia ella en el tono de voz—. Entonces, suéltala.

Se le hizo un poquito más difícil.

—¿Sabes lo de esa media blanca? —dijo muy seria—. Te mentí. No era una muestra. Era un regalo.

Él frunció un poco el entrecejo.

—Entonces ¿por qué inventaste que era una muestra? —preguntó. Pero él ya conocía esa debilidad suya. El tono de ira de su voz la asustó.

—Temí que te enfadaras —dijo patéticamente.

—Apuesto a que te asustaste muchísimo —dijo él.

—Así es, Teddy.

Hubo una pausa. A él le daban vueltas en la cabeza una o dos cosas.

—¿Y quién te la envió? —preguntó.

—Lo puedo suponer —dijo ella—, aunque no tenía ningún mensaje, salvo...

Corrió hasta el recibidor y volvió con el pedazo de papel.

*Si hermosas pueden ser las perlas, más lo eres tú.*

*Lleva estas que te entrego y te amaré.*

Él lo leyó dos veces; luego le asomó a la cara un rubor opaco.

—¿Y quién supones que es? —preguntó con una nota de ira en la voz.

—Sospecho que es de Sam Adams —dijo ella con una leve y virtuosa indignación.

Whiston se calló un momento.

—¡Idiota! —dijo—. ¿Y qué tiene que ver con perlas? ¿Y cómo puede decir «lleva estas que te entrego» cuando solo hay una? Ni siquiera tiene cerebro para escribir un verso adecuado.

Hizo una pelota con el trozo de papel y lo arrojó al fuego.

—Supongo que piensa que hará pareja con la del año pasado —dijo ella.

—¿Por qué? ¿Entonces te envió una?

—Sí, pensé que echarías chispas si te enterabas.

Él apretó la mandíbula malhumorado.

Después de un momento se levantó y fue a lavarse, subiéndose las mangas y abriéndose la camisa en el pecho. Era como si sus delicadas sienes, bien delineadas, y sus ojos serenos se vieran degradados por la parte inferior de su cara, bastante brutal. Pero a ella le gustaba. Mientras se movía recogiendo la mesa, le encantaba el modo en que permanecía de pie para lavarse. Era tan hombre... A ella le gustaba ver su cuello brillando con el agua mientras se lo lavaba. Le divertía, le satisfacía y le emocionaba. Era tan seguro, tan permanente, la tenía tan completamente en su poder... Le daba una sensación deliciosa y maliciosa de libertad. Dentro de su dominio ella podía moverse con soltura.

Se dio la vuelta para mirarla con la cara enrojecida por el agua fría y los ojos renovados y muy azules.

—No habrás estado viéndole, ¿verdad? —preguntó de malos modos.

—Sí —contestó ella tras un instante, como cogida en falta—. Subió al tranvía conmigo, y me invitó a un café y a Benedictine en el Royale.

—Tendrías que habértelo quitado de encima —dijo él, ofuscado—, ¿no?

—Sí —replicó ella con la expresión de un traidor ante sus interrogadores.

Él permaneció inmóvil, peligroso, mientras le subía la sangre a la cara y el cuello.

—Hacía frío y era divertido ir al Royale —dijo ella.

—Saldrías con un negro si te ofreciera una tableta de chocolate —dijo él con furia, desprecio y algo de amargura. Fue extraño cómo se alejó de ella, cómo la apartó de sí.

—¡Ted, qué burrada! —exclamó ella—. Sabes bien... —Se mordió un labio, se ruborizó y se le llenaron los ojos de lágrimas.

Él dio media vuelta para ponerse la corbata. Ella prosiguió con sus tareas, haciendo con la boca una pequeña mueca patética, a la que ocasionalmente llegaba una lágrima.

Estaba preparado para irse. Con el sombrero colocado con violencia en la cabeza y el abrigo abotonado hasta el cuello, fue a besarla. Se sentiría infeliz todo el día si se iba sin hacerlo. Ella le permitió que la besase. Tenía la mejilla húmeda bajo sus labios y le ardía el corazón. Le había herido profundamente. Ella se sintió agraviada y no pudo perdonarle del todo.

En un momento subió las escaleras y recogió los pendientes. Parecían una delicia, anidando en el cajoncito... ¡una delicia! Los examinó con placer voluptuoso, se los puso en las orejas, se contempló, posó e hizo posturitas y sonrió y se entristeció y se puso trágica y encantadora y seductora, y todo a la vez ante el espejo. Estaba contenta y muy bonita.

Llevó los pendientes en casa toda la mañana, en la casa. Tenía conciencia de ellos y estuvo muy simpática cuando vino el panadero, preguntándose si se daría cuenta. Todos los recaderos dejaron su puerta como brillantes, exultantes e inconscientes partidarios de la deliciosa criatura, aunque en su comportamiento no había habido nada especial.

Se sintió estimulada todo el día. No pensó en su marido. Él era la base permanente desde la cual ella podía realizar aquellos pequeños vuelos casquivanos hacia la nada. Como las gallinas y las maldiciones, regresaría al hogar, a él, para pasar la noche<sup>[4]</sup>.

Mientras tanto Whiston, viajante y asesor personal de una pequeña compañía, hacía su trabajo deprisa, con su corazón ansioso por ella de continuo, anhelando seguridad y poniéndose nervioso por no obtenerla.

## 2

Ella había trabajado como chica de almacén en la fábrica de paños de Adams antes de casarse. Sam Adams era su patrón, un soltero cuarentón que empezaba a engordar, un hombre bien vestido, cuidado, con un gran bigote castaño y poco pelo. Por su aspecto excelente y acicalado era evidente que su calvicie le disgustaba. Tenía buena presencia y un poco de sangre irlandesa.

Su atracción por las chicas y la que sentían ellas por él, era evidente. Y Elsie, ágil, bonita, una cosita llena de ingenio —parecía ingeniosa, aunque cuando se repetían sus palabras se veía que eran totalmente triviales—, se sentía muy atraída por él. Iba al almacén vestido con una chaqueta deportiva de color cervato, pantalones de tela de finos cuadros blancos y negros, gorra con gran visera y un clavel escarlata en el ojal, para impresionarla. Solo lo conseguía a medias. Era demasiado chillón para su buen gusto. Pero al notarlo, él se vistió de manera más sobria, de azul marino. Entonces, como hombre de buen porte, atractivo, con grandes bigotes castaños, un elegante traje azul marino, botas a la moda y sombrero varonil, era irreprochable. Elsie estaba impresionada.

Pero mientras tanto Whiston la cortejaba y ella hacía ante el espejo del dormitorio gestos grandilocuentes.

*Fiel, fiel hasta que la muerte...*

Esa fue su canción. Whiston estaba hecho de esa pasta, así que no era necesario dedicarle muchos pensamientos.

Cada Navidad Sam Adams daba una fiesta en su casa a la que invitaba a sus empleados de categoría; no a los obreros y peones, sino a los que estaban por encima de estos. A su modo era generoso, con una sincera inclinación a brindar placer a los demás.

Hacía dos años Elsie había asistido a esa fiesta de Navidad por última



vez. Whiston la había acompañado. Por aquel entonces él trabajaba para Sam Adams.

Ella se había sentido orgullosa de sí misma con su vestido ajustado de seda azul y de ancha falda. Whiston la fue a buscar. Caminó a su lado manteniendo el largo chal de cachemira sobre el pecho. Él andaba con pasos largos, los pantalones elegantemente prendidos bajo las botas y los zapatos de seda de ella abultándole los bolsillos del holgado abrigo.

Cruzaron las puertas del parque y ella se entusiasmó. En lo alto, el castillo se veía grandioso en la noche, y a lo largo de la avenida los árboles estaban quietos y oscuros bajo la escarcha.

Llegaron un poco tarde. Nerviosa de antemano, entregó su chal en el recibidor, se puso los zapatos de seda y se miró en un espejo. A ambos lados de su cara le bailoteaban los rizos; la boca sonreía.

Se detuvo un instante en la puerta del salón brillantemente iluminado. En el resplandor de las lámparas, bajo los candelabros de cristal, se movía mucha gente; las faldas largas de las mujeres se balanceaban y flotaban; las zapatillas y corbatas de los hombres se inclinaban en las reverencias. Ella entró en la luz.

De inmediato, Sam Adams avanzó levantando los brazos en un recibimiento bullicioso. En su rostro había una constante risa encarnada.

—Llegáis tarde vosotros —gritó—, como la realeza.

La cogió de las manos y la hizo pasar. Abría mucho la boca al hablar y era turbador el efecto de la abertura cálida y oscura tras los bigotes castaños. Pero ella flotaba de su brazo entre el gentío. Él era muy galante.

—O sea, que ahora —dijo él cogiendo su carnet para apuntar los turnos de baile— tengo *carte blanche*, ¿no?

—El señor Whiston no baila —dijo ella.

—¡Soy un hombre con suerte! —dijo él garabateando sus iniciales—. Nací con un *amourette*<sup>[5]</sup> en la boca.

Siguió escribiendo en silencio. Ella se sonrojó y rió, sin saber qué significaba.

—¿Por qué? ¿Qué es eso? —preguntó ella.

—Eres tú, aún más pequeña y vestida con alitas —dijo él.

—Tendría que ser demasiado pequeña para caber en tu boca —dijo ella.

—Piensas que eres excesivamente grande, ¿eh? —dijo él con naturalidad. Le dio el carnet con una reverencia—. Ahora, querida, ya estoy preparado para la velada —dijo él.

Entonces, rápido, siempre con naturalidad, echó una mirada a la sala. Ella esperó ante él. Estaba listo. Cuando los de la orquesta notaron su presencia, él les hizo un gesto con la cabeza. De inmediato comenzó la música. Él parecía relajado, entregado.

—Vamos, Elsie —dijo él con una curiosa caricia en la voz que pareció envolverle toda la piel con un cálido resplandor, delicioso. Ella se entregó. Le gustó.

Era un bailarín excelente. Parecía atraerla hacia sí con un magnetismo cálido y masculino, de modo que a su lado ella se volvió suave y flexible, flotando hacia él, mientras la unía consigo y se arrastraban juntos en un solo movimiento. Se sintió transportada en una especie de corriente fuerte y cálida, sus pies se movían solos; sólo la música la separaba de él para devolverla de nuevo a su abrazo, aquella manera poderosa en que él se movía junto a ella, rítmica, deliciosa.

Cuando el baile terminó, él estaba satisfecho y sus ojos tenían un curioso brillo que la emocionó y que, sin embargo, nada tenía que ver con ella. No obstante, la retuvo. No la habló. Solo miró directamente a sus ojos con una mirada curiosa, resplandeciente, que la perturbó de manera temible y deliciosa. Pero en esa mirada también había algo de la ironía automática del *roué*<sup>[6]</sup>. En parte la dejó fría. No estaba completamente entusiasmada.

Se dirigió a Whiston llevada por un impulso contrario más fuerte. Con aspecto melancólico intentaba admitir que ella tenía todo el derecho a divertirse sin él. La recibió con una bondad más bien gruñona.

—¿No vas a jugar al *whist*<sup>[7]</sup>? —preguntó ella.

—Sí —le respondió—, ahora mismo.

—Ojalá bailaras.

—Pues no puedo —dijo él—. Así que diviértete.

—Me divertiría más si pudiera bailar contigo.

—No, haces bien —dijo él—. No estoy hecho para esas cosas.

—¡Pues tendrías que estarlo! —exclamó.

—Es culpa mía, no tuya. Diviértete —le pidió él. Y a eso se dedicó, un

poco irritada.

Fue con ganas a los brazos de Sam Adams cuando le llegó el turno de bailar con él. Era tan gratificante, al margen del hombre... Sentía un poco de rabia contra Whiston, pronto olvidada cuando su anfitrión la retuvo a su lado con un abrazo delicioso. Ella le miró a los ojos para ver allí aquel resplandor que la compensaba.

La iba atrapando el calor, la penetraba el resplandor, dejando fuera todo lo demás. Únicamente en su corazón había una pequeña tirantez, como un viso de la conciencia.

Cuando pudo, escapó del salón de baile a la sala de juego. Allí, en medio de una nube de humo, encontró a Whiston jugando al *cribbage*<sup>[8]</sup>. Radiante, animada, fue hasta él y le saludó. Ella era una nota demasiado fuerte, demasiado vibrante en la sala tranquila. Él levantó la cabeza y se le arrugó el entrecejo en la frente preocupada.

—¿Estás jugando al *cribbage*? ¿Es divertido? ¿Cómo te va? —parloteó ella.

Él la miró. Ninguna de esas preguntas necesitaba una respuesta y no se sintió en contacto con ella. Se acercó a la mesa de *cribbage*.

—¿Eres blanco o rojo? —preguntó.

—Es rojo —contestó el compañero de juego.

—¡Entonces estás perdiendo! —dijo ella dirigiéndose a Whiston. Y levantó la ficha roja—. Uno... dos... tres... cuatro... cinco... seis... siete... ocho. Ahora tienes que saltar...

—Vuelve a ponerla en su sitio —dijo Whiston.

—¿Dónde estaba? —preguntó alegremente, dándose cuenta de su transgresión. Él le quitó la pequeña ficha y la puso en su agujero.

Bajaron los naipes.

—¡Qué vergüenza que estés perdiendo! —dijo Elsie.

—Será mejor que cortes por él —dijo el compañero.

Lo hizo, de manera apresurada. Se dieron las cartas. Ella puso una mano sobre su hombro, mirando sus cartas.

—Está bien —exclamó—, ¿verdad?

Él no contestó sino que tiró dos cartas. Que le pusiera la mano sobre el hombro, con los rizos bailoteando y acariciándole las orejas mientras estaba

excitada a causa de otro hombre, le molestó más de lo conveniente. Hizo que se le encendiera la sangre.

En ese momento apareció Sam Adams, exuberante y bullicioso, aún más intoxicado de sí mismo por el baile que por el vino. En sus ojos destellaba esa luz curiosa, impersonal.

—Pensé que te encontraría aquí, Elsie —exclamó alborotador, con una perturbadora nota aguda en la voz.

—¿Qué te hizo pensar eso? —replicó, el impulso malicioso despertaba en su interior.

El hombre apuesto, arrogante, entrecerró los ojos con una sonrisa.

—Jamás te hubiera buscado entre las damas —dijo con una especie de llamada íntima, animal. Ella se rió, hizo una reverencia y le ofreció el brazo —. Madame, la música nos espera.

Ella fue casi sin poderlo remediar, transportada a su lado, no predispuesta y, sin embargo, encantada.

El baile la intoxicaba. Tras los primeros pasos sintió cómo salía de sí misma. Sabía que se abandonaba y ni siquiera quería hacerlo. Pero hubiera elegido irse. Descansaba en el brazo del hombre firme y próximo con quien estaba bailando y era como si se fuera flotando hacia él, había perdido el contacto con la sala. Había llegado a una parte de él más densa, una intimidad esencial. Toda la sala a su alrededor se había vuelto vaporosa, como la atmósfera, como bajo el agua, con una corriente de movimientos mudos y espectrales. Pero ella seguía siendo real en su compañero y parecía conectada a él, como si los movimientos de sus miembros y su cuerpo fueran los suyos propios y, al mismo tiempo, ajenos... y ¡oh, todo era delicioso! Él también se había entregado, despreocupado y concentrado, al baile. Sus ojos no veían. Solo su cuerpo grande, voluptuoso, despedía una sutil actividad. Sus dedos parecían escarbar en la piel de su compañera. A cada momento, en cada instante, ella sentía que cedería completamente y se hundiría disuelta: se aproximaba el punto de fusión en que se desharía con perfecta inconsciencia a sus pies. Pero él la llevaba por la sala bailando y parecía sostener todo su cuerpo con sus miembros, con su propio cuerpo, y su calidez parecía penetrar en ella, más cerca, hasta fusionarse en su interior y convertirla en líquido para él, como una intoxicación.

Era exquisito. Cuando terminó, ella estaba mareada y apenas respiraba. Se quedó a su lado, en medio de la sala, como si estuviera sola en un lugar remoto. Él se inclinó sobre ella. Ella esperó sus labios en los hombros descubiertos, y aguardó. No obstante, no estaban solos, no estaban solos. Fue cruel.

—Estuvo bien, ¿no, querida mía? —le dijo él en voz baja, encantado. Había una extraña impersonalidad en su llamada exultante y en la voz baja que apelaba a ella de forma irresistible. No obstante, ¿por qué era consciente de que había alguna parte cerrada en ella? Ella le apretó un brazo y él la condujo hacia la puerta.

No sabía qué estaba haciendo, solo había en ella una pequeño retazo de preocupación que se resistía. El hombre, poseído, pero con una lucidez leve, se abrió paso hacia el comedor, como para ofrecerle un refresco, elaborando de manera astuta la huida. Él estaba derretido de calor, recubierto por su presencia de ánimo y encaramado en una fría desconfianza.

En el comedor estaba Whiston llevando café a las damas poco atractivas, rechazadas. Elsie le vio pero se sintió como si él no pudiera verla. Estaba fuera de su alcance y dominio. Existía una especie de fusión entre ella y el hombretón que tenía a su lado. Comió natillas, pero durante todo ese tiempo se sostuvo y se contuvo la incompleta fusión con el ser de su patrón.

Pero se estaba enfriando. Whiston se acercó. Ella le miró y le vio los ojos diferentes. Observó ante ella su esbelta figura de hombre joven, real y perdurable. Eso era él. Pero ella estaba hechizada por el otro hombre, fusionada con él, y no podía separarse.

—¿Has terminado tu *cribbage*? —preguntó como evadiéndose rápidamente de él.

—Sí —replicó—, ¿no te has cansado de bailar?

—Ni un poquito —dijo ella.

—Ella no —dijo animoso Adams—. Ninguna chica con un poco de espíritu se cansa de bailar. Elsie, sírvete algo más. Aquí tienes, un jerez. Bebe una copa de jerez con nosotros, Whiston.

Mientras tomaban la bebida, Adams observó a Whiston con astucia para ver cuál era su ventaja.

—Mejor será que regresemos. La música está allí —dijo—. Ocúpate de

que las mujeres coman algo, Whiston. ¿Lo harás? Qué bien.

Y empezó a alejarse. Elsie era empujada, indefensa, a su lado. Pero Whiston se interpuso y les acompañó. En silencio, pasaron a la sala de baile. Allí Adams vaciló y miró a su alrededor. Era como si no pudiera ver.

Un hombre avanzó apresurado y solicitó a Elsie, y Adams buscó otra acompañante. Whiston permaneció de pie durante el baile. Ella era consciente de su presencia, observándola como un fantasma, un juez o un ángel de la guarda. Asimismo, era consciente, mucho más íntima e impersonalmente, del cuerpo del otro hombre, que se movía en alguna parte del salón. Ella aún le pertenecía, pero la poseyó una sensación de distracción y de impotencia. Adams bailaba atento a Elsie, esperando su turno con la persistencia del cinismo.

El baile terminó. Adams estaba ocupado en otra parte. Elsie se encontró al lado de Whiston. Había cierta perfección en él mientras estaba sentado, algo en sus rodillas y su figura inconfundible, a la que se aferró: algo perdurable. Ella le puso una mano en la rodilla.

—¿Te estás divirtiendo? —preguntó él.

—Como nunca —contestó ella con un tono ferviente y al mismo tiempo distante.

—Va a dar la una —dijo él.

—¿Ya? —contestó. Eso no significaba nada para ella.

—¿Nos vamos?

Ella guardó silencio. Por primera vez en más de una hora volvió a ella un vislumbre de conciencia. Se resintió.

—¿Para qué? —preguntó.

—Pensé que ya tenías suficiente —dijo él.

La invadió una leve contención, cierta irritación porque le frustraran su ilusión.

—¿Por qué? —preguntó.

—Estamos aquí desde las nueve —le contestó.

Esa no era una respuesta, no era una razón. No le decía nada. Se sintió alejada de él. Al otro lado del salón Sam Adams la miró. Allí estaba sentada, expuesta para él.

—No deberías estar tan suelta con Sam Adams —dijo Whiston con

cautela, sufriendo—. Ya sabes qué es.

—¿Cómo de suelta? —preguntó ella.

—Vamos, que no tienes mucho que hacer con él.

Ella guardó silencio. Él la estaba obligando a tomar conciencia de su posición. Pero no podía dejarse atrapar por sus sentimientos para cambiarlos. Ella sintió un curioso y perverso deseo de que no pudiera.

—Me gusta —dijo.

—¿Qué le encuentras para que te guste? —preguntó él con el ánimo turbado.

—No lo sé, pero me gusta —dijo ella.

Ella permanecía inmutable. Él siguió sentado, sintiéndose pesado y atontado por la rabia. No veía claro qué sentía. Se quedó allí sentado sin vivir mientras ella bailaba. Y ella, distraída, perdida en sí misma entre las fuerzas opuestas de los dos hombres, se dejaba llevar por la corriente. Entre bailes. Whiston se mantuvo cerca de ella. Ella apenas era consciente. Miró repetidamente su carnet para ver cuándo volvería a bailar con Adams, un poco con deseo, un poco con miedo. A veces se encontraba con la mirada fija, glauca, cuando pasaba a su lado bailando. Y siempre era como si estuviera apoyada en su brazo, acarreada, sostenida por él, fuera de sí misma. Y siempre estaba presente el antagonismo del otro. Estaba dividida.

Le llegó el momento de bailar con Adams. Oh, la deliciosa aproximación de su contacto, de sus piernas rozándole las piernas, su brazo sosteniéndola. Ella pareció decidirse. Whiston no lograba ser real para ella. Sólo era un lugar pesado en su conciencia.

Jadeaba entrecortadamente empezando a sufrir la proximidad de la tensión. Estaba nerviosa. Adams también estaba tenso. Una dureza, una tensión invadía a todos. Él estaba exasperado, sintiendo algo que se contraponía al magnetismo físico, sintiendo en ella una voluntad más fuerte que la suya propia, interviniendo en lo que estaba convirtiéndose para él en una necesidad vital.

Elsie estaba a punto de perder el control. Cuando avanzó con él para ocupar su sitio en el baile, se inclinó a buscar su pañuelo. La música sonaba llamando a formar grupos. Todos estaban preparados. Adams colocó su cuerpo cerca de ella, ejerciendo su atracción. Estaba tenso y provocador. Ella

se agachó de nuevo a coger su pañuelo y lo agitó cuando se enderezó. Lo agitó y se le cayó de la mano. Con angustia vio que había cogido una media blanca en lugar del pañuelo. Por un segundo esta descansó en el suelo, un amasijo de media blanca. Luego, en un instante, Adams la recogió con una risita sorprendida de triunfo.

—Esto me servirá, es suficiente —susurró pareciendo tomar posesión de ella. Se guardó la media en el bolsillo de los pantalones y rápidamente le ofreció su pañuelo.

Dio comienzo el baile. Ella se sentía débil y desfallecida, como si su voluntad se hubiera convertido en agua. La invadió una poderosa sensación de pérdida. Ya no podía contar consigo misma. Pero se sentía en paz.

Cuando terminó el baile Adams la dejó un momento. Whiston se aproximó.

—¿Qué se te cayó? —preguntó Whiston.

—Pensé que era mi pañuelo. Había cogido una media por equivocación —respondió ella, distante, tajante.

—¿Y la tiene él?

—Sí.

—¿Y eso qué quiere decir?

Ella se encogió de hombros.

—¿Vas a dejar que la conserve?

—No se lo permitiré.

Se hizo una pausa prolongada.

—¿Tengo que ir a quitársela? —preguntó él, ruborizado; los claros ojos azules se endurecieron, oponiéndose.

—No —dijo ella, pálida.

—¿Por qué?

—No, no quiero que digas nada al respecto.

Él estaba exasperado y estupefacto.

—Entonces ¿dejas que la tenga? —preguntó.

Ella guardó silencio y no intentó dar una respuesta.

—¿Qué significa esto? —dijo él con oscura furia. Y empezó a caminar.

—¡No! —exclamó ella—. ¡Ted! —Y le agarró con fuerza deteniéndole.

Esto hizo que él se enfadara.



—¿Por qué? —dijo.

Entonces vio algo en la boca de ella que le dio lástima. No comprendió, pero sintió que debía de tener sus razones.

—Entonces no me quedaré aquí —dijo él—. ¿Vienes conmigo?

Ella se puso de pie en silencio y salieron de la sala. Adams no se dio cuenta.

En un momento estaban en la calle.

—¿Qué significa esto? —preguntó él, con una furia negra.

Ella iba a su lado en silencio, neutral.

—Es un cerdo, eso es todo —agregó él.

Caminaron largo rato sin hablar por la oscuridad helada y desierta de la ciudad. Ella sintió que no podía entrar en una casa. Se estaban acercando a la suya.

—No quiero ir a casa —exclamó ella súbitamente con angustia y aflicción—. No quiero ir a casa.

Él la miró.

—¿Por qué no? —preguntó.

—No quiero ir a casa. —Era lo único que podía decir entre sollozos.

Oyeron que se acercaba alguien.

—Vale, podemos caminar un poco más —dijo él.

Ella volvió a guardar silencio. Salieron de la ciudad hacia el campo. Él la cogió del brazo; no podían hablar.

—¿Qué pasa? —preguntó él por último, aturdido.

Ella volvió a ponerse a llorar.

Al final él la abrazó para calmarla. Ella sollozaba a solas, casi inconsciente de su presencia.

—Dime qué es lo que pasa, Elsie —dijo él—. Dime qué pasa, querida, dímelo...

Él le besó el rostro húmedo y la acarició. Ella no reaccionó. Se sintió aturdido, dolorido y miserable.

Finalmente ella se calmó. Entonces la besó y ella le abrazó y se aferró a él fuertemente, como con miedo y angustia. La mantuvo en sus brazos, desconcertado.

—¡Ted! —susurró ella con frenesí—. ¡Ted!

—¿Qué, mi amor? —contestó él también preocupado.  
—Sé bueno conmigo —exclamó ella—. No seas cruel conmigo.  
—No, mi cachorrito —dijo él, sorprendido y dolido—. ¿Por qué?  
—Oh, sé bueno conmigo —sollozó ella.

Él la abrazó protegiéndola; tenía el corazón al rojo vivo de amor por ella. Sentía la cabeza aturdida. Se limitó a estrecharla contra su pecho, al rojo vivo de amor y fe en ella. De modo que ella acabó tranquilizándose.

### 3

Ella se negó a volver a trabajar con Adams. Tuvo que ir su padre y ella envió el aviso: no se sentía bien. Sam Adams fue irónico. Pero tenía una extraña paciencia. No peleó.

Pocas semanas después ella y Whiston se casaron. Ella le amaba con pasión y adoración, un fiero abandono de amor que a él le emocionaba hasta las profundidades de su ser y le brindaba una seguridad permanente y una sensación de realidad. No se preocupó nunca más por sí mismo: se sentía satisfecho y ahora solo tenía que ocuparse de las muchas cosas del mundo. Lo que en el fondo le preocupaba era la seguridad. En este amor se había encontrado a sí mismo.

En una o dos ocasiones hablaron de la media blanca.

—¡Ah! —exclamó Whiston—, ¿qué importancia tiene?

Estaba impaciente y enfadado y no podía tolerar siquiera considerar el asunto. De modo que quedó sin resolver.

Al principio ella fue bastante feliz, transportada por la adoración que sentía por su marido. Poco a poco se acostumbró a él. Él seguía siendo la base de su felicidad, pero estaba tan acostumbrada a él como al aire que respiraba. Él jamás se acostumbró a ella de la misma manera.

En el matrimonio ella encontró la libertad. Se había quitado de encima la responsabilidad de sí misma. Ahora debía ocuparse su marido. Era libre para hacer lo que quisiera con su tiempo libre.

De modo que, cuando al cabo de unos meses se encontró con Sam Adams, no fue con él todo lo desagradable que habría debido. Con el

novedoso y excitante conocimiento de los hombres que tiene una joven esposa, percibió que él estaba enamorado de ella; supo que siempre había sentido un deseo insatisfecho por ella. Y, superficial como era, no pudo dejar de jugar un poco, aunque el hombre no la interesaba ni lo más mínimo.

Cuando llegó el día de San Valentín, cercano a su primer aniversario de boda, recibió una media blanca con un pequeño broche de amatista. Afortunadamente, Whiston no lo vio, así que no le contó nada. No tenía la más remota intención de tener nada con Sam Adams, pero una vez que estuvo en posesión del pequeño broche, lo consideró suyo y no se molestó un segundo en pensar cómo lo había conseguido. Lo conservó.

Ahora tenía los pendientes de perlas. Eran más valiosos, era un regalo más llamativo. Tendría que pedirle a su madre que se los diera para explicar su presencia. Ideó un pequeño plan, y quedó muy satisfecha. En cuanto a Sam Adams, aun cuando la viera usándolos, no la delataría. ¡Qué divertido si la veía usándolos! Simularía que los había heredado de su abuela, la madre de su madre. Se rió sola cuando esa tarde fue a la ciudad con las bonitas joyas bailoteando ante sus rizos. Pero no vio a nadie importante.

Whiston llegó a casa deprimido y cansado. Durante todo el día el macho que había en su interior había estado inquieto, y esto le había fatigado. Ella se puso curiosamente en su contra, tentada, como a veces hacía ahora, a burlarse de él, mofarse y no prestarle atención. Él no comprendía esta actitud, que le enfurecía profundamente. Y ella se sentía incómoda.

Sabía que él se hallaba en un estado de irritación reprimida. Se le hinchaban las venas de las manos, tenía el entrecejo duramente fruncido. No obstante, ella no podía dejar de fastidiarle.

—¿Qué hiciste con la media blanca? —preguntó él en medio de un sombrío silencio, con la voz alta y brutal.

—La guardé en el cajón. ¿Por qué? —replicó ella, impertinente.

—¿Por qué no la tiraste al fuego? —dijo él roncamente—. ¿Para qué la guardas?

—No la guardo. Tengo un par.

Él cayó en un silencio tenebroso. Ella, incapaz de animarle, corrió arriba mientras él fumaba al lado del fuego. Una vez más, se puso los pendientes. Entonces volvió a tener una pequeña inspiración. Y se puso las medias

blancas, las dos.

—¡Mira! —dijo ella—. Me van perfectas.

Se levantó las faldas hasta las rodillas y dio vueltas, mirándose las bonitas piernas con las medias puestas.

Él se llenó de una furia irracional y se sacó la pipa de la boca.

—¿No son preciosas? —dijo ella—. Una del año pasado y otra de este, encajan perfectamente. Te ahorras comprar un par.

Y miró por encima de su hombro los bonitos tobillos y los adornos colgantes de sus zapatillas.

—Bájate las faldas y no te comportes como una tonta —dijo él.

—¿Por qué una tonta?

Y empezó a bailar lentamente por la habitación, dando pataditas con los pies, un poco atolondrada, un poco burlona, a la manera de una bailarina de ballet. Casi temerosa y sin embargo desafiante, alzó las piernas ante él, cantando. Estaba resentida con él.

—Para, pequeña idiota —dijo él—. Te estoy diciendo que quemes las medias. —Estaba furioso. Tenía la cara oscuramente enrojecida y mantenía la cabeza gacha. Ella dejó de bailar.

—No lo haré —dijo—. Me serán muy útiles.

Él levantó la cabeza y la observó con ojos brillantes, peligrosos.

—Las arrojarás al fuego, te lo digo yo.

Era la guerra. Ella se agachó hacia delante, a la manera de una bailarina, y puso la lengua entre los dientes.

—No quemaré las medias —cantó, repitiendo sus propias palabras—. No lo haré, no lo haré, no lo haré.

Y bailó por la habitación golpeando el suelo al ritmo de su canción. Existía en su comportamiento una indiferencia real.

—Ya veremos si lo haces o no —dijo él—. ¡Buscona! Te gustaría que Sam Adams supiera que las usas, ¿verdad? Eso es lo que te gustaría.

—Sí, y me gustaría que viese lo bien que me quedan; quizá entonces me regalara más.

Y bajó la mirada a sus bonitas piernas.

Él supo de algún modo que a ella de verdad le gustaría que Sam Adams viese lo bonitas que quedaban sus piernas con aquellas medias blancas. Hizo

que su furia aumentara, casi llegara al odio.

—Vamos, zorrita —gritó él—. Ponte bien las faldas y deja de ser tan sucia.

—No soy sucia —dijo ella—. Mis piernas me pertenecen. ¿Por qué no habría de pensar Sam Adams que son bonitas?

Se hizo una pausa. Él la miró con ojos brillantes.

—¿Has tenido algo que ver con él? —preguntó.

—Solo he hablado con él cuando le he visto —dijo ella—. No está tan mal como tú quisieras.

—Ah, ¿no? —gritó él con cierto desvelo en la voz—. Quienes tienen algo que ver con él no me caen nada bien, te aviso.

—¿Por qué? ¿Por qué te da miedo? —se burló ella.

Elsie estaba despertando en él toda su ira incontrolada. Él estaba sentado hecho un ascua. Cada una de sus palabras le agitaba como un hierro al rojo. Pronto sería demasiado. Ella misma tuvo miedo, pero aún no estaba conquistada ni convencida.

Una extraña y pequeña mueca de odio le invadió la cara. Tenía que ajustar una larga cuenta con ella.

—¿Que por qué me da miedo? —repitió automáticamente—. ¿Que por qué me da miedo? Es por ti, por ti, pequeña puta, perdida.

Ella se ruborizó. El insulto penetró profundamente en ella, llegó a su destino.

—Pues si eres tan grosero... —dijo bajando las pestañas y hablando con frialdad, con altanería.

—Si soy tan grosero te parto el cuello a la primera palabra que intercambies con él —dijo tenso.

—Bah —se mofó ella—. ¿Piensas que te tengo miedo? —habló fríamente, distante.

Estaba aterrada, pese a todo, y tenía un cerco blanco alrededor de la boca. A él el corazón le latía con furor.

—Me tendrás miedo la próxima vez que tengas algo que ver con él —dijo él.

—¿Piensas que te enterarás? ¡Ja!

Su insolencia burlona le hizo fundirse, ardiente, hasta el rojo vivo. Sabía

que era incoherente, que apenas era responsable de lo que pudiera hacer. Lentamente, ciego, se puso en pie y salió afuera, sofocado, dispuesto a matarla.

Se quedó apoyado en la cerca del jardín, incapaz de ver u oír. Debajo, en la distancia, se esfumaban las luces del pueblo. Permaneció inmóvil, inconsciente, con una tormenta negra de rabia en su interior, la cara levantada ante la noche.

Al cabo de un momento, aún inconsciente de lo que estaba haciendo, volvió a entrar. Ella, una figura pequeña, terca, con los labios apretados y los grandes ojos infantiles ofuscados, le miraba blanca de miedo. Cruzó pesadamente el cuarto y se dejó caer en una silla.

Guardaron silencio.

—Tú no vas a decirme lo que tengo y no tengo que hacer —dijo ella rompiendo finalmente el silencio.

Él levantó la cabeza.

—Solo te advierto —dijo él en voz baja e intensa— que si tienes cualquier relación con Sam Adams, te retuerzo el pescuezo.

Ella se rió, aguda y falsa.

—Cómo odio esas palabras, «te retuerzo el pescuezo» —dijo haciendo una mueca con la boca—. Suena vulgar y brutal. ¿No puedes decir algo diferente...?

Se hizo un silencio mortal.

—Y además —dijo ella con un extraño gorjeo chirriante de risa burlona—, ¿tú qué sabes? Él me envió un broche de amatista y un par de pendientes de perlas.

—¿Él... qué? —preguntó Whiston de repente con voz normal. Tenía los ojos fijos en ella.

—Me envió un par de pendientes de perlas y un broche de amatista —repitió ella mecánicamente, pálida hasta los labios. Y sus grandes ojos negros e infantiles le observaron, fascinados, capturados por su hechizo.

Él pareció adelantar su cara y sus ojos hacia ella cuando se levantó lentamente y se le acercó. Ella le observaba transfigurada por el terror. Su garganta emitió un pequeño sonido cuando trató de gritar.

Entonces, rápido como el relámpago, el revés de su mano golpeó su boca,

y ella se sintió arrojada, cegada, contra la pared. El golpe le hizo emitir un sonido extraño. Entonces le vio acercarse, mirándola fijamente con el puño atrás, avanzando lentamente. En cualquier instante el golpe chocaría contra ella.

Enloquecida de terror, levantó las manos, con un extraño movimiento se colocó el dorso de la mano en la cara para cubrirse los ojos y las sienes, y abrió la boca en un chillido sordo. No hubo sonido. Pero su visión le detuvo. Quedó suspendido ante ella, mirándola fijamente, mientras ella se acurrucaba contra la pared con la boca abierta, sangrante, los ojos desorbitados y las dos manos aferradas a las sienes. Y la lujuria, al verla sangrar, rota y destruida, brotó dentro de él como de una antigua fuente, contra ella. Se sintió transportado. Quería satisfacción.

Pero la había visto allí de pie, como algo lastimoso, horrorizado, y volvió la cabeza con vergüenza y náusea. Se alejó y se sentó pesadamente en su silla; una extraña tranquilidad, parecida al sueño, le invadió el cerebro.

Ella se alejó de la pared hacia el fuego, mareada, muy pálida, limpiándose mecánicamente su boca pequeña y sangrante. Él permaneció inmóvil. Entonces, gradualmente, la respiración de ella empezó a silbar, tembló y sollozó en silencio, doliéndose. Y él, sin necesidad de mirar, se dio cuenta. Hizo que le volviera el delirante deseo de destruirla.

Por último, levantó la cabeza. Nuevamente le brillaron los ojos, fijos en ella.

—¿Y para qué te los dio? —preguntó con voz serena e inflexible.

A ella se le secaron las lágrimas en un segundo. También estaba tensa.

—Como regalos de San Valentín —replicó, aún no subyugada, aunque vencida.

—¿Cuándo? ¿Hoy?

—Los pendientes de perlas hoy. El broche de amatista el año pasado.

—¿Hace un año que lo tienes?

—Sí.

Ella presintió que ahora ya nada le detendría si se levantaba para matarla. Ya no podría detenerle. Se había entregado. Ambos temblaron en equilibrio, inconscientes.

—¿Qué has tenido que ver con él? —preguntó con voz tajante.

—No he tenido nada que ver con él —respondió ella, estremecida.

—¿Las conservaste porque solo se trataba de joyas? —preguntó él.

Le invadió el cansancio. ¿Para qué seguir hablando de eso? Ya no le importaba. Estaba cansado y enfermo.

Ella empezó a llorar, pero él no le prestó atención. Ella se limpiaba la boca con el pañuelo. Él podía ver la marca de la sangre. Le enfermó y cansó más su responsabilidad, la violencia, la vergüenza.

Cuando ella comenzó a moverse, él levantó una vez más la cabeza desde su postura inerte, inmóvil.

—¿Dónde están esas cosas? —preguntó.

—Están arriba —dijo ella estremeciéndose. Sabía que él se había calmado.

—Bájalas —dijo él.

—No lo haré —dijo ella sollozando de rabia—. No vas a insultarme y a golpearme como antes en la boca.

Y volvió a sollozar. Él la miró con desprecio, compasión y creciente furia.

—¿Dónde están? —preguntó.

—Están en el cajón pequeño, bajo el espejo —dijo ella, lloriqueando.

Él subió lentamente las escaleras, encendió una cerilla y encontró las baratijas. Las llevó abajo en la mano.

—¿Estas? —dijo mirándolas sobre su mano.

Ella las miró sin contestar. Ya no le interesaban.

Él contempló las pequeñas joyas. Eran bonitas.

No es culpa de ellas, se dijo a sí mismo.

Y buscó a su alrededor, con insistencia, una caja. Las envolvió y puso la dirección de Sam Adams. Entonces salió en zapatillas a enviar por correo el pequeño paquete.

Cuando regresó, ella aún lloraba.

—Será mejor que te vayas a la cama —dijo él.

Ella no le prestó atención. Se sentó junto al fuego. Aún lloraba.

—Voy a dormir aquí abajo —dijo él—. Vete a la cama.

A los pocos segundos ella levantó su rostro bañado en lágrimas, hinchado, y le miró con ojos desamparados y patéticos. Un gran rayo de



angustia le traspasó el cuerpo. Se acercó lentamente y, muy suavemente, la cogió en sus brazos. Ella se dejó abrazar. Entonces, cuando estuvo apoyada en su hombro, sollozó y dijo:

—Nunca quise...

—Mi amor, mi querida pequeña —exclamó él, con angustia en el alma, abrazándola.

## OLOR A CRISANTEMOS<sup>[9]</sup>

### 1

La pequeña locomotora, la número cuatro, venía rechinando, a trompicones desde Selston, con siete vagones cargados. Apareció por la curva con sonoras amenazas de velocidad, pero el potro al que había asustado entre las aulagas que aún brillaban mortecinas en la cruda tarde pudo adelantarla a medio galope. Una mujer, que subía por las vías hacia Underwood, se retiró contra la cerca, apartó la cesta a un lado y contempló cómo la plataforma de la máquina avanzaba. Los vagones traqueteaban ruidosos al pasar, uno a uno, con movimiento lento e inevitable, mientras ella permanecía insignificante y atrapada entre los negros vagones y la cerca; luego tomaron la curva hacia el soto, donde las marchitas hojas de roble caían silenciosas, mientras los pájaros, picoteando los rojos escaramujos al lado de la vía, lanzaban su vuelo hacia el crepúsculo que se había ido extendiendo sigilosamente por el soto.

En el campo abierto, el humo de la máquina iba adhiriéndose a la espesa hierba. Los campos estaban lóbregos y abandonados, y en la franja pantanosa que conducía al embalse de la mina, lleno de cañas, las aves habían abandonado ya su curso entre los alisos para anidar en el corral de alquitrán.

El patio de la mina surgía más allá del embalse, llamas como rojas heridas que lamiesen sus costados de ceniza en la estancada luz de la tarde. Justo más allá se elevaban las largas y estrechas chimeneas y los toscos y negros castilletes de extracción de la mina de Brinsley. Las dos ruedas giraban rápidas contra el cielo y la bobinadora dejaba oír sus cortos espasmos. Los mineros estaban subiendo de la mina.

La locomotora pitó cuando entró en el gran nudo de líneas férreas al lado

de la mina, donde había filas de vagones estacionados.

Los mineros, solos, en filas intermitentes o en grupos iban pasando como sombras divergentes rumbo a sus casas. A un lado de ese acanalado terreno de vías muertas había, como agazapada, una casita, tres escaleras más abajo de donde se encontraba la pista de ceniza.

Una parra grande y argentosa se encaramaba sobre la casa como para derribar las tejas con sus garras. Alrededor del patio con suelo de ladrillo crecían unas cuantas primaveras mortecinas.

Más allá, el jardín bajaba hasta el lecho de un arroyo cubierto de matorrales. Había algunos manzanos con ramas abundantes y unas cuantas coles hechas jirones. Al lado del sendero caían hacia abajo unos cuantos crisantemos de color rosa, como telas colgando de los matorrales.

Una mujer salió agachándose del gallinero, recubierto de trapos en medio del jardín. Cerró y echó el candado a la puerta, después se irguió tras sacudirse el delantal blanco.

Era una mujer alta y de porte imperioso, guapa, con cejas negras muy marcadas. El suave cabello negro mostraba una raya perfecta. Durante un rato se quedó quieta de pie mirando a los mineros que iban por la vía. Luego se volvió hacia el arroyo. Tenía el rostro tranquilo y decidido, la boca cerrada con desilusión. Tras un momento llamó:

—¡John! —No contestó nadie. Entonces esperó y dijo claramente—: ¿Dónde estás?

—¡Aquí! —contestó la irritada voz de un niño entre los matorrales.

La mujer miró de un modo intenso al crepúsculo.

—¿Estás en el arroyo? —preguntó severamente.

Como respuesta, el chico se asomó por entre las cañas de frambueso que crecían como látigos. Era un niño pequeño y fornido de unos cinco años. Se quedó quieto y desafiante.

—¡Oh! —dijo la madre conciliadora—. Creí que estabas allí abajo, en la arroyada. Recuerda lo que te dije...

El chico no se movió ni contestó.

—Ven, vamos adentro —dijo ella más cariñosa—, está anocheciendo. Por la vía viene la locomotora del abuelo.

El chico avanzó despacio con gesto lento y taciturno. Llevaba los

pantalones y el chaleco de una tela demasiado dura y recia para su tamaño. Era evidente que habían sido recortados de una prenda de hombre.

Mientras se dirigían a la casa, el niño arrancó unos ramos desmadejados de crisantemos y tiró los pétalos a puñados por el camino.

—No hagas eso. Eso no está bien —dijo la madre. Se quedó quieto y ella, compasiva de repente, arrancó una rama con tres o cuatro flores pálidas y se las llevó a la cara.

Cuando madre e hijo llegaron al patio, su mano vaciló y en vez de tirar las flores se las puso en el delantal. Ambos se quedaron al pie de los tres escalones mirando, a través del entramado de las vías, a los mineros que regresaban a sus casas. La llegada del pequeño tren era inminente. De pronto la máquina apareció tras la casa y se detuvo al otro lado de la verja.

El maquinista, un hombre bajo con barba gris y redondeada, se asomó desde la cabina por encima de la mujer.

—¿Tienes una taza de té? —dijo de modo alegre y franco. Era su padre.

Entró en la casa a prepararlo. Al poco rato volvió.

—No vine a verte el domingo —comenzó diciendo el hombre de la barba cana.

—No te esperaba —dijo la hija.

El maquinista hizo una mueca de vergüenza; luego, recuperando su alegre y ligero humor, dijo:

—¡Ah! ¿Entonces ya lo has oído? Bueno, ¿y qué piensas?

—Creo que es demasiado pronto —contestó ella.

Ante la breve censura de la hija, el hombrecillo hizo un gesto de impaciencia y dijo melosamente, aunque con peligrosa frialdad:

—Bueno, ¿y qué va a hacer uno? No es vida para un hombre de mi edad sentarse frente al fuego del hogar solo, como un extraño. Y si me voy a volver a casar, cuanto antes mejor. ¿Qué le importa a nadie?

La mujer no contestó, sino que dio media vuelta y volvió a entrar en la casa. El hombre se quedó de pie en la cabina, a la defensiva, hasta que ella volvió con una taza de té y un trozo de pan con mantequilla en un plato. Subió los escalones metálicos y se quedó de pie al lado de la plataforma de la silbante máquina.

—No era necesario que trajeras pan con mantequilla —dijo su padre—,

es suficiente con la taza de té. —Sorbió con agrado—. Está muy bueno. —Volvió a dar varios sorbos y añadió—: He oído que Walter cogió otra borrachera.

—¿Cuándo no lo ha hecho? —respondió ella con amargura.

—Oí decir que en el Lord Nelson presumía de que se iba a gastar todo el dinero antes de volver a casa: era medio soberano.

—¿Cuándo? —preguntó la mujer.

—El sábado por la noche. Y sé que es cierto.

—Es muy posible —sonrió ella amargamente—: solo me da veintitrés chelines.

—¡Sí! Está muy bien eso de que un hombre no sepa hacer otra cosa con el dinero más que convertirse en un animal —dijo el hombre de la barba canosa.

La mujer bajó la cabeza. Su padre dio el último sorbo de té y le entregó la taza.

—¡Sí! —suspiró limpiándose la boca—. ¡Qué bien me siento, qué bien!

Puso la mano en la palanca. La pequeña máquina se tensó y gruñó, y el tren salió dando tumbos hacia el cruce. La mujer miró de nuevo hacia la red de vías. La oscuridad se iba esparciendo entre las vías y los vagones. Los mineros todavía pasaban dirigiéndose hacia sus casas en sombríos grupos grises. La bobinadora latía deprisa con breves pausas. Elizabeth Bates contempló el cansado flujo de hombres y luego entró en la casa. Su marido no había llegado.

La cocina era pequeña y estaba iluminada con la luz de la lumbre; las brasas rojas, amontonadas, alumbraban la boca de la chimenea. Toda la vida de la habitación parecía estar contenida en el cálido y blanco hogar, y en el guardafuego metálico que reflejaba el fuego rojo. El mantel estaba puesto para la cena. Las tazas centelleaban en la sombra. Al fondo, en los primeros peldaños de la escalera de la habitación, el niño, sentado, peleaba con una navaja y un trozo de madera. Estaba casi escondido en las sombras, solo sus movimientos eran visibles. Eran las cuatro y media, solo tenían que esperar a que el padre llegase para cenar. Mientras la madre observaba la pequeña y sorda lucha del hijo con la madera, se veía a sí misma en el silencio y en el empeño del niño; veía al padre en la indiferencia del chico hacia todo lo que no fuera él mismo. Parecía preocupada por su marido. Probablemente habría

pasado de largo por la casa, delante de su propia puerta, para ir a tomar un trago antes de entrar, mientras en la espera la cena se le enfriaba y se le pasaba.

Echó una mirada al reloj y después cogió las patatas para escurrirlas en el patio. Los campos y el jardín, más allá del arroyo, estaban envueltos en una oscuridad incierta. Cuando se levantó con la olla en las manos dejando tras de sí el sumidero que emanaba vapor en la noche, vio encendidas las lámparas amarillas a lo largo del camino que iba hacia el monte, más arriba de las vías y el campo.

De nuevo se quedó mirando a los hombres, ahora cada vez menos, que volvían a sus hogares. En la casa el fuego se iba consumiendo y la habitación se había teñido de un color rojo oscuro. La mujer puso la olla en la repisa de la chimenea y colocó el pudín cerca del horno. Luego se quedó de pie inmóvil. Unos pasos ágiles, decididos, rápidos y gratos resonaron en la puerta. Alguien sujetó el pomo un momento, luego entró una niña y comenzó a quitarse la ropa de calle, arrastrando con el sombrero sobre sus ojos una masa de rizos que iban del dorado al castaño.

La madre la regañó por volver tarde de la escuela y le advirtió que en adelante tendría que quedarse en casa durante los oscuros días de invierno.

—¿Por qué, madre? ¡Si apenas está anocheciendo! La lámpara no está encendida y padre no ha llegado todavía.

—No, pero ya son las cinco menos cuarto. ¿Le has visto en alguna parte?

La niña se puso seria. Miró a la madre con grandes y pensativos ojos azules.

—No, madre, no le he visto. ¿Por qué? ¿Ha pasado de largo hacia Old Brinsley? No creo, porque no le he visto.

—¡Ya se habrá ocupado él de eso! —dijo la madre con amargura—. Habrá tenido cuidado de que no le vieras. Puedes estar segura de que está sentado en el Prince of Wales. Si no, no se retrasaría tanto.

La niña miró a la madre conmovedoramente.

—Madre, vamos a ir cenando nosotros, ¿no? —dijo.

La madre llamó a John a la mesa. Abrió la puerta una vez más y miró hacia la oscuridad de las vías. Todo estaba desierto. Ya no se oían las bobinadoras.

—Quizá —se dijo— se haya quedado a terminar algo.

Se sentaron a cenar. John, en un extremo de la mesa cerca de la puerta, estaba casi perdido en la oscuridad. Sus rostros estaban ocultos unos de otros. La niña se agachó frente al guardafuego moviendo despacio una rebanada de pan ante la lumbre. El muchacho, con su rostro como una mancha oscura sobre las sombras, estaba sentado mirándola, transfigurada por el rojo resplandor.

—Creo que es hermoso mirar el fuego —dijo la niña.

—¿Sí? —dijo su madre—, ¿por qué?

—Es tan rojo y está tan lleno de cuevecitas. Uno se siente bien y se puede oler.

—Hay que mantenerlo —dijo la madre— porque si viene tu padre empezará a quejarse y dirá que el fuego nunca está encendido cuando un hombre llega sudando de la mina y que sin embargo el bar siempre está caliente.

Hubo un silencio hasta que el niño dijo quejándose:

—¡Date prisa, Annie!

—Pero ¿qué estoy haciendo? No puedo hacer que el fuego vaya más deprisa, o ¿sí?

—¡Ella pone la tostada y así va más lento! —protestó el niño.

—¡No seas tan mal pensado, niño! —dijo la madre.

En la oscuridad la habitación se llenó pronto del crujiente sonido de las bocas al masticar. La madre comió muy poco. Se bebió el té resuelta y se quedó pensativa. Cuando se levantó, su enfado era evidente por la rígida inflexibilidad de la cabeza. Contempló el pudín en el guardafuego y exclamó:

—Es una vergüenza que un hombre ni siquiera vaya a su casa a cenar. No sé por qué me ha de importar si se le quema la cena hasta quedar en cenizas. ¡Pasar por su misma puerta y marcharse directamente al bar! Y aquí me quedo yo sentada, esperándole con la cena preparada.

Salió afuera por carbón. Según arrojaba trozos de carbón en el fuego rojo, las sombras iban deshaciéndose en las paredes hasta que la habitación quedó en una absoluta oscuridad.

—¡No veo! —gruñó el invisible John. La madre rió a su pesar.

—El camino de la boca sí lo sabes, ¿no? —dijo ella. Y colocó el

recogedor de la basura fuera. Cuando volvió a entrar como una sombra tapando la chimenea, el chico repitió protestando con mal humor:

—¡No veo!

—¡Dios mío! —gritó la madre enfadada—, eres tan pesado como tu padre cuando hay un poco de oscuridad.

No obstante, cogió un trozo de papel del fajo que había en la repisa de la chimenea y se puso a encender la lámpara que colgaba del techo, en medio de la habitación. Cuando extendió el cuerpo hacia arriba, su figura apareció redondeada por la maternidad.

—¡Oh, madre! —exclamó la niña.

—¿Qué? —dijo la madre deteniéndose en el momento en que iba a colocar el cristal sobre la llama. El reflector de cobre brilló hermosamente sobre ella, mientras estaba de pie con el brazo levantado, volviendo el rostro hacia la hija.

—¡Tienes una flor en el delantal! —dijo la niña como con un breve éxtasis ante ese acontecimiento tan poco común.

—¡Madre mía! —exclamó la mujer aliviada—. Se podría pensar que se quemaba la casa.

Volvió a colocar el cristal de la lámpara y esperó un momento antes de subir la luz de la mecha. Se vio una sombra pálida flotando en el suelo, vagamente.

—¡Déjame olerla! —dijo la niña extasiada aún, acercándose a ella y apoyando la cara en la cintura de la madre.

—No seas tonta —dijo la madre subiendo la llama de la lámpara. La luz reveló su tensión de tal modo que casi no pudo soportarlo. Annie todavía estaba apoyada en su cintura. Irritada, la madre se quitó las flores de las cintas del delantal.

—¡Oh, madre, no te las quites! —gritó Annie, sujetándole la mano e intentando colocarle de nuevo el ramito.

—¡Qué tontería! —dijo la madre, volviéndose. La niña se acercó los pálidos crisantemos a la boca, murmurando:

—¡Qué bien huelen!

La madre esbozó una pequeña risa.

—No —dijo—, para mí no. Hubo crisantemos cuando me casé, cuanto tú



naciste, y la primera vez que le trajeron borracho llevaba crisantemos oscuros en el ojal de la solapa.

Miró a los niños. Los ojos y los labios entreabiertos de los niños estaban ensimismados. La madre se sentó meciéndose en silencio durante un rato. Después miró el reloj.

—¡Las seis menos veinte! —Y con un tono de despreocupación delicada y amarga continuó—: No, si no vendrá hasta que le traigan. Se quedará allí. Pero ya puede venir envuelto en toda la suciedad de la mina que yo no voy a lavarle. Ya puede acostarse en el suelo. ¡Qué tonta he sido, qué tonta! Y esto es para lo que he venido aquí, a este sucio agujero de ratas, y todo para que pase por la mismísima puerta de largo. Dos veces la semana pasada. Ahora ya está empezando...

Guardó silencio y se levantó a quitar la mesa.

Los niños jugaron durante una hora o más, concentrados, con gran imaginación, unidos por el miedo a la ira de la madre y aterrados ante la llegada del padre.

La señora Bates estaba sentada en la mecedora cosiendo una camiseta de franela gruesa de color crema, lo que producía un sonido sordo y herido cuando rasgaba los rebordes. Trabajaba afanada en su costura, oyendo a los niños, y su enfado iba aletargándose; apoyó la cabeza para descansar, abriendo los ojos de vez en cuando y mirando fijamente, con los oídos atentos. A veces hasta su enfado venía a menos y se encogía, y la madre suspendía la costura, siguiendo los pasos que resonaban fuera en los trozos de madera entre los raíles; levantaba la cabeza para hacer callar a los niños mientras escuchaba los pasos, pero de nuevo se recuperaba y los pasos seguían de largo y los niños continuaban en su mundo de juegos.

Pero al fin Annie suspiró y dejó de jugar. Miró el tren de zapatillas y dejó de jugar. Se volvió lastimeramente a su madre:

—¡Mamá! —Pero no le salieron las palabras.

John salió de debajo del sofá arrastrándose como una rana. La madre levantó la vista hacia ellos.

—¡Sí —dijo ella—, mírate las mangas!

El chico las levantó para observarlas, sin decir nada.

Entonces alguien gritó fuera en las vías con una fuerte voz, y el suspense

se erizó en la habitación, hasta que dos personas pasaron de largo por la casa, charlando.

—¡Es hora de acostarse! —dijo la madre.

—Si padre todavía no ha llegado —Annie se quejó entre sollozos.

Pero la madre estaba muy enfadada.

—¡No importa, ya le traerán cuando esté como un tronco! —Quería decir que no habría ninguna escena desagradable—. ¡Y ya puede dormir en el suelo hasta que se despierte; supongo que después de esto no irá a trabajar mañana!

Limpió la cara y las manos de los niños con una manopla. Estaban callados. Cuando se pusieron los pijamas rezaron, aunque el niño lo hizo a regañadientes.

La madre bajó la vista hacia ellos, miró la sedosa mata marrón de rizos en la nuca de la niña, la oscura cabecita del niño, y su corazón estalló en cólera contra el padre que les causaba tanto pesar a los tres. Los niños escondían las caras entre las faldas de la madre como buscando alivio.

Cuando la señora Bates bajó, la habitación estaba extraordinariamente vacía, con una tensión de espera. Volvió a coger su costura y dio unas cuantas puntadas sin levantar la cabeza. Mientras tanto su cólera se teñía de temor.

## 2

El reloj dio las ocho y la mujer se levantó de pronto, dejando la costura sobre la silla. Se dirigió a los escalones de la puerta, la abrió y se quedó escuchando. Después salió y echó el cerrojo de la puerta.

Se oyó algo arrastrarse en el patio y se asustó, aunque sabía que tan solo se trataba de las ratas que invadían el lugar. La noche era muy oscura. En el enorme tramo de vías, como abultado por los vagones, no había rastro de luces, solo allá a lo lejos se podían ver unas cuantas luces amarillas, y la mancha roja del patio de la mina en la noche. Comenzó a caminar más deprisa por los lados de la vía, luego, cruzando las vías convergentes, llegó a la cerca con verjas blancas que daban al camino. Entonces el miedo que la había dominado disminuyó. Algunas gentes caminaban hacia New Brinsley;

vio las luces de las casas; veinte yardas más adelante estaban los grandes ventanales del Prince of Wales, cálido y luminoso, y se podían oír claramente las fuertes voces de los hombres.

¡Qué tonta había sido pensando que le podía haber pasado algo! Simplemente estaría allí bebiendo, en el Prince of Wales. Vaciló. Hasta ahora no había ido nunca a buscarle y jamás iría. De modo que continuó caminando hacia la larga y dispersa hilera de casas que permanecían negras en la carretera. Entró en un pasaje situado entre las pobres viviendas.

—¿El señor Rigley...? ¡Sí...! ¿Quería verle...? No, no está en este momento.

Una mujer fuerte se asomó desde una oscura cocina y miró desconfiada a la otra mujer sobre la que caía una luz mortecina que salía a través de las persianas de la cocina.

—¿Es usted la señora Bates? —preguntó con un tono teñido de respeto.

—Sí. Me preguntaba si estaría en casa su marido. El mío no ha llegado todavía.

—¿Todavía no? ¡Ah! Jack vino, cenó y se ha marchado. Ha salido media hora antes de acostarse. ¿Ha ido usted al Prince of Wales?

—No...

—Claro, no ha querido... No es agradable. —La otra mujer era comprensiva. Se hizo una pausa tensa—. Jack no me dijo nada de su marido —comentó.

—¡No! Supongo que estará allí metido.

Elizabeth Bates dijo esto con amargura y temeridad. Sabía que la vecina, al otro lado del patio, estaba en la puerta de su casa, pero no le importó. Y cuando se marchaba:

—Espere. Iré y le preguntaré a Jack a ver si sabe algo —dijo la señora Rigley.

—Oh, no, no quisiera causarle molestias...

—Sí, iré si usted entra un momento y vigila a los chicos para que no bajen y se quemen.

Elizabeth Bates, protestando, entró. La otra mujer se disculpó por el estado del cuarto. La cocina estaba como para disculparse. Había batas, pantalones y ropa interior de los niños sobre el sofá y el suelo, y era un

basurero de juguetes por todas partes. Sobre el negro mantel americano había migas de pan, trozos de pastel, cáscaras y líquidos derramados y una tetera con té frío.

—¡Bah! La nuestra está igual —dijo Elizabeth Bates mirando a la mujer, no a la casa. La señora Rigley se puso un chal por la cabeza y salió de prisa diciendo:

—¡No tardaré nada más que un minuto!

La otra tomó asiento notando con cierta desaprobación el desorden general de la habitación. Entonces comenzó a contar los zapatos de diferentes números que estaban esparcidos por el suelo. Había doce. Suspiró y se dijo: No me extraña, mirando al basurero. Se oyeron dos pares de pies arrastrándose en el patio, y los Rigley entraron. Elizabeth Bates se levantó. Rigley era un hombre alto de grandes huesos. Su cabeza era particularmente huesuda. A lo largo de la sien tenía una cicatriz azul causada por una herida en la mina, una herida en la que el carbón se había puesto azul como un tatuaje.

—¿Aún no ha ido a casa? —preguntó el hombre sin saludar, pero con deferencia y comprensión—. No podría decirle dónde está, porque allí no está —dijo moviendo la cabeza hacia el Prince of Wales.

—Quizá haya ido al Yew —dijo la señora Rigley.

Hubo otra pausa. Era evidente que Rigley quería quitarse algo de la cabeza.

—Yo le dejé terminando la faena —empezó a decir—. Hacía diez minutos que había tocado el pito para el fin de turno cuando salimos y yo le pregunté: «¿Vienes Walt?», y él dijo: «Marchaos vosotros, yo solo tardaré un minuto», de modo que salimos del pozo Bowers y yo, y pensamos que vendría detrás con el otro grupo.

Se quedó perplejo, como si estuviera contestando a la acusación de haber abandonado a su compañero. Elizabeth Bates, ahora de nuevo convencida de un desastre, se apresuró a tranquilizarle:

—Seguro que se ha ido al Yew Tree, como usted dice. No es la primera vez. Ya me he enfadado por lo mismo en anteriores ocasiones. Vendrá a casa cuando le traigan.

—¡Ay, pobrecilla, qué pena! —se lamentó la otra mujer.

—Iré a casa de Dick, a ver si está allí —se ofreció el hombre, temeroso de parecer alarmado y de tomarse algunas libertades.

—Oh, no quisiera molestarle tanto —dijo Elizabeth Bates con énfasis, pero él se dio cuenta de que su ofrecimiento la alegraba.

Mientras trastabillaban en la entrada, Elizabeth Bates oyó a la esposa de Rigley que corría por el patio y abría la puerta de su vecina. Ante aquello, toda la sangre del cuerpo pareció golpearle el corazón.

—¡Cuidado! —dijo Rigley—. Ya he dicho que tengo que arreglar estos agujeros porque alguien va a romperse una pierna.

Ella se recompuso y empezó a caminar rápidamente al lado del minero.

—No me gusta dejar a los chicos en la cama cuando no hay nadie en casa —dijo ella.

—¡No, claro! —contestó él con cortesía. Pronto llegaron a la entrada de la casa.

—¡Bien! Apenas tardaré. No se alarme, todo irá bien —dijo el compañero.

—¡Muchas gracias, señor Rigley! —dijo ella.

—¡De nada! —tartamudeó él alejándose—. No tardaré mucho.

La casa estaba tranquila. Elizabeth Bates se quitó el sombrero y el chal y arregló la alfombra. Tenía prisa por adecentar la casa. Sabía que alguien podía venir. Cuando terminó, se sentó. Eran las nueve y algo. Se asustó del jadeo de la bobinadora allá en la mina y del agudo chirrido de la soga en los frenos al descender. De nuevo sintió el doloroso estremecimiento de su sangre y se puso la mano en el costado mientras decía en voz alta:

—¡Dios mío, que solo se trate del capataz de las nueve que baja! —dijo como en un reproche.

Se quedó quieta escuchando. A la media hora ya estaba agotada.

—¿Por qué estoy preocupándome tanto? —se dijo a sí misma con lástima—. Así solo lograré hacerme daño.

Volvió a coger la costura.

A las diez menos cuarto oyó unos pasos. ¡Una sola persona! Esperó a que la puerta se abriera. Era una mujer mayor con sombrero negro y un chal negro de lana: su suegra. Tenía unos sesenta años, era pálida, de ojos azules y con el rostro lleno de arrugas y marcado por el sufrimiento. Cerró la puerta y

se dirigió a su nuera, lamentándose:

—¡Ay! Lizzie. ¿Qué vamos a hacer? ¿Qué vamos a hacer? —gimió.

Elizabeth se irguió rápidamente.

—¿Qué pasa, madre? —preguntó.

La mujer mayor se sentó en el sofá.

—No lo sé, niña. No puedo decir nada. —Meneaba la cabeza despacio. Elizabeth permaneció sentada observándola, preocupada y nerviosa.

—No lo sé —replicó la abuela, suspirando profundamente—. Mis penas no se acaban nunca, nunca. Las cosas por las que he pasado, creo que ya son suficientes... —Lloraba sin secarse las lágrimas que le corrían por la cara.

—Pero madre —la interrumpió Elizabeth—, ¿qué quiere decir? ¿Qué sucede?

La abuela se limpió los ojos. Dejó de llorar ante la pregunta tan directa de Elizabeth. Se secó las lágrimas lentamente.

—¡Pobre hija, pobrecita! —gimió—. No sé qué vamos a hacer, no sé... y estando tú así... es algo... ¡desde luego!

Elizabeth esperó.

—¿Está muerto? —preguntó, y ante sus propias palabras el corazón se le estremeció violentamente, aunque sintió un leve rubor de vergüenza ante la categórica exageración de su pregunta. Sus palabras asustaron a la anciana, haciéndole casi recuperar el control.

—¡No digas eso, Elizabeth! Espero que no sea algo tan terrible; no, que el Señor no haga caer eso sobre nosotros, Elizabeth. Jack Rigley llegó justo cuando estaba tomándome un vaso de leche antes de irme a la cama y me dijo: «Será mejor que vaya a la casa de su hijo, señora Bates. Walt ha tenido un accidente. Será mejor que vaya y espere con ella hasta que le llevemos allí». No me dio tiempo a preguntarle nada más antes de que se marchara. Me puse el sombrero y me vine directamente. Y pensé: «Esa pobre criatura, si alguien llega y se lo dice de repente, no se sabe qué podría pasar». No debes preocuparte, Lizzie, ya sabes qué puede pasar. ¿De cuántos meses estás? ¿Seis meses o cinco, Lizzie? Sí —la anciana movió la cabeza—, el tiempo pasa, ¡cómo pasa el tiempo!

Los pensamientos de Elizabeth estaban en otra parte. Si estaba muerto, ¿podría arreglárselas con la pequeña pensión y con lo que ella pudiera ganar?

Hizo cuentas rápidamente. Si estaba malherido —no lo llevarían al hospital—, ¡qué carga tan grande sería cuidarle! Pero quizá conseguiría alejarlo de la bebida y de sus odiosas consecuencias. Lo conseguiría solo mientras estuviese enfermo. Las lágrimas estaban a punto de brotarle ante esa posibilidad. Pero ¿qué lujo sentimental era ese que se estaba permitiendo? Se puso a pensar en los niños. Bajo cualquier circunstancia ella les era absolutamente necesaria. Ellos eran asunto suyo.

—¡Ay! —repitió la anciana—. Si parece que fue ayer cuando me trajo el primer sueldo... ¡Sí! Era un buen muchacho, Elizabeth. Lo era a su manera. No sé por qué se convirtió en semejante problema, no sé. En casa era un muchacho feliz, tan lleno de vitalidad... Pero no hay duda de que ha creado muchos problemas. Espero que el Señor le perdone y pueda encontrar el buen camino. Espero que así sea. Lo espero. Tú has tenido muchos problemas con él, Elizabeth. Los has tenido. Pero conmigo fue un muchacho alegre, te lo puedo asegurar. No sé cómo...

La anciana continuó divagando en voz alta, un sonido monótono e irritante, mientras Elizabeth pensaba detenidamente; se sobresaltó cuando oyó la bobinadora jadear deprisa y los frenos chirriando. Luego la máquina se oyó más lenta, y los frenos no hicieron ruido. La anciana no se dio cuenta. Elizabeth esperó en suspenso. La suegra seguía hablando y callándose de vez en cuando.

—Pero él no era tu hijo, Lizzie. Y en eso hay una diferencia. Fuera lo que fuese, recuerdo cuando era pequeño y aprendí a conocerle y a perdonarle. Una tiene que perdonarles...

Eran las diez y media y la anciana estaba diciendo: «Pero hay problemas desde el principio hasta el fin y nunca se es demasiado viejo para eso...», cuando resonó la verja y se oyeron unos pasos pesados en los escalones.

—Ya voy yo, Lizzie, déjame que vaya yo —dijo la anciana, levantándose. Pero Elizabeth estaba ya en la puerta. Era un hombre con ropa de la mina.

—Ya le traen, señora —dijo. A Elizabeth se le paró el corazón por un momento. Luego volvió a palparle casi ahogándola.

—¿Está... está mal? —preguntó.

El hombre desvió la mirada hacia la oscuridad.

—El médico dice que llevaba horas muerto. Él le vio en la cabina de

lámparas.

La anciana, que estaba justo detrás de Elizabeth, se dejó caer en una silla y cruzó las manos llorando: «¡Oh, mi niño, mi niño!».

—¡Cállese! —dijo Elizabeth con el entrecejo súbitamente fruncido—. Estese callada, madre, va a despertar a los niños: no querría que bajasen ahora por nada del mundo.

La anciana gemía en voz baja, meciéndose. El hombre se marchaba. Elizabeth dio un paso adelante.

—¿Qué pasó? —preguntó.

—Bueno, yo no puedo decirlo con seguridad —contestó el hombre incómodo—. Estaba terminando una faena y se habían ido sus compañeros, cuando un montón de carbón se le vino encima.

—¿Y le aplastó? —preguntó temblando la viuda.

—No, cayó de espaldas. No le tocó la cara. Quedó encerrado. Parece que se asfixió.

Elizabeth se retiró. Oyó a la anciana gritando tras ella:

—¿Qué... qué dicen que fue?

El hombre respondió más alto: «Se asfixió». Entonces la anciana sollozó en voz alta y esto alivió a Elizabeth.

—¡Oh, madre! —dijo poniendo una mano sobre la anciana—, ¡no despierte a los niños, no les despierte!

Lloró un poco sin darse cuenta mientras la anciana continuaba meciéndose y sollozando. Elizabeth recordó que iban a traerle a casa y que debía prepararlo todo. Le pondrán en la salita, se dijo a sí misma, quedándose por un momento pálida y perpleja.

Luego encendió una vela y entró en la pequeña habitación. El aire estaba frío y húmedo, pero no se podía hacer fuego porque no había chimenea. Colocó la vela y miró alrededor. La luz de la vela se reflejaba en los vasos de cristal, en los dos jarrones que contenían algunos crisantemos rosas y en la madera de caoba oscura. Había un olor a crisantemos frío y letal en la habitación. Elizabeth se quedó mirando las flores. Desvió la mirada y calculó si habría sitio para ponerle en el suelo entre el canapé y el aparador. Apartó las sillas a un lado. Habría sitio para ponerle en el suelo y pasar por los lados. Luego recogió el viejo mantel rojo y otro trapo viejo y los extendió en el



suelo para preservar un trozo de alfombra. Comenzó a temblar al salir de la salita; sacó una camisa limpia del armario y la puso a calentar. Durante todo aquel tiempo su suegra seguía meciéndose y llorando.

—Tendrá que quitarse de ahí, madre —dijo Elizabeth—. Van a traerle aquí. Siéntese en la mecedora.

La anciana se levantó mecánicamente y se sentó al lado del fuego, continuando con sus lamentos. Elizabeth entró en la despensa a buscar otra vela. Y allí, mientras estaba en la pequeña despensa de azulejos desnudos les oyó llegar. Se quedó quieta en la puerta de la despensa, escuchando. Les oyó pasar junto a la casa y bajar con torpeza los tres escalones, una confusión de pisadas que se arrastraban y voces entrecortadas. La anciana estaba en silencio. Los hombres estaban ya en el patio. Entonces Elizabeth oyó a Matthews, el jefe de la mina, que dijo:

—¡Ve tú primero Jim! ¡Con cuidado!

Se abrió la puerta y las dos mujeres vieron a un minero que entraba de espaldas a la habitación, sujetando un extremo de la camilla en la que se podían ver las suelas claveteadas de las botas del muerto. Los dos hombres que llevaban la camilla se pararon: el que estaba a la cabeza del muerto se agachó en el dintel de la puerta.

—¿Dónde le dejamos? —preguntó el jefe, un hombre bajo y de barba blanca. Elizabeth tomó fuerzas y salió de la despensa con la vela apagada.

—En el saloncito —dijo.

—Por allí, Jim —señaló el jefe de la mina, y los hombres que llevaban la camilla retrocedieron hasta el pequeño cuarto. El abrigo con el que habían cubierto el cuerpo se cayó cuando pasaron entre las dos puertas, y las mujeres vieron a su hombre desnudo hasta la cintura, como cuando trabajaba. La anciana comenzó a gemir en voz baja, horrorizada.

—Poned la camilla a un lado —ordenó el jefe— y vestidle, y ponedle sobre los manteles. ¡Cuidado ahora...! ¡Mirad lo que hacéis...!

Uno de los hombres había volcado uno de los jarrones con crisantemos. Lo miró aturdido y dejaron la camilla en el suelo. Elizabeth no miró a su marido. Tan pronto como pudo entrar en el cuarto, fue y recogió los trozos del jarrón y las flores.

—Esperen un momento —dijo.

Los tres hombres esperaron en silencio mientras ella secaba el agua con un trapo.

—¿Eh? ¡Qué faena, qué faena! —decía el jefe frotándose la frente preocupado y perplejo—. ¡Nunca he visto una cosa igual en mi vida, nunca! ¡No tenía por qué haberse quedado, no había visto una cosa así jamás! Le cayó a un lado, limpiamente, y le cercó. Ni medio metro de espacio. Y aun así ni un moratón.

Bajaba la vista hacia el hombre muerto, tumbado boca abajo, desnudo hasta la cintura, todo sucio de carbonilla.

—Asfixiado —dijo el doctor—: es el accidente más terrible que jamás he visto. Parece como hecho a propósito. Le pasó por un lado y le encerró como en una ratonera. —E hizo un gesto tajante hacia abajo con la mano.

Los mineros que estaban cerca de pie asintieron con la cabeza como en un comentario desesperado.

El horror del suceso se erizaba sobre todos ellos.

Entonces oyeron arriba la voz de una niña que gritaba:

—¡Mamá, mamá! ¿Quién es? Mamá, ¿quién es?

Elizabeth se precipitó al pie de la escalera y abrió la puerta:

—¡A dormir! —le ordenó bruscamente—. ¿Por qué gritas? A dormir ahora mismo. ¡No pasa nada!

Entonces comenzó a subir las escaleras. Se podía oírla pisando las maderas y el suelo de argamasa en el pequeño dormitorio. Podían oírla claramente.

—¿Qué pasa ahora? ¿Qué te pasa, tontita? —Su voz estaba agitada, y denotaba una suavidad irreal.

—Creía que habían llegado unos hombres —dijo la voz quejosa de la niña—. ¿Ha llegado ya papá?

—Sí, le han traído. No hay de qué preocuparse. Ahora, a dormir como una niña buena.

Su voz podía oírse en el dormitorio y ellos esperaron hasta que tapó a los niños con la ropa de la cama.

—¿Está borracho? —preguntó tímida y débilmente la niña.

—¡No, no... no, tan solo está dormido!

—¿Está dormido abajo?

—Sí, y no hagas ruido.

Hubo un rato de silencio, y luego los hombres oyeron de nuevo a la niña asustada:

—¿Qué es ese ruido?

—No es nada. Te digo que no es nada, ¿de qué te preocupas?

El ruido eran los gemidos de la abuela. Ella estaba ajena a todo, sentada en su mecedora y gimiendo. El capataz le puso la mano en el brazo y le pidió:

—Chist... Chist...

La anciana abrió los ojos y le miró. La interrupción la sobresaltó, y parecía sorprendida.

—¿Qué hora es? —dijo la quejosa y débil voz de la niña en una última pregunta antes de quedarse tristemente dormida.

—Las diez —respondió la madre más suavemente. Luego debió de agacharse y besar a los niños.

Matthews hizo un gesto a los hombres para que se fueran. Se pusieron las gorras y cogieron la camilla. Evitando pisar el cuerpo, salieron de la casa de puntillas. Ninguno de ellos habló hasta que estuvieron lejos de los niños, que podían despertarse.

Cuando Elizabeth bajó, se encontró a su madre sola sobre el suelo del salón, inclinada sobre el cuerpo del muerto, las lágrimas cayendo sobre él.

—Debemos prepararle —dijo la esposa. Puso agua a calentar; volvió, se arrodilló a sus pies y comenzó a desabrochar los nudos de los cordones de las botas. La habitación estaba húmeda y lóbrega con una sola vela, de modo que tuvo que inclinar el rostro hasta el suelo. Por fin logró sacarle las pesadas botas y las puso a un lado.

—Ahora tiene usted que ayudarme —le dijo a la anciana. Juntas desnudaron al hombre.

Cuando se pusieron de pie y le vieron yacente con la inocente dignidad de la muerte, las dos mujeres se quedaron quietas a causa del temor y del respeto. Por un momento permanecieron inmóviles, mirando hacia abajo; la anciana lloriqueaba. Elizabeth se sintió anulada. Vio cuán absolutamente inviolable yacía en sí mismo. Ella no tenía nada que ver con él. No podía aceptarlo. Agachándose puso una mano sobre él como reclamándole. Todavía estaba caliente, pues en la mina, donde había muerto, hacía calor. La madre

tenía el rostro escondido entre las manos y murmuraba de una forma incoherente. Sus viejas lágrimas le caían una tras otra como gotas de hojas mojadas; la madre no lloraba, simplemente le caían lágrimas. Elizabeth estrechó el cuerpo de su marido con las mejillas y los labios. Parecía estar escuchando, preguntando, tratando de conseguir alguna conexión con él. Pero no podía. Él la apartaba. Era inexpugnable.

Se levantó y fue a la cocina, donde vertió agua caliente en una palangana, cogió jabón, unos paños y una toalla suave.

—Tengo que lavarle —dijo. Entonces la anciana madre se irguió, se levantó y observó a Elizabeth mientras esta cuidadosamente le lavaba la cara, frotando con cuidado y con empeño el gran bigote rubio sobre la boca. Tuvo un miedo sin fondo, así que procedió a lavarle como si le estuviese administrando los sacramentos. La anciana dijo celosa:

—¡Déjame secarle! —Y se arrodilló al otro lado, secándole lentamente mientras Elizabeth le lavaba, rozando de vez en cuando con su gran sombrero negro la cabeza oscura de la nuera. Se afanaron las dos en silencio durante un largo rato. En ningún momento olvidaban que aquello era la muerte, y el tacto del cuerpo muerto del hombre les producía extrañas sensaciones, diferentes sensaciones a cada una de ellas; les embargaba un gran temor. La madre se sentía negada en su vientre, había sido aniquilada; la esposa sentía la profunda soledad del alma humana, el niño que llevaba dentro como un peso separado de ella.

Finalmente todo había terminado. Él era un hombre de cuerpo gallardo y su rostro no mostraba huellas de la bebida. Era rubio, fornido, de finos miembros. Pero estaba muerto.

—¡Dios le bendiga! —susurró la madre, siempre mirándole a la cara y hablando por puro terror—. Querido muchacho... ¡Dios te bendiga! —hablaba con un débil y sibilante éxtasis de miedo y amor materno.

Elizabeth volvió a inclinarse hacia el suelo, puso la cara contra su cuello y tembló y se estremeció. Pero de nuevo tuvo que apartarse. Él estaba muerto y la carne viva de ella no tenía lugar contra la de él. El miedo y el cansancio la embargaron; se sentía tan vana... Así había pasado su vida.

—¡Blanco como la leche, tierno como un bebé de doce meses! ¡Dios te bendiga, querido mío! —murmuró la anciana para sí—. Ni una marca, claro,

limpio y blanco, hermoso como siempre fue de niño —murmuró con orgullo. Elizabeth mantenía el rostro oculto.

—¡Se ha ido en paz, Lizzie, como dormido! ¿No es hermoso el cordero? Sí, ya estará en paz. No tendría este aspecto si no hubiese encontrado la paz consigo mismo. ¡El cordero, mi querido cordero! ¡Tenía una risa tan sonora! ¡Me encantaba oírse! Tenía una risa tan alegre, Lizzie, como un niño...

Elizabeth levantó la mirada. La boca del hombre estaba hundida hacia atrás, ligeramente abierta bajo el bigote. Los ojos, a medio cerrar, no parecían vidriosos en la oscuridad. La vida con su humeante brillo se había alejado de él, le había dejado separado y totalmente ajeno a ella. Y ella sabía cuán extraño le resultaba. En su vientre sentía un miedo helado por este alejado y extraño ser con quien había vivido como en una sola carne. ¿Era esto lo que significaba todo? Un completo e intacto estado de separación, oscurecido por el calor de vivir. Apartó la cabeza con miedo. El rostro era demasiado letal. No había nada entre ellos y sin embargo habían estado unidos, intercambiando repetidamente su desnudez. Cada vez que él la había poseído, habían sido dos seres aislados, distantes como ahora. Él no era más responsable que ella. El niño era como hielo en su seno. Porque mientras miraba al muerto, su mente fría y distante decía claramente: ¿Quién soy yo? ¿Qué he estado haciendo? He estado luchando con un marido que no existía. Él era el que existía. ¿Qué mal he hecho? ¿Con quién he estado viviendo? Ahí está la realidad, este hombre. Y su alma se desvanecía de miedo, ella sabía que nunca le había visto, él nunca la vio, se habían encontrado en la oscuridad, sin saber a quién encontraban y con quién luchaban. Y ahora ella le veía y se quedaba en silencio al verle. Porque había estado equivocada. Había dicho que él era algo que no era; creía haberle conocido. Mientras, él había estado siempre lejos, viviendo como ella no había vivido, sintiendo como ella no había sentido jamás.

Con miedo y vergüenza miró el cuerpo desnudo que ella había conocido mal. Y él era el padre de sus hijos. El alma se arrancó de su cuerpo y se quedó aparte. Miró el cuerpo desnudo y sintió vergüenza, como si hubiera renegado de él. Después de todo, eso era él. Le pareció horrible. Miró su rostro y después volvió el suyo contra la pared. Porque la mirada de él era otra distinta a la suya. Ella le había negado lo que era, ahora lo veía claro. Le

había rechazado tal como era. Y esta había sido su vida y la de él. Se sentía agradecida a la muerte que restauraba la verdad. Y sabía que ella no estaba muerta.

Y durante todo este tiempo estallaba en dolor y pena por él. ¿Cuánto había sufrido? ¡Qué trecho de dolor para este hombre desesperado! Estaba rígido a causa de la angustia. No había podido ayudarlo. Había sido cruel, este hombre desnudo, este otro ser, y ella no podía repararlo. Además estaban los niños, pero los niños pertenecían a la vida. Este hombre muerto ya no tenía nada que ver con ellos. Él y ella tan solo fueron canales por los que había brotado la vida para crear a los niños. Ella era madre, pero ahora sabía cuán horrible había sido ser esposa. Y él, muerto ahora, cuán horrible debió de sentir el ser esposo. Presintió que en el otro mundo sería un extraño para ella. Si se encontraban allí en el más allá, tan solo sentirían vergüenza de lo que había existido antes. Los niños habían llegado a través de ellos por alguna misteriosa razón. Pero los niños no les habían unido. Ahora que él estaba muerto, ella sabía cuán eternamente distante estaba de ella. Vio cerrado un episodio de su vida. Ambos se habían negado en vida. Ahora él se había ido. Una angustia la sobrecogió. Todo había terminado; entre ellos no había habido nunca esperanza, ni siquiera antes de que él muriera. Sin embargo, él había sido su marido, pero ¡qué poco!

—¿Tienes ya la camisa, Elizabeth?

Elizabeth dio media vuelta sin contestar, aunque se esforzó por llorar y comportarse como su suegra esperaba. Pero no podía, estaba reducida al silencio. Entró en la cocina y volvió con la prenda.

—Está oreada —dijo, cogiendo la camisa de algodón por aquí y por allí para ver si estaba oreada. Casi sintió vergüenza al sujetarle; qué derecho tenía ella o cualquiera a ponerle las manos encima; pero el tacto de ella era un tacto humilde sobre su cuerpo. Fue difícil vestirlo. Estaba tan pesado e inerte. Un miedo terrible la inundó durante todo el rato: que él pudiera estar tan pesado y tan inerte, insensible, distante... El horror de la distancia entre ellos era demasiado para ella. ¡Era un abismo tan infinito por el que debía mirar...!

Por fin todo se acabó. Le cubrieron con una sábana y le dejaron tumbado, con el rostro amortajado. Cerró con llave la puerta del saloncito por miedo a que los niños le vieran allí tumbado.

Entonces, sintiendo paz en lo más profundo de su corazón, salió a ordenar la cocina. Sabía que se sometía a la vida, que era su dueña inmediata. Pero de la muerte, su último amo, se apartaba con miedo y vergüenza.

# AMOR ENTRE EL HENO<sup>[10]</sup>

## 1

Los dos grandes prados se extendían por la ladera de una colina orientada al sur. Al haberse recogido el heno recientemente, eran de un verde dorado, y brillaban bajo el sol con resplandor casi cegador. De lado a lado de la colina, a la mitad de su altura, un alto seto la recorría y proyectaba su negra sombra sobre el brillo líquido del erial. Justo al otro lado del seto estaban levantando el almiar. Era de tamaño enorme, inmenso, pero de un tono tan plateado y de un brillo tan delicado que parecía ingrátido. Se elevaba desordenado y radiante en medio del inalterable resplandor verde dorado del prado. Un poco más atrás había otro almiar ya terminado.

La carreta vacía entró por el hueco del seto. Desde la esquina más alejada del prado inferior, donde entre el rastrojo todavía aparecían las franjas grises del desbroce, la carreta ya cargada avanzaba colina arriba para llegar al almiar. Entre el heno se veían claramente unos puntos blancos: eran los segadores.

Los dos hermanos se habían tomado un minuto de descanso, a la espera de que llegase el nuevo lote. De pie, se limpiaban el sudor con el brazo, entre suspiros causados por el calor y el esfuerzo de haber colocado la tanda anterior. El almiar bajo sus pies era alto, los elevaba sobre el borde del seto, y de gran anchura, una especie de nave ligeramente hueca en la que entraba a borbotones la luz del sol, en la que el aroma cálido y dulce del heno resultaba sofocante. Los dos hermanos aparecían diminutos e inútiles, medio sumergidos en la enorme mole infirme, elevados allí en lo alto como si estuviesen sobre un altar erigido al sol.



Maurice, el más joven de los hermanos, era un apuesto muchacho de veintiún años, despreocupado y desenvuelto, que rebosaba vigor. Mientras se metía con su hermano, sus ojos grises eran brillantes y parecían confundidos por una gran emoción. El rostro moreno mostraba esa sonrisa peculiar, expectante, alegre y nerviosa, propia de un joven que por vez primera es víctima de la pasión.

—Te creías que me ibas a llevar la delantera, ¿a que sí? —dijo, apoyado en el mango de la horca. Sonrió al hablar, y después se sumergió de nuevo en el delicioso tormento de sus ensoñaciones.

—No, no lo pensé: sabes demasiado —replicó Geoffrey, con un ligero tono de malicia. Su hermano le superaba. Geoffrey era un joven corpulento y robusto, un año mayor que Maurice. Sus ojos azules eran huidizos, apartaban la mirada con rapidez; la boca sensible y mórbida. El retraimiento era evidente en todo su enorme cuerpo. El amor propio hasta la exageración era como una enfermedad en él.

—Ya, pero a pesar de eso, sé lo que hiciste —dijo Maurice con sorna—. Te escabulliste —Geoffrey pegó un respingo convulsivo— pensando que era la última noche que teníamos para pasar aquí, y me dejaste durmiendo aunque me tocaba a mí...

Sonrió para sus adentros al pensar en el resultado de la artimaña de Geoffrey.

—Ni me fui a hurtadillas —replicó Geoffrey, de aquella forma torpe y pesada suya, mostrando su desagrado ante la frase—. ¿Es que no me mandó mi padre a buscar carbón...?

—Claro, claro que sí: todos lo sabemos. Pero eso demuestra lo que te perdiste, hijo mío.

Maurice, entre risillas, se dejó caer de espaldas sobre el lecho de heno. En aquel momento no existía nada en el mundo excepto los endebles flancos del pajar y el sol abrasador. Apretó los puños con fuerza, se cubrió el rostro con los brazos, y flexionó de nuevo los músculos. No había duda de que la emoción le embargaba, y era tal su intensidad, que apenas resultaba agradable, pero pese a ello todavía sonreía. Geoffrey, de pie a sus espaldas, distinguía apenas los labios rojos, bajo aquel incipiente bigote cual pelusa negra, que se entreabrían y mostraban los dientes al sonreír. El hermano

mayor apoyó la barbilla en el mango de la horquilla y contempló el panorama que se extendía ante él.

Allá a lo lejos se distinguía bajo un azulado velo el hacinamiento de la ciudad de Nottingham. En medio se extendía la campiña, cubierta por una cálida neblina entre la que, aquí y allá, ondeaban cual banderas los penachos de humo de las minas de carbón. Pero, en la cercanía, al pie de la colina, al otro lado de la carretera que discurría entre altos setos, no había otra cosa que el silencio de la vieja iglesia y de la granja del castillo, rodeadas ambas de árboles. El amplio panorama sólo sirvió para que Geoffrey se sintiese más decaído. Apartó la mirada hacia las carretas vacías que atravesaban el prado a sus pies, el carro vacío que cual enorme insecto iba ladera abajo, la carga que se aproximaba, oscilante como un barco, la testa marrón del caballo inclinada, los marrones flancos que se elevaban y se hincaban en el suelo con esfuerzo. Geoffrey deseó que fuese rápido.

—No pensaste que...

Geoffrey pegó un respingo, se retrajo a su interior, y miró hacia los hermosos labios que se movían al hablar bajo los morenos brazos de su hermano.

—No pensaste que ella iba a estar allí conmigo; de lo contrario, no me hubieras dado la oportunidad. —Aseguró Maurice, y terminó con una breve carcajada, excitado por el recuerdo.

Geoffrey enrojeció de odio, y sintió el impulso de pisar con el pie aquella boca burlona en movimiento, que estaba allí bajo él. Reinó el silencio durante un rato y, a continuación, con un tono peculiar de satisfacción, llegó de nuevo la voz de Maurice que vocalizó con claridad las palabras:

*Ich bin klein, mein Herz ist rein  
Ist niemand d'rin als Christ allein.*<sup>[11]</sup>

Maurice soltó una risilla, después, con una convulsión producida por un retazo de aquel recuerdo, agudo cual sacudida de dolor, se revolvió hasta girar el cuerpo, y se hundió en el heno.

—Tú sabes decir tus oraciones en alemán. —La voz le llegó en sordina.

—Pero no quiero —dijo Geoffrey con un gruñido.

Maurice se rió. Su rostro quedaba oculto, y en la oscuridad repasaba de

nuevo sus experiencias de la noche anterior.

—Qué opinas de besarla junto a la oreja. Perdona —dijo, con voz extraña e inquieta; y se retorció, sorprendido y excitado todavía por su primer contacto con el amor.

El corazón de Geoffrey se inflamó en su interior, y la oscuridad lo rodeó: no podía ver el paisaje.

—Y la delicia de rodear sus pechos con las manos. —La voz de Maurice lo alcanzó, profunda y provocativa. Parecía estar hablando consigo mismo.

Los dos hermanos eran extremadamente tímidos ante las mujeres, y hasta esta recolección del heno, la encarnación de todo el sexo femenino había sido su madre; en presencia de cualquier otra mujer ambos se comportaban como dos torpes gañanes. Además, al haber sido criados por una madre orgullosa, forastera en la región, consideraban que las jóvenes corrientes estaban por debajo de ellos, porque eran inferiores a su madre, que hablaba un inglés puro y era muy callada. Las muchachas normales eran chillonas y mal habladas. Por eso, los dos muchachos habían crecido vírgenes y atormentados.

Ahora de nuevo Maurice había tomado la delantera a Geoffrey, y el hermano mayor se sentía hondamente humillado. Corría el peligro de hundirse en un estado insano, por falta absoluta de vida, por total carencia de interés.

La institutriz extranjera de la rectoría, cuyo jardín llegaba hasta el prado de arriba, había hablado con los muchachos a través del seto, y les había dejado fascinados. Había un enorme arbusto de saúco, con grandes flores cremosas que caían sobre el sendero del jardín, y sobre el prado. Geoffrey jamás olía las flores del saúco sin sorprenderse y sobresaltarse, al pensar en la extraña voz de acento extranjero que tanto le había sorprendido cuando cortaba con la guadaña al pie del seto. Una niña había salido corriendo por el hueco del seto, y la fräulein, que la llamaba en alemán, había aparecido tras ella, e iba tropezando con las flores al perseguirla. La joven se había sobresaltado tanto al ver a un hombre allí en la sombra, que por un momento, fue incapaz de moverse para, a continuación, pisar el rastrillo que estaba en el suelo junto a él. Geoffrey, olvidándose de que era una mujer, la había cogido con cuidado cuando salió despedida hacia delante, y le había preguntado:

—¿Se ha hecho daño?

Entonces ella se había echado a reír, le había contestado en alemán y le había mostrado los brazos mientras enarcaba las cejas. Las ortigas se habían ensañado con ella.

—Necesita una hoja de acedera —dijo Geoffrey.

La joven frunció el ceño, desconcertada.

—¿Hoja de ace... dera?

El joven le había frotado los brazos con la verde hoja.

Y ahora ella se había juntado con Maurice. Al principio, había dado la impresión de preferirle a él. Ahora, se había sentado con Maurice a la luz de la luna, y le había permitido que la besara. Geoffrey lo había sufrido con amargura, sin oponer resistencia.

Inconscientemente, estaba mirando hacia el jardín de la rectoría. Allí estaba ella, con un vestido marrón dorado. Geoffrey se quitó el sombrero, y levantó la mano derecha para saludarla. La joven, diminuta figura dorada, agitó la mano con indiferencia entre las hileras de patatas. Geoffrey se quedó inmóvil en aquella postura, con el sombrero en la mano izquierda y la mano derecha alzada. Por la indolencia del saludo, adivinó que era a Maurice a quien ella esperaba. Y de él ¿qué pensaba? ¿Por qué no le quería a él?

Al oír la voz del carretero que traía la carga, Maurice se levantó. Geoffrey continuó igual, pero su rostro se mostraba sombrío, y la mano levantada, flácida por la decepción. Maurice miró colina arriba. Los ojos se le iluminaron y se echó a reír. Geoffrey, que le observaba, dejó caer la mano.

—¡Chico! —exclamó Maurice entre risas—. No sabía que estaba ahí.

Agitó la mano con torpeza. Para esas cosas, Geoffrey tenía más gracia. El hermano mayor observó a la joven, que corrió hasta el final del sendero, tras los arbustos, para ocultarse de la casa. Desde allí, agitó el pañuelo alocadamente. Maurice no percibió la maniobra. Se oyó el grito de una niña, y la figura de la joven se desvaneció, para reaparecer con un bulto infantil blanco entre los brazos y descender por el sendero. Una vez allí, depositó su carga en el suelo, corrió colina arriba hasta un enorme arce, trepó rápidamente hasta la plataforma horizontal que allí formaba el seto y, tras ponerse en pie, empezó a lanzar besos con ambas manos en un gesto foráneo que excitó a los hermanos. Maurice se rió con fuerza mientras agitaba su pañuelo rojo.

—¿Cuál es el peligro? —gritó una voz burlona desde abajo.

Maurice se dejó caer mientras un intenso rubor le teñía las mejillas.

—¡Ninguno! —respondió.

Allá abajo resonó una fuerte carcajada.

La carreta con la carga se aproximó, se detuvo con un crujido al rozar el almiar, y después se echó hacia atrás y se apoyó sobre los topes. Los hermanos cruzaron la base de heno, horquillas en mano. Al momento, un hombre grande y corpulento, enrojecido y sudoroso, se subió sobre la carga de la carreta. Una vez en lo alto, se dio la vuelta y sus ojos escudriñaron la ladera bajo las espesas cejas. Descubrió a la joven bajo el arce.

—¡Ah! Así que se trata de ella —dijo entre risas—. Sabía que se trataba de una pájara de esa especie, pero no la veía.

Era el padre, que, satisfecho, se rió de buena gana y a continuación empezó a descargar el heno. Geoffrey, desde lo alto del pajar, recibía las grandes brazadas y se las iba pasando a Maurice, que las cogía, las colocaba e iba formando el almiar. Bajo el intenso sol, los tres trabajaban en silencio, unidos por la pasajera pasión del laboreo. Durante un rato, el padre aminoró el ritmo para sacar el heno de debajo de sus pies. Geoffrey esperó; los azulados dientes de la horquilla relucían expectantes: el fardo se elevó, la horquilla se deslizó bajo él, hubo un ligero entrechocar de metales y después el heno fue izado hasta el pajar y, allí, atrapado por Maurice, que lo colocó de la forma debida. Uno tras otro, los tres hombres relajaron los hombros y acomodaron sus posturas. Los tres vestían camisas gastadas de color azul pálido, que se adherían a sus espaldas. El padre movió instintivamente los fuertes hombros redondos, primero hacia arriba para después bajarlos despacio; la monotonía guiaba sus movimientos. Geoffrey exhibía su fuerza. Los enormes hombros cogían y movían el heno sin contención.

—¿Intentas derribarme? —preguntó Maurice enfadado. Tenía que esforzarse para resistir el impacto.

Los tres hombres trabajaban con intensidad, como si alguna fuerza los abocase a la urgencia. Maurice era ágil y rápido en el trabajo, pero tenía que echar mano de su propio sentido común. Además, al colocar el heno alrededor del borde más alejado, tenía que recorrer cierta distancia. Así que resultaba demasiado lento para Geoffrey. Normalmente, el hermano mayor le

hubiese acercado el heno todo lo más posible, allí donde Maurice lo quería. Ahora, sin embargo, lanzaba los montones al centro del pajar. Maurice se acercaba veloz y con movimiento elegante sobre el lecho de heno, pero el esfuerzo era demasiado para él. Los otros dos hombres, embebidos en recibir y entregar, mantenían un ritmo muy veloz. Geoffrey continuaba lanzando el heno sin medida; Maurice sudaba profusamente con el calor y el esfuerzo. De vez en cuando, Geoffrey se enjugaba la frente con el brazo con gesto mecánico, como un animal. A continuación contemplaba con satisfacción el estado de agotamiento de Maurice, y se hacía con el siguiente fardo.

—¿Adónde te crees que lo lanzas, imbécil? —preguntó Maurice entre jadeos cuando su hermano lanzó un montón fuera de su alcance.

—A donde yo quiero —fue la respuesta de Geoffrey.

Maurice continuó con su labor, ahora lleno de furia. Sentía que el sudor se deslizaba por su cuerpo: le caían gotas sobre las largas pestañas negras y le cegaban, así que tenía que detenerse y, furibundo, frotarse los ojos para despejarlos. Las venas se marcaban en su poderoso cuello. Tenía la impresión de que iba a reventar, o a desmayarse si el trabajo no se ralentizaba. Oía la horquilla de su padre arañar el fondo de la carreta.

—Aquí va, el último —anunció el padre jadeante.

Geoffrey lanzó aquel último montón ligero a lo loco, se quitó el sombrero y, ardiendo bajo el sol mientras se secaba, se quedó con aire complacido mientras Maurice luchaba por ordenar el almiar.

—¿No crees que el lado de allá está un poco hacia fuera? —preguntó la voz del padre desde abajo—. Será mejor que lo metas hacia dentro, ¿no?

—Creí que habías dicho que ahí iría la próxima carga —contestó Maurice con enfado.

—Bueno, está bien. ¿Pero este lado de aquí abajo no está...?

Maurice, impaciente, no le prestó atención.

Geoffrey avanzó a zancadas por el pajar e hincó la horquilla en el lado de la discordia.

—¿Es aquí? —gritó con voz potente.

—Sí. ¿No está un poco suelto? —inquirió desde abajo la irritante voz.

Geoffrey introdujo la horca en la parte que sobresalía y, tras apoyar todo el peso sobre el palo, levantó el heno. Le pareció que se movía. Volvió a

hincar el apero con toda su fuerza. El montón se inclinó.

—¿Qué haces, imbécil? —gritó Maurice a voz en cuello.

—Ten cuidado con a quién llamas imbécil —respondió Geoffrey, y se dispuso a empujar de nuevo.

Maurice se acercó de un salto, y apartó a su hermano de un codazo. Sobre el suelto y deslizante lecho de heno, Geoffrey perdió el equilibrio, y cayó al fondo entre maldiciones. Maurice tanteó el borde.

—Es lo suficientemente sólido —gritó con furia.

—Está bien —la voz del padre tenía un tono conciliador—. Descansad un poco ahora que hay tanto trecho que recorrer para traerlo —añadió reflexivo.

Geoffrey se había levantado.

—Ten cuidado de con quién te metes, te aviso —dijo en tono muy amenazador, para añadir mientras Maurice continuaba con su faena—: Y que no se te ocurra volver a tachar a nadie de imbécil, ¿me has oído?

—Hasta la próxima vez, no —respondió Maurice con sorna.

Al ir trabajando en silencio alrededor del pajar, se fue acercando a donde estaba su hermano meditabundo como una estatua, apoyado en el mango de la horca y contemplando el panorama desde su atalaya. El ritmo del corazón de Maurice se aceleró. Siguió adelante con su labor, hasta que una de las puntas de la horquilla chocó contra el cuero de la bota de Geoffrey, y el metal resonó con un sonido agudo.

—¿Es que no vas a moverte? —preguntó Maurice amenazador.

No obtuvo respuesta de aquel enorme bloque. Maurice elevó el labio superior como un perro. A continuación, con el impulso del codo, trató de empujar a su hermano hacia dentro del pajar, de apartarlo de su camino.

—¿A quién estás empujando? —La voz resonó profunda, preñada de amenazas.

—A ti —contestó Maurice con sorna.

Y sin transición, los hermanos se enfrentaron como si fuesen dos toros dispuestos a la pelea: mientras Maurice intentaba con todas sus fuerzas que Geoffrey perdiese el equilibrio, Geoffrey utilizaba todo su peso para oponer resistencia. Maurice, con apoyo precario, se tambaleó un poco, y el peso de Geoffrey fue tras él. El hermano menor se precipitó por encima del borde del almiar y desapareció.

Geoffrey empalideció, y siguió en pie, a la escucha. Oyó la caída. Y a continuación le cubrió un manto de oscuridad, y él permaneció firme solo porque tenía los pies plantados sobre el heno. No tenía fuerzas para moverse. No le llegaba ningún sonido desde abajo, apenas fue consciente de un grito agudo que procedía de muy lejos. Escuchó de nuevo. De repente, el pánico se apoderó de él.

—¡Padre! —rugió con su tremenda voz—. ¡Padre! ¡Padre!

El valle resonó con el eco. El ganado menor que había en la ladera miró hacia arriba. Figuras de hombres aparecieron corriendo desde el prado de abajo y, mucho más próxima, la silueta de una mujer se aproximó a toda velocidad por el prado superior. Geoffrey esperó en suspenso, presa del terror.

—¡Ay! —oyó gritar horrorizada, con acento extranjero, a la joven—. ¡Ay! —Y le siguió una retahíla plañidera e incomprensible. A continuación —: ¡Ay! ¿Es... estás muerto?

Geoffrey continuaba petrificado, erguido sobre el pajar, sin atreverse a bajar, deseoso de esconderse en el heno, pero demasiado espantado para desaparecer de la vista. Oyó cómo Henry, el mayor de sus hermanos, llegaba cuesta arriba, jadeante.

—¿Qué es lo que ha pasado?

Y después al jornalero y a su padre:

—¿Qué habéis estado haciendo? —Oyó preguntar al padre, mientras él seguía sin aproximarse al borde del almiar. Y, a continuación, con tono bajo y amargo:

—¡Se ha matado! Yo no tenía por qué haber puesto tanto heno en ese pajar.

Transcurrieron uno o dos minutos en silencio, después la voz de Henry, el mayor de los hermanos, dijo cortante:

—No está muerto. Está recuperando el sentido.

Geoffrey lo oyó, pero no se alegró. Hubiese deseado que Maurice estuviese muerto. Al menos eso sería definitivo: mejor que enfrentarse a las acusaciones de su hermano, que ver a su madre dirigirse a la habitación del enfermo. Si Maurice se hubiese matado, él no habría dado ninguna explicación, no, no habría dicho ni palabra, y podían ahorcarlo si lo deseaban.



Si Maurice solo estaba herido, todo el mundo se enteraría, y Geoffrey no podría levantar cabeza nunca más. Qué tortura añadida, pasar y que todo el mundo lo supiese. Prefería algo de lo que pudiese apartarse, algo definitivo, aunque fuese la certeza de que había matado a su hermano. Tenía que contar con algo firme ante lo que retroceder, o se volvería loco. Estaba tan solo..., él, que por encima de todo, necesitaba apoyo y comprensión.

—No, está volviendo en sí, te digo que es así —afirmó el jornalero.

—No está muer... to, no está muer... to. —Oyó la apasionada y extraña cantilena de la joven extranjera—. No está muerto... no... o.

—Necesita un poco de brandy... mira el color de sus labios —dijo la voz clara y fría de Henry—. ¿Puede traer un poco?

—¿Qué... e? ¿Traer? —La fräulein no lo entendía.

—Brandy —dijo Henry con toda claridad.

—¡Brrandy! —repitió la joven.

—Ve tú, Bill —gimió el padre.

—Sí, ya voy —contestó Bill, y echó a correr a campo traviesa.

Maurice no estaba muerto, ni se iba a morir. Geoffrey ahora lo comprendía. Después de todo, se alegraba de la revocación de la máxima pena. Pero odiaba pensar en lo que tenía por delante. Y es que a partir de ese momento, siempre se retraería. Siempre había esperado, siempre, que llegase un momento en el que pudiese ser despreocupado, decidido como Maurice, en el que no se asustase ni se retrajese. Ahora sería siempre el mismo, se encerraría en sí mismo como una tortuga sin caparazón.

—¡Ay! ¡Está mejor! —llegó la voz descontrolada de la fräulein, que se echó a llorar, sonido este extraño, que asustó a los hombres, que hizo que la bestia que llevaban en su interior se pusiese en guardia. Geoffrey se estremeció al oír, entre los sollozos de la muchacha, el quejido impaciente de su hermano al recobrar el aliento.

El jornalero volvió a la carrera, seguido por el vicario<sup>[12]</sup>. Después del brandy, Maurice hizo más ruido de lamentos e hipidos. Oyó que el vicario pedía explicaciones. Todas aquellas voces ansiosas, amortiguadas, contestaron con frases breves.

—Fue ese otro —gritó la fräulein—. Le hizo caer... ¡ja!

Sonaba aguda y vengativa.

—No lo creo —dijo el padre al vicario, en voz audible pero confidencial, hablando como si la fräulein no entendiese su idioma.

El vicario, en mal alemán, se dirigió a la institutriz de sus hijos. La joven le contestó con un torrente de palabras que él se negó a reconocer que le superaba. Maurice emitía leves quejidos y suspiros.

—¿Dónde te duele, muchacho? —preguntó el padre con voz patética.

—Déjale un rato tranquilo —pidió Henry con tono firme—. Por de pronto, tiene que recuperar la respiración.

—Será mejor que compruebes que no tiene ningún hueso roto —dijo el vicario nervioso.

—Fue una bendición que cayese sobre ese montón de heno de ahí —afirmó el jornalero—. Si por casualidad hubiera caído sobre este trozo de madera, no lo hubiera contado.

Geoffrey se preguntó cuándo tendría valor para aventurarse a bajar. Tuvo la alocada idea de tirarse de cabeza desde lo alto del pajar: si pudiese desaparecer del mapa, estaría a salvo. Frenético, deseó no existir. La idea de pasarse el resto de sus días encerrado de aquella forma en sí mismo, dominado por la más espantosa de las vergüenzas, siempre solo, amargado y presa de la desolación era suficiente para ponerse a pegar alaridos: ¿Qué iban a pensar todos cuando se enterasen de que había tirado a Maurice desde lo alto del pajar?

Allá abajo hablaban a Maurice. El muchacho se había recuperado en gran medida, y era capaz de responder débilmente.

—¿Qué era lo que hacías? —preguntó el padre con suavidad—. ¿Andabas jugando con Geoffrey? ¿Sí? ¿Y él? ¿Dónde está?

A Geoffrey le dio un vuelco el corazón.

—No lo sé —respondió Henry, con tono irónico y extraño.

—Ve y echa una ojeada —le rogó el padre, que sentía al tiempo un alivio infinito por uno de sus hijos, y una enorme preocupación por la suerte del otro.

Geoffrey no pudo soportar la idea de que el hermano mayor subiese allá arriba y le interrogase con aquel tono suyo agudo y lleno de curiosidad. El culpable, con la cabeza gacha, empezó a bajar por la escala. Sus botas claveteadas se saltaron un travesaño.

—Ten cuidado —gritó el padre histérico.

Geoffrey, al pie de la escalera, se quedó inmóvil como un criminal, y dirigió miradas furtivas al grupo. Maurice yacía, pálido y víctima de ligeras convulsiones sobre un montón de heno. La fräulein estaba arrodillada junto a la cabeza del muchacho.

El vicario le había desabotonado la camisa hasta el pecho, y lo palpaba para comprobar si tenía alguna costilla rota. El padre estaba arrodillado al otro lado; Henry y el jornalero estaban en pie.

—No veo nada roto —afirmó el vicario, y sonó ligeramente decepcionado.

—No hay nada roto que ver —murmuró Maurice con una sonrisa.

El padre empezó a decir:

—¿Eh? ¿Eh? —Y se inclinó sobre el yaciente.

—Digo que no me he hecho daño —repitió Maurice.

—¿Qué estabais haciendo? —preguntó la voz fría e irónica de Henry.

Geoffrey miró hacia otro lado: todavía no había alzado el rostro.

—Que yo sepa, nada —murmuró con sequedad.

—¿Qué? —gritó la fräulein en tono de reproche—. Yo veo... ¡le tiró abajo!

Hizo un gesto fiero con el codo. Henry, sardónico, retorció el largo bigote.

—No muchacha, no —sonrió el pálido Maurice—. Cuando resbalé, él estaba bien lejos de mí.

—¡Ah! ¡Ah! —gritó la fräulein sin entender.

—Sí —aseguró Maurice con sonrisa indulgente.

—Creo que se equivoca —dijo el padre de forma un tanto patética, dirigiéndole a la muchacha una sonrisa como si de una débil mental se tratase.

—Ah, no —gritó ella—. Yo veo a él.

—No, muchacha. —Maurice sonrió tranquilo.

Era polaca, de nombre Paula Jablonowsky<sup>[13]</sup>: joven, de apenas veinte años, ágil y rápida como un gato montés, con una forma extraña y felina de sonreír. Tenía el cabello rubio y lleno de fuerza, dividido en multitud de mechones que, llenos de vida, se agitaban en torno a su rostro. Los preciosos

ojos azules estaban cubiertos por extraños párpados, y parecía atravesarlo todo con su mirada, para después hacerlo con la languidez de un gato montés. Los pómulos eran un tanto esclavos, y tenía pecas en abundancia. Era evidente que el vicario, hombre pálido y bastante frío, la odiaba.

Maurice yacía pálido y sonriente en el regazo de la joven mientras que ella se aferraba a él como a un compañero. Instintivamente, uno percibía que estaban emparejados. A ella se la veía dispuesta en cualquier momento a saltar en su defensa con toda fiereza, ahora que él se encontraba herido. Las miradas que lanzaba a Geoffrey estaban llenas de violencia. Se inclinaba sobre Maurice y le hablaba con su acariciante lengua de sonido extranjero.

—Di lo que quie... ras. —Y se echó a reír, otorgándole soberanía sobre ella.

—¿No sería mejor que fuese a ver qué ha sido de Marjery? —preguntó el vicario en tono de reprimenda.

—Está con su madre: la he oído. Me iré dentro de un ra... to. —La joven sonrió con modestia.

—¿Te crees capaz de ponerte en pie? —preguntó el padre todavía nervioso.

—Sí, dentro de un momento. —Maurice sonrió.

—¿Quieres levantarte? —sonó acariciadora la voz de la joven, que se inclinó sobre él hasta que su rostro quedó muy próximo al del muchacho.

—No tengo prisa —le respondió con sonrisa radiante.

El accidente le había proporcionado una nueva, aunque extraña, tranquilidad, además de autoridad. Se sentía enormemente alegre. De repente, había adquirido un poder desconocido.

—No tienes prisa —repitió la joven, descifrando el significado. Y le sonrió con ternura: estaba a su servicio.

—Dentro de un mes nos dejará: la señora Inwood no la soporta ni un minuto más —confesó el vicario al padre en voz baja, en tono de disculpa.

—¿Por qué, es...?

—Como una salvaje: desobediente e insolente.

—¡Ah!

El padre sonaba abstraído.

—Se acabaron las institutrices extranjeras para mí.

Maurice se movió y miró a la joven.

—¿Pones de pie? —preguntó ella ilusionada—. ¿Tú bien?

El muchacho se rió una vez más, y mostró los dientes de forma atractiva. Ella le levantó la cabeza y se puso en pie de un salto sin dejar de sujetársela, después lo cogió por las axilas y le levantó, antes de que nadie tuviese tiempo de echar una mano. El muchacho era mucho más alto que ella. La agarró con fuerza de los hombros, se recostó en ella y, al sentir los pechos redondos y firmes de la joven apretados contra su costado, sonrió y tomó aliento.

—Ves cómo estoy bien —aseguró con voz entrecortada—. Solo me hacía falta aire.

—¿Tú bi... en? —gritó la joven rebosante de alegría.

—Sí, lo estoy.

Y, tras un momento, dio unos cuantos pasos.

—¿Suficiente bien, tú? —gritó la joven en tono de súplica.

Él se rió abiertamente, la miró y rozó su rostro con los dedos.

—Ya está... si tú quieres.

—¡Si yo quiero! —repitió la joven radiante.

—Dentro de tres semanas se irá —dijo el vicario, en un intento de consolar al padre.

## 2

Mientras hablaban, oyeron la lejana sirena de uno de los pozos mineros.

—Es la hora de la salida —anunció Henry con frialdad—. Hoy no terminaremos ese lado.

El padre miró a su alrededor con ansia.

—Oye, Maurice, ¿estás seguro de que estás bien? —preguntó.

—Sí, estoy bien. ¿No te lo he dicho?

—Pues entonces, siéntate ahí abajo, y dentro de un momento podrás cenar. Henry, tú sube al pajar. ¿Dónde está Jim? Ah, está ocupándose de los caballos. Bill y tú, Geoffrey, podéis recoger el heno mientras Jim lo carga.

Maurice se sentó bajo el olmo para recuperarse. La fräulein se había ido a todo correr a la casa. Se había decidido a pedirle que se casase con él. Tenía

cincuenta libras propias, y su madre le echaría una mano. Durante largo rato se quedó ensimismado, pensando qué haría. Entonces de la carreta cogió una cesta de gran tamaño cubierta por un paño, y extendió la cena por el suelo. Había una enorme empanada de conejo, una fuente de patatas en ensalada, cantidad de pan, un gran trozo de queso y un consistente pudín de arroz.

Aquellos dos prados quedaban a cuatro millas de distancia de la granja familiar. Pero desde hacía varias generaciones eran propiedad de los Wookey, así que el padre seguía ocupándose de su mantenimiento, y a todos les ilusionaba la recolección del heno de Greasley: era una especie de excursión campestre. Venían provistos de comida y té en el carro de la leche, que su padre conducía hasta allí por la mañana. Los muchachos y los jornaleros llegaban en bicicleta. Entre unas cosas y otras, la recolección duraba dos semanas. Como la carretera principal entre Alfreton y Nottingham discurría al pie de los campos, lo normal era que alguien se quedase a dormir en el heno bajo el cobertizo para vigilar los aperos. Los hijos se encargaban por turnos. No era cosa que les gustara demasiado, y por esa razón estaban ansiosos por terminar la recolección aquel mismo día. Pero el ritmo de la faena decayó y se vio entorpecido tras el accidente de Maurice.

Cuando terminaron de vaciar la carga, se agruparon alrededor del blanco mantel, que estaba extendido entre el seto y el almiar, y, sentados en el suelo, dieron cuenta de la comida. La señora Wookey siempre mandaba un mantel limpio, y cuchillos, tenedores y platos para todos. Al señor Wookey esos detalles le hacían sentir siempre un tanto orgulloso, todo era tan correcto...

—Vaya, vaya —dijo jovialmente mientras tomaba asiento—. Qué buen aspecto tiene esto, ¿eh?

Todos se acomodaron alrededor del blanco mantel, a la sombra del árbol y el pajar, y dirigieron la vista a los campos mientras comían. Desde la fresca sombra que les envolvía, el dorado rastrojo parecía líquido, fundido por el calor. El caballo, uncido a la carreta vacía, recorrió unos metros, después se detuvo a comer. Todo quedó sumido en la quietud, como en un trance. De vez en cuando, el mordisco desenvuelto del caballo entre las pilas de heno amontonadas junto al almiar, resonaba como una musiquilla cuando comía. Los hombres comían y bebían en silencio, el padre sumido en la lectura del periódico, Maurice recostado sobre una silla de montar, Henry leyendo el

semanario *The Nation*, los demás ocupados en comer.

De pronto, Bill exclamó:

—¡Hola! ¡Aquí está otra vez!

Todos levantaron la mirada. Paula llegaba a campo traviesa con un plato en la mano.

—Trae algo para despertarte el apetito, Maurice —declaró con ironía el mayor de los hermanos.

Maurice iba por la mitad de un enorme trozo de empanada de conejo, acompañado de ensalada de patatas.

—Que me bendigan si no estás en lo cierto —confirmó el padre riéndose—. Deja eso, Maurice, es una pena desilusionarla.

Maurice miró a su alrededor con rostro muy avergonzado, sin saber qué hacer con su plato.

—Pásamelo —dijo Bill—. Ya me encargo yo de dar buena cuenta de él.

—¿Trae algo para el inválido? —dijo el padre entre risas a la *fräulein*—. Está ya muy recuperado.

—Traigo un poco de pollo a él, ¡ajá! —Hizo un gesto infantil de afirmación en dirección a Maurice, quien sonrió ruborizado.

—Tampoco hay por qué cebarlo —dijo Bill.

Todos soltaron una sonora carcajada. La joven no entendió, así que también se echó a reír. Maurice, muy avergonzado, se puso a comer su porción.

El padre sintió lástima ante la timidez de su hijo.

—Venga y siéntese a mi lado —dijo—. ¡Eh, *fräulein*! ¿Es así como la llaman?

—Me siento junto a usted, padre —dijo la joven con inocencia.

Henry echó hacia atrás la cabeza y estuvo un buen rato riéndose por lo bajo.

La joven se acomodó junto al hombre corpulento y apuesto.

—Me llamo —dijo— Paula Jablonowsky.

—¿Cómo? —preguntó el padre, mientras el resto prorrumpía en sonoras carcajadas.

—Dígamelo otra vez —rogó el padre—. ¿Se llama...?

—Paula.

—¿Paula? Ah..., bueno, es un nombre un poco raro, ¿eh? Él se llama...  
—E indicó con la cabeza a su hijo.

—Maurice..., lo sé. —Pronunció el nombre con dulzura y, mirando al padre a los ojos, se echó a reír.

Maurice enrojeció de pies a cabeza.

Le hicieron preguntas sobre su vida, y averiguaron que procedía de Hanover, que su padre era tendero, y que se había escapado de casa porque no le gustaba su padre. Se había ido a París.

—¡Ah! —exclamó el padre, preso ahora de las dudas—. ¿Y qué hizo una vez allí?

—En colegio... en un colegio de señoritas.

—¿Le gustó?

—Ay, no... no haber vida... ¡no haber vida! Cuando salimos... dos y dos... todas juntas... nada más. Ay, no haber vida, no haber vida.

—¡Esa sí que es buena! —exclamó el padre—. ¡Que no hay vida en París! ¿Y ha encontrado mucha vida en Inglaterra?

—No... ay, no, no me gusta. —Hizo un gesto de asco en dirección a la rectoría.

—¿Cuánto tiempo lleva en Inglaterra?

—Navidad... o así.

—¿Y qué va a hacer?

—Iré a Londres, o a París. ¡Ay, París! ¡O me casaré!

Se echó a reír mirando al padre a los ojos.

El padre se rió a carcajadas.

—¿Casarse, eh? ¿Y con quién?

—No lo sé. Me marcharé.

—¿El campo es demasiado tranquilo para usted? —preguntó el padre.

—¡Ajá, demasiado tranquilo! —asintió con la cabeza.

—¿No le gustaría dedicarse a hacer mantequilla y queso?

—Hacer mantequilla, ¡ajá! —Se volvió hacia el hombre con gesto alegre y complacido—. Me gusta.

—¡Ah! —rió el padre—. Conque eso sí que le gustaría, ¿eh?

La joven asintió con vehemencia, con los ojos resplandecientes.

—Le gustaría cualquier cosa que suponga un cambio —declaró Henry en



tono de quien emite un veredicto.

—Creo que así es —convino el padre.

No se les ocurrió que la joven entendía perfectamente lo que decían. Los miró con detenimiento, después inclinó la cabeza para pensar.

—¡Atención! —exclamó Henry, siempre alerta.

Un vagabundo avanzaba con torpeza hacia ellos a través del hueco del seto. Era un individuo siniestro, huidizo, con cierto aire de fanfarronería. De corta estatura, delgado y huraño, con barba roja de una semana sin afeitar cubriéndole la puntiaguda barbilla, se aproximaba desmañado.

—¿Tienen algo de faena? —preguntó.

—¿Algo de faena? —repitió el padre—. ¿Es que no ve que ya casi hemos terminado?

—Ya. Pero he visto que se han quedado con uno de menos, y pensé que al ser así podrían cogerme media jornada.

—¿Por qué? ¿Es que valdría para algo en una pila de heno? —preguntó Henry con tono burlón.

El hombre se apoyó en el almiar. Todos los demás estaban sentados en el suelo. Les sacaba ventaja.

—Puedo aventajar trabajando a cualquiera de ustedes —fanfarroneó.

—No hay más que mirarlo —rió Bill.

—¿Y cuál es su oficio habitual?

—Soy jockey por derecho propio. Pero hice cierto trabajo sucio para un jefe mío, y me echaron. Él se llevó los beneficios, a mí me dieron la patada. Él me metió en el lío, y después parecía que no me había visto nunca.

—¿Eso hizo? —exclamó el padre movido por la compasión.

—Sí, eso hizo —aseguró el hombre.

—Pero aquí no tenemos nada para ti —dijo Henry con frialdad.

—Y el jefe, ¿qué opina? —preguntó el hombre con descaro.

—No, no hay faena para usted —dijo el padre—. Puede comer algo, si quiere.

—Me alegraría hacerlo —contestó el hombre.

Le dieron el trozo de empanada de conejo que quedaba. Se lo comió con avaricia. Había en él algo de bajeza, de parásito, que asqueaba a Henry. Los demás le miraban como algo curioso.

—Estaba rica y sabrosa —dijo el vagabundo con delectación.

—¿Quiere un trozo de pan con queso? —ofreció el padre.

—Ayudaría a llenar el estómago —fue la respuesta.

Esta vez el hombre comió con más lentitud. La cuadrilla estaba incómoda con su presencia, y no se sentía con ganas de hablar. Todos los hombres encendieron sus pipas, había finalizado la comida.

—¿Así que no necesitan ayuda? —preguntó el vagabundo por fin.

—No, con lo poco que nos queda, podemos arreglárnoslas.

—No tendrían un poco de tabaco de sobra, ¿verdad?

El padre le dio una buena porción.

—Aquí están muy bien —dijo el hombre mirando a su alrededor.

A los otros les molestó aquella familiaridad. Sin embargo, él llenó su pipa de arcilla y fumó con el resto.

Continuaban sentados en silencio, cuando una nueva figura apareció en el hueco del seto y se aproximó sin ruido. Se trataba de una mujer. Era más bien pequeña, y de hechura fina. Tenía el rostro pequeño, muy sonrosado, y bonito, salvo por la expresión de amargura y retraimiento que exhibía. Llevaba el pelo tirante hacia atrás bajo un sombrero marinero. Daba la impresión de limpieza, de precisión y de no andarse con tapujos.

—¿Has conseguido trabajo? —preguntó a su compañero. Al resto los ignoró. Él metió el rabo entre las piernas.

—No, no tienen faena para mí. Solo me han dado una pizca de tabaco.

Era un hombre de lo más rastrero.

—¿Y yo tengo que quedarme todo el día esperando allí en el callejón?

—No tienes por qué si no quieres. Puedes seguir adelante.

—Bien, ¿te vienes? —preguntó con desprecio.

Él se puso en pie tambaleándose.

—No hay necesidad de darse tanta prisa —dijo el hombre—. Si esperases un poco, podrías conseguir algo.

Por vez primera, ella paseó la mirada por el grupo de hombres. Era bastante joven, y habría sido bonita, de no ser por aquel aire de dureza y resentimiento.

—¿Ha comido usted? —preguntó el padre.

Ella le miró con una especie de ira, y se dio la vuelta. El contorno del

rostro era tan infantil que el contraste con la expresión resultaba extraño.

—¿Vienes? —preguntó al hombre.

—Él ya se ha tomado lo suyo. Tómese usted algo, si quiere —la animó el padre.

—¿Qué has comido? —lanzó, dirigiéndose al hombre.

—Se ha tomado todo lo que quedaba de la empanada de conejo —dijo Geoffrey en tono indignado, burlón—, y un buen trozo de pan con queso.

—Bueno, ellos me lo dieron —dijo el hombre.

La joven miró a Geoffrey, y él a ella. Había una especie de camaradería entre ellos. Ambos tenían el mundo en contra. Geoffrey sonrió con sarcasmo. Ella era demasiado seria, su indignación era demasiado profunda para permitirse siquiera una sonrisa.

—Pero tenemos aquí una tarta, puede tomar un poco —dijo Maurice alegremente.

Ella le miró con desprecio.

Dirigió de nuevo la mirada a Geoffrey. Él parecía entenderla. Se dio la vuelta y se alejó en silencio. El hombre no se movió y continuó fumando la pipa con obstinación. Todos le miraron con hostilidad.

—Vamos a trabajar —dijo Henry, poniéndose en pie y quitándose la chaqueta.

Paula se levantó. Estaba un poco confundida por la presencia del vagabundo.

—Yo ir —dijo, mostrando una radiante sonrisa.

Maurice se levantó y fue tras ella vergonzoso.

—Menudo revolcón, ¿eh? —dijo el vagabundo, señalando con el gesto a la fräulein.

Los hombres solo le entendieron a medias, pero se sintieron llenos de odio hacia él.

—¿No sería mejor que te fueses? —preguntó Henry.

El hombre se puso en pie obediente. Toda su persona era desgarrada, con la insolencia de un parásito. A Geoffrey le resultaba aborrecible, sentía ganas de exterminarle. Era la encarnación exacta del peor enemigo de alguien de desbordante sensibilidad; la insolencia carente de cualquier atisbo de delicadeza, que se alimenta de la sensibilidad ajena.

—¿No van a darme nada para ella? Por lo que yo sé, no ha tomado nada en todo el día. Se lo comerá si se lo llevo yo, aunque para mí que consigue más de lo que yo tengo conocimiento. —Acompañó aquellas palabras con un guiño obsceno de rencor y celos—. Y después a mí intenta controlarme... —se mofó, mientras agarraba el pan y el queso, y se lo guardaba en el bolsillo.

### 3

Geoffrey se pasó la tarde trabajando malhumorado, y Maurice se ocupó de juntar el heno en gavillas. Hacía un calor excesivo. Con el avanzar del día, el ambiente se fue enrareciendo, y la luz del sol difuminándose. Geoffrey estaba con Bill, ayudándole a cargar las carretas con las gavillas. Se sentía malhumorado, aunque el alivio que experimentaba era desmesurado: Maurice no iba a acusarle. Desde la discusión, ninguno de los hermanos se había dirigido al otro. Pero el silencio entre ellos era de lo más amigable, casi afectuoso. Ambos se habían sentido profundamente conmovidos, hasta tal punto que su trato habitual se había visto interrumpido: pero en el fondo, cada uno de ellos sentía un fuerte aprecio por el otro. Maurice se sentía extrañamente feliz, su sentimiento de afecto lo abarcaba todo. Pero Geoffrey todavía rebosaba malhumor y hostilidad hacia gran parte del mundo. Se sentía aislado. La comunicación fácil y sin problemas establecida entre los otros trabajadores le dejaba claramente aparte. Y él era un hombre que no soportaba sentirse aislado, tenía demasiado miedo de aquella inmensa confusión de la vida a su alrededor, que lo llenaba de impotencia. Geoffrey desconfiaba de sí mismo en relación con los demás.

La faena avanzaba con lentitud. El calor era insoportable, y todos se sentían descorazonados.

—Vamos a necesitar otro día más —dijo el padre a la hora del té, cuando se sentaron todos bajo el árbol.

—Menudo día —comentó Henry.

—Alguien va a tener que quedarse, entonces —dijo Geoffrey—. Mejor que lo haga yo.

—Ni hablar, chico, yo me quedo —anunció Maurice, y escondió la

cabeza lleno de confusión.

—¡Quedarte esta noche otra vez! —exclamó el padre—. Prefiero que vengas a casa.

—No, me quedo —protestó Maurice.

—Quiere seguir con su cortejo —explicó Henry.

El padre reflexionó sobre ello con seriedad.

—No sé... —dijo pensativo, un tanto inquieto.

Pero Maurice se quedó. Hacia las ocho, tras la puesta de sol, los hombres montaron en las bicicletas, el padre enganchó el caballo al carro de la leche, y todos partieron. Maurice, desde la apertura del seto, contempló la partida: el carro rodó traqueteando colina abajo, sobre los rastrojos, los ciclistas avanzaron veloces cual sombras delante de él. Pasaron todos por la cancela, se oyó el golpeteo rápido de los cascos del caballo en la carretera bajo los tilos, y desaparecieron de la vista. El muchacho era presa de una gran emoción, casi sentía temor, al encontrarse solo.

La oscuridad ascendía desde el valle. Ya allá en lo alto de la empinada colina, las linternas de las carretas avanzaban lentas e indecisas, y las ventanas de las casitas estaban iluminadas. Para Maurice todo tenía una extraña apariencia, como si nunca antes lo hubiese visto. Entre el seto, un enorme tilo desprendía un aroma tal, que casi parecía una voz susurrante. A Maurice le sobresaltó. Tragó una bocanada de la dulzona fragancia, y después permaneció inmóvil, escuchando expectante.

Colina arriba relinchó un caballo. Era la yegua joven. Los caballos corpulentos se movieron con estruendo hacia el lejano seto.

Maurice se preguntó qué debía hacer. Vagó inquieto alrededor de los desiertos almiarés. El calor llegaba a ráfagas, en espesas oleadas. El frescor de la noche tardaba en llegar. Pensó en ir a lavarse. En la parte inferior del seto había una pila de agua pura. Se llenaba gracias a un pequeño manantial que se vertía sobre el borde de la pila y caía hasta el final del frondoso seto del campo inferior. Alrededor del pilón, en el prado de arriba, la tierra era fangosa, y en ella la filipéndula brotaba como grumos de bruma, y desprendía un aroma empalagoso en la hora crepuscular. La noche no trajo la oscuridad, porque la luna estaba en el firmamento; por eso al ir difuminándose el color ámbar oscuro de los cielos, estos siguieron pálidos con la luna velada. Las

campanillas moradas del seto se tornaron negras, los cuclillos cambiaron el rosa por un blanco descolorido, la filipéndula acumuló la luz como si fuese fosforescente, e hirió el aire con su aroma.

Maurice se arrodilló sobre la losa de piedra y sumergió las manos y los brazos, después el rostro. El agua estaba deliciosa con su frescura. Todavía le quedaba una hora antes de que Paula llegase: no la esperaba hasta las nueve. Por lo tanto decidió bañarse de noche en lugar de esperar hasta la mañana. ¿Acaso no estaba pegajoso, y no venía Paula a hablar con él? Se alegró de que se le hubiese ocurrido la idea. Mientras se empapaba la cabeza en el pilón, se preguntó qué pensarían las diminutas criaturas que habitaban el aterciopelado sedimento, allá en el fondo, del sabor del jabón. Riéndose para sus adentros, introdujo el paño en el agua. Se lavó de los pies a la cabeza, de pie en aquel rincón fresco, escondido del prado, en el que nadie podía verle a plena luz del día, así que ahora, bajo la luz velada y gris de la de la luna, no era más visible que las densas flores.

La noche tenía un aspecto nuevo: no recordaba haber visto nunca antes aquel resplandor suyo nítido y gris, ni haber distinguido aquella vida propia de las luces, como si de seres vivos que habitasen los espacios plateados se tratase. Y los altos árboles, envueltos en sus oscuros mantos, no le habrían causado ninguna sorpresa si hubiesen empezado a moverse y conversar. Mientras se secaba, descubrió pequeños movimientos en el aire, sintió leves roces en los costados y caricias que eran especialmente agradables: a veces le sobresaltaban, y se reía como si no estuviese solo. Las flores, en particular las filipéndulas, le asediaban. Alargó la mano hasta palpar su plumazón. Le rozaron los muslos. Entre risas, cogió un ramillete y se restregó todo el cuerpo con su polvo cremoso y fragante. Durante un momento titubeó sorprendido de sí mismo: pero aquella sutil luminiscencia en la oscuridad primigenia de la noche le devolvió la tranquilidad. Las cosas nunca le habían parecido tan personales y de tanta belleza, jamás antes había experimentado en su interior aquella sensación de lo prodigioso.

A las nueve en punto estaba bajo el saúco esperando, en un estado de tremenda trepidación, pero sintiéndose inestimable, consciente del prodigio que había en él. Ella se retrasó. A las nueve y cuarto apareció, con aquel revoloteo rápido e impaciente tan suyo.

—Nada, no se quería dormir —dijo Paula; su tono contenía todo un mundo de ira.

Maurice se rió con timidez. Se adentraron en el prado umbrío de la ladera.

—Estuve sentada una hora... horas en aquel dormitorio —exclamó indignada. Respiró hondo—: ¡Ah, respirar!

Era muy exagerada y rebosaba energía.

—Quiero... —era torpe con el lenguaje— quiero... me gustaría... correr... ¡allí! —Señaló el otro lado del prado.

—Pues entonces corramos —dijo él con curiosidad.

—¡Sí!

Y desapareció al instante. Maurice salió en su persecución. Pese a ser tan joven y ágil, tuvo dificultad para alcanzarla. Al principio apenas la distinguía, aunque oía el frufrú de la tela de su vestido. Corría a una velocidad sorprendente. Maurice la adelantó, la agarró del brazo, y se quedaron jadeantes frente a frente entre risas.

—Podría ganar —aseguró la joven alegremente.

—De eso nada —respondió él, con risa extraña y excitada.

Siguieron caminando, un tanto faltos de aliento. Ante ellos de repente surgieron las siluetas oscuras de los tres caballos comiendo.

—¿Subimos a un caballo? —preguntó ella.

—¿Cómo, a pelo?

—¿Qué dices? —No le entendió.

—¿Sin silla?

—Sin silla... sí... sin silla.

—¡Ven aquí bonita! —ordenó Maurice a la yegua.

Un minuto después la tenía asida por las crines, y la conducía hacia los almiarés, donde le colocó la brida. Era una yegua grande, fuerte. Maurice sentó a la fräulein, se encaramó delante de la joven, utilizando la rueda de la carreta de soporte, y juntos partieron al trote ladera arriba; la joven se asía ligeramente a su cintura. Desde la cima de la colina miraron a su alrededor.

El cielo estaba oscureciéndose bajo un palio de nubes. A la izquierda se alzaba la colina negra y boscosa, a la que unas cuantas luces de las casitas que bordeaban la carretera le daban un aire acogedor. La colina se extendía hacia la derecha, y los sotos la aislaban. Pero al frente había un fantástico

panorama nocturno, salpicado por el brillo de las velas en las casitas, el racimo de luces parpadeantes, cual fiesta de elfos en pleno apogeo, de la mina de carbón, el resplandor aislado de una aldea, a lo lejos la llamarada rojiza en el cielo sobre una fundición de hierro, y en el punto más distante el velado halo de las luces de la ciudad. Mientras contemplaban la inmensidad de la noche, los brazos de la joven se ciñeron en torno a su cintura, y Maurice apretó los codos contra el costado para estrecharlos todavía más. El caballo se movió inquieto. Ellos se asieron con fuerza.

—¿No querrás irte ya? —preguntó Maurice a la joven a sus espaldas.

—Quedo contigo —le respondió con dulzura, y sintió que se acurrucaba contra él. Se echó a reír confundido. Tenía miedo a besarla, pese a sentirse empujado a hacerlo. Permanecieron inmóviles, sobre el inquieto caballo, contemplando las lucecitas que se adentraban en lo profundo de la noche hasta una distancia infinita.

—No quiero irme —dijo Maurice, en tono casi de súplica.

La joven no respondió. El caballo se agitó desosegado.

—Hazlo correr —gritó Paula—. ¡Deprisa!

Rompió el hechizo y despertó en él una ligera furia. Dio una patada a la yegua, la golpeó, y el animal se lanzó colina abajo. La joven se apretó con fuerza contra Maurice. Cabalgaban a pelo por una ladera empinada y escabrosa. Maurice se ciñó con fuerza con las manos y las rodillas. Paula le asía la cintura con firmeza y apoyaba la cabeza en sus hombros, temblando de excitación.

—Vamos a caernos, saldremos despedidos —gritó él, riéndose excitado, pero la joven se limitó a agazaparse detrás, y se apretó con fuerza contra él.

La yegua atravesó el prado veloz. Maurice esperaba salir despedido en cualquier momento sobre la hierba. Apretó con toda la fuerza de sus rodillas. Paula se incrustó en él, y en varias ocasiones a punto estuvo de hacer que se soltase. El hombre y la joven estaban en tensión por el esfuerzo.

Por fin la yegua se detuvo, resoplando. Paula se deslizó hasta el suelo, y un instante después Maurice estaba a su lado. Los dos eran presa de una profunda excitación. Antes de darse cuenta de qué hacía, el joven la tenía en sus brazos, apretada, y la besaba, y se reía. Durante un tiempo no se movieron. Después, en silencio, se dirigieron a los almiarés.



La oscuridad había aumentado, la noche estaba preñada de nubes. Maurice caminaba con el brazo en torno a la cintura de Paula, ella le rodeaba con el suyo. Estaban cerca de los pajares cuando Maurice sintió una gota de lluvia.

—Va a llover —anunció.

—¡Llover! —repitió ella como si careciese de importancia.

—Tendré que ponerle la cubierta al pajar —dijo el joven con gravedad. La muchacha no le entendió.

Cuando alcanzaron los almiarés, Maurice se dirigió al cobertizo, para volver tambaleándose bajo el peso de la inmensa y pesada lona. No la habían utilizado ni una vez durante la recolección del heno.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Paula, acercándose en la oscuridad.

—Cubrir el almiar con ella —respondió—. Ponerla sobre el pajar para protegerlo de la lluvia.

—¡Ah! —exclamó la joven—. ¿Ahí arriba?

Maurice dejó caer la carga al suelo.

—Sí —respondió.

A tientas, colocó la larga escalera a un lado del pajar. No distinguía el final.

—Espero que esté firme —dijo con voz suave.

Unas cuantas gotas de lluvia cayeron golpeteando la lona. Ellos parecían otra presencia. Reinaba una densa oscuridad entre los altos montones de heno. Paula miró hacia aquel muro negro, y buscó refugio en el joven.

—¿Tú la llevas ahí arriba?

—Sí —respondió él.

—¿Yo te ayudo? —preguntó.

Y así lo hizo. Abrieron la lona. Maurice trepó el primero por la empinada escalera, cargando con la parte superior, ella le siguió de cerca, llevando su parte. Subieron por la inestable escalera en silencio, sin detenerse.

Mientras trepaban a lo alto del pajar, una luz se detuvo ante la cancela de la

carretera. Era Geoffrey, que venía a ayudar a su hermano con la lona. Temeroso de aquella intrusión, empujó la bicicleta en silencio hasta el cobertizo. Era una construcción de hierro ondulado, en el lado del seto que quedaba frente a los almiarés. Geoffrey iluminó con la lámpara delante de él, pero no había rastro de los enamorados. Creyó ver una sombra que se alejaba. La luz de la bicicleta brillaba amarillenta en la oscuridad, y dejó ver el brillo de las gotas de lluvia, la brumosa negrura, la sombra de las hojas y las largas briznas de hierba. Geoffrey entró en el cobertizo: allí no había nadie. Se dirigió con paso lento y obstinado hacia los almiarés. Ya había pasado la carreta, cuando oyó que algo se deslizaba sobre él. Al retroceder asustado bajo el muro de heno, vio cómo la larga escalera se deslizaba por el lado del pajar y caía al suelo con gran estruendo.

—¿Qué fue eso? —oyó preguntar a Maurice cauteloso, allá en lo alto.

—Algo cae —llegó la voz extraña y casi complacida de la fräulein.

—No sería la escalera —dijo Maurice. Se asomó al borde del pajar. Se tendió sobre el heno para mirar.

—¡Pues sí que es! —exclamó—. La tiramos con la lona, al extenderla.

—¿Estamos atrapados aquí arriba? —preguntó con voz excitada.

—Pues sí. A no ser que grite hasta que me oigan en la rectoría.

—Ay, no —dijo ella rápidamente.

—Yo no quiero —le aseguró Maurice con una breve carcajada.

Se oyó el rápido repiqueteo de gotas de lluvia sobre la lona. Geoffrey se refugió junto al otro pajar.

—Cuidado con dónde pones el pie... ven, deja que enderece este extremo —dijo Maurice, con tono extraño e íntimo, de mando y acariciador—. Nos sentaremos aquí debajo. Pase lo que pase, no nos mojaremos.

—¡No nos mojaremos! —repitió la joven, contenta pero nerviosa.

Geoffrey oyó la lona deslizarse y crujir en lo alto del almiar, oyó que Maurice le decía:

—¡Cuidado!

—¡Cuidado! —repitió la joven—. ¡Cuidado! Tú decir «cuidado».

—Bueno, ¡y qué pasa si lo hago! —rió él—. No quiero que te caigas por el borde. ¿A que no?

El tono era dominante, pero no se sentía muy seguro de sí mismo.

Hubo un minuto o dos de silencio.

—¡Maurice! —llamó la joven en tono lastimero.

—Estoy aquí —respondió con ternura; la voz tembló con una emoción que era casi dolorosa—. Ya he terminado. Sentémonos bajo esta esquina.

—¡Maurice! —La joven daba un poco de lástima.

—¿Qué? Vas a estar bien —protestó él indignado pero lleno de ternura.

—Estar bien —repitió Paula—. ¿Estaré bien, Maurice?

—Sabes que sí... No puedo llamarte Paula. ¿Quieres que te llame Minnie? —Era el nombre de una hermana muerta.

—¡Minne! —exclamó sorprendida.

—Sí, ¿quieres?

Paula respondió en alemán puro. Maurice se echó a reír entrecortadamente.

—Ven. Ven aquí debajo. ¿Es que querías estar a salvo en la rectoría? ¿Quieres que grite para que venga alguien? —preguntó.

—No quiero, ¡no! —fue la vehemente respuesta.

—¿Estás segura? —insistió él casi con indignación.

—Segura... completamente segura. —Y se echó a reír.

Geoffrey se dio la vuelta al oír las últimas palabras. A continuación la lluvia repiqueteó con fuerza. El hermano solitario se alejó deprimido hacia el cobertizo, donde la lluvia sonaba como un alocado redoble de tambores. Se sentía muy desgraciado, y celoso de Maurice.

El faro de la bicicleta, inclinado, proyectó una luz amarillenta sobre el suelo desnudo del cobertizo o cabaña, abierto por uno de los lados. Iluminó la tierra pisoteada, los mangos de los aperos amontonados bajo la viga, junto al feo metal gris de la edificación. Geoffrey cogió la lámpara e iluminó con ella la cabaña a su alrededor. Había montones de arneses, aperos, un gran cajón de azúcar, un grueso lecho de heno, y después las vigas que sostenían el hierro ondulado, todo muy triste y desnudo. Dirigió la lámpara hacia la noche: no había otra cosa que el brillo furtivo de las gotas de lluvia entre la bruma oscura, y negras formas cerniéndose alrededor.

Geoffrey apagó la luz de un soplo y se dejó caer sobre el heno. Dentro de un rato iría y les colocaría la escalera en su sitio, cuando tuviesen necesidad de ella. Mientras tanto se quedó sentado recreándose en la felicidad de

Maurice. Era imaginativo, y ahora tenía algo concreto en que basarse. Nada en la vida le estimulaba tan profundamente, y tan completamente, como pensar en aquella mujer. Porque Paula era extraña, extranjera, distinta de las jóvenes normales: el elemento provocador de la feminidad parecía concentrado en ella, más resplandeciente, más fascinante que en nadie que hubiese conocido, así que él se sentía más que otra cosa como una polilla en la proximidad de una vela. La habría amado con frenesí, pero era Maurice el que la había conseguido. Sus pensamientos no hacían sino dar vueltas en torno a la misma trayectoria, una y otra vez: qué se sentía al besarla, cuando ella te abrazaba con fuerza la cintura; cómo se sentía ella con respecto a Maurice, si le gustaba acariciarle; si le resultaba encantador y atractivo; qué pensaba de él mismo: se limitaba a mirarlo con indiferencia, como quien ve un caballo en un prado; y por qué tenía que ser así, por qué no era él capaz de despertar su aprecio, en lugar de que fuese Maurice quien lo hiciese: nunca iba a conseguir que una mujer le apreciase de aquel modo, siempre se rendía demasiado pronto ante ella: ojalá apareciese una mujer que le quisiese por su valía, pese a ser tan torpe y no saber sacarse provecho, ay, que fantástico sería; cómo la besaría. Y después empezaba de nuevo la misma ronda de pensamientos, casi con igual obsesión que un demente. Mientras tanto, la lluvia intensa golpeaba incansable el cobertizo, y después se volvió más ligera y suave. Oyó cómo caía gota a gota en el exterior.

El corazón de Geoffrey le dio un vuelco en el pecho, y todo él se puso en tensión, cuando una forma oscura apareció sin hacer ruido junto a los postes del cobertizo y, tras agachar la cabeza, se introdujo en él sigilosamente. El corazón del joven latía con tanta fuerza, a saltos, que no fue capaz de reunir el aliento necesario para hablar. Más que sentir miedo, era presa del sobresalto. La forma avanzó a tientas en dirección a él. Geoffrey, de un salto, se abalanzó sobre ella y la atrapó, jadeante, con sus enormes manos.

—¡Alto ahí!

No hubo resistencia, solo un gemido de desesperación.

—Suéltame —dijo una voz de mujer.

—¿Qué es lo que busca? —preguntó con voz ronca y profunda.

—Creía que él estaba aquí. —La mujer lloraba desesperada, con sollozos entrecortados e insistentes.

—Y se ha encontrado con algo que no esperaba, ¿a qué no?

Ante el tono intimidatorio trató de apartarse de él.

—Suélteme —dijo.

—¿A quién esperaba encontrarse aquí? —preguntó Geoffrey, pero de manera ya más natural.

—Esperaba que fuese mi marido... el que cenó con ustedes. Déjeme ir.

—¡Ah! ¡Es usted! —exclamó el muchacho—. ¿La ha abandonado?

—Deje que me vaya —dijo la mujer con hosquedad, tratando de apartarse.

Geoffrey notó que tenía la manga muy mojada, y que el brazo que él asía era esbelto. De súbito se sintió avergonzado de sí mismo: estaba claro que la había lastimado, al apretarla con tanta fuerza. Aflojó las manos, pero no la soltó.

—¿Y anda buscando a ese fullero que estuvo aquí a la hora de la cena? —preguntó.

La mujer no respondió.

—¿Dónde la abandonó?

—Yo le dejé... aquí. Desde entonces no le he vuelto a ver.

—Pues yo diría que de buena se ha librado —dijo Geoffrey.

Ella no contestó. El joven soltó una breve carcajada, y añadió:

—Yo habría pensado que no tendría ganas de volver a verle la cara.

—Es mi marido... y si puedo evitarlo, no va a escaparse.

Geoffrey se quedó en silencio, sin saber qué decir.

—¿Lleva puesta una chaqueta? —preguntó al fin.

—¿Qué cree? Usted la tiene agarrada.

—Pero está mojada, ¿verdad?

—No creo que pueda estar seca después de andar bajo esa fuerte lluvia. Pero si no está aquí, me iré.

—Quiero decir —dijo Geoffrey con humildad—... está completamente empapada.

No contestó. La sintió temblar.

—¿Tiene frío? —preguntó, sorprendido y lleno de preocupación.

Ella no le respondió. El joven no sabía qué decir.

—Espere un minuto —le rogó, y rebuscó en el bolsillo hasta encontrar las

cerillas.

Encendió una y la sostuvo en el hueco de la palma rugosa y enorme. Era un hombre corpulento, y se le veía nervioso. Al proyectar la luz sobre ella, vio que estaba bastante pálida y que parecía muy cansada. El viejo sombrero marino estaba empapado y deformado por la lluvia. Vestía una chaqueta de paño suave de color beis. La chaqueta estaba negra por la mojadura allí donde la lluvia había calado, la falda colgaba empapada y goteaba sobre las botas. La cerilla se apagó.

—Está completamente mojada —dijo Geoffrey.

La mujer no respondió.

—¿Quiere quedarse aquí hasta que escampe? —preguntó.

Ella no respondió.

—Porque si es así, sería mejor que se quitase la ropa y se envolviese en la manta. En el cajón hay una manta para el caballo.

Esperó, pero ella seguía sin responder. Así que encendió la lámpara de la bicicleta, y revolvió en la caja hasta sacar una gran manta marrón de rayas amarillas y rojas. La mujer estaba inmóvil. Geoffrey la iluminó con la lámpara. Estaba muy pálida, y temblaba entre espasmos.

—¿Tanto frío tiene? —preguntó preocupado—. Quítese la chaqueta y el sombrero, y cúbrase con esto.

Con gesto mecánico, se desabrochó los enormes botones de color beis y se soltó el sombrero. Con el cabello negro retirado de la frente estrecha y franca, parecía poco más que una niña, una niña a la que la tensión de la vida la hubiese empujado con dureza a la madurez. Era pequeña y elegante, de rasgos finos. Pero se estremecía con las convulsiones.

—¿Le pasa algo? —preguntó Geoffrey.

—He ido andando a Bulwell y he vuelto —dijo con labios temblorosos— en su búsqueda... y no he tomado nada desde esta mañana.

No sollozaba. El horror que sentía le impedía llorar. La miró desolado, con la boca entreabierta: «con cara de imbécil» como habría dicho Maurice.

—¡No ha comido nada! —dijo.

Después se volvió hacia el cajón. Allí estaba guardado el pan que había sobrado y el gran trozo de queso, y cosas como azúcar y sal, junto a todos los utensilios de comer: había algo de mantequilla.

La mujer, embargada de tristeza, tomó asiento en el lecho de heno. Geoffrey le preparó un trozo de pan con mantequilla y una porción de queso. Ella lo aceptó, pero se lo comió con apatía.

—Quiero algo de beber —dijo.

—No tenemos cerveza —respondió él—. Mi padre no tiene.

—Quiero agua —dijo la mujer.

Geoffrey cogió una lata y desapareció en la húmeda oscuridad, bajo el enorme seto negro, en dirección al pilón. Cuando volvió, la vio sentada en la semipenumbra de aquella especie de covacha, hecha un ovillo. La hierba empapada le humedeció los pies y pensó en ella. Cuando le entregó el tazón de agua, la mano de la mujer rozó la suya, y sintió que tenía los dedos calientes y resbaladizos. Temblaba tanto que derramó el agua.

—¿Se encuentra mal? —preguntó.

—No soy capaz de controlar los temblores, pero es solo de estar cansada y no haber comido nada.

Geoffrey se rascó la cabeza meditabundo, esperó a que se hubiese comido el trozo de pan con mantequilla. Después le ofreció otro.

—En este momento no lo quiero —dijo ella.

—Tiene que comer algo.

—Ahora no podría comer nada más.

Con cierta inseguridad, Geoffrey guardó el trozo en la caja. A continuación hubo otra larga pausa. El muchacho se puso en pie con la cabeza gacha. La bicicleta, cual animal en reposo, brillaba tras él, vuelta hacia la pared. La mujer estaba acurrucada en el heno, tiritando.

—¿No es capaz de entrar en calor? —le preguntó.

—Poco a poco lo haré, no se preocupe. Estoy ocupando su sitio. ¿Va a pasar aquí la noche?

—Sí.

—Me iré dentro de un poco.

—No, no quiero que se vaya. Estoy pensando en cómo podría entrar en calor.

—No se preocupe por mí —respondió medio irritada.

—Solo voy a comprobar que los pajares están bien. Quítese los zapatos y las medias y todo lo que tenga mojado: no tendrá problemas para taparse por

completo con esa manta, no es que usted abulte mucho.

—Está lloviendo... estaré bien... me iré dentro de un minuto.

—Tengo que ver si los almiareos están resguardados. Quítese la ropa mojada.

—¿Va a volver? —preguntó la mujer.

—Puede que no lo haga, hasta por la mañana.

—Bueno, en ese caso, me iré dentro de diez minutos. No tengo ningún derecho de estar aquí, y no permitiré que nadie se vaya por mi culpa.

—No será culpa suya si me voy.

—Sea como sea, no me quedará.

—Y si vuelvo, ¿se quedará? —preguntó Geoffrey.

No obtuvo respuesta.

Se marchó. Tras unos minutos, ella apagó la lámpara de un soplo. La lluvia caía sin cesar, y la noche era una oscura sima. Reinaba la quietud más absoluta. Geoffrey escuchó en todas las direcciones: no había otro sonido que el de la lluvia. Se introdujo entre los almiareos, pero no oyó otra cosa que el borboteo de la fuente, y el silbido de la lluvia. La oscuridad lo cubría todo. Imaginó que la muerte era algo parecido: multitud de cosas disueltas en el silencio y la oscuridad, borradas pero existentes. En la densa negrura se sintió casi extinguido. Tuvo miedo de no encontrar las cosas como antes. Casi frenéticamente, dando traspiés, buscó a tientas, hasta que su mano tocó el húmedo metal. Había estado buscando un rayo de luz.

—¿Ha apagado la lámpara? —preguntó, con miedo de encontrarse con el silencio por toda respuesta.

—Sí —respondió ella con humildad.

Geoffrey se alegró de oír su voz. A ciegas en la completa oscuridad del cobertizo, chocó contra la caja, parte de cuya tapa hacía el papel de mesa. Se oyó un estruendo y una caída.

—Eso ha sido la lámpara, el cuchillo y la taza —anunció.

Encendió un fósforo.

—La taza no se ha roto. —La metió en la caja.

—Pero se ha derramado el aceite de la lámpara. Siempre fue un cachivache viejo.

Apagó con rapidez la cerilla, que le quemaba los dedos.



Después encendió otra.

—No necesita la lámpara, sabe que no. Y yo me iré de inmediato, así que venga y tumbese y disfrute de su merecido descanso. Yo no voy a ocupar su sitio.

La miró a la luz de una nueva cerilla. Era un bulto extraño, todo marrón, en el que asomaba a trechos el reborde colorido de la manta, y su pequeño rostro que lo contemplaba. Cuando la cerilla se apagaba ella vio que Geoffrey iniciaba una sonrisa.

—Puedo sentarme en este extremo —dijo la mujer—. Usted tumbese.

El joven se aproximó y tomó asiento en el heno, a cierta distancia de ella. Tras un rato en silencio:

—¿De verdad es tu marido? —preguntó.

—¡Lo es! —contestó con seriedad.

—¡Ah!

Se hizo de nuevo el silencio tras esas palabras.

Después de un rato:

—¿Has entrado en calor ahora?

—¿Por qué te molestas?

—No me molesto. ¿Le sigues porque te gusta?

Se expresó con timidez. Quería saberlo.

—No... ojalá estuviese muerto. —El desprecio con el que habló no estaba exento de amargura. A continuación insistió—: Pero es mi marido.

Geoffrey soltó una breve carcajada.

—¡Por Dios! —dijo.

Una vez más, tras un tiempo:

—¿Llevas mucho casada?

—Cuatro años.

—Cuatro años... entonces ¿cuántos tienes?

—Veintitrés.

—¿Has cumplido los veintitrés?

—En mayo.

—Entonces eres cuatro años mayor que yo.

Se quedó pensativo. No eran más que dos voces en la noche negra como el carbón. Había como un halo de misterio. Silencio una vez más.

—¿Y os dedicáis a vagabundear?

—Él se piensa que anda buscando trabajo. Pero no le gusta trabajar en absoluto. Cuando me casé con él trabajaba en los establos de los Greenhalgh, los tratantes de caballos, en Chesterfield, donde yo era doncella. Dejó ese empleo cuando el bebé tenía solo dos meses, y desde entonces me ha llevado de la ceca a la meca. Como dice el refrán: «piedra que rueda no hace montón...».

—¿Y dónde está el bebé?

—Murió cuando tenía diez meses.

Ahora el silencio se asentó entre ellos. Pasó mucho tiempo antes de que Geoffrey se aventurase a decir lleno de compasión:

—No te queda gran cosa por la que vivir.

—Muchas son las veces que, cuando he empezado a tiritar y temblar por las noches, he deseado que la muerte me llevase. Pero no nos es tan fácil morirnos.

El muchacho permaneció en silencio.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó entre titubeos.

—Le encontraré, aunque me desplome por el camino.

—¿Por qué? —preguntó confundido, mirando hacia ella, pese a no ver más que una impenetrable oscuridad.

—Porque sí. No va a salirse con la suya.

—Pero ¿por qué no le abandonas?

—Porque no va a salirse con la suya.

Sonaba muy decidida, vengativa incluso. Geoffrey se sintió sumido en la confusión, incómodo, y vagamente entristecido por ella. La mujer se mantenía en total inmovilidad. Daba la impresión de ser solo una voz, una presencia.

—¿Has entrado ya en calor? —preguntó Geoffrey, un tanto temeroso.

—Un poco... ¡menos los pies! —Su voz era lastimera.

—Déjame que te los caliente con las manos —le rogó—. Yo no tengo nada de frío.

—No, gracias —contestó ella con frialdad.

Luego, en la oscuridad, se dio cuenta de que le había herido. Estaba lleno de crispación por el desaire, porque había hecho el ofrecimiento por pura

bondad.

—Es que están un poco sucios —dijo medio en broma.

—Bueno, los míos sí que lo están... y eso que yo me baño casi todos los días —respondió el muchacho.

—No sé cuándo van a calentarse —se lamentó ella para sí.

—Pues entonces ponlos en mis manos.

La mujer oyó cómo sacudía levemente la caja de cerillas, y a continuación un resplandor fosforescente empezó a humear en dirección a donde él estaba. De pronto tenía en las manos dos humeantes manchas de luz azul verdosa que le aproximó a los pies. Ella tuvo miedo. Pero los pies le dolían tanto que se movió instintivamente, y acercó las plantas de los pies con suavidad a los dos puntos humeantes. Las grandes manos del muchacho le ciñeron el empeine, cálidas y fuertes.

—¡Están como el hielo! —exclamó con honda preocupación.

Le calentó los pies lo mejor que pudo, apoyándolos en su cuerpo. De vez en cuando, la mujer se estremecía con convulsiones. Sintió el aliento cálido de él en las junturas de los dedos, que las manos del joven apretujaban. Se inclinó hacia él y le rozó el pelo delicadamente con la mano. Geoffrey se estremeció. Ella continuó acariciándole el pelo suavemente, con las yemas de sus dedos tímidas y suplicantes.

—¿Los sientes mejor? —preguntó el muchacho en voz baja, y alzó de repente el rostro hacia ella.

El movimiento hizo que la mano se deslizase suave por su rostro y que las yemas de los dedos se enredasen en su boca. La apartó rápida. Geoffrey alargó una mano en busca de la de la mujer, con la palma de la otra le sujetaba ambos pies. La mano errante tropezó con el rostro de ella. Lo acarició con curiosidad. Estaba húmedo. Acercó los dedos cautelosos a sus ojos; eran dos pequeños charcos de lágrimas.

—¿Qué sucede? —preguntó en voz baja, entrecortada.

La mujer se inclinó hacia él, y le agarró fuerte del cuello, apretándole contra su pecho en una pequeña explosión de dolor. El amargo desengaño de su vida, la vergüenza y la degradación sin paliativos de los últimos cuatro años la habían empujado a la soledad, y la habían endurecido hasta hacer que una gran parte de su ser se agrietase y se volviese estéril. Ahora se había

suavizado de nuevo, y aquel renacer podía estar pleno de belleza. Había estado casi a punto de convertirse en una mujer vieja y fea.

Apretó contra el pecho la cabeza de Geoffrey, que se elevó y descendió, y se elevó de nuevo. Estaba aturdido, sumido en la fascinación. Dejó que la mujer hiciese con él lo que quisiese. Las lágrimas cayeron sobre su cabello, mientras ella lloraba en silencio; y su respiración se hizo profunda como la de ella. Por fin, le liberó de aquel yugo. Él la rodeó con sus brazos.

—Ven, déjame que te dé calor —dijo, acurrucándola en sus rodillas y ciñéndola contra él con sus fuertes brazos.

Era pequeña y *câline*. La rodeó de calor y cercanía. Al poco, ella deslizó los brazos en torno a él.

—Qué grande eres —susurró.

La estrechó con fuerza, sobrecogido, bajó el rostro y su boca errátil la buscó. Los labios encontraron su sien. Con lentitud y deliberación, ella acercó la boca a la del joven, y con los labios abiertos, le recibió en un beso, el primer beso de amor de Geoffrey.

## 5

Rompía el alba fría cuando Geoffrey despertó. La mujer seguía dormida en sus brazos. Su rostro en reposo despertó toda la ternura que había en él: la boca cerrada con fuerza, como resuelta a soportar lo que era difícil de soportar, resultaba de lo más conmovedora en contraste con los rasgos de molde fino. Geoffrey la estrechó contra su pecho: teniéndola a ella, se sintió capaz de partirle el labio a los desdeñosos, y de avanzar erecto, imbatible. Con ella para completarle, para formar el núcleo de su ser, se sentía firme y sin fisuras. Al necesitarla tanto, la amaba fervientemente.

Mientras tanto el alba llegó como llega la muerte, con una de esas mañanas lentas, lívidas, que parecen bañadas en sudor frío. Poco a poco, y de manera penosa, el aire empezó a clarear. Geoffrey vio que no llovía. Mientras contemplaba la horrible transformación allí fuera, fue consciente de algo. Bajó la vista: la mujer tenía los ojos abiertos, y le miraba: sus ojos eran de un castaño dorado, sosegados, y de inmediato se clavaron en los suyos con una

sonrisa. Él también sonrió, se inclinó ligeramente y la besó. No hablaron durante un tiempo. Después:

—¿Cómo te llamas? —preguntó él con curiosidad.

—Lydia<sup>[14]</sup> —respondió.

—¡Lydia! —repitió, sorprendido. Se sintió de lo más tímido.

—Yo me llamo Geoffrey Wookey —dijo.

Ella se limitó a sonreírle.

Estuvieron en silencio un tiempo considerable. A la luz del día, todo parecía de menor tamaño. Los enormes árboles nocturnos habían encogido hasta convertirse en algo viejo, pequeño e incierto que se inmiscuía en la palidez enfermiza de la atmósfera. Había una bruma espesa, así que la luz apenas podía alentar. Daba la sensación de que todo fuese enfermizo y se estremeciese de frío.

—¿Has dormido con frecuencia a la intemperie? —preguntó Geoffrey.

—No demasiado —respondió ella.

—¿No irás tras él? —inquirió.

—Tengo que hacerlo —fue la respuesta de la mujer, pero se ovilló contra el cuerpo de Geoffrey.

El joven sintió un pánico repentino.

—No debes —profirió.

Y ella vio que sentía temor por sí mismo. Lo dejó pasar, guardó silencio.

—¿No podríamos casarnos? —preguntó él pensativo.

—No.

Geoffrey meditó la respuesta en profundidad. Al fin:

—¿Vendrías conmigo a Canadá?

—Veremos si piensas lo mismo dentro de dos meses —fue la respuesta de ella, sin amargura.

—Pensaré igual —protestó Geoffrey, herido.

La mujer no respondió, se quedó observándole impasible. Estaba allí para que hiciese lo que quisiese con ella; pero no iba a arruinarle el futuro, no, por nada del mundo.

—¿No tienes ningún pariente? —preguntó Geoffrey.

—Una hermana casada en Crich.

—¿En una granja?

—No... se casó con uno que trabaja en una granja... pero le va muy bien. Me iré allí, si eso es lo que quieres que haga, solo hasta que consiga otro empleo en el servicio doméstico.

Geoffrey meditó aquello.

—¿Podrías emplearte en una granja? —preguntó esperanzado.

—Greenhalgh era una granja.

Él vio despejarse el futuro: la mujer le serviría de ayuda. Había accedido a irse con su hermana, y a buscar empleo en el servicio doméstico, hasta la primavera, dijo, momento en que se embarcarían rumbo a Canadá. Esperó a que asintiese.

—Entonces ¿te vendrás conmigo? —preguntó.

—Cuando llegue el momento —dijo ella.

Aquella falta de confianza hizo que él agachase la cabeza: no le faltaban razones.

—¿Irás andando hasta Crich o desde Langley Hill a Ambergate? Solo es una caminata de quince kilómetros. Así que podemos subir juntos hasta Hunt Hill; tendrás que pasar junto a la vereda que lleva a nuestra casa, y entonces yo podría acercarme un momento a buscar algo de dinero para darte —dijo con humildad.

—Llevo medio soberano encima... es más de lo que necesito.

—Enséñamelo.

Un momento después, tras rebuscar bajo la manta, la mujer sacó el dinero. Geoffrey sintió que era independiente de él. Tras rumiar aquello con bastante amargura, se dijo a sí mismo que ella le abandonaría. La furia le proporcionó la valentía necesaria para preguntarle:

—¿Irás a servir con tu nombre de soltera?

—No.

Se sintió lleno de amargura y de ira hacia ella, rebosante de resentimiento.

—Apuesto a que no te veré nunca más —dijo, con una carcajada breve y dura.

La mujer le rodeó con sus brazos, le apretó contra sí, mientras los ojos se le inundaban de lágrimas. Geoffrey se sintió reconfortado, pero no satisfecho.

—¿Me escribirás esta noche?

—Sí, lo haré.

—Y yo, ¿puedo escribirte... a qué nombre tengo que hacerlo?

—Al de señora Bredon.

—¡Bredon! —repitió con amargura.

Se sentía extremadamente intranquilo.

El alba se había impregnado de tristeza. Vio los setos chorreantes de humedad entre la bruma gris. Después le habló de Maurice.

—¡Ay, no deberías haber hecho eso! —dijo ella—. ¡Tendrías que haberles puesto la escalera!

—Bah... me traen sin cuidado.

—Ve y hazlo ahora... y yo me iré.

—No, no lo hagas. Quédate a conocer a nuestro Maurice, vamos, quédate a verle... así podré contárselo.

Ella accedió en silencio. Geoffrey obtuvo su promesa de que no se marcharía hasta que él volviese. La mujer se ordenó las ropas, se encaminó al pilón, donde realizó sus abluciones.

Geoffrey se acercó hasta el prado de arriba. Los húmedos almiarés se elevaban entre la bruma, el seto estaba empapado. La niebla emergía de la hierba como un vapor, y las colinas cercanas aparecían tan veladas que no eran más que unas sombras. En el valle, las copas de algunos álamos se elevaban bastante bien definidas. Se estremeció de frío.

No llegaba ningún sonido de los pajares, y no era capaz de distinguir nada. Después de todo, se preguntó si estarían allí arriba. Pero levantó la escalera del lugar donde había caído, y después recorrió el seto para recoger palos secos. Estaba partiendo ramas delgadas y muertas bajo un acebo cuando, en la perfecta quietud del aire, oyó:

—¡Vaya, que me aspen!

Escuchó con atención. Maurice estaba despierto.

—¡Siéntate ahí! —exclamó la voz del muchacho.

Luego, tras un rato, el sonido extranjero de la joven:

—Qué... ¡Ah, ahí!

—Sí, la escalera está ahí, vaya que sí.

—Dijiste que se había caído.

—Bueno, oí que se caía... y no pude ni verla ni tocarla.

—Dijiste que se había caído. Mientes, embustero.

—No, tan cierto como que estoy aquí...

—Me dices mentiras... me obligas a quedarme aquí... me dices mentiras —hablaba llena de pasión e indignada.

—Tan cierto como que estoy aquí... —empezó a decir Maurice.

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira! —gritó ella—. No te creo, jamás. ¡Eres malo! ¡Malo! ¡Malo!

—¡Ya está bien! —Ahora era Maurice el que estaba indignado.

—Eres malvado, malo, malo, malo.

—¿Vienes abajo? —preguntó el muchacho con frialdad.

—No... no iré contigo... malo, decirme mentiras.

—¿Vas a bajar?

—No, no te quiero.

—¡Pues muy bien!

Geoffrey, escudriñando entre las ramas del acebo, vio a Maurice acercarse cauteloso a la escalera. El travesaño superior quedaba por debajo del borde del almiar, y descansaba sobre la lona, así que era peligroso llegar a él. La fräulein le observaba desde el extremo del pajar, donde, bajo la cubierta levantada, se veía el heno seco y liviano. Maurice dio un pequeño resbalón; la joven pegó un grito. Cuando el muchacho consiguió encaramarse a la escalera, agarró la lona y la echó hacia atrás para facilitarle a ella el descenso.

—¿Vienes ahora? —preguntó.

—No. —Enojada, hizo un gesto negativo lleno de vehemencia.

Geoffrey sintió un ligero desprecio hacia ella. Pero Maurice esperó.

—¿Vienes? —gritó una vez más.

—No —aulló ella, como un gato montés.

—Muy bien, en ese caso, me voy.

Descendió hasta el suelo. Una vez allí, se quedó aguantando la escalera.

—Ven, mientras la aguanto para que no se mueva.

No hubo respuesta. Durante unos minutos se quedó pacientemente con el pie apoyado en el último travesaño de la escalera. Estaba pálido, con un aspecto un tanto agotado, y se enderezó ante el frío.

—¿Vienes o no? —preguntó al fin.

Siguió sin obtener respuesta.



—Pues quédate ahí arriba hasta que estés lista —murmuró, y se alejó.

Al dar la vuelta a los almiarés se encontró con Geoffrey.

—¿Qué haces tú aquí? —inquirió.

—Llevo aquí toda la noche —respondió Geoffrey—. Vine para ayudarte con la cubierta, pero vi que estaba puesta, y que la escalera estaba abajo, así que pensé que te habías ido.

—¿Fuiste tú el que volvió a poner la escalera?

—Sí, hace un rato.

Maurice rumió aquellas palabras, Geoffrey peleaba consigo mismo para comunicarle sus nuevas. Por fin, le soltó:

—¿Sabes que aquella mujer que estuvo ayer a la hora de la cena volvió y se quedó en el cobertizo toda la noche para protegerse de la lluvia?

—¡Ajá! —exclamó Maurice, con una chispa en la mirada, y una sonrisa le recorrió el pálido rostro.

—Y voy a darle algo de desayunar.

—¡Ajá! —repitió Maurice.

—Es el hombre el que no vale para nada, no ella —protestó Geoffrey.

Maurice no estaba en situación de arrojar la primera piedra.

—Hazlo, si eso es lo que te apetece. —Se le veía más preocupado y nervioso de lo que Geoffrey le había visto nunca.

—¿Y a ti qué te pasa? —preguntó el mayor de los dos hermanos, que en el fondo de su corazón se sentía contento y aliviado.

—Nada —fue su respuesta.

Fueron juntos hasta el cobertizo. La mujer estaba doblando la manta. Se la veía fresca tras el aseo, y muy bonita. El cabello, en lugar de estar tirante hacia atrás, lo llevaba recogido en un moño bajo, y le cubría en parte las orejas. Antes, con toda intención, se había afeado: ahora estaba limpia y bonita, y mostraba una dulce gravedad femenina.

—Hola, no esperaba encontrármela aquí —dijo Maurice con mucha torpeza, sonriente. Ella le contempló con aire grave sin responder—. Pero anoche era mejor buscar refugio que quedarse fuera —añadió.

—Sí —contestó.

—¿Por qué no vas a buscar unos cuantos palos más? —le pidió Geoffrey. Para Geoffrey era algo nuevo estar al mando. Maurice obedeció.

Desapareció en la mañana cruda y húmeda. No se acercó al almiar, para evitar encontrarse con Paula.

En la entrada al cobertizo, Geoffrey encendió el fuego. La mujer sacó el café de la caja: Geoffrey puso el cazo a hervir. Estaban colocando el desayuno cuando apareció Paula. Iba con la cabeza descubierta. Llevaba briznas de heno en el pelo y tenía la cara pálida: en resumen, no estaba en su mejor momento.

—¡Ah, tú! —exclamó al ver a Geoffrey.

—¡Hola! —respondió él—. Has salido temprano.

—¿Dónde está Maurice?

—No lo sé, no tardará mucho.

Paula se quedó callada.

—¿Cuándo has llegado?

—Vine anoche, pero no vi a nadie por ningún lado. Me levanté hace una media hora y puse la escalera para retirar la cubierta.

Paula comprendió, y se quedó en silencio. Cuando llegó Maurice con la leña, estaba acurrucada calentándose las manos. Levantó la mirada hacia el joven, pero él mantuvo los ojos alejados de ella. Geoffrey tropezó con la mirada de Lydia, y sonrió. Maurice acercó las manos al fuego.

—¿Tienes frío? —preguntó Paula con ternura.

—Un poco —contestó él sin animosidad pero con reserva.

Y durante el tiempo que los cuatro estuvieron sentados alrededor del fuego, bebiendo el café humeante, comiendo cada uno un trozo de panceta asada, Paula buscó con avidez los ojos de Maurice, pero él evitó mirarla. Era amable, pero se negaba a responder a sus miradas. Y Geoffrey sonrió constantemente a Lydia, que observaba con gravedad.

La joven alemana logró volver a entrar sin problemas en la rectoría; su escapada pasó desapercibida para todos menos para la doncella. Antes de que pasase una semana, estaba oficialmente comprometida con Maurice, y cuando expiró el mes que tenía de plazo, se fue a vivir a la granja.

Geoffrey y Lydia se mantuvieron fieles el uno al otro.

# LAS HIJAS DEL VICARIO<sup>[15]</sup>

## 1

El señor Lindley era el primer vicario de Aldecross. Los *cottages* de este poblado diminuto habían anidado en paz desde el principio y las gentes del campo habían cruzado los caminos y campos de labranza, dos o tres millas, hasta la iglesia parroquial de Greymeed, en las luminosas mañanas de domingo.

Pero cuando se abrieron las minas, blancas hileras de viviendas empezaron a aparecer al lado de los caminos y una nueva población, salida de la escoria flotante de trabajadores, hizo acto de presencia y casi borró los *cottages* y a las gentes de campo.

Para satisfacer las necesidades de estos nuevos habitantes, mineros, se debía construir una nueva iglesia en Aldecross. No había demasiado dinero. Así, el pequeño edificio se encogía como un ratón giboso, de piedra y argamasa, con dos torreones en las esquinas del oeste, como orejas, en los campos próximos a los *cottages* y los manzanos, lo más lejos posible de las viviendas del camino. Tenía un aspecto incierto, tímido. Entonces plantaron hiedra de hoja grande para esconder su encogida novedad. De modo que ahora la pequeña iglesia, enterrada en el verdor, está desamparada y dormida entre los campos, mientras las casas de ladrillo se acercan cada vez más amenazando con aplastarla. Ya está obsoleta.

El reverendo Ernest Lindley, de veintisiete años y recién casado, acudió desde su parroquia de Suffolk a hacerse cargo de la iglesia. No era más que un joven normal que había estado en Cambridge y que había tomado los hábitos. Su mujer era una joven segura de sí misma, hija de un rector del

condado de Cambridge. Su padre se había gastado toda su dote de mil libras al año, de modo que la señora Lindley no tenía nada de su propiedad. Así fue como los dos jóvenes recién casados fueron a Aldecross a vivir con una renta de unas ciento veinte libras y a mantener un alto nivel de vida.

No fueron muy bien recibidos por la nueva población insatisfecha de mineros. Al estar acostumbrado a gente rural, el señor Lindley se había considerado como indisputable miembro de las clases superiores y de orden. Tenía que ser humilde con las familias rurales, pero aun así era uno de su propia especie, mientras que el pueblo llano era algo muy diferente. No tenía dudas sobre sí mismo.

No obstante, encontró que la población minera se negaba a aceptar este arreglo. No les era útil en sus vidas y se lo dijeron duramente. Las mujeres simplemente decían que «tenían poco tiempo», o si no, «Oh, no está bien que venga aquí, no somos de la iglesia oficial». Los hombres se comportaban con bastante buen humor siempre que él no se les acercara demasiado; le despreciaban alegremente, con un desprecio preconcebido ante el cual él estaba indefenso.

Por último, pasando de la indignación al silencioso resentimiento, e incluso, si se animaba a reconocerlo, a un odio consecuente hacia la mayoría de sus feligreses y a un inconsciente odio hacia sí mismo, redujo sus actividades a un pequeño círculo de *cottages* y tuvo que someterse. No tenía un temperamento especial ya que siempre había dependido de su posición en la sociedad para conseguirse una posición entre los hombres. Ahora era tan pobre que ni siquiera tenía un estatus social entre los vulgares comerciantes del distrito y no poseía la naturaleza adecuada ni ganas de hacerles agradable su compañía, ni la fortaleza para imponerse donde le hubiera gustado ser reconocido. Continuó a duras penas, pálido, infeliz y neutro.

Al principio su mujer estaba furibunda por la mortificación. Se dio grandes aires y se mostró altanera. Pero su renta era demasiado exigua, la lucha con las cuentas de los comerciantes demasiado lastimera, y cuando trataba de impresionar, solo conseguía ser, sin piedad, el hazmerreír general.

Herida hasta el fondo de su orgullo, se vio aislada en medio de una población indiferente e insensible. Le daban rabietas dentro y fuera de su casa. Pero pronto se dio cuenta de que debía pagar demasiado caro el precio

de sus pataletas fuera del hogar, y entonces solo las tenía entre las paredes de la rectoría. Allí sus sentimientos eran tan fuertes que se asustaba de sí misma. Descubrió que detestaba a su marido, y supo que, a menos que tuviera cuidado, podría destrozar su forma de vida y provocar una catástrofe para ambos. Por tanto, a causa del miedo, se tranquilizó. Se escondió, amargada y vencida por el temor, en el único refugio que tenía en el mundo, su tenebrosa y pobre rectoría.

Los niños nacieron uno cada año; casi de manera mecánica, ella continuó cumpliendo sus obligaciones maternas, a las que estaba obligada. Poco a poco, deshecha por la supresión de su furia violenta, la miseria y el disgusto, se convirtió en una inválida y se metió en cama.

Los niños crecieron saludables, pero sin cariño y en un ambiente más bien rígido. Sus padres los educaron en la casa, los hicieron muy altaneros y muy afectados y los situaron cruel y definitivamente en las clases altas, ajenos al vulgo que les rodeaba. En consecuencia, vivieron bastante aislados. Tenían buen aspecto y esa presencia curiosamente limpia, semitransparente, de los pobres refinados y aislados.

Con el tiempo los Lindley perdieron todo dominio de la vida y se pasaban las horas, las semanas y los años simplemente regateando para poder vivir, reprimiendo y puliendo amargamente a sus hijos para convertirlos a la nobleza, empujándolos a la ambición y recargándolos de deberes. El domingo por la mañana toda la familia, salvo la madre, iba por el camino hasta la iglesia; las chicas de largas piernas con vestidos miserables y los chicos con abrigos negros y largos y pantalones grises que no les iban bien. Pasaban delante de los feligreses de su padre con rostros mudos y claros, bocas infantiles cerradas por el orgullo, que era como una condena para ellos, y ojos infantiles que ya no veían. La señorita Mary, la mayor, era la guía. Era alta y delgada, con un perfil fino y la mirada altiva, pura, de sometimiento a un alto destino. La señorita Louisa, la segunda, era baja, regordeta y de aspecto obstinado. Tenía más enemigos que ideales. Cuidaba de los niños menores; la señorita Mary, de los mayores. Los hijos de los mineros miraban a la pálida y distinguida procesión de la familia del vicario pasar a su lado, muda; les impresionaba el aire de nobleza y distancia, se mofaban de los pantalones de los más pequeños, y el odio sacudía sus corazones.

En su momento, la señorita Mary recibía como aya a unas pocas hijitas de comerciantes; la señorita Louisa cuidaba de la casa e iba entre los feligreses de su padre dando lecciones de piano a las hijas de los mineros por trece chelines cada veintiséis lecciones.

## 2

Una mañana invernal, cuando su hija Mary tenía unos veinte años, el señor Lindley, una figura delgada, anónima, con su abrigo negro y su sombrero blando de ala ancha, bajó a Aldecross con un paquete de papeles blancos bajo el brazo. Repartía los almanaques de la parroquia.

Un hombre pálido y neutro de mediana edad esperó mientras el tren pasó traqueteando por el paso a nivel rumbo a la mina que resonaba atareada al final de la línea. Un hombre con una pierna de palo cojeó abriendo las barreras. El señor Lindley cruzó. A su izquierda, debajo del camino y de las vías, estaba el tejado rojo de un *cottage* que se veía entre las ramas desnudas de los manzanos. El señor Lindley caminó a lo largo del bajo muro y descendió los escalones gastados que llevaban del camino al *cottage*, que se agazapaba, oscura y quietamente, bajo el retumbar de los trenes y el ruido metálico de las vagonetas de carbón, en un pequeño y calmo submundo propio; bajo los groselleros desnudos colgaban inmóviles campanillas de invierno con los capullos muy prietos.

El clérigo estaba a punto de llamar a la puerta cuando oyó un ruido de tintineo y, al dar media vuelta, vio a través de la puerta de un oscuro cobertizo, tras de sí, a una anciana con un sombrero de encaje negro agachada entre grandes latas rojizas, vertiendo un líquido muy brillante en un embudo. Olía a parafina. La mujer bajó la lata y la colocó en un estante; luego se levantó con una botella de latón. Sus ojos se encontraron con los ojos del clérigo.

—Oh, es usted, señor Lindley —dijo con tono quejoso—. Entre.

El pastor entró en la casa. En la calurosa cocina estaba sentado un hombre mayor, grandote, con una gran barba gris, tomando rapé. Gruñó con una voz profunda, tartamudeante, diciendo al pastor que tomase asiento, y no le prestó

más atención, sino que miró distraídamente el fuego. El señor Lindley esperó.

La mujer entró con las cintas de su sombrero de encaje, o bonete, colgando sobre el chal. Era de mediana estatura, toda ella pulcra. Subió un escalón saliendo de la cocina y llevando la lata de parafina. Se oyeron pasos que entraban en la habitación a la que daba el escalón. Era una tiendecilla con paquetes en las estanterías de las paredes y una gran máquina de coser antigua con ropa de marinero tirada en derredor, en el espacio abierto. La mujer se situó detrás del mostrador, dio a una niña que había entrado la botella de parafina y recogió de ella otro envase.

—Mi madre dice que lo apunte —dijo la niña, y se fue.

La mujer escribió en un libro y luego entró en la cocina con el envase. El marido, un hombre muy grandote, se levantó y puso más carbón en el fuego, que ya ardía. Se movía lenta e indolentemente. Se preparaba para morir; al ser sastre, su gran corpulencia le había supuesto una molestia. En su juventud había sido un gran bailarín y boxeador. Ahora era un ser taciturno e inerte. El pastor no tenía nada que decir, de modo que intentó encontrar unas palabras. Pero John Durant no prestó atención, silencioso y opaco.

La señora Durant puso el mantel. Su marido se sirvió cerveza en un pichel y empezó a beber y a fumar.

—¿Quiere un poco? —gruñó a través de su barba al clérigo, mirando lentamente del hombre al pichel, sin ocurrírsele otra cosa.

—No, gracias —replicó el señor Lindley, aunque le hubiera gustado un poco de cerveza. Debía dar ejemplo, en una parroquia de bebedores.

—Necesitamos un trago para poder seguir viviendo —dijo la señora Durant.

Tenía una manera de hablar bastante quejosa. El clérigo siguió sentado incómodamente mientras ella ponía la mesa para el almuerzo de las diez y media. El marido se dispuso a comer. Ella se sentó junto al fuego en una pequeña silla redonda.

Era una mujer a quien le hubiera gustado una vida fácil, pero en su destino se había cruzado una familia brutal y turbulenta y un marido haragán a quien no importaba lo que le pasara a él ni a nadie. Su cara cuadrada, bastante bonita, era malhumorada, tenía el aspecto de haber sido obligada toda la vida a servir contra su voluntad y a controlar cuando no quería

controlar. También en ella había ese aplomo magistral de una mujer que ha criado y dominado a sus hijos; pero incluso a ellos los había dominado sin desearlo. Había disfrutado dirigiendo su pequeña mercería, yendo a Nottingham en transporte público y visitando los grandes almacenes para comprar mercancía. Pero no le gustaba el fastidio de gobernar a sus hijos. Únicamente adoraba al menor, porque era su último vástago y tras él se vio libre.

Esta era una de las casas que el clérigo visitaba ocasionalmente. La señora Durant, como parte de su norma, había criado a todos sus hijos en las enseñanzas de la Iglesia. No es que ella tuviera una religión. Sencillamente, estaba acostumbrada. El señor Durant no tenía religión. Leía con curioso placer la fervientemente evangélica *Vida* de John Wesley, sacando de ella la misma satisfacción que del calor del fuego o de una copa de brandy. Pero en realidad no le importaba más John Wesley que John Milton, de quien jamás había oído hablar.

La señora Durant llevó su silla hasta la mesa.

—No tengo ganas de comer —suspiró ella.

—¿Por qué? ¿Acaso no se siente bien? —preguntó el clérigo con aire superior.

—No es eso —suspiró. Se quedó sentada con la boca cerrada—. No sé en qué vamos a terminar.

Pero el clérigo había tocado fondo hacía tanto tiempo que no podía identificarse fácilmente.

—¿Tiene algún problema? —preguntó.

—¡Ay, que si tengo problemas! —exclamó la envejecida mujer—. Voy a terminar en un asilo.

El pastor no se inmutó. ¿Cómo podía ella conocer la pobreza en esa casa de abundancia?

—Espero que no sea así —dijo.

—Y el chico, que yo quería que cuidase de mí... —se lamentó ella.

El pastor escuchó sin compasión, bastante neutral.

—Y el chico que tendría que haber sido el apoyo de mi vejez... ¿Dónde iremos a parar? —dijo ella.

El clérigo, con razón, no creyó en el lamento de la pobreza, pero se



preguntó qué le podría haber pasado al hijo.

—¿Le ha sucedido algo a Alfred? —preguntó.

—Nos hemos enterado de que se ha ido como marinero de la reina —dijo ella tajantemente.

—¡Se ha alistado en la Marina! —exclamó el señor Lindley—. Pienso que no podría haber hecho nada mejor, servir a la reina y al país en la mar...

—Se le necesita para que me sirva a mí —dijo ella—. Y yo quería a mi niño en casa.

Alfred era su pequeño, el último, al que se había permitido el lujo de mimar.

—Le echará en falta —dijo el señor Lindley—, eso es seguro. Pero no ha dado un paso del que pueda arrepentirse; por el contrario...

—A usted le es fácil decirlo, señor Lindley —replicó ella mordazmente—. ¿Piensa usted que yo quiero que mi hijo ande escalando sogas a las órdenes de otro hombre, como un mono?

—No hay ningún deshonor en servir a la Marina, ¿no le parece?

—Deshonor esto, deshonor aquello —gritó la anciana, irritada—. Pero el asunto es que va y se convierte en un esclavo, y lo lamentará.

Su impaciencia enfadada, desdeñosa, irritó al clérigo y le silenció por unos momentos.

—Yo no veo —replicó por último, con su papada blanca, desacertadamente— que el servicio de la reina sea más esclavo que trabajar en la mina.

—En casa, estaba en casa y era su propio amo. Yo sé que verá la diferencia.

—Quizá sea la oportunidad de su vida —dijo el clérigo—. Le alejará de las malas compañías y de la bebida.

Algunos de los hijos de los Durant eran notorios bebedores, y Alfred no era muy equilibrado.

—¿Y por qué no había de tomarse sus copas? —gritó la madre—. ¡No roba a nadie para pagarlas!

El clérigo se puso rígido ante lo que pensó que era una alusión a su profesión y a sus cuentas pendientes.

—Con toda la consideración debida, yo me alegro de saber que se ha

alistado en la Marina —dijo.

—¡Yo con la vejez encima y su padre que trabaja poco! Le agradecería que se alegrase de otras cosas, señor Lindley.

La mujer empezó a llorar. El marido, un tanto impávido, terminó su almuerzo de pastel de carne y bebió cerveza. Luego se puso frente al fuego como si no hubiera nadie más en la habitación.

—Yo respeto a todo hombre que sirve a Dios y a su país en la mar, señora Durant —dijo tercamente el clérigo.

—Eso está muy bien cuando no son sus hijos los que hacen el trabajo sucio. Entonces es diferente —contestó ella mordazmente.

—Yo me sentiría orgulloso si alguno de mis hijos se alistara en la Marina.

—Ay, no todos estamos hechos de la misma madera...

El clérigo se levantó. Puso sobre la mesa un gran papel doblado.

—He traído el almanaque —dijo.

La señora Durant lo abrió.

—Me gusta que las cosas tengan un poco de color —dijo ella petulantemente.

El clérigo no contestó.

—Allí está el sobre para la paga de la organista —dijo la vieja, y levantándose lo cogió de la repisa de la chimenea, fue a la tienda y regresó cerrando el sobre—. Que es todo lo que puedo dar —añadió.

El señor Lindley se retiró con el sobre en el bolsillo; contenía el pago de la señora Durant por los servicios de la señorita Louisa. Fue de puerta en puerta repartiendo almanaques, en aburrida rutina. Harto de la monotonía del negocio y del esfuerzo repetido de saludar a gentes que tan solo conocía a medias, se sintió vacío e irritado. Por último, regresó a su casa.

En la sala ardía un pequeño fuego. La señora Lindley, cada vez más corpulenta, estaba echada en el sofá. El vicario trinchó el cordero frío; la señorita Louisa, baja, regordeta y bastante rubicunda, salió de la cocina; la señorita Mary, morena, con un hermoso entrecejo blanco y ojos grises, sirvió las verduras; los chicos charlaron un poco, pero sin entusiasmo. El mismo aire parecía hambriento.

—Fui a casa de los Durant —dijo el vicario mientras servía pequeñas porciones de cordero—; parece que Alfred se ha escapado para alistarse en la

Marina.

—Ha hecho bien —pronunció la voz dura de la inválida. La señorita Louisa, que estaba sirviendo al benjamín, levantó la mirada en son de protesta.

—¿Por qué lo habrá hecho? —dijo la voz baja y musical de Mary.

—Querría algunas aventuras, supongo —dijo el vicario—. ¿Damos las gracias?

Los chicos estaban listos; bajaron las cabezas, dieron las gracias y, tras la última palabra, todas las cabezas subieron para continuar con el interesante tema.

—Por una vez ha hecho lo correcto —dijo la voz bastante baja de la madre—; se salvará de convertirse en un borrachín como todos los demás.

—No son todos borrachines, mamá —dijo tercamente la señorita Louisa.

—No será culpa de su crianza, si no lo son. Walter Durant es una desgracia andante.

—Tal como le comenté a la señora Durant —dijo el vicario comiendo con hambre—, es lo mejor que podía haber hecho. Le alejará de la tentación durante los años más peligrosos de su vida. ¿Qué edad tiene? ¿Diecinueve?

—Veinte —dijo la señorita Louisa.

—¡Veinte! —repitió el vicario—. Yo le impondría una buena disciplina y le obligaría a unas normas de deber y de honor. Nada podría haber sido mejor para él, pero...

—Le echaremos en falta en el coro —dijo la señorita Louisa, como si tomara posiciones contrarias a las de sus padres.

—Que así sea —dijo el vicario—. Yo prefiero saber que está a salvo en la Marina y no corriendo el riesgo de las malas compañías.

—¿Trataba con malas compañías? —preguntó la terca de la señorita Louisa.

—Como sabes, Louisa, ya no era lo que había sido —dijo, delicada y serenamente, la señorita Mary. La señorita Louisa, enfurruñada, cerró su mandíbula bastante prominente. Quiso negarlo, pero sabía que era verdad.

Para ella, él había sido un chico sonriente y simpático con algo de generoso y rico. La había hecho sentir bien. Parecía que los días serían más fríos a partir de su marcha.

—Lo mejor que podía hacer —dijo la madre con énfasis.

—Así lo creo —dijo el vicario—, pero su madre estuvo casi insultante porque se lo dije. —Habló con un tono ofendido.

—¿Qué le importa a esa el bienestar de sus hijos? —dijo la inválida—. Lo único que le preocupa son sus salarios.

—Supongo que querría tenerlo en casa —dijo la señorita Louisa.

—Sí, así es. A riesgo de convertirse en un borracho como todos los demás —replicó la madre.

—George Durant no bebe —le defendió la hija.

—Porque se quemó tanto en la mina cuando tenía diecinueve años que se asustó. Al menos, la Marina es mejor remedio que eso.

—Ciertamente —dijo el vicario—, ciertamente.

Y en esto estuvo de acuerdo la señorita Louisa. No obstante, tenía que estar enfadada porque él se hubiera ido para tantos años. Ella solo tenía diecinueve.

### 3

Sucedió que el señor Lindley cayó muy enfermo cuando la señorita Mary tenía veintitrés años. Por aquel entonces la familia era extremadamente pobre; se necesitaba mucho dinero y había pocos ingresos. Ni la señorita Mary ni la señorita Louisa tenían pretendientes. ¿Qué posibilidades tenían? En Aldecross no conocían candidatos. Y lo que ganaban era como una gota en el mar. Los corazones de las muchachas estaban congelados y endurecidos por el miedo de su penuria fría y perpetua, esa lucha estrecha, la horrible nada de sus vidas.

Había que encontrar un clérigo para el trabajo de la iglesia. Sucedió que el hijo de un viejo amigo del señor Lindley tenía que esperar tres meses antes de hacerse cargo de su parroquia. Acudiría y oficiaría gratuitamente. Se esperó al joven clérigo con gran expectativa. No tenía más que veintisiete años, era licenciado en artes por Oxford y había escrito su tesis sobre derecho romano. Provenía de una vieja familia del condado de Cambridge, tenía algunos medios propios, iba a hacerse cargo de una iglesia en el condado de

Northampton con una buena renta y no estaba casado. La señora Lindley contrajo nuevas deudas y apenas lamentó la enfermedad de su marido.

Pero cuando llegó el señor Massey, se produjo una ola de desilusión en la casa. Habían esperado a un joven de pipa y voz profunda, pero con mejores modales que Sidney, el mayor de los Lindley. En cambio, les llegó un hombrecito lastimoso, apenas más robusto que un chico de doce años, con gafas, tímido en extremo y que no pronunciaba palabra al principio; sin embargo, tenía cierta seguridad inhumana.

—¡Qué pequeño aborto! —fue la exclamación que hizo para sí la señora Lindley cuando lo vio por primera vez con su abrigo de clérigo abotonado hasta arriba. Y, por primera vez después de mucho tiempo, se sintió profundamente agradecida a Dios de que todos sus hijos fueran especímenes decentes.

Tenía poderes poco normales de percepción. Pronto se dieron cuenta de que carecía de la amplia gama de sentimientos humanos, pero que a cambio tenía una fuerte mente filosófica, de la que vivía. Su cuerpo era casi inimaginable, pero su intelecto era algo concreto. Cuando él participaba, la conversación cobraba de inmediato un tono equilibrado, abstracto. No había la menor exclamación espontánea, ninguna afirmación vehemente o expresión de convicción personal, sino únicamente una aserción fría, razonable. Esto fue muy duro para la señora Lindley. El hombrecito la contemplaba después de que ella emitiera una opinión y entonces daba con su voz fina su propia versión calculada, de modo que ella se sentía como si pasase a flotar en el aire por un agujero del endeble suelo en que se sostenía la conversación. Ella se sentía una boba. Pronto fue reducida a un implacable silencio.

No obstante, en el fondo de sus pensamientos recordaba que se trataba de un caballero soltero, que pronto tendría en sus manos una renta de seiscientas o setecientas libras al año. ¡Qué importaba el hombre si había una tranquilidad pecuniaria! Ese hombre era un regalo de Dios. Al cabo de veintidós años su sentimentalismo estaba bien enterrado y lo único que le importaba era la rueda de molino de la miseria. En consecuencia, apoyaba al hombrecito en tanto que representante de una renta decente.

Su hábito más irritante era una risita desdeñosa, siempre solitaria, que le

asaltaba cuando percibía o relacionaba cualquier absurdo ilógico en otra persona. Era su única forma de humor. La estupidez de pensamiento le parecía de una comicidad exquisita. Cualquier novedad era ininteligible, sin sentido y aburrida, y el humor irlandés lo escuchaba con curiosidad, lo examinaba como si se tratara de matemáticas, o simplemente no lo oía. No participaba en las relaciones humanas normales. Totalmente incapaz de participar en una simple conversación cotidiana, paseaba en silencio por la casa o se sentaba en la sala mirando nervioso de lado a lado, siempre aparte en un pequeño mundo propio frío y enrarecido. A veces soltaba un comentario irónico que no parecía humanamente relevante o su risita como una burla. Tenía que defenderse a sí mismo y sus insuficiencias. Contestaba a las preguntas de mala gana, con un sí o un no, porque no las consideraba importantes y se ponía nervioso. A la señorita Mary le parecía que apenas distinguía una persona de otra, pero que le gustaba estar cerca de ella o de la señorita Louisa por algún tipo de contacto desconocido que le estimulaba.

Aparte de todo esto, era el trabajador más admirable. Era infatigablemente tímido, pero perfecto en su sentido del deber: tal como él concebía la cristiandad, era un cristiano perfecto. Nada que le pareciera que podía hacer por un tercero quedaba sin hacer, aunque era tan incapaz de ponerse en contacto con otro ser que no podía ofrecer su ayuda. Asistía asiduamente al enfermo, investigaba todos los asuntos de la parroquia o de la iglesia que estaban a cargo del señor Lindley, arreglaba las cuentas, hacía listas de los enfermos y necesitados, hacía rondas prestando ayuda y viendo qué podía hacer. Oyó hablar de la angustia que sentía la señora Lindley por la suerte de sus hijos, y empezó a estudiar la manera de enviarlos a Cambridge. Su bondad casi aterrorizaba a la señorita Mary. Se la reconocía pero huía de ella. Porque en todo eso el señor Massey parecía no tomar en cuenta a nadie, a ningún ser humano a quien estuviese ayudando; únicamente realizaba una especie de elaboración matemática resolviendo situaciones dadas, una buena obra calculada. Era como si hubiera aceptado los conceptos cristianos a modo de axiomas. Su religión consistía en lo que aprobaba su escrupulosa mente abstracta.

Al ver sus actos la señorita Mary debía respetarlo y honrarlo. En consecuencia, debía servirle. Tenía que obligarse a hacerlo, estremecida y al

mismo tiempo deseosa, pero él no lo percibía. Le acompañaba en sus visitas por la parroquia, y si bien la admiración que le tenía era fría, a menudo le producía lástima su pequeña figura de hombros encorvados, con el abrigo abotonado hasta el mentón. Era una muchacha apuesta, serena, de hermoso porte. Sus vestidos eran pobres y llevaba una bufanda de seda negra que ya estaba gastada. Pero era una dama. Cuando la gente la veía caminando por Aldecross al lado del señor Massey, comentaban:

—Ah, la señorita Mary ha cazado a uno. ¿Habéis visto alguna vez semejante langostino enano?

Ella sabía que hablaban así, encendía su corazón contra ellos y se acercaba al hombrecito que tenía a su lado como para protegerle. De algún modo, podía ver y honrar la genuina bondad que había en él.

Él no podía caminar rápidamente ni llegar muy lejos.

—¿No se encuentra bien? —preguntaba ella con su estilo digno.

—Tengo un problema interno.

Él no se daba cuenta de que ella se estremecía levemente. Hubo un silencio mientras ella se inclinaba para recuperar la compostura, para reasumir sus maneras amables con él.

Se había aficionado a ella. Y ella había establecido como norma de hospitalidad que ella o su hermana debían escoltarle siempre durante sus visitas a los feligreses, que no eran numerosos. Pero algunas mañanas estaba atareada. Entonces la señorita Louisa ocupaba su lugar. No valía la pena que la señorita Louisa tratara de adoptar una actitud de regio servicio. No podía considerarlo más que con aversión. Cuando lo veía desde atrás, delgado y con los hombros caídos, con aspecto de un chico enfermizo de trece años, le disgustaba extraordinariamente y sentía el deseo de mantenerlo fuera de su existencia. No obstante, el sentido de la justicia de Mary, más profundo, hacía que Louisa se humillara ante su hermana.

Fueron a ver al señor Durant, que estaba paralítico; no se esperaba que sobreviviera. La señorita Louisa se sintió profundamente avergonzada de ser admitida en el *cottage* en compañía del pequeño clérigo.

La señora Durant, sin embargo, permanecía muy serena ante su gran problema.

—¿Cómo está el señor Durant? —preguntó Louisa.

—Igual, y no esperamos que cambie —fue la respuesta. El pequeño clérigo se quedó contemplando la escena.

Subieron las escaleras. Los tres permanecieron un rato mirando la cama: la cabeza cana del anciano sobre la almohada, la barba gris sobre la sábana. La señorita Louisa se sintió conmovida y asustada.

—Es terrible —dijo con un estremecimiento.

—Es como siempre pensé que sería —replicó la señora Durant.

Entonces la señorita Louisa le cogió miedo a ella. Las dos mujeres estaban inquietas esperando que el señor Massey dijera algo. Él, pequeño y agachado, estaba demasiado nervioso para hablar.

—¿Está consciente? —preguntó por último.

—Quizá —dijo la señora Durant—. ¿Puedes oírme, John? —preguntó en voz alta. Los opacos ojos azules del hombre inerte la miraron febrilmente.

—Sí, comprende —dijo la señora Durant al señor Massey.

Salvo por la mirada turbia de los ojos, el hombre yacía como un muerto. Los tres quedaron en silencio. La señorita Louisa era obstinada pero estaba apesadumbrada ante el peso de lo exánime. Era el señor Massey quien la retenía allí por disciplina. Su voluntad inhumana los dominaba a todos.

Entonces oyeron un ruido abajo, los pasos de un hombre, y una voz de varón que llamó en voz baja:

—¿Estás arriba, madre?

La señora Durant se movió y se acercó a la puerta. Pero ya se oían unos pasos firmes y rápidos por las escaleras.

—Llego un poco pronto, madre —dijo una voz preocupada, y en el rellano vieron la figura de un marinero. Su madre fue junto a él y lo abrazó. De repente tomó conciencia de que necesitaba aferrarse a algo. Él la abrazó y se agachó para besarla.

—¿No ha muerto, madre? —preguntó con ansiedad, luchando por dominar la voz.

La señorita Louisa desvió la mirada de la madre y el hijo, que se erguían juntos en la penumbra del rellano. No podía soportar estar allí con el señor Massey. Este estaba nervioso, como molesto ante la emoción que manifestaban. Era un testigo nervioso, indispuerto pero desapasionado. Al corazón ardiente de la señorita Louisa le parecía muy mal, pero que muy mal



estar allí.

La señora Durant entró en la habitación con el rostro húmedo.

—Están la señorita Louisa y el vicario —dijo sin voz y temblorosa.

Su hijo, rubicundo y delgado, se acercó a saludar. Pero la señorita Louisa retuvo su mano. Entonces ella vio sus ojos avellanados, que la reconocían en un instante, y sus pequeños dientes blancos mostraron una pizca del saludo que ella adoraba. Ella era toda confusión. Él bordeó la cama, sus botas sonaban sobre el suelo, e inclinó la cabeza con dignidad.

—¿Cómo estás, padre? —preguntó poniendo una mano sobre la sábana, vacilante. Pero el anciano miraba fija y ciegamente. El hijo se quedó absolutamente inmóvil durante unos segundos y luego se apartó lentamente. La señorita Louisa vio el fino perfil de su pecho bajo la camisa azul de marinero, cuando empezó a jadear.

—No me reconoce —dijo dirigiéndose a su madre. Gradualmente empalideció.

—¡No, hijo mío! —exclamó la madre, lastimosa, levantando la cara. Y súbitamente escondió esa cara contra su hombro; él se inclinó hacia ella, sujetándola contra sí, y ella lloró un momento. La señorita Louisa vio sus costados palpitantes y oyó el duro jadeo de su aliento. Desvió la mirada con lágrimas corriéndole por el rostro. El padre yacía inerte sobre la cama blanca; el señor Massey parecía extraño y anónimo, muy pequeño ahora que el marinero estaba en la habitación con su piel morena por el sol. Permaneció a la espera. La señorita Louisa quiso morirse, quiso desaparecer. No osó darse la vuelta para volver a mirar.

—¿Le dedico una oración? —dijo la frágil voz del clérigo y todos se arrodillaron.

La señorita Louisa tenía miedo del hombre inerte que yacía en la cama. Sintió una ráfaga de miedo del señor Massey al oír su voz enrarecida, distante. Luego, calmada, levantó la vista. Al otro lado de la cama estaban las cabezas de madre e hijo, la una con un gorrito de encaje, y debajo su pequeña y blanca nuca; el otro, con sus cabellos castaños, abrasados por el sol, demasiado densos y rizados para permitir una raya, y el cuello firme y moreno, inclinado como sin ganas. La gran barba blanca del anciano no se movía, la oración continuaba. El señor Massey oró con una lucidez pura,

diciendo que todos debían conformarse con la voluntad divina. Era algo que dominaba las cabezas gachas, algo desapasionado que los gobernaba inexorablemente. La señorita Louisa le tuvo miedo. Y estaba obligada, durante el curso de la oración, a otorgarle un poco de su reverencia. Fue como un anticipo de la muerte fría e inexorable, una prueba de la justicia pura.

Esa tarde habló con Mary de la visita. Su corazón, sus venas, estaban poseídos por la visión de Alfred Durant cuando tenía a su madre en los brazos; luego, lo entrecortado de su voz, tal como ella recordaba una y otra vez, era como una llamarada en su interior; y quería ver más nítidamente en su mente la cara rubicunda por el sol y sus ojos castaños amarillentos, abundantes y descuidados, tensos ahora por un miedo natural, la fina nariz morena por el sol, la boca que no podía dejar de sonreírle a ella. La traspasó con orgullo el hecho de pensar en esa figura, un buen chorro de vida.

—Es un chico muy apuesto —le dijo a la señorita Mary, como si él no fuera un año mayor que ella. Por debajo yacía el profundo horror, el casi odio por el ser inhumano del señor Massey. Sintió que debía protegerse a sí misma y a Alfred de él.

—Cuando vi que estaba allí el señor Massey —dijo—, casi le odié. ¡Qué derecho tenía de estar allí!

—Ciertamente lo tenía —dijo la señorita Mary después de una pausa—. Realmente es un buen cristiano.

—A mí me parece casi un imbécil —dijo la señorita Louisa.

La señorita Mary, tranquila y hermosa, quedó un momento en silencio.

—Oh, no —dijo—. Nada de imbécil...

—Pues entonces me hace recordar a un bebé de seis meses, o a un bebé de cinco meses... Como si no hubiera tenido tiempo de desarrollarse lo suficiente antes de haber nacido.

—Sí —dijo lentamente la señorita Mary—, le falta algo. Pero tiene algo maravilloso: es verdaderamente bueno...

—Sí —replicó la señorita Louisa—, no parece correcto que lo sea. ¡Qué derecho tiene esa cosa de ser calificado como bueno!

—Pero es bueno —persistió Mary. Luego añadió con una risa—: Y, vamos, tú tampoco lo negarás.

Había cierta obstinación en su voz. Se comportaba con suma tranquilidad. En su alma, sabía qué iba a suceder. Sabía que el señor Massey era más fuerte que ella y que debía someterse a lo que él era. Su ser físico era más orgulloso, más fuerte que el de él; su ser físico lo rechazaba y despreciaba. Pero ella estaba controlada por su ser moral y mental. Y sintió que tenía los días contados. Y su familia vigilaba.

#### 4

Pocos días después murió el señor Durant. La señorita Louisa vio a Alfred una vez más, pero estuvo severo con ella, la trató como si no fuera una persona, como si estuviera imbuido de una voluntad de dominio, separada, ajena, esperando frente a ella. Ella jamás había sentido semejante separación de acero con ninguna otra persona. La intrigó y la aterrorizó. ¿Qué le había sucedido? Odió la disciplina militar; era su enemiga. Ahora él ya no era el mismo. Era la voluntad que obedecía enfrentada a la voluntad que ordenaba. Ella vaciló en aceptar este hecho. Él se había colocado fuera de su alcance. Se había clasificado como inferior, como subordinado a ella. Y era así como podía evitarla, era así como podía evitar cualquier contacto con ella: enfrentándosele impersonalmente desde el campo opuesto, asumiendo la posición abstracta de un inferior.

Ella reflexionó continua y taciturnamente sobre esto, reflexionó y reflexionó. Su corazón duro y terco no podía ceder. Se aferró a sus propios derechos. A veces lo echaba al olvido. ¿Por qué había de preocuparle él, su inferior?

Entonces recaía en él y casi le detestaba. Era la manera en que él se libraba del asunto. Sintió la cobardía de ese acto, de la tranquilidad en que él la ubicaba en una clase superior y se colocaba inaccesiblemente aparte, en una clase inferior, como si ella, la mujer sensible que le quería, no contase. Pero no estaba dispuesta a someterse. Terca en su corazón, se aferraba a él.

#### 5

A los seis meses la señorita Mary se había casado con el señor Massey. No había habido galanteos, nadie había emitido un comentario. Pero todos estaban tensos y recelosos, a la expectativa. Cuando un día el señor Massey pidió la mano de Mary, el señor Lindley se sobresaltó y tembló ante la voz aguda y abstracta del hombrecito. El señor Massey se mostraba muy nervioso, pero curiosamente rotundo.

—Tendré mucho gusto —dijo el vicario—, pero por supuesto la decisión depende de Mary. —Y temblequeó su mano aún febril cuando puso una Biblia sobre su escritorio.

El hombrecito, con una idea fija, salió del cuarto a buscar a la señorita Mary. Estuvo sentado largo tiempo a su lado mientras ella conversaba, antes de estar listo para hablar. Ella temió lo que se le venía encima y estaba rígida de aprensión. Sentía como si su cuerpo fuera a levantarse y a arrojarlo a él a un costado. Pero su espíritu se estremeció y esperó. Casi a la expectativa, aguardaba, casi queriéndole. Y entonces supo que él hablaría.

—Y le he preguntado al señor Lindley —dijo el clérigo mientras de repente ella miraba con aversión sus pequeñas rodillas— si admitía mi propuesta. —Era consciente de su propia desventaja, pero su voluntad estaba decidida.

Ella se puso fría e impermeable en su asiento, casi como si se hubiera convertido en una estatua. Él esperó nerviosamente un momento. No la persuadiría. Ni siquiera había oído jamás hablar de persuasión, sino que seguía su propio curso. La miró, seguro de sí mismo, inseguro de ella, y preguntó:

—¿Sería usted mi esposa, Mary?

Su corazón aún estaba endurecido y frío. Se sentó altivamente.

—Primero quisiera hablar con mi madre —dijo.

—Pues muy bien —replicó el señor Massey. Y al momento se retiró.

Mary fue a ver a su madre. Estaba fría y reservada.

—El señor Massey me ha propuesto que me case con él, mamá —dijo ella. La señora Lindley siguió mirando su libro. Estaba sumida en sus sentimientos.

—¿Y tú qué le has dicho?

Ambas se mantuvieron frías y serenas.

—Le dije que antes hablaría contigo.

Eso equivalía a una pregunta. La señora Lindley no quería contestarla. Movi6 con irritaci6n su forma pesada sobre el sof6. La se1orita Mary qued6 sentada erguida y en calma, con la boca cerrada.

—Tu padre piensa que no ser6 un mal partido —dijo la madre, como por casualidad.

No se dijo nada m6s. Todos permanecieron fr6os y reservados. La se1orita Mary no habl6 con la se1orita Louisa; el reverendo Ernest Lindley se mantuvo escondido.

Esa tarde la se1orita Mary acept6 al se1or Massey.

—S6, me casar6 con usted —dijo ella incluso con un leve movimiento de ternura hacia 6l. 6l sinti6 vergüenza, pero tambi6n satisfacci6n. Pudo ver que 6l hac6a un movimiento hacia ella, pudo sentir al macho en 6l, algo fr6o y triunfal, afirm6ndose a s6 mismo. Qued6 r6gida, a la espera.

Cuando se enter6, la se1orita Louisa cay6 en un silencio de amarga furia contra todos, incluso contra Mary. Sinti6 su fe herida. Despu6s de todo, ¿no le importaba la realidad? Quer6a escaparse. Pens6 en el se1or Massey. Ten6a un curioso poder, un derecho incontestable. Era una voluntad que ellos no pod6an contradecir. De repente, una turbaci6n la sobresalt6. Si hubiera ido a ella, le habr6a echado de la habitaci6n. 6l jam6s la iba a tocar. Y se alegr6. Se alegr6 de que su sangre se rebelara, y exterminar6a al hombrecito si se acercaba a ella, por m6s que tuviera el juicio paralizado por 6l, por m6s que 6l transitara por esa abstracta bondad. Pens6 que era perversa por alegrarse, pero se alegr6 a pesar de todo. «Lo echar6a de la habitaci6n», dijo, y su declaraci6n le produjo una inmensa satisfacci6n. No obstante, quiz6a deb6a sentir que Mary, a su nivel, era un ser superior a ella. Pero Mary era Mary y ella era Louisa, y eso tambi6n era inalterable.

Mary, al casarse con 6l, intent6 convertirse en una raz6n pura, tal como era 6l, sin sentimientos ni impulsos. Se encerr6, se encerr6 r6gidamente contra las agon6as de la vergüenza y el terror a la violaci6n que le sobrevinieron al principio. No sentir6a, no sentir6a. Era una voluntad pura, aquiescente con 6l. Eligi6 cierto tipo de destino. Ser6a buena y puramente justa, vivir6a en la mayor libertad que jam6s hab6a conocido, estar6a libre de las preocupaciones mundanas; era una voluntad pura encaminada al bien. Se hab6a vendido a s6

misma pero poseía una nueva libertad. Se deshizo de su cuerpo. Había vendido algo inferior, su cuerpo, por algo superior, su libertad respecto a las cosas materiales. Consideró que pagaba por todo lo que obtenía de su marido. De modo que, en una especie de independencia, deambulaba libre y orgullosa. Había pagado con su cuerpo, por tanto, a partir de ahora, este estaba fuera de consideración. Se alegró de haberse deshecho de él. Había alcanzado una posición en el mundo; a partir de ahora, eso se daba por descontado. Únicamente quedaba la dirección de sus actividades hacia una vida de caridad y de pensamientos elevados.

Apenas podía soportar que hubiera otras personas presentes con ella y su marido. Su vida privada era su vergüenza. Pero entonces podía mantenerla escondida. Vivía casi aislada en la rectoría del pequeño villorrio, a varios kilómetros de la vía férrea. Sufría como si se tratase de un insulto a su propia piel cuando veía la repulsión que mucha gente sentía por su marido o la manera especial que tenían de tratarlo, como si fuera un «caso». Pero la mayoría de las personas no estaban cómodas con él, lo cual le devolvía el orgullo.

Si ella se hubiese dejado ir, le hubiera odiado, hubiera odiado sus caminatas por la casa, su voz chillona y carente de comprensión humana, sus hombros caídos y su cara más bien incompleta que le hacían pensar en un aborto. Pero, de manera rigurosa, se aferró a su posición. Se ocupaba de él y era justa con él. Asimismo, sentía un terror profundo, cobarde, ante él, como si fuera su esclava.

No había mucho que criticar en su conducta. Era escrupulosamente justo y bondadoso según sus luces. Pero el macho que había en él era frío y consumado, y absolutamente dominante. Como parecía débil e insuficiente, ella no había esperado esto de él. Era algo que no había intuido durante las negociaciones. La hacía mantener en alto la cabeza, mantenerse inmóvil. Vagamente sabía que se estaba matando. Después de todo, no era tan fácil deshacerse de su cuerpo. Y esta manera de disponer que él tenía, ah, a veces le hacía sentir que debía rebelarse y provocarse la muerte, levantar la mano para el rechazo absoluto de todo, la destrucción total.

Él era casi inconsciente de la situación que le rodeaba. No se inmiscuía en lo doméstico; ella hacía en casa lo que quería. Ciertamente, estaba libre de él.

Él se quedaba sentado y distante durante horas. Era bondadoso y considerado, casi con ansiedad. Pero cuando pensaba que tenía razón, su voluntad era ciegamente masculina, como una fría maquinaria. Y en la mayoría de los casos tenía la razón lógica, o era dueño de ese derecho por las normas que ambos habían aceptado. Era así. No había nada a lo que ella pudiera oponerse.

Ella descubrió que estaba embarazada y por primera vez sintió horror, temerosa de Dios y de los hombres. También tenía que pasar por eso; era un derecho. Llegó el niño; era un bebé huesudo y sano. A ella le dolió el corazón en su cuerpo cuando cogió al niño entre sus brazos. La carne que había en ella, pisoteada y silenciosa, debía hablar de nuevo en el niño. Después de todo, ella tenía que vivir; y, después de todo, las cosas no eran tan simples. Nada estaba terminado por completo. Miraba y miraba al bebé y casi lo odiaba, sufría una angustia de amor por él. Lo odiaba porque le hacía volver a vivir en la carne, cuando ella no podía vivir en la carne, no podía. Quería pisotear su carne, extinguirla, para vivir en el espíritu. Y ahora estaba el niño. Era demasiado cruel, era demasiado tormento. Porque debía amar al niño. Nuevamente su propósito se rompía en dos. Tenía que volverse amorfa, sin objetivos, sin un ser verdadero. Como madre era una cosa fragmentaria, innoble.

El señor Massey, ciego a todo lo que concerniera al sentimiento humano, se obsesionó con la idea de su hijo. Cuando llegó, colmó de golpe todo su mundo de sentimientos. Era su obsesión, su terror se refería a su seguridad y bienestar. Era algo nuevo, como si él mismo hubiera nacido como un bebé desnudo, consciente de su propia desnudez y lleno de aprensión. Él, que jamás había sido consciente de nadie durante toda su vida, ahora era consciente nada más que del niño. No es que alguna vez jugara con él, lo besara o lo atendiera. No hacía nada por él. Pero le dominaba, le henchía y al mismo tiempo le vaciaba la mente. El mundo era para él un bebé.

Su mujer también debía soportar la pregunta:

—¿Por qué razón está llorando? —Era su recordatorio ante el primer sonido—: Mary, es el niño. —Y luego su nerviosismo si habían pasado cinco minutos de la hora de alimentarlo. Ella había regateado por esto. Y ahora debía cumplir su trato.

La señorita Louisa, en la casa del oscuro vicariato, había sufrido mucho con la boda de su hermana. Cuando en un momento dado, durante el compromiso, manifestó su oposición, la habían silenciado las palabras tranquilas de Mary:

—No estoy de acuerdo contigo acerca de él, Louisa, yo quiero casarme con él.

Entonces Louisa se había enfadado en lo más profundo de su corazón; por tanto, guardó silencio. Este peligroso estado inició el cambio en ella. Su propia repulsión la hizo apartarse de la hasta entonces irreprochable Mary.

—Antes pediría limosna descalza por las calles —dijo la señorita Louisa pensando en el señor Massey.

Pero era evidente que Mary era capaz de un heroísmo diferente. De modo que ella, Louisa, la pragmática, de repente sintió que Mary, su ideal, era cuestionable después de todo. Cómo podía ser pura; no se puede ser sucia en los actos y espiritual en el ser. Louisa desconfió de la elevada espiritualidad de Mary. Para ella, había dejado de ser genuina. Y si Mary era espiritual y estaba confundida, ¿por qué no la protegía su padre? Por el dinero. A él no le gustaba nada todo el asunto, pero se desentendió por culpa del dinero. Y a la madre, francamente, no le importaba: sus hijos podían hacer lo que quisieran. El comentario de la madre fue el siguiente:

—Pase lo que le pase a él, Mary tiene la vida a salvo. —Y un cálculo tan evidente y superficial como ese enfureció a Louisa.

—Prefiero estar a salvo en el asilo —exclamó.

—Tu padre se ocupará de eso —le contestó con brutalidad la madre.

Estas palabras, por su indirecta, hirieron tanto a la señorita Louisa, que odió profundamente a su madre en lo más hondo de su corazón, y casi se odió a sí misma. Este odio tardó mucho tiempo en definirse. Pero la fue socavando hasta que la joven dijo:

—Están equivocados... Están todos equivocados. Han enterrado sus almas por algo que no vale nada y en ellos no existe ni una pizca de amor. Y yo tendré amor. Ellos quieren que lo rechacemos. Nunca lo han tenido y por ello pretenden que no existe. Pero yo lo tendré. Amaré, estoy en mi derecho. Amaré al hombre con quien me case; eso es lo único que me importa.



La señorita Louisa quedó marginada por todos. Ella y Mary se habían alejado por causa del señor Massey. A ojos de Louisa, Mary, casada con el señor Massey, había sido degradada. No podía soportar pensar en su hermana, espiritual y excelsa, degradada corporalmente de esa manera. Mary estaba equivocada, equivocada; no era superior, era imperfecta, incompleta. Las dos hermanas se alejaron. Aún se querían, se querrían mientras vivieran. Pero iban por caminos separados. Una nueva soledad se apoderó de la obstinada Louisa y, tercamente, apretó su mandíbula prominente. Ella iba por su propio camino. Pero ¿por dónde? Estaba un poco sola en un mundo en blanco ante sí. ¿Cómo podía decir que tenía un camino? No obstante, tenía la firme voluntad de amar, de tener al hombre amado.

## 7

Cuando su hijo cumplió tres años, Mary tuvo otro bebé, una niña. Los tres años habían pasado de forma monótona. Podían haber sido una eternidad, podían haber sido breves como un sueño. Ella no lo sabía. Solo sabía que siempre sentía un peso encima, algo que oprimía su vida. Lo único que sucedió fue que el señor Massey sufrió una operación. Seguía siendo excesivamente frágil. Pronto su esposa aprendió a cuidarlo de manera mecánica, como parte de sus obligaciones.

Pero ese tercer año, después del nacimiento de la niña, Mary se sintió oprimida y deprimida. Se acercaba la Navidad: la Navidad mortecina, ázima, de la rectoría, donde todos los días estaban compuestos por el mismo material oscuro. Y Mary tuvo miedo. Era como si se le acercara la oscuridad.

—Edward, me gustaría ir a casa por Navidad —dijo ella, y se llenó de cierto temor al decirlo.

—Pero no puedes dejar al bebé —dijo el marido, parpadeando.

—Podemos ir todos.

Él lo pensó y miró a su modo colectivo.

—¿Por qué quieres ir?

—Porque necesito un cambio. Un cambio me sentaría bien y estaría bien para la leche.

Sintió la determinación en la voz de su mujer y no supo qué hacer. El lenguaje le resultaba incomprensible. Pero de algún modo sintió que Mary estaba decidida. Y mientras ella criaba, o estaba a punto de tener un niño, o amamantando, él la consideraba un ser especial.

—¿No le hará mal a la niña ir en tren? —preguntó.

—No —replicó la madre—, ¿por qué habría de hacerle mal?

Fueron. Cuando estaban en el tren, empezó a nevar. Desde la ventanilla del vagón de primera clase, el diminuto clérigo miraba caer los grandes copos como una cortina sobre el campo. Estaba obsesionado por la idea de la niña y temeroso de las sacudidas del vagón.

—Siéntate en el rincón —dijo a su esposa— y ten a la niña bien apretada.

Ella le hizo caso y miró por la ventanilla. Su eterna presencia era como un peso de hierro sobre su cerebro. Pero ella en parte se iba para escaparse por unos días.

—Siéntate en el otro lado, Jack —dijo el padre—. Se sacude menos. Ven a esta ventana.

Observó al niño con ansiedad. Pero los niños eran los únicos seres del mundo que nunca le prestaban la más mínima atención.

—¡Mira, mamá, mira! —exclamó el niño—. Vuelan directamente a mi cara —dijo refiriéndose a los copos.

—Ven a este rincón —repitió el padre desde otro mundo.

—¡Ha saltado encima de este otro, mamá, y se caen hasta el fondo! —exclamó el niño saltando de alegría.

—Dile que venga a este lado —dijo el hombrecito a su esposa.

—Jack, arrodíllate en este cojín —dijo la madre poniendo una mano sobre el lugar.

El chico pasó al lugar indicado, esperó quieto un momento y entonces, casi a propósito, gritó con estridencia:

—Mira a aquellos del rincón, mamá, están haciendo una pila. —Y señaló el montón de nieve con un dedo apretado fuertemente contra el cristal, volviéndose luego a su madre con algo de ostentación.

—¡Todos en una pila! —dijo ella.

Él había visto su cara y tenía su respuesta, y, de algún modo, recobró la confianza. Vagamente inquieto, recuperaba la confianza si podía atraer la

atención de su madre.

Llegaron a la vicaría a las dos y media, sin haber almorzado.

—¿Cómo está usted, Edward? —preguntó el señor Lindley, tratando de mostrarse paternal. Pero siempre se había sentido falso con su yerno y frustrado ante él; por tanto, en la medida de lo posible, cerraba los ojos y los oídos a cuanto él le dijera o hiciese. El vicario tenía un aspecto delgado, pálido y mal alimentado. Estaba muy canoso. Sin embargo, aún era altivo, aunque desde que crecieran sus hijos era una altivez pequeña que podía romperse en cualquier momento, dejando al vicario únicamente como un personaje miserable y lastimero. La señora Lindley dedicó toda su atención a su hija y a sus nietos. Ignoró a su yerno. La señorita Louisa cloqueaba, se reía y se alegraba con la niña. El señor Massey se quedó a un lado, una pequeña figura encorvada y persistente.

—Oh, qué bonita... Bonita. ¡Una cosita bonita que vino en el frío tren! —decía la señorita Louisa a la niñita, agachada sobre la alfombra ante la chimenea, abriendo las mantas blancas de lana y desnudando a la niña ante el fuego.

—Mary —dijo el pequeño clérigo—, pienso que será mejor que le des un baño caliente al bebé; puede coger frío.

—Creo que no es necesario —dijo la madre, acercándose y pasando la mano juiciosamente por las manos y pies rosados de la pequeña—. No tiene frío.

—No tiene nada de frío —exclamó la señorita Louisa—. No ha cogido frío.

—Iré a buscar la ropa interior de lana —dijo el señor Massey con una idea fija.

—La puedo bañar en la cocina —dijo Mary con un tono alterado y frío de voz.

—No puedes; ahora la muchacha está allí fregando —dijo la señorita Louisa—. Además, a la niña no le apetece un baño a esta hora del día.

—Será mejor bañarla —dijo Mary en voz baja y con sumisión. La señorita Louisa abrió la boca pero no dijo nada. Cuando el hombrecito volvió con la ropa bajo el brazo, la señora Lindley le preguntó:

—¿No será mejor que tome un baño usted, Edward?

Pero el pequeño clérigo no se dio cuenta del sarcasmo. Estaba absorto en las preparaciones en torno a la niñita.

La habitación estaba mustia y envejecida y, en comparación, fuera la nieve parecía fantasmal, tan blanca sobre el césped y empenachada en los arbustos. Dentro, los pesados cuadros colgaban oscuramente de las paredes y todo estaba empañado de tinieblas.

Excepto al lado del fuego, donde habían colocado la bañera. La señora Massey, con su cabello negro siempre peinado y regio, se arrodilló a un costado con un delantal impermeable y cogió a la niñita que pataleaba. Su marido estaba con las toallas y la ropa entre las manos para que se calentase. Louisa, demasiado enfadada para compartir las alegrías del baño, ponía la mesa. El chico se colgaba de la manilla de la puerta, luchando por salir. Su padre lo miró.

—Sal de esa puerta, Jack —dijo inútilmente. Jack se aferró aún más fuertemente a la puerta, como si nada hubiese oído. El señor Massey parpadeó.

—Debe alejarse de esa puerta, Mary —dijo—. Puede entrar una ráfaga de aire si la abre.

—Jack, querido, sal de la puerta —dijo la madre colocando diestramente a la pequeña mojada y brillante sobre su rodilla cubierta de toallas; y luego, levantando la mirada—: Ve y habla del tren con la tita Louisa.

Louisa, también temerosa de que se abriera la puerta, observaba la escena desde el hogar. El señor Massey tenía en la mano las ropas del bebé, como si estuviera asistiendo a una ceremonia. De no haber estado todos ocultamente enfadados, hubiera resultado ridículo.

—Quiero mirar por la ventana —dijo Jack. Su padre volvió rápidamente la cabeza.

—¿Te importaría ponerlo sobre una silla, Louisa? —dijo al instante Mary. El padre era demasiado débil.

Cuando el bebé fue arropado, el señor Massey subió al piso superior y regresó con cuatro almohadones, que colocó sobre el guardafuego a calentar. Luego se quedó contemplando a la madre que alimentaba a la niña, obsesionado por la idea de la hija.

Louisa prosiguió con los preparativos de la comida. No podría haber

dicho por qué se sentía de repente tan furiosa. La señora Lindley, como de costumbre, estaba echada observando, en silencio.

Mary llevó arriba a la niña, seguida por su marido con las almohadas. Al cabo de un rato él volvió a bajar.

—¿Qué está haciendo Mary? ¿Por qué no baja a cenar? —preguntó la señora Lindley.

—Se queda con la niña. El cuarto está bastante frío. Le pediré a la muchacha que encienda el fuego. —Se dirigía ausente hacia la puerta.

—Pero Mary no ha comido nada. Es ella la que cogerá frío —dijo la madre exasperada.

El señor Massey pareció no haber oído nada, aunque miró a su suegra y contestó:

—Le llevaré algo.

Salió. La señora Lindley se removió en el sofá con rabia. La señorita Louisa enrojeció. Pero nadie dijo nada porque el dinero que llegaba a la vicaría provenía del señor Massey.

Louisa subió al primer piso. Su hermana estaba sentada en la cama, leyendo un pedazo de papel.

—¿No bajarás a comer? —preguntó la más joven.

—En uno o dos minutos —replicó Mary en voz baja y reservada que prohibía que nadie se le acercase.

Esto fue lo que más enfureció a la señorita Louisa. Bajó las escaleras y anunció a su madre:

—Voy a salir. Puede que no vuelva a casa para el té.

## 8

Nadie comentó su partida. Se puso el sombrero de piel, el que tan bien conocía la gente del pueblo, y la vieja chaqueta Norfolk. Louisa era baja, regordeta y sin atractivos. Tenía la mandíbula prominente de su madre, el orgulloso entrecejo de su padre, y sus propios ojos grises y reflexivos, que eran muy hermosos cuando sonreía. Era cierto lo que la gente decía: parecía malhumorada. Su principal atractivo era su cabello rubio, espeso y brillante,

que relucía y refulgía con una riqueza que no le era totalmente ajena.

—¿Adónde voy? —se preguntó cuando salió a la nieve. Mas no vaciló, sino que con pasos mecánicos se encontró descendiendo la colina hacia Old Aldecross. En el valle, oscurecido por árboles, la mina respiraba con jadeos estentóreos, enviando altas columnas cónicas de humo que permanecían erguidas, más blancas que la nieve de las colinas y sin embargo sombrías en el aire muerto. Louisa no admitió ante sí misma que estaba empezando su camino hasta que llegó al cruce del ferrocarril. Entonces los copos de nieve sobre las ramas del manzano que se inclinaban hacia la cerca le dijeron que debía ir y ver a la señora Durant. El árbol estaba en el jardín de la señora Durant.

Alfred estaba nuevamente en casa, en el *cottage* situado bajo el camino, viviendo con su madre. Desde el borde de la carretera, cerca del paso a nivel, el jardín nevado bajaba formando una cuesta empinada, como una ladera, y luego caía recto como una pared. En esas profundidades estaba escondida la casa; la chimenea estaba a ras del camino. La señorita Louisa bajó la escalera de piedra y llegó al patio trasero, entre la luz mortecina y semisecreta. Un gran árbol se inclinaba en lo alto, encima del cobertizo de la parafina. Allí abajo Louisa se sintió segura de todo el mundo. Golpeó la puerta abierta y luego miró alrededor. La lengua de jardín, que se estrechaba desde el lecho de piedra, estaba blanca por la nieve; pensó en los gruesos cercos nevados que habría bajo los groselleros al cabo de un mes. La franja andrajosa de clavelinas que colgaba sobre los costados del jardín, detrás de ella, estaba blanca por la nieve; en verano se mostraba cuajada de pimpollos a los ojos de Louisa. Era agradable, pensó, recoger flores que le llegaban a la altura de la cara.

Llamó de nuevo. Espiando, vio el brillo escarlata de la cocina, la luz roja del fuego sobre el suelo de ladrillo y sobre los brillantes cojines de zaraza. Todo estaba vivo y era brillante como en un mundo nuevo. Cruzó la antecocina, donde colgaba un almanaque. No había nadie.

—Señora Durant —llamó en voz baja Louisa—, ¡señora Durant!

Subió el escalón de ladrillo hasta la habitación de enfrente, que aún tenía el pequeño mostrador y los paquetes de las mercancías, y llamó desde el pie de la escalera. Entonces supo que la señora Durant estaba fuera.

Salió al patio para seguir los pasos de la anciana por el sendero del jardín.

Rebasó los arbustos y las cañas del frambueso. Allí estaba todo el lecho de cantera, un gran jardín blanco y mortecino rayado por negros matorrales semihundidos. A la izquierda, arriba, pasaba retumbando el pequeño tren de la mina. Directamente al fondo había una masa de árboles.

Louisa siguió el sendero abierto mirando a izquierda y derecha, y entonces pegó un grito de sorpresa. La anciana estaba sentada meciéndose ligeramente entre las coles nevadas. Louisa corrió hasta ella y la encontró murmurando con pequeños gemidos voluntarios.

—¿Qué le ha pasado? —exclamó Louisa arrodillándose en la nieve.

—Yo... Yo... Estaba arrancando una col de Bruselas y... ¡Ah! Algo se me rompió dentro. He tenido un dolor —lloriqueó la anciana de sorpresa y sufrimiento, jadeando entre susurros—. Tuve un dolor aquí, hace mucho tiempo, y ahora, ¡oh!, ¡oh! —Jadeó, se apretó una mano contra el costado y se agachó como si fuera a desmayarse, amarilla contra la nieve. Louisa la sostuvo.

—¿Cree que podrá caminar? —le preguntó.

—Sí —jadeó la anciana.

Louisa la ayudó a ponerse en pie.

—Recoje las coles. Las quiero para la cena de Alfred —dijo premiosa la señora Durant. Louisa recogió las coles de Bruselas y con dificultad llevó a la anciana hasta la casa. Le dio brandy y la recostó en el sofá, diciéndole:

—Voy a buscar a un médico. Espéreme un minuto.

La joven subió corriendo las escaleras hasta la taberna, a pocos metros de distancia. La propietaria se quedó atónita al ver a la señorita Louisa.

—¿Podría enviar un médico de inmediato a casa de la señora Durant? —dijo ella con algo de su padre en el tono autoritario.

—¿Pasa algo? —preguntó preocupada la tabernera. Louisa, al echar una mirada al camino, vio el carro del tendero camino de Eastwood. Corrió, detuvo al hombre y le habló.

La señora Durant yacía en el sofá con la cara vuelta hacia un lado cuando la joven regresó.

—Déjeme que la lleve a la cama —dijo Louisa. La señora Durant no se resistió.

Louisa conocía los hábitos de la gente trabajadora. En el último cajón del armario encontró viejos trapos y franelas. Con la vieja franela de la mina sacó carbón encendido del horno, lo envolvió y lo colocó en la cama. De la cama del hijo sacó una manta, bajó las escaleras a toda prisa y la puso ante el fuego. Después de desvestir a la pequeña anciana la llevó arriba en brazos.

—¡Me harás caer! ¡Me harás caer! —chilló la señora Durant.

Louisa no le contestó, sino que llevó aún más rápidamente su carga. No podía encender fuego porque no había chimenea en el dormitorio. Y el suelo era de argamasa. Entonces cogió la lámpara y la encendió en un rincón.

—Airearé la habitación —dijo.

—Sí —gimió la anciana.

Louisa corrió con más franelas calientes y reemplazó las de los carbones del horno. Confeccionó una bolsa con ellas y la colocó sobre el costado de la mujer. Había una gran hinchazón a un lado del abdomen.

—Lo sentí venir hace tiempo —gimió la anciana cuando disminuyó el dolor—, pero no he dicho palabra. No quería preocupar a nuestro Alfred.

Louisa no entendió por qué no se debía molestar a «nuestro» Alfred.

—¿Qué hora es? —preguntó la voz quejosa.

—Las cuatro menos cuarto.

—Oh —gimió la anciana—, estará aquí en media hora y no tendré lista su cena.

—¿Quiere que la prepare? —dijo amablemente Louisa.

—La col. Y encontrarás carne en la despensa. Y hay una tarta de manzana que puedes calentar. ¡Pero no lo harás tú!

—¿Quién, si no? —preguntó Louisa.

—No lo sé —gimió la enferma, incapaz de considerar la pregunta. Louisa la preparó.

Vino el médico y revisó con seriedad a la anciana. Parecía grave.

—¿Qué es, doctor? —preguntó la anciana, mirándolo con sus ojos viejos y patéticos en los que ya había muerto la esperanza.

—Creo que se ha desgarrado la piel donde tenía un tumor —replicó él.

—¡Ay! —murmuró ella, y desvió la mirada.

—Mire, puede morir en cualquier momento o el tumor puede desaparecer —dijo el viejo médico a Louisa.



La joven subió de nuevo las escaleras.

—Dice que el tumor puede desaparecer y que usted se repondrá —dijo.

—¡Ay! —murmuró la anciana. No se dejó engañar. Luego preguntó—: ¿Hay un buen fuego?

—Creo que sí —contestó Louisa.

—A él le gusta un buen fuego —dijo la madre. Louisa se ocupó de ello.

Desde la muerte de Durant, la viuda había ido de tanto en tanto a la iglesia y Louisa había sido amable con ella. La muchacha tenía un propósito fijo en el corazón. Ningún hombre le había interesado como Alfred Durant, y ella se aferró a este sentimiento. En su corazón, se unía a él. Existía una simpatía natural entre ella y la madre dura y materialista de Alfred.

Alfred era el más cariñoso de los hijos de la anciana. Se había criado como el resto, tozudo y ciego a todo salvo a su propia voluntad. Como los demás muchachos, había desistido de no ir a la mina tan pronto como había terminado la escuela, porque esa era la única forma expeditiva de convertirse en un hombre del mismo nivel que los demás. Esto supuso un gran disgusto para su madre, a quien le hubiera gustado que el menor de sus hijos fuera un caballero.

Pero él se mantuvo fiel a ella. Su sentimiento hacia ella era profundo e inexpresable. Se daba cuenta de cuándo estaba cansada o de cuándo tenía un sombrero nuevo. Y de vez en cuando le hacía regalitos. Ella no era suficientemente sabia como para darse cuenta de hasta qué punto vivía para ella.

En el fondo él no la satisfacía; no le parecía lo bastante viril. De manera esporádica le gustaba leer libros, y aún peor, le gustaba tocar el flautín. A ella le divertía verle con la cabeza inclinada sobre el instrumento cuando hacía un esfuerzo por obtener la nota correcta. Le hacía tenerle cariño, ternura, casi lástima, pero no respeto. Ella quería que un hombre fuera inmutable y que se abriera camino sin conocimientos de mujer. Y sabía que Alfred dependía de ella. Cantaba en el coro porque le gustaba cantar. En verano trabajaba en el huerto y cuidaba las aves y los cerdos. Tenía palomas. Los sábados jugaba al cricket o al fútbol. Pero para ella él no era el hombre, el hombre independiente que habían sido sus otros hijos. Era su bebé, y si bien le quería por eso, en el fondo le tenía un poco de desprecio.

Apareció entre ellos una pequeña hostilidad. Entonces él empezó a beber, tal y como habían hecho los demás, pero no de la misma manera ciega e inconsciente. Él era consciente. Ella lo vio y le tuvo lástima. Le adoraba pero no estaba satisfecha de él, pues no se liberaba de ella. Así no podía labrarse plenamente su futuro.

A los veinte años se escapó y se alistó en la Marina. Eso lo transformó en un hombre. Había odiado amargamente el servicio, la subordinación. Durante años luchó consigo mismo por acatar la disciplina militar, por respetarse a sí mismo, luchó con furia ciega, vergüenza y un complejo de inferioridad que le mutilaba. Desde la humillación y el odio a sí mismo se elevó en una especie de libertad interior. Y el amor a su madre, a quien idealizaba, se convirtió en piedra de toque de su esperanza y de su alivio.

Volvió a su casa con casi treinta años, pero inocente e inexperto como un niño; únicamente traía un silencio que era nuevo; una especie de aturdida humildad ante la vida, cierto miedo a vivir. Era casi casto. Una fuerte sensibilidad le había mantenido alejado de las mujeres. Las conversaciones sexuales estaban muy bien entre hombres, pero de algún modo no tenían aplicación en las mujeres reales. Había dos cosas para él, la idea de la mujer con la que a veces se corrompía a sí mismo, y la de mujeres de verdad ante quienes sentía una profunda inquietud y la necesidad de alejarse. Se encogía y defendía ante la proximidad de cualquier mujer. Y entonces se avergonzaba. En lo más profundo de su alma sentía que no era un hombre, que era menos que un hombre normal. En Génova fue con un suboficial a una taberna donde las putas más baratas iban a buscar clientes. Se sentó allí con su copa; las muchachas le miraban, pero nunca se acercaban a él. Sabía que si acudían únicamente les podía pagar comida y bebida, porque le daban lástima y estaba preocupado porque creía que podían carecer de las cosas básicas. No hubiera podido irse con ninguna de ellas; lo sabía y se avergonzaba, mirando con curiosa envidia al italiano tambaleante y desapasionado cuyo cuerpo se acercó a una mujer movido por una atracción instintiva. Eso era un hombre, y no él. Se quedó sentado sintiéndose inferior, sintiéndose como un leproso. Y se imaginó encuentros sexuales entre él y una mujer, para perdonarse. Pero cuando la mujer dispuesta se presentaba, el mismo hecho de que se tratara de una mujer de carne y hueso le impedía tocarla. Y esta incapacidad era como

un tumor que le corrompía.

De modo que varias veces fue borracho con sus compañeros a casas de putas en el extranjero. Pero la sórdida insignificancia de la experiencia le abrumó. No había sido nada real: no significaba nada. Sintió como que su impotencia no era física, sino espiritual, no era real, sino que estaba en su interior.

Volvió a su casa con ese secreto e inmutable peso de su ser desconocido y gratuito torturándole. Su instrucción en la Marina le había dejado en perfectas condiciones físicas. Era sensible y estaba orgulloso de su cuerpo. Se bañaba, hacía pesas y se mantenía en buen estado. Jugaba al cricket y al fútbol. Leía libros y empezaba a tener ideas concretas que sacaba de los fabianos<sup>[16]</sup>. Tocaba el flautín y se le consideraba un experto. Pero en el fondo de su alma siempre estaba el cáncer de la vergüenza y de lo incompleto: bajo toda su sana alegría era desdichado; se sentía molesto y despreciable con su confianza y superioridad de ideas. Se hubiera cambiado por cualquier bruto nada más que para librarse de sí mismo, para librarse de esa vergüenza personal. Veía a un minero que actuaba sin dudas, buscando su propia satisfacción, y lo envidiaba. Cualquier cosa, hubiera dado cualquier cosa por esa espontaneidad y esa ciega estupidez que se dirigían directamente a la propia satisfacción.

## 9

Pero no era desgraciado en la mina. Los hombres le admiraban y tenía bastante buena fama. Solo él sentía la diferencia que le separaba de los demás hombres. Parecía capaz de esconder su estigma. Pero jamás estaba seguro de que los demás no le despreciaran por femenino, por ser menos hombre que ellos. Solo que él simulaba ser más viril y le sorprendía la facilidad con que engañaba a los demás. Y, al ser de naturaleza alegre, estaba contento en su trabajo. Allí se sentía seguro de sí mismo. Desnudos hasta la cintura, sudorosos y sucios por el trabajo, se ponían de cuclillas unos minutos y charlaban, viéndose a duras penas a la luz pobre de las lámparas de seguridad, mientras el carbón negro se elevaba a su alrededor y los postes de

madera se erguían como pequeños pilares de un tempo chato, oscuro, muy negro. Entonces llegaban el poni y el recadero con un mensaje del número 7 o con una botella de agua del lavadero o alguna noticia del mundo exterior. El día pasaba de forma bastante agradable. Durante el día, allí abajo, había cierta tranquilidad, un aire relajado, una camaradería estupenda de hombres unidos y separados del resto del mundo en un lugar peligroso y con múltiples tareas: perforar, cargar, cortar leña, y una sensación de misterio y aventura en el ambiente que le hacía atractiva la mina cuando conseguía superar su ansia, su deseo de estar en mar abierto y al aire libre.

Ese día había demasiadas cosas que hacer y Durant no tenía ánimos para charlar. Pasó la tarde trabajando en silencio.

Llegó la hora de dejar el trabajo y salir. La blanquecina oficina subterránea brillaba llena de luz. Los hombres apagaron sus lámparas. Se sentaron por docenas sobre la plataforma del pozo en cuyo sumidero caían pesadas gotas de agua. Las bombillas eléctricas brillaban a lo lejos por el túnel principal.

—¿Está lloviendo? —preguntó Durant.

—Nevando —dijo un viejo, y el joven se alegró. Le gustaba subir cuando nevaba.

—Vendrá bien para la Navidad —dijo el viejo.

—Ajá —contestó Durant.

—Navidad verde, cementerio lleno<sup>[17]</sup> —dijo el otro, sentencioso.

Durant sonrió mostrando sus dientes pequeños y algo puntiagudos.

Llegó el montacargas y una docena de hombres se alinearon. Durant notó los copos de nieve en el techo perforado y arqueado del montacargas, y se alegró. Se preguntó si les gustaría esa excursión a las profundidades. Pero ya se estaban ensuciando de agua negra.

Le gustaban las cosas que había a su alrededor. Tenía una leve sonrisa en el rostro. Pero bajo ella estaba esa extraña conciencia de sí mismo que él sentía.

El mundo de allí arriba apareció casi como un relámpago debido al brillo de la nieve. Apresurándose por un lateral, entregó su lámpara en la oficina y sonrió al volver a sentir el espacio a su alrededor, todo refulgente de nieve. En el crepúsculo, las colinas, a ambos lados, se habían teñido de un azul claro

y los setos parecían salvajes y oscuros. La nieve estaba pisoteada en las vías. Pero allá delante, más allá de las figuras negras de los mineros que iban a casa, se volvía a unificar, extendiéndose hasta el muro negro del monte bajo.

El oeste estaba rosado y asomaba una gran estrella, a medias revelada. Abajo, las luces de la mina salían crispadas y amarillas entre la oscuridad de los edificios, y las de Old Aldecross titilaban en hileras en el crepúsculo azulado.

Durant caminó contento de su vida entre los mineros, que hablaban animadamente debido a la nieve. Le gustaba su compañía, le gustaba el blanco mundo crepuscular. Le producía una pequeña emoción detenerse ante la puerta del jardín y ver las luces de la casa abajo, brillando sobre la silente nieve azul.

## 10

Al lado de la gran puerta del ferrocarril, en la cerca, había una entrada pequeña, que él mantenía cerrada. Cuando la abrió miró la luz de la cocina, que brillaba fuera, en los matorrales y sobre la nieve. Era la vela que quedaba prendida hasta que se hacía de noche, pensó para sí mismo. Se deslizó por el sendero empinado hasta abajo. Le gustaba dejar las primeras huellas en la nieve lisa. Luego pasó por entre los arbustos hacia la casa. Las dos mujeres oyeron sus botas pesadas golpear fuera, en el felpudo, y su voz cuando abrió la puerta:

—¿Cuánto petróleo piensas que vas a ahorrar, madre, con esa vela? —Le gustaba la buena luz de la lámpara.

Acababa de dejar su botella y la bolsa de la merienda y estaba colgando el abrigo tras la puerta de la antecocina, cuando apareció la señorita Louisa. Se quedó atónito pero sonrió.

Le empezaron a reír los ojos, pero de repente su cara se puso seria y sintió miedo.

—Tu madre ha tenido un accidente —dijo ella.

—¿Cómo? —exclamó él.

—En el jardín —contestó. Él vaciló con el abrigo en las manos. Luego lo

colgó y se dirigió a la cocina.

—¿Está en la cama?

—Sí —dijo la señorita Louisa; le resultó difícil mentirle.

Él no dijo nada; entró en la cocina, se sentó pesadamente en la vieja silla de su padre y empezó a quitarse las botas. Su cabeza era pequeña, bastante bien formada. Su cabello castaño, espeso y rizado, parecería alegre en cualquier circunstancia. Tenía puestos unos pantalones gruesos de moleskin que despedían el olor viciado, a gas, de la mina. Después de ponerse las zapatillas llevó las botas a la antecocina.

—¿De qué se trata? —preguntó con temor.

—Algo interno —replicó ella.

Subió las escaleras. Su madre se mantuvo tranquila a su llegada. Louisa sintió que sus pasos hacían temblar el suelo de argamasa de la habitación de arriba.

—¿Qué has hecho? —preguntó.

—No es nada, hijo mío —dijo la anciana, en tono bastante tajante—. No es nada. No hay que afligirse. No es más de lo que sentí ayer o la semana pasada. El médico dijo que no era nada serio.

—¿Qué estabas haciendo? —preguntó el hijo.

—Estaba arrancando unas coles y supongo que hice demasiada fuerza porque... oh... me dio ese dolor tan fuerte.

El hijo le echó una rápida mirada. Ella se puso seria.

—¿Quién no ha sentido alguna vez un dolor fuerte? Nos pasa a todos.

—¿Y qué hay que hacer?

—No lo sé —dijo ella—, pero supongo que nada.

La gran lámpara del rincón tenía una pantalla verde oscuro, de modo que él apenas podía verle la cara. Sentía un nudo de aprensión y de emociones encontradas. Frunció el entrecejo.

—¿Para qué fuiste a arrancar coles con el suelo helado? —preguntó él—. Seguirías haciendo fuerza aunque te mataras.

—Alguien tiene que ir a cogerlas —dijo ella.

—Pero no es necesario que te hagas daño.

Pero ya habían caído en la futilidad.

La señorita Louisa podía oírles con claridad desde abajo. Se le encogió el

corazón. Parecía haber algo tan sin esperanza entre ellos...

—¿Estás segura de que no es nada serio, madre? —preguntó él después de un momento de silencio.

—Ay, no es nada —dijo la anciana con bastante amargura.

—No quiero que... estés mal, lo sabes.

—Vete a cenar —dijo ella. Sabía que se moriría; además, el dolor en ese momento era una tortura—. Solo me están mimando un poco porque soy una vieja. La señorita Louisa es muy buena y ya debe de tener lista tu cena, así que será mejor que bajes a cenar.

Él se sintió estúpido y avergonzado. Su madre se había desembarazado de él. Le dolieron las entrañas. Bajó las escaleras. La madre se alegró de que se fuera porque entonces podía gemir de dolor.

Había vuelto a la vieja costumbre de comer antes de lavarse. La señorita Louisa sirvió la cena. A ella le resultó extraño y emocionante. Estaba tensa intentando conocerles a él y a su madre. Le observó mientras comía. Él no prestó atención a la comida, tenía la vista fija en el fuego. El alma de ella le observaba, tratando de ver cómo era. Su cara y brazos oscuros eran toscos; él era un desconocido. Su rostro tenía una máscara de polvo de carbonilla. No podía verle, no podía conocerle. Las cejas castañas, los ojos serenos, el pequeño bigote rústico sobre la boca cerrada, eran los únicos rasgos familiares. ¿Qué era él cuando estaba sentado allí, todavía con la suciedad de la mina? No podía verle y eso la hería.

Corrió arriba y volvió con las franelas y la bolsa para calentarlas, pues había vuelto el dolor.

Él estaba en mitad de la cena. Bajó el tenedor sintiendo náuseas de repente.

—Aliviarán el dolor —dijo ella. Él observó, inútil y marginado.

—¿Está mal? —preguntó.

—Creo que sí —contestó ella.

Era inútil que reaccionara o hiciera un comentario. Louisa estaba ocupada y volvió a subir. La pobre anciana se debatía en un blanco sudor frío de dolor. El rostro de Louisa estaba taciturno de sufrimiento cuando se concentraba en aliviarla. Tomó asiento y esperó. Poco a poco se fue el dolor y la anciana cayó en un estado de sopor. Louisa se sentó en silencio al lado de la cama.

Oyó el ruido del agua en el piso de abajo. Luego llegó la voz de la anciana, débil pero sin reposo:

—Alfred se está lavando. Querrá que le laven la espalda.

Louisa escuchó, ansiosa, preguntándose qué quería la anciana.

—No puede aguantar tener la espalda sucia —insistió la anciana con una cruel atención a las necesidades del hijo; Louisa se levantó y enjugó el sudor de la frente amarillenta.

—Yo bajaré —dijo tranquilizándola.

—Si puedes... —murmuró la enferma.

Louisa esperó un momento. La señora Durant cerró los ojos después de haber conseguido que alguien cumpliera con su deber. La joven bajó las escaleras. ¿El hombre o ella, qué importaban? Solo debía considerarse a la mujer que estaba sufriendo.

Alfred estaba arrodillado sobre la alfombra, ante la chimenea, desnudo hasta la cintura, lavándose en una gran palangana de loza. Lo hacía cada tarde después de la cena; sus hermanos lo habían hecho antes que él. Pero la señorita Louisa era una extraña en la casa.

Se frotaba mecánicamente la espuma de jabón por la cabeza con un movimiento inconsciente, repetitivo, y su mano pasaba de tanto en tanto por el cuello. Louisa miró. Hasta para eso tuvo que acumular fuerzas. Él agachó la cabeza hasta el agua, la enjuagó quitándose el jabón y se enjugó el agua de los ojos.

—Tu madre dice que te gustaría que te lavaran la espalda —dijo ella.

¡Era curioso cuánto le dolía tomar parte en la rutina de sus vidas! Louisa sintió que la obligaban a una intimidad casi repulsiva. Todo era tan vulgar, tan de rebaño. Perdió su propia identidad.

Él volvió la cabeza y la miró de una manera muy cómica. Ella tuvo que contenerse.

Qué gracioso parece con la cabeza vuelta desde abajo, pensó. Después de todo, existía una diferencia entre ella y la gente vulgar. El agua en la que tenía hundidos los brazos estaba bastante negra, como negruzca estaba la pastilla de jabón. Apenas podía concebirlo como un ser humano. Mecánicamente, bajo la influencia de la costumbre, buscó a tientas en el agua negra, pescó el jabón y la franela y se los pasó a Louisa. Entonces se quedó



rígido y sometido, con los dos brazos aferrados a la palangana, soportando el peso de sus hombros. Su piel era exquisitamente blanca e inmaculada, de una sólida blancura opaca. De forma gradual, Louisa le vio: eso era él. Quedó fascinada. La sensación de extrañamiento pasó: ella dejó de rechazar el contacto con él y con su madre. Existía ese centro vital. Le latió con ardor el corazón. Había alcanzado un objetivo en ese cuerpo hermoso, viril, claro. Lo amó con un calor blanco, impersonal. Pero el cuello y las orejas, bronceados por el sol, rojizos, eran aún más personales, más curiosos. Se despertó en ella cierta ternura, amó hasta sus extrañas orejas. Una persona; para ella, él era un ser íntimo. Dejó la toalla y fue arriba nuevamente, con el corazón compungido. Solo había visto a un ser humano en toda su vida, y se trataba de Mary. Todos los demás eran extraños. Ahora se le iba abrir el alma, iba a ver a otro. Se sintió rara y aturdida.

—Estará más cómodo —murmuró abstraída la enferma cuando Louisa entró en la habitación. Esta no contestó. Tenía el corazón enmudecido por su propia responsabilidad. La señora Durant se quedó callada un momento, y luego murmuró quejándose:

—No deberías molestarte, Louisa.

—¿Por qué habría de molestarme? —replicó Louisa profundamente emocionada.

—Es a lo que estamos acostumbrados —dijo la anciana.

Y de nuevo Louisa se sintió excluida de su vida. Se sentó, dolorida, con las lágrimas de la desilusión recorriéndole el corazón. ¿Eso era todo?

Alfred subió las escaleras. Estaba limpio y en mangas de camisa. Ahora parecía un obrero. Louisa sintió que ella y él eran desconocidos, que se movían en vidas diferentes. Esto le causó pesadumbre una vez más. Oh, si pudiera encontrar alguna relación inmutable, algo seguro y tolerable.

—¿Cómo te sientes? —le preguntó a su madre.

—Un poco mejor —replicó ella cansada, impersonal. Ese extraño ponerse a un lado, esa abstracción de ella misma para contestarle solo lo que ella pensaba que era bueno que él escuchase hacía que la relación entre madre e hijo resultara intensa y difícil para Louisa. Convertía al hombre en algo ineficaz, en nada. Louisa se inclinó como si lo hubiera perdido. La madre era real y positiva; él no era muy real. Confundió y enfrió a la joven.

—Será mejor que vaya a buscar a la señora Harrison —dijo él, pero esperó a que su madre decidiera.

—Supongo que habrá que tener a alguien —replicó ella.

La señorita Louisa permaneció en silencio, temiendo interferirse en sus asuntos. No la incluían a ella en sus vidas, sentían que no tenía nada que ver con ellos excepto como ayuda externa. Era bastante ajena a ellos. Se sintió herida e indefensa ante esta diferencia inconsciente. Pero algo paciente y terco que había en ella le hizo decir:

—Yo me quedaré y la cuidaré. Usted no puede quedarse sola.

Los dos se mostraron tímidos y no contestaron.

—Nos arreglaremos para conseguir a alguien —dijo la anciana, cansada. Ahora ya no le importaba mucho lo que sucediera.

—De cualquier modo, me quedaré hasta mañana —dijo Louisa—. Luego ya veremos.

—No tienes por qué preocuparte tanto —gimió la anciana; pero tenía que quedarse en sus manos.

La señorita Louisa se alegró de que la admitieran incluso de un modo oficial. Quería compartir sus vidas. En casa la necesitarían ahora que había llegado Mary. Pero debían arreglarse sin ella.

—Debo escribir una nota para la vicaría —dijo.

Alfred Durant la miró fijamente, poniéndose a su servicio. En la Marina había adquirido una pronta disposición a servir. Pero en esa disposición había una independencia simple que a ella le encantó. De cualquier manera, sintió que era difícil acercarse a él. Era tan deferente, tan rápido para recoger la menor sugerencia de una orden suya, implícitamente, que ella no podía llegar al hombre que había en él.

Él la miró con suma ansiedad. Ella notó que sus ojos eran de color pardo amarillento, con una pupila diminuta; el tipo de ojos que pueden ver a gran distancia. Él estaba alerta, en actitud de atención militar. Aún tenía la cara enrojecida por el frío.

—¿Quieres papel y pluma? —preguntó con la deferencia con que se trata a un ser superior; esto a ella le resultaba todavía más difícil que la reserva.

—Sí, por favor —contestó ella.

Él dio media vuelta y bajó las escaleras. Le pareció muy reservado,

absolutamente seguro de sus movimientos. ¿Cómo podría aproximarse? Porque él no daría un solo paso en su dirección. Solo se pondría a su servicio completa e impersonalmente, contento de servirla pero manteniéndose bastante alejado. Notó que él sentía verdadera alegría por hacer cualquier cosa por ella, pero cualquier reconocimiento de esto le confundiría y heriría. Era extraño para ella tener a un hombre en la casa en mangas de camisa, con el chaleco desabrochado, el cuello al descubierto, sirviéndola. Él se movía bien, como si tuviera mucha vida para gastar. Le atraía su plenitud. Y sin embargo, cuando todo estaba listo y él ya no tenía más que hacer, ella temblaba al encontrarse con su mirada interrogante.

Mientras ella escribía, él le puso otra vela cerca. La luz, bastante densa, cayó en dos puntos sobre los rizos de su cabello hasta que brilló pesado y fulgente como un denso plumaje dorado y recogido. Su nuca era muy blanca, con mechones puntiagudos y dorados. Él la contempló como si se tratase de una visión, dejándose ir. Ella era todo lo que estaba más allá de él, de revelación y exquisitez. Todo lo que era ideal y estaba fuera de su alcance, eso era ella. Y se perdía a sí mismo mirándola. Ella no tenía conexión con él. No se acercó a ella. Estaba allí como a una distancia maravillosa. Pero era una fiesta tenerla en casa. Incluso con la angustia que le atenazaba por su madre, era sensible a la maravilla de vivir esa tarde. Las velas relumbraban sobre su pelo y parecían fascinarle. Sintió un poco de temor y una sensación de levitación; que ella, él y su madre pudieran estar juntos por un tiempo, en ese ambiente extraño y desconocido... Y cuando salió de la casa tuvo miedo. Vio arriba las estrellas que brillaban con luces delicadas y abajo la nieve apenas visible y una nueva noche se cernió sobre él. Tuvo un miedo casi destructivo. ¿Qué era esa nueva noche que titilaba a su alrededor y qué era él? No se podía reconocer a sí mismo ni al contorno. Tenía miedo de pensar en su madre. No obstante su pecho era consciente de ella y de lo que estaba sucediendo. No podía escaparse de ella; le transportaba consigo a un caos informe y desconocido.

Subió el camino penosamente sin saber de qué se trataba pero sintiendo como un hierro candente en el pecho. Sin pensar, dejó caer dos o tres lágrimas en la nieve. No obstante, en el fondo no creía que su madre fuera a morir. Una conciencia mayor le tenía en su puño. Cuando tomó asiento en el vestíbulo de la vicaría para esperar que Mary pusiera cosas para Louisa en un bolso, se preguntó por qué había estado tan afligida. Se sentía abatido y humillado por la gran casona; volvió a sentirse como si fuera uno más del montón. Cuando la señorita Mary le dirigió la palabra, casi se cuadró.

Un hombre honesto, pensó Mary. Y asumió su aire protector como salvaguarda de su propia dolencia. Ella tenía su estatus social, de modo que podía adoptarlo: era casi lo único que le quedaba. Pero no podría haber vivido sin cierta posición. Jamás hubiera confiado en sí misma fuera de un sitio definido ni se hubiera respetado a sí misma salvo como mujer de una clase superior.

Cuando llegó al picaporte de la puerta, volvió a sentir dolorido el corazón y vio el nuevo paraíso. Miró un momento al norte, hacia la nieve que se elevaba en la noche y a su destello lejano en los campos distantes. Entonces el dolor anímico se le convirtió en dolor físico. Se aferró al portal, mordiéndose los labios y susurrando: «¡Madre!». Fue un dolor agudo, cortante, carnal, que llegó en oleadas, como si el dolor de su madre llegase también en oleadas, y fue tan agudo que apenas pudo mantenerse en pie. No supo de dónde venía ese dolor ni por qué. Nada tenía que ver con sus pensamientos. Le abrumaba y él debía someterse. Todo el movimiento de su alma, congregándose en lo desconocido hacia su expansión en la muerte, le llevó con él sin que nada pudiera hacer; todas las partículas de su conciencia atrapadas como si de nada se tratase, todo el esfuerzo marchaba hacia su desaparición llevándolo más lejos de lo que jamás hubiera estado. Cuando el joven se recuperó, entró en la casa y allí casi se sintió alegre. Pareció emocionarlo. Se sintió de buen ánimo; se burló caprichosamente de las cosas. Se sentó a un lado de la cama de su madre, con Louisa en el otro, y cierta alegría hizo presa de todos ellos. Pero la noche y la angustia se aproximaban.

Alfred besó a su madre y se fue a la cama. Cuando estaba a medio desvestir, la conciencia del estado de su madre le atropelló y se aferró al sufrimiento como con dos manos, agónicamente. Se tiró en la cama hecho un

ovillo. Duró tanto y le agotó tanto, que se durmió sin energía para volver a levantarse y terminar de desvestirse. Se despertó después de medianoche para encontrarse casi helado. Se desvistió y se metió en la cama y pronto volvió a dormirse.

Se despertó a las seis menos cuarto y al instante recordó. Se puso los pantalones, encendió una vela y fue al dormitorio de su madre. Tapó la llama con la mano para que la luz no diera en la cama.

—¡Madre! —susurró.

—Sí —fue la respuesta.

Hubo un momento de vacilación.

—¿Debo ir al trabajo?

Esperó con el corazón latiéndole con fuerza.

—Pienso que sí, hijo mío.

Se le hundió el corazón en una especie de desesperación.

—¿Quieres que vaya?

Dejó caer la mano de la llama. La luz bajó hasta la cama. Allí vio a Louisa echada mirándole. Tenía los ojos fijos en él. Rápidamente los cerró y casi hundió la cabeza en su almohada, medio de espaldas a él. Vio en su cabello despeinado como un vapor brillante alrededor de la cabeza redonda y las dos trenzas revueltas entre las colchas. Le impresionó. Se adelantó, decidido. Louisa se agachó. Él miró y vio los ojos de su madre. Luego volvió a ceder y dejó de estar seguro, dejó de ser él mismo.

—Sí, vete a trabajar, hijo mío —dijo la madre.

—Muy bien —contestó él, dándole un beso. Sintió desesperación y amargura en su corazón. Se fue.

—¡Alfred! —exclamó en voz baja su madre.

Él regresó, latiéndole el corazón con más fuerza.

—Siempre harás lo que esté bien, ¿no es verdad, Alfred? —preguntó la madre, ahora aterrorizada por que él la dejara. Él estaba demasiado asustado y aturdido como para darse cuenta de lo que le decía.

—Sí —contestó.

Ella le ofreció una mejilla. Él la besó y luego se retiró con amarga desesperanza. Se fue a trabajar.

A mediodía, su madre había muerto. Él se enteró en la boca de la mina. Tal como había sabido en su interior, no se sorprendió; sin embargo, tembló. Caminó hasta su casa con bastante serenidad, sintiendo solo el peso de su respiración.

La señorita Louisa todavía estaba en la casa. Se había hecho cargo de todo lo posible. Muy brevemente le informó de lo que él necesitaba saber. Pero había un tono de ansiedad en ella.

—Tú casi lo esperabas... ¿No ha sido un golpe para ti? —preguntó mirándole. Ella también se sentía perdida. Él era tan oscuro y rudimentario...

—Supongo que sí —dijo estúpidamente. Miró a un lado, incapaz de aguantar los ojos de ella.

—No podría soportar la idea de que no te hubieras dado cuenta —dijo ella.

Él no contestó.

Le producía una gran tensión tenerla a su lado en un momento como ese. Quería estar solo. Tan pronto como empezaron a llegar los parientes, Louisa se fue y ya no regresó. Mientras se disponía todo, mientras hubo una multitud en la casa, mientras tuvo que arreglar diversos asuntos, estuvo bastante bien, aunque sufriendo esos incontrolables paroxismos de dolor. A solas soportó los fieros y casi delirantes ataques de dolor que le sobrevenían y le dejaban casi en calma, casi limpio, con algunas dudas. Antes no había sabido que todo se podía romper, que él mismo se podía quebrar y que todo era un gran caos vasto y extraordinario. Fue como si la vida hubiera roto en él sus límites y estuviera perdido en una gran inundación abrumadora, inmensa y despoblada. Él mismo estaba roto y desbordado en medio de todo aquello. Solo podía respirar, jadeante, en silencio. Luego volvía a abrumarle la angustia.

Cuando toda la gente se hubo ido de Quarry Cottage, dejando solo al joven con una vieja gobernanta, empezó el calvario. La nieve se había derretido y luego helado; una nueva nevada había blanqueado lo gris, y luego empezó a derretirse. El mundo era un lugar de fango gris y blando. Alfred no tenía nada que hacer por las tardes. Era un hombre cuya vida estaba llena de

pequeñas actividades. Sin saberlo, él la había polarizado en torno a su madre. Era ella quien le había mantenido activo. Incluso cuando le dejó la vieja gobernanta, podría haber continuado viviendo de la misma manera. Pero a su vida le faltaban fuerza y equilibrio. Se sentaba y pretendía leer, con los puños apretados continuamente, dominándose, aguantando no sabía qué. Caminaba kilómetros negros y empapados por los senderos del campo hasta que se agotaba. Pero todo eso era una huida de la que tenía que regresar. Por la noche todo iba bien. De haber sido verano, se hubiera evadido trabajando en el huerto hasta la hora de acostarse. Pero ahora no había escapatoria posible, ningún alivio, ninguna ayuda. Quizá fuera más proclive a la acción que a la comprensión, a la vida que al ser. Quedó fuera de sus actividades, como un nadador que se olvida de nadar.

Durante una semana tuvo las fuerzas necesarias para soportar este sofoco y esta lucha; luego empezó a agotarse y supo que tendría que salir de esa situación. El instinto de autoconservación se le fortaleció. Pero había un interrogante: ¿adónde ir? La taberna realmente carecía de sentido para él, no le hacía bien ir allí. Empezó a pensar en emigrar. En otro país estaría bien. Escribió a las oficinas de emigración.

El domingo, después del funeral, cuando todos los Durant asistieron a la iglesia, Alfred vio a la señorita Louisa, impasible y reservada, sentada al lado de la señorita Mary, que se mostró altiva y muy distante, y de los demás Lindley, todos muy alejados. Alfred les veía como personas ajenas. No pensaba en ello. Nada tenían que ver con su vida. Después de la ceremonia, Louisa se acercó a él y se estrecharon las manos.

—A mi hermana le gustaría que vinieras a cenar a casa un día, si tú quieres.

Él miró a la señorita Mary, que le hizo una leve inclinación de cabeza. Por pura bondad, Mary se lo había propuesto a Louisa, desaprobando su acción incluso cuando la hacía. Pero ella no se estudiaba en profundidad.

—Sí —dijo Durant torpemente—, iré si usted lo desea. —Pero se sintió vagamente fuera de lugar.

—Entonces vendrás mañana, a eso de las seis y media.

Fue. La señorita Louisa fue muy buena con él. No podía haber música debido a los niños. Él se sentó con los puños cerrados sobre las rodillas, muy

quieto y frío, cayendo, entre toda esa gente, en una especie de mareo o trance. No había nada entre él y ellos. Ellos lo sabían tan bien como él. Pero se mantuvo muy sereno y la tarde pasó lentamente. La señora Lindley le llamaba «joven».

—Por favor, ¿se sentaría aquí, «joven»?

Se sentó allí. Tanto daba un nombre que otro. ¿Qué tenían ellos que ver con él?

La señora Lindley empleó un tono especial con él, indulgente pero superior. Durant recibió todo sin protestar ni ofenderse, simplemente sometiéndose. Pero no quería comer; le preocupaba tener que comer en su presencia. Sabía que estaba fuera de lugar. Pero era su obligación quedarse un rato. Contestaba a las preguntas con precisión, con monosílabos.

Cuando se fue, parpadeó confuso. Se alegró de haber terminado. Se fue lo más rápidamente posible. Y quiso aún con más intensidad partir a Canadá.

La señorita Louisa sufrió en su interior, indignada con todos ellos pero un tanto incapaz de precisar por qué estaba indignada.

## 13

Dos días más tarde, a la seis y media, Louisa llamó a la puerta de Quarry Cottage. Él había terminado su cena, la mujer había fregado y se había ido; pero aún estaba sucio de la mina. Más tarde pensaba ir a la taberna. Había empezado a ir allí porque necesitaba ir a alguna parte. El mero contacto con otros hombres le era necesario, el ruido, el calor, el olvidado paso de las horas. Pero no se había movido todavía. Estaba sentado en la casa vacía hasta que empezó a crecer en él algo anormal.

Estaba sucio cuando abrió la puerta.

—He querido venir; pensé que debía —dijo ella, y se fue al sofá. Él se preguntó por qué no había de usar el sillón de su madre. Sin embargo, algo se conmovía en él, algo como una furia, cuando la sirvienta lo hacía.

—Ya tendría que haberme lavado —dijo él echando una mirada al reloj, que estaba adornado con mariposas, cerezas y el nombre «T. Brooks, Mansfield». Cruzó las manos negras sobre los brazos llenos de suciedad.



Louisa le miró. Vio la reserva y la neutralidad hacia ella que tanto temía. Le impedía acercarse.

—Me temo —dijo ella— que no estuve bien cuando te invité a cenar.

—No estoy acostumbrado a esas cosas —dijo él, mostrando sus dientes blancos y separados al sonreír. Sin embargo, sus ojos estaban fijos y cegados.

—No se trata de eso —dijo ella rápidamente. Su reposo era exquisito y sus oscuros ojos grises eran ricos en comprensión. La temió, allí sentada, cuando empezó a tomar conciencia de ella—. ¿Cómo te va solo? —preguntó ella.

—Oh... —contestó, moviéndose molesto y sin terminar su contestación.

El rostro de ella se puso grave.

—Qué cerrado es este cuarto. Tienes un fuego muy grande. Me quitaré el abrigo —dijo.

La miró mientras se quitaba el sombrero y el abrigo. Tenía puesta una blusa color crema de cachemira bordada con seda dorada. A él le pareció una prenda sumamente fina, ajustada al cuello y a los puños. Le produjo una sensación de placer, limpieza y alivio.

—¿En qué estabas pensando que no te has lavado? —preguntó ella con cierto grado de intimidad. Él se rió, desviando la mirada. El blanco de sus ojos resaltó en la cara ennegrecida.

—Oh —dijo él—, no podría decírtelo.

Hubo una pausa.

—¿Vas a conservar esta casa? —preguntó ella.

Él se movió en su silla ante la pregunta.

—Todavía no lo sé —dijo—. Es muy posible que me vaya a Canadá.

Ella se quedó muy quieta y atenta.

—¿Para qué?

Nuevamente él se movió en la silla.

—Pues —dijo él lentamente— para tratar de vivir.

—Pero ¿qué vida?

—Hay varias cosas. El campo, la madera, las minas. No me importa mucho de qué se trate.

—¿Y eso es lo que quieres?

Él no pensaba en esos términos, de modo que no pudo contestar.

—No lo sabré —dijo— hasta que lo haya probado.

Ella vio cómo se alejaba de ella para siempre.

—¿No te da pena dejar esta casa y este jardín? —preguntó.

—No lo sé —contestó sin ganas—. Supongo que vendría Fred. Eso es lo que quiere.

—¿No quieres echar raíces? —preguntó ella.

Él estaba inclinado hacia delante sobre los brazos de su sillón. Se volvió hacia ella, que tenía la cara pálida y una expresión de decisión. Parecía grave e imposible; su cabello brilló más al palidecer. Para él era como algo fijo, inamovible y eterno que se ofrecía. Le ardía el corazón con la angustia del suspense. Le traspasaron los miembros agudos calambres de miedo y dolor. Alejó todo su cuerpo de ella. El silencio era insoportable. No podía aguantar seguir sentado allí. Le hacía arder el corazón y se le endurecía el pecho.

—¿Ibas a salir esta noche? —preguntó ella.

—Solo al New Inn —contestó él.

Nuevamente se hizo el silencio.

Ella extendió la mano para recoger el sombrero. No se le ocurrió nada más. Tenía que irse. Él se quedó sentado esperando a que se fuera para sentirse aliviado. Y ella supo que si salía de la casa de ese modo, todo sería un fracaso. Sin embargo, continuó arreglándose el sombrero; al cabo de un instante tendría que irse. Algo la empujaba.

Entonces, de repente, una penetrante punzada, como un relámpago, la estremeció de pies a cabeza y dejó de dominarse.

—¿Quieres que me vaya? —preguntó controlada y, sin embargo, hablando con una profunda angustia, como si las palabras fueran pronunciadas sin su intervención.

Él se puso blanco bajo la suciedad.

—¿Por qué? —preguntó volviéndose hacia ella con miedo, obligado.

—¿Quieres que me vaya? —volvió a preguntar.

—¿Por qué? —repitió él.

—Porque quería quedarme contigo —dijo ella, sofocada, con los pulmones llenos de fuego.

A él se le contrajo la cara, se adelantó un poco, suspendido, mirándola a los ojos, atormentado, en una agonía caótica, incapaz de dominarse. Y, como

de piedra, ella le devolvió la mirada. Por unos breves instantes sus almas quedaron al desnudo. Era una tortura. No lo pudieron soportar. Él bajó la cabeza mientras le temblaba el cuerpo con pequeñas y agudas punzadas.

Ella fue a buscar el abrigo. Se le había muerto el alma. Le temblaban las manos, pero ya no podía sentir. Se puso el abrigo. Hubo un cruel suspense en la habitación. Había llegado el momento de su partida. Él levantó la cabeza. Sus ojos eran como de ágata, inexpresivos a excepción de los puntos negros de tortura; la detuvieron; ella ya no tenía voluntad, ya no tenía más vida. Se sintió rota.

—¿Me quieres? —preguntó sin esperanzas.

Un espasmo de dolor cruzó por los ojos de él, que la mantuvo inmovilizada.

—Yo... Yo... —empezó a decir, pero no pudo hablar.

Algo le arrancó de la silla hacia ella. Ella permaneció inmóvil, hechizada, como una criatura entregada a modo de presa. Extendió una mano a tientas, incierta, hasta el brazo de ella. Ella permaneció totalmente quieta. Luego, con torpeza, él la abrazó y la apretó cruel, ciegamente, estrechándola hasta que ella casi se desvaneció, hasta que él casi cayó.

Luego, poco a poco, mientras la tenía sujeta y la cabeza le daba vueltas, se sintió cayendo, cayendo de sí mismo; mientras a ella, entregada, desvanecida en una especie de muerte de sí misma, la cubrió un momento de total oscuridad; y luego los dos empezaron a despertarse como después de un largo sueño. Él era él mismo.

Al cabo de un rato aflojó los brazos; ella también se retiró un poco y le devolvió el abrazo. Así quedaron, abrazados, escondiéndose el uno del otro y buscando afirmarse sin palabras. Las manos de ella temblaban aferrándose cada vez más a él, atrayéndole más cerca dentro de sí, con amor.

Por último, ella apartó la cabeza y le miró con los ojos húmedos y destellantes de luz. El corazón de él, que veía, estaba silencioso de miedo. Estaba con ella. Ella vio su cara toda sombría e inescrutable y le pareció eterno. Todo el eco del dolor volvió en una extraña bendición y brotaron todas las lágrimas.

—Te amo —dijo ella con los labios temblorosos por el llanto. Él bajó la cabeza sobre ella, incapaz de escucharla, incapaz de aguantar la súbita

llegada de la paz y de la pasión que casi le rompía el corazón. Se quedaron en silencio mientras aquello se alejaba un poco.

Al final ella quiso verle. Levantó la mirada. Él tenía los ojos extraños y brillantes, con una diminuta pupila negra. Eran raros y se apoderaban de ella. Su boca llegó hasta la de ella que lentamente cerró los párpados, mientras la boca de él buscaba la suya cada vez más cerca, hasta tomar posesión de ella.

Se produjo un prolongado silencio demasiado mezclado de pasión, dolor y muerte como para permitir otra cosa que abrazarse en el dolor y los besos, en largos besos en los que el miedo se convirtió en deseo. Al final ella se soltó. Él sintió como si tuviera herido el corazón, pero contento, y apenas se animó a mirarla.

—Estoy contenta —dijo ella.

Él le cogió las manos con apasionada gratitud y deseo. Aún no tenía la suficiente presencia de ánimo para decir nada. Estaba mareado por el alivio.

—Debo irme —dijo ella.

Él la miró. No podía aceptar la idea de que se fuera; supo que ya no podría estar separado de ella. Sin embargo, no se animó a afirmarse. Le apretó las manos.

—Tienes la cara negra —dijo ella.

Él se rió.

—La tuya está un poco manchada —contestó.

Tuvieron miedo, miedo de hablarse. Él solo podía tenerla cerca de sí. Al cabo de un rato, ella quiso lavarse la cara. Él trajo agua caliente, se puso a su lado y la contempló. Quería decirle algo pero no se atrevía. La observó enjugándose la cara y arreglándose el pelo.

—Verán que tienes la blusa sucia —dijo él.

Ella se miró las mangas y rió de alegría.

Él estaba lleno de orgullo.

—¿Qué harás? —preguntó él.

—¿Cómo?

Era torpe para contestar a las preguntas.

—Conmigo —dijo él.

—¿Qué quieres que haga? —se rió ella.

Lentamente él le acercó una mano. ¿Qué importaba?

—Pero lávate —dijo ella.

## 14

Mientras subían la colina, la noche parecía llena de algo desconocido. Caminaban muy juntos, como si la oscuridad tuviera vida y un profundo conocimiento rodeándoles por doquier. Subieron la colina en silencio. Pasaron bajo los fardos de la calle. Se cruzaron con varias personas. Él era más tímido que ella y la hubiera dejado ir de haberse ella soltado un poco. Pero ella se mantuvo firme.

Entonces entraron en la verdadera oscuridad, entre los campos. No querían hablar, se sentían más unidos en el silencio. Luego llegaron a la puerta de la vicaría. Se detuvieron bajo el desnudo castaño de Indias.

—Ojalá no tuvieras que irte —dijo él.

Ella lanzó una pequeña risa súbita.

—Ven mañana —dijo ella en voz baja— y se lo pides a mi padre.

Ella sintió que le apretaba las manos.

Ella le envió la misma risita penosa de simpatía. Luego le besó, enviándole así a su casa.

En casa, el viejo dolor vino en otro paroxismo, borrando a Louisa, borrando incluso a su madre, por quien retumbaba la tensión como un ataque de fiebre en una herida. Pero había algo firme en su corazón.

## 15

La tarde siguiente se vistió para ir a la vicaría, sintiendo que tenía que hacerlo y sin imaginarse cómo sería. No se lo tomaría en serio. Estaba seguro de Louisa y para él su boda era como el destino. También le llenó un bendito sentimiento de fatalidad. Él no era responsable, ni la gente relacionada con ella tenía en realidad nada que ver.

Le hicieron pasar al pequeño estudio, en el cual el fuego no estaba encendido. Al cabo de un rato apareció el vicario. Tenía la voz fría y hostil y

le dijo:

—¿Qué puedo hacer por usted, joven?

Ya lo sabía, sin preguntarlo.

Durant le miró, nuevamente como un marinero ante un superior. Tenía los modales del subordinado. Sin embargo, su espíritu lo tenía claro.

—Yo quería, señor Lindley —empezó a decir respetuosamente; luego se le fue todo el color de la cara. ¿Qué estaba haciendo allí? Pero persistió porque tenía que hacerlo. Se reafirmó en su propia independencia y en el respeto por sí mismo. No debía mostrarse vacilante. Debía ponerse a un lado a sí mismo: el asunto era más importante que su propia persona. No debía sentir. Era su mayor deber.

—Quería... —repitió el vicario.

Durant tenía la boca reseca, pero contestó con serenidad:

—La señorita Louisa, Louisa, ha prometido casarse conmigo...

—Le pidió a la señorita Louisa que se casara con usted, sí... —corrigió el vicario. Durant pensó que él no se lo había pedido:

—Si ella se casara conmigo, señor. Espero que... a usted no le moleste.

Sonrió. Era un hombre apuesto y el vicario no pudo dejar de notarlo.

—¿Y mi hija está dispuesta a casarse con usted? —preguntó el señor Lindley.

—Sí —respondió con seriedad Durant. No obstante, fue doloroso para él. Sintió una hostilidad natural entre él y el vicario.

—¿Podría venir por aquí? —preguntó el vicario. Le llevó a la sala en la que estaban Mary, Louisa y la señora Lindley. El señor Massey estaba sentado en un rincón con una lámpara.

—¿Este joven ha venido por ti, Louisa? —preguntó el señor Lindley.

—Sí —dijo Louisa mirando a Durant, que permanecía erguido, disciplinado. No osaba mirarla pero era consciente de su presencia.

—Tú no quieres casarte con un minero, tonta —exclamó duramente la señora Lindley. Yacía obesa e impotente en el sofá, envuelta en una gran bata gris.

—Oh, calla, madre —dijo Mary con calmada intensidad y determinación.

—¿Con qué medios cuenta usted para mantener a una esposa? —exigió groseramente la mujer del vicario.

—¡Yo! —exclamó Durant—. Pienso que puedo ganar lo suficiente.

—Muy bien, ¿cuánto? —dijo la voz grosera.

—Siete con seis al día —replicó el joven.

—¿Y habrá algo más?

—Espero que sí.

—¿Y van a vivir en esa casita insignificante?

—Así es —dijo Durant—, si le parece bien.

No se ofendió; solo se afligió por que no pensaran que fuera lo bastante bueno. Sabía que para ellos no lo era.

—Entonces es una tonta, se lo digo, si se casa con usted —exclamó la madre con dureza, reafirmando su decisión.

—Después de todo, mamá, es asunto de Louisa —dijo Mary con claridad— y debemos recordar...

—Ella se labra su destino, pero se arrepentirá —la interrumpió la señora Lindley.

—Después de todo —dijo el señor Lindley—, Louisa no puede permitirse actuar libremente sin tener en cuenta a su familia.

—¿Qué quieres decir, papá? —preguntó Louisa tajante.

—Quiero decir que si te casas con este hombre dificultarás mucho mi situación en esta parroquia, en especial si os quedáis aquí. Si os fuerais a otra parte, todo sería más simple. Pero que vivas aquí, en la casa de un minero, ante mis narices, como si fuera... Casi sería indecoroso. Yo tengo que mantener una posición, y una posición que no puede ser tomada a la ligera.

—Venga aquí, joven —dijo la madre con su ruda voz— y déjenos mirarle.

Durant, ruborizado, se acercó, no en posición de firmes, pero sin saber qué hacer con las manos. A la señorita Louisa le enfureció verle allí, obediente y aquiescente. Tenía que mostrarse como un hombre.

—¿No puede llevársela de aquí y vivir en otra parte? —preguntó la madre—. Los dos estarían mejor.

—Sí, podemos irnos —contestó él.

—¿Quieres hacerlo? —preguntó Mary claramente.

Él volvió la cabeza. Mary parecía muy señora e impresionaba. Él se ruborizó.

—Lo haré si eso va a causar problemas —dijo.

—Por ti, ¿preferirías quedarte? —preguntó Mary.

—Es mi hogar —dijo él—, la casa donde nací.

—Entonces —Mary se dirigió directamente a sus padres—, no veo cómo podrás imponer tus condiciones, papá. Él tiene sus derechos, y si Louisa quiere casarse con él...

—¡Louisa, Louisa! —exclamó el padre con impaciencia—. No puedo comprender por qué Louisa no puede comportarse de una forma normal. No puedo entender por qué piensa únicamente en sí misma y deja de lado a su familia. El asunto ya es bastante complicado, y ella tendría que ayudar todo lo posible. Y si...

—Pero yo quiero a este hombre, papá —dijo Louisa.

—Y yo espero que ames a tus padres, y espero que quieras evitarles lo más posible... la pérdida de prestigio.

—Podemos irnos a vivir a otra parte —dijo Louisa con lágrimas en los ojos. Finalmente había sido herida de verdad.

—Oh, sí, sin problema —replicó Durant con rapidez, pálido, deprimido. Se hizo un silencio mortal en la habitación.

—Pienso que sería muchísimo mejor —murmuró el vicario, apaciguado.

—Por supuesto que sí —dijo la inválida con voz ronca.

—Pienso que deberíamos disculparnos por pedir algo semejante —dijo Mary con altivez.

—No —dijo Durant—; será mejor para todos. —Se alegró de que terminase el asunto de una vez.

—¿Y pondremos las amonestaciones aquí o en el registro? —preguntó claramente, como un desafío.

—Iremos al registro —dijo Louisa con decisión.

Nuevamente se produjo un silencio espeso.

—Bueno, si queréis hacerlo a vuestro modo, debéis hacerlo —dijo, subrayando las palabras la madre.

Durante todo este tiempo el señor Massey había permanecido oscuro e ignorado en un rincón de la habitación. En ese momento se puso en pie y dijo:

—El bebé, Mary.



Mary se levantó y salió de la habitación, altiva: su pequeño marido salió detrás. Durant miró cómo se iba el frágil hombrecito, suspicaz.

—¿Y dónde —preguntó el vicario casi con simpatía— pensáis ir después de casados?

Durant se sobresaltó.

—Pensaba emigrar —dijo.

—¿A Canadá? ¿O adónde?

—Pienso que a Canadá.

—Sí, estaría muy bien.

Nuevamente se hizo una pausa.

—O sea, que no le veremos con frecuencia como yerno —comentó la madre ronca pero amablemente.

—No mucho —dijo él.

Entonces se dispuso a retirarse. Louisa fue con él hasta la puerta. Quedó ante él, afligida.

—No te han molestado mucho, ¿verdad? —preguntó con humildad.

—No me importan si yo no les importo a ellos —dijo él. Luego se agachó y la besó.

—Casémonos pronto —murmuró ella entre lágrimas.

—Muy bien —dijo él—. Mañana iré a Barford<sup>[18]</sup>.

## EL SEGUNDÓN<sup>[19]</sup>

—¡Oh, estoy cansada! —exclamó Frances malhumorada. Y en ese mismo instante se dejó caer sobre el césped cerca del seto. Anne se sorprendió un momento. Luego, acostumbrada a las extravagancias de su querida Frances, dijo:

—¿Acaso no es natural que te sientas cansada después de haber viajado ayer nada menos que desde Liverpool? —Y se echó al lado de su hermana.

Anne era una chica juiciosa de catorce años, muy fresca, que destilaba sentido común. Frances era mucho mayor, de unos veintitrés, y caprichosa, inestable. Era la belleza y la inteligencia de la familia. Sacudió los escaramujos del vestido nerviosa, desesperada. Su hermoso perfil, con el pelo negro ondulado en la frente, cálido debido a la tez oscura y rojiza como la de una pera, permanecía inalterado, como una máscara. Su fina mano morena daba tirones nerviosos.

—No se trata del viaje —dijo respondiendo a la torpeza de Anne.

Anne miró con curiosidad a su adorada. La jovencita, a su manera confiada y práctica, empezó a estudiar a la caprichosa criatura. Pero de repente se vio retratada en los ojos de Frances. Sintió que dos pupilas renegridas y turbulentas la desafiaban. Y se acobardó. Frances se caracterizaba por esas grandes miradas que dejaban al descubierto y que desconcertaban a la gente por su violencia y brusquedad.

—¿Qué te pasa, pobre patito? —preguntó Anne mientras cubría con sus brazos la forma leve y voluntariosa de su hermana. Frances se rió agitada y se recostó, cómoda, sobre los pechos protuberantes de la robusta muchacha.

—Oh, solo estoy un poquitín cansada —murmuró al borde del llanto.

—Desde luego que lo estás. ¿Cómo querías sentirte? —la alivió Anne. A

Frances le divertía que Anne jugara a ser la mayor, que fuera casi maternal con ella. Pero en realidad Anne estaba en plena adolescencia. Los hombres le parecían unos perros, mientras que Frances, a los veintitrés, sufría mucho.

El campo estaba intensamente matinal. En el ejido todo brillaba junto a su sombra y la ladera de la colina despedía calor. El terreno pardo parecía estar en un nivel bajo de combustión, las hojas de los robles estaban abrasadas y marrones. Entre el follaje negruzco, en la distancia, fulguraban el rojo y naranja del pequeño pueblo.

Los sauces del curso del arroyo al pie del ejido se agitaron de repente produciendo un efecto algo deslumbrante, como de diamantes. Una suave brisa. Anne volvió a su posición normal. Extendió las rodillas y se puso en el regazo un puñado de avellanas, unas hojillas blanco verduscas cuya cara, entre marrón y rojiza, estaba tostada. Empezó a partirlas y a comerlas. Frances, con la cabeza gacha, meditaba amargamente:

—Eh, ¿conoces a Tom Smedley? —preguntó la jovencita mientras sacaba una avellana de su apretada cáscara.

—Digamos que sí —replicó Frances con sarcasmo.

—Pues me regaló un conejo silvestre que cazó para que lo criara con los que tengo domesticados. Y vive.

—Eso está bien —comentó Frances, muy distante e irónica.

—¡Claro que sí! Dijo que me llevaría a las fiestas de Ollerton, pero nunca lo hizo. Mira, se llevó a un criado de la rectoría. Yo lo vi.

—Porque le corresponde —dijo Frances.

—¡No, no le corresponde! Y se lo dije. Y le dije que te lo contaría. Y lo he hecho.

Crujió una avellana entre sus dientes. Sacó el fruto y lo masticó complacida.

—No tiene la menor importancia para mí —dijo Frances.

—Bueno, pues no, pero de cualquier manera me enfadé con él.

—¿Por qué?

—Porque no tiene derecho a ir con un criado.

—Tiene todo el derecho —insistió Frances, seca y fría.

—No lo tiene, cuando me dijo que me llevaría.

Frances lanzó una carcajada, divertida y aliviada.

—Oh, no, me había olvidado de eso —dijo, y añadió—: ¿Y qué dijo cuando le prometiste que me lo contarías?

—Se rió y me dijo: «No se rasgará las vestiduras por eso».

—Y no lo hará —masculló Frances con menosprecio.

Se produjo un silencio. El ejido, con sus resecos cardos de cabeza dorada, sus matas de zarza silenciosas, sus aulagas de vainas marrones al resplandor de la luz, parecía un lugar visionario. En la otra orilla del arroyo empezaba el inmenso modelado de la agricultura, el blanco ajedrezado del rastrojo de cebada, las pardas cuadrículas de trigo, los parches caqui de los pastizales, las rayas rojas del barbecho, con el bosque y el pueblo diminuto como ornamentos. Todo conducía a la distancia, hacia las colinas, donde el dibujo cuadriculado se hacía más pequeño hasta que en el vaho negruzco del calor, a lo lejos, solo se podían distinguir los diminutos cuadraditos del rastrojo de cebada.

—¡Eh, mira, aquí hay una madriguera de conejo! —gritó de repente Anne—. ¿Vigilamos por si sale alguno? No deberías moverte, ¿sabes?

Las dos chicas se quedaron absolutamente inmóviles. Frances miraba ciertos objetos a su alrededor. Tenían un aspecto peculiar, poco amistoso: el peso de las bayas verdosas del saúco sobre los tallos purpúreos, el centelleo de las manzanas silvestres amarillentas que se congregaban en lo alto del seto contra el cielo, las hojas exhaustas y blandas de las primaveras aplastadas bajo el seto. Todo le parecía extraño. Entonces sus ojos captaron un movimiento. Un topo caminaba en silencio sobre el suelo caliente, rojizo, husmeando, arrastrándose por aquí y por allá, plano y oscuro como una sombra, cambiando de posición, tan vivaz y silencioso de pronto como el mismísimo fantasma de la *joie de vivre*. Frances se sobresaltó. Por puro hábito, estaba a punto de llamar a Anne para que matara a la pequeña bestia. Pero hoy el letargo que le causaba su descontento fue demasiado para ella. Observó al diminuto animal bracear, olfatear, tocar cosas para descubrirlas, correr a ciegas deleitado hasta el éxtasis por los rayos del sol y las cosillas calientes y extrañas que le acariciaban la panza y la nariz. Sintió una profunda piedad por la criaturita.

—¡Eh, Fran, mira aquí! Es un topo.

Anne se puso en pie para observar la oscura e inconsciente bestia. Frances

frunció el entrecejo con ansiedad.

—No escapa, ¿eh? —dijo en voz baja la jovencita. Entonces se acercó cautelosamente al animalito. El topo se alejó torpemente. En un abrir y cerrar de ojos, Anne le puso un pie encima, sin cargar el peso. Frances vio el movimiento agitado, natatorio, de las manitas rojas de la bestezuela, el retorcimiento y la agitación de su nariz puntiaguda, mientras se debatía bajo la suela de la bota.

—¡Cómo se mueve! —dijo la joven huesuda frunciendo la frente ante la sensación de cosquilleo. Entonces se agachó para mirar a su presa. Frances pudo ver ahora, al borde de la suela de la bota, los esfuerzos de los hombros aterciopelados, la postura lastimosa del rostro ciego, el frenético remar de las manos planas y rojizas.

—Mata a esa cosa —dijo desviando la mirada.

—Oh, no, yo no —se rió Anne, acobardándose—. Hazlo tú si te gusta.

—No me gusta —dijo Frances con tranquila intensidad.

Después de varios intentos, con ligeros movimientos Anne logró apresar al animalito por la piel del pescuezo. Este echó la cabeza hacia atrás, meneó a un lado y a otro su largo hocico de ciego, abrió su peculiar boca oblonga con diminutos diente-cillos rojos en el borde. Jadeó y retorció la frenética boca ciega. El cuerpo, pesado y torpe, colgaba casi sin moverse.

—¿No te parece una cosita llena de vida? —observó Anne, alejándolo para evitar los dientes.

—¿Qué vas a hacer con eso? —preguntó tajante Frances.

—Hay que matarlo. Mira todo el daño que hacen. Lo llevaré a casa y que lo mate papá o cualquier otro. No voy a dejar que se escape.

Envolvió torpemente al animalito con su pañuelo y se sentó al lado de su hermana. Hubo un intervalo de silencio durante el cual Anne luchó contra los esfuerzos del topo.

—Esta vez no has tenido mucho que decir sobre Jimmy. ¿Le viste a menudo en Liverpool? —preguntó de repente Anne.

—Una o dos veces —contestó Frances sin dar señales de que la pregunta la inquietaba.

—Entonces ¿ya no te gusta?

—Debería pensar que no, al saber que está comprometido.

—¿Comprometido? ¡Jimmy Barrass! ¡Vaya, qué sorpresa! Jamás pensé que se comprometería.

—¿Por qué no? Tiene tanto derecho como cualquiera, ¿no? —replicó Frances.

Anne jugueteaba con el topo.

—Así es —dijo finalmente—, sin embargo, nunca pensé que Jimmy lo haría.

—¿Por qué no? —insistió Frances.

—No lo sé... ¡Este bendito topo no se está tranquilo! ¿Con quién se comprometió?

—¿Cómo voy a saberlo?

—Pensé que se lo habrías preguntado. Hace ya bastante tiempo que le conoces. Supongo que pensó en comprometerse ahora que es doctor en química.

Frances se rió a pesar suyo.

—¿Y eso qué tiene que ver? —preguntó.

—Estoy segura de que mucho. Ahora quiere sentirse alguien, de modo que se ha comprometido. ¡Eh, basta ya! ¡Entra de una vez!

Pero en ese momento el topo había logrado zafarse. Luchaba y se retorció con frenesí, movía su puntiaguda cabeza ciega, la boca abierta como un pequeño pozo, las manos grandes y arrugadas, extendidas.

—¡Entra ya! —urgió Anne empujando al animalillo con un dedo, tratando que volviera al pañuelo. De repente, la boca se volvió como un relámpago sobre el dedo.

—¡Ay! —chilló—, ¡me ha mordido!

Lo dejó caer. Aturdida, la criatura ciega corrió alrededor. Frances tuvo ganas de chillar. Esperaba que saliera volando como un ratón, pero estaba allí, a tientas. Quiso gritarle que se fuera. Anne, en una decisión repentina de furia, cogió el bastón de su hermana. El topo murió de un solo golpe. Frances estaba aturdida y escandalizada. Un momento antes el pobre desgraciado estaba correteando con vehemencia, y al siguiente yacía como una bolsa, inerte y negra, sin luchar, apenas un temblor.

—¡Está muerto! —dijo Frances sin aliento. Anne se llevó el dedo a la boca, miró los pequeños alfilerazos y dijo:

—Sí, está muerto y me alegro. Esos topos son unos animalitos llenos de maldad.

Con eso se desvaneció su furia. Recogió al animal muerto.

—Qué piel más bonita tiene —murmuró acariciando la piel con un dedo, y luego con la mejilla.

—Ten cuidado —dijo Frances, tajante—. ¡Te llenarás de sangre la falda!

Una gota de sangre como un rubí colgaba del pequeño hocico, lista para caer. Anne la secó contra unas campánulas. De repente, Frances se serenó. En ese momento se hizo adulta.

—Supongo que hay que matarlos —dijo, y cierta indiferencia más bien triste reemplazó a su pesadumbre. Las centelleantes manzanas silvestres, el brillo de los sauces, fúlgidos ahora, le parecieron nimios, apenas merecedores de atención. Algo había muerto en ella, de modo que las cosas perdieron su intensidad. Estaba serena. La indiferencia se sobrepuso a su tranquila tristeza. Poniéndose en pie caminó hasta el arroyo.

—Eh, espérame —exclamó Anne, y salió al trote tras ella. Frances se detuvo en el puente para contemplar el lodo rojo hollado por las pezuñas del ganado. No quedaba ni una charca de agua, pero todo olía a verde, a succulento. ¿Por qué le preocupaba tan poco la pequeña Anne, que la quería tanto?, se preguntó a sí misma. ¿Por qué le importaba tan poco cualquiera? No lo sabía, pero sintió un orgullo más bien terco en su aislamiento e indiferencia.

Entraron en un campo donde yacían en hilera montones de cebada, rubias trenzas que correteaban por el suelo. El rastrojo se veía aclarado por la intensa canícula, de modo que la extensión relumbraba blanquecina. El siguiente labradío estaba tierno y suave por una segunda siembra. Delgados y extraviados tréboles cuyos pequeños botones rojos descansaban bellamente sobre el verde oscuro. El aroma era suave y enfermizo. Las muchachas pasaron en fila india, Frances delante.

Cerca del portón un joven cogía con la hoz algo de forraje para alimentar al ganado por la tarde. Cuando vio a las chicas, dejó de trabajar y esperó sin ningún fin concreto. Frances iba vestida de muselina blanca y caminaba con dignidad, distante y descuidada. Su falta de agitación, su avance simple y sin cuidado le pusieron nervioso. Ella había amado al remoto Jimmy durante

cinco años, y había recibido a cambio sus medias palabras. Este hombre solo la afectaba ligeramente.

Tom era de mediana estatura y de físico robusto. Su rostro suave y blanco estaba enrojecido, no moreno, por el sol, y ese rubor fortalecía su aspecto de buen humor y soltura. Al ser un año mayor que Frances, la hubiera cortejado hacía ya mucho tiempo de haberlo querido ella. Tal como estaban las cosas, él había seguido amistosamente su camino tranquilo tratando con numerosas chicas pero permaneciendo sin ataduras, libre de preocupaciones la mayor parte del tiempo. Solo que él sabía que quería a una mujer. Se ajustó los pantalones con una pizca de conciencia de la situación cuando se acercaron las muchachas. Frances era un ser extraño, delicado, a quien él hacía real con un curioso y delicado estímulo en sus venas. Ella le daba una leve sensación de sofoco. De algún modo, esa mañana le afectó más que de costumbre. Iba vestida de blanco. Sin embargo, él, al ser de naturaleza simple, no se dio cuenta. Sus sentimientos nunca habían sido conscientes, no tenían un propósito.

Frances sabía qué pasaba. Tom estaba listo para amarla en cuanto ella le diera una señal. Ahora que no podía tener a Jimmy, nada le importaba un ápice. Sin embargo, algo tendría. Si no podía tener lo mejor —Jimmy, de quien sabía que era algo esnob— tendría al segundón, Tom. Avanzó con indiferencia.

—Entonces ¡has vuelto! —dijo Tom. Ella notó el toque de inseguridad en la voz.

—No —se rió ella—, aún estoy en Liverpool. —El tono de intimidad le hizo arder.

—Entonces ¿esta no eres tú? —preguntó él.

A ella le saltó el corazón en señal de aprobación. Le miró a los ojos y por un segundo se unió a él.

—¿Por qué? ¿Qué piensas? —dijo ella riéndose.

Él se levantó el sombrero de la cabeza con un pequeño gesto distraído. A ella le gustaban sus modales rebuscados, su humor, su ignorancia y su calma virilidad.

—Eh, mira, Tom Smedley —interrumpió Anne.

—¡Un topo! ¿Lo encontrasteis muerto?



—No, me mordió —dijo Anne.

—¡Oh! ¿Y eso te hizo mearte encima?

—¡Oh, no! —replicó enfadada Anne—. ¡Qué lenguaje!

—¿Qué te pasa?

—No soporto las palabras soeces.

—¿De verdad?

Miró a Frances.

—No está bien —dijo Frances. En realidad, no le importaba. Por lo general el lenguaje vulgar le irritaba. Jimmy era todo un caballero. Pero la forma de hablar de Tom no le molestaba—. Me gustaría que hablaras bien —añadió.

—¿Sí? —dijo él, tocándose el sombrero, nervioso.

—Y por lo general, lo haces —sonrió ella.

—Tendré que intentarlo —dijo él tenso y galante.

—¿Qué? —preguntó ella, preparada.

—Hablarte bien —dijo él. Frances se ruborizó con furia, inclinó un momento la cabeza y luego rió con alegría como si le gustara ese torpe doble sentido.

—Eh, cuida tus palabras —exclamó Anne, dándole al joven un golpecito admonitorio.

—Tú no tendrías que dar golpes como ese a un topo —se burló él, aliviado por poder regresar a territorio conocido, frotándose el brazo.

—Ciertamente no, murió de un solo golpe —dijo Frances con una ligereza que detestaba.

—Y tú no eres tan buena como para golpearlos, ¿eh? —dijo él dirigiéndose a ella.

—No lo sé. Si estoy enfadada... —dijo ella.

—¿No? —replicó él con su atención alerta.

—Podría, de ser necesario —dijo ella, más dura.

Él era lento en captar la diferencia.

—¿Y no consideras que es necesario? —preguntó con recelo.

—Pues... ¿Lo es? —dijo ella mirándole fría y fijamente.

—Pienso que sí —replicó él desviando la mirada pero conservando su obstinación.

Ella se rió al instante.

—Para mí no es necesario —dijo con ligero desprecio.

—Sí, eso es muy cierto.

Ella se rió nerviosa.

—Sé que lo es —dijo, y se produjo una molesta pausa.

—¿Por qué? ¿A ti te gustaría que yo matara topos? —preguntó ella, tentando, al cabo de un momento.

—Nos hacen mucho daño —dijo él, firme en su terreno, enfadado.

—Pues ya veré la próxima vez que me cruce con uno —prometió ella, desafiante. Se encontraron sus miradas y ella empequeñeció ante él, con el orgullo humillado. Él se sintió molesto, triunfante y sorprendido, como si el destino le hubiese atrapado. Ella sonrió cuando se iba.

—Pues —dijo Anne mientras las hermanas pasaban entre el trigo— yo no sé por qué reñís vosotros dos.

—¿No lo sabes? —dijo Frances riéndose, como si escondiera un secreto.

—No, no lo sé. Pero, de cualquier modo, Tom Smedley es muchísimo mejor, en mi opinión, que Jimmy, por tanto... Y más simpático.

—Tal vez lo sea —dijo secamente Frances.

Y al día siguiente, después de una cacería secreta y persistente, ella encontró otro topo jugando al sol. Lo mató y al atardecer, cuando Tom fue al portón a fumar su pipa después de la cena, le llevó el animalito muerto.

—¡Aquí tienes! —dijo ella.

—¿Lo atrapaste tú? —replicó él cogiendo el cadáver de terciopelo entre sus dedos y examinándolo minuciosamente. Lo hizo para esconder su nerviosismo.

—¿Pensaste que no podría? —preguntó ella con su cara muy cerca de la de él.

—No, no lo sabía.

Ella se le rió en la cara, una extraña risita que encerró su aliento, toda la agitación, lágrimas y atolondramiento del deseo. Él pareció temeroso y nervioso. Ella puso una mano sobre su brazo.

—¿Quieres salir conmigo? —preguntó él con cierta dificultad, perturbado.

Ella alejó la cara con una risita vacilante. A él se le subió la sangre

intensa, abrumadoramente. Se resistió. Pero le empujó y le transportó. Al ver la nuca frágil, graciosa de su cuello, le asaltó un amor fuerte hacia ella. Y ternura.

—Lo único que tenemos que hacer es decírselo a tu madre —dijo él. Y se quedó sufriendo, resistiéndose a la pasión.

—Sí —replicó ella con la voz muerta. Pero había cierto placer emocionante en esa muerte.

# **LAS SOMBRAS DE LA PRIMAVERA**<sup>[20]</sup>

## **1**

A través del bosque se ahorra una milla. De forma mecánica, Syson cambió de rumbo cerca de la herrería y levantó el portón. El herrero y su compañera se quedaron inmóviles, mirando al intruso. Pero Syson tenía demasiado aspecto de caballero como para no permitirle el paso. Le dejaron atravesar en silencio el pequeño campo abierto hacia el bosque.

No había ninguna diferencia entre esta mañana y las de las brillantes primaveras de hacía seis u ocho años. Las gallinas blancas y doradas aún rascaban el suelo cerca del portón, ensuciando la tierra y el campo con plumas y basuras desenterradas. Entre las dos espesuras de acebos, al borde del bosque, estaba la entrada escondida cuya cerca se debía trepar para pasar al bosque; sus barreras seguían estando rayadas por las botas del guarda. Había regresado a lo eterno.

Syson estaba extraordinariamente contento. Como un espíritu inquieto, había vuelto al país de su pasado y lo encontró aguardándole, intacto. El avellano aún extendía sus pequeñas manos alegres hacia abajo; las campánulas todavía eran aquí oscuras y escasas entre los herbales abundantes y a la sombra de los matorrales.

El sendero del bosque, al pie mismo de una ladera, corría durante cierto espacio trazando curvas leves. A su alrededor había robles llenos de ramas que despedían su color dorado y claros espacios cubiertos de matorrales con manchones de color mercurio y racimos de jacinto. Dos árboles caídos cortaban el camino. Syson bajó trotando una cuesta empinada y volvió a campo abierto, esta vez mirando al norte como a través de una gran ventana

abierta en el bosque. Se paró a contemplar, sobre los campos planos de la cima de la colina, el pueblo que se esparcía en la desnuda tierra alta como si hubieran descarrilado los vagones de la industria y hubiese sido olvidado. Había una pequeña iglesia rígida, moderna, gris, y manzanos e hileras de viviendas rojas colocadas al azar. Al fondo, las bocas de la mina, pestañeando, y su inevitable colina. Todo estaba desnudo y a la intemperie, sin un solo árbol. Todo permanecía bastante intacto.

Syson giró, satisfecho, para seguir el sendero que se desviaba cuesta abajo hacia el bosque. Estaba curiosamente nervioso, se sentía de vuelta a un mundo perdurable. Se sobresaltó. Un guardabosque estaba delante, a pocos metros, cerrándole el camino.

—¿Adónde va por ese camino, señor? —preguntó el hombre. El tono de la pregunta tenía un matiz desafiante. Syson observó al individuo con una mirada impersonal y atenta. Era un joven de veinticuatro o veinticinco años, rubicundo y agraciado. Sus oscuros ojos azules escudriñaban, agresivos, al intruso. Su bigote negro, muy espeso, se recortaba, breve, sobre una boca pequeña, bastante blanda. En todos los demás sentidos, el individuo era viril y apuesto. Tenía una altura media; el robusto empuje delantero de su pecho y la perfecta naturalidad de su cuerpo erguido y arrogante daban la sensación de que estaba lleno de vida animal, como el gran chorro de una fuente en total equilibrio. Apoyaba la culata de su arma en el suelo, mirando dubitativo e inquisitivo a Syson. Los ojos oscuros e intranquilos del intruso, al examinar al hombre y penetrar en él sin prestar atención a su cargo, turbaron al guardabosque y le hicieron ruborizarse.

—¿Dónde está Naylor? ¿Le sustituye usted? —preguntó Syson.

—Usted no es de la casa, ¿verdad? —preguntó el guardabosque. No podía ser, ya que todos estaban fuera.

—No, no soy de la casa —replicó el otro. Parecía divertirse.

—Entonces ¿le puedo preguntar adónde se dirige? —insistió el guardabosque, irritado.

—¿Que adónde voy? —replicó Syson—. Voy a la granja de Willeywater.

—Este no es el camino.

—Creo que sí. Por este sendero hasta pasar el manantial, y luego por el portal blanco.

—Pero este no es el camino público.

—Supongo que no. Yo solía venir con tanta frecuencia en tiempos de Naylor que me había olvidado. ¿Dónde está?, dicho sea de paso.

—Inválido por el reumatismo —contestó desganado el guardabosque.

—¿Ah, sí? —exclamó, apenado, Syson.

—¿Y quién es usted? —preguntó el guardabosque con cierto desdén.

—John Adderley Syson. Yo vivía en Cordy Lane.

—¿Cortejaba a Hilda Millership?

A Syson se le abrieron los ojos con una sólida sonrisa. Asintió. Se produjo un silencio molesto.

—¿Y usted... usted quién es? —preguntó Syson.

—Arthur Pilbeam. Naylor es mi tío —dijo el otro.

—¿Vive en Nuttall?

—Me hospedo en casa de mi tío, de Naylor.

—¡Ya veo!

—¿Dijo que iba a Willeywater? —preguntó el guardabosque.

—Así es.

Se hizo una pausa de unos segundos antes de que el guardabosque espetara:

—Ahora yo cortejo a Hilda Millership.

El joven miró al intruso desafiándole, terco, casi patético. Syson le miró con otros ojos.

—¿De verdad? —preguntó irónico. El guardabosque enrojeció profundamente.

—Somos novios —dijo.

—¡No lo sabía! —exclamó Syson. El otro esperó, incómodo.

—¿Qué... el asunto está formalizado? —preguntó el intruso.

—¿Cómo... formalizado? —replicó el otro, resentido.

—¿Van a casarse pronto y todo eso?

El guardabosque le miró en silencio unos segundos, impotente.

—Supongo que sí —contestó lleno de resentimiento.

—¡Ah! —dijo atento Syson—. Yo estoy casado —añadió al cabo de unos instantes.

—¿Casado? —replicó, incrédulo, el otro.

Syson se rió, resplandeciente y desganado.

—Desde hace quince meses —dijo.

El guardabosque le contempló con los ojos muy abiertos, dudando, recordando al parecer algo y tratando de encontrar una explicación.

—¿Por qué? ¿No lo sabía? —preguntó Syson.

—No, no lo sabía —contestó el otro, contrariado.

Se hizo un silencio.

—¡Pues bien! —dijo Syson—. Seguiré mi camino. Supongo que puedo hacerlo.

El guardabosque insistió en oponerse, en silencio. Los dos hombres vacilaron en el espacio abierto y verde, rodeado de pequeños ramos de tenaces campánulas. Era una pequeña paramera al pie de la colina. Syson dio unos pocos pasos, vacilante, y luego se detuvo.

—¡Me parece muy hermoso! —exclamó.

Su vista abarcaba la totalidad de la ladera. El ancho sendero corría ante sus pies como un río, y estaba lleno de campánulas, salvo por unos verdes serpenteos en el centro del mismo, por donde había caminado el guardabosque. Como una corriente de agua, el sendero se abría en bajíos azules a todos los niveles y había grupos de campánulas, con el serpenteo verde por el medio, como una débil corriente de agua helada entre lagos azules. Y desde los ramos púrpura de los matorrales, nadaba la sombra azul, como si las flores yacieran en el bosque sobre aguas de crecida.

—¡Ah, qué maravilla! —exclamó Syson. Este era su pasado, el país que había abandonado, y le dolía verlo tan hermoso. En lo alto se arrullaban las palomas y el aire estaba lleno del brillo del canto de los pájaros.

—Si está casado, ¿por qué sigue escribiéndole y enviándole esos libros de poesía y esas cosas? —preguntó el guardabosque. Syson le miró, desconcertado y humillado. Luego empezó a sonreír.

—Pues —dijo— yo no sabía que usted...

Una vez más enrojeció el guardabosque.

—Pero si está casado... —dijo acusándole.

—Lo estoy —contestó, cínico, el otro.

Entonces, bajando la mirada al sendero azul y hermoso, Syson sintió su propia humillación. ¿Qué derecho tengo yo de aferrarme a ella?, pensó

despreciándose amargamente.

—Ella sabe que estoy casado y todo eso —dijo.

—Pero le sigue enviando libros —le desafió el guardabosque.

Syson miró en silencio al otro hombre con curiosidad, casi con lástima. Luego dio media vuelta.

—Buenos días —dijo, y se fue.

Ahora todo le irritaba: los dos sauces, ambos dorados, perfumados y susurrantes, uno verde, plateado y sedoso, le recordaron que allí le había enseñado a ella qué era la polinización. ¡Qué idiota era! ¡Qué gran locura era todo eso!

Ah, bien, se dijo a sí mismo. El pobre diablo parece tenerme inquina. Le trataré lo mejor posible. Sonrió para sí de muy mal humor.

## 2

La granja estaba a menos de cien metros de la linde del bosque. El muro de árboles formaba el cuarto lado de un cuadrado abierto. La casa daba al bosque. Con sentimientos encontrados, Syson observó la flor del ciruelo que caía sobre las primaveras profusas y coloridas que él mismo había traído y plantado allí. Había gruesos ramos escarlata y rojizos y pálidas primaveras púrpura bajo los cerezos. Vio que alguien le miraba a través de la ventana de la cocina y oyó voces masculinas.

De repente se abrió la puerta. ¡Ella se había convertido en una mujer! Sintió que palidecía.

—¡Tú! ¡Addy! —exclamó ella, y se quedó inmóvil.

—¿Quién? —preguntó la voz del granjero. Contestaron unas voces masculinas en bajo. Esas voces, curiosas y casi burlonas, levantaron el ánimo atormentado del visitante. Sonriendo ampliamente, esperó.

—Sí, yo mismo... ¿Por qué no?

A ella se le arrebolaron profundamente las mejillas y el cuello.

—Estamos terminando de comer —dijo.

—Entonces esperaré fuera. —Hizo un gesto para indicar que tomaría asiento en la tinaja de cerámica roja que estaba cerca de la puerta, entre los



narcisos, y que contenía el agua potable.

—Oh, no, entra —dijo ella rápidamente. La siguió. Desde la puerta echó una mirada rápida a la familia y saludó con la cabeza. Todos estaban confundidos. El granjero, su esposa y los cuatro hijos estaban sentados a la mesa toscamente dispuesta, los hombres con las camisas arremangadas hasta los codos.

—Lamento llegar a la hora de comer —dijo Syson.

—Hola, Addy —dijo el granjero usando la antigua forma de dirigirse a él, pero con tono frío—. ¿Cómo estás?

Y se estrecharon las manos.

—¿Quieres comer algo? —preguntó al joven visitante dando por descontado que rechazaría la invitación. Supuso que Syson se había vuelto demasiado refinado para comer de manera tan vulgar. El joven parpadeó ante la indirecta.

—¿Ya has comido? —preguntó la hija.

—No —contestó Syson—. Es demasiado temprano. Volveré a la una y media.

—Lo llamas almuerzo, ¿verdad? —preguntó el hijo mayor, con cierta ironía. En otros tiempos había sido íntimo amigo de este joven.

—Le daremos algo a Addy cuando hayamos terminado —dijo la madre, una inválida quejosa.

—No, no os preocupéis. No quiero molestaros —dijo Syson.

—Siempre puedes vivir del aire —dijo riéndose el menor, un chico de diecinueve años.

Syson caminó alrededor de los edificios y por el huerto trasero de la casa, donde a lo largo de la cerca los narcisos se agitaban sobre sus tallos como pájaros amarillos y confusos. Le encantaba extraordinariamente el lugar, las colinas suspendidas alrededor, con el bosque como pieles de oso que cubrieran sus hombros gigantescos y las pequeñas granjas rojas como broches que cerraran las vestiduras. El hilo azul del agua en el valle, la desnudez de los prados silvestres, el sonido de una miríada de cantos de pájaros, que pasaban desapercibidos en su mayoría. Hasta el último día de su vida soñaría con este sitio, cuando sentía el sol sobre su cara o veía pequeños puñados de nieve entre las ramas invernales u olía la llegada de la primavera.

Hilda era muy mujer. En su presencia se sentía tenso. Tenía veintinueve años, igual que él, pero parecía mayor. Se sentía atontado, casi irreal, a su lado. Era tan sólida... Mientras tocaba un brote de cerezo en una rama baja, ella salió por la puerta trasera a sacudir el mantel. Las gallinas salieron corriendo del patio, los pájaros susurraron en los árboles. Tenía el pelo negro, recogido en una trenza hecha un rodete sobre la cabeza. Era muy esbelta, distante en la actitud. Mientras doblaba el mantel blanco, lanzó una mirada a las colinas.

Al rato Syson volvió a entrar en la casa. Ella le había preparado huevos y cuajada, grosellas silvestres y crema.

—Ya que cenarás esta noche —dijo ella—, solo te he preparado un almuerzo ligero.

—Está muy bien —dijo él—. Mantienes un ambiente realmente idílico con tu cinturón de paja y los brotes de hiedra.

Aún se hacían daño mutuamente.

Estaba molesto ante ella. Las palabras medidas de ella, seguras, su actitud distante, le eran desconocidas. Volvió a admirar las cejas negras y grisáceas y las pestañas. Se encontraron sus miradas. Él vio, en el hermoso negro y gris de su mirada, lágrimas y una extraña luz, y, al fondo de todo, una serena aceptación de sí misma y un triunfo sobre él.

Se sintió sobrecogido. Haciendo un esfuerzo, mantuvo la ironía.

Ella le envió a la sala mientras lavaba los platos. La larga habitación baja había sido amueblada de nuevo con las compras hechas en la abadía, sillas tapizadas en tela de color clarete, muy viejas, una mesa ovalada de nogal barnizado y otro piano, hermoso aunque antiguo. Pese a las novedades, se sintió satisfecho. Al abrir un alto aparador empotrado en la gruesa pared, lo encontró lleno de sus libros, sus viejos libros de texto, y los volúmenes de poesía que le había enviado en inglés y alemán. Los narcisos, en las blancas repisas de las ventanas, brillaban en toda la habitación; casi pudo sentir sus rayos. El antiguo encanto le volvió a apresar. Sus propias acuarelas juveniles ya no le hicieron sonreír. Recordó con qué fervor había tratado de pintarlas para ella hacía ya doce años.

Ella entró secando un plato y volvió a ver la belleza brillante y blanca como de almendra de sus brazos.

—Ha quedado espléndido —dijo él, y se encontraron las miradas.

—¿Te gusta? —preguntó ella. Era el viejo, ronco y bajo tono de la intimidad. Él sintió que se iniciaba en su sangre un cambio súbito. Era la vieja y deliciosa sublimación, la transparencia, casi la evaporación de sí mismo, como si su espíritu estuviera a punto de liberarse.

—Sí —contestó con un movimiento de cabeza, sonriéndole como si volviera a ser un muchacho. Ella agachó la cabeza.

—Esa era la silla de la condesa —dijo ella en voz baja—. Entre el relleno encontré sus tijeras.

—¿De verdad? ¿Dónde están?

Rápida, con un movimiento airoso, buscó en su costurero, y ambos examinaron las viejas tijeras.

—¡Qué balada de damas muertas!<sup>[21]</sup> —dijo él riéndose mientras metía los dedos en los ojos redondos de las tijeras de la condesa.

—Ya sabía que podías usarlas —dijo ella con seguridad. Él se miró los dedos y las tijeras. Ella había querido decir que sus dedos eran lo suficientemente finos para caber en los pequeños ojos que remataban las tijeras.

—Se puede afirmar eso de mí —dijo riéndose, y puso las tijeras a un lado. Ella miró hacia la ventana. Él notó la curva fina y clara de la mejilla y del labio superior, el cuello blanco, suave, como la garganta de una flor de ortiga, y los antebrazos, brillantes como almendras recién blanqueadas. La miraba con ojos nuevos, era una persona diferente. No la conocía. Pero ahora podía considerarla objetivamente.

—¿Salimos un rato? —preguntó ella.

—¡Sí! —le contestó. Pero la emoción predominante, la que perturbaba la excitación del momento y la perplejidad de su corazón, era el miedo, miedo de lo que veía. Ella conservaba el mismo aire, la misma entonación en la voz, ahora como entonces, pero no era tal como él la había conocido. Poco a poco se daba cuenta de que era otra y de que siempre lo había sido.

Ella no se cubrió la cabeza; simplemente, se quitó el delantal, diciendo:

—Iremos por los alerces.

Cuando pasaron el viejo huerto, ella le llamó para mostrarle el nido de un carpintero en uno de los manzanos y el de un tordo sobre la cerca. Él

sospechó de su seguridad, de cierta arrogancia dura escondida bajo su humildad.

—Mira los brotes del manzano —dijo ella; y pudo ver miles de pequeñas bolitas escarlata entre las ramas colgantes. Al mirar su cara, a ella se le endureció la mirada. Vio cómo se le caían las anteojeras. Finalmente, él la vería tal cual era. Era lo que más había temido en el pasado y lo que más necesitaba por su propio bien. Ahora no la amaría y sabría que jamás podía haberla amado. Desaparecida la vieja ilusión, eran totalmente desconocidos. Pero él pagaría su precio y ella tendría un precio para él.

Brillaba como jamás la había visto. Le mostraba nidos: uno de zorzal en una rama baja.

—¡Mira, el del rey de la bandada! —exclamó ella. Le sorprendió oírle decir el nombre local. Ella pasó la mano con cuidado entre las zarzas y puso un dedo sobre la puerta redonda del nido.

—¡Hay cinco! —dijo—. Cinco cositas brillantes.

Le mostró nidos de petirrojo, de pinzón, de jilguero y de gorrión triguero; de una nevatilla, al lado del agua.

—Y si bajamos más cerca del lago, te enseñaré uno de martín pescador... Entre los abetos jóvenes los hay de malvís y de mirlo casi en cada rama. El primer día, cuando los vi, sentí como si no debiera ir al bosque. Parecía una ciudad de pájaros. Y por la mañana, al oírlos a todos, pensé en los ruidosos mercados del alba. Sentí miedo de entrar en mi propio bosque.

Ella usaba el lenguaje que ambos habían inventado. Ahora era solo suyo. Él lo había abandonado. A ella no le importó su silencio. Siempre dominaba, enseñándole el bosque. Cuando llegaron a un sendero pantanoso donde se abrían nomeolvides en ricas hileras azules, ella dijo:

—Conocemos todos los pájaros, pero hay muchas flores que no podemos encontrar. —Era casi un llamamiento dirigido a él, que conocía los nombres de las cosas.

Miró, soñadora, hacia los campos abiertos que dormitaban al sol.

—También tengo un amante —dijo ella con seguridad, cayendo sin embargo de nuevo en un tono casi íntimo.

Esto despertó en él las ganas de reñir.

—Creo que le he conocido. Es apuesto... también en Arcadia.

Sin contestarle, ella giró por un sendero oscuro que subía a la colina, donde los árboles y los matorrales eran muy espesos.

—Hacían bien en la Antigüedad —dijo ella finalmente— al tener varios altares con varios dioses.

—Ah, sí —contestó él—. ¿A quién está dedicado este nuevo altar?

—Ya no existen los antiguos —dijo ella—. Yo siempre he buscado este.

—¿Y de quién es? —preguntó él.

—No lo sé —dijo ella mirándole a la cara.

—Me alegro, si es por tu bien —dijo—, de que te sientas satisfecha.

—Sí, pero el hombre no me importa mucho —dijo ella. Hubo una pausa.

—¡No! —exclamó él atónito, y sin embargo reconociendo en ella su auténtica personalidad.

—Es uno mismo lo que importa —dijo ella—. Siempre que uno sea uno mismo y sirva a su propio dios.

Se produjo un silencio durante el cual él reflexionó. El sendero casi no tenía flores, era lóbrego. A un lado, sus tacones se hundieron en la arcilla blanda.

### 3

Ella dijo muy lentamente:

—Yo me casé la misma noche que tú.

Él la miró.

—No legalmente, por supuesto —dijo ella—, pero sí realmente.

—¿Con el guardabosque? —preguntó él sin saber qué más decir.

Ella se volvió hacia él:

—¿Pensaste que no podía? —dijo ella. Pero pese a toda su seguridad, afloró un profundo rubor en sus mejillas y cuello.

Él todavía no dijo nada.

—Ya ves —dijo ella haciendo un esfuerzo por dar explicaciones—, yo también tenía que comprender.

—¿Y qué quiere decir ese «comprender»? —preguntó.

—Mucho. ¿Para ti no? —replicó ella—. Uno es libre.

—¿Y no estás arrepentida?

—¡Ni mucho menos! —Su tono era profundo y sincero.

—¿Le amas?

—Sí, le amo.

—¡Bien! —dijo él.

Esto la hizo callar por un momento.

—Aquí, entre estas cosas, le amo —dijo ella.

Él no pudo permanecer en silencio.

—¿Necesitáis este escenario?

—Sí —exclamó ella—. Siempre conseguía que no fuera yo misma.

Él rió un poco.

—Pero ¿es una cuestión de entorno? —dijo él. La había considerado toda espíritu.

—Soy como una planta —replicó ella—. Solo puedo crecer en mi propio suelo.

Llegaron a un lugar donde las matas desaparecían dejando un espacio desnudo, pardo, con los pilares rojos y púrpura como ladrillos de los troncos de los pinos. En el borde colgaba el verde umbrío de los árboles más viejos, con flores planas y abiertas. Abajo estaban los pendones brillantes y desenrollados del helecho. En el centro del espacio abierto estaba la choza de madera del guardabosque. Había jaulas con faisanes aquí y allá, algunas ocupadas por ruidosas aves, otras vacías.

Hilda caminó sobre las marrones agujas de los pinos hasta la cabaña, retiró una llave del alero y abrió la puerta. Era un lugar desnudo, de madera, con un banco de carpintero, un hacha, trampas, lazos, algunas pieles claveteadas, todo en orden. Hilda cerró la puerta. Syson examinó los extraños abrigos lisos de pieles de animales salvajes que estaban claveteados curándose. Ella movió el picaporte en una pared lateral y descubrió una segunda y pequeña habitación.

—¡Qué romántico! —dijo Syson.

—Sí, él es muy extraño. Tiene algo de la astucia del animal salvaje, en el mejor sentido, y es creativo y reflexivo, pero no más allá de cierto punto.

Apartó una oscura cortina verde. La habitación estaba ocupada casi por completo por una gran cama de brezo y helecho sobre la que se extendía una

inmensa colcha de pieles de conejo, mientras que de la pared colgaban otras pieles. Hilda bajó una y se la puso. Era una capa de conejo y piel blanca, con una capucha al parecer de pieles de armiño. Se rió de Syson desde su bárbaro abrigo, diciendo:

—¿Qué te parece?

—¡Ah, te felicito por tu hombre! —replicó él.

—¡Y mira! —dijo ella.

En un pequeño jarrón, sobre un estante, había unas ramitas de madre selva tempraneras.

—Por la noche perfuman el lugar —dijo.

Él miró alrededor con curiosidad.

—Entonces ¿qué le falta? —preguntó. Ella le miró durante unos segundos. Luego, haciéndose a un lado, le dijo:

—Las estrellas no son las mismas con él. Tú podías hacerlas resplandecer y titilar, y los nomeolvides llegaban a mí como fosforescencias. Tú hacías que todo fuera maravilloso. Me he dado cuenta. Es verdad. Pero ahora las tengo todas para mí.

Él se rió y dijo:

—Después de todo, las estrellas y los nomeolvides son solo lujos. Deberías escribir poesía.

—Sí —asintió ella—, pero ahora los tengo todos.

De nuevo él volvió a reírse amargamente.

Ella dio media vuelta rápidamente. Él se apoyaba en la pequeña ventana del cuarto diminuto y oscuro y la observaba en la puerta, aún abrigada por la capa. Él se había quitado la suya, de modo que ella podía verle claramente la cara y la cabeza en la habitación sombría. Su cabello negro, lacio y lustroso estaba bien peinado, de la frente hacia atrás. Sus ojos negros la miraban y su cara, que era clara, cremosa y perfectamente lisa, despedía una luz trémula.

—Somos muy diferentes —dijo ella con amargura en la voz.

Él volvió a reír.

—Ya veo que me desprecias —dijo él.

—Desprecio lo que eres ahora —le contestó.

—¿Piensas que podríamos —miró por la cabaña— haber sido así, tú y yo?

Ella sacudió la cabeza.

—¡Tú! ¡No, nunca! Tú arrancabas una cosa y la observabas hasta que descubrías lo que querías saber acerca de ella; entonces la tirabas —dijo ella.

—¿Lo hacía? —preguntó él—. ¿Y tu manera de ser jamás podría haber sido la mía? Supongo que no.

—¿Por qué habría de serlo? —dijo ella—. Yo soy una persona distinta.

—Pero seguramente a veces dos personas van por el mismo camino —dijo él.

—Tú me alejabas de mí misma —afirmó ella.

Él sabía que la había confundido, que la había tomado por algo que no era. Era culpa suya, no de ella.

—¿Y tú siempre lo supiste? —preguntó él.

—No, tú nunca me dejaste saberlo. Me engañaste. Yo no podía hacer nada al respecto. Realmente, me alegré cuando me dejaste.

—Lo sé —dijo él, pero palideció hasta tener una luminosidad casi mortífera—. Sin embargo fuiste tú quien me envió por el camino que he tomado.

—¡Yo! —exclamó ella, orgullosa.

—Tú me hiciste aceptar la beca de la escuela. Y tú me hiciste fomentar la ferviente dependencia que de mí tenía el pobre Botell, hasta que no pudo vivir sin mí. Y todo porque Botell era rico e influyente. Tú ganaste con la oferta del mercader de vinos para que yo fuera a Cambridge a ocuparme de su único hijo. Y durante todo ese tiempo me alejabas de ti. Cada éxito mío interponía una nueva separación entre nosotros, y más para ti que para mí. Nunca quisiste venir conmigo: solo querías enviarme para ver cómo eran las cosas. Creo que hasta quisiste que me casara con una dama. Conmigo, tú quisiste triunfar sobre la sociedad.

—Y yo soy la responsable —dijo ella con sarcasmo.

—Me distinguí para satisfacerte —replicó él.

—¡Ah! —exclamó ella—, tú siempre quisiste cambios, como un niño.

—¡Muy bien! Y ahora soy un éxito y lo sé y hago un buen trabajo. Pero pensé que tú eras diferente. ¿Qué derecho tienes tú a un hombre?

—¿Qué quieres? —dijo ella mirándole con los ojos abiertos y asustados.

Él le devolvió la mirada con los ojos afilados como armas.



—Pues nada —dijo con una risa corta.

Se oyó un ruido en el otro picaporte y entró el guardabosque. La mujer miró alrededor pero siguió erguida, con el abrigo de pieles, en la puerta interior. Syson no se movió.

Entró el otro hombre, vio y dio media vuelta sin hablar. Ambos se quedaron en silencio.

Pilbeam se ocupó de sus pieles.

—Debo irme —dijo Syson.

—Sí —contestó ella.

—Entonces brindaré: «Por nuestras vastas y variadas fortunas». —Él levantó una mano como en un brindis.

—«Por nuestras vastas y variadas fortunas» —contestó ella gravemente y en un tono frío—. ¡Arthur!

El guardabosque simuló no oírla. Syson, observando atento, empezó a sonreír. La mujer se levantó.

—¡Arthur! —repitió con una curiosa inflexión aguda que avisó a ambos hombres de que le temblaba el alma en una crisis peligrosa.

El guardabosque dejó lentamente su herramienta y se acercó a ella.

—Sí —dijo.

—Quería presentarte —dijo ella, temblorosa.

—Ya le conozco —dijo el guardabosque.

—¿Ah, sí? Addy, es el señor Syson, de quien te he hablado. Este es Arthur, el señor Pilbeam —añadió dirigiéndose a Syson. Este alargó la mano al guardabosque y se la estrecharon en silencio.

—Me alegro de haberle conocido —dijo Syson—. ¿Terminamos con nuestra correspondencia, Hilda?

—¿Qué necesidad hay? —preguntó ella.

Los dos hombres se quedaron perplejos.

—¿No hay necesidad? —dijo Syson.

Se mantuvo en silencio y al fin dijo:

—Que sea lo que tú quieras.

Los tres salieron juntos por el sendero sombrío.

—*Qu'il était blue, le ciel, et grand l'espoir*<sup>[22]</sup> —citó Syson sin saber qué decir.

—¿Qué quieres decir? —dijo ella—. Además nosotros no podemos caminar por nuestra avena silvestre. Nunca la segamos.

Syson la miró. Estaba sorprendido de ver a su joven amor, a su monja, a su ángel de Boticelli<sup>[23]</sup>, tan al desnudo. Era él quien había hecho el idiota. Ella y él estaban más separados de lo que podían estarlo dos desconocidos cualesquiera. Ella solo quería mantener con él una correspondencia, y él, por supuesto, quería mantenerla para poder escribir como Dante a una Beatriz que nunca había existido salvo en la imaginación de un hombre.

Al final del sendero ella le dejó. Él siguió con el guardabosque hacia campo abierto, hacia la puerta que se cerraba en el bosque. Los dos hablaban casi como amigos. No profundizaron en el tema de sus pensamientos.

En vez de ir directamente hasta el portón del camino alto, Syson fue por el costado del bosque, donde el arroyo se ensanchaba en un pequeño pantano, y bajo los alisos, entre las cañas, brillaban grandes plantas amarillas y ramos de flamenquillas. Hilos de agua pasaban goteando, tocados por el oro de las flores. De pronto hubo un rayo azul en el aire, cuando pasó un martín pescador.

Syson estaba extraordinariamente emocionado. Trepó por la ribera hasta los arbustos de aulaga, cuyas chispas de brotes aún no se habían reunido en una llamarada. Sobre los terrones secos de tierra marrón descubrió ramitas de diminutas polígalas púrpura y manchas rojizas de orquídeas. Qué maravilloso mundo era aquel, maravilloso, siempre nuevo. Sintió como si fueran parte de la ultratumba, como los campos del monótono infierno, a pesar de todo. En su pecho tenía un dolor, una herida. Recordó el poema de William Morris<sup>[24]</sup> en que, en la capilla de Lyonesse, yace un caballero herido con la punta de una lanza clavada en lo profundo del pecho, echado como si hubiera muerto. Sin embargo, no conseguía morir. Días tras día la luz coloreada del sol traspasaba la ventana pintada a través del presbiterio, y se iba. Ahora sabía que nunca había sido verdad lo que hubo entre él y ella, ni por un instante. La verdad había estado lejos todo el tiempo.

Syson dio media vuelta. El aire estaba lleno de alondras, como si la luz de arriba se condensara y cayera en forma de lluvia. Entre ese sonido refulgente,

las voces resonaron pequeñas y nítidas.

—Pero si está casado y está dispuesto a dejarlo, ¿qué tienes en contra? —dijo la voz del hombre.

—No quiero ni hablar de eso. Quiero estar sola.

Syson miró a través de los arbustos. Hilda estaba en el bosque, cerca del portón. El hombre estaba en el campo, vagabundeando por una linde y jugueteando con las abejas cuando estas se posaban sobre las flores blancas del frambueso.

Se hizo un silencio durante un rato. Syson imaginó la voluntad de ella entre el brillo de las alondras. De pronto el guardabosque lanzó una exclamación —«¡Ah!»— y lanzó una maldición. Se agarraba de la manga del abrigo, cerca del hombro. Se quitó la chaqueta, la tiró al suelo y, ausente, se remangó la camisa hasta el hombro.

—¡Ah! —dijo en señal de victoria cuando cogió la abeja y la arrojó al aire. Retorció su brazo fino y claro, escudriñando con torpeza por encima del hombro.

—¿Qué es? —preguntó Hilda.

—Una abeja que me ha subido por la manga —le contestó él.

—Ven aquí, a mi lado —dijo ella.

El guardabosque fue hasta ella, como un niño enfadado. Ella le cogió el brazo con las manos.

—Aquí está. Y dejó el aguijón... ¡pobre abeja!

Ella sacó el aguijón, le puso la boca contra el brazo y chupó la gota de veneno. Cuando vio la marca roja que había hecho con su boca, dijo riéndose:

—Ese es el beso más rojo que jamás tendrás.

Cuando Syson volvió a levantar la mirada, ante el sonido de las voces, entre las sombras vio al guardabosque con la boca en la garganta de su amada, cuya cabeza estaba echada hacia atrás y cuyo cabello había caído como una soga desordenada de pelo oscuro que colgaba sobre sus brazos desnudos.

—No —contestó la mujer—, no estoy dolorida porque él se haya ido. No comprendes...

Syson no pudo oír lo que dijo el hombre. Hilda contestó clara y nítidamente:

—Tú sabes que te amo. Él se ha alejado mucho de mi vida. No te preocupes por él... —Le besó murmurando algo. Ella se rió roncamente—. Sí —dijo ella indulgente—. Nos casaremos, nos casaremos. Pero todavía no. — Él volvió a hablar, Syson no oyó nada durante un rato. Luego ella dijo—: Debes irte a casa ahora, querido. O no dormirás lo suficiente.

Una vez más oyó el murmullo de la voz del guardabosque perturbado por la pasión y el temor.

—Pero ¿por qué casarnos de inmediato? —dijo ella—. ¿Qué más tendrías estando casado? Es muy hermoso así.

Al final, él se puso el abrigo y se fue. Ella se quedó en el portón, no le miraba a él, sino que contemplaba el campo soleado.

Cuando por último ella se fue, Syson también partió, de regreso al pueblo.

# **EL OFICIAL PRUSIANO<sup>[25]</sup>**

## **(HONOR Y ARMAS)**

### **1**

Desde el amanecer ya habían marchado más de treinta kilómetros a lo largo del camino blanco y caluroso en el que ocasionales grupos de árboles brindaban un momento de sombra antes de volver a la luz deslumbradora. A ambos lados el valle, ancho y poco profundo, relumbraba de calor. Parches verdinegros de centeno, pálido maíz joven, barbechos, prados y bosquecillos de pino negro se estiraban en un diagrama bochornoso y pesado bajo un cielo refulgente. Pero al frente se extendían las montañas, inmóviles y de color azul claro. La nieve brillaba suavemente a través de la atmósfera sofocante. Hacia las montañas, siempre adelante, marchaba el regimiento entre campos de centeno y prados, entre escuálidos árboles frutales alineados en orden a cada lado del camino principal. Del centeno verdinegro y bruñido emanaba un calor ardiente. Poco a poco se acercaban a las montañas y se hacían más nítidas. Los pies de los soldados se recalentaban, el sudor les corría por el pelo, bajo los cascos, y las mochilas ya no les abrasaban en contacto con los hombros, sino que parecían despedir una sensación fría y punzante.

Él caminaba en silencio mirando al frente las montañas, que se elevaban de repente de la tierra irguiéndose pliegue tras pliegue, una mitad de tierra y otra de cielo. El cielo, la barrera con hendiduras de suave nieve en los picos blancos y azulados.

Ahora casi podía caminar sin dolor. Al principio había decidido no cojear. Le había dolido dar los primeros pasos, y durante el primer kilómetro, o poco

más, había controlado la respiración. En la frente se le habían amontonado gotas frías de sudor. Pero había seguido caminando. ¡Después de todo, qué otra cosa buscaban sino magulladuras! Se las había mirado al levantarse: unos moretones profundos en la parte trasera de los muslos. Y desde que diera su primer paso por la mañana, había sido consciente de ellos. Hasta ahora había sentido un punto caliente y tirante en el pecho, pero rechazaba el dolor y se mantenía entero. Parecía no haber aire cuando respiraba. Pero caminaba casi a paso ligero.

La mano del capitán había temblado al tomar café, de madrugada. Su asistente volvió a ver el temblor. Y observó la figura delgada del capitán mientras se daba la vuelta sobre el caballo en la granja, allí delante. Una figura apuesta con uniforme azul claro y guarniciones escarlata. El metal brillaba en el casco negro y en la vaina de la espada, oscuros manchones de sudor corrían por el bayo sedoso. El ordenanza sintió que estaba unido a aquella figura que se movía de repente sobre el caballo: la siguió como una sombra, muda e inevitablemente, condenado. El oficial era consciente de la pesada marcha de la compañía tras de sí, de la marcha de su ordenanza entre los hombres.

El capitán era un hombre alto de unos cuarenta años, con las sienes grises. Tenía un cuerpo hermoso y bien formado y era uno de los mejores jinetes del oeste. Cuando le daba masajes, el ordenanza admiraba la sorprendente musculatura de sus muslos, propia de un jinete.

Por lo demás, el ordenanza percibía al oficial un poco más de lo que se percibía a sí mismo. Rara vez veía el rostro de su amo: no lo miraba. El capitán tenía el cabello duro, pelirrojo y oscuro y casi rapado. El bigote era también corto y erizado sobre una boca brutal. La cara era más bien recia, las mejillas enjutas. Quizá fuera apuesto debido a las líneas marcadas de su rostro, a la tensión irritada de su entrecejo, que le daba el aspecto de un hombre que lucha por la vida. Sus pestañas claras se destacaban, espesas, sobre unos ojos de color azul claro que siempre destellaban con una llama fría.

Era un aristócrata prusiano, altivo y dominante. Pero su madre había sido una condesa polaca. Él había contraído demasiadas deudas de juego en su juventud, lo que había arruinado sus posibilidades en el ejército, y no había

pasado de capitán de infantería. No se había casado. Su situación no se lo permitía y jamás le había tentado a hacerlo ninguna mujer. Pasaba el tiempo cabalgando —ocasionalmente montaba uno de sus propios caballos en las carreras— en el club de oficiales. De vez en cuando tenía una amante. Pero después de cada acontecimiento de tal naturaleza, volvía a su deber con el entrecejo aún más tenso, los ojos todavía más hostiles e irritables. Sin embargo, con los hombres era simplemente neutro, aunque se convirtiera en un demonio cuando le provocaban. De modo que, por lo general, le temían y sentían gran aversión hacia él. Lo aceptaban como inevitable.

Al principio se mostró frío e indiferente con su ordenanza: no se ocupaba de pequeñeces. Su criado no sabía prácticamente nada sobre él, salvo las órdenes precisas que daría y cómo quería que las cumpliera. Lo cual era bastante simple. Luego, de forma gradual, se produjo el cambio.

El ordenanza era un joven de unos veintidós años, de mediana estatura y con un buen físico. Tenía los miembros fuertes y pesados, era moreno, con un bigote incipiente suave y renegrido. Su persona en conjunto tenía algo de cálido y juvenil. Tenía las cejas firmemente marcadas sobre unos ojos oscuros e inexpresivos que parecían no haber pensado jamás, limitándose a recibir la vida directamente de los sentidos y a actuar correctamente por instinto.

Poco a poco el oficial había tomado conciencia de la presencia juvenil, vigorosa e inconsciente de su criado. No podía apartarse de la inmediatez del joven cuando le asistía. Era como una llama cálida sobre el cuerpo rígido y tenso del hombre mayor, que casi se había vuelto exánime, inmutable. Había en él cierta libertad y autonomía, algo en la manera de moverse que exigía la atención del oficial. Y esto irritaba al prusiano. Decidió que su criado no podía afectar a su vida. Podía haber cambiado fácilmente a su hombre, pero no lo hizo. Ahora rara vez miraba a su ordenanza a la cara, la mantenía escondida para evitarlo. Y pese a todo, el joven soldado se movía, inconsciente, por el apartamento. El hombre mayor le observaba y notaba el movimiento de sus hombros jóvenes y fuertes bajo la tela azul, la curvatura del cuello. Y le molestaba. Ver la mano joven, morena, de contorno campesino, cogiendo la rebanada de pan o la botella de vino, provocaba que el odio corriera por su sangre. No es que el joven fuera torpe: era más bien la

seguridad ciega, instintiva de sus movimientos de animal joven y sin impedimentos lo que tanto irritaba al oficial.

En una ocasión, cuando se derramó una botella de vino y el líquido se volcó sobre el mantel, el oficial empezó a soltar un juramento y sus ojos, azulados como el fuego, sostuvieron por un momento la confusa mirada del joven. Sintió entonces que algo se hundía profundamente en su alma, en un lugar al que nada había llegado hasta entonces. Quedó como en blanco y admirado. Algo de su entereza natural había desaparecido, una pequeña intranquilidad ocupó su lugar. Y en aquel instante un sentimiento desconocido se interpuso entre los dos hombres.

A partir de entonces el ordenanza sintió miedo de encontrarse con su amo. Su inconsciente recordaba esos ojos de azul acerado y las duras cejas, y no tenía intención de volver a encontrarse con ellos. Por ello siempre miraba de lado a su amo y le evitaba. Con un poco de ansiedad esperaba que pasaran los tres meses que le faltaban de servicio. Empezó a sentirse incómodo en presencia del capitán. El soldado, aún más que el oficial, quería que se le dejara en la paz de su neutralidad como criado.

Hacía más de un año que servía al capitán, y conocía sus obligaciones. Las cumplía con facilidad, como si fueran algo natural para él. Daba por descontado al capitán y a sus órdenes, como al sol y a la lluvia, y servía de manera rutinaria. No le afectaban personalmente.

Pero si se viera obligado a un intercambio personal con su amo, se sentiría como un animal salvaje enjaulado y tendría que alejarse.

Mas la influencia del joven soldado, de su existencia, había penetrado la dura disciplina del oficial, perturbando al hombre que tras ella había. Sin embargo, era un caballero de largas y finas manos y movimientos desenvueltos, y no iba a permitir algo como la alteración de su ser más profundo. Era un hombre de temperamento apasionado que siempre había estado reprimido. Ocasionalmente se había visto implicado en algún duelo, un arrebató ante los soldados. Sabía perfectamente que siempre estaba a punto de derrumbarse. Pero se mantenía impertérrito y aferrado a la idea del servicio. Mientras tanto, el joven soldado parecía gozar con la naturaleza cálida y plena que se desprendía de sus propios movimientos, que tenían cierto entusiasmo similar al de los animales en libertad. Y esto aún molestaba



más al oficial.

Pese a sí mismo, el capitán no pudo recuperar su neutralidad de sentimientos respecto al ordenanza. No daba órdenes destempladas, trataba de ocuparle el máximo de su tiempo. A veces se enfurecía con el joven soldado y le intimidaba con amenazas. Entonces el ordenanza se encerraba dentro de sí mismo, como si estuviera fuera de su radio de acción, y esperaba con la cara sonrojada, resentida, a que terminara el alboroto. Las palabras jamás taladraban su inteligencia. Protegiéndose, se volvía impermeable a los sentimientos de su amo.

Tenía una cicatriz en el pulgar, un costurón profundo en el nudillo. Esto hacía sufrir al oficial y quería hacer algo al respecto. Ahí estaba, fea y brutal, en la mano joven y morena. Al fin, la reserva del capitán cedió. Un día, cuando el ordenanza estaba alisando el mantel, el capitán señaló el pulgar con un lápiz y preguntó:

—¿Cómo se hizo esto?

El joven se sobresaltó y su puso en posición de firmes.

—Un hacha, *Herr Hauptmann*<sup>[26]</sup> —contestó.

El oficial esperaba una explicación más satisfactoria. No llegó ninguna. El ordenanza continuó cumpliendo con sus obligaciones. El hombre mayor se quedó disgustado y resentido. El criado le evitó. Y al día siguiente tuvo que recurrir a toda su fuerza de voluntad para no mirar el dedo cicatrizado. Quería agarrarlo y... Una llamarada caliente recorrió su sangre.

Sabía que su criado pronto quedaría libre y que se alegraría. El capitán llegó a un estado de irritación delirante. No podía descansar cuando el soldado no estaba, y cuando estaba le lanzaba miradas indignadas con ojos atormentados. Detestaba esas cejas finas y negras sobre los ojos oscuros y vacíos. Le enfurecían los movimientos desenvueltos de esas piernas hermosas a las que no podría endurecer ninguna disciplina militar. Y se volvió severo y cruelmente abusivo, haciendo uso del desprecio y de la sátira. El joven soldado enmudeció y se volvió aún más inexpresivo.

—¿Con qué animales se ha criado, que no puede mantener los ojos en alto? Míreme a los ojos cuando le hablo.

Y el soldado volvió sus ojos oscuros hacia la cara del otro, pero en ellos no había visión: miraba con la mirada más mínima, retenía su visión

percibiendo el azul de los ojos de su amo, pero sin recibir ninguna mirada en ellos. El hombre mayor empalideció y se le contrajeron los párpados rojizos. Le dio una orden rudamente.

En una ocasión cruzó la cara del joven soldado con un pesado guante militar. Entonces tuvo la satisfacción de ver los ojos oscuros llameando contra los suyos, como cuando se arroja paja al fuego. Se rió temblando un poco y mostrando una sonrisa sarcástica.

Pero solo quedaban dos meses. De manera instintiva, el joven trató de mantenerse intacto: trató de servir al oficial como si este fuera una autoridad abstracta y no un hombre concreto. Todo su instinto le aconsejaba evitar el contacto personal, incluso el odio definitivo. Pero a pesar de sí mismo, el odio creció, reaccionando ante la pasión del oficial. Sin embargo, él lo situó en segundo plano. Cuando dejara el ejército se animaría a reconocerlo. Era activo por naturaleza y tenía numerosos amigos. Pensó en lo maravillosamente buenos que eran. Pero, sin saberlo, estaba solo. Se intensificó su soledad. Esta le llevaría a la terminación de su servicio. Pero el oficial parecía enloquecer y el joven se asustó profundamente.

El soldado tenía una novia, una chica de las montañas, independiente y primitiva. Los dos solían caminar juntos, generalmente en silencio. Salía con ella no para conversar, sino para pasarle un brazo por los hombros y por el contacto físico. Esto le tranquilizaba, le ayudaba a ignorar al capitán. Podía descansar, con ella firmemente apoyada en su pecho. Y ella, de una manera inefable, estaba allí para él. Se amaban.

El capitán lo percibió y enloqueció de rabia. Mantenía ocupado al joven toda la tarde y le complacía ver la expresión ofuscada que se le ponía en la cara. Ocasionalmente se encontraban las miradas de los dos hombres. La del joven resentida y oscura, tercamente inalterable; la del hombre mayor burlona, con un inquieto desprecio.

El oficial trató con todas sus fuerzas de no admitir la pasión que se había adueñado de él. No reconocía que el sentimiento hacia su ordenanza fuera algo más que el de un hombre enfurecido hacia un criado estúpido y perverso. De modo que, convencional y justificado en su conciencia, dejó que el asunto siguiera su curso. Pero sus nervios sufrían. Acabó lanzando la hebilla del cinturón contra la cara de su sirviente. Cuando vio que el joven

retrocedía con lágrimas de dolor en los ojos y sangre en la boca, sintió al mismo tiempo un vivo placer y vergüenza.

Pero esto, tuvo que aceptarlo en su interior, era algo que jamás había hecho. El muchacho era demasiado exasperante. Debía de tener los nervios destrozados. Se fue varios días con una mujer.

Fue una farsa. Simplemente, no deseaba a la mujer. Pero permaneció fuera varios días. Al fin regresó en un grave estado de irritación, tormento y miseria. Cabalgó toda la tarde y luego fue directamente a cenar. Su ordenanza había salido. El oficial se quedó sentado con las manos largas y finas sobre la mesa, totalmente inmóvil. Parecía que se le estuviera corrompiendo toda la sangre.

Al final entró su criado. Observó la figura joven y desenvuelta, las cejas finas, la cabellera negra y poblada. En una semana el joven había recuperado su antiguo bienestar. Las manos del oficial se agitaron, y parecían estar llenas de alocadas llamas. El joven se colocó en posición de firmes, inmóvil, encerrado en sí mismo.

La comida transcurrió en silencio. Pero el ordenanza parecía ansioso. Hizo mucho ruido con los platos.

—¿Tiene mucha prisa? —preguntó el oficial, observando el rostro intenso y cálido de su sirviente. El otro no contestó.

—¿Podría contestar a mi pregunta? —insistió el capitán.

—Sí, señor —replicó el ordenanza, en pie y sosteniendo la pila de platos hondos del ejército. El capitán esperó, le miró y luego volvió a preguntar:

—¿Tiene prisa?

—Sí, señor —la respuesta llegó hasta el oyente como un relámpago.

—¿Por qué?

—Iba a salir, señor.

—Le necesito esta tarde.

Hubo un momento de vacilación. La expresión del oficial tenía una curiosa dureza.

—Sí, señor —replicó el sirviente.

—También le necesito mañana por la tarde. De hecho, puede considerar que tiene ocupadas todas las tardes, a menos que yo le dé permiso para salir.

La boca, con su bigote juvenil, se endureció.

—Sí, señor —contestó el ordenanza abriendo los labios un segundo.

Volvió a dirigirse a la puerta.

—¿Y por qué tiene un lápiz en la oreja?

El ordenanza vaciló y luego continuó su camino sin contestar. Colocó los platos en una pila, al otro lado de la puerta, se quitó el trozo de lápiz de la oreja y se lo guardó en el bolsillo. Había estado copiando un poema para la tarjeta de cumpleaños de su novia. Volvió para terminar de quitar la mesa. Los ojos del oficial bailoteaban. Tenía una pequeña y ansiosa sonrisa.

—¿Por qué tiene un trozo de lápiz en la oreja? —preguntó.

El ordenanza tenía las manos llenas de platos. Su amo permanecía junto a la gran estufa verde. Había una pequeña sonrisa en su rostro y tenía el mentón avanzado. Cuando el joven lo vio, de repente sintió una llamarada en el corazón. Se cegó. En vez de contestar, se volvió como mareado hacia la puerta. Cuando se agachó para colocar los platos, fue empujado hacia delante por una patada. La vajilla bajó en cascada por las escaleras y él se agarró al pilar de la balaustrada. Y cuando empezó a levantarse fue pateado duramente una y otra vez, de tal manera que se aferró enfermizamente al pilar durante unos momentos. Su amo había entrado rápidamente en la habitación y había cerrado la puerta. El criado de la planta baja alzó la mirada hasta el pie de la escalera e hizo una mueca de burla ante el desastre de la loza.

El corazón del oficial latía con fuerza. Se sirvió un vaso de vino, parte del cual se derramó en el suelo, y liquidó de un trago el resto, apoyado contra la estufa verde y fría. Oyó a su hombre recogiendo los platos en la escalera. Pálido, como intoxicado, esperó. El criado volvió a entrar. El corazón del capitán dio un respingo, como de placer, al ver al joven aturdido y desconcertado sobre sus pies, dolorido.

—*Schöner!* —dijo.

Al soldado le costó un poco más ponerse en posición de firmes.

—¡Sí, señor!

El joven estaba ante él con su patético bigote juvenil y las finas cejas sobre la frente de mármol oscuro.

—Le hice una pregunta.

—Sí, señor.

El tono del oficial quemaba como el ácido.

—¿Por qué tenía un lápiz en la oreja?

Una vez más el corazón del sirviente se aceleró, ardiendo, y él perdió el aliento. Con sus ojos oscuros y esforzados, miró al oficial como fascinado. Y se quedó allí, firmemente plantado, inconsciente. La sonrisa avergonzada asomó a los ojos del capitán, que levantó un pie.

—Yo... me olvidé... señor —respondió de manera entrecortada el soldado, con sus oscuros ojos fijos en los ojos bailarines y azules del otro.

—¿Qué hacía allí?

Vio el pecho del joven palpar mientras hacía un esfuerzo por pronunciar las palabras.

—Estuve escribiendo.

—¿Escribiendo qué?

Una vez más el soldado le miró de arriba abajo. El oficial pudo oírle jadear. La sonrisa volvió a los ojos azules. El soldado se aclaró la garganta, pero no pudo hablar. De repente, la sonrisa se encendió como una llamarada en el rostro del oficial y una patada salió despedida con fuerza contra el muslo del ordenanza. El soldado dio un paso lateral. Su rostro se volvió exánime, sus ojos negros miraban fijamente.

—¿Bien? —dijo el oficial.

La boca del ordenanza se había secado y su lengua se deslizaba en ella como sobre papel de embalaje. Se aclaró la garganta. El oficial levantó un pie. El sirviente se puso rígido.

—Una poesía, señor —llegó el sonido resquebrajado e irreconocible de su voz.

—Poesía, ¿qué poesía? —preguntó el capitán con una sonrisa enfermiza.

Una vez más tuvo que aclararse la garganta. El corazón del capitán se entristeció de repente y allí quedó, cansado y enfermo.

—Para mi chica, señor. —Oyó que pronunciaba aquel sonido seco e inhumano.

—Ah —contestó, dándose media vuelta—, recoja la mesa.

¡Clic!, hizo la garganta del soldado; y después de nuevo ¡clic!, y balbució:

—Sí, señor.

El soldado se marchó como si fuera un viejo, arrastrando los pies. El

oficial, a solas, se mantuvo tenso para defenderse de sus pensamientos. Su instinto le advertía que no debía pensar. En lo profundo de su ser estaba la gratificación intensa de su pasión funcionando aún con fuerza. Después apareció una contracción, la horrible destrucción de algo en su interior, toda una agonía de destrucción. Se quedó allí inmóvil durante una hora, en un caos de sensaciones pero obcecado en su voluntad de mantener en blanco su conciencia para prevenir el acoso de su mente. Y así se mantuvo hasta que hubo pasado lo peor de la tensión y empezó a beber. Bebió hasta la intoxicación, hasta que se durmió, arrasado. Cuando se despertó por la mañana, estaba sacudido hasta la raíz de su naturaleza. Pero había rechazado la toma de conciencia de lo que había hecho. Había evitado que su mente lo absorbiese, lo había suprimido junto con sus instintos, y el hombre consciente nada tenía que ver con ello. Solo se sentía como después de una intoxicación, débil, pero el asunto permanecía a oscuras e irrecuperable. Rechazó con éxito el recuerdo de la borrachera de su pasión. Y cuando apareció el ordenanza con el café, el oficial reasumió la personalidad que había tenido la mañana anterior. Negó lo sucedido la noche antes —negó que hubiera existido— y tuvo éxito. Él no había hecho cosa semejante, él no. Fuera lo que fuese, era culpa de un sirviente estúpido e insubordinado.

El ordenanza había pasado en estado de estupor toda la tarde. Bebió un poco de cerveza porque estaba dolorido, pero no mucha. El alcohol le devolvió sus sentimientos y no los pudo soportar. Estaba embotado, como si el noventa por ciento del hombre normal que había en él estuviera inerte. Se arrastró, desfigurado. Pero cuando pensó en las patadas, se sintió enfermo, y cuando pensó en la amenaza de más patadas, más tarde, en la habitación, se le calentó y debilitó el corazón, y jadeó recordando las que le había dado. Se le había obligado a decir «para mi chica». Estaba demasiado agotado incluso para llorar. Le colgaba la boca ligeramente abierta, como la de un idiota. Se sintió vacío y desolado. Así, fue haciendo su trabajo, con dolor y mucha lentitud y torpeza, moviendo a tientas los cepillos y hallando difícil, cuando se sentó, convocar las energías necesarias para volver a moverse. Sus piernas, su mandíbula, estaban flojas y sin nervios. Estaba muy cansado. Al fin se echó en la cama y durmió inerte, relajado, con más estupor que sueño, una noche muerta de estupefacción le atravesó con destellos de angustia.

Por la mañana había maniobras. Pero se despertó incluso antes de que sonase el toque de corneta. El agudo dolor en el pecho, la sequedad en la garganta, la desagradable sensación continua de miseria, hicieron que sus ojos se abriesen y despertasen de inmediato. Supo, sin pensarlo, que debía continuar con sus tareas. Ya salía de su cuarto el último resto de oscuridad. Tendría que mover su cuerpo inerte y continuar haciéndolo. Era tan joven y había tenido tan pocos problemas que estaba aturdido. Solo deseó que siguiera siendo de noche para poder echarse inmóvil, cubierto por la oscuridad. Sin embargo, nada evitaría que llegase el día, nada le salvaría de tener que levantarse y ensillar el caballo del capitán, preparar el café al capitán. Allí estaba, inevitable. Entonces pensó que era imposible. No le dejarían libre todavía. Debía ir y llevar la taza de café al capitán. Estaba demasiado aturdido para comprenderle. Solo sabía que era ineludible, inevitable, por más tiempo que yaciera inerte.

Al fin, después de levantarse con esfuerzo, pues parecía un peso muerto, se puso en pie. Pero tuvo que impulsarse desde atrás, a fuerza de voluntad. Se sintió perdido, mareado y desvalido. Entonces se aferró a la cama, tal era el dolor. Y mirándose los muslos vio las magulladuras moradas en su piel tersa y supo que si apretaba con un dedo uno de esos moretones, se desmayaría. Pero no quería desmayarse, no quería que nadie se enterase. Nadie tenía que enterarse jamás. Era algo entre él y el capitán. Ahora solo había dos personas en el mundo: él y el capitán.

Lentamente, con sobriedad, se vistió y se obligó a caminar. Todo estaba a oscuras salvo lo que tenía entre manos. Pero se las arregló para hacer el trabajo. El mismo dolor revivió sus sentidos adormilados. Lo peor estaba por llegar. Cogió la bandeja y la llevó a la habitación del capitán. El oficial, pálido y sombrío, estaba sentado a la mesa. El ordenanza, al saludar, se sintió al margen de la existencia. Se quedó inmóvil un momento, sometido a su propia invalidez, luego recobró las fuerzas y la entereza, y entonces el capitán empezó a hacerse vago, irreal, y el corazón del joven soldado volvió a latir. Se aferró a esa situación —la no existencia del capitán— para poder sobrevivir. Pero cuando vio temblar la mano del oficial al tomar el café, sintió que todo se desintegraba a su alrededor. Y se retiró como si él mismo se estuviera descomponiendo, desintegrando. Y cuando el capitán estaba a

caballo, dando órdenes, mientras él estaba de pie con el rifle y la mochila, enfermo de dolor, sintió como si debiera cerrar los ojos a todo. Solo la larga tortura de marchar con la garganta reseca le llenaba de una única y penosa intención: salvarse a sí mismo.

## 2

Se estaba acostumbrando incluso a la sequedad de la garganta. Que los picos nevados lucieran radiantes contra el cielo, que el río del glaciar, blancuzco, verdusco, se retorciera entre sus meandros pálidos, abajo en el valle, parecía casi sobrenatural. Continuó marchando sin lamentos. Tenía fiebre y sed. No quería hablar con nadie. Sobre el río había dos gaviotas, como copos de agua y nieve. El aroma del centeno verde empapado de la luz del sol llegaba como una enfermedad. Y la marcha continuaba, monótona, casi como una pesadilla.

En la granja siguiente, que se extendía baja y ancha cerca del camino principal, se habían dispuesto tinas de agua. Los soldados se arremolinaron para beber. Se quitaron los cascos y sus cabellos húmedos despidieron vapor. El capitán se mantuvo a caballo, vigilando. Necesitaba ver a su ordenanza. Su casco proyectaba una sombra oscura sobre los ojos claros y feroces, pero permanecían en la luz su bigote, boca y mentón. El ordenanza tenía que moverse bajo la presencia de la figura del jinete. No es que estuviera temeroso ni acobardado. Era como si le faltaran las entrañas, vacío, como una concha abandonada. Se sentía como un don nadie, una sombra que se arrastraba bajo el sol. Y sediento como estaba, apenas pudo beber al sentir la proximidad del capitán. No se quitó el casco para secarse el pelo sudado. Quería permanecer a la sombra, no verse obligado a tomar conciencia. Una vez de nuevo en marcha, vio el ligero talón del capitán espolear la barriga del animal. El capitán se alejó y él pudo recaer en el vacío.

Nada, sin embargo, podía devolverle su puesto de ser vivo en la mañana calurosa y brillante. Se sentía como un agujero. Al mismo tiempo el capitán estaba más altivo, más desentendido. Un relámpago caliente atravesó el cuerpo del joven criado. El capitán estaba más firme y más orgulloso,



pletórico de vida, y él estaba vacío como una sombra. Una vez más le atravesó un relámpago que le mareó. Pero su corazón latió con más firmeza.

La compañía rodeó la colina con el fin de prepararse para el regreso. Abajo, entre los árboles, resonó la campana de la finca. Vio a los peones descalzos, que segaban la espesa hierba, abandonar sus tareas y descender colina abajo, con las guadañas colgando de los hombros como brillantes garras que se curvaban detrás de ellos. Parecían gente de ensueño, como si no tuvieran ninguna relación con él. Se sintió como dentro de una pesadilla, como si todas las demás cosas estuvieran allí y tuvieran forma y él fuera solo una conciencia, un agujero que podía pensar y percibir.

Los soldados marchaban en silencio mientras subían la ladera relumbrante de la colina. Poco a poco empezó a menear la cabeza, lenta, rítmicamente. A veces todo era oscuro ante sus ojos, como si viera el mundo a través de un cristal opaco, sombras frágiles e irreales. Caminar le daba dolor de cabeza.

El aire era demasiado aromático, no se podía respirar. Todo el verdor lujurioso parecía excretar sus jugos hasta convertir el aire en algo letal, enfermizo, con su olor. Era el perfume del trébol, como miel pura y abejas. Entonces notó un débil sabor acre: se acercaban las hayas; y luego un extraño ruido confuso y un olor sofocante, espantoso: pasaban al lado de un hato de ovejas, de un pastor con camisa negra, cayado en mano. ¿Por qué se juntaban las ovejas bajo este sol abrasador? Sintió que el pastor no le podía ver, aunque él veía al pastor<sup>[27]</sup>.

Al final se detuvieron. Amontonaron los fusiles en un pabellón cónico, colocaron los equipos en un círculo disperso a su alrededor y se alejaron un poco, sentándose en un pequeño montículo de la ladera. Empezaron a charlar. Los soldados estaban empapados en sudor pero animados. Él se sentó inmóvil, contemplando las montañas azules que se elevaban por encima de la tierra a unos veinte kilómetros. Había un pliegue azul en la cordillera; de allí, al pie, salía el lecho ancho y pálido del río, extensiones de agua blanquecina y verduzca entre meandros de un gris rojizo, entre bosques de pino negro. Allí estaba, extendiéndose hasta la lejanía. El río parecía bajar por la colina. Había una balsa que avanzaba como a una milla. Era un paisaje extraño. Más cerca había una extensa granja de tejado rojo, rodeada de follaje de haya, al

borde del bosque. Había largas hileras de centeno y trébol, y claro maíz verde. A sus pies, bajo el montículo, había un pantano oscuro donde flores de siempreviva se apretujaban sobre sus frágiles tallos. Algunas de las pálidas cápsulas doradas habían estallado y un fragmento roto colgaba en el aire. Pensó que se dormiría.

De repente, algo se movió dentro del espejismo de colores que tenía ante sus ojos. El capitán, una pequeña figura azul claro y escarlata, trotaba apacible entre las hileras de maíz, por el borde de la colina. Y se acercaba al hombre que hacía señales con banderas. La figura del jinete se movía altiva y segura, algo brillante y raudo en lo que se concentraba toda la luz de la mañana que, para el resto, dejaba una sombra frágil y luminosa. Sumiso, apático, el joven soldado se sentó y observó. Pero cuando el caballo aminoró el paso, al subir la última y empinada parte del sendero, un gran relámpago relumbró en el cuerpo y en el alma del ordenanza. Permaneció a la espera. Su nuca parecía contener una bola pesada de fuego. No quiso comer. Le temblaron ligeramente las manos cuando las movió. Mientras tanto, el oficial a caballo se acercaba lento y altivo. La tensión se concentró en el alma del ordenanza. Luego, nuevamente, al mirar al capitán acomodarse en la montura, el relámpago le atravesó.

El capitán observó la mancha azul claro y escarlata y las cabezas morenas, dispersas pero próximas, en la ladera. El mando le llenó de satisfacción. Se sentía orgulloso. Su ordenanza estaba entre ellos, en común sometimiento. El oficial se levantó un poco sobre los estribos para mirar. El joven soldado estaba sentado con expresión ajena y muda. El capitán se relajó en su silla. Su hermoso caballo de finas patas, pardo como un castaño, subió altivo la colina. El capitán entró en la zona ocupada por la compañía: un olor picante a humanidad, sudor y cuero. Lo conocía muy bien. Después de intercambiar unas palabras con el teniente, ascendió unos pocos pasos más y allí se quedó, una figura dominante, con el caballo bañado en sudor meciendo la cola, mientras él miraba desde arriba a sus hombres, a su ordenanza, una entidad inexistente entre la multitud.

El corazón del joven soldado era como un fuego encerrado en su pecho y respiraba con dificultad. El oficial, con la vista al pie de la colina, vio a tres de los jóvenes soldados con dos cubos de agua entre ellos, tambaleándose por

un campo verde y soleado. Se había puesto una mesa bajo un árbol y allí estaba el delgado teniente, muy atareado. Entonces el capitán se exigió un acto de coraje. Llamó a su ordenanza.

El fuego llameó en la garganta del joven soldado cuando oyó la orden, y se levantó sin pensar, sofocado. Saludó, en pie y desde abajo, al oficial. No levantó la mirada. Pero hubo una chispa en la voz del capitán.

—Vaya al mesón y tráigame... —El oficial dio su orden—. ¡Rápido! —añadió.

Tras la última palabra el corazón del sirviente saltó como una llamarada y sintió que le volvía la fuerza al cuerpo. Obedeció de forma mecánica y empezó a correr pesadamente colina abajo, casi como un oso, con los pantalones como bolsas sobre sus botas militares. El oficial contempló esa carrera ciega, impetuosa, hasta el final.

Pero solo era la piel del cuerpo del ordenanza la que obedecía tan humilde y mecánicamente. En su interior se había acumulado poco a poco un nudo en el cual la energía de esa vida joven era compacta y concentrada. Cumplió la orden y subió corriendo rápidamente la colina. Mientras caminaba sentía un dolor en la cabeza que le hacía retorcer las facciones sin darse cuenta. Pero allí, en el centro de su pecho, era él mismo, él mismo, firme, y nada le destrozaría.

El capitán se había ido al bosque. El ordenanza caminó pesadamente a través de la zona del olor picante y poderoso de la compañía. Ahora tenía en su interior una curiosa masa de energía. El capitán era menos real que él. Se acercó a la entrada verde del bosque. Allí, en la umbría, vio el caballo, los rayos del sol y la sombra trémula bailoteando entre los árboles. Allí, en la sombra verde y dorada al lado de la brillante copa del sol, había dos figuras azules y rojas, en las que destacaba claramente el rojo. El capitán hablaba con el teniente.

El ordenanza se quedó en el límite del brillante claro donde grandes troncos, desnudos y titilantes, descansaban como cuerpos desnudos y morenos. Las astillas ensuciaban el suelo pisoteado, como luz derramada, y las bases de los árboles cortados estaban aquí y allá, con las cabezas abiertas y cortadas al ras. Detrás se veía el verde rutilante y luminoso de un haya.

—Entonces yo iré delante —oyó el ordenanza que decía su capitán. El

teniente saludó y se alejó. Él se adelantó. Un relámpago ardiente le traspasó el estómago cuando se encaminaba hacia su oficial.

El capitán observó la figura más bien pesada del joven soldado que avanzaba a trompicones, y sus venas también ardieron. Sería un encuentro de hombre a hombre. Cedió ante la figura sólida, a contrapié y con la cabeza agachada. El ordenanza se inclinó y colocó la comida sobre la base uniforme y aserrada de un árbol. El capitán observó las manos brillantes, inflamadas por el sol, desnudas. Quiso hablar al joven soldado, pero no pudo. El criado se puso una botella entre los muslos, abrió el corcho y sirvió la cerveza en el pichel. Mantuvo la cabeza agachada. El capitán aceptó el pichel.

—¡Caliente! —exclamó fingiendo amabilidad.

La llamarada se retorció en el corazón del ordenanza, casi sofocándole.

—Sí, señor —replicó entre dientes.

Oyó el sonido que hacía al beber el capitán y apretó los puños, tal fue el tormento que le arrasó las muñecas. Luego llegó el débil sonido metálico de la tapadera. Levantó la mirada. El capitán le vigilaba. Desvió rápidamente los ojos. Luego vio que el oficial se agachaba y cogía un trozo de pan del tocón. De nuevo la ardiente llama traspasó al joven soldado, al ver el cuerpo rígido agachado debajo de él, y sus manos se movieron impulsivas. Miró a otro lado. Podía oír al oficial comiendo otro trozo. Los dos hombres permanecieron tensos e inmóviles, el amo masticando laboriosamente su pan, el criado observando con mirada equívoca y con los puños cerrados.

Entonces el joven soldado dio un respingo. El oficial había vuelto a abrir otra vez la tapadera del pichel. El soldado observó, fascinado, la tapadera y las manos blancas que cogían el asa. El pichel se elevó. El joven lo siguió con la mirada. Y luego vio cómo la garganta delgada y fuerte del hombre mayor se movía arriba y abajo mientras bebía, moviendo la mandíbula poderosa. Y el instinto que se había agitado en las muñecas del joven se liberó de repente. Saltó sobre el capitán sintiendo que una llamarada le partía por la mitad.

Las espuelas del oficial quedaron atrapadas en un tocón; cayó hacia atrás, desplomado, el centro de su espalda resonó de manera horrible al chocar contra el borde afilado del tocón; el pichel salió disparado. Y en un segundo el ordenanza, con su rostro joven, serio y concentrado y el labio inferior entre los dientes, había puesto una rodilla sobre el pecho del oficial y empujaba el

mentón hacia el borde opuesto del tocón, apretando con todo su corazón, aliviado por la pasión y sintiendo cómo cedía de forma exquisita la tensión de sus muñecas. Con la base de sus palmas empujó el mentón con todas sus fuerzas. También era un placer dominar ese mentón, con la dura mandíbula ya un poco rasposa de barba entre sus manos. No se relajó ni un poco, sino que, con todas las fuerzas de su sangre exultante, empujó hacia atrás la cabeza del otro hombre hasta que se produjo un débil crac y una sensación de crujido. Entonces sintió como un vapor en la cabeza. Las fuertes convulsiones que agitaron el cuerpo del oficial asustaron y horrorizaron al joven soldado. Sin embargo, le gustó contenerlas. Y también era agradable seguir presionando con las manos el mentón, sintiendo cómo en el cuerpo del otro hombre se espaciaban las expiraciones ante el peso de sus rodillas jóvenes y fuertes, sintiendo los bruscos espasmos del cuerpo postrado que se sacudía en toda su estructura oprimida.

Pero se quedó inmóvil. Podía ver el interior de las fosas nasales del otro hombre, apenas podía verle los ojos. Qué curiosamente sobresalía la boca, exagerando los labios plenos y los bigotes que se erizaban sobre ellos. Luego, con un respingo, notó que las fosas se llenaban poco a poco de sangre. El rojo las llenó, vaciló, resbaló y prosiguió en un chorro delgado por la cara hasta los ojos.

Esto le sobresaltó y le angustió. Se levantó lentamente. El cuerpo retorcido y desmembrado quedó allí, inerte. Se levantó y lo contempló en silencio. Era una lástima que «eso» estuviera roto. Significaba algo más que la cosa que lo había pateado y amenazado. Tuvo miedo de mirarle a los ojos. Ahora eran espantosos, solo se veía el blanco, y la sangre corría hacia ellos. El rostro del ordenanza se horrorizó ante la visión. Pues bien, eso era así. En el fondo estaba satisfecho. Había odiado la cara del capitán. Ahora estaba extinguida. El ordenanza sentía en su alma un fuerte alivio. Todo era como debía ser. Pero no podía tolerar la visión del largo cuerpo militar roto sobre el tocón, con los finos dedos crispados. Quiso esconderse.

Rápido, con apuro, lo recogió y lo empujó bajo los troncos talados que descansaban en toda su hermosa y delicada extensión sobre leños situados en ambas puntas. La cara estaba horrible con la sangre. La cubrió con el casco. Luego empujó las extremidades, correctas y estiradas, y quitó las hojas

muertas de la fina tela del uniforme. De modo que allí quedó, echado a la sombra. Un pequeño rayo de luz corría por el pecho a través de una grieta que había entre la leña. El ordenanza tomó asiento por unos momentos a su lado. Allí también había acabado su vida.

Entonces, más allá de su aturdimiento, oyó al teniente explicando en voz alta a sus hombres, fuera del bosque, que debían suponer que el puente sobre el río, aguas abajo, había sido tomado por el enemigo. Ahora se dispondrían a marchar para atacar de esta y aquella maneras. El teniente no tenía el don de la palabra. El ordenanza, escuchando por hábito, se hizo un lío. Y cuando el teniente empezó a explicarlo todo de nuevo, dejó de escuchar.

Sabía que debía irse. Se puso en pie. Le sorprendió que las hojas titilaran al sol y que las astillas de madera despidieran reflejos blancos desde el suelo. Para él había sobrevenido un cambio en el mundo. Pero para el resto no, todo parecía igual. Solo él se había ido. Y no podía regresar. Era su deber regresar con la cerveza y la jarra. No podía. Había dejado todo eso. El teniente todavía explicaba con voz ronca. Debía irse o le sorprenderían. Y no podía soportar el contacto con nadie.

Se pasó los dedos por los ojos tratando de descubrir dónde estaba. Luego dio media vuelta. Vio el caballo en el sendero. Fue hasta él y lo montó. Le hizo daño sentarse en la silla. El dolor de permanecer en la silla le mantuvo ocupado mientras avanzaba por el bosque. No le importaba nada, pero no podía superar la sensación de estar separado de los demás. El sendero salió de la arboleda. En el límite del bosque se irguió y prestó atención. Allá, en el espacioso brillo solar del valle, los soldados se movían en un pequeño enjambre. De vez en cuando, un hombre que ventilaba un surco de barbecho gritaba a sus bueyes para cambiar de dirección. El pueblo y la iglesia con su torre blanca eran pequeños a la luz del sol. Él ya no pertenecía a todo eso; se quedó allí sentado, ajeno como un hombre en la oscuridad exterior. Había pasado de la vida cotidiana a lo desconocido y no podía, ni siquiera quería, regresar.

Alejándose del valle refulgente de sol, cabalgó por las profundidades del bosque. Los troncos de los árboles, como personas erguidas, grisáceas e inmóviles, reparaban en él. Un gamo, un pedazo fugaz de luces y sombras, pasó corriendo por la penumbra moteada. Había brillantes desgarrones verdes

en el follaje. Luego todo pinar, oscuro y frío. Estaba enfermo de dolor, tenía una intolerable y fuerte palpitación en la cabeza, estaba enfermo. Jamás había estado enfermo en su vida. Se sintió perdido, un poco aturdido por todo.

Al tratar de bajar del caballo cayó, atónito ante el dolor y la falta de equilibrio. El caballo se movió inquieto. Él sacudió la brida y lo alejó al trote. Era su última conexión con el resto de las cosas.

Lo único que quería era echarse y que no le molestaran. A trompicones entre los árboles, llegó a un lugar tranquilo, una ladera donde crecían hayas y pinos. Se echó de inmediato y cerró los ojos; su conciencia siguió corriendo hacia delante, sin él. Una gran palpitación enfermiza latió en él como si se transmitiera a través de toda la tierra. Ardía de calor seco. Pero estaba demasiado ocupado, demasiado lloroso y sumergido en la incoherente carrera del delirio como para darse cuenta.

### 3

Se despertó de repente. Tenía la boca reseca y endurecida y el corazón le latía pesado; no tenía energía para levantarse. Su corazón latía lento. ¿Dónde estaba? ¿En los barracones? ¿En casa? Había algo que le golpeaba. Haciendo un esfuerzo miró alrededor: árboles, suelo verde y trozos inmóviles, rojizos, brillantes de luz en el suelo. No creyó que se tratase de él mismo, no creyó lo que veía. Algo le golpeaba. Luchó por aproximarse a la conciencia, pero cedió. Luego volvió a luchar. Y poco a poco los alrededores empezaron a relacionarse con él. Se dio cuenta y una gran punzada de dolor le traspasó el corazón. Alguien le golpeaba. Pudo ver los pesados jirones negros de un abeto encima suyo. Entonces todo se oscureció. Sin embargo, no pudo creer que hubiera cerrado los ojos. No lo había hecho. De la oscuridad volvió a salir lentamente la visión. Y alguien le golpeaba. De repente vio el rostro del capitán, que él odiaba, desfigurado por la sangre. Y se quedó inmovilizado por el horror. No obstante, en lo profundo de su ser sabía que no era así, que el capitán debía de estar muerto. Pero el delirio físico se apoderó de él. Alguien le golpeaba. Siguió echado, completamente inmóvil, como muerto de miedo. Y se desmayó.

Cuando volvió a abrir los ojos empezó a ver algo que trepaba rápidamente por el tronco de un árbol. Era un pájaro pequeño que silbaba. Tap-ta-tap, era el pequeño pájaro que golpeaba veloz el tronco con su pico, como si su cabeza fuera un pequeño martillo redondo. Lo observó con curiosidad. Giraba de repente mientras trepaba. Luego, como un ratón, bajó por el tronco desnudo. Su rápido trepar le produjo un calambre de repulsión. Levantó la cabeza. Sintió un peso enorme. Entonces el pajarito salió corriendo de la sombra por un terreno tranquilo e iluminado, con la cabecita moviéndose brusca y ligera, y las patas blancas, por un momento, brillantes de fulgor. Qué puro era su cuerpo, tan compacto, con manchones blancos en las alas. Había varios. Eran hermosos pero trepaban como ratones rápidos, súbitos, corriendo aquí y allá entre las ramas de haya.

Se volvió a echar exhausto y su conciencia desapareció. Tenía terror a los pajaritos trepadores. Toda su sangre parecía trepar y precipitarse en la cabeza. Sin embargo, no podía moverse.

Volvió en sí dolorido de nuevo por el agotamiento. Sentía el dolor en la cabeza, la horrible enfermedad y la incapacidad para moverse. Jamás había estado enfermo en toda su vida. No sabía dónde estaba ni qué era. Probablemente, sufría un ataque de insolación. ¿O qué? Había silenciado para siempre al capitán... hacía un tiempo... oh, mucho tiempo. Había sangre en su rostro y los ojos le daban vueltas. De cualquier modo, estaba bien. Era la paz. Pero ahora había salido de sí mismo. Nunca había estado en ese sitio. ¿Era la vida o no era la vida? Estaba solo. Ellos estaban en un sitio inmenso, brillante, los otros; y él estaba fuera. El pueblo, todo el país, un lugar inmenso y ahogado en la luz; y él estaba fuera, aquí, en el claroscuro donde cada cosa existía por sí misma. Pero ellos tendrían que salir de allí en algún momento, esos otros. Pequeños y abandonados por él, todos ellos. Había habido padre, madre y novia. ¿Qué importaba? Esto era la tierra a cielo descubierto.

Se sentó. Algo se arrastraba. Era una pequeña ardilla marrón que corría dando saltos amorosamente ondulados sobre el suelo con la cola roja completando la ondulación de su cuerpo. Y entonces, cuando se sentó, enrollándose y desenrollándose, la miró complacido. Volvió a corretear juguetona, disfrutando. Voló violentamente contra otra ardilla y se



persiguieron emitiendo pequeños sonidos conversadores, como regañando. El soldado quiso hablarles. Pero de su garganta salió un sonido ronco. Las ardillas escaparon al instante. Y luego vio a una espiándole a medio camino en el tronco de un árbol. Un golpe de miedo le atravesó, aunque en su parte consciente lo estaba pasando bien. Esta se quedó inmóvil, su pequeña cara afilada le miraba a medio camino en el tronco, con las orejitas levantadas, las manitas con garras aferradas a la corteza, el pecho blanco levantado. Desvió la mirada con pánico.

Luchó por ponerse en pie y caminó dando tumbos. Siguió caminando, caminando, buscando algo, agua. Sentía el cerebro calenturiento e inflamado por la sed. Siguió tambaleándose. Luego no supo nada más. Se desvaneció caminando. Y sin embargo siguió moviéndose con la boca abierta.

Cuando, ante su estupefacción, volvió a abrir los ojos al mundo, ya no trató de recordar dónde estaba. Había una luz espesa y dorada tras resplandores verdes y dorados, altos rayos grises purpúreos y más oscuridad rodeándolo, haciéndose más profunda. Era consciente de una sensación de llegada. Estaba en la realidad, en el fondo real, oscuro. Pero la sed ardía en su cerebro. Se sintió más ligero, no tan pesado. Supuso que era la novedad. En el aire murmuraban los truenos. Pensó que caminaba maravillosamente rápido y que iba directo al alivio, ¿o era el agua?

De repente, se quedó inmóvil y asustado. Hubo una tremenda llamarada de oro, inmensa, y nada más que unos pocos troncos negros como rejas entre él y aquello. Todo el maíz reciente y uniforme estaba pulido de oro relumbrante con un verde sedoso. Una mujer de falda larga con un pañuelo negro en la cabeza pasaba como un bloque de sombra a través del maíz verde, refulgente, hacia la luminosidad plena. También había una granja azul claro en la sombra, y la leña negra. Y una aguja de iglesia, casi fundida en el oro. La mujer siguió caminando, alejándose de él. Él no tenía idioma en que hablarla. Ella era la irrealidad brillante, sólida. Haría un ruido de palabras que le confundirían y sus ojos le mirarían sin verle. Cruzaba hacia el otro lado. Se apoyó en un árbol.

Cuando por último se dio la vuelta, mirando la extensa arboleda desnuda cuyo espeso suelo ya oscurecía, vio las montañas con una luz de maravilla, ya no lejanas, radiantes. Detrás del primer monte suave y gris de la cordillera

más próxima, las otras montañas permanecían doradas y de un color gris pálido, la nieve toda refulgente como oro puro y blando. Inmóviles, resplandecientes en el cielo, forjadas con el mismo material que el cielo, brillaban en silencio. Las miró, su rostro se iluminó. Y al igual que el brillo lustroso y dorado de la nieve, sintió brillante su propia sed. Se puso en pie y miró, apoyándose en un árbol. Y entonces todo se diluyó en el espacio.

Durante la noche, los relámpagos flamearon perpetuamente blanqueando todo el cielo. Debió volver a caminar. Por momentos el mundo colgaba lívido a su alrededor: campos de luz gris verdosa, árboles en una masa oscura y la cordillera de nubes negras contra el cielo blanco. Luego la oscuridad cayó como una persiana y la noche fue completa. ¡Un leve revoloteo de un mundo revelado a medias que no podía salir del todo de la oscuridad! Entonces, de nuevo apareció un soplo de palidez en la tierra, oscuras sombras amenazadoras, una cordillera de nubes colgada encima de su cabeza. El mundo era una sombra fantasmal echada por un momento sobre la oscuridad pura, que siempre volvía completa y plena.

El delirio de enfermedad y fiebre continuaba dentro de él; su ente se abría y cerraba como la noche; luego, a veces, convulsiones de terror de algo con grandes ojos que miraban tras un árbol, la larga tortura de la marcha y el sol que descomponía su sangre, el estallido de odio al capitán seguido de un estallido de ternura y bienestar. Pero todo estaba distorsionado, salido de un dolor y resolviéndose en un dolor.

Por la mañana se despertó definitivamente. Entonces su cerebro se inflamó con el solo horror de la sed. El sol le daba en la cara, el rocío se evaporaba de sus ropas húmedas. Como un poseso, se levantó. Allí, directamente delante, azules, frías y tiernas, las montañas se extendían por el pálido borde del cielo matinal. Las quiso, las quiso solas, quiso irse de sí mismo e identificarse con ellas. No se movían, estaban inmóviles y blandas, con marcas blancas y amables de nieve. Se quedó quieto, loco de sufrimiento, con las manos crispadas y apretadas. Entonces se retorció en un paroxismo sobre la hierba.

Se quedó inmóvil en una especie de sueño de angustia. La sed pareció haberse separado de él y permanecer aparte, como única exigencia. El dolor que sentía fue otro ser. El estorbo de su cuerpo, otra cosa aparte. Estaba

dividido entre toda clase de seres autónomos. Entre ellos existía una conexión extraña, agonizante, pero se separaban cada vez más. Luego todo se partiría. El sol, taladrándole, taladraba los lazos. Todos caerían, caerían por el lapso infinito del espacio.

Entonces, de nuevo, se reafirmó su conciencia. Se apoyó sobre un codo y miró las montañas destellantes. Allí se alineaban, quietas y maravillosas entre la tierra y el cielo. Miró hasta que se le apagaron los ojos, y las montañas, mientras se erguían en su belleza, tan limpias y frescas, parecieron tener aquello que se había perdido en él.

## 4

Cuando los soldados le encontraron, tres horas después, estaba echado con la cara sobre el brazo, el pelo negro despedía calor bajo el sol. Pero aún vivía. Al ver la boca abierta, negra, los jóvenes soldados le dejaron caer, horrorizados.

Esa noche murió en el hospital, sin recuperar la vista.

Los médicos vieron los cardenales en las piernas, detrás, y se callaron.

Los cuerpos de los dos hombres estaban juntos, uno al lado del otro, en la morgue, uno blanco y delgado, pero descansando rígido, y el otro como si de un momento a otro pudiera volver a la vida, tan joven e inútil, desde un sueño.

## LA ESPINA EN LA CARNE<sup>[28]</sup>

### 1

Soplaba el viento, de modo que, de vez en cuando, los álamos se volvían blancos como si una llama los encendiera. El cielo era azul y estaba roto por las nubes en movimiento. Manchas de luz caían sobre los campos labrados, y sombras sobre el centeno y las viñas. En la distancia, muy azul, se levantaba la catedral contra el cielo, y debajo de ella se agrupaban vagamente las casas de la ciudad de Metz, como si fueran una colina.

Entre los campos al borde de los limeros, estaban los barracones sobre el suelo reseco y desnudo, una colección de cabañas de techumbres redondas y de metal ondulado por donde trepaban brillantes las capuchinas de los soldados. A un lado había un huerto, con hileras amarillentas de lechugas; detrás, el amplio patio de instrucción rodeado por una cerca de alambre.

A esa hora de la tarde las chozas estaban vacías y todos los camastros levantados. Los soldados almorzaban bajo los limeros esperando la llamada para la instrucción. Bachmann estaba sentado en un banco a la sombra, donde olían intensamente los pimpollos. Diseminadas por el suelo había flores verde pálido, rotas, de lima. Escribía la postal semanal a su madre. Era un joven de tez blanca, delgado y apuesto. Estaba sentado muy quieto intentando escribir su tarjeta. El uniforme azul, que le colgaba cuando se inclinaba sobre la postal, desfiguraba su aspecto juvenil. La mano, morena por el sol, esperaba inmóvil a que llegaran las palabras. «Querida madre» era todo lo que había escrito. Entonces garabateó mecánicamente: «Muchas gracias por tu carta con lo que enviaste. Yo estoy muy bien. Estamos a punto de salir a hacer la instrucción en las fortificaciones». Aquí se detuvo y se quedó esperando,

ajeno a todo, mantenido en un suspenso definitivo. Volvió a mirar la tarjeta. Pero no pudo escribir más. Del nudo de su conciencia no podía salir una sola palabra. Firmó y levantó la mirada como aquel que comprueba si alguien ha espiado su intimidad.

En los ojos azules había una preocupación consciente, y alrededor de la boca, donde brillaba el joven bigote ralo, palidez. Su gracia y su buen aspecto eran casi femeninos. Pero tenía algo de conciencia militar, como si creyera en la disciplina personal y le satisficiera entregarse al cumplimiento del deber. Había también una traza de fanfarronería juvenil y una osadía diabólica en la expresión de su boca y en su cuerpo delgado, pero esto ahora había desaparecido.

Metió la tarjeta en el bolsillo de su capote y fue a reunirse con el grupo de camaradas que almorzaban a la sombra, riéndose y diciendo palabrotas. Hoy era ajeno a todo eso. Solo se puso cerca de ellos por el calor del grupo. En su conciencia había algo que le retenía.

Poco después los llamaron a formar. Se acercó el sargento para hacerse cargo del grupo. Era un cuarentón de contextura fuerte, más bien pesada. Tenía la cabeza hacia delante, un poco hundida entre los hombros poderosos, y la fuerte mandíbula sobresalía agresivamente. Pero los ojos era opacos, el rostro flácido y estúpido por culpa de la bebida.

Dio las órdenes con gritos brutales como ladridos y la pequeña compañía avanzó saliendo del patio cercado con espinos hacia el camino, marchando rítmicamente y levantando polvo. Bachmann, en el interior de una línea de cuatro, marchaba entre las columnas faltas de aire, medio sofocado por el calor, el polvo y el encierro. A través de los movimientos de los cuerpos de sus camaradas podía ver, a los costados del camino, las viñas polvorientas, las amapolas, palpitantes y abiertas, entre las leguminosas; los espacios distantes del cielo, y el campo abierto al aire y a la luz del sol. Pero él era prisionero de una oscura ansiedad.

Marchaba con su habitual facilidad, por estar sano y tener una excelente constitución. Pero su cuerpo iba solo. Y cuanto más se aproximaba el grupo de soldados al pueblo, más se retorció y se alejaba la conciencia del joven, de su cuerpo dominado por una especie de inteligencia mecánica, una mera presencia de ánimo.

Se desviaron del camino principal y siguieron en una sola fila por un sendero entre árboles. Todo estaba silencioso, verde y misterioso, con sombras de follaje y altas hierbas verdes sin hollar. Luego salieron a la luz del sol en un foso de agua que se extendía silencioso como una herida entre las hierbas altas y floridas, al pie de los terraplenes que se hundían frente a terrazas de paredes lisas pero suavizadas por la hierba alta de la cima. Relumbraban blancas y amarillas las margaritas y las pamplinas en la hierba lozana, preservada aquí por la intensa paz de las fortificaciones. Alrededor había grupos de árboles. De vez en cuando una brisa misteriosa hacía que las flores y la alta hierba que cubría las terrazas superiores se inclinasen y agitaran como en señal de alarma de un peligro por venir.

El grupo de soldados con sus uniformes azul y escarlata, muy brillantes, se detuvo al final del foso. El sargento les daba instrucciones y sus gritos resonaron chillones y alarmantes en la intensa quietud intacta del lugar. Le escucharon. Resultaba difícil esforzarse para comprenderlo.

Terminó y los hombres se movieron para hacer los preparativos. Del otro lado del foso las rampas subían lisas y claras al sol, con una leve inclinación. En la cima crecía la maleza y las altas margaritas se elevaban, mágicas, contra el verdinegro de los árboles del fondo. El ruido de la ciudad, el paso de los tranvías, se oía nítidamente pero no parecía penetrar en este lugar callado.

El agua del foso no se movía. La maniobra comenzó en silencio. Uno de los soldados cogió una escalera de asalto y, cruzando el angosto lecho de piedra, al pie de los terraplenes, con el agua del foso directamente detrás, trató de aferrar un gancho en la pared ligeramente inclinada. Allí estaba, pequeño y aislado, al pie del muro, intentando fijar la escalera. Por último lo logró, y la figura torpe y titubeante con el holgado uniforme azul empezó a escalar. El resto de los soldados se quedó observando. De vez en cuando el sargento ladraba una orden. Lentamente, la torpe figura azul ascendía por la pared. Bachmann tenía las entrañas hechas agua. La figura del soldado escalador se encaramó a la terraza superior y avanzó, nítida y azul, entre la brillante maleza verde. El suboficial gritó desde abajo. El soldado avanzó a trompicones, fijó la escalera en otro sitio y lentamente se encaramó a los escalones. Bachmann observó el pie ciego tanteando en el espacio y sintió que el mundo se le caía encima. La figura del soldado se aferraba, encogida,

contra la superficie de la pared, descendiendo como un insecto inseguro que baja y baja, temiendo a cada instante. Por último, sudoroso y tenso, aterrizó a salvo y se encaminó al grupo de soldados. Pero aún tenía una rigidez y una mirada mecánicas, en blanco, y era algo menos que humano.

Bachmann permaneció allí, pesado y condenado, esperando su turno y la traición a sí mismo. Algunos hombres escalaron con bastante facilidad y sin miedo. Lo que solo demostraba que se podía hacer sin mayores problemas y agriaba aún más a Bachmann. Si pudiera hacerlo sin mayores problemas, de ese modo...

Le llegó el turno. Supo intuitivamente que nadie conocía su problema. El suboficial le miraba como si fuera un objeto mecánico. Trató de hacerse cargo de la situación, de llevar a cabo su obligación a la primera. Se le retorcieron las entrañas y, sin embargo, controlándose, cogió la escalera y fue hasta la pared. Logró fijar la escalera rápidamente y le poseyó una esperanza trémula y salvaje. Entonces, ciegamente, empezó a escalar. Pero la escalera no estaba muy firme y a cada movimiento se apoderaba de él una gran sensación enfermiza de disolución. Se agarró con fuerza. Si pudiera mantenerse aferrado a sí mismo, lo lograría. En su congoja lo sabía. Lo que no podía comprender era el borbotón ciego de miedo blanco y caliente que le sobrevinía con mayor fuerza cuando oscilaba la escalera y casi le fundía los miembros y el estómago dejándole indefenso. Si se fundían de una vez todos sus miembros y su estómago, estaba listo. Se aferró desesperadamente a sí mismo. Conocía ese miedo, sabía lo que hacía cuando le venía, sabía que debía mantenerse firmemente sujeto. Sabía todo esto. Sin embargo, cuando se movía la escalera y su pie daba en el vacío, se producía la gran explosión de miedo soplando en su corazón y en sus entrañas, y él se fundía, cada vez más débil, en el terror y la falta de dominio, preparándose para caer.

No obstante, se arrastraba subiendo lentamente, mirando siempre hacia arriba con la cara desesperada y consciente del espacio que tenía debajo. Pero todo él, cuerpo y alma, se recalentaba hasta el punto de fusión. Solo tendría que desprenderse para aliviarse. De repente el corazón le dio una sacudida, le alzó y nuevamente le hundió en un descenso hacia el terror. Se quedó contra la pared inerte como un muerto, inerte a excepción de un profundo nudo de ansiedad que sabía que no todo había terminado, que aún estaba colgado en el

espacio contra la pared. Pero el principal esfuerzo de la voluntad había terminado.

Apareció en su conciencia una sensación mínima, ajena. Se despertó un poco. ¿Qué era? Luego, lentamente, se hizo consciente. La orina le había corrido por una pierna. Permaneció allí, aferrado, paralizado por la vergüenza, seminconsciente del eco del grito del sargento que resonaba allá abajo. Esperó, en las profundidades de su vergüenza, empezando a recuperarse. Se había avergonzado profundamente. Entonces pudo proseguir, ya estaba conquistado el miedo de sí mismo. Su vergüenza era conocida y pública. Debía continuar.

Lentamente empezó a estirar el brazo para agarrarse al borde, cuando un gran golpe le sacudió. Desde arriba le agarraban las muñecas, le levantaban hasta tierra firme. Como un saco, fue arrastrado por el borde de los terraplenes por unas grandes manos que le dejaron allí, de rodillas, reptando entre la hierba hasta recuperar el dominio de sí mismo y ponerse en pie.

La vergüenza, la ciega, profunda vergüenza y la ignominia, abrumaron su espíritu y le dejaron retorciéndose. Quedó allí, encogido, intentando desaparecer.

Luego la presencia del suboficial que le había alzado se hizo sentir sobre él. Oyó el jadeo del hombre mayor y luego la voz baja hasta sus venas como un fiero latigazo. Se encogió por la tensión de la vergüenza.

—¡Levante la cabeza! ¡Los ojos! —gritó el sargento enfurecido; y de forma mecánica el soldado obedeció la orden, obligado a mirar al sargento a los ojos. El rostro flácido y brutal del suboficial violó al joven. Intentó hacerse fuerte con todas sus fuerzas para no verlo. El estruendo cortante de la voz del sargento continuó lacerando su cuerpo.

De repente echó para atrás la cabeza, y su corazón pegó un salto. El rostro se le había acercado, distorsionado y enseñando los dientes, atravesándole con los ojos. El aliento de las palabras ladradas estaba en su nariz y en su boca. Dio un paso a un lado, asqueado. Con un aullido, el rostro volvió a ponérsele encima. Él levantó un brazo involuntariamente, en defensa propia. Le dio un ataque de horror cuando sintió que su antebrazo propinaba a la cara del suboficial un golpe brutal. Este se tambaleó, dio un paso atrás y con un grito extraño cayó hacia el terraplén, agarrándose al aire con las manos. Hubo



un segundo de silencio y luego el desplome en el agua.

Bachmann, rígido, contempló la escena desde su silencio interior. Los soldados corrían.

—Es mejor que escapes —le dijo una voz joven y excitada. Y con una inmediata decisión instintiva, empezó a alejarse del lugar. Fue por el sendero escondido entre los árboles hasta el camino, en lo alto, donde los tranvías iban y venían de la ciudad. En el corazón tenía una sensación de victoria, de escape. Lo abandonaba todo, el mundo militar, la vergüenza. Se alejaba de todo aquello.

Por la calzada paseaban oficiales a caballo. Los soldados iban por la acera. Al llegar al puente, Bachmann entró en la ciudad que se agrupaba ante él, elevándose desde las bajas y pintorescas casas francesas a orillas del agua, a través de un revoltijo de tejados y calles estrechas, hasta la encantadora catedral oscura con su miríada de pináculos que apuntaban al cielo.

Por el momento se sintió en paz, aliviado de una gran tensión. Giró bordeando el río hacia los jardines públicos. Las lilas hinchidas y purpúreas sobre la hierba verde eran hermosas, y maravillosas las paredes de castaños de Indias, iluminados como un altar con florecillas blancas en cada rama. Pasaban oficiales —elegantes y llenos de colorido—, mujeres y niñas paseaban por la sombra ajedrezada. Era hermoso. Él caminaba como en una visión, libre.

## 2

Pero ¿adónde iba? Empezó a salir de su trance de deleite y libertad. En lo profundo de su ser sentía en la carne la continua quemazón de la vergüenza. Pero aún no podía soportar pensar en ello. Aunque estaba allí, sumergida bajo su atención, la vergüenza cruda, constantemente ardiente.

Le convenía ser inteligente. Pero aún no se animaba a pensar en lo que había hecho. Solo veía la necesidad de escaparse, escaparse de todo aquello con lo que había estado en contacto.

Pero ¿cómo? Le sacudió una llamarada de miedo. No podía soportar que su carne ardiente fuera puesta de nuevo en manos de la autoridad. Ya le

habían tocado en sus desnudeces aquellas manos brutales, desgarrando y abriendo su vergüenza y dejándole mutilado, disminuido en su autocontrol.

El miedo se convirtió en angustia. Casi sin pensar giró en dirección a los barracones. No podía asumir la responsabilidad por sí mismo. Debía entregarse a alguien. Entonces su corazón, obstinado en la esperanza, se obsesionó con la idea de su novia. Ella asumiría la responsabilidad.

Pálido, cuando acumuló el coraje necesario subió al pequeño y rápido tranvía que salía del pueblo rumbo a los barracones. Se sentó inmóvil y sereno, estático.

Se bajó en la estación y anduvo por el camino. Aún soplaba el viento. Podía oír el suave susurro del centeno y un zumbido más fuerte cuando le alcanzaba una ráfaga de viento. No había nadie en las inmediaciones. Sintióse distante e impersonal, siguió por un sendero a través de las viñas. Abundantes arbustos pequeños de vid se levantaban en espirales, echando hacia fuera sus brotes tiernos y rojizos, moviendo los zarcillos. Los veía con nitidez y pensó en ellos. En un campo, a un lado, hombres y mujeres recogían el heno. El carro estaba al borde del sendero, los hombres con camisas azules, las mujeres con pañuelos blancos en la cabeza, llevando el heno en los brazos hasta el carro, brillante y nítido sobre el terreno pelado, y de un verde refulgente. Se encontró mirando desde la oscuridad la belleza atractiva y fúlgida del mundo a su alrededor, fuera de él.

La casa del barón en que Emilie servía se erguía cuadrada y tranquila entre árboles, jardines y campos. Era una antigua granja francesa. Los barracones estaban bastante próximos. Bachmann caminó, guiado por un único propósito, hacia el patio de entrada. Entró en el lugar espacioso, sombreado, barrido por el sol. El perro, al ver un soldado, saltó y ladró en son de bienvenida. La bomba de agua estaba pacíficamente en un rincón, bajo un limero, a la sombra.

La puerta de la cocina estaba abierta. Vaciló y luego entró, hablando tímidamente y sonriendo de modo involuntario. Las dos mujeres se sorprendieron, pero con alegría. Emilie estaba preparando la bandeja para el café de la tarde. Estaba detrás de la mesa, paralizada, sorprendida, arrogante y contenta. Tenía los ojos orgullosos y tímidos de algún animal salvaje, algún animal altivo. Llevaba el pelo cuidadosamente peinado y los ojos miraban

serenos. Tenía puesto un vestido campesino de algodón azul, espigado con pequeñas rosas rojas, que se abrochaba apretadamente sobre sus fuertes pechos de doncella.

A la mesa estaba sentada otra joven, el aya de los niños, que sacaba cerezas de un gran montón y las dejaba caer en una ensaladera. Era joven, bonita, pecosa.

—¡Buenos días! —dijo, simpática—. ¡Qué sorpresa!

Emilie no habló. Se le sonrojaron las mejillas morenas. Se quedó observando, atrapada entre el miedo y las ganas de escapar, y, por otro lado, la alegría que la mantenía en presencia de él.

—Sí —contestó tímido y tenso, mientras los ojos de las dos mujeres se posaban sobre él—. Esta vez me he metido en un lío.

—¿Qué? —preguntó el aya, dejando caer las manos en su falda. Emilie siguió rígida.

Bachmann no pudo levantar la cabeza. Miraba de costado las cerezas brillantes, rojizas. No podía recuperar la normalidad.

—Golpeé al sargento Huber arriba en las fortificaciones y cayó al foso —dijo—. Fue un accidente, pero...

Alargó la mano hacia las cerezas y empezó a comerlas, sin darse cuenta, oyendo solo la pequeña exclamación de Emilie.

—¡Lo golpeaste arriba en las fortificaciones! —repitió fräulein Hesse, horrorizada—. ¿Cómo?

Mientras escupía los huesos de las cerezas en una mano, de manera mecánica y concentrado, se lo contó.

—¡Ay! —exclamó con voz aguda Emilie.

—¿Y cómo llegaste hasta aquí? —preguntó fräulein Hesse.

—Me escapé.

Se hizo un silencio mortal. Se levantó, poniéndose a merced de las mujeres. Se oyó un zumbido en la cocina y un fuerte aroma a café. Emilie dio media vuelta con rapidez. Él vio su espalda lisa, recta, y sus fuertes muslos cuando se inclinó sobre la cocina.

—Pero ahora ¿qué vas a hacer? —preguntó fräulein Hesse, espantada.

—No lo sé —contestó él cogiendo más cerezas. Había llegado a un callejón sin salida.

—Será mejor que vayas a los barracones —dijo ella—. Nosotras hablaremos con el barón para que vaya y vea qué puede hacer.

Emilie preparaba la bandeja rápida y silenciosa. La levantó y quedó con la porcelana y la plata titilantes ante ella, impávida, esperando su respuesta. Bachmann siguió con la cabeza agachada, pálido y obstinado. No podía soportar el regreso.

—Voy a intentar irme a Francia —dijo.

—Sí, pero te cogerán —dijo fräulein Hesse.

Emilie la miró con sus ojos grises, serenos y observadores.

—Puedo intentarlo si logro esconderme esta noche —dijo él.

Ambas mujeres supieron qué quería. Y supieron que no tenía escapatoria. Emilie salió con la bandeja. Bachmann permaneció con la cabeza agachada. En su interior sentía la escoria de la vergüenza y la incapacidad.

—No podrás escapar —dijo el aya.

—Puedo intentarlo —dijo él.

Hoy no podía ponerse en manos de los militares. Que hicieran con él lo que quisieran mañana, si se escapaba hoy.

Se quedaron en silencio. Él comía cerezas. El color subió brillante a las mejillas del aya.

Emilie volvió a preparar otra bandeja.

—Se podría esconder en tu cuarto —le dijo el aya.

La muchacha retrocedió un paso. No toleraba la intrusión.

—Es el único que se me ocurre que está a salvo de los niños —dijo fräulein Hesse. Emilie no deseaba un contacto íntimo con él.

—Tú podrías dormir conmigo —le dijo fräulein Hesse.

Emilie levantó la mirada hacia el joven, directa, clara, reservándose.

—¿Quieres? —preguntó ella oponiéndole su fuerte virginidad.

—Sí... Sí... —dijo él vacilante, destruido por la vergüenza.

Ella echó la cabeza hacia atrás.

—Sí —murmuró para sí misma.

Rápidamente llenó la bandeja y se retiró.

—Pero en una noche no puedes caminar hasta la frontera<sup>[29]</sup> —dijo fräulein Hesse.

—Puedo ir en bicicleta —contestó.

Emilie regresó con entereza, con contención en el porte.

—Veré si todo está en orden —dijo el aya.

Al cabo de un momento Bachmann seguía a Emilie por el zaguán cuadrado donde colgaban inmensos mapas de las paredes. Vio en el perchero el abrigo azul con botones de cobre de un niño y se acordó de Emilie llevando de la mano al más pequeño, mientras él la miraba sentado bajo el limero. Pero eso era ya muy lejano. Esa era la clase de libertad que había perdido, cambiada por una nueva e inmediata ansiedad.

Caminaron rápidamente, subieron con miedo las escaleras y pasaron un largo pasillo. Emilie abrió su puerta y él entró, avergonzado, en la habitación.

—Tengo que bajar —murmuró ella, y se fue tras cerrar la puerta con suavidad.

Era una habitación pequeña, desnuda, ordenada. Había un platillo para agua bendita, una imagen del Sagrado Corazón, un crucifijo y un *prie-Dieu* [30]. La pequeña cama estaba blanca e intacta, la palangana de arcilla roja para lavarse las manos descansaba sobre una mesa vacía. Había un espejo pequeño y un pequeño armario con cajones. Eso era todo.

Sintiéndose a salvo, en un santuario, fue hasta la ventana a mirar más allá del patio, el atardecer trémulo del campo. Iba a dejar esta tierra, esta vida. Ya estaba en lo desconocido.

Miró la habitación. La curiosa simplicidad y la severidad del dormitorio católico le eran desconocidas, pero le devolvieron las fuerzas. Contempló el crucifijo. Era un Cristo alargado, delgado, rústico, tallado por un campesino de la Selva Negra. Por primera vez en su vida Bachmann vio la figura como algo humano. Representaba a un hombre colgado en indefensa tortura. Lo miró atentamente, como un nuevo conocimiento.

Dentro de su propia carne ardía sin llama ni humo la vergüenza. No podía recuperar la compostura. En su alma había un agujero. La vergüenza, en su interior, parecía desplazar su fortaleza y su virilidad.

Se sentó en la silla. La vergüenza, la sensación viva de estar desnudo ante los demás, actuaba en su cerebro, lo volvía pesado, inefablemente pesado.

De manera mecánica, desaparecido todo su ánimo, se quitó las botas, el cinturón y el capote, los puso a un lado y se echó, pesado, cayendo en una especie de letargo.

Emilie volvió al cabo de un rato y le miró. Pero él estaba hundido en el sueño. Le vio echado, inerte y terriblemente inmóvil, y tuvo miedo. Tenía el cuello de la camisa desabrochado. Vio su neta piel blanca, muy clara y hermosa. Dormía inmóvil. Sus piernas, con los pantalones azules del uniforme, los pies, con los ásperos calcetines, yacían, intrusos, sobre su cama. Se fue de allí.

### 3

Ella se sentía inquieta, molesta hasta la última fibra. Quería continuar inmaculada, sin que la tocaran. Un instinto salvaje la hacía alejarse de cualquier mano que pudiera posarse sobre ella.

Era huérfana, probablemente de alguna raza gitana, criada en el asilo católico. Era un ser inocente, paganamente religioso, atado emocionalmente a la baronesa, a quien había servido durante siete años, desde que tuviera catorce.

No entraba en contacto con nadie, a menos que se tratase de Ida Hesse, el aya de los niños. Ida era calculadora, simpática y no demasiado coqueta. Era hija de un médico rural pobre. Habiendo entrado en contacto poco a poco con Emilie, más una alianza que cariño, no hacía distinción de clase entre las dos. Trabajaban juntas, cantaban juntas, paseaban juntas y juntas iban a las habitaciones de Franz Brand, el novio de Ida. Allí charlaban los tres y se reían juntos, o las mujeres escuchaban a Franz, que era guardabosque, tocar el violín.

En toda esta alianza no existía ninguna intimidad personal entre las jóvenes. Emilie era naturalmente recoleta, de una raza reservada. Ida la usaba como una especie de pesa para equilibrar su ligereza. Pero la rápida y cambiante institutriz, siempre atareada con sus admiradores, hacía todo lo posible para encaminar la violenta naturaleza de Emilie hacia alguna relación con un hombre.

Mas la chica morena, primitiva y, sin embargo, sensible en grado extremo, era agresivamente virgen. Se le encendía la sangre cuando los soldados rasos hacían el ruido prolongado, absorbente, de un beso a sus

espaldas, cuando ella pasaba. Los detestaba por sus ofertas casi de mofa. Estaba bien protegida por la baronesa.

Su desprecio por los hombres vulgares en general era inexpresable. Pero adoraba a la baronesa y reverenciaba al barón, y estaba tranquila cuando hacía algo al servicio de un caballero. Toda su naturaleza estaba en paz cuando se ponía al servicio de amas o amos de verdad. Para ella un caballero poseía una cualidad mística que la hacía libre y orgullosa en el servicio. Los soldados rasos eran unos brutos, eran simplemente nada. Su deseo era servir.

Se mantenía distante y fría. Cuando un domingo por la tarde miró por la ventana del *Reichshalle*<sup>[31]</sup> al pasar y vio a los soldados bailando con las chicas del pueblo, la poseyó una revulsión y una furia gélidas. No podía soportar ver a los soldados quitándose los cinturones y abriendo sus capotes, bailando con las camisas al descubierto a través del capote abierto y colgante, torpes los movimientos, las caras transfiguradas y sudorosas, las manos rústicas cogiendo a las rústicas chicas por debajo de las axilas, apretando a las mujeres contra sus pechos. Odiaba verlos aferrados pecho contra pecho, las piernas de los hombres moviéndose brutalmente en el baile.

Al atardecer, en el jardín, al oír del otro lado de la cerca los desarticulados gemidos sexuales de las chicas abrazadas por los soldados, su rabia había sido excesiva y había exclamado en voz alta y fría:

—¿Qué hacéis allí, en la cerca?

Los habría hecho azotar.

Pero Bachmann no era un soldado vulgar. Fräulein Hesse lo había descubierto y acercado a Emilie. Porque era un joven apuesto, rubio, erguido y que caminaba con una especie de altivez inconsciente y, sin embargo, nítida. Además, provenía de una familia de agricultores ricos desde hacía generaciones. Su padre había muerto y de momento su madre controlaba el dinero. Pero si Bachmann quería cien libras en cualquier momento, las podía tener. De oficio, junto a un hermano, era constructor de carros. La familia tenía una granja, la herrería y la construcción de carromatos del pueblo. Trabajaban porque era la única forma de vida que conocían. De haberlo querido podrían haber vivido de manera independiente solo con sus rentas.

Así, él era un caballero por su sensibilidad, aunque no tenía desarrollado el intelecto. Podía darse el lujo de pagar las cosas con generosidad. Además

tenía una educación propia y fina. Emilie vaciló insegura frente a él. De modo que se convirtió en su novia, y le deseaba. Pero era una virgen tímida y necesitaba estar sometida, pues era primitiva y no percibía las formas civilizadas de vida ni los propósitos civilizados.

## 4

A las seis vinieron a preguntar los soldados.

—¿Se sabe algo del soldado Bachmann?

Contestó *fräulein Hesse*, encantada de tener un papel.

—No, no le veo desde el domingo. ¿Y tú, Emilie?

—No, no le he visto —dijo Emilie, y su torpeza fue considerada como timidez. *Ida Hesse*, estimulada, hizo preguntas cumpliendo su papel.

—Pero ¿ha matado al sargento Huber? —exclamó, consternada.

—No, se cayó al agua. Pero recibió un fuerte golpe y se hirió el pie contra el borde del foso. Está en el hospital. Estamos buscando desesperadamente a Bachmann.

Emilie, comprometida y cautiva, permaneció mirando. Ya no era libre, tenía que actuar dentro de un sistema calculado que no podía entender y que le resultaba casi divino. La habían colocado fuera de lugar. Bachmann estaba en su habitación: ella ya no era la criada leal que servía con una seguridad religiosa.

La situación le resultaba insoportable. Durante toda la tarde sintió la carga encima, no podía vivir. Había que dar de comer a los niños y acostarlos. El barón y la baronesa iban a salir; debía servirles unos refrescos. El lacayo iba a venir a cenar tras volver con el carruaje. Y durante todo este tiempo ella tenía la sensación insoportable de estar fuera de funcionamiento, responsable de sí misma, aturdida. El control de su vida debía provenir de quienes estaban por encima de ella, y ella debía moverse dentro de ese control. Pero ahora estaba fuera, descontrolada y preocupada. Y más que eso, el hombre, el amante, Bachmann, ¿qué era, quién era? De todos los hombres, era el único que poseía ese algo desconocido que la aterrorizaba más allá de sus posibilidades. Oh, ella le había querido como novio distante, no próximo, no así, echándola



de su mundo.

Cuando partieron el barón y la baronesa y el joven lacayo fue a divertirse, subió las escaleras para ver a Bachmann. Se había despertado y estaba sentado en la semioscuridad de la habitación. Fuera, en el campo, oyó a los soldados, sus camaradas, cantando la canción sentimental del crepúsculo; el zumbido de la concertina se elevaba en el acompañamiento:

*Wenn ich mei...nem Kinde geh'...*  
*In seinem Au...g' die Mutter seh'...* <sup>[32]</sup>

Pero ahora él estaba al margen de todo eso. Solo el grito sentimental del deseo joven e insatisfecho en el canto de los soldados le penetró en la sangre y le emocionó sutilmente. Dejó caer la cabeza; se había ido emocionando y esperaba, concentrado, en otro mundo.

En el momento en que ella entró donde el hombre estaba sentado a solas, esperando con intensidad, una emoción nítida la traspasó; murió el terror y, después de su muerte, se encendió una gran llamarada que la borró. Él estaba sentado en mangas de camisa y pantalones al borde de la cama. Levantó la mirada cuando entró; ella evitó su cara. No la podía soportar. Sin embargo se acercó a él.

—¿Quieres comer algo? —preguntó.

—Sí —contestó él; y mientras ella estaba en la penumbra de la habitación con él, solo podía oír los fuertes latidos de su corazón. Vio el delantal a la altura de su cara. Ella permanecía en silencio, a poca distancia, como si fuera a estar allí para siempre. Él sufría.

Como en trance, esperó, de pie, inmóvil, mirando; él estaba sentado, bastante encogido, en el borde de la cama. Había una segunda voluntad en su interior, poderosa y dominante. Poco a poco se acercaba a ella, muy lentamente, como inconsciente. A él le latió con más fuerza el corazón. Iba a moverse.

Cuando estuvo bastante cercana, casi de manera imperceptible él levantó los brazos y se los puso alrededor de la cintura, atrayéndola con su voluntad y deseo. Hundió su cara en el delantal, en la terrible blandura de su vientre. Era una llama de intensa pasión que se cernía alrededor de ella. Había olvidado. La vergüenza y la memoria habían desaparecido en una llama completa,

furiosa, de pasión.

Ella estaba un poco indefensa. Sus manos saltaron, aletearon y se colocaron en la cabeza de él, apretándola más fuerte contra su vientre, vibrando cuando lo hacía. Y los brazos de él se abrazaron a ella, las manos descendieron por sus muslos, calientes como llamas en su belleza. Para ella fue un deleite intenso y angustioso, y se desmayó.

Cuando se recuperó estaba echada, transformada por la paz de la satisfacción.

Era lo que ella no sospechaba, lo que jamás pensara que podía ser. Se fortaleció con gratitud eterna. Y él estaba allí, con ella. De forma instintiva, con adoración y agradecimiento, le abrazó un poco, a él, que la tenía completamente abrazada.

Él ya estaba recuperado y completo, cerca de ella. Ese pequeño abrazo, crispado, pasajero, de reconocimiento, que ella le había dado en su satisfacción, elevó su orgullo inconquistable. Se amaban y todo era completo. Ella le amaba, él la había poseído, ella se había entregado a él. Estaba bien. Él se había dado a ella y eran uno, completos.

Cálidos, con un brillo en sus corazones y en sus rostros, se volvieron a levantar, pudorosos pero transfigurados por la felicidad.

—Te conseguiré algo para comer —dijo ella; y con la alegría del servicio y la seguridad recuperados, le dejó haciendo un pequeño y curioso homenaje de despedida. Él se sentó al borde de la cama, fugado, liberado, maravillado y feliz.

## 5

Pronto volvió con la bandeja, seguida por fräulein Hesse. Las dos mujeres le miraron mientras comía, observaron el orgullo y la maravilla de su ser mientras él estaba allí sentado, rubio y de nuevo inocente. Emilie se sentía más pletórica y completa. Ida era algo menor para ella.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó fräulein Hesse, celosa.

—Debo escapar —dijo él.

Pero las palabras carecían de significado para él. ¿Qué importaba? Tenía

satisfacción y libertad interiores.

—Pero querrás una bicicleta —dijo Ida Hesse.

—Sí —contestó él.

Emilie se sentó en silencio, alejada y al mismo tiempo a su lado, conectada por la pasión. Desvió la mirada de esta conversación sobre fugas y bicicletas.

Discutieron planes. Pero en los dos había una sola voluntad, que Bachmann se quedara con Emilie. Ida Hesse era una intrusa.

Sin embargo, concertaron que el amante de Ida debía dejar fuera su bicicleta, en la cabaña desde donde a veces vigilaba. Bachmann debía recogerla durante la noche y viajar hasta Francia. Los corazones de los tres latían ardiendo en suspenso, lanzados a la imaginación. Se sentaron ardiendo de agitación.

Bachmann debía irse a América y Emilie iría a reunirse con él. Entonces estarían en una buena tierra. La historia volvió a encenderse.

Emilie e Ida tenían que ir hasta las habitaciones de Franz Brand. Se fueron con pocas despedidas. Bachmann se quedó sentado en la oscuridad, escuchando el toque de silencio. Entonces recordó la postal para su madre. Salió detrás de Emilie y se la entregó para que la despachara. Sus maneras eran descuidadas y victoriosas; las de ella, brillantes y confiadas. Volvió a cobijarse en su refugio.

Allí tomó asiento en el borde de la cama, pensativo. Repasó una vez más los acontecimientos de la tarde, recordando su aprensión angustiosa porque había sabido que no podría escalar la pared sin desmayarse por el miedo. No obstante, una ráfaga de vergüenza regresó vivaz ante el recuerdo. Pero se dijo: ¿Qué importancia tiene? No puedo evitarlo, o sea que no puedo. Si subo a una altura, me debilito por completo y no puedo evitarlo. De nuevo recurrió el recuerdo, y sintió una ráfaga de vergüenza, como fuego. Pero se sentó y aguantó. Debía aguantarse, admitió, y aceptar. No soy un cobarde por eso, continuó. No tengo miedo al peligro. Estoy hecho de esta manera, las alturas me consumen y me orino —era una tortura para él darse cuenta de esa verdad—; si soy así tendré que aguantarlo, eso es todo. No es lo único que soy. Pensó en Emilie y le satisfizo. Soy lo que soy, y eso es suficiente, pensó.

Habiendo aceptado su propio defecto, siguió sentado, pensativo,

esperando a Emilie para contárselo. Ella volvió por fin, diciendo que Franz no podía arreglar lo de la bicicleta esa noche. Estaba rota. Bachmann tendría que quedarse un día más.

Ambos estaban contentos. Emilie, confusa ante Ida, que estaba emocionada y anhelante, volvió a acercarse al joven. Estaba rígida y dignificada porque padecía por la falta de hábito. Pero él la cogió entre sus brazos, la desvistió, y disfrutó como un loco de su cuerpo indefenso, virgen, que sufría poderosamente y que absorbía tan hondamente su alegría. Mientras la humedad del tormento y del pudor estuvo en sus ojos, se aferró a él, cada vez más próxima, hasta la victoria y la satisfacción profunda de ambos. Y durmieron juntos, él en reposo, aún satisfecho y calmado, y ella a su lado en su extática realidad.

## 6

Por la mañana, cuando sonó la diana en los barracones, se levantaron y miraron por la ventana. Ella amaba su cuerpo, que era altivo y rubio y capaz de dominar. Y él amaba su cuerpo, que era suave y eterno. Contemplaron el débil vapor gris del estío que ascendía desde el verdor y la madurez de los campos. No se veía ningún poblado; su mirada acababa en la vaguedad de la mañana estival. Sus cuerpos estaban juntos, sus mentes tranquilas. Entonces, en ambos se agitó una ligera ansiedad ante el sonido de la corneta. Ella fue llamada a su antigua posición, a tomar conciencia del mundo de autoridad que no comprendía pero que había querido servir. Pero esta llamada volvió a morir para ella. Ya lo tenía todo.

Bajó a sus tareas, curiosamente cambiada. Estaba en un nuevo mundo propio que jamás había siquiera imaginado y que era la tierra prometida. Allí se movía y existía<sup>[33]</sup>. Y lo extendió a sus obligaciones. Estaba extrañamente contenta y concentrada. No tenía que salir de sí misma para hacer su trabajo. El quehacer provenía de dentro de sí misma sin llamadas ni órdenes. Era un fluir delicioso, como la luz del sol, la actividad que fluía de ella y daba derechos a sus tareas.

Bachmann se quedó sentado, sumergido en sus pensamientos. Tenía que

preparar todos sus planes. Debía escribir a su madre y ella debía enviarle dinero a París. Iría a París y desde allí, rápidamente, a América. Tenía que hacerlo. Debía hacer todos los preparativos. Lo peligroso era pasar a Francia. Le emocionó la perspectiva. Durante el día necesitaría conseguir un horario de los trenes a París. Necesitaría pensar. Le produjo un placer delicioso usar todo su ingenio. Parecía un gran aventura.

Solo un día y escaparía hacia la libertad. Qué tremenda necesidad sentía de una libertad absoluta, imperiosa. Había ganado a su propio ser, en sí mismo y en Emilie, había borrado el estigma de su vergüenza, empezaba a ser él mismo. Y ahora deseaba locamente ser libre para continuar adelante. Una casa, su trabajo y la libertad absoluta de moverse y de ser, ese era su apasionado deseo. Meditó en una especie de éxtasis, viviendo una hora de dolorosa intensidad.

De repente oyó voces y pasos de gente y se puso en pie de un salto. Le dio un gran vuelco el corazón y luego se quedó paralizado. Estaba atrapado. Siempre lo había sabido. Un completo silencio colmó su cuerpo y su alma, un silencio como la muerte, una suspensión de la vida y del sonido. Se quedó inmóvil en el dormitorio, en perfecta suspensión.

Emilie estaba ocupada pasando rápidamente de un lado para otro en la cocina para preparar el desayuno de los niños cuando oyó el ruido de los pasos y la voz del barón. Este había entrado por el jardín y llevaba puesto un viejo traje verde de lino. Era un hombre de estatura mediana, rápido, de porte fino y poseía un encanto caprichoso. Le habían pegado un tiro en la mano derecha durante la guerra franco-prusiana y ahora, como siempre que estaba nervioso, la agitaba a su lado, como si le doliera. Hablaba muy rápido con un joven y envarado *Ober-leutnant*<sup>[34]</sup>. Dos soldados rasos estaban en la puerta, como si fueran osos.

Emilie, fuera de sí, se puso pálida y erguida, y retrocedió.

—Sí, si así lo cree podemos comprobarlo —decía el barón de forma apresurada e irritada.

—Emilie —dijo dirigiéndose a la muchacha—, ¿anoche pusiste en el buzón un tarjeta de ese Bachmann para su madre?

Emilie permaneció erguida y no contestó.

—¿Sí? —preguntó tajante el barón.

—Sí, Herr Baron —replicó Emilie, en un tono neutro.

La mano herida del barón se agitó rápidamente con exasperación. El teniente se puso aún más rígido. Tenía razón.

—¿Y sabes algo de ese muchacho? —preguntó el barón, mirándola con sus ojos llameantes, grisáceos y amarillentos. La chica le devolvió la mirada seria, atontada, pero desnudó toda su alma ante él. Durante unos segundos él la miró en silencio. Luego, en silencio, avergonzado y furibundo, dio media vuelta.

—¡Subid! —dijo con una orden severa y perentoria al joven oficial.

El teniente dio su orden, con fría confianza militar, a los soldados. Todos ellos cruzaron el vestíbulo. Emilie se quedó inerte, su vida suspendida.

El barón subió rápidamente las escaleras y avanzó por el pasillo; le seguían el teniente y los soldados rasos. El barón abrió de golpe la puerta de la habitación de Emilie y miró a Bachmann, que estaba atento, de pie, en mangas de camisa y pantalones, a un costado de la cama, frente a la puerta. Estaba completamente inmóvil. Sus ojos encontraron la mirada furiosa y centelleante del barón. Este agitó su mano herida y luego se quedó clavado. Miró a los ojos del soldado, con gravedad. Vio la misma alma expuesta y desnuda, como si realmente mirase dentro del hombre. Y el hombre estaba indefenso, aún más indefenso en su singular desnudez.

—¡Ah! —exclamó, impaciente, volviéndose y dirigiéndose al teniente que llegaba.

Este apareció en el umbral. Rápidamente, sus ojos recorrieron al joven descalzo. Lo reconoció como su objetivo. Le dio la breve orden de que se vistiera.

Bachmann dio media vuelta para buscar su ropa. Estaba muy quieto, silencioso, ensimismado. Estaba en un mundo abstracto, exánime. Apenas se daba cuenta de que los dos caballeros y los dos soldados le observaban. No podían verle.

Pronto estuvo listo. Se puso en posición de firmes. Pero solo el caparazón de su cuerpo estaba firme. Un extraño silencio, una oscuridad, algo como eterno, le poseía. Se mantuvo íntegro.

El teniente dio la orden de marchar. La pequeña compañía bajó las escaleras con paso cuidadoso, respetuoso, y pasó por el vestíbulo hacia la

cocina. Allí estaba Emilie con la cara alzada, inmóvil e inexpresiva. Bachmann no la miró. Se conocían. Eran ellos mismos. Entonces la pequeña fila de hombres salió al patio.

El barón se quedó en la puerta mirando las cuatro figuras de uniforme que pasaban por la sombra cuadriculada, bajo los limeros. Bachmann caminaba neutralizado, como si no estuviese allí. El teniente daba pasos bruscos y largos; los dos soldados se movían, pesados, a su lado. Salieron a la mañana luminosa, cada vez más pequeños, hacia los barracones.

El barón entró en la cocina. Emilie cortaba el pan.

—Entonces ¿pasó la noche aquí? —preguntó.

La muchacha le miró casi sin verle. Era demasiado ella misma. El barón vio el alma oscura, desnuda, de su cuerpo en sus ojos ciegos.

—¿Qué ibais a hacer? —preguntó.

—Él iba a ir a América —contestó en voz baja.

—¡Bah! Tendrías que haberle hecho volver de inmediato —espetó el barón.

Emilie se mantuvo firme ante su oferta, impertérrita.

—Ahora está listo —dijo él.

Pero él no podía soportar la oscura y profunda desnudez de sus ojos, que apenas cambiaban bajo aquel sufrimiento.

—No es más que un tonto —sentenció, retirándose nervioso y preparándose para lo que pudiera hacer.

# EMBROLLO MORTAL<sup>[35]</sup>

## 1

Permanecía inmóvil en el centro de la habitación, un poco tensa en su porte descuidado. Su vestido de tela rojiza caía en pliegues sedosos sobre sus pies. Era alta y espléndida a la luz de la vela. Su pelo rubio oscuro estaba recogido ligeramente en lo alto de su cabeza, y su rostro joven, fresco como una flor, estaba alzado. Iba envuelta del cuello a los pies en un vestido de elegante corte de sedosa tela roja, del color de la tierra roja. Su aspecto era completo y delicioso; solo el amor podía darle aquella floración extraña y completa. Su manto y su sombrero estaban tirados sobre una mesa, justo frente a ella.

Completamente sola, abstraída, estaba ahí de pie, retenida en un conflicto de emociones. Una mano, caída sobre la falda, se movía irritada, y la yema del pulgar restregaba una y otra vez las puntas de los dedos. Había una ligera tensión entre sus cejas enarcadas.

A su alrededor, la habitación resplandecía suavemente, la luz de la vela se reflejaba en sus paredes blancas y en el ancho techo curvo y blanqueado. Era un amplio ático con dos ventanas, y el techo se curvaba a ambos lados, de modo que las dos paredes laterales eran bajas. Contra una de ellas, a un lado, había una cama individual, entreabierta para la noche, con el blanco edredón amontonado a los pies. No lejos de ella estaba la estufa de hierro. Cerca de la ventana más próxima a la cama había una mesa con una escribanía, y un bonito cacto con brotes de un escarlata pálido arrojaba su extraña sombra sobre la pared. Había otra mesa cerca de la segunda ventana y, al otro lado, estaba la puerta, de la que colgaba un capote militar. En la pared del extremo había armas de fuego y avíos de pesca, y también alguna ropa, colgando de



clavos; toda la ropa era de hombre, y toda militar. Era, evidentemente, la habitación de un hombre, probablemente un joven teniente.

La muchacha, con su vestido puro que le caía sobre los pies, de tal modo que parecía una mujer, y no una chica, interrumpió finalmente su abstracción y se dirigió, sin objeto, hacia el escritorio. Tenía los labios obstinadamente apretados, quizá con ira, quizá con dolor. Cogió un gran sello de ágata, contempló el escudo de armas grabado en él, y permaneció de pie, frotando con el dedo de vez en cuando la piedra labrada. Finalmente dejó el sello y miró los demás objetos: un viejo y hermoso pichel de cerveza que se utilizaba como bote para tabaco, una caja en forma de urna, vieja y de forma exquisita, una barra de lacre. Frotó los lacres. Aquella, la de color verde oscuro, había sellado la última carta que ella había escrito. ¡Ah, muy bien! Hizo girar, despreocupada, el cuaderno de papel secante, que también tenía sus armas grabadas en la cubierta. Luego volvió junto a la ventana. Allí, en el nicho de la ventana, se quedó mirando afuera. Abrió la ventana y aspiró una profunda bocanada del aire frío de la noche. ¡Ah, qué bueno era! Abajo, lejos, estaba la calle, una difusa ruta dorada y lechosa debajo de ella, con sus frágiles figurillas negras moviéndose, cruzando y volviendo a cruzar con la aplicación de los insectos. Un pequeño coche de caballos avanzaba con estruendo, tan empequeñecido que resultaba absurdo. ¡Así era el mundo...! Él no venía.

Miró hacia arriba. Las estrellas eran blancas y rutilantes, parecían más cercanas que la calle, más relacionadas con ella, más reales. Se quedó allí, apretando el pecho sobre los brazos, con el rostro alzado hacia las estrellas, en la larga y angustiada suspensión de la espera. Ascendían de la calle ruidos amortiguados, como procedentes del mundo de los insectos. Pero arriba las grandes estrellas ardían blancas e invencibles, infalibles. Sintió su corazón frío como las estrellas.

Finalmente se sobresaltó. Llamaban ruidosamente a la puerta, y una voz femenina gritaba:

—¿No hay nadie?

—Entra —replicó la muchacha.

Se volvió en redondo, molesta por la intrusión, incapaz de soportarla después de las centelleantes estrellas.

Entró una guapa y delgada muchacha morena que llevaba un vestido de

corte extravagante de seda de color morado y terciopelo azul oscuro. La seguía un insignificante teniente de estatura baja, fornido, con uniforme azul pálido.

—¡Ah! ¿Tú? ¿Sola? —exclamó Teresa<sup>[36]</sup>, la recién llegada, avanzando por la habitación—. ¿Dónde está Fritz?

La muchacha de rojo se encogió de hombros y apartó el rostro, pero no habló.

—¡No está aquí! ¿No sabes dónde está? ¡Ah, qué traidor! ¡Qué bruto! —Teresa se volvió en redondo hacia su acompañante.

—¿Dónde está? —preguntó.

También él se encogió de hombros.

—Dijo que estaría de vuelta en media hora —replicó el joven teniente.

—¡Ja! ¡Media hora! ¡Eso parece! ¿Cuánto hace de esto? ¿Dos horas?

De nuevo el joven se limitó a encogerse de hombros. Tenía unas hermosas pestañas negras y la mirada firme. Se quedó inmóvil, un tanto implorante, mientras su chica, dorada como una joven pantera, la emprendía contra él.

—Ya sabemos dónde está —dijo Teresa, yendo a sentarse sobre la cama abierta. Una contracción amenazadora se produjo en las cejas de Marta, la muchacha de rojo, cuando lo hizo.

—¡Vino, mujeres y naipes! —dijo Teresa, con su voz fuerte—. Pero prefieren las mujeres a los naipes.

*Mi amor tiene cuatro reinaas,  
cuatro reinas tiene mi amor,*<sup>[37]</sup>

Cantó. Luego se interrumpió y se volvió hacia Podewils.

—¿Iba ganando cuando tú le dejaste, Kart?

De nuevo el joven barón alzó los hombros.

—*Tant pis que mal*<sup>[38]</sup> —replicó, críptico.

—¡Vaya! —gritó Teresa—. ¡Tú! ¡Siempre con tu *tant pis que mal*! ¿Estás tú *tant pis que mal*? —se rió con su extraña y profunda risa—. Bueno —añadió—, volverá con una fortuna para ti, Marta...

—Ya conozco sus fortunas —dijo Marta.

—Sí —dijo Teresa, con una súbita ironía serena—, una herradura colgada

de tu cuello, eso es lo es ese joven jockey... Pero ¿qué piensas hacer, Matzen, querida? ¿No irás a seguir esperándole? ¡Ni lo sueñes! ¡Vaya una idea, esperar a ese caballero como si estuvieras casada con él...! Ponte el sombrero, querida, y ven con nosotros... ¿Adónde vamos a ir, Karl, especie de estatua de sal? ¿Eh? ¿Al Geier? Al Geier, Marta, querida. Vamos, deprisa, vamos... Ya te han torturado bastante, Marta, mártir mía... ¡Upa! ¡Upa! Ponte el sombrero. ¡Vamos! ¡Vamos!

Teresa saltó como una explosión, ansiosa por estar fuera.

—No, le esperaré —dijo Marta, sombría.

—¡No seas tonta! —exclamó Teresa, con su voz profunda—. ¡Esperarle! Mira, que espere este: atrapa a ese pajarillo mientras esperas —alzó la mano y sopló levemente entre los dedos—. ¡Fiuuu! —canturreó, como si acabara de volar un pájaro.

El joven teniente permanecía silencioso, con una sonrisa en sus ojos oscuros. Teresa era vivaz y dorada como una pantera.

—Pero en serio, Marta, no, no irás a seguir esperándole... ¡Faltaría más! No seas tonta, no juegues a Gretchen... Tienes los ojos demasiado verdes<sup>[39]</sup>. Ponte el sombrero, sé buena.

—No —dijo Marta, con una rara obstinación en su cara rosada—. Le esperaré. Tiene que venir, tarde o temprano.

Hubo unos momentos de pausa incómoda.

—¡Muy bien! —dijo Teresa, dejándose poner la capa—. Con tal de que no esperes tanto tiempo como Lenore-fuhrums-Morgenrot<sup>[40]</sup>... Adieu, querida, queda con Dios.

El joven teniente saludó con una solícita inclinación de cabeza, y salieron, dejando a la muchacha de rojo sola una vez más.

Fue al escritorio y se puso a escribir su nombre en una hoja de papel, en caracteres góticos, una y otra vez:

Marta Hohenest.

Marta Hohenest.

Marta Hohenest.

Seguían abajo los vagos sonidos de la calle. El viento era frío. Se puso en pie y cerró la ventana. Luego volvió a sentarse.

Por fin se abrió la puerta, y entró un joven oficial. Iba embutido en un

abrigo azul oscuro con grandes botones de plata en dos hileras a ambos lados de la pechera. Entró de prisa, mirando a través de la habitación a Marta, que estaba sentada de espaldas a él. Escribía en un papel con un lápiz. Cerró la puerta. Luego, con movimientos elegantes, se despojó del abrigo y fue a colgarlo. ¡Qué bien conocía Marta el sonido de sus movimientos, su paso rápido y leve! Pero siguió mecánicamente trazando cruces en el papel, con la cabeza inclinada entre las velas de tal modo que en su cabello había finas hebras y una bruma de luz, muy hermosa. Él vio esto y se enterneció. Pero ya no podía permitirse la ternura.

—¿Has estado esperando? —preguntó serio. ¡Qué pregunta tan insultantemente fútil! Ella no hizo ningún ademán, como si no le hubiera oído. Él estaba absorto en su propia tragedia, y apenas le prestaba atención.

Era un joven delgado, bien parecido, bien proporcionado y de fina estampa. Ahora sus facciones estaban pálidas y había un no sé qué evasivo en sus ojos dilatados y vibrantes. Apenas tenía conciencia de la presencia de la muchacha, intoxicado con su propia desesperación, que le volvía indiferente y distante.

Para ella, la atmósfera de la habitación era casi irrespirable desde que él había entrado. Se sentía terriblemente atada, emparedada. Se puso en pie con un movimiento súbito que enervó al oficial. Le miró, alta y brillante y peligrosa al volverse y encararse con él.

—¿Vuelves con una fortuna? —gritó, burlona, con los ojos llenos de una luz peligrosa.

Él estaba desabrochándose el cinturón para cambiarse la camisa. Durante todo el tiempo ella lo contempló de arriba abajo. Él no podía responder, sus labios permanecían mudos. Además, el silencio era su fuerza.

—¿Vuelves con una fortuna? —repitió la muchacha con su voz burlona, fuerte y clara.

—No —respondió él, volviéndose de repente—. Y demos gracias a que... a que al menos haya vuelto.

Hablaba con desesperación, y huyó de nuevo al silencio. Era un hombre abrumado por el destino. Ella le miró: resultaba insignificante abrumado por el destino. Le pareció ridículo. Y, sin embargo, la muchacha estaba asustada: lo amaba.

Había quedado ya bastante rato expuesto en su desamparo. Dio algunos pasos con dificultad y se sentó en el escritorio. La miró como un perro con el rabo entre las piernas.

Vio el papel en el que el nombre de la muchacha estaba escrito repetidas veces. Debía de encontrar satisfacción en su propio nombre, pensó vagamente. Luego cogió el sello y lo hizo girar entre los dedos, haciendo un poco de trampa. Y continuamente el sello caía sobre la mesa con un súbito repiqueteo que ponía a Marta cruelmente tensa. Él la había olvidado por completo.

Ella lo contemplaba, sentado e inclinado hacia delante en su estupor. La delgada tela de su uniforme dejaba ver el molde de su espalda. Y algo la torturaba viéndolo, la torturaba hasta el punto de casi no poder soportarlo: el deseo de su cuerpo finamente modelado, la estupefacción y la abyección que había en él ahora, la inmersión en su propia tragedia, su no prestarle atención. Toda la voluntad de la muchacha parecía aferrarlo, machacar cierta indiferencia varonil y atraer su atención.

—Supongo que estás furiosa conmigo por haber llegado tarde —dijo él, con un ironía de impotencia en la voz. ¡Enfurecerse por tonterías, cuando él estaba hundido en la catástrofe! ¡Qué grande era su auténtica desdicha, qué triviales eran las insignificantes ofensas de la muchacha!

Algo en su tono la escoció, haciendo que se le enfriara el alma.

—No estoy precisamente complacida —dijo fríamente, volviéndose hacia una ventana.

Él seguía sentado en la mesa, inclinado, retorciendo algo entre los dedos. Ella volvió la mirada hacia él. ¡Qué vigoroso era! Tenía unas manos hermosas, y en un dedo el sello de topacio despedía destellos amarillos. ¡Ah! ¡Si sus manos fueran realmente atrevidas, temerarias! Parecían siempre tan culpables, tan cobardes...

—Ahora estoy acabado —dijo el joven, de repente, como para sí, inclinando un poco hacia atrás la silla. ¡Era tan elegante y equilibrado, tan sensible en todos sus movimientos! ¡Oh, cómo la atraía!

—¿Por qué? —preguntó ella, sin interés.

Él estaba encendido de ira. La muchacha era tan impertinente... Si fueran a fusilarle, ella no se emocionaría más que por media libra de bombones.

—¿Por qué? —repitió él, lacónico—. Por la misma razón trivial de siempre.

—¿Deudas? —gritó Marta, con desprecio.

—Exactamente.

El alma de la muchacha ardía de ira.

—¿Qué has hecho esta vez? ¿Has perdido más dinero?

—Tres mil marcos.

Ella se quedó en silencio, presa de una ira profunda.

—¡Idiota! —dijo. Luego, sumergida en su ira, siguió en silencio algunos minutos—. ¿Así que estás acabado, por tres mil marcos? —exclamó, mofándose de él—. Resultas muy barato.

—Tres mil... y el resto —dijo él, conservando su *sang froid* varonil.

—¡Y el resto! —repitió ella, con desprecio—. Y por tres mil... y el resto, ¡tu vida está acabada!

—Mi carrera —corrigió él.

—¡Oh! —se burló la muchacha—. ¡Solo tu carrera! Creía que se trataba de un asunto de vida o muerte. ¿Solo tu carrera? ¡Oh, solo eso!

La mirada del joven se endureció ante la burla.

—Mi carrera es mi vida —dijo.

—¡Oh! ¡Es tu vida...! ¿No eres un hombre, entonces? ¿Eres tan solo una carrera?

—Soy un caballero.

—¡Oh! ¡Eso eres! ¡Qué divertido! ¡Qué divertidísimo, ser un caballero y no un hombre...! Supongo que esto es lo que significa ser un caballero, no tener entrañas fuera de la carrera.

—Fuera del honor... no.

—¿Y puedo preguntarte qué es tu honor? —la muchacha hablaba con ironía extrema.

—Sí, puedes preguntármelo —replicó él, fríamente—. Pero si no lo sabes sin que te lo digan, me temo que nunca podré explicártelo.

—¡Oh! ¡No podrás! No, si ya te creo... Eres incapaz de explicarlo, la cosa no soportaría la explicación. —Hubo una pausa larga y tensa—. De modo que has contraído demasiadas deudas, y temes que te echen del ejército a puntapiés; y entonces se acabó el honor, ¿no es eso...? Y después ¿qué?

Hablaba cargada de una ironía extrema. Él dio un respingo ante la expresión «echarle a puntapiés del ejército». Pero hizo oscilar hacia atrás su silla con fingida despreocupación.

—He contraído demasiadas deudas, y sé que me echarán del ejército a puntapiés —repitió él, hurgando en la herida—. Después de eso... ya no me quedará más que pegarme un tiro. O podría convertirme en mozo de café... o quizá en oficinista, con veinticinco chelines por semana.

—¿De veras? ¿Todas esas alternativas? Bueno, ¿por qué no? ¿Por qué no habrías de ser camarero en el Germania? Sería terriblemente gracioso.

—¿Por qué no? —repitió él, con ironía—. Pues porque eso no es para mí.

Ella le miró, contempló la aristocrática finura de su físico, su extrema delicadeza. Y toda la germánica adoración que ella sentía por su vieja y orgullosa familia se sublevó en ella. No, no podía ser camarero en el Germania: ella no lo soportaría. El joven era algo demasiado refinado y hermoso.

—¡Ja! —gritó la muchacha, de repente—. Tampoco habría que llegar a eso. Si te echan del ejército, algo encontrarás... Eres como un gato, siempre acabas cayendo de pie.

Pero precisamente él no era de este modo. No era como un gato. La desconfianza en sí mismo era demasiado profunda. A fin de cuentas, no creía en absoluto en sí mismo como ser aislado y separado. Sabía que era bastante inteligente, que era un aristócrata, que tenía buena presencia, que era superior en sensibilidad a la mayoría de los hombres. El problema estaba en que, al margen del entramado social al que pertenecía, sentía que no era nada, que era un cero. Envidiaba amargamente a los trabajadores por ese aplomo, esa confianza en sí mismos, enraizada y casi estúpida, que observaba en ellos. En cuanto a él... Él podía arrastrar a esos hombres a través de las puertas del infierno, porque ¿qué le importaban a él el peligro y las heridas cuando los conducía? Pero... si se le separaba de todo eso, ¿qué era él? Un palpitante andrajo de vida humana sin sentido.

Pero ella procedía del pueblo y no podía entender del todo. Y era mejor dejarla en las tinieblas. El ser libre, indomable y autosuficiente que debe ser un hombre en su relación con la mujer que le ama... eso podía pretender. Pero él sabía que no era aquello. Sabía que el mundo masculino del que él

obtenía su valor era su amante más allá de toda mujer. Deseaba, secretamente, ansiosamente, casi con cobardía, en su corazón, que no fuera así. Pero así era.

De modo que oyó la frase «eres como un gato» con cierta amarga envidia.

—¿Qué voy a encontrar? ¿Alguna mujer que se case conmigo? —dijo.

Esta era una vía de salida. Y, para él, resultaba casi inevitable. Pero sentía que aquello era la ruina final de su hombría.

Lo que había dicho hirió mortalmente a la muchacha, con una herida peor que la muerte. Hubiera preferido morir, porque entonces su amor propio no se hubiera deshecho en cenizas.

—Cásate, entonces, si quieres —dijo, con voz débil y quebrada.

—Naturalmente —dijo él.

Se produjo un largo silencio, anticipación de una estéril desesperanza.

—¿Por qué te resulta tan terrible —preguntó finalmente la muchacha— dejar el ejército y confiar en tus propios recursos? Otros hombres son lo bastante fuertes.

—Yo no soy como los otros hombres —dijo.

¿Por qué le torturaba? Parecía disfrutar torturándole. Pensar en su expulsión del ejército era para él una agonía mucho peor que la muerte. Se vio a sí mismo con las despreciables ropas civiles, dedicado a alguna ocupación servil. Y no podía soportarlo. Era una cruz demasiado pesada.

¿Quién era ella para hablar? Era ella misma, una actriz, hija de un comerciante. Él era él. ¿Cómo podía cualquiera de ellos hablar por el otro? Era imposible. La amaba. La amaba mucho mejor de lo que los hombres suelen amar a sus queridas. Le importaba de verdad. Y se sentía extrañamente orgulloso de su amor por ella, como si fuera para él una distinción. Pero había un límite en su capacidad de comprensión. Había un punto más allá del cual ella no tenía que ver con él, y haría mejor dejándole en paz. Ahora, en esta crisis, no podía atreverse a hablar, porque no comprendía... Pero a ella le gustaba torturarle, esa era la verdad.

—¿Por qué te repugna trabajar? —insistió la muchacha.

Él levantó el rostro, pálido y atormentado; sus ojos grises llameaban de miedo y odio.

—¡Trabajar! —gritó—. ¿Para qué te imaginas que sirvo? Veinticinco



chelines a la semana, si tengo suerte.

Su evidente angustia penetró en ella. Se sentó, turbada, mirándole con ojos muy abiertos. Estaba pálido de desdicha y de miedo; la mano, laxa sobre la mesa, estaba abandonada en nerviosa ignominia. La mente de la muchacha se llenó de asombro y de un miedo profundo y frío. ¿Realmente le importaba tanto? ¿Realmente tenía aquello tanta importancia para él? Cuando dijo que valía veinticinco chelines por semana, era como un hombre con el alma atravesada. Permanecía sentado, aniquilado. Le buscaba con la mirada, pero no era nada. Buscaba al hombre, al ser libre que la amaba. Y no estaba, había desaparecido, y quedaba esa imagen descolorida. Había una cosa de cara pálida sentada ahí en la silla, mirando al vacío.

El aturdimiento del joven aumentaba con un miedo intolerable. Era como si el mundo se hubiera hundido en el caos. No quedaba nada. Era como si la muchacha asiera el aire en busca de un punto de apoyo.

Él estaba sentado, mirando frente a él, con una sorda torpeza instalada en su cerebro. Contemplaba la llama de la vela. Y, en su alejamiento, entendía que la llama era una riada que corría ligera, que manaba ligera de la mecha a través de un oleaje blanco y que entraba en las tinieblas, arriba. Era como una fuente que espumeaba de repente y luego corría oscura y suave. ¿Podía represarse la riada? Tomó un trozo de papel e interrumpió la llama durante un segundo.

La muchacha de rojo se sobresaltó con el latir de la llama. Parecía estar de regreso de algún trance. Vio el rostro del joven, ahora abierto, atento, abstraído, absuelto. Era totalmente ajeno a su yo temporal.

—No es cierto —dijo ella—, ¿verdad que no? No es tan trágico, ¿verdad? ¿Solo tu orgullo está herido, tu pequeño y tonto orgullo?

Estaba casi rogando. Él la contempló con una mirada limpia y fija.

—¡Mi orgullo! —dijo—. ¿Y no soy yo mi orgullo? ¿Qué soy sin mi orgullo?

—Tú mismo —dijo ella—. Si a uno le quitan el uniforme y lo arrojan desnudo a la calle, sigue siendo uno mismo.

Sus ojos se encendieron. Luego gritó:

—¿Qué significa «uno mismo»? Significa que me pongo ropas civiles de confección y que hago un sucio trabajo cualquiera en alguna otra parte: eso es

lo que vale mi yo.

Ella frunció el entrecejo.

—Pero ¿y lo que eres para mí...? Ese yo desnudo que eres para mí... eso es algo, ¿no...? Lo es todo —dijo.

—¿Y qué es eso, si no significa nada? —dijo él—. ¿Qué es eso, más que una libra de *dragées*<sup>[41]</sup> de chocolate? No tiene ningún sentido... A menos que signifique, como tú dices, un pequeño oficinista de veinticinco chelines por semana.

Todo era heridas para ella, heridas muy profundas. Le miró con asombro durante unos instantes.

—¿Y qué sentido tiene ahora? —dijo—. ¡Un espléndido segundo teniente!

Él hizo un ademán evasivo con la mano.

Ella le miró con las cejas contraídas.

—¿Y nuestro amor? —dijo—. ¿No significa nada para ti, nada en absoluto?

—Para mí, como simple amanuense, ¿qué puede significar? ¡Qué significa el amor! ¿Significa que un hombre no será más que un sucio andrajo en el mundo? ¿Cuánto piensas que valgo en el amor, si en la vida soy un infeliz escribiente subalterno manchado de tinta?

—¿Y eso qué importa?

—Es lo único que importa.

Hubo un silencio durante un rato, y luego la ira se encendió en ella.

—A ti no te importa lo que yo siento, si a mí me angustia o no —exclamó, alzando la voz—. Le quitarán su pequeño uniforme lleno de botones, y tendrá que ser un pequeño civil común; ¡así que todo lo que puede hacer es pegarse un tiro! Tanto da que yo esté en medio...

Él seguía sentado, con aire obstinado, silencioso. Pensó que la muchacha era vulgar. Y su delirio no alteraba la situación en absoluto.

—¿Te das cuenta en cuánto me valoras, inteligente hombrecillo? —gritó, fuera de sí—. Yo te he querido, te he querido con toda mi alma durante dos años... Y tú me has mentado, me dijiste que me querías. Y ahora ¿qué consigo? Que se pegue un tiro, porque su terca vanidad está herida... ¡Ah, estúpida!

Él alzó la cabeza y la miró. Su cara tenía una expresión inalterada y superior.

—Todo lo cual —dijo— deja el asunto totalmente intacto.

La muchacha odiaba sus fríos discursillos.

—¡Entonces pégate un tiro —gritó— y valdrás menos de veinticinco chelines por semana!

Hubo un silencio fúnebre.

—Luego no es una cuestión de lo que se vale —dijo él.

—¡Ja! —profirió ella con desdén.

Por lo que a ella tocaba, había terminado. No tenía nada más que decir. Finalmente, tras permanecer ambos inmóviles y silenciosos, distanciados, durante un rato, se puso en pie y cruzó la habitación en busca de su sombrero y de su manto. Él se estremeció de temor. Ahora no podía soportar que ella se marchara. Se estremeció como si fueran a azotarle. Ella se puso el sombrero, con brusquedad, y luego se arrojó sobre los hombros su cálido manto a cuadros. Su sombrero era de lustrosa seda negra, con un brillante penacho de plumas de gallo; su manto a cuadros era verde oscuro y azul, y flotaba, abierto, sobre su vestido rojo claro. ¡Qué hermosa era! ¡Como una Madonna enfurecida!

—Adiós —dijo ella, con la voz llena de burla—. Me voy.

Él estaba sentado, inmóvil, como lastrado con plomo. La muchacha titubeó, y luego se encaminó hacia la puerta.

De repente, con un salto felino, se encaró con ella, con la espalda contra la puerta. Sus ojos estaban ebrios, dilatados como los de un gato; su rostro parecía resplandecer ante ella. La muchacha tembló, un cierto fluido sutil recorrió sus nervios.

—Déjame salir —dijo, en voz baja—. Ya he tenido bastante.

Los ojos del joven, con la pupila ensanchada, oscura, eléctrica, como la de un gato, se limitaban a contemplarla objetivamente. Y de nuevo la recorrió una oleada de sumisión femenina.

—Quiero salir —rogó—. Sabes que no está bien. Sabes que no está bien.

Permanecía de pie, humilde, delante de él. Una mueca huidiza tembló alrededor de la boca del joven.

—Sabes que no me quieres —insistió ella—. Sabes que en realidad no me

quieres... Solo haces esto para demostrar tu poder sobre mí... Y esto es una jugada despreciable.

Pero él no respondió; solo sus ojos se estrecharon en una sonrisa sensual y cruel. Ella se estremeció, asustada; y, sin embargo, estaba fascinada.

—No te irás todavía —dijo él.

Ella intentó en vano provocar en sí misma una oposición real.

—Gritaré —amenazó—. Te avergonzaré delante de la gente.

Sus ojos volvieron a estrecharse en la sonrisa de vengativa y burlona indiferencia.

—Hazlo —dijo.

Y al sonido de su voz tranquila, gatuna, una embriaguez corrió por las venas de la muchacha.

—Lo haré —dijo, mirándole desafiante a los ojos. Pero la sonrisa en aquellas pupilas oscuras, ebrias, dilatadas, la hizo retroceder a la sumisión.

—¿Me dejarás marchar? —rogó, sombría.

Ahora la sonrisa se abrió francamente en el rostro del joven.

—Quítate el sombrero —dijo.

Y con dedos veloces y ligeros le quitó las agujas del sombrero, desabrochó la hebilla de su manto y dejó sus cosas a un lado.

Ella se sentó en una silla. Luego volvió a ponerse en pie y se dirigió a la ventana. Abajo, en la calle, las frágiles figurillas seguían moviéndose como antes. Abrió la ventana, se apoyó en ella y lloró.

Él la miró, irritado, mientras ella seguía apoyada en el nicho de la ventana con su vestido largo rojo claro. Era exasperante.

—Tendrás frío —dijo.

Ella no le prestó atención. El joven supuso, por cierta tensión en su actitud, que estaba llorando. Aquello le irritó en extremo, le irritó hasta un punto de demencia. Al cabo de algunos minutos de expectación fue hacia ella y la tomó del brazo. Su mano era sutil y suave al contacto, y, sin embargo, más cruel que gentil.

—Ven —dijo—. No te quedes ahí a pleno viento... Ven.

La condujo lentamente hacia la cama. La muchacha se sentó, y él a su lado.

—¿Por qué lloras? —preguntó con su extraña voz penetrante que tenía

una vibración regocijada. Pero ella lloró todavía más.

La besó en la cara, que era suave y fresca, y sin embargo cálida, y estaba húmeda de lágrimas. La volvió a besar, una y otra vez, sintiendo el placer de la suave y salada humedad. Ella se volvió y se secó la cara con su pañuelo, y se sonó la nariz. Él estaba desconcertado... Pero el modo en que se sonaba la nariz le gustaba.

De repente, ella se dejó caer, deslizándose, sobre el suelo, y ocultó el rostro en el costado de la cama, llorando y gritando fuerte:

—No me quieres... ¡Oh! No me quieres... Pensaba que me querías, y tú me dejaste creerlo... Pero no me quieres, no, y yo no puedo soportarlo... ¡Oh, no puedo soportarlo!

Él, sentado, escuchaba el extraño sonido animal de su llanto. Sus ojos llameaban de triunfo, su cuerpo parecía repleto y sobrecargado de poder. Pero sus cejas estaban fruncidas por la tensión. Puso suavemente la mano sobre la cabeza de la muchacha, le rozó suavemente la cara, que estaba hundida en la cama.

De repente, ella se restregó el rostro contra las sábanas y volvió a levantar la mirada.

—Me has mentido —dijo, sentándose a su lado.

—¿De veras? Entonces me he mentido a mí mismo. —Su cuerpo se sentía tan cargado de fuerza viril que casi se reía de su vigor.

—Sí —dijo ella, enigmática, fatal. Parecía absorta en sus pensamientos. Luego le volvió a temblar el rostro.

—Y yo te he querido tanto... —balbució mientras le asomaban las lágrimas. Había un tumultuoso deleite en el corazón del joven.

—Te quiero —dijo, con suavidad, tocándola con suavidad, besándola con suavidad en una especie de sutil éxtasis contenido.

Ella negó, obstinada, con la cabeza. Trató de irse. Luego volvió a dejarse caer y se volvió para mirarle, con temor y duda. Aquellas lucecillas fascinantes, diabólicas, revoloteaban en sus ojos como una risa.

—No me hagas tanto daño —balbució la muchacha, en una última protesta.

Una leve sonrisa asomó en el rostro del joven. Tomó la cara de la muchacha entre las manos y la cubrió de besos suaves, cegadores como una

dulce lluvia narcótica. Se sentía como un manantial inagotable de sangre poderosa. Temblaba levemente en todos sus miembros, lleno de poder.

Cuando ella alzó el rostro y abrió los ojos, su cara estaba húmeda, y sus ojos verdes y dorados brillaban, como un repentino rayo de sol a través de un follaje húmedo. Le sonrió como una niña a través de las lágrimas, y él, con suavidad, con infinita suavidad, le secó las lágrimas con la boca y con su suave y joven bigote.

—No te matarás, nunca, porque eres mío, ¿verdad? —dijo ella, percibiendo el leve temblor de dominio de su cuerpo.

—Sí —dijo él.

—¿Mío del todo? —preguntó ella, alzando la voz en éxtasis.

—Sí.

—¿De nadie más? ¿Solo mío? ¿Nada más?

—Nada más —respondió él en eco.

—¿Solo mío? —fueron sus últimas palabras de éxtasis.

—Sí.

Y le pareció liberarse en la infinitud del éxtasis.

## 2

Durmieron satisfechos toda la larga noche. Pero luego unos sueños extraños les frecuentaron a ambos, unos sueños raros que no eran ni sueño ni vigilia; tan solo, con una extraña lasitud, a través de los sueños, ella oyó por fin unos golpes continuos y leves. Se despertó con dificultad. Los golpes volvieron. Saltó bruscamente de la cama. Era en la puerta... Debía de ser el ordenanza que venía a avisar a Friedeburg. Todas las cosas parecían disparatadas y espectrales. Puso la mano en el hombro del hombre dormido y le dio unos fuertes empujones; esperó un momento, luego volvió a empujarlo, casi con violencia, para despertarlo. Se despertó con una sensación de resentimiento por lo violento del método. Luego oyó los golpes del ordenanza. Hizo acopio de sus sentidos.

—¡Sí, Heinrich! —dijo.

¡Qué extraño, el sonido de una voz! Parecía un sonido distante y

desgarrador. Luego se oyó la voz apagada del sirviente.

—Las cuatro y media, señor.

—¡Muy bien! —dijo Friedeburg, y automáticamente se levantó y encendió una lámpara. Ella se despertó tan rápidamente como si fuera ya de día. Pero era un día extraño, falso, como un delirio. Le vio apagar la cerilla, le vio moverse por la habitación, vistiéndose a toda prisa. Y el movimiento en la habitación la perturbaba. Él mismo era difuso e irreal, un objeto visto pero no entendido. Contempló todos sus gestos mientras se vestía, vio todos sus movimientos, pero a él mismo no llegó a verle. Había en ella tan solo una sensación de alboroto que la irritaba, y no tenía conciencia de ninguna presencia. Su mente, en su extraña claridad hética, quería considerar las cosas con absoluto despegó. Por ejemplo, quería considerar el cacto. Era un objeto curioso, con brotes de un escarlata puro. Ahora bien, ¿cómo habían logrado aquellos brotes escarlata abrirse camino a través de aquella criatura terrosa, aparentemente sin vida? ¡Brotes escarlata! ¡Qué maravillosos eran! ¿Qué eran, cómo se podía aprehenderlo, tenerlo? ¿Dónde estaba él, qué era él? Le pareció que trataba de asir el aire.

Él se arrojaba agua fría en la cara; esa impresión le hacía bien. Se sentía como si alguien le hubiera robado el ser durante la noche, estaba moviendo una concha ligera y rápida, con todo su significado ausente. Su cuerpo era veloz y activo, pero toda su comprensión profunda, su alma, había desaparecido. Trató de recobrarla frotándose la cara. Estaba totalmente embotado, como si su espíritu hubiera abandonado su cuerpo.

—Ven a besarme —sonó la voz desde la cama. Se inclinó sobre ella como un autómata. Ella lo rodeó con los brazos y le miró a la cara con sus ojos claros, brillantes, pardos y verdes, como si también ella estuviera buscando el alma que él había perdido.

—¿Cómo estás? —las palabras de la muchacha carecían de sentido.

—Muy bien.

—Bésame.

Se inclinó y la besó.

Y aquellos ojos claros, que más bien le asustaban, parecían seguir buscándole dentro de sí mismo. Era como un pájaro paralizado por aquellos maravillosos ojos diáfanos, pardos y verdes. Ella le pasó los dedos entre los

cabellos suaves, espesos y hermosos, y cerró la mano empuñándolos. Él sintió asombro y miedo ante aquel agarrón que le hacía daño.

—Llegaré tarde —dijo.

—Sí —contestó ella. Y le soltó.

Mientras se abrochaba la camisa miró por la ventana. Aún era de noche; una noche que debiera haber durado hasta la eternidad. La luna estaba en el cielo. Abajo, en las calles, las farolas amarillas, espaciadas, ardían exiguamente. Era la noche de la eternidad.

Se oyó un golpe en la puerta, y la voz del ordenanza.

—El café, señor.

—Déjelo ahí fuera.

Oyeron el débil retiñir de la bandeja cuando la dejaba en el suelo.

Friedeburg se sentó para calzarse las botas. Luego, con paso varonil y firme, fue a buscar la bandeja. Se sentía adecuadamente fuerte y seguro ahora, con su uniforme puesto. Pero seguía teniendo conciencia de los ojos maravillosos, claros, abiertos, de la muchacha, mirándole al corazón desde su misterioso silencio.

Había un fuerte olor a café en la habitación.

—¿Quieres un poco de café? —Sus ojos no podían encontrarse con los de ella.

—No, gracias.

—¿Solo un sorbo?

—No, gracias.

La voz de la muchacha sonaba decididamente alegre. Le miraba mientras mojaba pan en el café y comía con prisa, ausente. No sabía qué estaba haciendo, pero mojaba pan y el café caliente le producía placer. Se bebió de un solo trago lo que quedaba en la taza, y se puso en pie.

—Debo irme —dijo.

Había una sonrisa extraña y agria en los ojos de la muchacha. Sus ojos le atrajeron a ella. ¡Qué hermosa era! Y desconcertante, y aterradora, con aquella mirada que brillaba de ternura y parecía resplandecer en su rostro. Le atrajo la cabeza sobre su pecho, y le mantuvo aprisionado de este modo mientras murmuraba con un gozo tierno y triunfante:

«¡Querido! ¡Querido!».



Por fin le dejó alzar la cabeza, y él la miró a los ojos, que parecían concentrarse en un solo punto de visión dorado y tembloroso en el que él se sentía perecer.

—¡Querido! —murmuró la muchacha—. Me quieres, ¿verdad?

—Sí —respondió, mecánicamente.

El punto dorado de visión parecía saltar hacia él desde sus ojos, pidiendo algo. Él se sentó, cansado, como hechizado. La muchacha le dio un empujoncito con la mano.

—¿No tienes que irte? —dijo.

Se puso en pie. Ella le contempló mientras se abrochaba el cinturón en torno a su cuerpo, que parecía suave bajo las finas ropas. Se puso la guerrera y se calzó su gorro picudo. Volvía a ser un joven oficial.

Pero se había olvidado el reloj. Estaba en la mesa, junto a la cama. Ella le observó mientras recolocaba la cadena. La miró. ¡Qué hermosa era, con su rostro luminoso y su cabello delicado y suelto! Pero se sentía lejos.

—¿Puedo hacer algo por ti? —preguntó.

—No, gracias... Dormiré —contestó ella, sonriendo. Y la extraña chispa dorada volvió a bailar en sus ojos, y de nuevo sintió él como si le abandonara el corazón, como si se le saliera destrozado. Había también una delicada ternura en la cara viva y peligrosa de la muchacha.

La besó por última vez, diciendo:

—¿Quieres que apague las velas?

—Sí, amor mío... Dormiré.

—Sí... Duerme todo lo que quieras.

La chispa dorada de sus ojos parecía bailar en él como una destrucción; era hermosa, y patética. La rozó tiernamente con las yemas de los dedos; luego, de repente, apagó las velas y caminó hacia la puerta a la débil luz de la luna.

Se había ido. Ella oyó el tintineo de sus botas en los peldaños de piedra... Oyó, muy abajo, sus pisadas sobre el empedrado de la calle. Así pues, se había ido. Permaneció tendida, absolutamente inmóvil, en el mortal desfallecimiento del reposo. No quería volver a moverse nunca más. Todo había terminado. Permaneció completamente inmóvil, enteramente abandonada, enteramente.

Pero algo la perturbó de nuevo. Se oyó un golpecito en la puerta, y luego la voz de Teresa que decía, con un sonido tembloroso por el frío:

—¡Uf...! Me vengo contigo, Marta, querida. No puedo soportar quedarme sola.

—Daré la luz —dijo Marta, incorporándose y buscando a tientas la vela—. Cierra la puerta, ¿quieres, Resie? Así nadie nos molestará.

Vio a Teresa descuidadamente envuelta en su manto, con dos espesas tiras de cabello colgándole desaliñadamente. Teresa tenía un aire voluptuosamente soñoliento y satisfecho, como un gato que vuelve al calor de la casa.

—¡Uf! —dijo—. ¡Qué frío hace!

Y corrió junto a la estufa. Marta oyó el raspar de la pequeña pala, un ruido de carbón removido, y luego el sonido metálico de la puertecilla de hierro. Luego Teresa fue corriendo hacia la cama, en una carrerilla estremecida, apagó soplando la vela y se deslizó al lado de su amiga.

—¡Qué frío! —dijo, con un exquisito estremecimiento de calor. Marta le hizo sitio, y se instalaron para dormir.

—¿No estás encantada de no ser ellos? —dijo Resie, con un ligero estremecimiento ante la idea—. ¡Uf! ¡Pobres diablos!

—Lo estoy —dijo Marta.

—¡Ah! Dormir... Dormir... ¡Qué delicia! —dijo Teresa, con profunda satisfacción—. ¡Ah! ¡Qué gusto!

—Sí —dijo Marta.

—Buenos días, buenas noches querida —dijo Teresa, ya medio dormida.

—Buenas noches —respondió Marta.

Su mente tuvo un ligero aleteo. Luego se sumió en el sueño sin darse cuenta. La habitación estaba en silencio.

Fuera, la luna, al ponerse, arrojaba sombras puntiagudas sobre las casas de altos techos. Desde unas torres gemelas que se erguían como dos oscuros compañeros gigantes en la noche, las campanadas de la hora temblaron sobre la ciudad dormida. Pero los pasos de oficiales atareados y de soldados que andaban encorvados resonaron sobre los empedrados helados. Luego apareció en la distancia una linterna, acompañada por el ruido traqueteante de un carro de bueyes. A la luz de la linterna del asta del carromato podían verse

las patas de los bueyes, moviéndose despacio, y sus colgantes papadas. Tiraban del carro lentamente, con un ruido rechinante de pesadas ruedas, y las cabezas unidas de las lentas bestias se balanceaban rítmicamente.

¡Ah! ¡Aquello era vida! ¡Qué delicioso, qué delicioso era cada pequeño incidente! ¡Qué delicioso era para Friedeburg lanzar sus órdenes retumbantes al aire helado, ver a sus hombres bamboleándose torpemente en sus puestos, con leves movimientos danzarines, juguetones y resentidos, de puro frío!

Era delicioso, realmente delicioso, caminar junto a sus hombres, delicioso oír el gran roce de sus pesadas botas en el inmaculado silencio; delicioso sentir la masa inmensa de cuerpos vivos coordinados en un solo todo junto a él, percibir la cálida exhalación de sus cuerpos próximos, su aliento. Friedeburg era como un hombre condenado a muerte que recoge todas las impresiones como tesoros inestimables.

Era delicioso cruzar las puertas de la ciudad, salir a las abiertas tinieblas y a la anchura del campo. Esto era casi lo mejor de todo. Era como emerger de las llanuras abiertas de la libertad eterna.

Vieron una forma oscura cojeando en la sombra junto a un cobertizo. Al pasar, a través de la puerta abierta del cobertizo vieron, a la luz dorada, las vigas bajas, los pálidos, sedosos flancos evanescentes de las vacas. Y una mujer con un pañuelo rojo anudado alrededor de la cabeza alzó la cara junto al flanco de la bestia que estaba ordeñando para mirar a los soldados que arrastraban los pies como una muchedumbre de pesados fantasmas dirigiéndose a las tinieblas. Algunos de los hombres la llamaron, cariñosa e indecentemente. ¡Ah, la belleza milagrosa y la dulzura de esas trivialidades!

Pero había un vago malestar. Oyó a los hombres discutir acerca de si llegaba o no el amanecer. Ahí estaba la luna de plata, navegando todavía por los altos mares del cielo. ¡Era encantadora, era una joya! Pero ¿era aquello una mancha del día naciente? Se estremeció levemente ante la tosquedad del día que iba a empezar. Aquella noche en el alba era tan extraña y libre...

Sí, estaba seguro. Veía en el horizonte una palidez incolora. La tierra empezó a verse dura, como una gran sombra concreta. Se estremeció en su interior. Mirando las hileras de sus hombres, podía verlos como una compañía de fantasmas rítmicos. Aquella palidez se reflejaba ahora en sus rostros lívidos. ¡Era el día naciente! Aquello lo asustó.

Llegó el alba. Vio su color rosa colgado, tembloroso de luz, sobre el oriente. Luego un extraño hechizo escarlata recorrió la tierra. A sus pies, destellos de hielo se encendían de escarlata; incluso las manos de los hombres eran rojas y se columpiaban siniestras, pesadas, teñidas de rojo.

El sol apareció; asomó su borde, nadando en fuego, vacilante mientras emergía. De repente hubo sombras de árboles y de roderas, y la hierba fue blanca, y el hielo dorado contra la sombra de ébano. Los rostros de los hombres estaban encendidos, inflamados de vida. ¡Ah! ¡Era mágico! ¡Todo era demasiado maravilloso! ¡Si siempre fuera de este modo...!

Cuando se detuvieron en la posada para el desayuno, a las nueve, el olor de la posada entró, tosco y feo, en su corazón: ¡cerveza y tabaco del día anterior!

Fue hasta la puerta y contempló a sus hombres, que daban grandes bocados a sus rebanadas de pan negro o cortaban hogazas con sus navajas de bolsillo. También aquello le hizo feliz. Algunas mujeres iban a buscar agua a la fuente, y los soldados les dirigían gritos groseros. Le gustaba todo esto.

Pero la magia se esfumaba inevitablemente, el límpido deleite se derretía dejando sitio a la desolación en su corazón; su corazón estaba frío, era fango frío. ¡Ah! Era horrible. Con el rostro controlado, casi lloró de fría y total desesperación.

Aún tenía el trabajo, la dura actividad del día con los hombres. Mientras aquello durara, podría vivir. Pero cuando aquello terminara, y tuviera que enfrentarse al horror del frío ceno deshelado de la desesperación... ¡Ah! No había que pensar en ello. Todavía era feliz trabajando con sus hombres, era feliz con aquel lugar salvaje y desolado, con la dura actividad de la imitación de la guerra. ¡Quisiera Dios que fuera de verdad! ¡Guerra de verdad, con su precio de muerte!

Por la tarde, el cielo se había puesto de un gris mortecino y uniforme. Parecía bajo, era opresivo. Estaba cansado, los hombres estaban cansados, y aquello permitía que el pesado frío los empapara como la desesperación. La vida no podía mantener aquello lejos.

Y ahora, cuando su corazón era tan pesado que no podía hundirse más, debía contemplar nuevamente su situación. Debía recordar lo estúpido que había sido, sus nuevas deudas, como ceno medio derretido en su corazón.

Sabía, con la fría desdicha de la desesperanza, que le echarían del ejército. Y después ¿qué? ¿Qué si no la muerte? Después de todo, para él la solución era la muerte. Que así fuera.

Siguieron marchando, dando tropezones de cansancio bajo un ancho cielo de plomo, sobre una tierra muerta y helada. Los hombres estaban silenciosos por el cansancio, y el pesado movimiento de su marcha era como una opresión. También Friedeburg estaba cansado, y apagado, con el rostro apagado por el aire frío. Ya no pensaba; la desdicha de su alma era como escarcha dentro de él.

Oyó decir a alguien que iba a nevar. Pero las palabras no tenían sentido para él. Marchaba como tictaquea un reloj, con la misma monotonía; todo estaba aterido y empapado de frío.

Estaban llegando a las inmediaciones de la ciudad. La sentía delante, en la tarde lóbrega, como una insoportable opresión. ¡Ah, el repugnante suburbio! ¿Cuál era su vida, cómo podía suceder que la vida se viviera en una informe y repugnante estructura infernal? ¿Qué significaba todo aquello? Luces pálidas, de un amarillo sulfúrico, salpicaban la lívida atmósfera, y la gente, como sombras empapadas, pasaban frente a tiendas espectrales iluminadas en el incipiente crepúsculo. Migas de nieve caían del espacio incoloro y rebotaban animadamente sobre el pecho de su guerrera.

Finalmente se dirigió hacia su casa, hacia su habitación, para cambiarse, calentarse y reavivarse, porque se sentía tan empapado de frío como el pan gris, frío y pesado en las bocas de los soldados. Su propia vida era para él como aquel pan muerto y frío en su boca.

Cuando estaba ya cerca de su casa, caía profusamente una nieve fina. Percibió un bullicio inhabitual frente a la puerta de su casa. Miró: un extraño coche cerrado, gente, policía. Cayó la espada de Damocles que pendía sobre su corazón. ¡Oh, Dios! Una nueva vergüenza, alguna nueva vergüenza, alguna nueva tortura. Su cuerpo siguió adelante. Así tenía que moverse, hacia delante, miseria tras miseria, como nuestra suerte. No había salida, tan solo aquel avanzar a través de la desgracia hacia otra desgracia, hasta el fin. ¡Era extraño, que la vida humana fuera tan tenaz! ¡Era extraño, que los hombres hubieran convertido la vida en un largo y lento proceso de tortura del alma; extraño, que no hubiera nada más que esto! Extraño que esta desdicha no

existiera más que para el hombre. Porque no era la desdicha de Dios, sino la desdicha del mundo del hombre.

Vio a dos agentes introducir en el coche algo blanco y pesado, cerrar las puertas traseras con un estampido y hacer girar la manecilla de plata y correr a la parte delantera del coche. Partieron. Pero la mayoría de la gente se quedó por allí. Friedeburg se acercó con ese movimiento inevitable que nos conduce adelante a través de la vergüenza y el tormento. Sabía que la gente hablaba de él. Subió los peldaños y entró en el zaguán.

Allí esperaba un oficial de policía, con un cuaderno de notas en la mano. Hablaba con Herr Kapell, el portero. Cuando Friedeburg entró por la puerta batiente, el portero, con la cejas arrugadas con desasosiego y nerviosismo, hizo un ademán, como señalando a un criminal.

—¡Ah! ¡Herr Baron von Friedeburg! —dijo, en tono de disculpa.

El oficial de policía se volvió, saludó con cortesía y dijo, con la educada e intolerable *suffisance* del funcionariado.

—¡Buenas tardes! ¡Tenemos problemas!

—¿Ah, sí? —dijo Friedeburg.

Estaba tan asustado, su sensible temperamento estaba tan lacerado, que algo se rompió en él; era una servicial ruina murmurante.

—Dos jóvenes damas han sido encontradas muertas en su habitación —dijo el oficial de policía, dando una explicación funcional. Pero detrás de su fría imparcialidad de funcionario, ¡qué untuosidad tan obscena! ¡Ah! ¡Qué exposición tan obscena!

—¡Muertas! —exclamó Friedeburg, con los ojos dilatados de un niño. Se convirtió en un ser absolutamente semejante a un niño: el oficial le tenía totalmente en su poder. Podía torturarlo tanto como quisiera.

—Sí. —Consultó su cuaderno de notas—. Asfixiadas por emanaciones de la estufa.

Friedeburg no podía hacer otra cosa que permanecer ahí, con los ojos abiertos de par en par como un insensato.

—Por favor... ¿Quiere subir conmigo?

El oficial de policía invitó a Friedeburg a pasar delante. El joven subió lentamente las escaleras, sintiéndose como traspasado en la base del espinazo, como si hubiera perdido el uso de sus piernas. El oficial iba pisándole los

talones.

Llegaron al dormitorio. El policía abrió la puerta. El portero les seguía con una linterna. Luego empezaron las preguntas oficiales.

—¿Durmió aquí una joven la noche pasada?

—Sí.

—¿Su nombre, por favor?

—Marta Hohenest.

—H-o-h-e-n-e-s-t —deletreó el oficial—. ¿Dirección?

Friedeburg siguió respondiendo. Era su fin. Estaba atravesado en lo vivo, estaba muerto. El muerto viviente respondía al muerto viviente en obscena antífona. Prosiguieron las preguntas y las respuestas; el cuaderno de notas seguía llenándose entre las manos del viejo muerto que escribía las respuestas del joven que estaba muerto.

La habitación estaba igual que la noche anterior. Ahí estaba el bulto de la ropa de la muchacha; el vestido rojo yacía, suave, allí donde ella lo había dejado caer descuidadamente. Y también, en un ángulo del respaldo de la silla, colgaban en festones sus medias de seda carmesí.

Pero no hay que mirar, no hay que ver. Es cosa de los muertos sepultar a sus muertos<sup>[42]</sup>. Que el joven muerto sepulte a su propia muerta, como el viejo muerto había sepultado a sus muertos. ¿Cómo pueden recordar los muertos, si están muertos? Solo los vivos pueden recordar, y están en paz con sus vivos que se han ido.

## LA HIJA DEL TRATANTE DE CABALLOS<sup>[43]</sup>

—Bien, Mabel, y ¿qué es lo que vas a hacer? —preguntó Joe, con una necia petulancia. Se sentía muy seguro de sí. Sin esperar la respuesta se volvió, se puso una brizna de tabaco en la punta de la lengua y la escupió. Puesto que se sentía seguro, nada le importaba lo más mínimo.

Los tres hermanos y la hermana estaban sentados alrededor de la desolada mesa del desayuno, intentando entablar algún tipo de deshilvanado consejo de familia. El correo de la mañana había dado el golpe final para decidir el destino de la familia, y todo había terminado. El lúgubre comedor mismo, con sus pesados muebles de caoba, parecía estar esperando a que lo desmantelaran.

Pero la conversación no aclaraba nada. Había un extraño aire de incapacidad en los tres hombres que se arrellanaban alrededor de la mesa fumando y reflexionando sobre su propia condición. La muchacha, una joven de veintisiete años, más bien baja y de aspecto triste, estaba sola. No compartía la misma vida de sus hermanos. Hubiera sido hermosa a no ser por la imperturbable fijeza de su semblante, «bull-dog» era como sus hermanos la llamaban.

Fuera había un ruido confuso de cascos de caballo. Los tres hombres, arrellanados en sus sillas en círculo, observaban. Más allá de los oscuros arbustos de acebo que separaban de la carretera la franja de césped, podían ver un desfile de percherones que salían de las cuadras para hacer ejercicio. Esta era la última vez. Esos eran los últimos caballos que pasaban por sus manos. Los jóvenes observaban con mirada dura y crítica. Estaban completamente aterrorizados por el hundimiento de sus vidas, y la sensación de desastre en que estaban inmersos les dejaba sin libertad interior.



Eran tres sujetos con buena planta. Joe, el mayor, era un hombre de treinta y tres años, robusto y de una hermosura bochornosa. Tenía el rostro colorado, retorció el negro bigote con sus gruesos dedos y sus ojos eran inquietos y poco profundos, sin descanso. Tenía una forma sensual de descubrir los dientes cuando reía y una expresión estúpida. Ahora observaba fijamente los caballos con una mirada vidriosa de impotencia, con un cierto estupor de ruina.

Los grandes caballos de tiro se balanceaban al pasar. Cada uno iba atado a la cola del anterior, eran cuatro y avanzaban dificultosamente hacia un camino que salía de la carretera, metiendo con desprecio sus grandes cascos en el barro negro, balanceando las grandes y redondeadas grupas suntuosamente y dando repentinos trotes mientras se dirigían al camino tras doblar la esquina. Cada movimiento mostraba una adormecida fuerza maciza y una estupidez que los mantenía sometidos. El mozo que iba a la cabeza miró hacia atrás sacudiendo las riendas. Y el desfile se perdió de vista camino arriba, la cola del último caballo se dejaba ver tiesa y firme cayendo tensa de las grandes ancas que se balanceaban detrás de los setos en un movimiento como de sueño.

Joe observaba con ojos vidriosos, sin esperanza. Los caballos eran para él casi como su propio cuerpo. Sentía que había acabado por ahora. Afortunadamente estaba comprometido con una mujer de su misma edad, y por lo tanto el padre de la muchacha, administrador de una hacienda vecina, le proporcionaría un trabajo. Se casaría e iría a trabajar. Su vida había terminado, ahora sería un animal esclavizado.

Se volvió dificultosamente, los pasos de los caballos que se retiraban resonaban en sus oídos. Entonces, con atolondrada impaciencia, alcanzó los trozos de corteza de beicon que quedaban en los platos y emitiendo un débil silbido los arrojó al terrier que yacía al lado del guardafuego. Observó a la perra mientras los engullía y esperó hasta que el animal le miró a los ojos. Apareció en su cara una sonrisa tenue, y con voz alta y alocada dijo:

—No tendrás más beicon, ¿verdad, pequeña puta?

La perra meneó tristemente la cola, bajó sus ancas, dio una vuelta sobre sí misma y se echó de nuevo.

Hubo un silencio inútil en la mesa. Joe se arrellanó con incomodidad en

su asiento; no quería irse hasta que el cónclave familiar estuviera disuelto. Fred Henry, el segundo hermano, era erguido, bien proporcionado y despierto. Había observado con más *sang-froid* el paso de los caballos. Si él era un animal como Joe, era un animal dominador, no un animal dominado. Se hacía dueño de cualquier caballo y se comportaba con un atemperado aire de dominio. Pero no era dueño de las situaciones de la vida. Alzó el áspero bigote castaño frunciendo los labios y, malhumorado, echó una mirada a su hermana que permanecía sentada, impasible y enigmática.

—Te irás y estarás unos días con Lucy, ¿verdad? —preguntó. La muchacha no contestó.

—No sé qué más puedes hacer —añadió Fred Henry.

—Vé de fregona —apostilló Joe lacónicamente.

La muchacha no se inmutó.

—Si yo fuera ella, me iría a hacer prácticas de enfermera —dijo Malcolm, el más joven de todos. Era el benjamín de la familia, un joven de veintidós años, con un fresco y airoso *museau*<sup>[44]</sup>.

Pero Mabel no le hizo caso. Habían hablado con ella y alrededor de ella durante tantos años, que apenas les escuchaba.

El reloj de mármol de la repisa de la chimenea dio débilmente la campanada de la media, la perra se levantó con dificultad de la alfombra del hogar y miró al grupo reunido en torno a la mesa del desayuno. Pero todavía seguían sentados en inútil cónclave.

—Bueno —dijo Joe de pronto, *à propos* de nada—. Tengo que irme.

Empujó la silla hacia atrás, separó las rodillas y estiró las piernas para desentumecerlas, como lo haría un caballo, y se acercó al fuego. Todavía no se fue de la habitación, tenía curiosidad por saber lo que los otros harían o dirían. Comenzó a cargar la pipa mirando a la perra y diciendo con voz potente y afectada:

—¿Vienes conmigo? ¿Vienes conmigo, terrier? Vas a ir más lejos de lo que crees ahora, ¿oyes?

La perra meneó levemente la cola, el hombre adelantó la mandíbula y cubrió la pipa con las manos echando vigorosas bocanadas, perdiéndose en el tabaco y sin apartar de la perra la distraída mirada. La perra le observaba con lastimera desconfianza. Joe estaba de pie con las rodillas flexionadas, en una

posición verdaderamente como de caballo.

—¿Has tenido carta de Lucy? —preguntó Fred Henry a su hermana.

—La semana pasada —fue la neutra respuesta.

—¿Y qué dice?

No hubo contestación.

—¿Te pide que vayas y que te quedes allí? —insistió Fred Henry.

—Dice que puedo ir si quiero.

—Bien, entonces será lo mejor. Dile que irás el lunes.

Esto fue recibido en silencio.

—Entonces, eso es lo que vas a hacer, ¿verdad? —dijo Fred Henry, un poco irritado.

Pero ella no respondió. Hubo un silencio inútil y exasperante en la habitación. Malcolm sonreía neciamente.

—Tendrás que decidirte entre ahora y el próximo miércoles —dijo Joe en voz alta— o ya puedes ir buscándote alojamiento en el arroyo.

La cara de la joven se nubló, pero permaneció sentada sin decir palabra.

—¡Ahí viene Jack Fergusson! —exclamó Malcolm, que estaba mirando por la ventana hacia ninguna parte.

—¿Por dónde? —exclamó Joe en voz alta.

—Acaba de pasar.

—¿Viene hacia aquí?

Malcolm estiró el cuello para ver la puerta de la verja.

—Sí —dijo.

Hubo un silencio. Mabel estaba sentada a la cabeza de la mesa como una sentenciada. Se oyó un silbido procedente de la cocina. La perra se levantó y ladró secamente. Joe abrió la puerta y gritó:

—Pasa.

Al cabo de un instante entró un joven. Iba envuelto en un abrigo y una bufanda de lana de color morado y llevaba calada hasta los ojos una gorra de tweed que no se quitó. El joven era de estatura media, tenía la cara más bien alargada y pálida, y los ojos se le veían cansados.

—¡Hola, Jack! ¡Vaya, Jack! —exclamaron Malcolm y Joe. Fred Henry solamente dijo:

—Jack.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó el recién llegado dirigiéndose claramente a Fred Henry.

—Lo mismo. Tenemos que estar fuera antes del miércoles. ¿Te has resfriado?

—Sí, y fuerte.

—¿Por qué no te tomas un descanso?

—¿Yo, un descanso? Cuando no me tenga en pie tal vez pueda tomármelo. —El joven hablaba con voz ronca. Tenía un ligero acento escocés.

—Es ridículo, ¿verdad? —dijo Joe bulliciosamente—, que un médico vaya a visitar a sus pacientes graznando con un catarro. Está mal visto por los pacientes.

El joven médico le miró pausadamente.

—Entonces ¿tienes algún problema? —preguntó sarcásticamente.

—No, que yo sepa. Malditos sean tus ojos, espero que no, ¿por qué?

—Creía que estabas muy preocupado por los pacientes, y me preguntaba si no serás tú uno de ellos.

—¡Diablos! No, nunca he sido paciente de ningún maldito médico y espero no serlo nunca —respondió Joe.

Al llegar a ese punto, Mabel se alzó de la mesa y todos parecieron advertir entonces su existencia. Comenzó a recoger los platos. El joven doctor la miró, pero no dijo nada más. No la había saludado. Ella salió de la habitación con la bandeja; su rostro seguía inmutable e insensible.

—¿Cuándo os marcháis, entonces? —preguntó el médico.

—Tomaré el tren de las doce menos diez —respondió Malcolm—. ¿Vas a bajar en el coche, Joe?

—Sí, ya te dije que voy a bajar en el coche.

—Entonces sería mejor que fuéramos a buscarlo. Hasta no sé cuándo Jack, si es que no te veo antes de irme —dijo Malcolm dándole la mano.

Salió seguido de Joe, que parecía llevar el rabo entre las piernas.

—Vaya, esto es el mismo infierno —exclamó el médico cuando se encontró solo con Fred Henry—. Así es que os vais antes del miércoles, ¿verdad?

—Eso es lo dispuesto —respondió el otro.

—¿Adónde, a Northampton?

—Eso es.

—¡Demonio! —exclamó Fergusson un poco disgustado.

Y hubo un silencio entre los dos.

—¿Todos a punto para la marcha? —preguntó Fergusson.

—Más o menos.

Hubo otra pausa.

—Bien, te echaré de menos, Freddy, muchacho —dijo el joven médico.

—Y yo te echaré de menos a ti, Jack —respondió el otro.

—Te echaré muchísimo de menos —musitó el doctor.

Fred Henry se apartó a un lado. No había nada que decir. En este momento Mabel entró de nuevo para terminar de limpiar la mesa.

—¿Qué va usted a hacer ahora, señorita Pervin? —preguntó Fergusson—. Irá con su hermana, ¿no es cierto?

Mabel le miró con los ojos peligrosos y fijos que siempre le hacían sentirse incómodo y perturbaban su aparente tranquilidad.

—No —dijo.

—Pues ¿qué vas a hacer, en nombre de Dios? Di qué piensas hacer —gritó Fred Henry con vana intensidad.

Pero Mabel solo apartó la cabeza y continuó su trabajo. Dobló el mantel blanco de la mesa y en su lugar puso el tapete.

—¡Es la puta más resentida que jamás haya pisado este mundo! —murmuró su hermano.

Pero ella terminó su tarea sin cambiar para nada su expresión, el joven médico la observaba interesado. Luego la muchacha salió.

Fred Henry la miró fijamente apretando los labios, sus ojos azules reflejaban gran hostilidad al tiempo que hacía una mueca de agria exasperación.

—Podrías triturlarla en pedazos y eso es todo lo que conseguirías de ella —dijo en tono bajo.

El médico sonrió ligeramente.

—¿Qué va a hacer, entonces? —preguntó.

—¡Golpéame si lo sé! —respondió el otro.

Hubo una pausa. El médico se levantó.

—Te veré esta noche, ¿verdad? —dijo a su amigo.

—Sí. ¿Adónde vas a ir? ¿Nos vemos en Jessdale?

—No lo sé. Tengo tal resfriado... De todas maneras, pasaré por Moon and Stars<sup>[45]</sup>.

—Deja que Lizzie y May pierdan por una vez la noche, ¿eh?

—Eso es, si es que pienso lo mismo que ahora.

—Como te parezca.

Los dos jóvenes recorrieron el pasillo y bajaron juntos hasta la puerta trasera. La casa era grande, aunque ahora estaba sin servidumbre y vacía. En la parte trasera había un pequeño patio con tabiques de ladrillo, y más allá un corralón con suelo de grava fina y roja y establos a ambos lados. A lo lejos se extendían unos campos húmedos y oscurecidos por el invierno.

Pero los establos estaban vacíos. Joseph Pervin, el padre de la familia, había sido un hombre sin educación que había llegado a ser un importante tratante de caballos. En tiempos, los establos habían estado llenos de caballos, había habido un gran alboroto con las idas y venidas de caballos, de tratantes de caballos y de mozos. También la cocina había estado llena de sirvientes. Pero, por cosas que habían ocurrido después, la casa había ido a menos. El anciano se había casado por segunda vez para recobrar su felicidad. Ahora estaba muerto y todo se había perdido, no había nada, salvo deudas y amenazas.

Durante meses Mabel había estado sin servicio en la gran casa, manteniendo la misma en la penuria por culpa de sus inútiles hermanos. Mabel había llevado la casa durante diez años. Pero antes disponía de medios abundantes. Entonces, sin embargo, aunque todo era brutal y tosco, el dinero le daba una sensación de orgullo y seguridad. Los hombres podían ser mal hablados, las mujeres de la cocina podían tener mala reputación, sus hermanos podían tener hijos ilegítimos, pero mientras hubiera dinero, la muchacha se sentía segura y terriblemente orgullosa y reservada.

Nadie venía a la casa para hacerle compañía, aparte de los tratantes de caballos y de hombres rudos. Mabel no tenía relación con nadie de su mismo sexo después de que su hermana se fuera. Pero no le importaba. Iba a la iglesia regularmente, cuidaba de su padre. Y vivía recordando a su madre, que había muerto cuando ella tenía catorce años, y a quien había amado

mucho. Había querido a su padre también, pero de manera diferente, sintiéndose dependiente de él y segura con él hasta que el padre tuvo la edad de cincuenta y cuatro años y se casó de nuevo. Y entonces Mabel se puso rotundamente contra él. Ahora había muerto y había dejado a todos desesperadamente endeudados.

Ella había sufrido enormemente durante la época de las vacas flacas. Sin embargo, nada pudo hacer cambiar el curioso orgullo animal y resentido que dominaba a cada uno de los miembros de la familia. Ahora el final había llegado para Mabel. Todavía no había encontrado su destino. Seguiría su propio camino como siempre. Siempre sería dueña de su propia situación. Dejaba pasar los días negligentemente. ¿Por qué había de pensar? ¿Por qué tenía que responder a la gente? Bastaba con saber que esto era el final y que no había salida. Ya no necesitaba pasar misteriosamente por la calle principal de la pequeña ciudad evitando todas las miradas. Ya no necesitaba degradarse por más tiempo, entrando en las tiendas y comprando la comida más barata. Esto había terminado. No pensaba en nadie, ni siquiera en sí misma. Su negligencia tenaz la hacía sentirse en una especie de éxtasis que la hacía estar más próxima a su realización, a su propia glorificación, acercándose a su madre muerta, que estaba en la gloria.

Por la tarde cogió una pequeña bolsa, con unas tijeras, una esponja y un pequeño cepillo, y salió. Era un día de invierno, gris, con los campos verdinegros y tristes, y con una atmósfera ennegrecida por el humo de las fundiciones<sup>[46]</sup>, que no estaban muy lejos. Iba deprisa, como queriéndose ocultar a lo largo de la calzada, sin fijarse en nadie, mientras atravesaba la ciudad camino del cementerio.

Allí siempre se sentía segura, como si nadie pudiera verla, aunque en realidad estaba expuesta a la vista de todos los que pasaban junto a la pared del cementerio. No obstante, una vez bajo la sombra de la gran capilla que sobresalía y entre las tumbas, Mabel se sentía inmune al mundo, retirada dentro del grueso muro del cementerio, como si estuviera en otro país.

Cuidadosamente cortó la hierba de la tumba y arregló los pequeños crisantemos blancos y rosados que estaban junto a la cruz de estaño. Una vez hecho esto, cogió un jarro vacío de una tumba vecina, lo llenó de agua y, con cuidado y lo más escrupulosamente que pudo, limpió con la esponja la lápida

de mármol y la piedra de albardilla.

Hacer esto le producía verdadera satisfacción. Sentía un contacto inmediato con el mundo de su madre. Lo hacía con mucho cuidado, iba por el parque en un estado que bordeaba la felicidad pura, como si realizando esta tarea tuviera una sutil conexión íntima con su madre. La vida que tenía aquí en el mundo era mucho menos real que el mundo de muerte que había heredado de su madre.

La casa del médico estaba precisamente al lado de la iglesia. Fergusson, simple ayudante asalariado, era esclavo del campo. Así, mientras ahora se apresuraba para atender a los pacientes que estaban en la consulta y echaba una ojeada al cementerio con su mirada rápida, vio a la muchacha atareada con la tumba. Parecía tan absorta y lejana, que era como si se mirara a otro mundo. Le conmovió algo místico. Caminaba cada vez más despacio mirándola como hechizado.

Alzó la vista al darse cuenta de que la miraba. Sus miradas se cruzaron. Y rápidamente se miraron de nuevo, sintiéndose cada uno en cierta forma descubierto por el otro. El médico la saludó con la gorra y continuó calle abajo. Le quedó claro en la mente, como una visión, el recuerdo de la cara de la muchacha que se erguía de la lápida del cementerio y que le miraba con ojos serenos pero grandes y amenazantes. Su rostro era amenazante. Parecía hipnotizarle. Había en su mirada un poder que había subyugado todo su ser como si hubiera bebido alguna poderosa droga. Antes se había sentido débil y rendido. Ahora recobraba la vida, se sentía libre de su desgastado y cotidiano yo.

Terminó sus obligaciones en la consulta lo más rápidamente que pudo, deprisa llenó los frascos de la gente que esperaba, con medicamentos baratos. Y con perpetua prisa salió de nuevo para visitar varios casos en otra parte de su ronda, para poder acabar antes de la hora del té. Siempre prefería andar si podía, pero particularmente cuando no se sentía bien. Creía que el movimiento le hacía recobrar la salud.

Caía la tarde. Era gris, mortecina e invernal, con un pesado frío húmedo y persistente que calaba y entumecía las facultades. Pero ¿por qué había de pensar o darse cuenta de las cosas? Rápidamente subió la colina y torció a través de los campos verdinegros, siguiendo el camino negro de carbonilla. A



lo lejos, en una pendiente no muy profunda del paisaje, se agrupaba la pequeña ciudad como ceniza que ardiera lentamente: una torre en espiral, un montón de casas toscas y bajas que se perdían a lo lejos. Y en el límite más próximo de la ciudad, inclinándose hacia la pendiente, estaba Oldmeadow, la casa de los Pervin. Veía claramente los establos y las dependencias que se extendían por la pendiente en dirección a donde él estaba. ¡Bien, ya no iría allí muchas más veces! Le desaparecía otro recurso, se iba a otro lugar: perdía la única compañía que apreciaba en la pequeña ciudad fea y ajena. Nada aparte del trabajo, la monótona labor, el constante apresurarse de casa en casa de los mineros y los herreros. Se consumía, pero al mismo tiempo lo anhelaba. Era estimulante para él estar en las casas de la gente trabajadora, moviéndose a través de lo más íntimo de sus vidas. Sus nervios se sentían animados y recompensados. Podía llegar muy cerca de las vidas de estos hombres y mujeres incultos, incapaces de expresarse, pero poderosamente emotivos. Se quejaba, decía que odiaba el infernal agujero. Pero en realidad le divertía, el contacto con la gente inculta y de sentimientos fuertes era un estimulante apropiado para sus nervios.

Debajo de Oldmeadow, en el valle no muy profundo y cubierto de campos, había un estanque cuadrado y hondo. La rápida mirada del doctor, vagando a través del paisaje, detectó una figura de negro que cruzaba la verja del campo y bajaba hacia el estanque. Miró de nuevo. Sería Mabel Pervin. Su mente de pronto despertó y se puso alerta.

¿Por qué iba allí abajo? Se paró en el camino en lo alto de la pendiente y permaneció mirando fijamente. Solo podía estar seguro de la pequeña figura negra moviéndose en el valle, al tiempo que el día declinaba. Le parecía verla en medio de tal oscuridad como si fuera un vidente que miraba con el ojo del pensamiento más que con la vista ordinaria. Aún podía distinguirla suficientemente si mantenía atenta la mirada. Pensaba que si apartaba la vista de ella, en el crepúsculo que caía feo y espeso, la perdería del todo.

La seguía minuciosamente mientras se movía, absorto y sin apartar la vista, como algo interiormente transmitido y no en voluntaria actividad, directamente hacia abajo del campo, al estanque. Un instante estuvo de pie en la orilla. No levantó la cabeza. Y caminó despacio adentrándose en el agua.

El doctor estaba de pie inmóvil mientras la pequeña figura negra

caminaba despacio y deliberadamente hacia el centro del estanque, muy despacio, adentrándose gradualmente en el agua inmóvil, y siguió hundiéndose hasta que el agua le llegó al pecho. Entonces ya no pudo verla más en la oscuridad del crepúsculo.

—¿Qué es lo que veo? —exclamó—. ¿Es posible?

Y se apresuró corriendo hacia abajo por los húmedos campos embarrados, abriéndose camino a empujones entre los setos, en la silenciosa oscuridad invernal. Tardó varios minutos en llegar al estanque. Se paró en la orilla, respirando profundamente. No podía ver nada. Su mirada parecía penetrar en el agua muerta. Sí, quizá era esa la sombra oscura de sus ropas negras bajo la superficie del agua.

Lentamente se aventuró a entrar en el estanque. El fondo era profundo y de tierra blanda; se hundía, y el agua muerta y fría le abrazaba las piernas. Mientras se movía podía oler el lodo frío y podrido que ensuciaba el agua. Le resultaba desagradable para los pulmones. Aún repugnándole y rechazándolo, se adentró más en el estanque. El agua fría le llegaba por encima de los muslos, por encima de los riñones, al abdomen. La parte baja de su cuerpo estaba completamente hundida en el horrible elemento frío. Y el fondo era tan blando e inseguro que tenía miedo de caer de bruces. No sabía nadar y tenía miedo.

Se agachó un poco, abriendo las manos bajo el agua y moviéndolas en derredor, intentando encontrarla. El estanque frío y muerto se mecía sobre su pecho. Se movió de nuevo, un poco más hacia dentro, y de nuevo, con las manos bajas; se sentía rodeado de agua por todas partes. Y tocó las ropas de la muchacha. Pero se le escaparon entre los dedos. Hizo un esfuerzo desesperado por cogerlas.

Y al hacerlo perdió el equilibrio y se cayó de una forma horrible y asfixiante en el agua cenagosa, y tuvo que luchar como un loco para mantenerse en pie durante unos instantes. Por fin, después de lo que le pareció una eternidad, se puso en pie, se irguió de nuevo en el aire y miró alrededor. Jadeó y vio que estaba en el mundo. Entonces miró al agua. La muchacha se había alzado cerca de él. Él agarró su vestido y, tras acercarla más, se volvió para tomar el camino hacia tierra otra vez.

Iba muy despacio, con cuidado, absorto en el lento avanzar. Siguió la

inclinación hasta salir del estanque. El agua le llegaba ahora solo a las piernas; estaba contento, lleno de alivio por estar fuera de las garras del estanque. La levantó y la llevó vacilando hasta la orilla, fuera del horror de la arcilla húmeda y gris.

La tumbó en la orilla. Estaba totalmente inconsciente y empapada de agua. Le sacó el agua de la boca y le hizo la respiración artificial. No tuvo que hacerlo mucho rato para que empezara a respirar de nuevo; respiraba normalmente. Le hizo la respiración durante un rato más. Podía sentir entre sus manos la vida de la muchacha; estaba volviendo en sí. Le limpió la cara, la envolvió con su abrigo, miró alrededor en el mortecino mundo gris y oscuro, y entonces la levantó y fue, vacilante, orilla abajo y a través de los campos.

Le parecía un camino increíblemente largo y la carga le resultaba tan pesada que creía que nunca llegaría a la casa. Pero al final se encontró en el patio de los establos y luego en el patio de la casa. Abrió la puerta y entró. Tendió a la muchacha encima de la alfombrilla frente al hogar, en la cocina, y llamó. La casa estaba vacía. Pero el fuego ardía en la chimenea.

De nuevo se arrodilló para ver cómo se encontraba Mabel. Respiraba regularmente, tenía los ojos muy abiertos como si estuviera consciente, pero parecía faltarle algo en la mirada. Era consciente de sí misma, pero inconsciente de lo que la rodeaba.

El doctor corrió arriba, cogió las mantas de una cama y las puso a calentar delante del fuego. Le quitó las empapadas ropas que olían a tierra, la frotó con una toalla y la envolvió desnuda con las mantas. Después fue al comedor a buscar algún tipo de alcohol. Había un poco de whisky. Se bebió un trago y puso un poco en la boca de la muchacha.

El efecto fue instantáneo. Le miró a la cara, con los ojos muy abiertos como si le hubiera estado viendo durante un rato y solo en ese momento hubiera advertido su presencia.

—¿Doctor Fergusson? —dijo.

—¿Qué? —respondió.

Se despojó de su abrigo e intentó encontrar, arriba, algunas ropas secas. No podía soportar el olor a agua cenagosa y estaba mortalmente asustado por su propia salud.

—¿Qué es lo que hice? —preguntó Mabel.

—Meterse en el estanque —respondió. Había comenzado a temblar como un enfermo y casi no podía atenderla. Los ojos de la muchacha permanecían fijos en él, cuya mente se iba ofuscando, mientras la miraba impotente. Se calmó el temblor y le fue volviendo la vida, oscura y desconocida pero con fuerza de nuevo.

—¿Había perdido el juicio? —preguntó mientras tenía los ojos fijos en él.

—Quizá, por un instante —respondió. Se sentía tranquilo porque le había vuelto la fuerza. La tensión impaciente y extraña se le había ido.

—¿Estoy fuera de mí? —preguntó Mabel.

—¿Lo está? —meditó el doctor por un momento—. No —respondió, queriendo decir la verdad—. No veo que lo esté. —Y volvió la cara a un lado. Ahora tenía miedo porque se sentía aturdido y sentía vagamente que el poder de la muchacha era más fuerte que el suyo. Y ella continuaba mirándole fijamente—. ¿Puede decirme dónde puedo encontrar algunas ropas secas para ponerme? —preguntó él.

—¿Se metió dentro del estanque por mí? —preguntó.

—No —respondió—. Entré. Pero fui andando sin hundirme.

Hubo un silencio. Vaciló. Tenía muchas ganas de ir arriba para ponerse ropas secas. Pero había otro deseo en él. Parecía que la muchacha le poseía. Parecía que su voluntad se había ido a dormir y le había abandonado allí, de pie, débil ante ella. Pero se sentía templado por dentro. No temblaba en absoluto, aunque sus ropas estaban empapadas.

—¿Por qué lo hizo?

—Porque no quería que cometiera tal tontería —respondió.

—No era una tontería —dijo, mirándole todavía fijamente mientras seguía echada en el suelo con un cojín del sofá debajo de la cabeza—. Era lo mejor que podía hacer. Yo lo sabía mejor que nadie.

—Voy a cambiarme estas ropas mojadas —dijo el doctor. Pero todavía no se sentía libre para alejarse de su presencia; esperaría hasta que ella se lo dijera. Era como si Mabel tuviera la vida de su cuerpo en sus manos y él no pudiera librarse. O quizá no quisiera.

De pronto la muchacha se sentó. Entonces se dio cuenta de la situación en que se encontraba. Sintió las mantas que la envolvían, tomó conciencia de sus

propias extremidades. Durante un instante pareció como si la razón le estuviera funcionando. Miró a su alrededor con una mirada impetuosa, como si estuviera buscando algo. El doctor estaba de pie, sin moverse, lleno de miedo. Mabel vio sus ropas esparcidas por el suelo.

—¿Quién me ha desvestido? —preguntó, su mirada se fijaba impertérrita en la cara de la otra persona.

—Lo hice yo —respondió—, para traerla aquí.

Durante unos instantes permaneció sentada y le miró fijamente de una forma terrible, con los labios abiertos.

—Entonces ¿es que me quieres? —preguntó.

Él estaba de pie y la miraba fascinado. Su alma parecía derretirse.

Ella avanzó arrastrándose de rodillas y le abrazó, abrazó sus piernas, mientras que él seguía allí, de pie, presionando el pecho de la muchacha con sus rodillas y sus tobillos. Mabel le tenía abrazado con extraña certeza decisiva, atrayéndole hacia su cara, hacia su garganta, al tiempo que le miraba con ojos humildes pero resplandecientes, de transfiguración, triunfantes de estar en la posesión dominante.

—Me quieres —murmuró en un extraño y anhelante éxtasis de triunfo y seguridad—. Me quieres. Sé que me quieres, lo sé.

Y la muchacha le besaba con pasión las rodillas a través de las húmedas ropas, apasionada e indiscriminadamente besaba sus rodillas, sus piernas, ajena a todo lo demás.

Él miró el enredado pelo húmedo, los desnudos hombros animales y naturales. Estaba asombrado, desconcertado y temeroso. Nunca había pensado en amarla. Nunca había querido amarla. Cuando la rescató y la ayudó a restablecerse, él era un médico y ella una paciente. No había pensado personalmente en ella ni una sola vez. No, la introducción del elemento personal era muy desagradable para él, una violación de su honor profesional. Era horrible tenerla allí abrazándole las rodillas. Era horrible. Se sublevaba violentamente contra esta situación. Y sin embargo... y sin embargo no tenía la fuerza para separarse.

Ella le miró de nuevo, con la misma súplica del amor que lo puede todo y la misma extraordinaria y aterradora luz de triunfo. A la vista de la delicada llama que parecía iluminar la cara de la muchacha como una luz, él se sentía

impotente. Sin embargo, nunca había querido amarla. Nunca se lo había propuesto. Y algo obstinado en su interior no le dejaba actuar.

—Me quieres —repitió con un susurro de profunda y entusiasmada certeza—. Me quieres.

Sus manos tiraban de él, tiraban hacia donde ella estaba. Él tenía miedo y estaba incluso un poco horrorizado. Verdaderamente, no tenía ninguna intención de amarla. Las manos de ella seguían atrayéndole hacia sí. Retiró la mano rápidamente para mantenerse firme y se cogió al hombro desnudo. Una llamarada pareció quemar la mano que se había cogido al suave hombro. No tenía intención de amarla: toda su voluntad estaba en contra de su sumisión. Era horrible. Pero había sido maravilloso el contacto con sus hombros, hermoso el resplandor de su cara. ¿Estaba loca quizá? Le producía horror poseerla. También a él le dolía algo.

Había estado mirando fijamente a la puerta, lejos de donde estaba Mabel. Pero su mano permanecía en el hombro de la joven. De pronto se quedó muy quieto. Miró hacia ella. Los ojos de Mabel estaban abiertos ahora con miedo, con duda, la luz de su cara estaba apagándose y volvía una sombra de un terrible gris. No podía soportar la insinuación de los ojos de Mabel requiriéndole, y la mirada de muerte detrás de la súplica.

Con un quejido interior dejó el paso libre, y dejó que su corazón se rindiera a ella. Una pronta sonrisa amable apareció en la cara del doctor. Y los ojos de Mabel, que nunca habían dejado de mirarle lentamente, lentamente, se llenaron de lágrimas. Él miraba cómo aquella extraña agua iba brotando de los ojos de la muchacha igual que el surgir de una fuente lenta. Y su corazón parecía arder y fundirse en su pecho.

No podía soportar mirarla por más tiempo. Se dejó caer sobre las rodillas, cogió la cabeza de Mabel entre sus brazos y apretó la cara contra su garganta. Estaba muy quieta. El corazón del doctor parecía haberse roto, estaba ardiendo; era una especie de agonía en su pecho. Y sentía cómo las lentas y ardientes lágrimas le humedecían el cuello. Pero no podía irse.

Sentía que las ardientes lágrimas le humedecían el cuello y los huecos del cuello y permanecía inmóvil, suspendido en una de las eternidades del hombre. Ahora se le hacía indispensable tener la cara de la muchacha apretada contra él, nunca podría dejar que se fuera de nuevo. Nunca podría

dejar que la cabeza de la muchacha se alejara del cerrado apretón de su brazo. Quería permanecer así para siempre, con el corazón doliéndole con un sufrir que también era vida. Sin darse cuenta, estaba mirando el húmedo cabello moreno y suave de Mabel.

Y, de modo repentino, percibió el olor horrendo e inmóvil de aquella agua. Y al mismo tiempo Mabel se apartó de él y le miró. La muchacha tenía los ojos pensativos e inescrutables. El doctor tenía miedo de ellos y se dejó caer para besarla, sin saber qué hacía. Quería que aquellos ojos no tuvieran esa terrible mirada pensativa e inescrutable.

Cuando la muchacha volvió de nuevo su cara hacia él, un débil y delicado rubor resplandecía en ella, y alboreaba otra vez en sus ojos ese terrible centelleo de alegría que tanto le horrorizaba, pero que aun así quería ver, porque su mirada lúgubre le aterrorizaba aún más.

—¿Me quieres? —preguntó Mabel vacilante.

—Sí. —La palabra le costó un doloroso esfuerzo. No porque no fuera verdad. Sino porque era una verdad demasiado nueva; decirlo pareció rasgar de nuevo su corazón recién roto. Y casi no quería que fuese verdad ni siquiera ahora.

Mabel alzó la cara hacia el doctor y él se inclinó y la besó en la boca tiernamente, con un beso que significaba una promesa eterna. Y mientras la besaba, su corazón se resistía en su pecho. Nunca intentó amarla. Pero ahora eso había pasado. Había cruzado el golfo que le separaba de ella, y todo eso que había dejado atrás se consumía dejando un vacío.

Después del beso, los ojos de la muchacha se llenaron de lágrimas lentamente. Se sentó inmóvil, lejos de él, con la cara inclinada y las manos cruzadas en su regazo. Las lágrimas caían serenas. Hubo un completo silencio. También él se sentó allí sin moverse y en silencio sobre la alfombrilla del hogar. El extraño dolor de su corazón roto parecía consumirle. ¡Que él tuviera que amarla! ¡Que eso fuera amor! ¡Que se le hubiera de desgarrar el corazón de ese modo! ¡A él, a un médico! ¡Cómo se mofarían todos si lo supieran! Era un agonía pensar que pudieran enterarse.

Con el curioso y desnudo dolor de este pensamiento la miró. Estaba sentada allí, inclinada, meditando. Vio cómo le caía una lágrima, y el corazón se le inflamó. Vio por primera vez que uno de los hombros de Mabel estaba

totalmente descubierto, un brazo desnudo, y pudo ver uno de los pequeños senos; a oscuras, porque casi había oscurecido en la habitación.

—¿Por qué estás llorando? —preguntó con voz alterada.

Le miró y, tras las lágrimas, al darse cuenta de su situación por primera vez, sintió un pudor que quedó reflejado en sus ojos con una mirada oscura.

—En realidad no estoy llorando —dijo observándole medio asustada.

El doctor alargó la mano y la apretó suavemente en el brazo desnudo.

—¡Te quiero! ¡Te quiero! —exclamó con una voz vibrante y suave, diferente de como era él.

Ella se estremeció y dejó caer la cabeza. La suave y conmovedora forma de asirle el brazo la apenó. Y de nuevo le miró.

—Quiero irme —dijo—. Quiero irme y traerte algunas ropas secas.

—¿Por qué? —preguntó el doctor—. Estoy bien.

—Pero quiero irme —dijo—. Y quiero que te cambies de ropa.

Soltó el brazo de Mabel, que se envolvió con una manta mirándole más bien asustada. Y no se levantaba todavía.

—Bésame —dijo ella con ansiedad.

La besó, pero fugazmente, medio enfadado.

Entonces, un segundo después, Mabel se levantó nerviosamente, toda confusa, envuelta en la manta. La observaba en su confusión mientras intentaba aclararse y envolverse de manera que pudiera andar. La observaba implacable, y ella lo sabía. Y mientras la muchacha iba con la manta arrastrando y el doctor veía la imagen fugaz de los pies y la pierna blanca, trató de recordarla como estaba cuando tuvo que envolverla con la manta. Pero ahora le desagradaba recordarla, porque entonces no era nada para él, y su interior se sublevaba recordándola como estaba cuando no era nada para él.

Un ruido sordo dentro de la casa le asustó. Y oyó la voz de la joven:

—Hay ropas.

Se levantó, fue al pie de la escalera y recogió las ropas que Mabel había tirado. Luego volvió junto al fuego, se secó y se vistió. Se sonrió de su propio estado cuando hubo terminado.

El fuego se estaba apagando y puso más carbón. La casa estaba ahora bastante oscura, salvo por la luz de la farola de la calle, que brillaba



débilmente en el interior desde más allá de los acebos. Encendió el gas con cerillas que encontró en la cornisa de la chimenea. Vació los bolsillos de sus ropas y tiró todas las que estaban húmedas, en un montón, al fregadero. Después recogió con cuidado las ropas empapadas de Mabel y las puso en un montón aparte encima del fregadero.

Eran las seis de la tarde. Su reloj se había parado. Tenía que volver a la consulta. Esperaba, y Mabel todavía no bajaba. Entonces fue al pie de la escalera y gritó:

—Tengo que irme.

Casi inmediatamente la oyó bajar. Se había puesto su mejor vestido de espumilla negra y se había peinado, aunque todavía tenía el pelo húmedo. Mabel le miró y a pesar de sí misma sonrió.

—No me gustas con esas ropas —dijo ella.

—¿Parezco un adefesio? —respondió.

Se sentían mutuamente incómodos.

—Te prepararé un poco de té —dijo.

—No, debo irme.

—¿De veras? —Y le miró de nuevo con aquellos poderosos ojos abiertos y llenos de duda. Y de nuevo, con el corazón dolorido, el doctor se dio cuenta de cuánto la amaba. Se inclinó para besarla tiernamente, apasionadamente, con un beso dolorido de corazón.

—Y mi pelo huele muy mal —murmuró la joven perturbada—. Y soy tan horrible, ¡soy tan horrible! Soy demasiado horrible. —Y rompió a sollozar amargamente, con el corazón roto—. No puedes amarme, soy horrible.

—No seas tonta, no seas tonta —dijo intentando reconfortarla, besándola y cogiéndola entre sus brazos—. Te quiero, quiero casarme contigo, vamos a casarnos, pronto, muy pronto, mañana, si puedo.

Pero ella sollozaba terriblemente y gritaba:

—Me siento horrible. Me siento horrible. Creo que soy horrible para ti.

—No, te quiero, te quiero. —Era todo lo que respondía él ciegamente, con esa terrible entonación que la asustaba casi más que su temor de que no la quisiera.

## SANSÓN Y DALILA<sup>[47]</sup>

Un hombre se bajó del autobús que va de Penzance a St. Justin-Penwith<sup>[48]</sup> y dio la vuelta hacia el norte, montaña arriba, hacia Polestar. Solamente eran las seis y media pero las estrellas ya habían salido, un vientecillo frío venía del mar, y el destello intermitente y cristalino del faro más abajo del acantilado latía rítmicamente en la primera oscuridad.

El hombre iba solo. Seguía el camino decidido, pero miraba de un lado a otro con una curiosidad precavida. Los altos generadores en ruinas de las minas de estaño<sup>[49]</sup> surgían de vez en cuando entre la oscuridad como restos de alguna civilización del pasado. Las luces de muchas casas de mineros, dispersas por la accidentada oscuridad, brillaban desoladas en su desorden, aunque brillaban con la intimidad solitaria de la noche celta.

El hombre andaba con firmeza, siempre atento y curioso. Era un hombre alto, apuesto, aparentemente en la flor de la vida. Tenía los hombros cuadrados y bastante rectos, se inclinaba un poco hacia delante cuando caminaba, desde la cadera, como un hombre que tiene que encorvarse para rebajar su altura. Pero no encorvaba los hombros, inclinaba la espalda desde las caderas.

De vez en cuando algunas figuras pequeñas de mineros de Cornualles, pesadas y de piernas robustas, le adelantaban, y él invariablemente les daba las buenas noches como para insistir que se encontraba en su propio terreno. Él hablaba con la entonación de Cornualles. Y según iba por el monótono camino, mirando ahora las luces de las viviendas en el campo, ahora las luces en el mar, barcos virando hacia el Faro Alto, todo el océano Atlántico en la oscuridad y el espacio entre él y América, parecía algo emocionado y contento consigo mismo, atento, temeroso, moviéndose con un sentido de la

maestría y el poder en conflicto.

Las casas comenzaron a cerrarse sobre la carretera, estaba entrando en el pueblo minero desolado, informe, y desordenado que había conocido antaño. A la izquierda había un pequeño claro, más allá de la carretera, y las acogedoras luces de un mesón. Era allí. Miró hacia arriba con atención, al cartel: «MESÓN DE LOS HOJALATEROS»<sup>[50]</sup>. Pero no pudo saber el nombre del propietario. Escuchó. Había risas y charlas alborotadas, la voz de una mujer riéndose con estridencia entre los hombres.

Encorvándose un poco, entró en el bar acogedoramente iluminado. La lámpara estaba encendida, una mujer robusta se levantó de la mesa de madera fregada donde algunas cartas blancas, negras y rojas estaban repartidas, y varios hombres, mineros, levantaron la vista del juego.

El extraño se dirigió al mostrador, apartando el rostro. Llevaba la gorra calada hasta las cejas.

—Buenas tardes —dijo la dueña, con una voz bastante halagadora.

—Buenas tardes. Una cerveza.

—Una cerveza —repitió la dueña melosamente—. Una noche fría, pero clara.

—Sí —asintió lacónicamente el hombre—. Gracias. —Después añadió, cuando nadie esperaba que dijese nada—: Tiempo propio de la época.

—Bastante propio, bastante —dijo la dueña—. Gracias.

El hombre se llevó el vaso derecho a los labios y lo vació. Luego volvió a colocar el vaso sobre el mostrador de cinc haciendo ruido.

—Póngame otra —dijo.

La mujer le trajo la cerveza, y el hombre se dirigió a otra mesa cerca del fuego. La mujer, tras un momento de duda, volvió a tomar asiento en la mesa con los jugadores de cartas. Se había fijado en el hombre: un individuo alto y bien parecido, bien vestido, un extraño. Pero él hablaba con ese acento americano de Cornualles que ella reconocía como un acento natural y nasal entre los mineros.

El hombre apoyó los pies contra el guardafuego y se quedó mirando el fuego. Era un hombre guapo y de buen aspecto, con las cejas muy bien marcadas de Cornualles, y los usuales salvajes ojos oscuros y brillantes también de Cornualles. Parecía abstraído en sus pensamientos. Después miró

la partida de cartas.

La mujer era robusta y de buen aspecto, de pelo castaño y ojos marrones pequeños y vivos. Estaba pletórica de vida y vigor, la energía que ponía en el juego de cartas emocionaba a los hombres, que gritaban y reían, y la mujer se sujetaba el pecho al reír a carcajadas.

—¡Oh! Dios mío, esto va a ser mi muerte —dijo jadeando—. Vamos, señor Trevorrow, juegue limpio. Juegue limpio o dejo las cartas.

—¡Juegue limpio! Pero ¿quién no ha jugado limpio? —exclamó el señor Trevorrow—. ¿Quiere eso decir que me acusas de no haber jugado limpio, señora Nankervis?

—Sí. Eso es lo que quiero decir. ¿Tiene la reina de espadas? Venga, vamos, no me esquive. Sé que tiene esa reina, tan bien como sé que mi nombre es Alicia.

—Bueno, bien, si tu nombre es Alicia tendrás que tenerla.

—¡Ay! ¿Qué os decía yo? ¿Habéis visto que hombre este? Dios mío, debe de ser fácil engañar a tu mujer, según parece.

Y comenzó a carcajearse. Le interrumpió la entrada de cuatro hombres de caqui: un sargento bajo y rechoncho de mediana edad, un cabo joven y dos jóvenes soldados rasos. La mujer se respaldó en la silla.

—¡Oh, Dios mío! —exclamó—. Si no son los chicos los que están de vuelta: parecen muertos, creo yo...

—¡Muertos! —exclamó el sargento—. Todavía no.

—¡Casi! —dijo uno de los cabos jóvenes toscamente.

La mujer se levantó.

—Creo que lo estáis, queridos. Querréis vuestras cenas, estoy segura.

—No nos vendría mal.

—¡Tomemos algo primero! —dijo el sargento.

La mujer se puso a trajinar entre las bebidas. Los soldados se acercaron al fuego y extendieron las manos.

—¿Queréis que os traiga la cena aquí? —dijo ella—. ¿O la tomáis en la cocina?

—La tomaremos aquí —dijo el sargento—. Es más acogedor, si no le importa.

—La tomaréis donde queráis, chicos, donde queráis.

Ella desapareció. Al poco rato una joven de unos dieciséis años entró. Era alta y lozana, de ojos inexpresivos, jóvenes y oscuros, y cejas marcadas, y con una suavidad e inconsciencia inmadura propia del tipo sensual celta.

—¡Oh, Maryann! ¡Buenas tardes! ¿Cómo está Maryann hoy? —El saludo de todos llegó hasta ella.

Ella contestó a todos con una voz suave, con un aplomo suave y extraño que resultaba muy atractivo. Y se movía alrededor con movimientos bastante atractivos y mecánicos, como si sus pensamientos estuviesen en otra parte. Pero ella tenía siempre esta oscura lejanía en su porte: una especie de modestia. El extraño que estaba al lado del fuego la miraba con curiosidad. Había una curiosidad alerta, inquisitiva y salvaje en su rostro lustroso.

—Yo también tomaré algo de cena con ustedes, si me está permitido —dijo el hombre.

Ella le miró, con sus ojos claros e irracionales, como los ojos de alguna criatura no humana.

—Se lo preguntaré a mi madre —dijo ella. Su voz era suave y cantarina.

Cuando volvió:

—Sí —dijo casi murmurando—. ¿Qué va a tomar?

—¿Qué tienen? —dijo el hombre mirándola a la cara.

—Hay carne fría.

—De acuerdo, entonces.

El extraño se sentó al final de la mesa, y comió con los cansados y silenciosos soldados. Ahora la dueña estaba interesada en él. Frunció el ceño, había una mirada de pánico en su rostro grande y saludable, pero sus ojos marrones estaban fijos de un modo casi peligroso. Era una mujer grande, pero sus ojos eran pequeños y tensos. Se acercó al extraño. Vestía una blusa de franela estampada y una falda oscura.

—¿Qué va a beber con la cena? —le preguntó ella, y había una nota peligrosa y nueva en su voz.

Él se movió inquieto.

—Oh, continuaré con la cerveza.

Ella le acercó otro vaso. Después se sentó en el banco, a la mesa, con él y con los soldados, y le miró fijamente con toda su atención.

—Usted viene de St. Just, ¿no? —dijo ella.

Él la miró con sus grandes y oscuros ojos celtas, y respondió firmemente:

—No, vengo de Penzance.

—¡Penzance! Pero ¿no estará pensando en volver allí esta noche?

—¡No, no!

Todavía la miraba con sus ojos claros y grandes que parecían ágatas muy brillantes. Su ira comenzó a aumentar. Se le notaba en la frente. Sin embargo, su voz todavía era suave y tímida.

—Ya me imaginaba que no. Pero usted no vive por aquí, ¿verdad?

—No, no vivo por aquí. —Él todavía contestaba lentamente, como si algo mediase entre él y cualquier pregunta del exterior.

—¡Oh! Ya comprendo —dijo ella—. Tiene usted familiares por aquí.

De nuevo él la miró a los ojos como si la mirara en el silencio.

—Sí —dijo él.

No dijo nada más. Ella se levantó bruscamente. La cólera se manifestaba en su rostro. Ya no hubo más juegos de cartas ni más risas aquella noche, aunque ella mantuvo su actitud maternal, suave y alegre con los hombres. Pero ellos la conocían y la temían.

Se terminó la cena, se limpió la mesa, y el extraño no se iba. Dos de los soldados jóvenes se fueron a la cama con su alegría:

—¡Buenas noches, Ama. Buenas noches, Maryann!

El extraño habló un rato con el sargento acerca de la guerra, que estaba en su primer año, acerca del nuevo ejército<sup>[51]</sup>, una parte del cual estaba acuartelado en su distrito, acerca de América.

La dueña le lanzaba miradas desde sus pequeños ojos, poco a poco una tormenta eléctrica iba manando de su pecho, y él aún no se iba. Ella se estremecía con una pasión violenta y contenida, algo espantoso y anormal. No podía sentarse todavía. Su forma pesada parecía lanzar destellos con sus movimientos rápidos e involuntarios según pasaban los minutos y él permanecía aún sentado allí, y la tensión de su corazón crecía insoportablemente. Ella miraba cómo se movían las manecillas del reloj. Tres de los soldados se habían ido a la cama, solo el sargento mayor, parecido a un terrier y jefe del grupo, permanecía allí.

La dueña se sentó detrás del mostrador y movía espasmódicamente el periódico. Miró de nuevo el reloj. Finalmente eran las diez menos cinco.

—Señores, ¡el enemigo! —dijo en voz baja y furiosa—. La hora. Es la hora, queridos. ¡Buenas noches a todos!

Los hombres comenzaron a salir poco a poco, soltando un escueto buenas noches.

Eran las diez menos un minuto. La dueña se levantó.

—Vamos —dijo—. Voy a cerrar la puerta.

El último de los mineros salió. Ella permaneció de pie, resuelta y amenazante, sujetando la puerta. El extraño todavía estaba sentado frente al fuego, con su chaqueta negra abierta y fumando.

—Vamos a cerrar, señor —llegó la voz fina y peligrosa de la dueña.

El sargento bajito, parecido a un perro y testarudo le dio en el brazo al extraño.

—Hora de cerrar —le dijo.

El extraño se revolvió en el asiento, y sus ojos rápidos y oscuros y como joyas fueron del sargento a la dueña.

—Me quedo aquí esta noche —dijo con su acento lacónico de americano de Cornualles.

La dueña pareció elevarse. Sus ojos se alzaron extraña y amenazadoramente.

—¡Oh!, ¡por Dios! —gritó—. ¡Por Dios! ¿Y de quién son esas órdenes si puede saberse?

Él la miró de nuevo.

—Mis órdenes —dijo él.

Involuntariamente ella cerró la puerta y avanzó como un pájaro grande y peligroso. Su voz se elevó, tenía un toque de ronquera.

—¿Y cuáles son sus órdenes?, dígame —gritó—. ¿Quién se supone que es usted para dar órdenes en esta casa?

Él seguía sentado mirándola.

—Tú sabes quién soy —dijo él—. Al menos yo sé quién eres tú.

—Ah. ¡No me digas! ¡No me digas! ¿Y quién soy, si me haces el favor de decírmelo?

Él la miraba fijamente con los ojos oscuros y brillantes.

—Eres mi mujer —dijo—, y lo sabes tan bien como yo.

Y se sobresaltó como si algo hubiese explotado en ella. Sus ojos se

alzaron y ella se encolerizó como una loca.

—¡Ah!, conque lo sé —gritaba—. ¡Yo sé tal cosa! Resulta que lo sé. ¿Tú crees que un hombre llega a este mostrador, me dice de improviso que yo soy su mujer, y que yo voy a creerle? Yo te digo, quienquiera que seas, que estás equivocado. Yo no me tengo por tu mujer y te agradecería que te fueses de esta casa ahora mismo antes de que llame a quien te ponga de patitas en la calle.

El hombre se puso en pie, e inclinó un poco la cabeza hacia ella. Era un hombre apuesto de Cornualles, en la flor de la vida.

—¡Conque no me conoces! ¿Eh? ¿No me conoces? —dijo él con su voz cantarina sin emoción pero bastante contenida y tensa: recordaba a la voz de la joven—. Yo te conocería en cualquier parte. Lo haría. No tendría que mirarte dos veces para reconocerte. Como ahora...

La mujer estaba desconcertada.

—¡Ya puedes decir eso! —contestó ella entrecortada—. Ya puedes decirlo. Eso es fácil. Mi nombre es conocido y respetado por la mayoría de la gente diez millas a la redonda. Pero yo no te conozco. —La voz de ella rozaba el sarcasmo—. No puedo decir que te conozco. Eres un perfecto extraño para mí. Y no creo haber puesto nunca mis ojos en ti antes de esta noche. —Su voz era muy flexible y sarcástica.

—Sí, lo hiciste —contestó el hombre de modo razonable—. Sí lo hiciste. Tu apellido es mi apellido y esa joven Maryann es mi niña; ella es mi hija. Tú eres mi mujer. Tan seguro como que soy Willie Nankervis.

Él hablaba como si eso fuera un hecho aceptado. Su rostro era apuesto con una atenta y extraña vigilancia, y una fijeza de intención fundamental que la enloquecía.

—¡Eres un cobarde! —gritó—. Cobarde, venir a esta casa y atreverte a hablarme. ¡Villano, bribón!

Él la miraba.

—¡Ay! —dijo él sin moverse—. Todo eso. —Él estaba inquieto delante de ella. Pero no la temía. Había algo impenetrable en él, cerró los ojos, que eran tan brillantes como el ágata.

Ella se creció y se dirigió a él amenazándole.

—Vas a irte ahora mismo de esta casa. —Dio un zapatazo de repente—.



¡Ahora mismo!

Él la miró. Sabía que quería golpearle.

—No —dijo él con énfasis reprimido—. Ya te lo he dicho. Voy a quedarme aquí.

Él tenía miedo de su carácter pero no se alteró. Ella dudaba. Sus pequeños y leoninos ojos se concentraron en un punto de furia vívida y ciega como los ojos de un tigre. El hombre hacía muecas de dolor pero seguía allí de pie. Entonces ella pensó en sí misma. Guardaría sus fuerzas.

—Veremos si te quedas aquí —dijo. Y se marchó, alzando los ojos de un modo curioso y espantoso, salió de la habitación encolerizada. El hombre, escuchando, la oyó subir las escaleras, la oyó llamar a la puerta de una alcoba, la oyó decir:

—¿Os importa bajar un momento, chicos? Os necesito. Tengo un problema.

El hombre del mostrador se quitó la gorra y la chaqueta negra y las colocó en la silla detrás de él. Llevaba el pelo negro corto y tenía algunas canas en las sienes. Vestía un traje bien cortado y confeccionado de color gris oscuro, de estilo americano, y con el cuello vuelto. Tenía la figura sólida de un hombre acaudalado. El aspecto bastante rígido de los hombros procedía de haberse roto los huesos del cuello dos veces en las minas.

El sargento de caqui oscuro lo miraba firmemente.

—¿Es tu mujer? —le preguntó moviendo la cabeza hacia el lugar por donde se había ido la mujer.

—Sí —rugió el hombre—. Claro que lo es, te lo aseguro.

—Hace mucho tiempo que no la ves, ¿no?

—Dieciséis años hará el próximo marzo.

—¡Hum!

Y el sargento siguió fumando lacónicamente.

La dueña bajaba seguida por los tres soldados jóvenes, que entraron bastante avergonzados en pantalones y mangas de camisa y con calcetines. La mujer se quedó de pie, histriónicamente, al final del mostrador y exclamó:

—Ese hombre se niega a marcharse de la casa, reclama pasar la noche aquí. Usted sabe muy bien que no me quedan camas, ¿no? Y esta casa no acomoda a viajeros. Bueno, pues a pesar de todo quiere quedarse. Pero no lo

hará mientras a mí me quede una gota de sangre en el cuerpo, lo juro. Y no lo hará, si ustedes los hombres son aún merecedores del nombre de hombres, y ayudan a una mujer que no tiene quien la ayude.

Los ojos le brillaban, se ruborizó. Estaba erguida como una amazona. Los jóvenes soldados no sabían qué hacer. Miraban al hombre, miraban al sargento, uno de ellos miraba hacia abajo y se abrochaba los tirantes en el segundo botón.

—¿Qué dice usted, sargento? —preguntó uno cuyo rostro brillaba por alguna diablura.

—El hombre dice que es el marido de la señora Nankervis —dijo el sargento.

—No es mi marido. Confieso que nunca le había visto antes de esta noche. Es un truco sucio, nada más, un truco sucio.

—¿Por qué mientes diciendo que no me habías visto antes? —gruñó el hombre cerca de la chimenea—. Estás casada conmigo y esa joven Maryann la tuviste conmigo, y bien que lo sabes.

El soldado seguía mirándolos, el sargento fumaba imperturbable.

—Sí —cantó la dueña, moviendo despacio la cabeza con gran sarcasmo —, suena muy bien, ¿no? Pero no creemos ni una sola palabra, y ¿cómo vas a probarlo? —Ella sonrió con maldad.

El hombre los miró en silencio y después dijo:

—No se necesitan pruebas.

—¡Oh! Claro que se necesitan, se necesitan un montón de pruebas —cantó el sarcasmo de la dueña. No somos papanatas para tragarnos todas tus palabras.

Pero él seguía inmóvil de pie cerca del fuego. Ella estaba también de pie con una mano apoyada en el mostrador de cinc, el sargento estaba sentado con las piernas cruzadas, fumando, en un asiento a medio camino entre los dos, los tres soldados jóvenes en camisa y tirantes estaban de pie, vacilando en la oscuridad detrás del mostrador. Había silencio.

—¿Sabe usted algo del paradero de su marido, señora Nankervis? ¿Está vivo? —preguntó el sargento a su modo juicioso.

De repente la dueña comenzó a llorar, intensamente, con lágrimas hirvientes, que dejaron a los hombres horrorizados.

—No sé nada de él —sollozaba, buscando a tientas su pañuelo—. Me dejó cuando Maryann era un bebé, se fue a las minas de América y, tras seis meses, nunca me escribió una línea ni me envió un penique. No puedo decir si está vivo o muerto, el muy cobarde. Todo lo que he oído de él es malo, y no he oído nada durante estos últimos años. —Sollozó violentamente.

El hombre de piel dorada y elegante que estaba cerca del fuego la miraba mientras lloraba. Estaba asustado, preocupado, aturdido, pero ninguna de sus emociones le alteraban interiormente. No había en la habitación ningún otro ruido sino el sollozo de la dueña. Los hombres, todos y cada uno, estaban abrumados.

—¿No cree que sería mejor que se fuese por esta noche? —dijo el sargento al hombre, con dulce racionalidad—. Sería mejor que se marchase y luego arreglasen el asunto entre ambos. No se puede reclamar a una mujer, imagino, si las cosas son como ella dice. Y no puede precipitarse sobre ella de un modo tan imprevisto.

La mujer sollozaba desconsoladamente. El hombre observaba sus senos agitándose. Parecían lanzar un hechizo sobre su mente.

—Como la haya tratado, no importa —contestó—. He vuelto para quedarme en mi propia casa, al menos por ahora. Así es.

—Una fea acción —dijo el sargento; su rostro iba oscureciéndose—. Una fea acción, venir después de haber abandonado a una mujer durante esa cantidad de años y querer imponerse sobre ella. Una fea acción que no está permitida por ley.

La mujer se secaba los ojos.

—Nunca te importó la ley —gritó el hombre con una voz extraña y grave—. No me iré de aquí esta noche.

La mujer se volvió hacia los soldados que estaban detrás de ella y dijo en tono adulator y sarcástico:

—¿Vamos a aguantar esto, chicos? ¿Vamos a permitir esto, sargento Thomas, de un sinvergüenza y un bravucón que ha llevado una vida fuera de mención, en sus campos mineros de América, y después quiere volver y desbaratar la vida y los ahorros de una pobre mujer tras haberla abandonado con un bebé en los brazos para que luchara como mejor pudiera? Es una vergüenza insultante si nadie me defiende, una vergüenza.

Los soldados y el sargento bajito estaban irritados. La mujer se agachó y hurgó bajo el mostrador durante un minuto. Después, sin ser vista por el hombre que estaba cerca del fuego, echó un soga trenzada, como las que se usan para empacar los fardos, y la dejó colgando cerca de los pies de los jóvenes soldados, en la penumbra de la puerta trasera del mostrador.

Entonces se levantó y encaró la situación.

—Bueno, vamos —dijo al hombre en un tono frío y razonable—. Coge tu abrigo y déjanos solos. Sé un hombre; no seas tan malo ni tan bruto como un alemán. Puedes conseguir fácilmente cama en St. Just, y si no tienes con qué pagar, el sargento te puede prestar un par de chelines, estoy segura.

Todos los ojos se posaron en el hombre. Él miraba a la mujer como a una criatura embrujada o poseída por alguna intención endiablada.

—Tengo dinero —dijo—. No temas por tu dinero, tengo mucho dinero por ahora.

—Bien, entonces —dijo de un modo adulator con un frío y burlón aplacamiento— ponte la chaqueta y vete a donde se te quiera, sé un hombre y no un bruto alemán.

Se había ido acercando a él con intenciones desafiantes y adulatoras. Él la miraba con el rostro fascinado.

—No, no voy a irme —dijo—, no haré tal cosa. Me alojarás esta noche.

—¿Eso haré? —gritó ella. Y de pronto lanzó sus brazos alrededor de él, se agarró a él con todo su poderoso peso, al tiempo que gritaba a los soldados:

—Coged la soga, chicos, y atadle<sup>[52]</sup>. ¡Alfred, John, vamos, deprisa!

Los hombres se levantaron, miraron alrededor con ojos enloquecidos y tiraron de su fuerte cuerpo. Pero la mujer también era fuerte, y muy pesada, y estaba enganchada a él con la determinación de la muerte. El rostro de ella, con la mirada exultante y terriblemente vengativa, estaba vuelto hacia el pecho de él; él tenía la cabeza vuelta hacia atrás desesperadamente. Mientras tanto, los jóvenes soldados, tras haber contemplado ese amenazante movimiento laocontiano por un instante, se movieron, y el malicioso se precipitó deprisa con la cuerda. Se enredó un poco.

—¡Pásame el final de la cuerda! —gritó el sargento.

Mientras el hombre tiraba y peleaba, hacía girar a la mujer alrededor del

asiento y de la mesa, en un esfuerzo convulsivo por liberarse. Pero ella sujetaba con fuerza los brazos de él y, como un calamar, se le enroscaba pesadamente. Él empujaba con gran esfuerzo y se agitaba, los dos iban chocando por la habitación, los soldados daban saltos, el mobiliario daba tumbos.

El soldado más joven había logrado dar una vuelta a la soga alrededor del hombre, el sargento vigoroso le ayudó. La mujer se inclinó y dieron varias vueltas a la cuerda. Estiraron fuertemente las cuerdas hasta que casi le cortaron los brazos. La mujer se aferró a sus rodillas. Otro soldado en un rasgo de ingenio, corrió, y ató los pies del hombre con un par de tirantes. Los asientos se habían roto, la mesa había sido arrojada contra la pared, pero el hombre estaba atado, con los brazos sujetos con fuerza a los lados, y los pies atados. Estaba medio caído, arrojado contra la mesa.

La mujer se levantó y cayó casi desfallecida sobre un asiento al lado de la pared. Su pecho se agitaba, no podía hablar, pensaba que iba a morir. El hombre atado yacía contra la mesa volcada, su chaqueta enrollada y retorcida bajo las cuerdas, le dejaba el cuello al descubierto. Los soldados merodeaban, algo aturcidos pero emocionados por la bronca.

El hombre comenzó a pelear de nuevo, zarandeándose inconscientemente contra las cuerdas, respirando profunda y largamente. Su rostro, con la piel dorada, estaba ruborizado y sobrecargado, y de nuevo se agitaba. Las venas del cuello se le marcaban. Se relajaba. Después, de pronto, sacudía otra vez los pies.

—Otro par de tirantes, William —gritó el soldado emocionado. Él mismo se lanzó sobre las piernas del hombre atado y se las arregló para atarle las rodillas. Después de nuevo se hizo el silencio. Se podía oír el tictac del reloj.

La mujer miró la figura postrada, las fuertes y rectas extremidades, la fuerte espalda atada, el rostro de ojos abiertos que le recordaban a un ternero atado a una carreta, la cabeza extendida mudamente hacia atrás. Ella había triunfado.

El cuerpo atado comenzó a pelear de nuevo. Ella miraba fascinada los músculos esforzándose, los hombros, las caderas, los largos y limpios muslos. Incluso así podría romper las cuerdas. Ella sintió miedo. Pero el joven y despierto soldado se sentó en los hombros del hombre atado y, tras

unos momentos de peligro, volvió la calma.

—Ahora —dijo el juicioso sargento al hombre atado—, si te desatamos nos prometerás que vas a marcharte y que no vas a dar más problemas.

—No vais a desatarlo aquí —gritó la mujer—. No confiaré en él mientras no pueda golpearle.

Se hizo un silencio.

—Debemos llevarlo afuera y desatarlo allí —dijo el soldado joven—; después podemos llamar a la policía, si sigue molestando.

—Sí —dijo el sargento—. Podemos hacer eso. —Después, de nuevo en un tono alterado y casi severo, dijo al prisionero—: ¿Si te desatamos fuera cogerás tu chaqueta y te irás sin crear más problemas?

Pero el prisionero no contestaba, tan solo yacía con los ojos brillantes, abiertos y oscuros como un animal atado. Hubo un intervalo de silencio perplejo.

—Bien, entonces hacedlo como decís —dijo la mujer con irritación—. Hacedlo fuera entre todos vosotros, y cerremos la casa.

Así lo hicieron. Tras coger al hombre atado, los cuatro soldados se tambalearon torpemente en la plaza silenciosa enfrente del mesón, la mujer los seguía con la gorra y la chaqueta. Los jóvenes soldados desataron inmediatamente los tirantes de las piernas del prisionero, y entraron en la casa. Iban en calcetines, y fuera las estrellas brillaban frías. Se quedaron en la puerta mirando. El hombre yacía bastante quieto en la tierra fría.

—Ahora —dijo el sargento con voz abatida— le desharé el nudo y quedará libre, si usted entra, señora.

Ella lanzó una última mirada al hombre atado y desaliñado según se sentaba en el suelo. Después entró, seguida por el sargento. A continuación se les oyó cerrar y atrancar la puerta.

El hombre sentado en el suelo se afanaba y se esforzaba con la cuerda. Pero no era fácil desatarse, incluso ahora. Por eso, con las manos atadas, haciendo un esfuerzo, se puso en pie, se alejó y forzó la cuerda con el filo tosco de un viejo muro. La cuerda, que era una especie de madeja trenzada, pronto se deshilachó y se rompió, y él se liberó. Tenía varias contusiones. Tenía los brazos heridos y con marcas por las cuerdas. Se las frotó muy despacio. Después se colocó bien las ropas, se encogió de hombros, se puso

la gorra, forcejeó dentro del abrigo, y se marchó.

Las estrellas estaban muy brillantes. Claros como el cristal, los destellos del faro bajo las rocas golpeaban acompasadamente en la noche. Aturdido, el hombre caminó por la carretera delante de la iglesia. Después se quedó de pie apoyado en una pared durante largo rato.

Permanecía de pie porque tenía los pies muy fríos. Entonces se los frotó, y en la noche silenciosa volvió de nuevo al mesón. El bar estaba oscuro. Pero había luz en la cocina. Dudó. Después, muy despacio, intentó abrir la puerta.

Le sorprendió encontrarla abierta. Entró y, muy despacio, la cerró detrás de él. Después bajó el escalón de delante del mostrador y por la puerta iluminada llegó a la cocina. Allí estaba sentada su esposa, plantada frente al fogón, donde ardía un fuego de aulagas. Estaba sentada en una silla justo enfrente de la hornilla, con las rodillas apartadas del guardafuego. Ella le miró por encima del hombro cuando entró, pero no dijo ni una palabra. Después volvió a mirar el fuego.

Era una cocina pequeña y estrecha. Él puso su gorra sobre la mesa, que estaba cubierta por un mantel de plástico amarillento, y tomó asiento dando la espalda a la pared, cerca del horno. Su mujer todavía estaba sentada con las rodillas apartadas y los pies apoyados en la pantalla de acero, y contemplaba el fuego sin moverse. Su piel estaba suave y rosácea al calor del fuego. Todo en la casa estaba muy limpio y brillante. El hombre se sentó silencioso, demasiado silencioso, con la cabeza baja. Y así se quedaron.

La cuestión era quién hablaría primero. La mujer se inclinó hacia delante y empujó los cabos de las ramas entre las barras de la hornilla. Él levantó la cabeza y la miró.

—Los otros se han ido a la cama, ¿no? —preguntó él.

Pero ella permaneció en silencio.

—Hace una noche muy fría, ahí fuera —dijo él como si hablara consigo mismo.

Y pasó su larga y aún bien formada mano de obrero por encima de la estufa, que era de un negro pulido y suave como el terciopelo. Ella no le miraba, aunque le observaba con disimulo con el rabillo del ojo.

Los ojos de él estaban fijos en ella y brillantes, las pupilas eran grandes y eléctricas como las de un gato.

—Te habría elegido entre miles —dijo él—. Aunque eres más grande de lo que yo habría creído. Buenas carnes tienes.

Ella se quedó en silencio otro rato. Después se volvió hacia él en su silla.

—¿Qué piensas de ti mismo, volviendo a mí de este modo después de quince años? —dijo ella—. ¿No irás a pensar que no he sabido nada de ti ni en Butte City ni en ninguna otra parte?

Él la miraba con sus ojos claros, traslúcidos e incontrovertidos.

—Sí —dijo él—. Los tipos van y vienen. He oído cosas de ti de vez en cuando.

Ella se acercó.

—¿Y qué mentiras has oído de mí? —preguntó con soberbia.

—No creo haber oído mentira alguna, excepto que seguías muy bien.

Su voz fluía cautelosa y despreocupadamente. La ira comenzó a agitarse en ella de nuevo con violencia. Pero la controlaba porque el peligro estaba en él y, aún más, quizá, era a causa de la belleza de su cabeza y de su entrecejo, que no podía soportar perder.

—Ya es algo más de lo que puedo decir de ti —dijo ella—. He oído más malo que bueno de ti.

—Ay, tal vez —dijo él mirando el fuego. Hacía ya mucho rato que había visto quemarse la aulaga, se dijo a sí mismo. Hubo un silencio durante el cual ella le miró a la cara.

—¿Te llamas a ti mismo «un hombre»? —dijo ella con un reproche despreciativo más que con ira—. ¡Dejar a una mujer como tú me dejaste, a ti qué te importa! Y después volver de este modo sin una palabra que decir a tu favor.

Él se agitó en su silla, puso los pies en el suelo, apoyó los brazos en las rodillas y miró fijamente al fuego sin contestar. Tan cerca de ella estaba su cabeza y su pelo negro, que apenas pudo evitar apartarse, como si le mordieran.

—¿Tú le llamas a eso la acción de un hombre? —repetía ella.

—No —dijo él alcanzando trocitos de madera y lanzándolos al fuego con los dedos—. No lo llamé de ningún modo, que yo sepa. No es bueno llamar a las cosas por cualquier nombre, que yo sepa.

Ella contemplaba sus gestos. Había una pausa cada vez más larga entre



cada diálogo, aunque ninguno se daba cuenta.

—¡Me pregunto qué piensas de ti mismo! —exclamó ella, con un tono enfadado—. ¡Me pregunto qué tipo de individuo crees que eres! —Ella estaba realmente perpleja y enfadada.

—Bien —dijo él levantando la cabeza para mirarla—, supongo que responderé de mis propias faltas, si todo el mundo responde de las tuyas.

El corazón de ella latía ardientemente cuando él levantó su rostro hacia ella. Respiró profundamente, apartando el rostro, casi perdiendo el control.

—¿Y tú por quién me tomas? —gritó ella con real desesperación.

El rostro de él estaba levantado mirándola, mirando su rostro apartado y suave, y la masa suave y palpitante de sus pechos.

—Te tomo —dijo él con esa veracidad lacónica que ejercía tanto poder sobre ella— por una de las mujeres más endiabladamente hermosas; maldito sea si no eres la mujer más hermosa que he visto, y guapa también. Nunca hubiera sospechado que fueras a tener ese tipazo; de verdad, no me lo imaginaba.

El corazón de ella latía con pasión cuando él la miraba con esos ojos brillantes y fijos de ágata.

—Muy amable por tu parte después de quince años, Dios mío —contestó ella.

Él no contestó, pero se sentó y posó sus ojos brillantes y rápidos sobre ella. Después se levantó. Ella volvió a comenzar involuntariamente. Pero él solamente dijo a su manera lacónica y comedida:

—Se está bien aquí, hace calor.

Y se quitó el abrigo, arrojándolo sobre la mesa. Ella se sentó, ligeramente acobardada, mientras él hacía eso.

—Las cuerdas me han hecho daño en los brazos —dijo cansinamente, tocándose los brazos con las manos.

Ella estaba todavía sentada en la silla frente a él, algo acobardada.

—Fuiste lista, ¿eh? Cazarme así —sonrió él despacio—. Me cogiste en el momento oportuno. Me agarraste oportunamente, sí, lo hiciste. —Él se inclinó hacia delante en su silla, hacia ella.

—Por eso no pienso peor de ti, no, maldita sea. Lo que yo admiro en una mujer son las agallas. De veras, lo admiro.

Ella tan solo miraba el fuego.

—Lo supimos desde el principio. Y por mi palabra, que tú comenzaste desde el primer minuto en que me viste. Maldito sea, fuiste demasiado lista para mí. Una mujer lista libra una buena pelea. Maldito sea yo si hubiese podido encontrar una mujer en los malditos Estados Unidos que me hubiese vencido así. Eres una mujer extraordinaria, de verdad te lo digo.

Ella permanecía sentada y lanzó una mirada furiosa al fuego.

—Tantas agallas como un hombre, se puede desear que tenga una mujer, de verdad te lo digo —dijo él alargando su mano y tocando a tientas sus pechos cálidos y turgentes.

Ella pareció estremecerse. Pero su mano insistía, insinuándose entre sus pechos mientras ella continuaba mirando el fuego.

—Y no creas que he venido aquí a mendigar —dijo él—. Tengo más de mil libras a mi nombre. Y un poco de pelea me complace. Pero eso no quiere decir que tengas que negar que eres mi mujer...

## **BILLETES, POR FAVOR**<sup>[53]</sup>

Hay en los Midlands un tranvía de vía única que sale intrépidamente de la ciudad y se zambulle en un paisaje negro y fabril, sube la colina y baja al valle, atravesando puebluchos extensos y feos de casas obreras y humildes, sobre canales y vías, pasa frente a iglesias que parecen colgadas, altas y nobles, sobre las sombras y el humo, por oscuros, fríos y desolados mercados, tambaleándose frente a cines y tiendas, baja al agujero donde están los mineros y sube de nuevo bajo los fresnos, y pasa frente a una iglesia rural, precipitándose hacia el final del trayecto, en el último lugar industrial pequeño y feo, la fría ciudad que se agita al borde del campo oscuro y salvaje<sup>[54]</sup>. Allí, el tranvía verde y crema parece hacer una pausa y ronronear con extraña satisfacción. Pero a los pocos minutos el reloj de la torre de la cooperativa Wholesale Society's Shops<sup>[55]</sup> marca la hora y comienza una vez más la aventura. De nuevo están allí los peligrosos y súbitos descensos; de nuevo, rebotando sobre las curvas, la helada espera en el mercado, el deslizarse sin respiración por la escarpada pendiente frente a la iglesia; de nuevo las pacientes paradas en las curvas, esperando que pasen otros tranvías, y así durante dos largas horas, hasta que por fin aparece la ciudad, más allá de la grasienta fábrica de gas; las angostas fábricas se aproximan: estamos en las sórdidas calles de la gran ciudad, avanzamos de nuevo, furtivos, a un atasco en nuestra terminal, desconcertados por el color cremoso y carmesí de los tranvías urbanos, pero con garbo y frescura, algo atrevidos, tranvías verdes como ramas de perejil salidas de un negro jardín minero.

Viajar en estos tranvías es siempre una aventura. Por estar en época de guerra, los conductores son hombres no aptos para el servicio activo: mutilados y jorobados. Tienen en su interior el espíritu del diablo<sup>[56]</sup>.

El trayecto se convierte en una carrera de obstáculos. ¡Hurra! En un santiamén estamos sobre los puentes del canal y ya vamos por la curva de los cuatro caminos, de nuevo libres, tras un chillido agudo y una estela de chispas. A decir verdad, a menudo los tranvías descarrilan, pero ¡qué importa! Esperan en una cuneta hasta que otros tranvías llegan a sacarlos de allí. Es bastante común que uno de estos tranvías, repleto de una sólida masa humana, llegue a un punto muerto en medio de una oscuridad absoluta, el corazón de ninguna parte en una noche oscura, y oír al conductor y a la cobradora decir: «Todo el mundo abajo, el tranvía está ardiendo». En lugar de salir corriendo asustados, los pasajeros contestan impasibles: «Venga, vamos. Ahora no salimos. Nos quedamos donde estamos. Empuja, George». Y así hasta que comienza a arder.

La razón de esta desgana para apearse es que las noches son terriblemente oscuras, frías y ventosas, y el tranvía es un buen refugio.

Los mineros viajan de pueblo en pueblo para cambiar de cine, de chica o de pub. Los tranvías van desesperadamente llenos. ¿Quién va a arriesgarse a esperar, quizá durante una hora, a otro tranvía en el negro abismo exterior, para ver ese desamparado cartel de «Solamente hasta el depósito» porque haya algo averiado, o dar la bienvenida a una rutilante unidad de tres vagones que pasa con un aullido de burla atestada de gente? Tranvías que pasan en la noche<sup>[57]</sup>...

En este servicio de tranvías, el más peligroso de Inglaterra, tal como las autoridades declaran con orgullo, cobran chicas y conducen jóvenes imprudentes, algo tullidos o casi jorobados. Las chicas son jóvenes pícaras. Dentro de un feo uniforme azul, con las faldas más arriba de las rodillas y con unas gorras de visera deformadas, tienen toda la *sang-froid* de un oficial fuera de servicio. En el tranvía, lleno hasta los topes de mineros que gritan y cantan a voces abajo y arriba una antífona de obscenidades, las chicas se encuentran a gusto. Se precipitan sobre los jóvenes que intentan evadir la máquina de los billetes. Apartan a los hombres a empujones al final de sus trayectos. Nadie va a desafiarlas. Ellas no temen a nadie y todo el mundo las teme.

—Hola, Annie.

—Hola, Ted.

—¡Eh! Hágame caso, señorita Mármol. Tiene usted el corazón de piedra y está hiriendo mis sentimientos.

—Debería guardárselos usted en el bolsillo —replica la señorita Mármol, y se dirige con decisión hacia la parte superior del tranvía.

—Billetes, por favor.

Es autoritaria, recelosa y está dispuesta a golpear primero. Sabe defenderse contra diez mil. La entrada de este tranvía es su Termópilas<sup>[58]</sup>.

Sin embargo, hay ciertos romances a bordo de estos tranvías, incluso en el robusto seno de Annie. El tiempo de este tierno romance es la mañana, entre las diez y la una, cuando las cosas están más tranquilas; por supuesto, excepto los días de mercado y los sábados. Entonces Annie tiene tiempo de dedicarse a ella misma. Entonces se baja del tranvía y va a alguna tienda donde ha curioseado cualquier cosa, mientras que el conductor charla en la calle principal. Entre las chicas y los conductores existen buenas relaciones. ¿No son acaso compañeros de peligros, embarcados en ese buque que corre a toda velocidad balanceándose siempre sobre las olas de una tierra tormentosa? Después, durante las horas tranquilas, los inspectores, o la mayoría de ellos, se dejan ver. Por alguna razón, todos los empleados de este servicio son jóvenes; no hay cabezas canosas. ¡Sería imposible! Sin embargo, los inspectores tienen la edad apropiada, y uno de ellos, el jefe, es incluso guapo. Miradle allí de pie en una mañana oscura y lluviosa con su largo impermeable, su gorra de visera bien calada hasta los ojos, esperando para subir al tranvía. Su cara es rojiza, tiene un bigotito marrón descolorido y una ligera sonrisa atrevida. Bastante alto y ágil a pesar de su impermeable, sube de un salto a uno de los tranvías y saluda a Annie.

—Hola, Annie, ¿qué, resguardándose de la lluvia?

—Más bien... intentándolo.

Solamente hay dos personas en el tranvía; se acaba pronto la inspección. Después, una larga y aventurada charla en el estribo, una gratificante y fácil charla de doce millas. El nombre del revisor es John Thomas Raynor —llamado siempre John Thomas, excepto algunas veces, con malicia, «Coddy»<sup>[59]</sup>—. Se le enfurece el rostro cuando le llaman así desde lejos. A John Thomas le rodea un considerable escándalo en media docena de pueblos. Corteja a las chicas que cobran por la mañana y sale con ellas por la

noche cuando dejan el servicio. Entonces coquetea y sale con las nuevas siempre que sean lo suficientemente atractivas y lo consientan. Es notorio, sin embargo, que la mayoría de las chicas son bonitas, todas jóvenes, y la vida errante de los tranvías les da un cierto aire de temeridad propio de los marineros. Lo que importa es cómo se comportan cuando están en el puerto. Mañana estarán a bordo de nuevo.

Annie, sin embargo, tenía algo de tártara, y su lengua afilada había mantenido a John Thomas a distancia durante meses. Pero quizá le gustaba porque siempre subía sonriendo con atrevimiento. Lo observaba y veía cómo conquistaba una chica tras otra. Cuando coqueteaba con ella por las mañanas, podía decir por el movimiento de su boca y de sus ojos si había estado paseando con esta o con aquella la noche anterior: Annie lo sabía con bastante exactitud.

Con ese sutil antagonismo, los dos se conocían mutuamente como viejos amigos. Eran tan sagaces el uno para con el otro como marido y mujer. Pero Annie le había mantenido siempre a una distancia considerable. Además, ella ya tenía chico.

Pero la feria de Statutes llegó a Bestwood en noviembre, y Annie tenía la noche del lunes libre. Era una noche fea y lluviosa, pero se arregló y se fue al ferial. Estaba sola, aunque esperaba encontrar pronto algún acompañante. Los tirovivos giraban y rechinaban, las casetas hacían tanto ruido como podían. En las de tiro al coco no había coco, sino sustitutivos artificiales de época de guerra, por lo que los chavales bromeaban diciendo que los premios habían sido atados a los hierros.

Se notaba un triste declive tanto del brillo como del lujo. A pesar de eso, con el ferial lleno de barro como siempre, allí había el mismo apiñamiento de rostros, la misma aglomeración, las gentes iluminadas por los brillos y las luces eléctricas, y el mismo olor a nafta, a patatas fritas y a electricidad.

¿Quién iba a ser el primero en saludar a la señorita Annie en el ferial sino John Thomas? Llevaba un abrigo abrochado hasta la barbilla y una gorra de lana calada hasta las cejas; su rostro rojizo sonreía tan sagaz como siempre. ¡Qué bien conocía ella el modo en que él movía la boca!

Se puso muy contenta de tener ese «acompañante». Estar en Statutes sin un hombre no era divertido. Inmediatamente después, como buen galán que

era, la llevó a los dragones de dientes encarnizados, al tiovivo y a la montaña rusa. No era tan emocionante como el tranvía. Pero sentarse en un fiero dragón verde, elevarse sobre un mar de rostros burbujeantes, correr con imprecisión por los infiernos mientras John Thomas se apoyaba en ella con el cigarrillo en la boca, todo aquello era agradable. Ella era una rolliza criatura, feliz y ágil. Estaba feliz y emocionada. John Thomas la retuvo para dar otra vuelta. Y apenas pudo rechazarlo, vergonzosa, cuando la rodeó con el brazo y la acercó hacia él de una forma cálida y mimosa. Además era discreto, mantenía sus gestos tan escondidos como podía. Bajó los ojos y vio que su mano, roja y limpia, estaba fuera de la vista de la gente. ¡Y se conocían tan bien mutuamente! Se animaron al calor de la feria. Después de los dragones fueron a los caballitos. John Thomas pagó todas las vueltas, complaciéndola. Por supuesto, él se sentó a horcajadas en el caballo de fuera —llamado Negra Isabelita— y ella en el de dentro —llamado Fuego Salvaje—. No iba a sentarse John Thomas discretamente en Negra Isabelita, agarrándose a la barra de hierro. Giraban y giraban a la luz. Él se balanceaba sobre su corcel de madera, lanzando una pierna por encima de la montura de ella, arrojándose arriba y abajo por el espacio con medio cuerpo hacia atrás, riéndose de ella. Él era feliz, ella tenía miedo de que el sombrero se le cayese, pero estaba emocionada.

John jugó a los aros y ganó para ella dos grandes alfileres de sombrero de color azul pálido. Después, al oír el ruido de los grandes cines anunciando otra sesión, atravesaron las casetas y se fueron. Durante la película, de vez en cuando, se producía una intensa oscuridad. Entonces había un griterío de salvaje alegría y un gran ruido de besos simulados. En uno de esos momentos John Thomas atrajo a Annie hacia él. Después de todo, tenía una maravillosa forma, cálida y tierna, de agarrar a una chica con el brazo, como si realizase un suave ataque. Además, era agradable ser cogida así, tan confortable y acogedoramente. Se inclinó sobre ella y Annie sintió su respiración en el pelo; sabía que quería besarla en los labios. ¡Después de todo era tan cálido y ella se adaptaba a él tan suavemente! Deseaba que rozase sus labios.

Pero la luz se encendió; ella se irguió eléctricamente y se puso derecho el sombrero. Él dejó caer su brazo con indiferencia detrás de ella. Era divertido, emocionante, estar en Statutes con John Thomas.

Cuando el cine se acabó se fueron a pasear por el campo empantanado y umbrío. Él poseía todas las artes del cortejo. Era especialmente experto en atraer a una chica hacia sí cuando se sentaba con ella en la escalera de una cerca, en la oscuridad y lloviznando. Parecía estar sujetándola en el vacío, impregnándola de su propio calor y satisfacción. Y sus besos eran suaves, lentos e indagadores.

De este modo comenzó a salir con John Thomas, aunque mantuvo a su chico suspendido en la distancia. Algunas de las chicas del tranvía se ofendieron. Pero en esta vida se deben aceptar las cosas como vienen.

No había ninguna duda. A Annie le gustaba mucho John Thomas. ¡Se sentía tan llena y cálida siempre que él estaba cerca! Y a John Thomas le gustaba Annie más de lo normal. La manera suave y dulce con que ella podía fluir en uno, como si se fundiese en sus mismos huesos, era algo extraño y reconfortante. Él se daba cuenta.

Pero con la familiaridad de la relación comenzó la intimidad. Annie quería considerarle como una persona, como un hombre; quería interesarse por él y obtener una respuesta inteligente. No quería una mera presencia nocturna, y hasta el momento él era solo eso. Ella se enorgullecía de que no podría dejarla.

He aquí su error. John Thomas pretendía seguir siendo solamente una presencia nocturna. No tenía la idea de convertirse en alguien exclusivo para ella. Cuando comenzó a interesarse de una forma inteligente por su vida y su carácter, él se marchó. John odiaba ese interés y sabía que el único medio para pararlo era evitarlo. La «hembra posesiva» estaba apareciendo en Annie. Por eso la dejó.

No hace falta decir que ella no se sorprendió. Al principio estaba sobrecogida, fuera de sus casillas porque había estado demasiado segura de él. Durante un tiempo estuvo como aturdida y todo se volvió incierto para ella. Después lloró con rabia, indignación, desolación y tristeza. Luego tuvo una crisis de desesperación. Y por último, cuando él volvió, insolente, a su tranvía, todavía con ese gesto familiar, pero dejándole ver con el movimiento de su cabeza que había estado saliendo con alguien durante ese tiempo y que estaba saboreando nuevos pastos, entonces decidió volver a ser ella misma.

Intuía las chicas con las que John Thomas había estado saliendo. Se



dirigió a Nora Purdy. Nora era alta, bastante pálida, pero una chica con buen tipo, con un maravilloso pelo rubio. Era bastante reservada.

—¡Eh! —dijo Annie abordándola, y luego suavemente—: ¿con quién está saliendo ahora John Thomas?

—No sé —dijo Nora.

—¿Por qué dices eso? —dijo Annie hablando en dialecto, irónicamente—. ¡Claro que sí! Lo sabes tan bien como yo.

—Bien, entonces lo sé —dijo Nora—. No soy yo, por lo tanto no te preocupes.

—Es Cissy Meakin, ¿no?

—Sí, que yo sepa.

—¡Menuda cara! ¡No me gusta ni un pelo! —dijo Annie—. Cuando viene rondando me gustaría darle un puntapié.

—Un día de estos se le echarán encima —dijo Nora.

—Ay, sí, cuando alguien decida hacerlo. ¡Me gustaría verle con los humos bajados! ¿A ti no?

—No me importaría —dijo Nora.

—Tienes tanto derecho como yo —dijo Annie—, pero caeremos sobre él, chica. ¿Qué? ¿No quieres?

—Me da igual —dijo Nora.

De hecho Nora era más vengativa que Annie.

Annie fue hurgando chica tras chica en las viejas llamas del amor. Y sucedió que Cissy Meakin dejó el servicio del tranvía al poco tiempo. Su madre la obligó a dejarlo. Entonces John Thomas volvió a ser aquel de *qui vivre*<sup>[60]</sup>. Volvió los ojos al antiguo rebaño y su mirada se encendió por Annie. Pensó que ella estaría fuera de peligro. Además le gustaba.

Quedaron el domingo por la noche para volver paseando a casa. Daba la casualidad de que su tranvía estaría en el depósito a las nueve y media; el último tranvía llegaría a las diez y cuarto. John Thomas fue a esperarla allí.

En el depósito las chicas tenían una pequeña sala de espera. Era bastante fea pero confortable, con fuego, una cocina, un espejo, una mesa y sillas de madera. La media docena de chicas que conocían a John Thomas bastante bien, habían decidido hacer el servicio ese domingo por la tarde. Así que, según comenzaron a llegar los tranvías, las chicas se dejaron caer por la

salita. Y en lugar de darse prisa por volver a casa, se sentaron alrededor del fuego y se tomaron una taza de té. Fuera, la oscuridad y la aspereza de un tiempo de guerra.

John Thomas llegó en el tranvía después de Annie, alrededor de las diez menos cuarto. Asomó la cabeza en la sala de las chicas.

—¿Reunión para rezar? —preguntó.

—¡Eh! —dijo Laura Sharp—. ¡Solamente señoritas!

—¡Soy yo! —dijo John Thomas. Esa era una de sus exclamaciones favoritas.

—Cierra esa puerta, muchacho —dijo Muriel Baggaley.

—¿Hacia qué lado? ¿Hacia mí? —dijo John Thomas.

—Hacia el que te plazca —dijo Polly Birkin.

Había entrado y cerrado la puerta tras él. Las chicas ampliaron el círculo para hacerle un sitio junto al fuego. Él se quitó el abrigo y se apartó el sombrero de la frente.

—¿Quién tiene la tetera?

Nora Purdy le sirvió una taza de té.

—¿Quieres un poco de pan para mojar? —dijo Muriel Baggaley.

—Sí, dame un poco.

Y comenzó a comerse el trozo de pan.

—No hay lugar mejor que la casa, chicas.

Todas le miraron cuando comentó tal imprudencia. Parecía estar pavoneándose en presencia de tanta damisela.

—Especialmente si no se tiene miedo de volver a casa en la oscuridad<sup>[61]</sup>  
—dijo Laura Sharp.

—Yo, no.

Se sentaron hasta que oyeron llegar el último tranvía. Al poco tiempo entró Emma Houselay.

—Vamos, patito viejo —dijo Polly Birkin.

—Está helando —dijo Emma extendiendo sus dedos cerca del fuego.

—Pero *tengo miedo, de ir a casa, en la oscuridad* —cantó Laura Sharp, la canción le había venido a la mente.

—¿Con quién sales esta noche, John Thomas? —preguntó Muriel Baggaley fríamente.

—¿Esta noche? Oh, me voy solo, totalmente solo<sup>[62]</sup>.

—¡Soy yo! —dijo Nora Purdy imitando sus articulaciones de voz.

Las chicas se echaron a reír a carcajadas.

—Yo también, Nora —dijo John Thomas.

—No sabemos qué quieres decir —dijo Laura.

—Sí, que me voy —dijo levantándose y alcanzando su abrigo.

—No —dijo Polly—. Estamos todas aquí esperándote.

—Tenemos que levantarnos pronto mañana —dijo de una forma educada y benevolente...

Todas se echaron a reír.

—No —dijo Muriel—. No nos dejes solas, John Thomas. Elige a una.

—Os elijo a todas, si queréis —respondió galantemente.

—Tú no deseas eso —dijo Muriel—. Dos son compañía, siete son demasiadas.

—No, toma a una —dijo Laura—. Justo y equitativo, todo sobre el tapete, di a cuál.

—¡Ah! —gritó Annie hablando por primera vez—. Elige, John Thomas, déjanos oírlo.

—No. Me voy a casa tranquilo esta noche, sintiéndome bien por una vez.

—¿Adónde? —dijo Annie—. Elige, pues, una compañía. ¡Pero tienes que elegir entre nosotras!

—No. ¿Cómo puedo elegir a una? —dijo sintiéndose inquieto—. No quiero tener enemigos.

—Solo tendrás un enemigo —dijo Annie.

—La elegida —añadió Laura.

—¡Oh! ¡Dios mío! Pero ¿que decís, chicas? —exclamó volviéndose como para salir—. En fin... Buenas noches.

—¡No! Tienes que hacer tu elección —dijo Muriel—. Vuelve la cara hacia la pared y di quién te toca. Vamos, te tocará la espalda una de nosotras. Vamos, vuelve la cara hacia la pared y di quién te está tocando.

Estaba intranquilo, desconfiaba de ellas. Sin embargo, no tenía coraje para salir. Le empujaron hacia la pared y le mantuvieron allí de pie. A su espalda, ellas le hacían burla, riéndose. ¡Tenía un aspecto tan cómico...! Él miraba hacia los lados intranquilo.

—¡Vamos! —gritaba.

—¡Estás mirando! ¡Estás mirando! —gritaban.

Volvió la cabeza. De repente, con el movimiento de un gato veloz, Annie se adelantó y le arrojó una caja por un lateral, que le hizo volar la gorra y tambalearse. Él se volvió de espaldas de nuevo.

Pero a la señal de Annie todas se precipitaron sobre él, abofeteándole, pellizcándole, tirándole del pelo, aunque más con burla que con rabia. No obstante, estaba enrojecido. Sus ojos azules se habían encendido con un extraño miedo, como con furia y daba cabezadas entre las chicas dirigiéndose a la puerta. Estaba cerrada con cerrojo. Tiró violentamente de ella. Se levantó, las chicas estaban de pie a su alrededor y le miraban. Él las miraba de frente, acorralado. En aquel momento le parecieron horribles, con aquellos uniformes cortos. Tenía miedo.

—¡Vamos! ¡Vamos, John Thomas! ¡Elige! —dijo Annie.

—¿Qué pretendes? Abre la puerta —dijo él.

—No. No la abriremos hasta que hayas elegido —dijo Muriel.

—¿Elegido qué?

—Elegido a aquella con quien vas a casarte —contestó.

Dudó por un momento.

—¡Abrid la maldita puerta! Y reportaos —dijo con autoridad oficial.

—¡Tienes que elegir! —gritaron las chicas.

—¡Vamos! —gritó Annie mirándole a los ojos—. ¡Vamos, vamos!

Se adelantó vagamente. Ella se había quitado el cinturón y blandiéndolo le lanzó un agudo golpe por encima de la cabeza con la hebilla. Él saltó y la agarró. Pero inmediatamente las demás chicas se abalanzaron sobre él, golpeándole, tirando de él y arañándole. Se les había subido la sangre a la cabeza. John se convirtió en su deporte. Iban a tomarse la revancha.

Extrañas y salvajes criaturas<sup>[63]</sup> se agarraban a él y se precipitaban amenazantes. Tenía la ropa de la espalda rota. Nora le había cogido por el cuello y estaba estrangulándole. Por suerte el botón saltó. Luchaban con un delirio salvaje de furia y terror; casi de terror loco. Tenía el traje roto, las mangas de la camisa destrozadas y los brazos desnudos. Las chicas se precipitaron sobre él, hincándole las uñas y empujándole; se abalanzaban sobre él golpeándole o dándole cabezazos con todas sus fuerzas. John tenía la

cabeza agachada y estaba encogido, balanceándose de un sitio a otro. Ellas estaban enardecidas.

Finalmente cayó. Se lanzaron sobre él clavándole las rodillas. No tenía aliento ni fuerza para moverse. Su rostro estaba sangrando por un gran arañazo; tenía la ceja magullada. Annie se arrodilló sobre él; las otras, ya arrodilladas, le sujetaban. Su rostro estaba encendido, el pelo desordenado y le brillaban los ojos extrañamente. Yacía bastante quieto, con el rostro ladeado, como yace un animal cuando está derrotado y a merced del cazador. Algunas veces sus ojos miraban los rostros salvajes de las chicas. Su pecho jadeaba y tenía las muñecas destrozadas.

—Ahora, pues, señor... —murmuró Annie con fuerza—. Ahora, pues...

Al sonido de aquel triunfo frío y terrorífico, comenzó a pelear como solo un animal puede hacerlo, pero las chicas se lanzaron de nuevo sobre él con más fuerza y con un poder sobrenatural, forzándole de nuevo a agacharse.

—¡Sí! ¡Y ahora, pues...! —añadió con fuerza.

Y hubo un silencio de muerte, en el que se oía el golpe sordo del latir del corazón. Era un lapso de silencio puro en cada espíritu.

—Ahora ya sabes dónde estás —dijo Annie.

La visión del brazo desnudo y blanco enloqueció a las chicas; él yacía en una especie de trance de temor y lucha. Ellas se sentían llenas de una fuerza sobrenatural. De pronto Polly se echó a reír desesperadamente, con carcajadas sofocadas; Emma y Muriel la acompañaban. Pero Annie, Nora y Laura permanecían tensas, con la mirada fija y los ojos brillantes. Él se estremeció ante aquellos ojos.

—Sí —dijo Annie en un tono bajo, curioso, secreto, mortecino—. Sí, ya lo tienes. ¿Sabes lo que has hecho? ¿No sabes lo que has hecho?

John no pronunció sonido alguno, ni hizo ningún gesto; antes bien yacía con los ojos idos y brillantes, con el rostro ensangrentado.

—Deberíamos matarte, eso es lo que deberíamos hacer —dijo Annie—. Deberías ser asesinado —había un aterrador deseo en su voz.

Polly estaba dejando de reír y lanzó un largo «¡Oooh!». Y suspiros, como si volviese en sí.

—Tienes que elegir —dijo.

—¡Oh, sí! ¡Sí! —dijo Laura con decisión vengativa.

—¿Me oyes? ¿Me oyes? —dijo Annie. Y con un rápido movimiento que le hizo asustarse, volvió su rostro hacia el de él.

—¿Me oyes? —repitió sacudiéndole.

Pero él estaba sordo. Le dio una aguda bofetada. Él volvió en sí, y sus ojos se abrieron, desmesurados. Su rostro se ensombreció, desafiante.

—¿Me oyes? —repitió ella.

Él la miró con ojos hostiles.

—¡Habla! —dijo ella, acercando su rostro al de él.

—¿Qué? —dijo casi vencido.

—¡Tienes que elegir! —gritó como si fuese una terrible amenaza y como si le doliese no poder precisar más.

—¡Elige a tu chica, Cuddy! ¡Tienes que elegirla ahora! Y te romperemos el cuello si vuelves a usar cualquiera de tus trucos, chico. Ahora estás acabado.

Hubo una pausa. De nuevo apartó su rostro: era astuto en su derrota. No cedería ante ellas aunque le hicieran pedazos.

—De acuerdo entonces —dijo—. Elijo a Annie. —Su voz era extraña y estaba llena de malicia. Annie se apartó de él como si fuese un ascua al rojo vivo.

—¡Ha elegido a Annie! —dijeron las muchachas a coro.

—¿A mí? —gritó Annie. Estaba todavía arrodillado, boca abajo. Las chicas se agruparon inquietas alrededor de él—. ¡A mí! —repitió Annie con un tono terriblemente amargo.

Entonces se levantó, apartándose de él aún más, con una amargura y un disgusto extraños.

—No me atrevería a tocarle —dijo ella.

Pero su rostro temblaba con un gesto de agonía, parecía como si se fuese a caer. Las otras chicas se apartaron hacia un lado, John permanecía tumbado en el suelo, con las ropas destrozadas y sangrando, con el rostro vuelto hacia abajo.

—¡Oh! ¡Si te ha escogido! —dijo Polly.

—No le quiero. Puede elegir de nuevo —dijo Annie con la misma desesperanza amarga.

—Levántate —dijo Polly cogiéndole del hombro—. ¡Levántate!

Se levantó despacio, era una extraña, desharrapada y aturdida criatura. Las chicas le miraron desde lejos, curiosas, furtivas y amenazadoras.

—¿Quién le quiere? —gritó Laura con dureza.

—¡Nadie! —contestaron con desprecio. Sin embargo, cada una de ellas esperaba que él la mirase. Todas excepto Annie, porque algo se había roto en ella.

Él, sin embargo, mantenía el rostro apartado de todas. Hubo un silencio. John recogió algunos trozos de su ropa rota, sin saber qué hacer con ellos. Las chicas estaban de pie, inquietas, sonrojadas, jadeantes, arreglándose el pelo y el vestido de una manera inconsciente y mirándole. Él no miró a ninguna de ellas.

Divisó su gorra en una esquina de la habitación y se dirigió hacia allí para recogerla. Se la puso y una de las chicas estalló en una risa histérica ante el aspecto que tenía. John no solo no prestó atención, sino que se dirigió hacia donde estaba colgando su abrigo. Las chicas se apartaron de él como si fuese un cable eléctrico. Se puso el abrigo y se lo abrochó. Entonces enrolló los trozos rotos de su chaqueta en un hato y se quedó de pie, mudo, frente a la puerta cerrada con cerrojo.

—¡Que alguien abra la puerta! —dijo Laura.

—Annie tiene la llave —dijo alguien.

Annie dio la llave silenciosamente a las chicas. Nora descorrió el cerrojo de la puerta.

—Donde las dan las toman, viejo —dijo—. Demuestra que eres un hombre y no guardes rencor.

Pero sin una sola palabra o gesto, John había abierto la puerta y se había alejado, con el rostro intimidado y la cabeza baja.

—Eso le enseñará —dijo Laura.

—¡Coddy! —dijo Nora.

—¡Cállate ya, por el amor de Dios! —gritó Annie como torturada.

—¡Bien! Ya estoy preparada para marcharnos. Vamos, Polly —dijo Muriel.

Todas estaban deseando marcharse. Se arreglaron deprisa con los rostros estupefactos y silenciosos.

## EL CIEGO<sup>[64]</sup>

Isabel Pervin estaba atenta a dos sonidos: al sonido de las ruedas del tráfico fuera y al ruido de las pisadas de su marido en el vestíbulo. Su más querido y viejo amigo, un hombre que parecía indispensable en su vida, llegaría en el ocaso lluvioso de aquel día cerrado de noviembre. El carruaje había ido a recogerlo a la estación y su marido, que había quedado ciego en Flandes, y que tenía una cicatriz en la frente que le desfiguraba la cara, vendría de las dependencias.

Ahora estaba en casa desde hacía un año. Estaba totalmente ciego. Aún así habían sido muy felices. La hacienda<sup>[65]</sup> era propiedad de Maurice. La parte trasera era una alquería, y los Wernhams, que ocupaban la casa de atrás, eran los granjeros. Isabel vivía con su marido en las bonitas habitaciones frontales. Habían estado casi completamente solos desde que a él le hirieran. Charlaban, cantaban y leían juntos en una maravillosa e indescriptible intimidad. Por entonces ella reseñaba libros para un periódico escocés, manteniendo así su antiguo interés, y él estaba ocupado gran parte del tiempo en la granja. Ciego, aún podía discutir todo con Wernham y también podía hacer gran parte del trabajo. Trabajo doméstico o de criados, es verdad, pero le producía satisfacción. Ordeñaba las vacas, entraba los cubos, giraba el separador, cuidaba de los cerdos y los caballos. La vida todavía estaba muy llena y era extrañamente serena para el hombre ciego, tranquila con una casi incomprensible paz procedente del contacto inmediato con la oscuridad. En su esposa tenía un mundo completo, rico y real e invisible.

Ellos eran renovada y remotamente felices. Él ni siquiera lamentaba la pérdida de la vista en esos tiempos de alegría oscura y palpable. Un cierto júbilo inflamaba su espíritu.



Pero según pasaba el tiempo, el rico *glamour* les abandonaría. Algunas veces, tras meses de esta intensidad, un sentido de pesadez le sobrevinía a Isabel, un cansancio, un terrible aburrimiento, en esa casa silenciosa rodeada por una columnata de altos pinos puntiagudos. Entonces sentía que se volvería loca porque no podría soportarlo. Y algunas veces él tenía ataques de depresión, que parecían devastar todo su ser. Era peor que la depresión: una infelicidad negra, cuando su propia vida era una tortura, y cuando su presencia era insoportable para su esposa. El terror se enraizaba en lo profundo de su espíritu cuando esos días negros acaecían. Con una especie de pánico ella intentaba esconderse todavía más en su esposo. Forzaba el antiguo regocijo y la alegría para continuar. Pero el esfuerzo que le exigía era casi excesivo. Sabía que no podría mantenerlo. Sentía que chillaría por el esfuerzo y daría cualquier cosa, cualquier cosa, por escapar. Anhelaba poseer a su esposo completamente; tenerle para ella por completo le producía una alegría desmedida. Y sin embargo, cuando él de nuevo caía en una infelicidad sólida y negra, ella no podía soportarle, no podía soportarse a sí misma; ella deseaba poder escabullirse de la tierra juntos, cualquier cosa mejor que vivir con este coste.

Aturdida, planeaba una salida. Invitaba a amigos, intentaba conectarle de algún modo con el mundo exterior. Pero no era bueno. Tras toda su alegría y sufrimiento, tras su gran año oscuro de ceguera y soledad y proximidad inenarrable, las otras personas les parecían a ambos superficiales, charlatanas, bastante impertinentes. El parloteo superficial les parecía presuntuoso. Él se volvía impaciente e irritable, ella estaba harta. Y así pasaban de nuevo a su soledad. La preferían.

Pero ahora, dentro de unas semanas, nacería su segundo hijo. El primero había muerto, un niño, cuando su esposo se fue la primera vez a Francia. Esperaba con alegría y alivio la llegada del segundo. Sería su salvación. Pero también sentía algo de ansiedad. Ella tenía treinta años, su marido era un año más joven. Ambos deseaban mucho un hijo. Sin embargo no podía evitar sentir miedo. Tenía a su marido en sus manos, una alegría terrible para ella, una carga terrorífica. El hijo ocuparía su amor y su atención. Y entonces ¿qué sería de Maurice?, ¿qué haría él? ¿Si al menos ella pudiera sentir que él se sentiría en paz y feliz cuando el niño naciera! Ella deseaba deleitarse con la

satisfacción rica y física de la maternidad. Pero el hombre, ¿qué haría él? ¿Cómo podría ella mantenerle, cómo apartar de él esos humores negros y demoledores que los destruirían a ambos?

Suspiró con temor. Pero por entonces Bertie Reid<sup>[66]</sup> escribió a Isabel. Era un viejo amigo, un primo segundo o tercero, un escocés, como ella, que era escocesa. Los habían criado juntos y durante toda su vida había sido su amigo, como un hermano, pero mejor que sus propios hermanos. Le quería, aunque no en el sentido de pareja. Había un tipo de parentesco entre ellos, una afinidad. Se entendían el uno al otro de un modo instintivo. Pero Isabel jamás habría pensado en casarse con Bertie. Hubiera sido como casarse con alguien de su propia familia.

Bertie era abogado y hombre de letras, un escocés intelectual, rápido, irónico, sentimental, y arrodillado ante la mujer que adoraba pero no quería casarse. Maurice Pervin era diferente. Se convirtió en un buen patriarca labrador. —Grange no estaba muy lejos de Oxford—. Era apasionado, sensible, quizá supersensible, con expresión de dolor; un individuo grande con miembros robustos y una frente que se ruborizaba dolorosamente. Porque su mente era lenta como si estuviese drogada por la fuerte sangre provinciana que latía en sus venas. Era muy sensible a su propia lentitud mental, sus sentimientos eran rápidos y agudos. Era justo lo contrario a Bertie, cuya mente era mucho más rápida que sus emociones, que no eran muy delicadas.

Desde el principio ambos hombres no se gustaron. Isabel presentía que se llevarían bien. Pero no fue así. Presentía que, si tan solo se diesen el uno al otro los indicios, surgiría un raro entendimiento entre ellos. Sin embargo, no salió bien. Bertie adoptó una leve actitud irónica, muy ofensiva para Maurice, el cual devolvía a la ironía escocesa un resentimiento inglés, un resentimiento que a veces enraizaba en un odio estúpido.

Esto era un poco desconcertante para Isabel. Sin embargo, lo aceptó como parte del curso de las cosas. Los hombres eran imprevisibles y poco razonables. Pero cuando Maurice iba a irse a Francia por segunda vez, Isabel sintió, por su esposo, que debía dejar su amistad con Bertie. Escribió al abogado a este efecto. Bertram Reid simplemente le contestó que en esto, como en todas las demás asuntos, él debía obedecer sus deseos, si esos eran de verdad sus deseos.

Durante aproximadamente dos años no había sucedido nada entre los dos amigos. Isabel se enorgullecía bastante por ello; no tenía ningún reparo. Tenía una gran premisa de fe, que era que esposo y esposa deben ser tan importantes el uno para el otro que el resto del mundo simplemente no cuenta. Ella y Maurice eran marido y mujer. Se amaban. Tendrían niños. Por eso debía dejar a todos y a todo extinguirse en la insignificancia fuera de esta felicidad conyugal. Ella se mostraba bastante feliz y dispuesta a recibir a los amigos de Maurice. Era feliz y estaba preparada: la esposa feliz, la mujer preparada para la posesión. Sin saber por qué, los amigos se retiraron avergonzados y no vinieron más. A Maurice, por supuesto, le produjo gran satisfacción esta absorción conyugal, y también a Isabel.

Él compartía las actividades literarias de Isabel, ella cultivaba un interés real por la agricultura y la crianza del ganado. Porque ella, siendo de corazón una entusiasta emocional, siempre cultivaba el sentido práctico de la vida y se enorgullecía de su dominio de los asuntos prácticos. Así, marido y mujer habían pasado cinco años de vida matrimonial. El último había sido un año de ceguera e intimidad inenarrable. Y ahora Isabel sentía una gran indiferencia que la sobrecogía, una especie de letargo. Deseaba que se le permitiera criar a su hijo en paz, cabecear frente al fuego y dispersarse vagamente, físicamente, día tras día. Maurice era como el presagio de una noche de tormenta. Ella tenía que mantenerse despierta para recordarle.

Cuando llegó una nota de Bertie preguntando si tenía que poner una lápida a su muerta amistad y afirmando el dolor real que sentía por la pérdida de visión de su marido, ella sintió remordimientos, una agitación palpitante por despertar. Y le leyó la carta a Maurice.

—Dile que venga —dijo él.

—¡Pedirle a Bertie que venga aquí! —volvió a repetir ella como un eco.

—Sí, si quiere.

Isabel hizo una pausa durante unos momentos.

—Yo sé que quiere, estaría muy contento —contestó ella—. Pero ¿qué pasa contigo, Maurice? ¿A ti te gustaría?

—Sí, me gustaría.

—Bien, en ese caso... Yo creía que te traía sin cuidado.

—Oh, no sé. Creo que ahora pienso de otro modo, —respondió el ciego.

Era bastante complejo para Isabel.

—De acuerdo, querido —dijo ella—, si estás lo bastante seguro.

—Sí, lo estoy. Dile que venga —dijo Maurice.

Por eso Bertie venía, venía esa tarde con la lluvia y la oscuridad de noviembre. Isabel estaba inquieta, atormentada con su antigua impaciencia e indecisión. Siempre había sufrido este dolor de la duda, un sentido agónico de incertidumbre. Había comenzado a desaparecer en el letargo de la maternidad. Ahora volvía y ella se resentía. Luchaba como siempre por mantener la calma, tranquila, una conducta amistosa, vestida con una máscara que le cubría todo el cuerpo.

Una mujer había encendido una lámpara alta cerca de la mesa y había extendido el mantel. El gran salón estaba oscuro, con los muebles antiguos elegantes pero bastante sobrios. Tan solo la mesa redonda brillaba suavemente bajo la luz. Producía un efecto hermoso y rico. El mantel blanco relucía y le colgaban las esquinas de encaje tiesas y pesadas hacia la alfombra, la loza era antigua y hermosa, de color crema, con un dibujo de manchas rojas y un azul intenso, las tazas grandes y en forma de campana, la tetera elegante. Isabel lo miraba con un aprecio superficial.

Los nervios la herían. Miraba automáticamente una y otra vez a las altas ventanas sin cortinas. En el crepúsculo pudo percibir un gran abeto agitando sus ramas: más que verlo, era como si lo pensara. La lluvia golpeaba en los cristales de la ventana. Ah, ¿por qué ella no tenía paz? Aquellos dos hombres, ¿por qué la desgarraban? ¿Por qué no llegaba? ¿Por qué esa incertidumbre?

Se sentó con una lasitud que en realidad era duda e irritación. Maurice, finalmente, tuvo que entrar, no había nada que lo mantuviese fuera. Ella se puso en pie. Vio furtivamente su reflejo en un espejo, se miró detenidamente con una leve sonrisa de reconocimiento, como si fuese una antigua amiga de sí misma. Su rostro era ovalado y tranquilo, la nariz un poco arqueada. El cuello le hacía una bonita línea hacia el hombro. Con el pelo recogido suavemente detrás, tenía un aspecto cálido y maternal. Pensando esto de sí misma, enarcó las cejas y las espesas pestañas, acompañándolas con el pequeño parpadeo de una sonrisa, y por un momento sus ojos grises parecieron divertidos y traviesos, un poco irónicos, al margen de su rostro transfigurado de Madonna.

Después, recuperando su aire de paciencia femenina —estaba realmente decidida— se dirigió de repente hacia la puerta. Tenía los ojos algo enrojecidos.

Atravesó el ancho vestíbulo, y a través de una puerta llegó al final. Ya estaba en los locales de la granja. El aroma a productos lácteos y a cocina de granja y a patio de granja y a cuero casi la superó; pero especialmente el olor a lácteos. Habían estado escaldando las cacerolas. El pasadizo enlosado frente a ella estaba oscuro, encharcado y húmedo. Una luz provenía de la puerta abierta de la cocina. Se adelantó y se quedó de pie en el quicio. La gente de la granja estaba cenando, sentados a una breve distancia, alrededor de una larga y estrecha mesa en el centro de la cual había una lámpara blanca. Rostros rojizos, rojizas manos sujetando alimentos, rojas bocas trabajando, cabezas inclinadas sobre las tazas de té: hombres, chicas, chicos: era la hora de cenar, la hora de alimentarse. Algunos rostros le echaron un vistazo. La señora Wernham, que iba dando la vuelta por detrás de las sillas con una tetera negra y grande, parándose despacio, no se dio cuenta de que ella estaba allí. Entonces de pronto se dio la vuelta.

—¡Oh, si es la señora! —exclamó—. Entre, venga, entre. Estamos cenando. —Y se dirigió hacia una silla.

—No, no voy a quedarme —dijo Isabel—. Me temo que interrumpo su comida.

—No, no, en absoluto.

—¿Sabe si ha entrado el señor Pervin?

—No podría decírselo con seguridad. ¿Lo ha perdido, señora?

—No, solamente quería que entrara —rió Isabel tímidamente.

—¿Eso quería usted? Levántate chico, vamos, levántate.

La señora Wernham dio en el hombro a uno de los chicos. Él comenzó a arrastrar los pies, masticando.

—Creo que está en el establo de arriba —dijo otro rostro desde la mesa.

—¡Ah! No se levante. Iré yo misma —dijo Isabel.

—No, no salga usted en una noche tan oscura como esta. Deje que vaya el muchacho. Ve, ve, chico —dijo la señora Wernham.

—No, no —dijo Isabel, con una decisión que siempre era obedecida—. Continúa con tu cena, Tom. Me gustaría ir hasta el establo, señora Wernham.

—¿No llega tarde el coche? —preguntó Isabel.

—¿Por qué? No —dijo la señora Wernham, mirando en la distancia el reloj alto y oscuro—. No, señora; podemos darle todavía otro cuarto de hora o veinte minutos..., sí, cada cuarto de hora.

—¡Ah! Parece más tarde cuando oscurece tan temprano —dijo Isabel.

—Sí, así es. Son una lata los días así, que se hacen tan cortos —contestó la señora Wernham—. ¡Una pena!

—Sí —dijo Isabel retirándose.

Se puso las abarcas, se envolvió en un gran chal de cuadros escoceses, se puso un sombrero masculino de fieltro, y salió al empedrado del primer patio. Estaba muy oscuro. El viento rugía entre los grandes olmos detrás de los edificios anexos. Cuando llegó al segundo patio, la oscuridad parecía más profunda. Estaba insegura al andar. Deseó haber cogido una linterna. La lluvia chocaba contra ella. A medias le gustaba, a medias se sentía poco dispuesta a pelear.

Finalmente alcanzó la puerta visible del establo. No había ninguna señal de luz allí. Abrió la parte de arriba, miró dentro: un simple pozo de oscuridad. El olor a caballos y a amoníaco y a calor la sobresaltó en medio de la noche. Escuchaba con atención, pero no podía oír nada más que la noche, y la agitación de un caballo.

—¡Maurice! —llamó ella dulce y musicalmente, aunque tenía miedo—. Maurice, ¿estás ahí?

Nada venía de la oscuridad. Sabía que la lluvia y el viento soplaban dentro sobre los caballos, sobre la vida caliente de los animales. Presintiendo que algo no iba bien, entró en el establo, atrancó la parte inferior de la puerta, dejando la parte de arriba abierta. No se inquietó porque era consciente de la presencia de los cuartos traseros de los caballos, aunque no podía verlos, y tenía miedo. Algo salvaje se agitaba en su corazón.

Escuchó detenidamente. Entonces oyó un ruidito en la distancia —parecía lejos—, el ruido de una olla, y una voz de hombre diciendo algo. Sería Maurice en la otra parte del establo. Se quedó de pie quieta, esperando que él viniese por la puerta del tabique. Los caballos eran tan terroríficos cerca de ella, en lo invisible. El ruido chillón del pestillo de la puerta interior la hizo temblar; la puerta estaba abierta. Podía oír y sentir a su marido entrar y pasar

invisiblemente entre los caballos cerca de ella, en la oscuridad como estaban, activamente entremezclados. El bajo sonido de su voz cuando hablaba a los caballos llegó como terciopelo hasta sus nervios. ¡Qué cerca estaba y qué invisible! La oscuridad parecía ser un extraño remolino de vida violenta, sobre ella. Se dio la vuelta mareada.

Su conciencia le hizo llamar, despacio y musicalmente:

—¡Maurice! ¡Maurice... querido!

—Sí —contestó él—. ¿Isabel?

Ella no veía nada, y el sonido de la voz de él parecía tocarla.

—¡Hola! —contestó alegre, forzando los ojos para verle. Él estaba todavía ocupado atendiendo a los caballos cerca de ella, pero ella solamente veía oscuridad. Eso le hizo casi desesperarse.

—¿Quieres venir, querido? —dijo.

—Sí, ya voy. Medio minuto. Espera. El coche todavía no ha llegado, ¿no?

—No, aún no —dijo Isabel.

La voz de él era agradable y normal, pero para ella tenía una cierta insinuación a establo. Deseaba que él saliera. Mientras él era tan completamente invisible, le tenía miedo.

—¿Qué hora es? —preguntó él.

—Todavía no son las seis —replicó. Le disgustaba contestar en la oscuridad. Él se acercó y ella se refugió detrás de las puertas.

—El viento sopla aquí adentro —replicó, adelantándose resueltamente, buscando las puertas. Ella retrocedió. Finalmente pudo verle con dificultad.

—Bertie debe de estar llegando —dijo él mientras cerraba las puertas.

—¡Sí! —dijo Isabel con calma, mirando la forma oscura en la puerta.

—¡Dame tu brazo, querido! —dijo ella.

Ella le cogió del brazo al salir. Pero deseaba verle, mirarle. Estaba nerviosa. Él caminaba erecto, con el rostro bastante levantado y con un curioso movimiento provisional de sus piernas poderosas y musculosas. Ella podía sentir el inteligente y cuidadoso contacto de sus pies con la tierra, mientras se balanceaba hacia él. Por un momento él fue una torre de oscuridad, como si se elevase de la tierra. En el comedor de la casa él se inquietó, e iba con cautela, con un extraño silencio mientras alcanzaba el banco. Después se sentó pesadamente. Era un hombre con los hombros

bastante inclinados, pero con miembros fuertes, piernas poderosas que parecían conocer la tierra. Su cabeza era pequeña y normalmente la llevaba alta y ligera. Por el modo en que se inclinaba para desabrocharse las polainas y las botas no parecía ciego. Tenía el pelo castaño y crespo, sus manos eran grandes, rojizas e inteligentes, las venas se le marcaban en las muñecas, y los muslos y las rodillas parecían sólidos. Cuando se quedaba de pie, el rostro y el cuello se le sobrecargaban de sangre, las venas se le marcaban en las sienes. Ella no tenía en cuenta su ceguera.

Isabel siempre se ponía contenta, una vez habían pasado por la puerta divisoria hacia sus propias regiones de reposo y belleza. Ella le tenía un poco de miedo allí fuera, en la ordinariez animal de las partes traseras de la casa. Sus modales también cambiaron en cuanto olió el indefinible olor familiar que invadía los alrededores de su esposa, un aroma delicado y refinado, sutilmente especiado. Quizá procedía de los tarros de popurrí.

Él se quedó quieto a los pies de la escalera, inmóvil, escuchando. Ella le miró y su corazón se mareó. Parecía estar escuchando el destino.

—No ha llegado todavía —dijo—. Subiré a cambiarme.

—Maurice —dijo ella—, no te apetece que venga, ¿verdad?

—No podría decirte —contestó él—. Me siento más bien como *qui vivre*.

—Ya lo veo —contestó ella. Y se alzó y le besó en la mejilla. Vio su boca relajarse con una pequeña sonrisa.

—¿De qué te ríes? —dijo ella con picardía.

—Me consuelas —contestó él.

—No —respondió ella—. ¿Por qué habría de consolarte? Sabes que nos amamos el uno al otro, ¡ya sabes cuán casados estamos! ¿Qué otra cosa sucede?

—Nada en absoluto, querida.

Él buscó su rostro y lo acarició sonriendo.

—Estás bien, ¿no? —preguntó él con ansiedad.

—Estoy estupendamente, amor —contestó ella—. Eres tú quien me preocupa a veces.

—¿Por qué yo? —dijo tocando las mejillas de ella con la punta de los dedos. La caricia tenía un efecto casi hipnótico para ella.

Él se fue arriba. Ella le vio subir hacia la oscuridad, sin ver, invariable. Él



no sabía que las lámparas de arriba estaban apagadas. Continuó por la oscuridad con paso inalterable. Ella le oyó en el cuarto de baño.

Pervin se movía casi inconscientemente en su entorno familiar, aunque todo estuviese oscuro. Parecía conocer la presencia de las cosas antes de tocarlas. Era un placer para él moverse así entre un mundo de cosas, mantener el flujo en un tipo de presencia sanguínea. No pensaba mucho ni se preocupaba. Desde que mantenía la pura inmediatez del contacto sanguíneo con el mundo sustancial que le hacía feliz, no quería la intervención de la consciencia visual. En este estado había una cierta y plena seguridad, que bordeaba algunas veces el éxtasis. La vida parecía moverse en él como una corriente envolvente, envolvente, que avanza envolviendo todas las cosas de forma oscura. Era un placer alargar la mano y encontrar el objeto invisible, agarrarlo y poseerlo en un contacto puro. Él no intentaba recordar, visualizar. No quería. El nuevo modo de consciencia se sustituía en él.

La rica difusión de este estado generalmente le mantenía feliz, alcanzando su culminación en una pasión arrolladora por su esposa. Pero a veces el torrente parecía detenerse y retroceder. Entonces golpeaba en su interior como un mar enmarañado y le torturaba en el caos destrozado por su propia sangre. Él temía esta detención, este tirón, este caos dentro de sí mismo, cuando parecía estar a merced de sus propios elementos poderosos y conflictivos. Cómo conseguir alguna medida de control o de seguridad, esa era la cuestión. Y cuando la cuestión surgiera desesperante en él, apretaría los puños como si forzase al universo entero a someterse ante él. Pero era en vano, ni siquiera podía forzarse a sí mismo. Esa noche, sin embargo, todavía estaba sereno, aunque pequeños temblores de irritación poco razonable le invadían. Tenía que manejar la navaja de afeitar con sumo cuidado cuando se afeitaba, porque no iba a una con él, tenía miedo. Su oído también era demasiado agudo. Oyó a la mujer encender las lámparas del comedor, y atender el fuego en la habitación de invitados. Y después, según se encaminaba a su habitación oyó que llegaba el coche. Después llegó la voz de Isabel, elevándose y llamando como una campanilla al sonar:

—¿Eres tú, Bertie? ¿Has llegado?

Y una voz de hombre contestó fuera, en el viento:

—¡Hola, Isabel! Estás aquí.

—¿Has tenido un mal viaje? Lamento no haber podido enviarte un coche cerrado. No puedo verte.

—Ya voy. No, el viaje me ha gustado, fue como Perthshire. Bien. ¿Cómo estás? Pareces bien, como siempre, por lo que puedo apreciar.

—Oh, sí —dijo Isabel—. Estoy maravillosamente bien. ¿Cómo estás tú? Bastante delgado, creo.

—Trabajando hasta la muerte, la vieja canción. Pero estoy bien. Ciss. ¿Cómo está Pervin? ¿No está aquí?

—Oh, sí, está arriba cambiándose. Sí, está fantásticamente bien. Quítate la ropa mojada, mandaré que la pongan a secar.

—Y ¿cómo estáis ambos de ánimos? ¿No se queja?

—No, no, en absoluto. Al contrario. Hemos sido maravillosamente felices. Es más de lo que puedo llegar a comprender... tan estupendo: la cercanía, y la paz.

—¡Ah! Bien, son excelentes noticias.

Se alejaron. Pervin no oyó nada más. Pero un sentimiento infantil de desolación le invadió cuando oyó sus voces vigorosas. Parecía excluido, como un niño que ha sido apartado. Estaba desorientado y excluido, no sabía qué hacer consigo mismo. La desolación del desamparo le inundó. Se tocó a tientas con nerviosismo mientras se vestía, en un estado cercano al infantilismo. Le desagradaba el acento escocés en el habla de Bertie y la insignificante respuesta que encontró en la lengua de Isabel. Le desagradaba el ronroneo de complacencia en el habla escocesa. Le desagradaba el modo suelto en el que Isabel hablaba de su felicidad y de su cercanía. Eso le hizo retroceder. Estaba irritable y en su fuero interno, como un niño, tenía casi una nostalgia infantil por ser incluido en ese círculo vital. Y al mismo tiempo era un hombre, oscuro, poderoso y exasperado por su propia debilidad. Por un defecto fatal, no podía valerse por sí mismo, tenía que depender de la ayuda de alguien. Y esta dependencia le enfurecía. Odiaba a Bertie Reid, y al mismo tiempo sabía que el odio no tenía sentido, sabía que era el resultado de su propia debilidad.

Bajó las escaleras. Isabel estaba sola en el comedor. Ella le vio entrar, con la cabeza erguida, los pies indecisos. Parecía tan de pura sangre y saludable y, al mismo tiempo, tan anulado. «Anulado», esa era la palabra que fluía por

su mente. Quizá eran sus cicatrices las que lo sugerían.

—¿Has oído a Bertie llegar, Maurice? —dijo ella.

—Sí, ¿no está aquí?

—Está en su habitación. Parece muy delgado y agotado.

—Supongo que trabaja mucho.

Una mujer llegó con una bandeja, y tras unos minutos Bertie bajó. Era un hombrecito oscuro, con una frente amplia, pelo fino y ojos grandes y tristes. Su expresión era tan inusualmente triste que casi divertía. Tenía las piernas extrañamente cortas. Isabel le vio dudar en la puerta y mirar nervioso a su esposo. Pervin le oyó y se dio la vuelta.

—Ya estás aquí —dijo Isabel—. Vamos a cenar.

Bertie se dirigió a Maurice.

—¿Cómo estás, Pervin? —dijo según avanzaba.

El ciego suspendió su mano en el espacio y Bertie la tomó.

—Muy bien. Contento de que hayas venido —dijo Maurice.

Isabel los observaba, y luego apartó la mirada como si no pudiese soportar verlos.

—¡Vamos! —dijo ella—. Vamos a la mesa. ¿No estáis terriblemente hambrientos? Yo lo estoy, y mucho.

—Me temo que me estabais esperando —dijo Bertie cuando se sentaban.

Maurice tenía una peculiar manera de sentarse erguido y distante, como un monolito. El corazón de Isabel latía con fuerza cuando le veía así.

—No —le respondió ella a Bertie—. Es un poco más tarde de lo normal. Vamos a tomar una especie de merienda, no vamos a cenar. ¿No te importa? Así tendremos una larga tarde sin interrupciones.

—De acuerdo —dijo Bertie.

Maurice, con sus extraños movimientos, parecía un gato dando forma a su cama, a su lugar, su tenedor y cuchillo, su servilleta. En su consciencia iba consiguiendo la geografía completa de un refugio. Se sentaba recto e inescrutable, una apariencia remota. Bertie miró la estática figura del ciego, el discernimiento táctil y delicado de sus rojas y grandes manos, y el curioso y descuidado silencio de su frente, sobre la cicatriz. Con dificultad apartó los ojos, y sin saber qué hacía, cogió un pequeño jarrón de cristal con violetas que estaba en la mesa y se las llevó a la nariz.

—¿Qué bien huelen! —dijo—. ¿De dónde son?

—Del jardín, bajo las ventanas —dijo Isabel.

—¿Tan tardías y huelen así de bien! ¿Recuerdas las violetas bajo el muro sur de la tía Bell?

Los dos amigos se miraron e intercambiaron una sonrisa, los ojos de Isabel estaban iluminados.

—¿Cómo no? —contestó ella—. ¿Verdad que era rara?

—Una vieja niña curiosa —se rió Bertie—. Hay una vena de carácter caprichoso en la familia, Isabel.

—¡Ah!, pero no en ti ni en mí, Bertie —dijo Isabel—. Pásaselas a Maurice —añadió, mientras Bertie pasaba las flores—. ¿Has oído las violetas, querido? Hazlo. ¡Son tan aromáticas...!

Maurice levantó la mano, y Bertie colocó el pequeño jarrón contra sus dedos largos y cálidos. La mano de Maurice se cerró sobre los delgados y blancos dedos del abogado. Bertie las soltó con cuidado. Entonces los dos miraron al ciego, que estaba oliendo las violetas. Él inclinó la cabeza como si estuviese pensando. Isabel esperó.

—¿Son dulces, Maurice? —dijo ella finalmente con ansiedad.

—Mucho —dijo él. Y levantó el jarroncito. Bertie lo cogió, tanto Isabel como él estaban atemorizados y profundamente perturbados.

La cena continuó. Isabel y Bertie charlaban esporádicamente. El ciego estaba silencioso. Tocaba la comida repetidamente, con toques rápidos y delicados, con la punta del cuchillo y cortaba trocitos irregulares; no soportaba que le ayudasen. Tanto Isabel como Bertie sufrían: Isabel se preguntaba por qué. Ella no sufría cuando estaba sola con Maurice. Bertie la hacía consciente de una rareza. Tras la cena los tres acercaron las sillas al fuego y se sentaron a charlar. Colocaron los decantadores en una mesa cerca. Isabel metió unos troncos en el fuego y nubes de chispas brillantes se elevaron hacia la chimenea. Bertie percibió un ligero cansancio en su aspecto.

—Estarás contenta ahora que viene tu niño, Isabel —dijo.

Ella le miró con una rápida y triste sonrisa.

—Sí, estoy contenta —contestó ella—. Ya se me está haciendo largo. Sí, me alegrará. A ti también ¿no, Maurice? —añadió.

—Sí, por supuesto —replicó su marido.

—Ambos lo estamos esperando con ansiedad —dijo ella.

—Sí, por supuesto —dijo Bertie.

Era soltero, tres o cuatro años mayor que Isabel. Vivía en unas preciosas habitaciones que daban al río, atendido por un criado escocés. Y tenía a sus amigas entre el sexo bello, no amantes, amigas. En la medida en que podía evitar cualquier amenaza de noviazgo o matrimonio, adoraba a unas cuantas mujeres con un homenaje constante e infalible, y era caballerosamente cariñoso con muchas. Pero si intentaban invadirle, las apartaba y las detestaba.

Isabel le conocía muy bien, conocía su hermosa constancia y bondad, también su debilidad incurable, la cual le impedía entablar cualquier contacto estrecho. Tenía vergüenza de sí mismo porque no podía casarse, no podía acercarse a las mujeres físicamente. Lo quería. Pero no podía. En su interior tenía miedo, inútil y brutalmente sentía miedo. Había dejado de tener esperanza, había cesado de esperar que podría escapar a esa debilidad. Era un abogado brillante y reputado, un *littérateur* de gran reputación, un hombre rico, y con gran éxito social. En su interior se sentía neutro, nada.

Isabel le conocía bien. Le menospreciaba incluso cuando lo admiraba. Miró su rostro triste, sus piernecitas cortas, y sintió desprecio por él. Miraba sus oscuros ojos grises, con su misteriosa y casi infantil intuición, y le amaba. Él lo comprendía con cierto temor; pero ella no temía su comprensión. Como hombre lo trataba con condescendencia. Y volvía a la figura impassible y silenciosa de su marido. Este permanecía sentado echado hacia atrás, con los brazos recogidos y el rostro levemente levantado. Sus rodillas eran rectas y macizas. Ella suspiró, cogió el atizador, y de nuevo comenzó a agitar el fuego, a levantar una nube de chispas brillantes y suaves.

—Isabel me dice —Bertie comenzó de pronto— que no has sufrido de manera insoportable la pérdida de la vista.

Maurice se enderezó para atender, pero mantuvo los brazos cruzados.

—No —dijo él—, no insoportablemente. Ahora y de nuevo lucho contra ello, ya sabes. Pero hay compensaciones.

—Dicen que es mucho peor quedarse sordo —dijo Isabel.

—Creo que sí —dijo Bertie—. ¿Hay compensaciones? —le dijo a Maurice.

—Sí. Dejas de preocuparte por muchas cosas. —De nuevo Maurice estiró su figura, estiró los fuertes músculos de la espalda y se inclinó hacia atrás con el rostro hacia arriba.

—Y eso es un alivio —dijo Bertie—. Pero ¿qué queda en lugar de la preocupación? ¿Qué sustituye a la actividad?

Se hizo una pausa. Al fin el hombre ciego contestó, como fuera de un pensamiento distraído y negligente:

—¡Oh! No sé. Está muy bien no permanecer activo.

—¿Sí? —dijo Bertie—. ¿Qué, exactamente? Siempre me parece que cuando no hay pensamiento ni acción, no hay nada.

Maurice de nuevo contestaba con lentitud.

—Hay algo —contestó—. No podría decirte qué es.

Y la conversación sufrió de nuevo una pausa, Isabel y Bertie charlaban en voz baja, con sus recuerdos, el ciego permanecía en silencio.

Finalmente Maurice se levantó aprisa, una figura grande y obstrusiva. Se sentía tenso e impedido. Quería irse.

—¿Os importa si me voy a hablar con Wernham? —preguntó.

—No, ve, ve querido —dijo Isabel.

Y salió. El silencio sobrevino entre los dos amigos. Finalmente Bertie dijo:

—Sin embargo, es una gran perturbación, Cissie.

—Sí, lo sé.

—Algo que te falta permanentemente —dijo Bertie.

—Sí, lo sé. Y sin embargo... y sin embargo Maurice está bien. Hay algo más, algo allí, que uno no imaginaba que estaba allí y que no se puede expresar.

—¿Qué es? —preguntó Bertie.

—No sé, es algo muy difícil de definir, pero es algo fuerte e inmediato. Hay algo extraño en la presencia de Maurice, indefinible. Creo que es como preparar la mente para dormir. Pero cuando estamos solos no añoro nada; parece extremadamente rico, casi espléndido, ¿sabes?

—Me temo que no te sigo —dijo Bertie.

Charlaban de modo inconexo. Afuera, el viento soplaba con fuerza, la lluvia retumbaba en los cristales de la ventana produciendo un sonido agudo

y sordo a causa de la contraventanas interiores, cerradas y doradas. Los troncos ardían despacio con cálidas llamas casi invisibles. Bertie parecía cansado, tenía ojeras oscuras alrededor de los ojos. Isabel, espléndida por su próxima maternidad, miraba el fuego. Ella tenía el cabello rizado en raros y sueltos mechones que le gustaban mucho al hombre. Pero tenía una extraña pena antigua en su corazón, una pena antigua y nocturna.

—Supongo que todos tenemos deficiencias en alguna parte —dijo Bertie.

—Supongo que sí —dijo Isabel con cansancio.

—Condenados, tarde o temprano.

—No lo sé —dijo ella levantándose—. Yo me siento bien, ¿sabes? El niño que viene parece hacerme indiferente a todo, plácida. No puedo preocuparme por nada, ¿sabes?

—Buena cosa, diría yo —contestó despacio.

—Bien, así es. Supongo que tan solo es la naturaleza. Si tampoco tuviese que preocuparme de Maurice, sería absolutamente feliz.

—Pero ¿sientes que tienes que preocuparte por él?

—Bueno, no lo sé. —Ella incluso se resintió por este esfuerzo.

La tarde transcurrió despacio. Isabel miró el reloj.

—Son cerca de las diez. ¿Dónde puede estar Maurice? Estoy segura de que en la parte trasera de la casa ya están en la cama. Perdona un momento.

Salió y volvió casi de inmediato.

—Está todo cerrado y a oscuras —dijo ella—. Me pregunto dónde estará. Ha debido de salir de la granja.

Bertie la miró.

—Supongo que volverá —dijo él.

—Supongo que sí —dijo ella—. Pero es bastante inusual en él salir a esta hora.

—¿Quieres que salga a mirar?

—Bueno, si no te importa. Yo iría, pero... —Ella no quería hacer ese esfuerzo físico.

Bertie se puso un abrigo viejo y tomó una linterna. Salió por la puerta lateral. Vaciló ante la noche fría y bulliciosa. Ese tiempo le ponía nervioso: tanta humedad por todas partes le hacía sentirse casi imbécil. Desganadamente, salió. Un perro le ladró con violencia. Miró detenidamente

en todas las dependencias. Por fin, abrió la puerta principal de una especie de granero intermedio, oyó un ruido chillón y, al mirar dentro, levantando su linterna, vio a Maurice en mangas de camisa, de pie escuchando, sujetando el mango de una máquina de hacer pulpa de nabo. Había estado sacando la pulpa de las dulces raíces, un montón de las cuales estaba apilado confusamente en un rincón detrás de él.

—¿Eres tú, Wernham? —dijo Maurice escuchando.

—No, soy yo —dijo Bertie.

Un gato grande, gris y medio salvaje se frotaba contra la pierna de Maurice. El ciego se inclinó para restregarse los lados. Bertie miraba la escena; entonces inconscientemente entró y cerró la puerta tras él. Él estaba en la parte alta del granero, desde donde, a la derecha y a la izquierda, salían los corredores frente al ganado encerrado en el establo. Miró el movimiento lento del otro hombre al inclinarse para acariciar al gran gato.

Maurice se enderezó.

—¿Vienes a buscarme? —dijo.

—Isabel estaba algo intranquila —dijo Bertie.

—Ahora iré. Me gusta ocuparme de estas cosas.

El gato había alzado su felina y siniestra fuerza contra su pierna, arañando su muslo con afecto. Él levantó sus garras para apartarlas de la carne.

—Espero no haber interrumpido tu vida en la hacienda —dijo Bertie, bastante tímido y tenso.

—No, en absoluto. Estoy contento de que Isabel tenga a alguien con quien charlar. Me temo que soy yo quien interrumpo. Reconozco que no soy una compañía muy animosa. Isabel está bien, ¿no crees? No es infeliz, ¿verdad?

—No, no lo creo.

—¿Qué dice ella?

—Dice que está muy contenta, solamente algo preocupada por ti.

—¿Por mí?

—Quizá tiene miedo de que te obsesiones —dijo Bertie cautelosamente.

—No debe tener miedo por eso. —Continuó acariciando con sus dedos la cabeza lisa y gris del gato—. Lo que yo temo —resumió— es que me encuentre una carga demasiado pesada, siempre aquí sola conmigo.



—No creo que debas pensar eso —dijo Bertie, aunque eso era lo que él mismo temía.

—No sé —dijo Maurice—. Algunas veces siento que no es justo que ella cargue conmigo. —Entonces bajó la voz—. Dime —preguntó luchando en secreto—, ¿está mi rostro muy desfigurado? ¿Te importa decírmelo?

—Tienes una cicatriz —dijo Bertie sorprendido—. Sí hay un poco de desfiguración. Pero más lastimosa que sorprendente.

—Una mala cicatriz bonita, sin embargo —dijo Maurice.

—¡Oh, sí!

Hubo una pausa.

—Algunas veces siento que estoy horrible —dijo Maurice en voz baja, hablando como para sí. Y Bertie sintió un estremecimiento de horror.

—Es una tontería —dijo.

Maurice de nuevo se enderezó, dejando al gato.

—Es imposible saberlo —dijo él. Y de nuevo con un extraño tono añadió —: Realmente no te conozco, ¿no?

—Probablemente no —añadió Bertie.

—¿Te importa si te toco?

El abogado se retiró hacia atrás instintivamente. Y sin embargo, al margen de la filantropía, dijo en voz baja: «No, en absoluto».

Pero sufría mientras el ciego extendía su mano fuerte y desnuda hacia él. Maurice tiró accidentalmente el sombrero de Bertie.

—Pensaba que eras más alto —dijo volviendo a hablar.

Entonces posó su mano sobre la cabeza de Bertie Raid, cerrando la cúpula del cráneo con un apretón suave y firme; después movió la mano y suavemente la cerró de nuevo, con una presión delicada y estrecha hasta que cubrió el cráneo y el rostro del hombrecillo, siguiendo el rastro hasta las cejas, y tocando los ojos llenos y cerrados, tocando la pequeña nariz y sus orificios, el bigote espeso y corto, la boca, la fuerte barbilla. La mano del ciego asió el sombrero, el brazo, la mano del otro hombre. Parecía estar tomándole en un suave y viajero apretón.

—Pareces joven —dijo al fin tranquilamente.

El abogado permanecía quieto, casi aniquilado, incapaz de responder.

—Tu cabeza parece tierna, como si fueses joven —repitió Maurice—. Y

también tus manos. Tócame tú los ojos, ¿te importa? Tócame la cicatriz.

Ahora Bertie tembló de repulsión. Todavía estaba bajo el poder del ciego, como si estuviese hipnotizado. Levantó el brazo y pasó los dedos por la cicatriz, por los ojos marcados. De pronto Maurice los cubrió con su propia mano, presionó los dedos del otro hombre sobre el hueco desfigurado de sus ojos, temblando en cada fibra y girando despacio y levemente de lado a lado. Permaneció así durante un minuto o más, mientras que Bertie se quedó de pie como en un desmayo inconsciente, prisionero.

Después, de pronto, Maurice quitó la mano del otro hombre de su ceja, y se quedó sujetándola en la suya.

—¡Oh, Dios mío! —dijo—, ahora nos conoceremos, ¿no? Nos conoceremos el uno al otro.

Bertie no pudo responder. Se quedó contemplando al hombre mudo y aterrado, superado por su propia debilidad. Sabía que no podía contestar. Tenía un miedo irracional, pánico a que el otro hombre fuese de pronto a destruirle. Mientras Maurice se había insuflado de un amor caliente y profundo, la pasión de la amistad. Quizá era esta amistad apasionada la que a Bertie le repelía más.

—Ahora ya estamos bien juntos, ¿no? —dijo Maurice—. ¿Ya está todo bien, para el resto de la vida por lo que respecta a nosotros?

—Sí —dijo Bertie intentando escapar por cualquier medio.

Maurice se quedó quieto, con la cabeza levantada como si escuchase. Un delicado y nuevo cumplimiento de la amistad entre mortales le había invadido como una sorpresa y una revelación, algo exquisito e inesperado. Parecía estar esperando escuchar si era real.

Después volvió por su abrigo.

—¡Vamos! —dijo—, iremos con Isabel.

Bertie cogió la linterna y abrió la puerta. El gato desapareció. Los dos hombres salieron en silencio por el terraplén. Isabel, según llegaban, pensó que sus pisadas sonaban extrañas. Ella esperaba con ansiedad y pena su entrada. Había un regocijo curioso en Maurice. Bertie estaba ojeroso, con los ojos hundidos.

—¿Qué sucede? —preguntó ella.

—Nos hemos hecho amigos —dijo Maurice, manteniéndose con los pies

separados, como un coloso extraño.

—¡Amigos! —repitió Isabel. Y miró de nuevo a Bertie. Él encontró sus ojos con una mirada furtiva y ojerosa; sus ojos brillaban como vidriosos de pena.

—¡Qué contenta estoy! —dijo ella en aguda perplejidad.

—Sí —dijo Maurice.

Él estaba de veras contento. Isabel tomó su mano entre las suyas, y la sujetó con fuerza.

—Ahora serás más feliz, querido —dijo ella.

Pero ella estaba mirando a Bertie. Ella sabía que tenía un deseo, escapar de esa intimidad, de esa amistad que se le había confiado. No podía soportar haber sido tocado por el hombre ciego, su obsesiva reserva había sido rota. Era como un molusco al que le han roto su concha.

## FANNY Y ANNIE (EL COLMO)<sup>[67]</sup>

Su rostro, con un resplandor espeluznante cuando se dio la vuelta sobre el andén entre la multitud de rostros oscuros y llameantes. A la luz de los altos hornos, ella captó de un vistazo su expresión sin rumbo, como un fragmento de fuego flotante. Y la nostalgia, el regreso del destino penetró en sus venas como una droga. ¡Su rostro eterno, ahora iluminado como las llamas! El pulso entre la oscuridad y el fuego rojo de las torres del horno en el cielo, que iluminaba a la multitud industrial y desordenada en la estación, le iluminó.

Por supuesto, él no la vio. ¡Iluminado e invisible! Siempre el mismo, con sus cejas desafiantes, su sombrero habitual, y su bufanda roja y negra anudada a la garganta. ¡Ni siquiera un cuello de camisa para verla a ella! Las llamas se habían rebajado, había sombras.

Ella abrió la puerta del vagón mugriento y de ramal, y comenzó a bajar su equipaje. El mozo no estaba en ninguna parte, pero estaba Harry, oscuro, en el filo anterior de la pequeña multitud, sin encontrarla, por supuesto.

—¡Harry aquí! —llamó ella, agitando su paraguas en el crepúsculo. Él se adelantó corriendo.

—¡Ya estás aquí! —dijo él a modo de alegre bienvenida. Ella descendió bastante nerviosa y le dio un beso.

—Dos maletas —dijo ella.

El alma le gimió, mientras él se encaramaba en el vagón a por sus bolsas. El fuego se precipitaba desde el horno detrás de la estación hacia arriba en el cielo crepuscular. Sintió que la llama roja le atravesaba el rostro. Ella había regresado definitivamente. Y su alma gemía con tristeza. Dudaba que pudiera soportarlo.

Allí, en la pequeña y sórdida estación bajo los hornos, ella permanecía quieta, alta y distinguida, con su abrigo de buena costura y una falda, y su gran sombrero gris de terciopelo. Sujetaba su paraguas, su pulsera de cuentas y un pequeño bolso de cuero negro en sus manos enguantadas de gris, mientras que Harry se tambaleaba saliendo del pequeño y feo tren con sus bolsas.

—Hay un baúl allí detrás —dijo ella con su voz brillante. Pero no se sentía brillante. Los dos conos negros y gemelos de la fundición seguían disparando sus fuegos celestiales en la noche. Toda la escena era sorprendente y violenta. El tren esperaba alegre. Esperaba otros diez minutos. Ella lo sabía. Todo era tan mortalmente familiar...

Confesémoslo de una vez. Ella era una virgen de treinta años que volvía para casarse con su primer amor, un obrero de la fundición, después de haberle tenido pendiente, de vez en cuando, durante doce años. ¿Por qué había regresado? ¿Le amaba? No. No lo disimulaba. Ella había amado a su brillante y ambicioso primo, que la había dejado plantada, y que ya había muerto. Ella había tenido otras aventuras que se habían quedado en nada. Por eso estaba aquí, repentinamente de vuelta para casarse con su primer amor, que había esperado —o se había quedado soltero— todos esos años.

—¿No puede un mozo llevar eso? —le dijo a Harry que daba zancadas por el andén con el paso largo de un obrero hacia el furgón de equipajes.

—Puedo arreglármelas —dijo él.

Y con su paraguas, su pulsera y su pequeño bolso de cuero, ella le seguía. El baúl estaba allí.

—Esperaremos la carreta del verdulero Heather para transportarlo —dijo él.

—¿No hay un coche de alquiler? —dijo Fanny, sabiendo tristemente que no lo había.

—Lo pondré a un lado de la máquina expendedora y el verdulero Heather lo recogerá sobre las ocho y media —dijo él.

Harry agarró el baúl por las dos asas y se tambaleó a través del paso a nivel, sus piernas chocaban contra él al andar como un pato. Después lo soltó al lado de la máquina roja de los dulces.

—¿Estará a salvo ahí? —dijo ella.

—Sí, tan a salvo como las casas —contestó. Volvió a por las dos maletas.

Cargados así comenzaron a subir lenta y pesadamente la cuesta, bajo el gran edificio negro de la fundición. Ella andaba a su lado —obrero donde los hubo, caminando con dificultad con aquel equipaje—. Las luces rojas llameaban sobre la profunda oscuridad. De la fundición provenía el horrible y lento estruendo metálico del hierro, un estruendo, un gran ruido, con un intervalo lo suficientemente largo como para hacerlo inaguantable.

Compara esta con la llegada a Gloucester: el carruaje para su señora, el carruaje para ella con el equipaje; el camino en coche pasado el río, los agradables árboles del viaje; y ella misma sentada al lado de Arthur, todo el mundo tan educado con ella.

Había vuelto a casa ¡definitivamente! El corazón casi dejó de latirle mientras subía a pie aquella interminable y odiosa colina, al lado de la figura cargada. ¡Qué humillación! ¡Qué humillación! No podía tomárselo con su usual y brillante alegría. Todo se lo conocía demasiado bien. ¡Es fácil ser indulgente con lo inusual, pero con la mortal familiaridad de un pasado antiguo y rancio...!

Él descargó las bolsas bajo una farola para descansar. Allí permanecieron, los dos, a la luz de la farola. Los viandantes la miraban a ella y le daban las buenas noches a Harry. A ella apenas la conocían, se había convertido en una extraña.

—¡Pesan demasiado para ti! Déjame llevar una —insistió ella.

—Empezarán a pesarte en cuanto hayas recorrido una milla —contestó.

—Déjame llevar la pequeña —insistió ella.

—Ya falta poco, según creo —dijo él entregándole una maleta.

Y así llegaron a la calle de las tiendas de la pequeña y fea ciudad en lo alto de la colina. ¡Cómo la miraban, Dios mío, cómo la miraban! Y el cine iba justo a empezar, y las colas bajaban por la calle hasta la esquina. Y todo el mundo se preguntaba quién sería ella. «¡Buenas, Harry!», le gritaban los individuos con una voz interesada.

Sin embargo, llegaron a casa de su tía, una tiendecita de dulces a un lado de la calle. Tocarón el timbre de campanita y la tía salió corriendo de la cocina.

—¡Ya has venido, hija! Seguro que necesitas una taza de té. ¿Cómo

estás?

La tía de Fanny la besaba, y eso era todo lo que Fanny podía hacer para evitar echarse a llorar; se sentía tan baja... Quizá era su té lo que quería.

—¡Vaya estorbo con ese equipaje! —dijo la tía de Fanny a Harry.

—¡Ay! Estaba deseando soltarlo —dijo él mirándose la mano algo aplastada y marcada con el asa.

Después él se marchó para ver qué pasaba con el carromato del verdulero Heather. Cuando Fanny se sentó a cenar, su tía, una mujercilla de pelo gris y rostro claro, la miró con el corazón admirado, sintiendo un amargo dolor por ella. Porque Fanny era hermosa: alta, esbelta, con buen color, con su nariz delicadamente arqueada, su pelo castaño brillante, sus grandes y vistosos ojos grises. Una mujer apasionada, una mujer a la que temer. ¡Tan orgullosa, tan íntimamente violenta! Procedía de una familia violenta.

Era, necesariamente, una mujer con la que simpatizar. Los hombres no tenían coraje. ¡Pobre Fanny! Era una dama tan recta y magnífica. Y aun así, todo parecía rebajarla. Cada vez más, parecía estar destinada a la humillación y al desencanto, esa brillante, terrible, sensible y elegante mujer, con su risa nerviosa y exaltada.

—¿Así que, has vuelto realmente, hija? —dijo la tía.

—Sí, tía —dijo Fanny.

—¡Pobre Harry! No estoy segura, ¿sabes?, de que no te vayas a aprovechar un poco de él.

—¡Oh, tía, él ha estado esperando tanto tiempo, que también es justo que tenga lo que ha estado esperando! —Fanny sonrió inexorable.

—Sí, hija, él ha esperado tanto, que es muy posible que le resulte algo duro. Ya sabes, Fanny, me gusta Harry, aunque, como ya te he mencionado alguna otra vez, no creo que sea lo suficientemente bueno para ti. Y creo que él lo sabe, pobre hombre.

—No estés tan segura de eso, tía. Harry es vulgar pero no es humilde. Él no pensaría que la reina es demasiado buena para él, si le interesara.

—Bien, eso si tuviera una opinión propia.

—Depende de lo que tú llares propia —dijo Fanny—. Pero tiene sus puntos buenos.

—Oh, sí, es un buen chico, y me gusta, de veras. Solo que, como te digo,

no es lo suficiente para ti.

—Ya me he decidido, tía —dijo Fanny inexorablemente.

—Sí —dijo la tía distraída—. Dicen que todo lo consigue el que espera.

—Más de con lo que contaba, ¿eh, tía? —se rió Fanny con bastante amargura.

A la pobre tía, esa amargura la apenaba por su sobrina.

Fueron interrumpidas por el sonido metálico de la campanilla de la tienda, y por la llamada de Harry: «¿Se puede?». Pero como él no entraba, Fanny, sintiéndose solícita hacia él, se levantó y se dirigió a la tienda. Vio un carromato fuera y fue a la puerta.

Y en el momento en que estuvo frente a ella oyó la injuriosa voz vulgar de una mujer gritando desde la oscuridad al otro lado de la calle:

—¡Ah! ¿Estás ahí? Debería darte vergüenza, debería darte vergüenza.

Asustada, Fanny miró atenta a través de la oscuridad y vio a una mujer con un gorro negro bajo una de las farolas del lado opuesto de la calle.

Harry y Bill Heather habían bajado el baúl del carro y ella se apartó cuando subieron con él el escalón de la tienda.

—¿Dónde lo ponemos? —preguntó Harry.

—Mejor lo subís arriba —dijo Fanny.

Ella subió primero a encender la lámpara de gas. Cuando Heather se marchó, y Harry estuvo sentado tomando té y pastel de cerdo, Fanny le preguntó:

—¿Quién era esa mujer que gritaba?

—No sé, no puedo decirte. Cualquiera, creo —replicó Harry. Fanny le miró pero no preguntó nada más.

Él era un individuo de pelo rubio de treinta y dos años con bigote rubio. Era burdo en el habla y tenía el aspecto de un obrero de la fundición, que es lo que era. Pero les gustaba a las mujeres. Había algo de niño en él —algo cálido y juguetón y realmente sensible.

Tenía atractivo incluso para Fanny. Contra lo que ella se rebelaba tan amargamente era que él no tenía ningún tipo de ambición. Estaba adornado por habilidades muy corrientes. Tenía treinta y dos años y no había ahorrado ni veinte libras. Ella debería proporcionar el dinero para la casa. A él no le importaba. No le importaba en absoluto. No tenía ninguna iniciativa. No tenía



ningún vicio —ninguno obvio—. Pero esto le era indiferente, gastaba cuando salía, y sin importarle. Y aun así no parecía feliz. Ella recordó su rostro bajo el brillo del fuego: embrujado, abstracto. Cuando le vio sentado allí comiendo el relleno del cerdo, con los carrillos abultados, sintió que él era su destino. Y estaba furiosa contra el destino de Harry. No era que fuese bruto. Su porte era vulgar, casi a propósito. Pero él en sí no era vulgar. Por ejemplo, la comida no era particularmente importante para él, no era glotón. Tenía un encanto especial para las mujeres con su pelo rubio y su sensibilidad y su manera de hacer sentir a una mujer que era un ser elevado. Pero Fanny le conocía, conocía su obstinada y peculiar limitación que casi la volvía loca.

Harry estuvo allí hasta cerca de las nueve y media. Le acompañó a la puerta.

—¿Cuándo subes? —le preguntó lanzando la cabeza en la dirección, presumiblemente, de su casa.

—Iré mañana por la tarde —dijo ella con claridad. Entre Fanny y la señora Goodall, su madre, no había ningún amor.

Ella le dio de nuevo un pequeño y tierno beso y las buenas noches.

—No puede sorprenderte, hija, si no es muy entusiasta —dijo la tía—. Es culpa tuya.

—¡Oh tía! No podía soportarle cuando era entusiasta. Es preferible como es ahora.

Las dos mujeres se sentaron y charlaron hasta entrada la noche. Se comprendían la una a la otra. La tía también se había casado como Fanny iba a hacerlo: con un hombre al que no amaba, un hombre violento, hermano del padre de Fanny. Él estaba muerto, el padre de Fanny estaba muerto. La pobre tía Lizzie se lamentaba afligida por su brillante sobrina cuando se fue a la cama.

Fanny había prometido ir a visitar a la familia de Harry la tarde siguiente. La señora Goodall era una mujer alta, peinada con raya al medio, una mujer obstinada y vulgar, que había malcriado a sus cuatro chicos y a la arpía de su única hija casada. Era una de esas naturalezas antiguas y poderosas que no podía aguantar las apariencias, o la educación o cualquier tipo de alarde. Casi odiaba el sonido del inglés correcto. Se dirigió a su futura nuera con una entonación vulgar y le dijo:

—Yo no soy una desmañada, aunque lo parezca, ¿lo ves?

Fanny no pensaba que su futura suegra fuera una desmañada, por lo tanto aquellas palabras sobraban.

—Yo misma se lo dije —dijo la señora Goodall—. Ella ha estado dudando todo el tiempo, así que déjala como está. No te hubiese aceptado si me hubiera escuchado, ¿me oyes? No, pero está loco y yo lo sé. Le dije: ¿tú crees que es de hombres, de cualquier edad, ir y empezar relaciones con ella cuando la oyes rascar en tu verja después de que se ha divertido por ahí siempre que ha querido? Es algo idiota. Pero no sirve de nada que siga hablando: contestó a esa carta tuya e hizo un mal negocio.

Pero en lugar de sentir cólera, se sentía halagada por la vuelta de Fanny con Harry. Porque la señora Goodall estaba impresionada por Fanny —una mujer que era un buen partido—. Más aún, todo el mundo sabía que la tía de Fanny, Kate, le había dejado doscientas libras: esto aparte de los ahorros de la chica. Por eso hubo cena especial en la calle Princess cuando Harry llegó a casa negro del trabajo, y un áspero olor a cordialidad cuando la arpía Jinny comenzó a decir vulgaridades. Por supuesto, Jinny vivía en una casa cuyo jardín lindaba con el jardín paterno. Era un clan que se mantenía unido, esos Goodalls.

Quedaron en que Fanny volvería a cenar de nuevo el domingo y charlaron de la boda. Tendría lugar al cabo de quince días en la capilla Morley. Morley era una pequeña aldea en el campo y en su pequeña capilla congregacional se habían conocido Fanny y Harry.

¡Qué criatura de hábitos era él! Todavía pertenecía al coro de la capilla Morley, aunque no era muy regular. Pertenecía al coro porque tenía voz de tenor y le gustaba cantar. Sus solos únicamente se estropeaban porque cuando cantaba manejaba desesperadamente las haches:

*And I saw 'eaven hopened  
And be'old a wite 'orse.*<sup>[68]</sup>

Este era uno de los clásicos de Harry, solamente superado por el estallido de su:

*Hangels hever bright an' fair.*<sup>[69]</sup>

Era una pena pero era inalterable. Tenía una buena voz y cantaba con una pasión lacerante, pero su pronunciación resultaba graciosa. Y nada le alteraba.

Por eso no se le oía más que en conciertos baratos y en capillas pequeñas y pobres. Los otros se reían.

Ahora era septiembre, el domingo era la Fiesta de la Cosecha en la capilla Morley, y Harry iba a cantar solos. Por eso Fanny iría al servicio religioso de la tarde y asistiría a la gran cena en su casa. ¡Pobre Fanny! Había pasado una de las tardes más maravillosas de su vida en el servicio religioso del domingo, con su primo Luther, a su lado en la Fiesta de la Cosecha en la capilla Morley. Harry también había cantado solos —hacía diez años—. Recordaba su corbata azul claro, y los ásteres morados y las grandes celebraciones que le servían de marco, y el primo Luther a su lado, joven, inteligente, venido de Londres, donde hacía progresos aprendiendo latín, francés y alemán de modo tan brillante.

Sin embargo, de nuevo era la Fiesta de la Cosecha en la capilla Morley, y de nuevo, como hacía diez años, un día exquisito y suave de septiembre, con las últimas rosas en los jardines de las casas, las últimas dalias carmesí y los últimos girasoles amarillos. Y de nuevo la pequeña y vieja capilla era un emparrado, con sus gavillas de maíz y sus columnas de trigo trenzado, sus grandes racimos de uvas, colgando como borlas desde las esquinas del púlpito, calabacines y patatas y peras y manzanas y ciruelas, sus ásteres malva y los girasoles japoneses amarillos. Igual que antaño, las dalias rojas alrededor de las columnas colgando, con sus cabecitas débiles, entre la avena. El lugar estaba concurrido y caldeado, las fuentes de tomate parecían balancearse peligrosas en la tribuna frontal, el reverendo Enderby estaba más raro que nunca, tan alto, demacrado y sin pelo.

El reverendo Enderby, probablemente prevenido, se acercó y la saludó estrechándole la mano y dándole la bienvenida, con su tono brusco y norteno, antes de subir al púlpito. Fanny estaba elegante con un vestido de gasa y un precioso sombrero de encaje. Como llegó un poco tarde, se sentó en una silla en la nave lateral justo enfrente de la capilla. Harry estaba en la galería superior, y ella solo podía verle de los ojos para arriba. Ella se dio cuenta de cómo tenía las cejas cerradas, rubias y no muy marcadas sobre la nariz. Era

muy atractivo: físicamente agradable. Mucho. ¡Si al menos... si al menos su orgullo no hubiese sufrido! Sentía que él la arrastraba.

*Venid, vosotros venturosos, venid,  
elevad vuestro canto de la cosecha.  
Todo está reunido y a salvo aquí,  
antes de que las tormentas invernales comiencen.*<sup>[70]</sup>

Incluso el himno era una falsedad porque la estación había sido húmeda y la mitad de los cultivos todavía estaban sin recoger, y escasos.

¡Pobre Fanny! Cantaba poco y parecía hermosa incluso con ese himno inapropiado. Sobre ella estaba Harry, humilde, con traje y corbata oscuros, pareciendo casi guapo. Y su lacerante y pura voz de tenor sonaba bien cuando las palabras se ahogaban en la conmoción general. Brillante parecía ella, y brillante se sentía, aunque se sentía también ardiente y airadamente infeliz e inflamada por una desesperación fatal. Porque sentía por él una atracción física que realmente odiaba y de la que no podía escapar. Era el primer hombre que la había besado. Y sus besos, incluso cuando ella se rebelaba contra ellos, habían permanecido en su sangre y habían enraizado en su alma. Durante todo este tiempo ella había vuelto a ellos. Y su alma gemía porque se sentía arrastrada, arrastrada hacia la tierra, como un pájaro al que un perro ha abatido en el polvo. Sabía que su vida sería infeliz. Sabía que lo que estaba haciendo era fatal. Aun así, era su sino. Había tenido que volver a él.

Había de cantar dos solos esa tarde: uno antes de la «homilía» desde el púlpito y otro después. Fanny le miraba y se preguntaba si no era demasiado tímido para estar allí de pie frente a todo el mundo. Pero no, no era tímido. Tenía incluso cierto tipo de seguridad en el rostro cuando la miraba hacia abajo desde la galería del coro: la seguridad de un hombre vulgar afianzado en su vulgaridad. ¡Oh! Qué furia corría por sus venas cuando vio ese aire de triunfo, lacónico, un triunfo indiferente que se posaba, obstinado e imprudente, en sus párpados cuando la miraba. ¡Ah! Le despreciaba. Pero allí estaba él de pie en aquella galería del coro como la burra de Balaán<sup>[71]</sup> frente a ella, y era superior a sus fuerzas. Él ejercía sobre ella un cierto encanto físico, como si su carne fuese nueva y agradable de tocar. La espina del deseo

le dolía en el corazón.

Se podría decir que él cantó como un canario esa tarde en particular, con una pasión desafiante que hizo crepitar complaciente la sangre de la congregación. Fanny sintió como si llamas chispeantes penetraran por sus venas mientras escuchaba. Incluso la curiosa lengua vernácula de acento fuerte tenía una cierta fascinación. Pero ¡oh!, también era tan repugnante... Él triunfaría sobre ella, obstinado, él la arrastraría de nuevo con la gente vulgar: un destino, un destino vulgar.

La segunda parte era una antífona en la que Harry cantaba partes de solos. Era tosca pero hermosa, con bellas palabras.

*Los que van sembrando con lágrimas  
cosechan entre gritos de júbilo.*

*Al ir, van llorando,  
llevando la semilla;  
y vuelven cantando  
trayendo sus gavillas.* <sup>[72]</sup>

«Vendrán sin duda, sin duda vendrán», suavemente entonados los altos, «trayendo sus gavillas», los tiples adornados brillantemente, y después comenzaba de nuevo el solo un poco triste:

*Los que van sembrando con lágrimas  
cosechan entre gritos de júbilo.*

Sí, era efectivo y conmovedor.

Pero en el momento en que la voz de Harry caía despacio hacia su cierre, y el coro, que estaba detrás de él, comenzaba a abrir sus voces para la triunfante explosión final, una chillona voz de mujer se elevó por encima de la congregación. El órgano dio un asustado triunfo y permaneció en silencio; el coro se quedó paralizado.

—Qué bien estás allí arriba, cantando en la casa del Señor —llegó la voz grave y enfadada de la mujer.

Todo el mundo se dio la vuelta, petrificado. Una mujer de rostro colorado y robusta, con sombrero negro, estaba allí de pie increpando al solista. La congregación, a punto de desmayarse, se había dado cuenta.

—Qué bien estás ahí, ¿no?, cantando solos en la casa del Señor, tú, Goodall. Pero yo digo que me avergüenzo de ti. Qué bien, ¿no? Trayendo a tu nueva mujer aquí contigo, ¿no? Ya le voy yo a decir con quién está tratando. Un bribón que no quiere admitir las consecuencias de lo que ha hecho. —La mujer de rostro duro y frenético se volvió hacia Fanny—. Eso es lo que Harry Goodall es, por si quieres saberlo.

Y volvió a sentarse. Fanny, asustada como todo el mundo, se había dado la vuelta para mirar. Primero se puso blanca y luego se fue ruborizando bajo el ataque. Conocía a la mujer: una tal señora Nixon, un demonio que pegaba a su patético y borracho segundo marido, Bob, y a sus dos hijas larguiruchas y crecidas. Un personaje notorio. Fanny se dio de nuevo la vuelta y se sentó, inmóvil como la eternidad, en su asiento.

Hubo un minuto de perfecto silencio y suspense. La audiencia estaba boquiabierta y muda; el coro se quedó como la mujer de Lot<sup>[73]</sup>, y Harry, con su partitura, estaba allí arriba, mirando hacia abajo a la señora Nixon con una especie de muda indiferencia, con su rostro ingenuo y ligeramente burlesco. La señora Nixon se sentó desafiante, arrostrando a todos.

Después se alzó un murmullo, como en el bosque cuando el viento de pronto arrastra las hojas. A continuación el sacerdote, alto y misterioso, comenzó a caminar y con su fuerte y bonita voz como de campanilla —era lo único hermoso en él— dijo con infinito y afligido patetismo:

—Unámonos cantando el himno de la partitura, el último himno de la hoja, número once.

*Claro ondea el dorado maíz  
en la dulce tierra de Canaán.*<sup>[74]</sup>

El órgano sonó con prontitud. Durante el himno se hizo el ofertorio. Y después del himno, la oración.

El señor Enderby venía de Northumberland. Como Harry, no había sido capaz de superar su acento, que era bastante cerrado. Era un poco simple, uno de esos locos del Señor, un espíritu soltero y raro, emocional, feo pero muy amable.

—Y si, nuestro Señor, el querido Jesús, permitiese que cayese sobre nuestra cosecha una sombra de pecado, le dejaremos a él juzgar. Elevamos

nuestros espíritus y nuestras penas a ti, Jesús, y nuestras bocas están mudas. ¡Oh!, Señor, guárdanos de malas palabras y malos pensamientos, te lo rogamos, Señor Jesús, que conoces y juzgas todo.

De este modo habló el sacerdote con su voz resonante y triste, lavando sus manos ante el Señor. Fanny se echó hacia delante con los ojos abiertos durante la oración. Podía ver la cabeza redondeada de Harry también inclinada hacia delante. Su rostro inexorable e inexpresivo. El sobresalto la había dejado aturdida. La cólera era quizá su emoción dominante.

La audiencia comenzó a moverse ligeramente, a susurrar despacio y emocionadamente fuera de la iglesia, mirando con ojos de gran interés a Fanny, a la señora Nixon y a Harry. La señora Nixon, bajita, permanecía desafiante en su banco, frente a la nave lateral, como anunciando que, sin subirse las mangas de la camisa, estaba preparada para cualquiera. Fanny permanecía sentada y quieta. Afortunadamente, la gente no pasaba cerca de ella. Y Harry, con las orejas rojas, se iba abriendo camino tímidamente fuera de la galería. El grave sonido del órgano amortiguaba la conmoción de la salida.

El sacerdote estaba sentado, silencioso e inescrutable, en su púlpito, como la cabeza de un muerto, mientras que la congregación salía. Cuando las últimas personas, más lentas y perezosas, habían salido estirando el cuello para mirar a la todavía sentada Fanny, él se levantó, anduvo con paso majestuoso y encorvado hacia la pequeña capilla rural y cerró la puerta. A continuación volvió y se sentó al lado de la joven silenciosa.

—¡Es tan desafortunado, lo más desafortunado! —protestó—. ¡Lo lamento, lo lamento tanto, de veras, de veras! —suspiró.

—Es una sorpresa tan repentina, una cosa así —dijo Fanny con claridad.

—Sí, sí, verdaderamente. Sí, una sorpresa. No conozco a la mujer. No la conozco.

—Yo la conozco —dijo Fanny—. Es mala.

—Bien —dijo el sacerdote—. No la conozco. No lo entiendo. No comprendo nada. Pero es muy lamentable, muy lamentable. Lo siento.

Fanny miraba hacia la puerta de la sacristía. Las escaleras de la galería daban a la sacristía. No daban al cuerpo central de la capilla. Sabía que los miembros del coro se habían estado asomando para buscar información.

Finalmente Harry salió, bastante tímidamente, con su sombrero en la mano.

—¡Bien! —dijo Fanny poniéndose en pie.

—Hemos tenido un extra —dijo Harry.

—Sí, eso creo —dijo Fanny.

—Una desafortunada circunstancia, muy desafortunada. ¿Tú lo entiendes, Harry? Yo no lo entiendo en absoluto.

—Yo sí lo entiendo. La hija va a tener un hijo y me lo quiere colocar a mí.

—Y no ha tenido la oportunidad, ¿no? —preguntó Fanny, con actitud censora.

—No es más mío que de cualquiera de los demás —dijo Harry, desviando la mirada.

Hubo una pausa.

—¿Quién es la chica? —preguntó Fanny.

—Annie, la más joven.

Siguió otra pausa.

—No creo conocerlas —dijo el sacerdote.

—No creo. Su apellido es Nixon. Su madre se casó por segunda vez con el viejo Bob. Es una puta lianta, eso es lo que es. Viven en la calle Manners.

—¿Por qué? ¿Qué pasa con ella? —preguntó Fanny fríamente—. No tenía problemas cuando yo la conocí.

—No, si ella está bien. Pero siempre está entrando y saliendo de los bares con los chicos —dijo Harry.

—¡Estupendo! —dijo Fanny.

Harry lanzó una mirada hacia la puerta. Quería irse.

—¡Qué penoso! —El sacerdote meneó la cabeza.

—¿Qué tal esta noche, señor Enderby? —preguntó Harry con una vocecita—. ¿Me llamará?

El señor Enderby le miró con expresión afligida, y se pasó la mano por la frente. Estudió a Harry durante un instante, con expresión ausente. Había un ligero parecido entre ambos hombres.

—Sí —dijo—. Sí, creo. Pienso que no tenemos que hacer caso, y darle la menor importancia posible.



Fanny dudó. Después le dijo a Harry:

—Pero ¿vendrás?

—Claro que iré —dijo él.

Entonces se volvió hacia el señor Enderby.

—Bien, buenas tardes, señor Enderby —dijo.

—Buenas tardes, Harry, buenas tardes —replicó el triste sacerdote. Fanny siguió a Harry hacia la puerta y durante un rato ambos caminaron en silencio a través de la tarde.

—¿Y es tanto tuyo como de cualquier otro? —dijo ella.

—Sí —dijo brevemente.

Y siguieron, sin más palabras, durante cerca de una milla hasta que llegaron a la esquina de la calle donde vivía Harry. Fanny dudó. ¿Debía continuar hasta la casa de su tía? ¿Debía? Significaría dejar todo eso para siempre. Harry permanecía en silencio.

Cierta obstinación le hizo dar la vuelta con él a lo largo de la calle hasta llegar a la casa. Cuando entraron, toda la familia estaba allí, la madre, el padre y Jinny, con el marido de Jinny y los niños, y los dos hermanos de Harry.

—Me han dicho que te han calentado los oídos —dijo la señora Goodall con severidad.

—¿Quién te lo dijo? —preguntó Harry brevemente.

—Maggie y Luke estaban allí dentro.

—Estás bien, ¿no? —dijo Jinny interfiriendo.

Harry se quitó el sombrero sin contestar.

—Sube arriba y quítate el sombrero —dijo la señora Goodall a Fanny casi con amabilidad. Le hubiera molestado mucho si Fanny hubiese dejado a su hijo en ese momento.

—¿Qué te ha dicho? —preguntó el padre en secreto a Harry, moviendo la cabeza en la dirección de las escaleras por donde Fanny había desaparecido.

—Nada aún —dijo Harry.

—Lo tendrías bien merecido si te deja ahora —dijo Jinny—. Apuesto a que tienes algo con Annie Nixon.

—Apuestas mucho —dijo Harry.

—Pero no puedes negarlo —dijo Jinny.

—Puedo si me lo propongo.

El padre le miró, inquisitivo.

—No es más mío que de Bill Bowers o Ted Slaney, o seis o siete de ellos —dijo Harry a su padre.

Y el padre asintió en silencio.

—Eso no te va a librar en el juzgado —dijo Jinny.

Arriba Fanny evadió todos los ataques de la madre de Harry, y no se pronunció. Se arregló el pelo, se lavó las manos y se empolvó un poco la cara, con tranquilidad, allí, frente a la mirada indignante de la señora Goodall. Era como una declaración de independencia. Pero la vieja mujer no dijo nada.

Bajaron para la cena del domingo, con sardinas y salmón enlatado y melocotón en almíbar además de tartas y pasteles. La cháchara era general. Concernía a la familia Nixon y al escándalo.

—¡Oh!, es una malhablada —dijo Jinny de la señora Nixon—. ¿Quién es ella para hablar de la casa santa del Señor? Es la primera vez que pone los pies allí, después de que fue expulsada. Es un demonio y siempre lo fue. ¿No se acuerda, madre, de cómo trataba a los hijos de Bob cuando vivíamos en las viviendas? Todavía me acuerdo, cuando era yo niña, de que solía bañarles en el patio, con frío, para que no salpicasen en la casa. ¡Casi los mataba si rayaban el suelo, y el lenguaje que usaba! Y aún me acuerdo de un sábado en que Garry, que era la propia hija de Bob, se escapó cuando su madrastra iba a bañarla (se escapó casi desnuda), ¿te acuerdas, madre? Y se escondió en los recintos de Smedley (era la época de la siega) y nadie podía encontrarla. Se escondió allí toda la noche, ¿verdad, madre? Nadie la encontraba. Dios mío, fue un escándalo. La encontraron el domingo por la mañana.

—Fred Coutts amenazó con romperle todos los huesos del cuerpo si tocaba a los niños otra vez —añadió el padre.

—Con todo, la asustaron —dijo Jinny—. Pero era así de mala también con sus dos hijas. Y nadie ha visto que se haya ocupado del viejo Bob hasta que él se ablandó.

—¡Hasta que se ablandó como las gachas! —dijo Jack Goodall—. Nunca le dejaba la paga de la semana, ni siquiera el jornal de un día... Si los chicos no se lo hubiesen dado...

—Dios mío, si él no le hubiese entregado... el jornal de la semana, ella le

habría arreado en la cabeza —dijo Jinny.

—Pero es una mujer limpia y respetable, excepto por su mala boca —dijo la señora Goodall—. Se protege a sí misma como un *bull-dog*. Nunca permite que nadie se acerque a su casa y no quiere vecindario con nadie.

—Todo es discutir con ella —dijo el señor Goodall, un tipo de hombre silencioso y evasivo.

—De dónde saca Bob el dinero para la bebida es un misterio —dijo Jinny.

—Los chicos le ayudan —dijo Harry.

—Bueno, él tiene un par de ojos de conejo amenazantes —dijo Jinny.

—Sí, con el horror de un hombre borracho en ellos, creo yo —dijo la señora Goodall.

Y así continuó la charla después de la cena, hasta que fue prácticamente la hora de ir a la capilla de nuevo.

—Tendrás que ir preparándote, Fanny —dijo la señora Goodall.

—No, no voy esta noche —dijo Fanny abruptamente. Y hubo una repentina interrupción en la familia—. Lo dejamos por esta noche, madre —añadió.

—Que tengas buena suerte, hija —dijo la señora Goodall, aduladora y confiada.

## **TÚ ME ACARICIASTE<sup>[75]</sup> (HADRIAN)**

Pottery House<sup>[76]</sup> era una casa de ladrillo cuadrada y fea, rodeada por un muro que la aislaba del resto de los alrededores de la alfarería. Por seguridad, un seto privado separaba parcialmente la casa y el patio de la fábrica; pero solo parcialmente. A través del seto podían verse los patios desolados y las múltiples ventanas de la fábrica, y por encima del seto las chimeneas y las casas anexas, pero dentro del seto un confortable jardín con césped bajaba hasta la alberca que en otro tiempo había abastecido a la fábrica.

La alfarería estaba ahora cerrada, las grandes puertas del patio permanentemente cerradas. Ya no estaban los grandes cajones apilados en los cobertizos por los que asomaba la paja amarilla. Ya no estaban los carros tirados por caballos percherones que rodaban cuesta abajo con una tremenda carga. Ya no estaban las chicas con sus batas coloreadas de arcilla, con el rostro y el cabello salpicados por un barro gris muy fino, gritando y bromeando con los hombres. Todo eso ya pasó.

—Ahora nos gusta más, mucho más, está todo más tranquilo —decía Matilda Rockley.

—Claro —asentía Emmie Rockley, su hermana.

—Por supuesto —afirmaba el visitante.

Pero si a las chicas Rockley les gustaba más o solamente imaginaban que así era, eso es otro asunto. De hecho, sus vidas eran mucho más grises y aburridas ahora que la arcilla gris había dejado de esparcir su barro y de salpicar su polvo por los locales. No se daban cuenta de hasta qué punto echaban de menos el griterío y el bullicio de las muchachas a las que habían conocido toda su vida y que tanto les desagradaban.

Matilda y Emmie eran ya unas solteronas. En un distrito industrial no es fácil para las chicas que tienen expectativas encontrar marido. La fea ciudad industrial estaba llena de hombres, hombres jóvenes dispuestos a casarse. Pero eran mineros o trabajadores, simples obreros. Las chicas Rockley tendrían cerca de diez mil libras cada una cuando su padre falleciese: diez mil libras de bienes rentables. No era para despreciarlo: así lo consideraban ellas y se abstenían de desperdiciar tal fortuna con cualquier miembro del proletariado. Por eso, oficinistas, clérigos o maestros de escuela habían fracasado en sus intentos, y Matilda había comenzado a abandonar la idea de irse de Pottery House.

Matilda era una chica rubia, alta, delgada y elegante, con una nariz bastante larga. Ella era la María respecto a la Marta que era Emmie<sup>[77]</sup>. Es decir, Matilda adoraba la pintura y la música, y leía muchas novelas, mientras Emmie cuidaba de la casa. Emmie era más baja y regordeta que su hermana, y no tenía otras habilidades. Admiraba a Matilda, cuya mente era más refinada y sensible.

A su modo, melancólico y tranquilo, las dos chicas eran felices. Su madre había muerto. Su padre también estaba enfermo. Era un hombre inteligente y educado, pero prefería permanecer como si fuese uno más del resto de los trabajadores. Tenía pasión por la música y tocaba el violín bastante bien. Pero ahora envejecía, estaba enfermo y se moría de una enfermedad del riñón. Había sido un gran bebedor de whisky.

Este era el tranquilo hogar, con una sirvienta, que año tras año vivía en Pottery House. Los amigos venían, las chicas salían, el padre bebía, cada vez más enfermo. En la calle había un continuo trasiego de mineros y sus perros, y de niños. Pero dentro de los muros de la alfarería había una tranquilidad desierta.

En esta miel solo había una mosca. Ted Rockley, el padre de las chicas, había tenido cuatro chicas y ningún chico. Cuando sus chicas estaban creciendo, él se sentía disgustado de estar siempre en una casa rodeado de mujeres. Fue a Londres y adoptó a un chico de la beneficencia. Emmie tenía catorce años y Matilda dieciocho cuando su padre llegó a casa con su prodigio, un chico de seis años, Hadrian.

Hadrian era un chico vulgar de orfanato, con un vulgar pelo castaño, ojos

azulados vulgares y un acento vulgar. Las chicas Rockley —eran tres en el momento de su llegada— se habían resentido entre ellas de su aparición. Él, con su instinto observador y de chico de orfanato, lo supo enseguida. A pesar de sus seis años, tenía un gesto sutil y burlón cuando miraba a las tres chicas. Ellas insistían en que habría de llamarlas primas: prima Flora, prima Matilda y prima Emmie. Él accedió, pero con cierta burla en el tono.

Las chicas, sin embargo, eran cariñosas por naturaleza. Flora se casó y se fue de casa. Hadrian hacía lo que quería con Matilda y Emmie, aunque eran algo estrictas. Creció en Pottery House y en sus alrededores, fue a la escuela primaria y todo el mundo le llamaba Hadrian Rockley. Miraba a prima Matilda y prima Emmie con una indiferencia lacónica, era callado y reticente en sus modales. Las chicas le llamaban pícaro, pero era injusto. Tan solo era cauteloso y poco franco. Su tío, Ted Rockley, le entendía; sus naturalezas eran parecidas. Hadrian y el hombre mayor tenían una consideración real pero no emocional el uno respecto al otro.

Cuando tenía trece años, lo mandaron a un colegio a la ciudad. No le gustó. Su prima Matilda quería hacer de él un caballero, pero él rechazaba la idea. Siempre ponía una sonrisa de desprecio en el rostro y una mueca tímida y de beneficencia cuando cualquier refinamiento se le imponía. Faltaba a clase, vendió a sus compañeros los libros, la gorra con el escudo, incluso la bufanda y el pañuelo, y se iba a gastar el dinero Dios sabe dónde. Así pasaron dos años que dejaron mucho que desear.

Cuando cumplió los quince anunció que quería marcharse de Inglaterra e ir a las colonias. Había seguido en contacto con el orfanato. Los Rockley sabían que cuando Hadrian hacía una afirmación, con sus modales tranquilos y medio burlones, era inútil oponerse. Así, finalmente, el chico se marchó a Canadá bajo la protección del orfanato al que había pertenecido. Dijo adiós a los Rockley, sin una sola palabra de agradecimiento, y se fue, al parecer, sin un solo remordimiento. Matilda y Emmie a menudo lloraban al recordar cómo los había dejado: incluso en el rostro de su padre se había instalado una rara mirada. Hadrian escribía con regularidad desde Canadá. Había entrado a trabajar en una central eléctrica cerca de Montreal y le iban bien las cosas.

Pero la guerra llegó. Hadrian se alistó y volvió a Europa. Los Rockley no sabían nada de él. Vivían como siempre en Pottery House. Ted Rockley se

moría de un tipo de hidropesía y deseaba de corazón ver al chico. Cuando se firmó el armisticio<sup>[78]</sup>, Hadrian tuvo un largo permiso y escribió para decir que volvía a casa.

Las chicas estaban terriblemente nerviosas. A decir verdad, tenían algo de miedo a Hadrian. Matilda, alta y delgada, era frágil de salud, y ambas estaban extenuadas de cuidar a su padre. Tener a Hadrian, un joven de veintiún años, en la casa con ellas, después de que las había abandonado con tanta frialdad hacía cinco años, era realmente difícil.

Estaban nerviosas. Emmie convenció a su padre de que se pasase a la habitación de abajo para que preparasen la habitación de arriba para Hadrian. Así lo hicieron, y estaban en los preparativos de la llegada, cuando, a las diez de la mañana, el joven se presentó de modo inesperado. Prima Emmie, con el pelo recogido en pequeños y absurdos rizos alrededor de la frente, estaba limpiando las varillas de las alfombras en la escalera, mientras que Matilda estaba en la cocina lavando los adornos del salón con jabón, con las mangas de la blusa remangadas en sus brazos delgados y la cabeza envuelta en un trapo atado coquetamente.

Prima Matilda se puso muy roja cuando el joven entró arrogante con su petate y colocó la gorra en la máquina de coser. Era bajo y confiado, de una pulcritud extraña que aún recordaba al orfanato. Su rostro era moreno, llevaba un pequeño bigote y había mucho vigor en su pequeñez.

—¡Bueno, pero si es Hadrian! —exclamó prima Matilda, sacudiéndose la espuma de las manos—. No te esperábamos hasta mañana.

—Salí el lunes por la noche —dijo Hadrian mirando alrededor de la habitación.

—¡Estupendo! —dijo prima Matilda. Entonces, después de secarse las manos, se adelantó, le extendió la mano y le dijo—: ¿Qué tal estás?

—Bien, gracias —dijo Hadrian.

—Ya eres un hombre —dijo prima Matilda.

Hadrian la miró. No estaba en su mejor momento: tan delgada, con la nariz tan larga, con ese trapo a cuadros rosas y blancos alrededor de la cabeza. Sintió estar en desventaja. Pero había sufrido mucho y eso no le importaba.

La sirvienta entró: ella no conocía a Hadrian.

—Ven a ver a mi padre —dijo prima Matilda.

En el vestíbulo se encontraron a prima Emmie como a una perdiz fuera del nido. Estaba en la escalera colocando las varillas brillantes en su sitio. Instintivamente su mano se fue hacia los pequeños tiradores, con los rizos sobre la frente.

—¡Pero bueno! —exclamó enfadada—. ¿Cómo es que has venido hoy?

—Salí un día antes —dijo Hadrian, y su voz de hombre tan profunda e inesperada fue como un golpe para prima Emmie.

—Bueno, nos has pillado con las manos en la masa —dijo con resentimiento.

Entonces los tres se dirigieron a la habitación.

El señor Rockley estaba vestido —es decir, llevaba puestos los pantalones y los calcetines—, pero estaba descansando en la cama, recostado bajo la ventana, desde donde podía ver su querido y luminoso jardín, donde los tulipanes y los manzanos resplandecían. No parecía tan enfermo como en realidad estaba porque el agua le mantenía hinchado y el rostro tenía color. Tenía el vientre muy inflamado.

Miró a su alrededor con rapidez, moviendo los ojos pero no la cabeza. Era el naufragio de un hombre apuesto y bien formado. Al ver a Hadrian, una sonrisa extraña y desganaada apareció en su rostro. El joven le saludó con timidez.

—¿No estabas de soldado? —dijo—. ¿Quieres algo de comer?

Hadrian miró alrededor como buscando la comida.

—Bueno, no me importaría.

—¿Qué tomarás, huevos y beicon? —dijo Emmie brevemente.

—Sí, bueno —dijo Hadrian.

Las hermanas se fueron a la cocina, y enviaron a la sirvienta a que terminase la escalera.

—¿No está muy cambiado? —dijo Matilda *sotto voce*.

—Desde luego —dijo prima Emmie—. ¡Qué hombrecito!

Ambas hicieron una mueca y rieron nerviosas.

—Trae la sartén —le dijo Emmie a Matilda.

—Pero sigue tan chulito como siempre —dijo Matilda, entornando los ojos y moviendo la cabeza de manera cómplice mientras cogía la sartén.



—¡Chulito! —dijo Emmie de manera sarcástica. La nueva masculinidad de gallito evidentemente no gozaba de favor ante sus ojos.

—Pero no es malo —dijo Matilda—. No hay que tener prejuicios contra él.

—No tengo prejuicios, creo que tiene buena pinta —dijo Emmie—; pero tiene algo de chulito.

—Mira cómo nos ha pillado —dijo Matilda.

—No tienen consideración con nada —dijo Emmie con desprecio—. Sube y vístete, querida Matilda. Él no me importa. Yo haré las cosas y tú hablas con él. Yo no quiero.

—Estará hablando con nuestro padre —dijo Matilda.

—¡Pícaro! —exclamó Emmie con una burla.

Las hermanas creían que Hadrian había venido con la esperanza de sacarle algo a su padre, esperando algo de herencia. Y no estaban seguras de que no lo consiguiese.

Matilda subió a cambiarse. Había pensado con detenimiento en cómo recibiría a Hadrian para impresionarle. Y sin embargo, él la había pillado con un trapo en la cabeza y los brazos en un barreño de espuma. Pero no le importaba. Ahora se estaba vistiendo escrupulosamente, luego recogió su largo pelo rubio con detenimiento, cubrió sus mejillas con colorete y se puso el largo collar de exquisitas cuentas de cristal sobre el suave vestido verde. Estaba tan elegante como una heroína de revista y casi parecía irreal.

Se encontró a Hadrian y a su padre charlando. El joven normalmente era parco en palabras, pero se le soltaba la lengua con su «tío». Estaban ambos dando sorbos a un brandy y fumaban y charlaban como un par de antiguos amigos. Hadrian le estaba contando cosas de Canadá. Iba a regresar allí cuando terminara el permiso.

—Entonces ¿no te apetecía quedarte en Inglaterra? —dijo el señor Rockley.

—No, no me quedaría en Inglaterra —dijo Hadrian.

—¿Cómo es eso? Hay muchos electricistas aquí —dijo el señor Rockley.

—Sí. Pero hay muchas diferencias entre los empleados y los jefes, demasiadas para mí —dijo Hadrian.

El hombre enfermo le miró con detenimiento y con ojos sonrientes.

—¿Ah, sí? —replicó.

Matilda lo oyó y lo comprendió. Así que eso es lo que piensas, hombrecito, se dijo. Siempre se había dicho de Hadrian que no tenía respeto por nadie ni por nada, que era un pícaro y una persona vulgar. Se fue a la cocina a confabular con Emmie *sotto voce*.

—¡Ese se lo tiene creído! —murmuró.

—Se creerá que es alguien —dijo Emmie con desprecio.

—Piensa que aquí hay muchas diferencias entre patronos y trabajadores —dijo Matilda.

—¿Es que no hay diferencias en Canadá? —preguntó Emmie.

—¡Ah, sí, democráticas! —respondió Matilda—. Cree que están mejor que aquí.

—Pero él está ahora aquí —dijo Emmie con disgusto—; puede guardarse el puesto.

Mientras charlaban vieron al joven pasar por el jardín, mirando con indiferencia las flores. Llevaba las manos en los bolsillos y la gorra de soldado calada en la cabeza. Parecía tranquilo, como tomando posesión. Las dos mujeres, agitadas, le miraban desde la ventana.

—Ya sabemos a qué ha venido —dijo Emmie groseramente.

Matilda miró durante un rato la neta figura caqui. Todavía había algo de chico de orfanato en él, pero ahora era la figura de un hombre, lacónica y cargada de energía plebeya. Creía que había habido algo de pasión irónica en su voz cuando había protestado contra las clases pudientes delante de su padre.

—¿Sabes, Emmie? Quizá no ha venido por eso —reprendió a su hermana. Ambas se referían al dinero.

Todavía estaban mirando al joven soldado. Él estaba de pie al fondo del jardín, de espaldas a ellas, con las manos en los bolsillos, mirando el agua de la alberca. Los ojos azul oscuro de Matilda tenían una mirada intensa y extraña, y bajaba despacio los párpados con venas azules. Llevaba la cabeza alta pero parecía apenada. El joven, en el fondo del jardín, se dio la vuelta y miró hacia el sendero. Quizá las había visto en la ventana. Matilda se retiró a la penumbra.

Esa tarde su padre parecía débil y enfermo. Estaba muy cansado. El

médico se acercó y le dijo a Matilda que el enfermo podía morir en cualquier momento, o tal vez no. Tenían que estar preparados.

Pasó ese día y también el siguiente. Hadrian se acomodó en la casa. Bajaba por las mañanas con su jersey marrón y sus pantalones caqui, descamisado, enseñando el cuello desnudo. Examinaba los locales de la alfarería como si tuviese algún propósito secreto, charlaba con el señor Rockley, cuando el hombre tenía fuerza suficiente. Las dos chicas se enfadaban cuando los dos hombres se sentaban a charlar como dos viejos amigos. Era como si hablaran de sus cosas.

Al segundo día de la llegada de Hadrian, Matilda se sentó junto a su padre por la tarde. Estaba haciendo un dibujo que quería copiar. Había mucha calma: Hadrian había salido a alguna parte, nadie sabía adónde, y Emmie estaba ocupada. El señor Rockley estaba recostado en su cama, contemplando en silencio el jardín mientras atardecía.

—Matilda, si me pasa algo —dijo— no venderéis esta casa. Os quedaréis aquí.

Los ojos de Matilda tenían la mirada suavemente ojerosa cuando se dirigió a su padre.

—Claro, no podríamos hacer otra cosa —dijo.

—No sabéis lo que podríais hacer —dijo el hombre—. Os dejo todo a Emmie y a ti a partes iguales, pero no vendáis esta casa, no la dividáis.

—No —dijo ella.

—Y dadle a Hadrian mi reloj, la cadena y cien libras del banco, y ayudadle siempre que lo necesite. No he puesto su nombre en el testamento.

—Bien. Tu reloj, la cadena y cien libras. Pero tú estarás aquí cuando él se vaya a Canadá.

—Nunca se sabe qué puede pasar —dijo el padre.

Matilda le miró con sus intensos y profundos ojos durante un rato, como si estuviese en trance. Vio que él sabía que se iba a ir pronto, lo vio como si fuese una vidente.

Después contó a Emmie lo que su padre había dicho del reloj, la cadena y el dinero.

—¿Qué derecho tiene él —se refería a Hadrian— al reloj y la cadena de mi padre? ¿Qué ha hecho por él? Dale el dinero y que se largue —dijo

Emmie. Adoraba a su padre.

Esa noche, Matilda se quedó despierta mucho tiempo en su habitación. Tenía el corazón inquieto y roto, su mente parecía extasiada. Estaba tan embelesada que se le saltaban las lágrimas, y solo pensaba en su padre. Finalmente pensó que debía ir con él.

Era cerca de medianoche. Se dirigió por el pasillo hacia su habitación. Entraba la débil luz de la luna. Escuchó detrás de la puerta. Entonces la abrió despacio y entró. La habitación estaba bastante oscura. Oyó un movimiento en la cama.

—¿Estás dormido? —dijo despacio avanzando hacia la cama—. ¿Estás dormido? —repitió con suavidad mientras llegaba al lado de la cama. Y alargó la mano en la oscuridad para tocarle la frente. Delicadamente los dedos alcanzaron su nariz, sus cejas, colocó su fina y delicada mano sobre la frente. Esta parecía fresca y suave, muy fresca y suave. Cierta sorpresa la recorrió en su estado de embeleso. Pero no podía salir de ese estado. Con ternura, se inclinó sobre la cama y pasó los dedos por el pelo corto de su frente.

—¿No puedes dormir esta noche? —dijo ella. Hubo un rápido movimiento en la cama.

—Sí, claro que puedo —contestó una voz—. Era la voz de Hadrian. Ella se apartó. De pronto salió de su estado de embeleso. Recordó que su padre estaba en la habitación de abajo y que Hadrian ocupaba la suya. Se quedó paralizada en la oscuridad.

—¿Eres tú, Hadrian? —dijo—. Creía que era mi padre. —Estaba tan impresionada que no podía moverse. El joven lanzó una incómoda carcajada y se dio la vuelta en la cama.

Finalmente ella salió de la habitación. Cuando estuvo de vuelta en la suya con la luz encendida y la puerta cerrada, puso la mano que le había tocado suspendida y en alto, como si estuviese herida. Estaba absolutamente conmovida y casi no podía soportarlo.

—Bien —dijo su mente cansada pero tranquila—, solo ha sido un error, no hay que darle importancia.

Pero no podía racionalizar sus sentimientos. Sufría sintiéndose falsa. Su mano derecha, que había posado con tanta ternura sobre su rostro, sobre su

fresca piel, ahora le dolía, como si estuviese realmente herida. No podía perdonar a Hadrian por ese error: aquello le hacía despreciarlo profundamente.

Hadrian también había dormido mal. Se había despertado cuando se había abierto la puerta y no sabía qué pasaba. Pero la suave y perdida ternura de aquella mano en su rostro había agitado algo en su alma. Él era un chico de orfanato, distante y más o menos contenido. La frágil exquisitez de su caricia le había perturbado enormemente, le había revelado cosas desconocidas para él.

Por la mañana, cuando bajó, Matilda pudo ver la consciencia en los ojos de él. Trató de comportarse como si nada hubiese sucedido y lo logró. Tenía el control y la indiferencia calmada del que ha padecido un sufrimiento. Le miró con sus azules ojos oscuros y casi drogados, halló esa chispa de consciencia en los ojos de él y le dominó. Y con su fina y alargada mano le puso el azúcar en el café.

Pero no supo controlarlo como creía que podría hacerlo. Él tenía un intenso recuerdo grabado en su mente, un nuevo conjunto de sensaciones funcionando en su conciencia. Algo nuevo se había alertado en su interior. En el fondo de su recelosa y resguardada mente escondió el secreto vivo y despierto. Ella estaba a su merced porque él no tenía escrúpulos, sus normas no eran las de ella.

Él la miró con curiosidad. No era guapa, tenía la nariz demasiado larga, la barbilla demasiado pequeña, el cuello demasiado delgado. Pero su piel era clara y fina, tenía una sensibilidad natural. Esta intensa y valiente cualidad la compartía con su padre. El chico de orfanato podía apreciarlo en sus afilados dedos, que eran blancos y los llevaba ensortijados. El mismo encanto que veía en el anciano lo vería ahora en la mujer. Y deseaba poseerlo, deseaba adiestrarse en él. Mientras vagaba por los patios de la alfarería, su mente trabajaba y maquinaba. Dominar esa extraña y suave delicadeza tal y como él la había sentido en su mano sobre su rostro, eso era lo que quería. Estaba maquinando en secreto. Miraba a Matilda cuando iba de un lado a otro, y ella se daba cuenta de esa especial atención, como una sombra que la siguiese. Pero su orgullo la hacía ignorarle. Cuando pasaba cerca de ella con las manos en los bolsillos, ella lo acogía con la misma ternura, que la dominaba más que

cualquier desprecio. Su educación superior parecía controlarle. Se imponía sentir hacia él exactamente lo mismo que siempre había sentido: era un joven que vivía con ellos en la casa, pero era un extraño. No osaba recordar su rostro bajo su mano. Cuando lo recordaba se desconcertaba. Su propia mano la había ofendido, desearía poder cortársela. Y deseaba enormemente arrancárselo a él de la memoria. Asumía lo que había hecho.

Un día, cuando estaba sentado con su «tío», Hadrian miró de frente al anciano y le dijo:

—No me gustaría vivir y morir aquí en Rawsley<sup>[79]</sup>.

—Bueno, no tienes por qué hacerlo —dijo el hombre enfermo.

—¿Usted cree que a prima Matilda le gusta?

—Yo diría que sí.

—No le pido mucho a la vida —dijo el joven—. ¿Cuántos años tiene ella más que yo, tío?

El hombre miró al joven soldado.

—Unos cuantos —dijo.

—¿Unos treinta? —dijo Hadrian.

—Bueno, no muchos más de treinta. Tiene treinta y dos.

Hadrian pensó unos instantes.

—No los aparenta —dijo.

De nuevo el enfermo le miró.

—¿Usted cree que le gustaría marcharse de aquí? —dijo Hadrian.

—No lo sé —replicó el padre impaciente.

Hadrian estaba sentado, tranquilo en sus propios pensamientos. Después, con una voz calmada y baja, como si estuviese hablando desde su interior, dijo:

—Me gustaría casarme con ella si a usted no le importa.

El hombre levantó los ojos de pronto y le miró fijamente. Le miró con detenimiento durante un rato. El joven miró inescrutable por la ventana.

—¡Tú! —exclamó el hombre burlándose con cierto desprecio.

Hadrian se volvió y buscó sus ojos. Entre los dos hombres existía un inexplicable entendimiento.

—Si usted no tiene nada en contra —dijo Hadrian.

—No —dijo el padre echándose hacia un lado—, no creo tener nada en

contra. Nunca lo había pensado. Pero Emmie es la más joven.

Se había sonrojado y de pronto parecía reanimado. Quería secretamente al muchacho.

—Podría preguntárselo usted —dijo Hadrian.

El hombre lo tuvo en cuenta.

—¿No sería mejor que se lo preguntases tú mismo? —repuso.

—Le haría más caso a usted —dijo Hadrian.

Se quedaron en silencio. Después entró Emmie.

Durante dos días estuvo el señor Rockley nervioso y meditabundo. Hadrian iba y venía callado, misterioso, ciego. Finalmente el padre y Matilda se quedaron solos. Era muy pronto por la mañana, el padre había tenido muchos dolores. Aunque el dolor le abatía, estaba echado y pensando.

—¡Matilda! —dijo de repente, mirando a su hija.

—Sí. Estoy aquí —dijo ella.

—¡Ah! Quiero que hagas algo.

Ella se levantó con anticipación.

—No. Siéntate. Quiero que te cases con Hadrian.

Ella creyó que estaba delirando. Se levantó, desconcertada y asustada.

—No. Quédate sentada, quédate sentada. Escucha lo que voy a decirte.

—Pero usted no sabe qué está diciendo, padre.

—¡Ah! Claro que lo sé. Te digo que quiero que te cases con Hadrian.

Estaba completamente anonadada. Él era un hombre de pocas palabras.

—Harás lo que te digo —dijo él.

Ella le miró con detenimiento.

—¿Quién le ha metido esa idea en la cabeza? —dijo con orgullo.

—Él.

Matilda miró a su padre casi con desprecio, herida en su orgullo.

—¿Por qué? Eso es un disparate.

—¿Por qué?

Ella le contempló despacio.

—¿Por qué me lo pide? —dijo—. Es muy desagradable.

—El muchacho es responsable —respondió irritado.

—Mejor debería decirle que se largue —dijo ella fríamente.

Él se volvió y miró por la ventana. Ella se sentó, sonrojada y rígida,

durante un largo rato. Finalmente el padre se volvió hacia ella con aspecto malévolo.

—Si no lo haces es que estás loca —dijo— y pagarás por esta locura, ¿entiendes?

De pronto un frío terror la atenazó. No podía dar crédito a sus sentidos. Estaba aterrada y anonadada. Miró a su padre con los ojos muy abiertos, creyendo que estaba delirando, o loco, o borracho. ¿Qué podía hacer?

—Te lo advierto —dijo—. Mañana mandaré llamar a Whittle. Si no lo haces, ninguna de las dos tendrá nada mío.

Whittle era el notario. Ella comprendió a su padre bastante bien: mandaría llamar al notario y haría un testamento dejándole toda su propiedad a Hadrian; ni a su hermana Emmie ni a ella les dejaría nada. Eso era demasiado. Se levantó y salió de la sala, subió a su dormitorio y se encerró allí.

No salió durante horas. Finalmente, más tarde por la noche, se confió a Emmie.

—El maldito demonio quiere el dinero —dijo Emmie—. No le importa mi padre.

El pensamiento de que Hadrian solo quería el dinero fue otro golpe para Matilda. No amaba al imposible joven pero tampoco le creía tan malévolo. Ahora él se estaba convirtiendo en algo odioso para su mente.

Al día siguiente Emmie tuvo una escena con su padre.

—Tú no querías decir lo que le dijiste ayer a Matilda, ¿no, padre? —preguntó con agresividad.

—Sí —replicó.

—¿Que vas a cambiar el testamento?

—Sí.

—No lo harás —dijo la hija enfadada.

Pero él la miró con una sonrisa malévola.

—¡Annie! —gritó—. ¡Annie!

Todavía tenía fuerzas para alzar la voz. La sirvienta llegó desde la cocina.

—Arréglate y ve a la oficina del señor Whittle y di que quiero ver al señor Whittle tan pronto como sea posible, y que se traiga un documento testamentario.



El hombre enfermo se recostó un poco; no podía estar tumbado del todo. La hija se sentó como si la hubiesen golpeado. Luego se fue de la alcoba.

Hadrian estaba entretenido trabajando en el jardín. Ella fue directa hacia él.

—¡Oye! —dijo—. Sería mejor que te marcharas. Es mejor que cojas todas tus cosas y te largues rápidamente de aquí.

Hadrian miró despacio a la ofendida chica.

—¿Quién ha dicho eso? —replicó él.

—Nosotros lo decimos; ya nos has hecho bastante daño.

—¿El tío dice eso?

—Sí. Así es.

—Iré y se lo preguntaré.

Pero Emmie, como una furia, se interpuso en su camino.

—No. No necesitas preguntarle nada de nada. No te queremos, por lo tanto ya puedes largarte.

—El tío es quien manda aquí.

—Un hombre que se está muriendo y tú te arrastras y maquinas para quedarte con su dinero. No mereces vivir.

—¡Oh! —dijo él—. ¿Quién dice que estoy maquinando para quedarme con su dinero?

—Yo lo digo. Pero mi padre se lo dijo a Matilda, y ella sabe ya qué eres. Sabe qué persigues. Ya puedes largarte, granuja.

Él le dio la espalda para poder pensar. Ya se le había ocurrido que creerían que perseguía el dinero. Y quería el dinero, desgraciadamente. Desgraciadamente quería el dinero para ser autónomo, no quería ser un empleado. Pero también sabía a su manera calculada y precisa que no era por el dinero por lo que quería a Matilda. Quería ambas cosas: a Matilda y el dinero. Pero se decía a sí mismo que ambos deseos eran dos cosas separadas. No eran una sola cosa. No podía tener a Matilda sin tener el dinero. Pero a ella no la quería por el dinero.

Cuando tuvo eso claro en su mente, buscó la oportunidad de decírselo, rondando y observando. Pero ella lo evitaba. Por la tarde llegó el notario. El señor Rockley tuvo un nuevo brote de fortaleza. Se elaboró un testamento, haciendo los acuerdos previos completamente condicionales. El antiguo

testamento tendría validez si Matilda consentía en casarse con Hadrian. Si no lo aceptaba, a los seis meses toda la propiedad pasaría a manos de Hadrian.

El señor Rockley le comunicó esto al joven con una satisfacción malévola. Parecía tener un extraño deseo, bastante poco razonable, de venganza hacia las mujeres que le habían rodeado durante tanto tiempo y le habían atendido con tanto esmero.

—Dígaselo a ella delante de mí —dijo Hadrian.

Entonces el señor Rockley mandó llamar a sus hijas.

Por fin llegaron, pálidas, enmudecidas y obstinadas. Matilda parecía haberse replegado, Emmie parecía un púgil dispuesto a pelear hasta la muerte. El enfermo se recostó en la cama con los ojos brillantes y las manos hinchadas y temblorosas. Pero su rostro tenía de nuevo aquella antigua y brillante elegancia. Hadrian estaba sentado a un lado en silencio: el indómito y peligroso chico de orfanato.

—Este es el testamento —dijo su padre, extendiéndoles el papel.

Las dos mujeres estaban sentadas mudas e inmóviles. No hicieron caso.

—O te casas con Hadrian o él se queda con todo —dijo el padre con satisfacción.

—Entonces que se quede con todo —dijo Matilda con frialdad.

—No, no —gritó Emmie con fiereza—. Él no se va a quedar con todo. El muy granuja.

Una sonrisa divertida asomó en el rostro del padre.

—Ya has oído, Hadrian —dijo él.

—Yo no quiero casarme con Matilda por el dinero —dijo Hadrian, sonrojado y rebulléndose en el asiento.

Matilda le miró despacio con sus ojos azul oscuro y como atontados. Le pareció un pequeño monstruo.

—¿Por qué lo has hecho, embustero? —dijo Emmie.

El hombre enfermo comenzó a reírse. Matilda continuaba mirando con extrañeza al joven.

—Ella sabe que no he hecho nada —dijo Hadrian.

Él también tenía coraje, como una rata tiene su indomable coraje. Hadrian poseía la cualidad del ingenio y la reserva subterránea de las ratas. Pero también tenía el coraje último, el más insaciable coraje de todos.

Emmie miró a su hermana.

—De acuerdo —dijo—. Matilda, no te preocupes. Deja que se quede con todo, nosotras sabemos cuidarnos.

—Sé que se quedará con todo —dijo Matilda abstraída.

Hadrian no respondió. Sabía que si Matilda rehusaba, él se quedaría con todo y se iría.

—Un machito inteligente —dijo Emmie con un gesto burlón.

El padre se reía interiormente. Pero estaba cansado...

—Ya está bien —dijo—. ¡Vamos, dejadme descansar!

Emmie se volvió y le miró.

—Te mereces lo que tienes —le dijo a su padre abruptamente.

—¡Vamos! —contestó él—. ¡Vamos!

Pasó otra noche, una enfermera cuidaba al señor Rockley. Llegó otro día. Hadrian estaba allí como siempre, con su jersey de lana y sus bastos pantalones caqui y su cuello descamisado. Matilda iba y venía, frágil y delicada, Emmie estaba taciturna. Todos estaban callados, porque no querían que la sirvienta se enterara de nada.

El señor Rockley tenía fuertes ataques de dolor y no podía respirar. El final estaba próximo. Todos iban y venían silenciosos y estoicos, inflexibles todos. Hadrian estaba pensativo. Si no se casaba con Matilda, se iría a Canadá con veinte mil libras. Era una posibilidad muy satisfactoria. Si Matilda consentía, se quedaría sin nada. Ella tendría su propio dinero.

Emmie era la que iba a actuar. Se fue en busca del abogado y lo llevó a la casa. Hubo una entrevista, y Whittle intentó que el joven se retirara, pero sin provecho. El cura y los parientes se sumaron al intento, pero Hadrian los contemplaba y no les prestaba atención. Sin embargo, se estaba enfadando.

Él quería sorprender a Matilda a solas. Pasaron varios días y no lo logró: ella le evitaba. Finalmente, espiando, un día la sorprendió cuando iba a recoger grosellas y le salió al paso. Abordó el tema de inmediato.

—¿Entonces no me quieres? —dijo con su voz profunda e insinuante.

—No quiero hablar contigo —dijo ella apartando el rostro.

—Tú mano me rozó, sin embargo —dijo—. No deberías haberlo hecho, y así yo no hubiese pensado jamás en eso. No deberías haberme acariciado.

—Si fueses decente, sabrías que solo fue un error y lo olvidarías —dijo

ella.

—Sé que fue un error, pero no lo olvidaré. Si despiertas a un hombre, después no puede volver a dormirse porque se lo ordenes.

—Si tuvieses cualquier sentido de la decencia, te habrías marchado —replicó.

—No quise —contestó él.

Ella miró a lo lejos. Finalmente preguntó:

—¿Por qué me persigues si no es por el dinero? Soy lo suficientemente mayor como para ser tu madre. En cierto modo, he sido tu madre.

—¿Eso importa? —dijo él—. Tú no has sido mi madre. Casémonos y vayámonos a Canadá, podrías hacerlo porque ya me has acariciado.

Estaba blanca y temblaba. De pronto enrojeció de cólera.

—Eso es indecente —dijo.

—¿Cómo? —replicó—. Fuiste tú la que me acarició.

Pero ella se retiró. Sentía como si la hubiera atrapado. Él estaba enfadado y deprimido, y también se sentía despreciado.

Aquella misma tarde ella fue a la alcoba de su padre.

—Sí —dijo de pronto—. Me casaré con él.

Su padre levantó la vista hacia ella. Tenía mucho dolor y estaba muy enfermo.

—Ahora te gusta, ¿no? —dijo con una débil sonrisa.

Ella le miró y vio la muerte muy cerca. Se dio la vuelta y con frialdad abandonó la habitación.

Mandaron llamar al notario e hicieron todos los preparativos muy deprisa. Durante todo ese tiempo Matilda no le dirigió la palabra a Hadrian y no le contestaba si él se dirigía a ella. Él se acercó a ella por la mañana.

—Entonces ¿aceptas? —dijo él lanzándole una mirada chispeante y cándida.

Ella le miró por encima del hombro y se dio la vuelta. Le había mirado por encima del hombro física y mentalmente. Aun así, él insistía y se sentía triunfante.

Emmie deliraba y lloraba: el secreto se había divulgado. Matilda seguía silenciosa e inmovilizada. Hadrian estaba callado y satisfecho, pero con algo de temor. Sin embargo, lucharía contra su temor. El señor Rockley estaba

muy enfermo pero incommovible.

Al tercer día tuvo lugar la boda. Matilda y Hadrian regresaron a casa desde el registro civil y se dirigieron a la alcoba del hombre moribundo. Su rostro se encendió con una chispeante y clara sonrisa.

—Hadrian, ¿la has conseguido? —dijo con voz quebrada.

—Sí —dijo Hadrian, que estaba blanco como el papel.

—¡Ay, muchacho, estoy contento de que seas mío! —replicó el moribundo. Después volvió sus ojos hacia Matilda—. Veamos qué pasa contigo, Matilda —dijo. Entonces su voz se volvió extraña e irreconocible—. Bésame —dijo.

Ella se inclinó y le besó. Jamás le había besado antes, no desde que era una niña pequeña. Estaba callada y rígida.

—Bésale a él —dijo el hombre.

Obediente, Matilda acercó los labios y besó a su joven esposo.

—¡Eso es! ¡Eso es! —murmuró el moribundo.

## JIMMY Y LA MUJER DESESPERADA<sup>[80]</sup>

—Él es muy bueno y fuerte, pero necesita una mujer juiciosa que le cuide.

Ese era el veredicto amistoso de las mujeres respecto a él. Le halagaba, le complacía, le mortificaba.

Habiéndose divorciado de una esposa encantadora e inteligente que había tenido esta opinión de él durante diez años, y finalmente cansado de este juicioso y protector juego, su valentía era fundamental.

—Me gustaría arrojar a Jimmy al mundo, pero sé que el pobrecito irá a caer en el regazo de cualquier mujer. Eso es lo peor de él. Si pudiera estar solo al menos diez minutos... Pero no puede. Al mismo tiempo, hay algo delicado en él, algo extraño.

Este había sido el resumen de Clarissa mientras flotaba en los brazos del joven rico americano. El joven rico americano se enfadaba cuando se mencionaba el nombre de Jimmy. Clarissa era ahora su esposa. Pero algunas veces hablaba como si todavía estuviese casada con Jimmy.

No en la consideración de Jimmy. El gusano había dado la vuelta. El descaro era fundamental. El descaro y la amargura. Él sabía lo que Clarissa pensaba —y decía— de él. Y eso de «muy bueno, un poco raro, algo fuerte» que se suponía que era él, era algo absolutamente ajeno respecto a sus propios sentimientos, eso de «el pobrecito» que se acurruca «en el regazo de cualquier mujer», eso que se suponía que era él.

Yo no soy —se dijo a sí mismo— un pobrecito acurrucado en el regazo de cualquier mujer. Si pudiese encontrar al menos a la mujer adecuada, ella se acurrucaría en mí.

Jimmy tenía ahora treinta y cinco años y este asunto, acurrucar o ser

acurrucado, era el quid de la cuestión, lo decisivo emocionalmente.

Se imaginaba a una mujer verdaderamente femenina para quien él fuese «bueno y fuerte», y no por un momento «el pobre hombrecito». ¿Por qué no alguna chica sencilla e inculta, alguna Tess de los D'Urbervilles, alguna nostálgica Gretchen, alguna humilde Ruth espigando una siega tardía?<sup>[81]</sup> ¿Por qué no? ¡Seguramente el mundo estaba lleno de ellas!

El problema era que nunca las encontraba. Solamente encontraba mujeres sofisticadas. Nunca había tenido la suerte de encontrar gente «verdadera». Muy pocos de nosotros la encuentran. Solamente la gente a la que no encontramos es la gente «verdadera», gente sencilla, genuina, directa, espontánea, espíritus sin contaminar. ¡Ah! ¡La gente sencilla, genuina, espíritus frescos que no encontramos! ¡Qué tragedia!

Pero por supuesto tienen que estar ahí. Solo que nosotros nunca nos cruzamos con ellos.

Jimmy estaba terriblemente incómodo con esta actitud. Le llevaba a estar en contacto con mucha gente. Solo que nunca era la gente correcta. Nunca la gente «verdadera»: la sencilla, genuina, fresca, etcétera, etcétera.

Era el editor de una revista especializada y prestigiosa<sup>[82]</sup>, con bastante éxito, y sus editoriales, bastante personales y muy cándidos, le proporcionaban un gran número, un enjambre, multitud de reconocimiento y admiración. Reconozcamos que era elegante, podía ser extraordinariamente «atractivo» cuando quería y realmente inteligente de un modo crítico, y veremos cuántas oportunidades tenía de ser adorado y protegido.

En primer lugar su buen físico: las delicadas y claras facciones de su rostro, como el de un fauno sonriente encajado en el de uno que no es alegre, que tiene sus momentos taciturnos. Las amplias y claras líneas de sus mejillas, la fuerte mandíbula y la nariz ligeramente arqueada, los preciosos ojos grises oscuros con largas pestañas, y las espesas cejas negras. Cuando se mofaba y parecía más él mismo, era el vivo retrato del dios griego Pan<sup>[83]</sup>, con las espesas cejas negras enmarcadas, y sus ojos grises con ese brillo de cabra irónica, y la boca y la nariz torcidas en la sátira. Un sátiro bien parecido y de piel suave. Así era Jimmy en sus mejores momentos. Según la opinión de sus amigos masculinos.

Según su propia opinión, era una especie de san Sebastián Mártir, a quien

el mundo perverso lanzó flecha tras flecha —sin Mater Dolorosa— y que contaba las gotas de sangre mientras caían, cuando podía contarlas. Algunas veces —como cuando Clarissa dijo que se marchaba con el joven rico americano, y que se divorciaba de Jimmy, ¿o fue Jimmy el que iba a divorciarse de ella?—, las flechas le acometían como un vuelo de estorninos lanzados contra él, picoteándole, y las gotas de sangre martirizada le salpicaban, no podía llevar la cuenta.

Naturalmente se divorció de Clarissa.

Según la opinión de sus amigos, era, o debería ser, consecuentemente, un fauno burlón, un sátiro, o una persona como el dios Pan. Según la opinión de sus amigas, era un fascinante hombrecillo con una profunda comprensión de la vida y una gran capacidad para comprender a una mujer y hacerla sentir una reina; lo cual era hacerla sentir su propio ser...

Podría, naturalmente, haber protagonizado matrimonios ricos y resonantes<sup>[84]</sup>, especialmente después del divorcio. No lo hizo. La razón era, secretamente, su resolución de no volver a hacer sentir a una mujer como si fuese una reina. Era el turno de las mujeres de hacerle sentir a él como si fuese un rey.

Alguna mujer nada consentida, nada sofisticada, primitiva, para quien él fuese una especie de Salomón de la sabiduría, la belleza y la riqueza. Ella tendría que estar en unas circunstancias parecidas para apreciar su riqueza, constituida por la noble suma de tres mil libras y una casita en el campo de Hampshire. Y para no ser sofisticada, debería ser una mujer del pueblo. Absolutamente. Y, al mismo tiempo, no de «una simplicidad vulgar y oscura».

Recibió muchas cartas, muchas muchas muchas, adjuntando poemas, historias, artículos o desahogos personales. Él lo leyó todo, como un solemne grajo picoteando y escarbando en la basura.

Y una, no una carta sino una corresponsal, habría de ser «ella»: La señora Emilia Pinnegar, que le escribía desde una ciudad minera en Yorkshire. Por supuesto estaba infelizmente casada.

Jimmy siempre había tenido curiosidad por esos pueblos mineros oscuros y bastante espantosos del norte. Él, de hecho, apenas había puesto los pies al norte de Oxford. Presentía que aquellos mineros de allí arriba tenían que ser



la materia real. Y Pinnegar era un nombre, ¡con aplomo! ¡Y Emilia!

Ella escribió un poema con una nota breve: si el editor de la revista *Commentator* pensaba que contenía versos sin valor, simplemente podía destruirlos. Jimmy, como editor de *Commentator*, pensó que los versos eran bastante buenos y admiró la brevedad de la nota. Pero no estaba seguro de editar el poema. La contestó: ¿tenía la señora Pinnegar algo que alegar?

Después siguió una correspondencia. Y finalmente, a petición, esta nota de la señora Pinnegar:

Me pregunta por mí. Pero ¿qué podría decir? Soy una mujer de treinta años, con una hija de ocho, y estoy casada con un hombre que vive conmigo en la misma casa pero que está con otra mujer. Intento escribir poesía, si eso es poesía, porque no tengo otro modo de expresarme, y aunque no le importe a nadie excepto a mí, siento que tengo que expresarme, al menos para salvarme de algún cáncer o de las enfermedades que padecen las mujeres. Fui maestra antes de casarme y obtuve el título en el Rotherham College. Si pudiera, volvería a la enseñanza y viviría sola. Pero las profesoras casadas ya no pueden volver a trabajar, no se les permite<sup>[85]</sup>.

## EL MINERO

*Por su esposa*

*La máquina de vapor está haciendo ruido  
y el traqueteo, el traqueteo de las bandejas del carbón  
baja hasta mí como el latido de su corazón.  
Y significa lo mismo que significa su respiración.*

*La colina ardiente de la mina con fumarolas  
inunda el aire como la presencia de ese hombre rubio.  
Y el fuego ardiente quemando cada vez más hondo  
es su deseo persistiendo desde el principio.*

*Cuando él respira la silla sube y baja  
al pozo; él desea con lujuria como las aspas del ventilador  
mueven el aire que absorbe: él vive en la mina  
bajo tierra: y su alma es una máquina extraña.*

*Este es el tipo de hombre que es.  
Me casé con él y debería saberlo.  
La madre tierra desde las entrañas del carbón  
le parió para el dolor elevado.*

Este era el poema del que el editor del *Commentator* dudaba. También pensaba que la señora Pinnegar no parecía del tipo rústico y no sofisticado. Había algo más que le atraía: algo desesperado en la mujer, algo trágico.

## EL SIGUIENTE ACONTECIMIENTO

*Si al atardecer, cuando llega el ocaso,  
me preguntas cómo ha sido el día,  
no lo sabré. Los tambores lejanos  
de un nuevo visitante se sitúan*

*entre mí y el día transcurrido.  
Un hombre extraño que lidera largas columnas  
de soldados invisibles a través del verde y triste  
crepúsculo de estos tugurios que humean.*

*Y mientras la oscuridad lentamente entumece  
mis sentidos, todo lo que he visto  
u oído a la luz del día se vuelve basura  
tras una pantalla opaca.*

*En su lugar, el sonido de tambores en sordina  
dentro de mí: tengo que apoyarme  
y escuchar cómo mis fuerzas sucumben,  
escuchar qué significa lo que viene.*

*Quizá el Dios de la Muerte golpeando sus dedos pulgares  
en los tambores con su mortal ra-ta-taplán.  
O un extraño que camina despacio según rasguea  
la tonada de una misteriosa esperanza en el Hombre.*

*¡Qué significa! El día que comenzó  
con polvo de carbón termina del mismo modo, con trozos  
de oscuridad como el carbón. Vivo si puedo;  
si no puedo, entonces le doy la bienvenida a lo que haya de venir.*

Este poema sonaba tan espléndidamente desesperado, que el editor de *Commentator* decidió editarlo y, además, visitar a la autora. Escribió: ¿le importaría verle, si por casualidad él estuviera cerca? Iba a dar una conferencia a Sheffield. Ella contestó que por supuesto.

Dio su conferencia por la tarde, sobre «Los hombres en los libros y los

hombres en la vida». Naturalmente, los hombres en los libros iba primero. Después cogió un tren que llegaba al pueblo minero donde vivía la señora Pinnegar.

Era febrero, y había horribles tramos de nieve. Estaba oscuro cuando llegó a Mill Valley<sup>[86]</sup>, un tipo de oscuridad espesa y túrgida llena de amenaza, donde los hombres hablaban con un misterioso acento y pasaban como fantasmas, arrastrando los pies pesados y emitiendo el extraño olor a submundo de la mina. Era extraño y un poco terrible.

Sabía que tenía que subir andando hacia la colina hasta el mercado de la plaza. Según iba, miraba hacia atrás y veía los valles negros con vetas de luz; le parecían como grupos de diablos. Y el olor demoníaco a azufre y a carbón en el aire, en la pesada oscuridad cargada y pegajosa.

Le mandaron hacia la calle New London, y bajando se dirigió hacia otra colina. Se le erizaba la piel. El lugar parecía misterioso y hostil, duro, como si el hierro y los minerales inflasen el aire negro. Gracias a Dios, no podía ver mucho ni ser visto. Cuando tenía que preguntar el camino, la gente le trataba de un modo agresivo.

Tras mucho caminar y preguntar agotadoramente, cogió una vereda entre árboles en el frío y fangoso barro del descongelado febrero. Las minas, aparentemente, estaban en los suburbios de la ciudad, en el campo hundido en el barro. Podía ver los fuegos rojos y dolorosos de la mina a través de los árboles y oler el azufre. Se sentía como un Ulises moderno viajando por los dominios de Hécate. Mucho más triste y horrible, un Odiseo moderno entre minas y fábricas, como las mismas sirenas, Escilas o Caribdis<sup>[87]</sup>.

Así reflexionaba mientras vadeaba el barro negro congelado por una vereda negra, bajo los árboles negros que gemían un acompañamiento al siseo ocasional de la mina de carbón, bajo el cielo negro que ocultaba incluso las chispas eléctricas de la mina. Y el lugar parecía deshabitado como una jungla negra y fría.

Por fin vio una luz tenue. Aparentemente eran viviendas. Sí, una nueva callecita, con una farola y las casas casi a oscuras. Hizo una pausa. Absoluto abandono. Después tres niños. Le indicaron la casa, y se tropezó con un callejón oscuro. Había luz en el patio interior. Llamó con cierto estrépito. Una mujer bastante alta, mirándole con un «¿quién es usted?», le observó

desde lo alto de la escalera.

—¿La señora Pinnegar?

—¡Oh, es usted, señor Frith! Entre.

Subió los escalones hasta la luz de la cocina. Allí estaba la señora Pinnegar, una mujer alta con el rostro como una máscara de ira, mirándole con frialdad. Inmediatamente él sintió su mezquindad y su pequeñez. En total confusión, alargó la mano.

—Me ha costado mucho llegar hasta aquí —dijo—. Me temo que me he hecho un lío con su casa. —Se miraba las botas.

—Está bien —dijo ella—. ¿Ha tomado el té?

—No, pero no se moleste.

Había una niña de pelo rubio con flequillo sobre la frente, unos ojos azules preocupados bajo el flequillo, y dos muñecas. Él se sintió mejor.

—¿Es esta su niña? —preguntó—. Es preciosa. ¿Cómo se llama?

—Jane.

—¿Cómo estás, Jane? —dijo él. Pero la niña tan solo le observaba con los ojos desconcertados, perplejos y afligidos de una niña que vive con unos padres hostiles.

La señora Pinnegar puso el té, pan, mantequilla, mermelada y bollos. Después se sentó frente a él. Era guapa, con las cejas oscuras y rectas, los ojos grises con motas amarillas en ellos, y una forma de mirar directa, como si estuviese acostumbrada a defenderse sola. Sus ojos eran lo mejor de ella. Tenían una cierta bondad, mezcladas, como las motas doradas en el gris, con una voluntad femenina despiadada e inquebrantable. La nariz y la boca eran rectas, como de máscara griega, y la expresión era decidida. Le dio la impresión de ser una mujer que ha cometido un error, que lo sabe, pero que no cambiará: alguien que no puede cambiar ahora. Se sintió muy incómodo. Siendo un hombre pequeño y confuso, ella le hacía consciente de su discreción física. Y no decía ni una palabra, tan solo le miraba mientras él tomaba el té, con esa mirada inmutable de una mujer que se defiende de los Hombres y del Destino. Mientras, desde la otra esquina de la cocina, la niña rubia con sus muñecas también le miraba en absoluto silencio con sus cálidos ojos azules. Él se retiró dentro de sí, empeñado en salvar la situación. Pensaba en aquellos «tambores lejanos» del poema de la mujer. Se preguntó

si había visto en él el tambor distante.

—Este parece un lugar horrible —le dijo a ella.

—Lo es. Es absolutamente horrible —dijo la mujer.

—Debería irse de aquí —le dijo.

Pero ella recibió esto con un silencio mortal.

Era muy difícil hacer algún progreso. Él le preguntó por el señor Pinnegar. Ella miró el reloj.

—Llega a las nueve —dijo.

—¿Está allá abajo en la mina?

—Si. Está en el turno de tarde.

Nunca se oía un ruido de la niña.

—¿Jane no habla nunca?

—No mucho —dijo la madre mirando alrededor.

Él habló un poco de sus conferencias, de Sheffield, de Londres. Pero ella no estaba realmente interesada. Estaba sentada allí bastante distante, muy lacónica, con unos curiosos ojos inquebrantables. Le miraba como una mujer que se ha tomado la revancha y permanece abandonada en los escollos donde ha hecho naufragar a su oponente. Aún implacable, inquebrantable y sin gran pesar, parecía bastante indecisa respecto a lo que había sido su revancha, respecto a lo que había pasado.

—Deberías irte de aquí —le dijo él.

—¿Adónde? —preguntó ella.

—¡Oh! —Él hizo un gesto ambiguo—. A cualquier parte con tal de que sea lejos.

Parecía pensárselo, bajo su portentosa frente.

—No sé cuál sería la diferencia —dijo ella. Luego, mirando hacia la niña —: No sé cuál sería la diferencia, excepto salir juntas del mundo. Pero hay que pensar en ella. —Y agitó la cabeza en dirección a la niña.

Jimmy se sintió definitivamente asustado. No estaba acostumbrado a este tipo de desafíos. Al mismo tiempo estaba emocionado. Esta mujer lacónica y guapa, con suave pelo moreno y ojos resueltos con manchas doradas, parecía estar desafiándole. Había un toque de desafío en su bondad moteada y dorada. En algún lugar, ella tenía un corazón. Pero ¿qué le había sucedido? ¿Y por qué? ¿Qué le había salido mal? De algún modo había tenido que ir

contra sí misma.

—¿Por qué no vienes a vivir conmigo? —dijo él, como el jugador que era.

Había una sonrisa excéntrica y misteriosa en su rostro. Él había tomado el desafío como un jugador. El auténtico sentido de un juego, en el que no podía perder encarnizadamente, le emocionó. Al mismo tiempo, estaba marcado por ella y pensaba ir más allá de esa cicatriz.

Ella se sentó y le miró con el ligero toque de una sonrisa inexorable en su bonita boca.

—¿Qué quiere decir, vivir contigo? —dijo ella.

—¡Oh! Quiere decir lo que normalmente quiere decir —dijo él con un pequeño soplo de risa tímida—. Evidentemente no eres feliz aquí. Obviamente tienes unas circunstancias adversas. Y está claro que no eres una mujer vulgar. Bien, entonces, rompe. Cuando digo ven a vivir conmigo, significa exactamente eso, lo que digo. Ven a Londres y vive conmigo, como mi esposa, si quieres, y si luego queremos casarnos cuando te divorcies, pues nos casamos.

Jimmy pronunció este discurso más para sí mismo que para la mujer. Así era él. Rumiaba las cosas en su interior, como si todo fuese un problema interno. Y mientras hacía esto, tenía un modo particular de cerrar el ojo izquierdo y agitar su cabeza relajadamente, como un hombre que se halla a sí mismo y vuelve sus ojos hacia dentro.

La mujer le miraba sorprendida. Eso era algo a lo que no estaba acostumbrada. Sus extraordinarios modos, y su extraordinaria y franca proposición, la sacaron de su tensa apatía.

—¡Bien! —dijo ella—. Es algo en que pensar... ¿Y ella? —Y de nuevo movió la cabeza hacia la niña de ojos redondos que estaba en la esquina. Jane estaba sentada sin expresión en el rostro, con su boquita roja un poco abierta. Parecía estar en una especie de trance: del mismo modo que un adulto, como si entendiese, pero como un niño, sentada en trance, inconsciente.

La madre se volvió con la silla y miró a su niña. La niña devolvió la mirada a la madre con sus cálidos, preocupados y casi culpables ojos azules. Y no se dijeron ni una palabra. Sin embargo, parecía que se intercambiaran mundos llenos de significado.

—Por supuesto —dijo Jimmy, torciendo de nuevo la cabeza—, ella vendría también.

La mujer lanzó una última mirada a su hija, después se volvió hacia él y comenzó a mirarle con esa mirada lenta y directa.

—No es... —comenzó él tartamudeando—. No es algo repentino y no meditado por mi parte. He estado considerándolo bastante tiempo, desde que tuve el primer poema y tu carta.

Todavía hablaba con los ojos hacia dentro, a sí mismo. Y la mujer le miraba impávida.

—¿Antes de haberme visto? —preguntó ella con misteriosa ironía.

—Por supuesto. Por supuesto antes de haberte visto. Incluso sin haberte visto nunca. Desde el primer momento tuve un sentimiento definitivo.

Él hacía gestos extraños, como un borracho, y hablaba como un borracho, con sus ojos vueltos hacia dentro, dirigiéndose a sí mismo. La mujer no era más que un fantasma moviéndose dentro de su consciencia, y allí era donde él le hablaba.

La mujer estaba sentada mirándolo con una especie de asombro. Esto era realmente nuevo para ella.

—Y ahora que me ves, ¿quieres realmente que viaje contigo a Londres?

Ella hablaba con un tono triste de incredulidad. La situación era un poco absurda para ella. Pero ¿por qué no? Tenía algo absurdo, sacarla a ella de la tumba en la que estaba.

—¡Claro que sí! —gritó él e hizo otro gesto brusco con la cabeza y con la mano—. Ahora, de hecho, te quiero, ahora que, de hecho, te veo. —No la miraba. Sus ojos estaban todavía vueltos hacia sí. Todavía se hablaba a sí mismo, en una especie de borrachera interior.

Para ella eso era algo extraordinario. Pero la sacó de la apatía.

Él comenzó a ser consciente de los cálidos ojos azules de la niña con mejillas rojas, que le miraban fijos desde la lejana esquina. Y lanzó una rara risita tonta.

—¡Porque es más de lo que yo podría esperar —dijo él—, tenerte a ti y a Jane viviendo conmigo! Porque eso significará la vida para mí —continuó con una curiosa y forzada voz, un ligero delirio. Y por primera vez miró hacia arriba a la mujer y, aparentemente, de forma directa. Pero, incluso

cuando parecía mirarla de forma sincera, había un aspecto curioso en sus ojos, tan solo se estaba mirando a sí mismo, dentro de él, miraba las sombras interiores de su propia consciencia.

—¿Y cuándo te gustaría que fuese? —preguntó ella con bastante frialdad.

—Pues tan pronto como fuera posible. Venid conmigo de vuelta mañana, si quieres. Tengo una casita en St. John's Wood<sup>[88]</sup>, esperándoos. Venid conmigo mañana. Es lo más sencillo.

Ella le miró de nuevo, mientras estaba sentado con la cabeza agachada. Parecía un borracho: borracho de sí mismo; se estaba quedando calvo en la coronilla, su pelo negro rizado era fino.

—No podría ir mañana, necesitaría unos días —dijo ella.

Quería verle la cara de nuevo. Era como si no pudiese recordar cómo era su rostro, ese hombre raro que había salido de ninguna parte, con una proposición tan extraña.

Él levantó la cara, sus ojos aún estaban sumergidos en esa mirada ciega e interior. Ahora parecía un Mefistófeles que se ha quedado ciego. Con sus cejas negras levantadas, y su suave y cremosa cara vuelta de manera extraña, parecía un Mefistófeles sin visión, Mefistófeles, Mefistófeles ciego y mendigando en la calle.

—Por supuesto, es maravilloso que esto me esté pasando a mí —dijo él con un énfasis afectado, abriendo los labios—. Yo estaba acabado, absolutamente acabado. Estaba acabado cuando Clarissa estaba conmigo. Pero después de que se fuera, estuve absolutamente acabado. Y pensaba que ya no habría ninguna oportunidad más para mí en el mundo. Me parece realmente maravilloso que me haya sucedido esto, que me haya cruzado contigo —levantó su rostro ligeramente— y con Jane. Jane, porque ella es demasiado buena para que sea cierto. —Lanzó una risita histérica—. Realmente lo es.

La mujer y Jane le miraban desconcertadas.

—Tendré que arreglar las cosas aquí con el señor Pinnegar —dijo ella bastante meditabunda—. ¿Quieres verle?

—¡Oh! —dijo él con un gesto de desaprobación—, me da igual. Pero si piensas que sería mejor, pues de acuerdo.

—Creo que sería mejor —dijo ella.



—Bien. Entonces lo haré. Le veré cuando quieras.

—Viene pronto, sobre las nueve —dijo ella.

—De acuerdo, le veré entonces. Mucho mejor. Pero supongo que sería mejor encontrar primero alojamiento para dormir. Mejor no dejarlo para muy tarde.

—Iré contigo a preguntar.

—No, mejor no, de verdad. Si me dices adónde debo ir...

Él había asumido un tono protector: la estaba protegiendo contra sí misma y contra el escándalo. Eran sus modales, sus modales de Oxford, más que cualquier otra cosa, eso iba más allá de ella. Ella no estaba acostumbrada.

Jimmy se sumergió en la oscuridad abismal de la noche nortea, sintiendo cuán horrible era, pero encajándose el sombrero en la frente con un gesto de profunda aventura. Y la iba a llevar a cabo.

En la panadería, donde ella le había sugerido que podría solicitar alojamiento para dormir, no tenían cama para él. No les gustó nada en absoluto. En el pub también negaban con la cabeza: no querían nada con él. Pero él dijo con una voz de Oxford más recriminatoria que nunca:

—Pero, veamos, no se le puede pedir a un hombre que duerma bajo uno de esos setos. ¿Puedo ver a la patrona?

Persuadió a la patrona para que le prometiese que le iba a dejar dormir en el sofá grande y cómodo del salón, donde ardía un buen fuego. Después, diciendo que regresaría a las diez, volvió a través del barro y la llovizna hasta New London Lane.

La niña ya estaba acostada, una olla estaba puesta al fuego. La expresión del rostro de la mujer se había suavizado.

Ella extendió un mantel en la mesa. Jimmy se sentó en silencio, presintiendo que ella era escasamente consciente de su presencia. Estaba absorta, no había duda, en la llegada del esposo. El extraño tan solo permanecía sentado y esperaba. Se sentía nervioso y tenso. Y una vez que se sentía realmente inquieto, podía llevar a cabo cualquier cosa.

Oyeron el pitido de las nueve en la mina. La mujer entonces retiró la olla del fuego y se fue a la despensa. Jimmy podía notar el olor de las patatas coladas. Todavía permanecía sentado. No había nada que él pudiera hacer o decir. Llevaba puestas unas gafas con moldura negra, y su rostro, mudo y sin

expresión en el suspense de la espera, parecía la máscara mortuoria de algún filósofo escéptico, que puede esperar a través de los años y que apenas puede distinguir la vida de la muerte.

Llegaron las pisadas fuertes a la entrada de la casa, y el hombre entró, como una bocanada de aire. El bigote rubio le sobresalía del rostro ennegrecido y con manchas, y sus feroces ojos azules resaltaban en el hueco ennegrecido por el carbón.

—Este es el señor Frith —dijo Emily Pinnegar.

Jimmy se puso en pie, con un gesto de Oxford, y le extendió la mano diciendo:

—¿Cómo está usted?

Tras las gafas, sus ojos grises tenían un brillo blanquecino y misterioso.

—No tengo las manos como para saludar —dijo el minero—. Siéntese.

—Oh, a nadie le importa la carbonilla —dijo Jimmy, hundiéndose en el sofá—. Es una suciedad limpia.

—Eso dicen —dijo Pinnegar.

Era un hombre de mediana estatura, delgado pero de constitución fuerte. La señora Pinnegar dejaba correr en un balde el agua caliente que salía del brillante grifo de latón de la hornilla, que tenía una caldera para equilibrar el horno. Pinnegar se dejó caer pesadamente en un sillón de madera, y se agachó para quitarse las pesadas botas grises de la mina. Olía al extraño y rancio subsuelo. En silencio se calzó las zapatillas, después se levantó y llevó las botas a la despensa, su esposa le seguía con el balde de agua caliente. Ella se dio la vuelta y extendió una toalla basta que estaba enrollada en la pantalla de acero. Se podía oír al hombre lavándose en la despensa, en la semioscuridad. Nadie decía nada. La señora Pinnegar atendía la cena del marido.

Después de un rato, Pinnegar entró corriendo, desnudo desde la cintura, y se agachó verticalmente frente al gran fuego rojo, sobre los talones. La cabeza y la cara y la parte frontal del cuerpo estaban mojadas. Tenía la espalda gris y sin lavar. Cogió la toalla de la pantalla y comenzó a frotarse el rostro y la cabeza con un tipo de vigor brutal mientras su esposa traía un recipiente y con un paño jabonoso silenciosamente le lavaba la espalda, del lomo hacia abajo, donde los pantalones estaban enrollados. El hombre se

había olvidado completamente del extraño —este lavado era parte del ritual minero y nadie existía en aquel momento—. La mujer, al lavar la espalda de su marido, inclinándose allí cuando él se arrodillaba con las rodillas separadas, agachándose sobre los talones en la alfombra de trapos, tenía un aspecto peculiar en su fuerte y bonito rostro, un aspecto siniestro e irónico. Se estaba burlando de algo o de alguien; pero Jimmy no podía descubrir de quién o de qué.

Era una experiencia nueva para él estar sentado completa y brutalmente excluido de un ritual personal. El minero se frotó vigorosamente el pelo corto rubio hasta que terminó, después se quedó mirando el fuego rojo y cálido, abstraído, mientras que calentaba sus mejillas. Después de nuevo se frotó el pecho y el cuerpo con la tosca toalla, brutalmente, como si fuese una máquina que estaba limpiando, mientras que su esposa, con un lento y peculiar movimiento, le secaba la espalda con otra toalla.

Ella retiró la toalla y la palangana. El hombre estaba seco. Todavía permanecía agachado con las manos apoyadas en las rodillas, mirando abstraídamente y en blanco al fuego. Eso, también, parecía formar parte del ritual cotidiano. El color le subió a las mejillas, y se frotó la punta del bigote rubio. Pero sus ojos azul caliente miraban cálidos y vagos las ascuas rojas, mientras que el brillo rojo del carbón se le reflejaba en el cuerpo y en el pecho desnudo. Los pantalones a rayas de franela gris topo, con vuelta, se ajustaban a sus caderas.

Era un hombre de unos treinta y cinco años, en la flor de la vida, con una piel suave y pura y sin grasa en el cuerpo. Los músculos no eran fuertes pero eran rápidos y llenos de energía. Y mientras estaba agachado bañándose distraído al resplandor del fuego, parecía como una máquina puramente moldeada que se duerme entre movimiento y movimiento con ojos incomprensibles de hierro azul oscuro.

Miró alrededor, siempre apartando el rostro del extraño del sofá, excluyéndole de la consciencia. La esposa sacó un fardo del aparador y lo depositó en la mano extendida y con marcas del trabajo del hombre que estaba junto al hogar. Curiosa, esa magullada, limpia, grande y callosa mano al final de un brazo delgado, suave y desnudo.

Pinnegar desenrolló su camisa y su camiseta frente al fuego, las calentó

un momento al resplandor, vaga, adormecidamente, y después se las puso. Y entonces, finalmente, se levantó con la camisa por encima de los pantalones, y del mismo modo abstracta y adormecidamente, excluyendo el mundo de su consciencia, salió de nuevo a la despensa, deteniéndose en el mismo aparador para sacar unos pantalones de diario.

La señora Pinnegar se llevó las toallas y le puso la cena en la mesa: un rico guiso encebollado servido de una cazuela marrón y silbante, patatas hervidas y una taza de té. El hombre volvió de la despensa, con su camisa de franela limpia y pantalones negros, el pelo rubio muy bien peinado. Acercó la silla de madera al lado de la mesa y se sentó, dejándose caer, a cenar.

Después miró a Jimmy, como un hombre cauto y hostil mira a otro.

—Usted es forastero por aquí, supongo —dijo. Había algo ligeramente formal, incluso un poco pomposo en su forma de hablar.

—Un completo forastero —replicó Jimmy con una ligera mueca.

El hombre se puso un poco de mostaza en el plato y miró la comida para ver si le gustaba.

—Viene de lejos, ¿no? —preguntó cuando comenzó a comer. Mientras comía parecía volver a olvidarse de Jimmy; inclinaba la cabeza sobre el plato y comía. Pero probablemente estaba rumiando algo todo el tiempo, con una bárbara cautela.

—De Londres —dijo Jimmy, con precaución.

—¡Londres! —dijo Pinnegar sin levantar la vista del plato.

La señora Pinnegar llegó y se sentó, con un silencio ritual, en una mecedora de respaldo alto bajo la luz.

—¿Qué le trae por aquí? —preguntó Pinnegar removiéndolo el té.

—¡Oh! —Jimmy se agitó un poco en el sofá—. He venido a ver a la señora Pinnegar.

El minero dio un brusco sorbo al té.

—Entonces se conocen, ¿no? —dijo él, todavía sin mirar. Estaba sentado al lado de Jimmy.

—Sí, ahora sí —explicó Jimmy—. No conocía a la señora Pinnegar hasta esta tarde. De hecho, me envió algunos poemas para *Commentator*... Soy el director y pensé que eran buenos, la escribí y se lo dije. Después quise venir a verla, a ella le apetecía, y por eso he venido.

El hombre alargó la mano, cortó un trozo de pan y se tragó un pedazo grande.

—¿Usted pensó que su poesía era buena? —dijo, volviéndose finalmente hacia Jimmy y mirándole de frente, con una mirada como la de un niño pero agresiva—. ¿Lo va a poner en su revista?

—Sí, creo que sí —dijo Jimmy.

—Nunca leo, salvo uno de sus poemas, algo acerca de un minero que ella conocía bien, porque se había casado con uno —dijo él con su peculiar voz severa, que tenía un cierto sonido sarcástico, un cierto tono indómito.

Jimmy permaneció en silencio. La voz áspera y belicosa del otro hombre le acobardó.

—Yo mismo no aguanto *Commentator* —dijo Pinnegar, buscando con los ojos el pudín, y retirando su plato—. Me parece dar rodeos para no ir a ninguna parte.

—Bien, probablemente sea así —dijo Jimmy, moviéndose un poco—. ¡Pero con tal de que el camino sea interesante! No creo que nadie vaya a ningún sitio actualmente; me refiero a las revistas.

—No sé —dijo Pinnegar—. Hay algunas noticias en *Liberator*, y algunas ideas en *Janus*<sup>[89]</sup>. Yo no le saco provecho a todas esas opiniones que tiene la gente. No te llevan a ninguna parte.

—Pero —dijo Jimmy con cierta sonrisa— ¿y a qué parte quiere llegar? Está bien hablar de llegar a alguna parte, pero ¿adónde? ¿Adónde en el mundo de hoy quiere llegar? En general, quiero decir. Si quiere tener mejor trabajo en la mina, de acuerdo, adelante, consígalo. Pero si hablamos de llegar a alguna parte en la vida, pues tiene que saber de qué está hablando.

Jimmy estaba algo irritado con la puerilidad del hombre y su peligrosa abstracción.

—Yo soy un hombre, ¿no? —dijo el minero, poniéndose tenso y firme.

—Pero ¿qué quiere decir con eso de ser un hombre? —gruñó Jimmy, realmente exasperado—. ¿Qué quiere decir? Sí, es un hombre, ¿y qué?

—¿No puedo decir que no le saco provecho? —dijo el minero despacio, brusco y firme.

—Tiene derecho a decirlo —replicó Jimmy con una sonrisa—. Pero no significa nada. Todos sacamos provecho desde el rey Jorge<sup>[90]</sup> en adelante.

Tenemos que hacerlo. Cuando te comes el pudín te aprovechas de cientos de personas, incluyendo tu esposa.

—Lo sé, lo sé. Sin embargo, no importa. De mí no van a aprovecharse.

Jimmy se encogió de hombros.

—De acuerdo. Era una frase como cualquier otra.

El minero se sentó rígido en su silla, su rostro se endurecía y se distanciaba. Estaba pensando, evidentemente, en algo que le pinchaba como una púa en su consciencia, algo que estaba deseando endurecer, como la piel alguna vez se endurece alrededor de una astilla de metal clavada en la carne.

—No van a aprovecharse de mí —dijo ahora hablando con dureza y concluyentemente para sí mismo y mirando al espacio—. Allí abajo en la mina se aprovechan de mí y me pagan un sueldo. En casa se aprovechan de mí y mi esposa me pone la comida en la mesa como si fuese un cliente en una tienda.

—Pero ¿qué espera? —gritó Jimmy, retorciéndose en la silla.

—¿Yo? ¿Que qué espero yo? No espero nada. Pero yo le digo —él se volvió y miró a los ojos de Jimmy de frente y con dureza— que no voy a aguantar nada.

Jimmy vio la dura finalidad en los ojos del otro hombre, y se avergonzó.

—Si sabe qué es lo que no va a aguantar... —dijo.

—¡No quiero que mi esposa escriba poesía! Y que se la mande a una serie de hombres a los que no ha visto. No quiero que mi esposa esté sentada como la reina Boadicea<sup>[91]</sup> cuando yo llego a casa, y con la cara como un muro de piedra con agujeros. No sé qué pasa. Ni siquiera ella lo sabe. Pero hace lo que quiere. Solamente te señala, y yo hago lo mismo.

—¡Por supuesto! —gritó Jimmy, aunque no había ningún supuesto.

—¿Le ha dicho que tengo otra mujer?

—Sí.

—Y le voy a decir por qué. Si yo cedo ante la cara con carbón, y bajo a la mina cada día para ocho horas de esclavitud, más o menos, alguien tiene que condescender conmigo.

—Entonces —dijo Jimmy tras una pausa—, quiere decir que quiere que su esposa se someta a usted; bueno, ese es el problema. Se tiene que casar con una mujer que se someta.

Era sorprendente esto de Jimmy. Estaba sentado allí y le daba un sermón al minero como un padre puritano, olvidando completamente la emoción desintegradora de Clarissa en su propio entorno.

—Quiero una esposa que me complazca, que desee complacerme —dijo el minero.

—¿Por qué deberías ser complacido más que cualquier otro? —preguntó la esposa con frialdad.

—Mi hija, mi hijita desearía complacerme, si su madre se lo permitiera. Pero las mujeres se mantienen unidas. Se lo digo —y aquí se volvió hacia Jimmy con un brillo en sus ojos azul oscuro—, quiero una mujer para complacerme, una mujer que esté deseosa de complacerme. Y si no puedo encontrarla en mi casa, la buscaré fuera.

—Espero que ella te complazca —dijo la esposa meciéndose ligeramente.

—Lo hace —dijo el hombre.

—Entonces ¿por qué no te vas y vivís juntos? —dijo ella.

Él se volvió y la miró.

—¿Por qué? —dijo—. Porque tengo mi casa. Tengo mi casa, tengo a mi esposa, sea como sea, como mujer con quien vivir. Y tengo a mi hija. ¿Por qué voy a destrozarlo todo?

—¿Y yo qué? —preguntó ella, fría y fieramente.

—¿Tú? Tú tienes tu casa. Tienes una hija. Tienes un hombre que trabaja para ti. Tienes todo lo que quieres. Haces lo que quieres.

—¿Sí? —preguntó ella con un sarcasmo intolerable.

—Sí. Aparte de un poco de trabajo en la casa, haces lo que quieres. Si quieres irte te vas. Pero mientras vivas en mi casa, tienes que respetarla. No traer hombres aquí, claro.

—Y tú, ¿respetas tu casa? —dijo ella.

—Sí. Lo hago. Si tengo otra mujer que me complazca no te privo a ti de nada. Lo único que te pido es que cumplas con tu deber como ama de casa.

—¡Agachándome a lavarte la espalda! —dijo ella con pesado sarcasmo; y un poco vulgar, pensó Jimmy.

—¡Agachándote a lavarme la espalda porque tiene que ser lavada! —dijo él.

—¿Qué hay acerca de la otra? Que te lo haga ella.

—Esta es mi casa.

La esposa hizo un movimiento extraño, como una loca. Jimmy estaba sentado, pálido y asustado. Tras la quietud del minero él podía sentir la concentración de una ira fría y una voluntad inalterable. En el rostro enjuto del hombre podía apreciar los huesos, la fijeza de los huesos masculinos, y era como si el alma humana, o el espíritu, se hubiese adentrado en el cráneo y el esqueleto, casi invulnerables.

Jimmy, por alguna razón, sentía una ira salvaje contra ese hombre huesudo y lógico. Era la frialdad dura, la estabilidad, lo que no podía soportar.

—¡Mire! —le gritó, con una voz con ecos de Oxford, sus ojos brillando airadamente y lanzando una mirada hacia dentro tras sus gafas—. Dice que la señora Pinnegar es libre, libre de hacer lo que quiera. En ese caso, no tendrá inconveniente si se viene conmigo lejos de aquí.

El minero miró el rostro extraño y pálido del editor, asombrado. Jimmy mantenía su rostro apartado ligeramente, y ciego, sin ver a nadie. Había una inclinación mefistofélica en sus cejas, y una rectitud de san Sebastián Mártir en su boca.

—¿Ella quiere? —preguntó Pinnegar con incredulidad devastadora. La esposa sonrió levemente, con desagrado. Podía ver la vanidad de su marido en la completa incapacidad para creer que ella podía preferir a otro hombre que no fuese él.

—Eso —dijo Jimmy— tiene que preguntárselo usted mismo. Pero para eso es para lo que he venido: a pedirle que se venga a vivir conmigo, y que se traiga a la niña.

—¿Ha venido, sin haberla visto antes, a pedirle eso? —dijo el marido con creciente asombro.

—Sí —dijo Jimmy, vehementemente, moviendo la cabeza con énfasis de borracho—. ¡Sí! ¡Sin haberla visto antes!

—Esta vez has pescado un pez raro con tu poesía —dijo él volviéndose hacia su esposa con una curiosa familiaridad marital. Ella odiaba esta brusca familiaridad.

—¿Qué tipo de pez has pescado tú? —replicó ella—. ¿Y con qué la pescaste?



—¡Con el tirachinas! —dijo él con una ligera sonrisa burlona.

Jimmy estaba sentado en suspense. Los tres estuvieron sentados en suspense durante un rato.

—¿Y qué le dices a él? —dijo el minero, finalmente.

Jimmy levantó la vista, y la media sonrisa malévola en su rostro le hizo parecer más guapo, una mezcla de fauno y Mefisto. Miró con curiosidad, incitante, a la mujer que le miraba desde lejos.

—Le digo que sí —replicó ella con voz fría.

El marido se quedó completamente inmóvil, sentado erguido en la silla de madera y mirando al espacio. Era como si estuviese observando fijamente algo que volase fuera de él, fuera de su propio espíritu. Pero no iba a dejarse vencer, en absoluto, por cualquier emoción.

No podía creer que aquella mujer quisiese vivir con él. Sin embargo, sí quería.

—Estoy seguro de que es lo mejor para todos —dijo Jimmy con su voz de padre puritano—. A usted no le importa, realmente —continuó arrastrando las palabras—, si se lleva a la niña. Le doy mi palabra de que les daré lo mejor.

El minero le miró como si estuviese muy lejos. Jimmy tembló ante su mirada. Podía ver cómo el otro hombre estaba matando la emoción implacablemente, desnudándose de su propia carne, desnudando el hueso duro y sin emociones del género masculino.

—Le doy carta blanca —dijo Pinnegar, con labios adormecidos—. Que haga lo que quiera.

—Mucho es para ser amor paternal, comparado con el egoísmo —dijo ella.

Él se volvió y la miró con ese poder extraño de ira remota. Y de pronto ella se quedó inmóvil, sofocada.

—Por lo que a mí respecta, te doy carta blanca —repitió abstraído.

—¡Desde luego es carta blanca! —dijo ella con su primer toque de amargura.

Jimmy miró el reloj. Se estaba haciendo tarde: en el pub le podían dejar en la calle. Se levantó para marcharse, diciendo que volvería por la mañana. Se iba al día siguiente, al mediodía, a Londres.

Se sumergió en la oscuridad y en el barro de ese campo negro, atormentado y nocturno. Llevaba una extraña euforia en el espíritu, con una mezcla de temor. Pero por entonces siempre necesitaba un elemento de temor para ponerse eufórico. Pensó con terror en esos seres humanos abandonados en esa casa, juntos. ¡El estado amenazante de tensión! Él mismo no podía soportar una tensión extrema. Él siempre tenía que comprometerse, ser condescendiente y conmovedor. Así se las arreglaría con la señora Pinnegar. ¡Emily! Se tenía que acostumbrar a nombrarla. ¡Emily! Emilia era absurdo. Nunca había conocido a una Emily.

Realmente se sentía asustado y eufórico. Estaba haciendo algo grande. No es que estuviese enamorado de esa mujer. Pero, por Dios, quería apartarla de ese hombre. Y quería la aventura con ella. Absolutamente la aventura con ella. Se sentía realmente contento, realmente él mismo, realmente masculino.

Pero por la mañana volvió a la casa del minero bastante apocado. Era otro día lluvioso y oscuro, con los árboles negros, la calle negra, los setos negros, las casas de ladrillos negruzcos, y el olor y los ruidos de los mineros bajo un día sin cielo. Como vivir en un extraño subterráneo.

De mala gana subió esa entrada de nuevo, y llamó a la puerta trasera, echando una ojeada al pobre jardincito con sus tallos de coliflor y sus feos utensilios.

La niña le abrió la puerta: con su pelo rubio, las mejillas sonrojadas, y los ojos cálidos y azules.

—¡Hola, Jane! —dijo.

La madre estaba de pie, alta y robusta, al lado de la mesa, mirándole con poderosos ojos cuando entró. Era guapa pero no tenía buena piel: como si la batalla le hubiese perjudicado la salud. Jimmy la miró sonriendo con su sonrisa lenta y halagadora, que siempre llevaba un rayo de triunfo al espíritu de la mujer. Y cuando vio sus ojos moteados y dorados escarbando en sus ojos, sin un ápice de bondad, pensó para sí: Dios mío, ¡cómo voy a dormir con esa mujer! Sin embargo, su voluntad estaba preparada y se las arreglaría de algún modo.

Y cuando miró la cabeza huesuda y quieta y la figura inclinada del minero sentado en su silla de madera al lado del fuego, se sintió aún más preparado. Tenía que triunfar sobre ese hombre.

—¿En qué tren te vas? —preguntó la señora Pinnegar.

—En el de las doce treinta. —Él la miró mientras hablaba, con los amplios ojos brillantes, infantiles y casi evasivos que eran su peculiar atractivo. Ella le miró con asombro interesado. Estaba casi fascinada por sus ojos gris oscuro, brillantes, infantiles y atractivos, con las pestañas largas: un cambio absoluto respecto a ese resentimiento implacable que encontraba siempre como respuesta en los ojos azules de su marido. Su marido siempre le parecía una amenaza, en su esbeltez, su concentración, su eterna rigidez. Y este hombre la miraba con los ojos brillantes, grandes y fascinantes de joven gato persa, algo al mismo tiempo atrevido y tímido y evasivo y extrañamente incitante. Ella se sintió inmediatamente bajo su hechizo.

—Comerás antes de salir —dijo ella.

—¡No! —gritó él con pánico, no quería comer frente al otro hombre—. No, he tomado un desayuno abundante. Tomaré un sándwich cuando cambie en Sheffield, de veras.

Ella tenía que ir a hacer la compra. Le dijo que le acompañaría a la estación cuando volviera. Sería después de las once.

—Oiga, escuche —dijo, dirigiéndose al hombre abstraído y delgado que estaba sentado desapercibido, con el periódico—. Tenemos que dejar esto arreglado. Quiero que la señora Pinnegar y la niña vengan a vivir conmigo. Y se van a venir. ¿No cree que sería mejor que se viniesen hoy mismo conmigo? Es solo poner algunas cosas en la maleta y salir. ¿Por qué alargar esto?

—Ya le he dicho —replicó el marido— que ella tiene carta blanca para hacer lo que quiera.

—Entonces, de acuerdo. ¿No quieres hacerlo? ¿No te vienes ahora conmigo? —dijo Jimmy mirándola expuesto, pero lanzando sus ojos hacia dentro. Arrojándose con un impulso deliberado a su merced.

—¡No puedo! —gritó ella con decisión—. No puedo irme hoy.

—Pero ¿por qué no? ¿Por qué no, si estoy aquí? Tienes carta blanca, puedes hacer lo que quieras.

—Esa carta blanca no me llevará lejos —dijo ella con rudeza—; no puedo irme hoy de cualquier modo.

—¿Cuándo puedes, entonces? —dijo él con esa petulante y rara súplica

—. Cuanto antes mejor.

—Puedo el lunes —dijo ella bruscamente.

—¡El lunes! —Él la miró con una especie de pánico a través de las gafas. Después volvió a apretar los dientes y movió la cabeza arriba y abajo—. ¡De acuerdo, entonces! Hoy es sábado. El lunes, entonces.

—Si me perdonáis —dijo ella—, tengo que salir por unas cuantas cosas. Iré contigo a la estación cuando vuelva.

Puso a Jane un abrigo azul claro y un gorro, ella se puso un pesado abrigo y un sombrero negros y salió.

Jimmy se sentó muy incómodo frente al minero, que también llevaba gafas para leer. Pinnegar bajó el periódico y se quitó las gafas de la nariz para decir algo sobre el gobierno laborista<sup>[92]</sup>.

—Sí —dijo Jimmy—. Después de todo es mejor ser lógicos. Si se es demócrata, la única cosa lógica es un gobierno laborista. Aunque, personalmente, para mí, un gobierno es tan bueno como otro.

—¡Tal vez! —dijo el minero—. Pero todo se acaba tarde o temprano.

—¡Oh, claro! —dijo Jimmy, y se callaron.

—¿Ha estado casado antes? —le preguntó Pinnegar finalmente.

—Sí. Estamos divorciados.

—Supongo que quiere que me divorcie de mi esposa —dijo el minero.

—Pues... sí. Sería mejor.

—A mí me da igual —dijo Pinnegar—, divorcio o no divorcio. Me iré a vivir con la otra mujer, pero no volveré a casarme. Es suficiente con una vez. Pero si ella quiere el divorcio, puede pedirlo.

—Ciertamente sería mejor —dijo Jimmy.

Hubo una larga pausa. Jimmy deseaba que la mujer regresara.

—Le considero un instrumento —dijo el minero—. Algo tenía que romperlo. Usted es el instrumento que lo rompe.

Era extraño estar sentado en la habitación con aquel hombre delgado, remoto y obstinado. Jimmy estaba algo fascinado por él. Pero al mismo tiempo le odiaba porque no podía estar en la misma habitación con él sin estar bajo su hechizo. Se sentía dominado. Y le odiaba.

—Mi esposa —dijo Pinnegar mirando a Jimmy con un gesto peculiar, casi humorístico y burlón— espera que yo me pierda cuando ella me

abandone. Es su última esperanza.

Jimmy meneó la cabeza y se calló sin saber qué decir. El otro hombre todavía permanecía sentado en la silla, como una suerte de prisionero infinitamente paciente, mirando por la ventana y esperando.

—Ella cree —continuó— que hay un maravilloso futuro esperándola en alguna parte y que usted le va a abrir la puerta.

Y de nuevo la misma mueca divertida apareció en sus ojos. Y de nuevo Jimmy se sintió fascinado por el hombre. Y de nuevo odió el hechizo de esta fascinación. Porque Jimmy quería ser, en su propia mente, el hombre más fuerte entre los hombres, pero particularmente entre las mujeres. Y este delgado y peculiar hombre podía dominarle. Lo sabía. El puro silencio inconsciente de Pinnegar dominaba la habitación dondequiera que estuviera. Jimmy odiaba esto.

Finalmente la señora Pinnegar volvió, y Jimmy salió con ella. Le dio la mano al minero.

—Adiós —dijo él.

—Adiós —dijo Pinnegar, mirándole con esos divertidos ojos azules, tras los cuales Jimmy sabía que no podría nunca mirar.

Y el camino a la estación fue casi un paseo de conspiración contra el hombre que se había quedado atrás, entre el hombre de gafas y la alta mujer. Ellos arreglaron los detalles para el lunes. Emily llegaría en el tren a las nueve: Jimmy la recogería en Marylebone y la instalaría en su casa en St. John's Wood. Posteriormente, con la niña, iniciarían una nueva vida. Pinnegar se divorciaría de su esposa o ella se divorciaría de él: y después, otro matrimonio.

Durante el viaje a casa Jimmy le encontró gusto a todo eso. Sentía que había hecho algo realmente desesperado y venturoso. Pero estaba demasiado agitado como para analizar los resultados. Tan solo cuando se iba acercando a Londres, tuvo la sensación de que todo se acababa. Estaba desesperadamente cansado después de todo, casi demasiado cansado como para levantarse. Sin embargo, salió tras la cena y le expuso todo a Severn.

—Estás loco —dijo Severn, consternado—. ¿Por qué lo hiciste?

—Bien —dijo Jimmy—. Porque quise.

—¡Dios mío! La mujer parece la cabeza de la Medusa. ¡Eres un héroe con

estómago, debo decir! ¿Recuerdas a Clarissa?

—¡Oh! —se angustió Jimmy—. Pero esto es diferente.

—Ah, claro, su nombre es Emma o algo así, ¿no?

—¡Emily! —dijo Jimmy brevemente.

—De cualquier modo estás loco, puedes seguir representando un papel. No tengo duda, haciendo de sauce llorón, sobrevivirás a todas las tormentas femeninas que te prepares a ti mismo. Todavía no he visto un sauce llorón destruido por un vendaval, así que sigue colgando en él tu cítara y estarás bien<sup>[93]</sup>. ¡Buena suerte! Pero para un hombre que buscaba una pequeña Gretchen que lo adorara, eres un tipo formidable.

Esto era todo lo que Severn tenía que decir. Pero Jimmy se fue a casa con las piernas temblando. El domingo por la mañana escribió una carta preocupada. No sabía cómo empezar: «Querida señora Pinnegar» y «Querida Emily» parecían demasiado distantes o demasiado atrevidos respectivamente. Por eso se lanzó sin ningún tipo de «querida».

Quiero que tengas esto antes de venir. Quizá nos hemos precipitado. Tan solo te ruego que decidas finalmente por ti misma antes de venir. No vengas, por favor, a menos que estés absolutamente segura. Si estás mínimamente insegura, espera un poco, hasta que lo tengas claro, de un modo u otro. Por mi parte, si no vienes lo entenderé. Pero, por favor, envíame un telegrama. Si vienes, seréis bien recibidas tú y la niña.

Tuyo siempre,

J. F.

Pagó a un hombre el billete de ida y vuelta y tres libras extra, para ir el domingo y entregar esa carta. El hombre regresó por la tarde. Había entregado la carta. No había respuesta.

¡Horrible la noche del domingo; tensa la mañana del lunes!

Un telegrama: «Llego a Marylebone a las 12.50 con Jane. Tuya siempre. Emily».

Jimmy apretó los dientes y se fue a la estación. Pero cuando sintió la mirada de ella en él, y encontró sus ojos, y tras verla venir despacio por el andén, sujetando a su niña de la mano, sus lentos ojos de gato ardiendo bajo las cejas rectas, ardiendo en él, casi se desmayó. Una sonrisa forzada le sobrevino según le daba la mano. Sin embargo dijo:

—Estoy terriblemente contento de que hayas venido.

Y según se sentaba en el taxi, un perverso e intenso deseo por ella le inundó, dejándole casi indefenso. Podía sentir, muy fuertemente, la presencia del otro hombre en ella, y esto penetraba en su cabeza como espíritu puro. ¡El otro hombre! De algún modo sutil e inexplicable, él estaba corporalmente presente, el marido. La mujer se movió en su aura. Ella estaba inevitablemente casada con él.

Y esto fue directo a la cabeza de Jimmy como whisky puro. ¿Cuál de los dos caería ante él con una caída más grande, la mujer, o aquel hombre, su marido?

## LA FRONTERA<sup>[94]</sup>

Katharine Farquhar era una guapa mujer de cuarenta años, ya no delgada pero atractiva en su suave y plena femineidad. Los maleteros franceses corrían a su alrededor, disfrutando de un voluptuoso placer solo por cargar con su equipaje. Y ella les daba unas propinas ridículamente altas, porque, en primer lugar, siempre había ignorado el auténtico valor del dinero y, además, porque tenía un miedo morboso de darle a nadie menos propina de la merecida, y especialmente a un hombre que estaba ansioso por servirla.

En realidad a ella le resultaba cómico ver cómo estos franceses —todos los franceses— corrían ansiosamente a su alrededor, llamándola *madame*. ¡Su voluptuosa obsequiosidad! Porque, después de todo, ella era una *boche*<sup>[95]</sup>. Quince años de matrimonio con un inglés —o, mejor dicho, con dos ingleses— no la habían alterado racialmente<sup>[96]</sup>. Era hija de un barón alemán, y seguía siéndolo mental y físicamente, a pesar de que Inglaterra se había convertido en su hogar. Y sin duda parecía alemana, con su fresca complexión y su fuerte y robusta figura. Pero, como la mayoría de las personas, era el resultado de una mezcla: llevaba en las venas sangre rusa, y también francesa. Y había vivido en un país y en otro, de modo que ahora su entorno le resultaba algo indiferente. Así que tal vez podría excusar a los parisinos por correr tan ansiosamente a su alrededor, y por obtener un placer tan voluptuoso al llamarle un taxi, o cederle el asiento en el autobús, o cargar con sus maletas o sostener la carta de un restaurante ante sus ojos. Así y todo, le divertía. Y tenía que confesar que estos parisinos le gustaban. Tenían su propia y especial virilidad, aun cuando no fuese la misma que la inglesa, y si una mujer les resultaba agradable, mullida de carnes y con aspecto indefenso, eran ardientes y generosos. Katharine comprendía muy bien que los franceses



fueran groseros con las mujeres inglesas o norteamericanas, que parecían duras, secas, autosuficientes. Ella simpatizaba con el punto de vista de los franceses: una capacidad demasiado evidente de bastarse a sí misma es un rasgo desagradable en una mujer.

En la Gare de l'Est, por supuesto, se esperaba que todo el mundo fuese *boche*, y entre los maleteros era casi una convención asumir una cierta superioridad infantil. Así y todo, se creó la misma voluptuosa agitación por acompañar a Katharine Farquhar hasta su asiento en el coche de primera clase. *Madame* viajaba sola.

Iba a Alemania vía Estrasburgo y se encontraría con su hermana en Baden-Baden. Philip, su marido, estaba en Alemania, recogiendo algún tipo de noticia para su periódico. A Katharine la atemorizaban un poco los periódicos, y la clase de «evidencia» que se extrae de cualquier parte para alimentarlos. No obstante, Philip era un hombre inteligente; un hombre de cierta importancia en el mundo.

Ella se había percatado de que su propio mundo consistía casi enteramente en personas de cierta importancia. Se hallaba fuera de la esfera de aquellos que no eran nadie, y siempre había sido así. Y los que eran Alguien con A mayúscula, gracias a Dios, estaban muertos. Ella sabía bastante acerca del mundo actual para darse cuenta de que este no estaba dispuesto a aguantar a personas que fueran Alguien, sino solo a muchas que no fueran nadie y a un número suficiente de las que fueran alguien, pero de no demasiada importancia. Y, después de todo, pensaba ella, era así como tenía que ser.

A veces le entraban unos vagos temores.

París, por ejemplo, con su museo del Louvre y su Luxemburgo y su catedral, parecía haber sido construido para Alguien. De un modo fantasmal, parecía invocar a un Alguien supremo. Pero todos sus pequeños hombrecitos, los que no eran nadie y los que eran alguien, eran como gorrones piando por migas de pan, y dejando caer sus deyecciones sobre las cornisas de los palacios.

A Katharine, París le recordaba a su primer marido, Alan Anstruther, aquel celta pelirrojo y combativo, padre de sus dos hijos ya crecidos. Alan había tenido la extraña e innata convicción de que estaba más allá de ser

juzgado por el común de los mortales. Katharine nunca había llegado a comprender de dónde la sacaba. A ella, ser el hijo de un barón escocés y capitán de un regimiento de las Highlands no le parecía tan estupendo. En cuanto a Alan en persona, era un hombre apuesto vestido de uniforme, con su *kilt* ondulante y sus brillantes ojos azules. Incluso completamente desnudo y sin adornos tenía una virilidad angulosa, osada, imponente, que le era propia. Lo único que Katharine no podía apreciar del todo era su tácita e indomable asunción de que él pertenecía realmente a los elegidos, que era uno de los amos. Y además era un hombre inteligente, dispuesto a aceptar que el general Mengano o el coronel Zutano podían de hecho ser sus superiores. Hasta que entraba en contacto con el general Mengano o el coronel Zutano. Con lo que alzaba sus arrogantes ojos azules y en su rostro anguloso se difundía un ligero matiz de desprecio en homenaje a su propia persona.

Señorial o no, no había tenido mucho éxito en el sentido mundano. Katharine lo había amado, y él la había amado a ella: eso era indiscutible. Pero cuando se trataba de aquella innata convicción de su propio señorío, no se sabía quién de los dos era peor. Porque ella, con su amable personalidad de abeja reina<sup>[97]</sup>, pensaba que en última instancia el derecho al homenaje final le correspondía.

Alan había sido demasiado inflexible y altanero como para pronunciarse demasiado. Pero a veces se detenía y la miraba con ira contenida, asombro e indignación. La indignación asombrada había sido casi demasiado para ella. ¿Por quién se había tomado aquel hombre?

Él era uno de esos escoceses duros y sagaces con tendencia a filosofar, pero carecía de sentimiento. Su desprecio por Nietzsche<sup>[98]</sup>, a quien ella adoraba, era intolerable. Alan se limitaba a afirmarse como un pilar de roca<sup>[99]</sup> esperando que las mareas del mundo moderno retrocedieran a su alrededor. Y no lo hacían.

De modo que él se interesó por la astronomía, observando a través de un telescopio los mundos más allá de los mundos. Lo que parecía proporcionarle cierto alivio.

Después de diez años habían dejado de vivir juntos, a pesar de que ambos eran apasionados. Pero eran también demasiado orgullosos y despiadados como para ceder el uno ante el otro, y demasiado altaneros como para ceder

ante un extraño.

Alan tenía un amigo, Philip, también escocés, y compañero de universidad<sup>[100]</sup>. Philip, tras su carrera de derecho, se había dedicado al periodismo, y se había hecho un nombre en la profesión. Era un hombrecillo moreno procedente de las Highlands, insidioso, astuto y conocedor. Esta mirada de conocimiento en sus ojos oscuros, y la sensación de secreto que acompañaba a su cuerpo menudo y sombrío lo hacían interesante para las mujeres. Otra de las cosas que podía hacer era comunicar una gran sensación de calidez, de ofrenda, como un perro cuando quiere a alguien. Parecía capaz de hacer esto a voluntad. Y Katharine, después de experimentar hacia él cierta frialdad e incluso casi despreciarlo durante años, cayó al fin bajo el hechizo del hombrecillo oscuro e insidioso.

—¡Tú! —le dijo a Alan, cuya arrogante superioridad la irritaba en extremo—. Tú ni siquiera sabes que una mujer existe. Y en eso Philip Farquhar es más que tú. Él sí que sabe qué es una mujer.

—¡Bah! Ese pequeño... —dijo Alan, utilizando una obscena palabra de desprecio.

Así y todo, la amistad perduró, mantenida por Philip, que sentía por él un amor casi incomprensible. A Alan, en general, Philip le era indiferente. Pero estaba acostumbrado a Philip, y los hábitos eran muy importantes para él.

—¡La verdad es que Alan es un hombre asombroso! —le decía Philip a Katharine—. Es un verdadero hombre, lo que yo llamo un verdadero hombre; el único que he conocido en mi vida.

—Pero ¿por qué es el único que has conocido en tu vida? —le preguntó ella—. ¿Tú no te crees un verdadero hombre?

—No, yo... yo soy diferente. Mi fuerza reside en ceder... y en recuperarme a mí mismo después. Me dejo arrastrar. Pero, hasta ahora, siempre me las he arreglado para recuperarme a mí mismo. Alan... —y Philip pronunció su nombre de un modo casi reverencial, con envidia— Alan jamás se deja arrastrar por nada. Y es el único hombre que conozco que no lo hace.

—¡Ya! —dijo ella—. Se deja engañar por un montón de cosas. Se le puede engañar a través de su vanidad.

—No —dijo Philip—. Nunca del todo. Es imposible engañarlo del todo.

Cuando algo conmueve a Alan, queda probado de una vez y para siempre. Uno sabe si es falso o no. Es el único hombre que conozco que no puede evitar ser auténtico.

—¡Ja! Sobrestimas su realidad —dijo Katharine con cierto desdén.

Y más tarde, cuando Alan, al oírla mencionar a Philip, se encogió de hombros con aquella mera tolerancia indiferente, ella se enfadó.

—Eres un mal amigo —le dijo.

—¡Amigo! —repuso él—. ¡Yo nunca fui amigo de Farquhar! Si él afirma que lo es de mí, es asunto suyo. A mí jamás me importó demasiado. Está al otro lado de la frontera equivocada; demasiado, por lo que a mí respecta.

—Entonces —contestó ella— no está bien que le permitas considerarse amigo tuyo. No tienes derecho a dejar que tenga tan buena opinión de ti. Deberías decirle que no te gusta.

—Se lo he dicho una docena de veces. Y parece disfrutar con ello. Es como si fuera parte de su juego.

Y se dirigió hacia su telescopio.

Llegó la guerra, y el regimiento de Alan partió a Francia.

—¿Lo ves? —dijo él—. Eso te pasa por haberte casado con un soldado. Te encuentras con que ha de luchar contra los tuyos. Así son las cosas.

A Katharine esto la conmocionó tanto que ni siquiera fue capaz de llorar.

—¡Adiós! —le dijo él, besándola suave, largamente. Después de todo, había sido un marido para ella.

Y cuando se volvió para mirarla, con la dulce y protectora mirada de un marido en sus ojos azules, y al mismo tiempo esa otra tácita asunción del destino, la conciencia de Katharine vaciló hasta la incoherencia. Ella solo quería alterarlo todo; alterar el pasado, el curso de la historia... el terrible curso de la historia. Secretamente, en alguna parte de sí misma, sentía que con su amor de abeja reina, con su voluntad de abeja reina, podía desviar el curso de la historia... No; sentía que podía incluso revertirlo.

Pero en la mirada sabia y remota que veía en el fondo de los ojos de Alan, detrás de su inmovible amor de marido, ella vio que jamás podría hacerlo. Que toda su femenina y maternal concentración de mujer jamás podría detener el poderoso curso del destino humano. Que, como Alan había dicho, solo la fría fuerza de un hombre, aceptando el destino de la destrucción,

podría ocuparse del curso de la humanidad a través del caos y más allá, hacia una salida nueva. Pero antes el caos, y la larga ira de la destrucción.

Por un instante su fuerza de voluntad cedió. Incluso su alma pareció romperse. Y entonces él se fue. Y en cuanto se hubo ido, ella recuperó el núcleo de su fortaleza.

Philip fue un gran consuelo para ella. Este afirmaba que la guerra era algo monstruoso, que jamás debió haber sido declarada y que los hombres deberían negarse a considerarla otra cosa salvo un colosal y desgraciado accidente.

Ella, en su alma alemana, sabía que no era un accidente. Que era inevitable, e incluso necesaria. Pero la actitud de Philip la calmó inmensamente, la devolvió a sí misma.

Alan no regresó. En la primavera de 1915 se le dio por desaparecido. Ella nunca había guardado luto por él. De hecho, jamás le había dado por muerto. En cierto sentido, Katharine había triunfado. La abeja reina había recuperado su influjo como reina del mundo; la mujer, la madre, la hembra con la mazorca de maíz en la mano<sup>[101]</sup>, a diferencia del hombre, que blandía la espada.

Philip había pasado la guerra como periodista, poniéndose siempre del lado de la humanidad, de la verdad y de la paz humanas. Para ella, él había sido un consuelo inexpresable. Y en 1921 se había casado con él.

El hilo del destino podía ser hilado, incluso podía ser medido, pero la mano de Láquesis<sup>[102]</sup> había sido incapaz de cortarlo en dos.

Al principio, estar casada con Philip le resultó extremadamente agradable, voluptuoso, tranquilizador, especialmente para una mujer de treinta y ocho años. Katharine sentía que él acariciaba sus sentidos, y la calmaba, y le daba lo que quería.

Pero luego, gradualmente, un curioso sentido de degradación se apoderó de su espíritu. Se sentía insegura, incierta. Era casi como tener una enfermedad. La vida, para ella, se tornó opaca e irreal, como nunca lo había sido hasta entonces. No luchaba, ni siquiera sufría. En la insensibilidad de su carne no sentía reacción alguna. Todo se volvía barro.

Pero no obstante se recuperaba, y disfrutaba inmensamente. Y después de un tiempo, le sobrevénía de nuevo esa sofocante sensación de nulidad y

degradación. ¿Por qué, por qué se sentía degradada en su alma secreta? Jamás, por supuesto, en el exterior.

El recuerdo de Alan volvió a apoderarse de ella. Seguía pensando en él y en su insistencia con el corazón en vilo, pero sin la airada hostilidad que antaño sentía. Cierta admiración por él, por su recuerdo, se adueñó de su espíritu. Se resistió a ella. No estaba acostumbrada a sentir admiración.

Se percató, sin embargo, de la diferencia entre estar casada con un soldado, un luchador nato, perenne, una espada que no debía ser enfundada, y este otro hombre, este astuto civil, este sutil enredador, este ajustador de la balanza de la verdad.

Philip era más inteligente que ella. La enredó; enredó a la abeja reina, a la madre, a la mujer, al juicio femenino, y la sirvió con un sutil y sagaz homenaje. Puso la balanza, el equilibrio, en sus manos. Pero también, astutamente, le vendó los ojos, y manipuló la balanza mientras ella estaba ciega.

Vagamente, ella se daba cuenta de esto. Pero solo vaga, confusamente, porque sus ojos estaban vendados. Philip tenía la sutil y encantadora habilidad de mantener sus ojos siempre vendados.

A veces ella jadeaba y jadeaba, a causa de sus pulmones oprimidos. Y a veces el rostro anguloso, duro, autoritario pero honesto de Alan volvía a su memoria, y de pronto le parecía que volvía a encontrarse bien, que la extraña, voluptuosa sofocación que le dejaba el alma convertida en barro desaparecía, y que una vez más podía respirar el aire de los cielos abiertos. Incluso luchar contra él.

Eso le ocurrió en el barco mientras cruzaba el Canal. Súbitamente le pareció que Alan volvía a estar a su lado, como si Philip no hubiera existido jamás. Como si Philip no hubiera significado para ella más que un empleado de tienda de confección que le tomase las medidas. Y escapando, por así decirlo, sola a través del frío y ventoso Canal, de pronto se convenció a sí misma de que Philip no había existido nunca; de que solo Alan había sido su marido. De que aún seguía siéndolo. Y de que iba a encontrarse con él.

Esto contribuyó a la seguridad en sí misma que sintió en París, y fue lo que hizo que los franceses la trataran tan bien. Puesto que a los latinos les encanta sentir que una mujer está realmente envuelta en el hechizo de un

hombre. Más allá de los nacionalismos, subsiste el problema entre hombre y mujer.

Ahora Katharine estaba sentada, vagamente excitada y casi feliz, en el vagón del tren del Este. Era como en los días de antaño, cuando volvía a su casa de Alemania. O, más aún, como cuando regresaba de vuelta a Alan. Porque, en el pasado, cuando él era su marido, sintiera por él lo que sintiese, jamás conseguía sobreponerse a la sensación de que las ruedas del vagón tenían alas cuando la devolvían a él. Incluso cuando sabía que se portaría mal con ella, que sería con ella duro, inclemente y destructivo, el movimiento de las ruedas era alado.

Mientras que, en dirección a Philip, se movía con una extraña, agotadora resistencia. Decidió no pensar en él.

Mientras miraba sin ver por la ventanilla del vagón, el paisaje de invierno se resolvió repentinamente, sobresaltándola en su conciencia. El gris y chato paisaje invernal; campos arados de tierra grisácea que parecían estar compuestos por arcillosos residuos de cadáveres. Delgados árboles, pálidos y desnudos, se erguían como alambres junto a los caminos rectos, abstractos. Una granja en ruinas entre otro montón de árboles delgados. Y un pueblo sórdido desfiló ante ella, con casas destruidas como dientes podridos entre las rectas filas de las calles vecinales.

Con súbito horror se percató de que debía de estar en la zona del Marne, la terrible zona del Marne<sup>[103]</sup>, siglo tras siglo enterrando los cuerpos de sus hombres frustrados en la tierra. El país fronterizo, donde las razas latina y germana se neutralizan mutuamente hasta convertirse en horrendas cenizas. Quizá incluso el cadáver de su hombre estaba entre aquella arcilla gris.

Era demasiado para ella. Permaneció allí, sentada, cenicienta por el horror, queriendo escapar.

Si lo hubiera sabido —se dijo—, si lo hubiera sabido habría ido por Basilea.

El tren se detuvo en Soissons, un nombre que la horrorizaba. Se limitó a procurar no acusar nada de lo que veía y sentía. Y, afortunadamente, sirvieron el almuerzo. Acudió al coche restaurante y se sentó frente a un diminuto oficial francés vestido con un uniforme azul horizonte que sugería cualquier cosa menos la guerra. Parecía tan ingenuo, casi infantil, simpático,

con aquella inocencia que tantos franceses preservan debajo de lo que algunos llaman malignidad, que Katharine se sintió realmente aliviada. El oficial la saludó con la cabeza en un gesto tímido, peculiar, cuando ella le devolvió su media botella de vino, que se había trasladado poco a poco a su lado de la mesa debido al movimiento del tren. ¡Qué amable era! ¡Y cómo se entregaría a una mujer, si esta encontrase auténtico placer en el hombre que él era!

De todos modos, ella se sentía muy lejos de todo ese asunto del intercambio entre hombres y mujeres.

Después del almuerzo, con el calor del tren y el efecto de la media botella de vino blanco, Katharine volvió a dormirse, sus pies rozaban incómodamente la plancha metálica del suelo del vagón. Y mientras dormía, la vida tal como ella la conocía pareció que se volvía artificial, el sol del mundo se le antojó una luz artificial, cubierta de humo como la luz de las antorchas, las cosas creciendo artificialmente a lo largo de una noche artificialmente iluminada con tal intensidad que la hacía semejante al día. Su vida, la vida de cada día, había sido una ilusión, como lo es una noche de baile. Su amor y sus emociones, el pánico mismo que sentía por el amor, habían sido una ilusión. Se dio cuenta de cómo, durante la guerra, el amor que sentía había sucumbido al pánico.

Y ahora incluso este pánico al amor era una ilusión. Había corrido a los brazos de Philip para ser salvada. Y ahora, su pánico al amor y la salvación de Philip eran una ilusión.

¿Qué quedaba entonces? Incluso el amor preso del pánico, tal vez lo más intenso que había sentido nunca, era solo una ilusión. ¿Qué quedaba? ¿Las grises sombras de la muerte?

Cuando volvió a mirar afuera estaba oscureciendo, y estaban en Nancy. De niña, ella había conocido esa región<sup>[104]</sup>. A las siete y media estaban en Estrasburgo, donde debía pasar la noche, ya que ningún tren cruzaría el Rin hasta el día siguiente.

El maletero, un vigoroso muchacho rubio, inmediatamente se dirigió a ella en alsaciano. Insistió en acompañarla hasta el hotel —un hotel alemán— vigilándola como un centinela personal, fiel y competente, completamente distinto de los franceses.



Era una noche de invierno fría y ventosa, pero Katharine quiso salir después de cenar a ver la catedral. ¡La recordaba tan bien, de su otra vida!

El viento helado arreciaba en las calles. La ciudad parecía vacía, como si su espíritu la hubiese abandonado. Los pocos viandantes, robustos y de baja estatura, hablaban el crudo idioma alsaciano<sup>[105]</sup>. Los carteles de las tiendas estaban escritos en francés, a menudo con una pequeña concesión al alemán escrita debajo. Y las tiendas estaban llenas de productos, rebosantes de los productos que llegaban de las fábricas de Mulhausen<sup>[106]</sup> y otra ciudades, antaño alemanas.

Cruzó el río que la noche oscurecía, donde los cobertizos de las lavanderas se erguían junto al cauce, y en los que algunas se arrodillaban todavía al borde del agua, en la tenue luz eléctrica, aclarando la ropa en el agua turbia y fría. El viento soplaba en la gran plaza, y el lugar parecía desierto. Una ciudad de nuevo conquistada.

Después de todo, no podía recordar el camino de la catedral. Vio a un policía francés con su capa azul y su gorra puntiaguda, un espécimen solitario, tierno y vulnerable en aquella cruda ciudad alsaciana. Acercándose a él, le preguntó en francés dónde estaba la catedral.

Él le señaló el camino, la primera calle a la izquierda. No parecía hostil; realmente, nadie lo parecía. La hostilidad procedía solo de la gran fatiga helada del invierno en una ciudad conquistada, una perenne y fatigada frontera.

Y los franceses parecían mucho más fatigados, y también más sensibles, que los burdos alsacianos.

Recordó la callejuela, las antiguas casas colgadas con sus negras vigas y sus altos aleros. Y como un inmenso fantasma, como un fulgor rojizo en la oscuridad, la misteriosa catedral que abordaba al recién llegado, gigantesca, contemplando, de la oscuridad a la oscuridad, la minúscula humanidad de la villa. Estaba construida con piedra rojiza, que brillaba en la noche como carne oscura. Y vasta, incomprensiblemente alta y extraña, miraba hacia abajo desde la noche. El gran rosetón, allá en lo alto, parecía un seno de la gran mole, y prismas y agujas de piedra se disparaban hacia arriba, como plumaje, oscuramente, a medias visibles en el cielo.

Allí estaba, en la alta oscuridad de la pesada noche invernal, como una

amenaza. Ella recordó que en el pasado su espíritu solía ascender junto con ella. Pero ahora, cerniéndose con un leve enmohecimiento color de sangre desde los altos cielos oscuros, la mole se erguía suspendida, mirando hacia abajo como una vasta y demoníaca amenaza, calma e implacable.

El misterio y un miedo confuso, antiguo, se apoderaron del alma de la mujer. La catedral se le antojaba extraña, demoníaca, herética. Y en ella parecía bullir una sangre antigua e indomable. Se erguía allí como un inmenso animal silencioso de dientes de piedra, esperando, y preguntándose cuándo debía inclinarse sobre aquella pálida humanidad.

Y vagamente se dio cuenta de que detrás de la cenicienta palidez y el azufre de nuestra civilización se oculta la gran criatura de sangre, esperando, implacable y eterna, dispuesta a aplastar nuestra blanca fragilidad dejando que la sombría sangre fluya erecta una vez más, con fuerza y orgullo nuevos e implacables. Incluso desde los cielos más próximos se cierne la gran mole de sangre crepuscular, difuminando la Cruz que supuestamente debe exaltar.

Los cielos nocturnos parecieron abrirse, mostrando una inmensa presencia de sangrienta oscuridad que se cernía imponente, inclinada, mirando hacia abajo, esperando su momento.

Cuando Katharine se volvió para irse, para alejarse de las plegadas alas de la iglesia, vio a un hombre de pie en el pavimento, cerca de la oficina de correos que funcionaba oscuramente en la plaza de la Catedral. Inmediatamente supo que aquel hombre, allí de pie, sombrío, silencioso, era Alan. Estaba solo, inmóvil y remoto.

Él no se le acercó. Ella vaciló, y luego se dirigió hacia él, como si se encaminase a la oficina de correos. Él permaneció totalmente inmóvil, y el corazón de Katharine murió a medida que se le acercaba. Entonces, cuando ella pasaba junto a él, él se volvió súbitamente y la miró.

Era Alan, aunque tal era la oscuridad, que ella apenas podía verle la cara, un resplandor rojo oscuro en la sombra.

—¡Alan! —dijo.

Él no habló, pero puso en su brazo una de sus manos, deteniéndola, como solía hacerlo antaño, con una extraña y silenciosa autoridad. Y obligándola a volverse con una ligera presión sobre su brazo, caminó junto a ella, lentamente, a lo largo de la calle principal de la ciudad, bajo los arcos donde

las tiendas continuaban iluminadas.

Katharine miró su rostro: parecía mucho más oscuro, más atezado de lo que ella recordaba. Era un extraño y, sin embargo, era él y ningún otro. Él no dijo nada en absoluto. Pero eso también era de esperar. Su boca estaba cerrada, sus ojos atentos parecían no haber cambiado, y había a su alrededor una sombra de silencio, impenetrable, aunque no fría. Más bien lejana y dócil, como el silencio que rodea a un animal salvaje.

Ella sabía que estaba caminando con su fantasma. Pero ni siquiera eso la inquietaba. Le parecía natural. Y el sentimiento que había olvidado volvió a apoderarse de ella; el sereno e inconsciente placer de una mujer que se mueve dentro del aura del hombre al que pertenece. De joven, cuando estaba con su marido, había experimentado aquel intrascendente y no obstante precioso sentimiento. Había sido de una plena satisfacción, y tal vez su plenitud misma había hecho que no fuese consciente de él. Más tarde, le pareció que casi lo había destruido deliberadamente, aquel tenue flujo de satisfacción que ella, como mujer, recibía de él como hombre.

Ahora, mucho después, se daba cuenta de ello. Y mientras caminaba a su lado a través de la ciudad conquistada, se percató de que aquello era lo único perdurable que puede poseer una mujer: la suave e intangible corriente de satisfacción que la transporta junto al hombre con el que se ha casado. Es su perfección y su logro más alto.

Ahora, años más tarde, lo sabía. El conflicto había desaparecido. Y vagamente se preguntó por qué, por qué había luchado contra ello. No importa lo que el hombre haga o diga como persona: si una mujer puede moverse a su lado en esa tenue, plena corriente de satisfacción, tiene lo mejor de él que pueda obtenerse, y sus denodados esfuerzos para conseguir algo más que eso son sus ignominiosos esfuerzos en pos de la nulidad de sí.

Ahora ella lo sabía, y lo aceptaba. Ahora que caminaba junto a un hombre que llegaba desde las profundidades de la muerte; que acudía a su lado, para salvarla. La fuerte y callada bondad que le demostraba, incluso ahora, lograba eliminar de su cuerpo el nervioso, ceniciento horror del mundo. Katharine iba junto a él, tranquila y liberada, como alguien a quien acaban de soltarle unas ligaduras, caminando en la penumbra de su propia plenitud.

Al llegar al puente él se detuvo y retiró la mano de su brazo. Ella supo

que iba a abandonarla. Pero bajo su gorra ceñida él la miró, oscura pero bondadosamente, y agitó su mano en un leve y amable gesto de adiós, y de promesa, como si en aquel adiós le prometiese no dejarla nunca, no dejar nunca que la bondad se apagase en su corazón; como si le prometiese que allí permanecería para siempre.

Katharine corrió a través del puente en dirección a su hotel con las mejillas bañadas en lágrimas. Apresuradamente subió a su habitación. Y, mientras se desvestía, evitó mirarse la cara en el espejo. No debía romper el hechizo de la presencia de Alan.

Ahora, más tarde, se daba cuenta del cuidado que debía poner en no violar el misterio que la rodeaba. Ahora que sabía que él había vuelto a ella de entre los muertos, se daba cuenta de lo precioso y frágil que había sido aquel regreso. Él había regresado con su corazón oscuro y bondadoso, amándola aun en el después. Y de ninguna manera debía ella ir contra él. El fantasma silencioso, cálido y poderoso había vuelto con ella. Era él. Y ella no debía intentar siquiera pensar en él definitivamente, ni hacerlo real, ni comprenderlo. Solo podía pensar en él silenciosa, oscuramente, en el interior de su alma femenina, y saberlo presente en ella, sin mirarlo siquiera, sin intentar buscarlo. Una vez que ella intentase tocarlo, tenerlo, hacerlo real, desaparecería para siempre, y con él este último y precioso influjo de su paz como mujer.

¡Ah, no!, se dijo a sí misma. Si él me deja con su paz, yo no debo hacer ninguna pregunta.

Y se arrepintió en silencio del modo en que, en el pasado, lo había cuestionado esperando respuestas. ¿Qué habían sido las respuestas, cuando las había obtenido? Repugnantes cenizas en su boca.

Ahora ella conocía el supremo terror moderno de un mundo ceniciento, enervado. Si un hombre podía regresar de la muerte para salvarla de aquello, ella no le haría preguntas: sería humilde, y agradecida más allá de las lágrimas.

Por la mañana, bajo el cielo gris, salió a la calle azotada por un viento helado para ver si volvía a encontrarlo. No porque lo necesitase: su presencia aún seguía rodeándola. Pero él podría estar esperándola.

La ciudad era pétrea y fría. Los viandantes estaban pálidos, helados, y

parecían de algún modo condenados. Estaban muy lejos de ella. Katharine sintió por ellos una especie de piedad, aunque sabía que no podía ayudarlos, ni en el tiempo ni en la eternidad. Y ellos la miraban, y apresuradamente apartaban la vista, como si se sintieran incómodos.

La catedral alzaba su alta fachada gris rojizo en la desnuda luz, pero no parecía cernirse sobre la ciudad durante la noche. La plaza de la catedral era dura y fría. Dentro, la iglesia era fría y repelente, a pesar de la luminosidad de los vitrales. Y Alan no apareció por ninguna parte.

De modo que Katharine se apresuró a volver al hotel y a la estación para coger el tren de las 10.30 a Alemania.

Era un tren solitario, sombrío, en el que unas pocas almas en pena esperaban para cruzar el Rin. Su maletero alsaciano cuidó de ella con el mismo cuidado perruno que el día anterior. Entró en el vagón de primera clase que seguiría hasta Praga: era la única pasajera que viajaba en primera. Un maletero francés auténtico, con bigote, que vestía una blusa y se contoneaba al caminar, intentó decirle una lindeza en las pocas palabras de alemán que conocía. Pero ella se limitó a mirarlo fijamente y él bajó la cabeza. En realidad no era su intención ser grosero. Hasta en aquello había una suerte de desesperanza.

Despaciota, desalentadamente, el tren salió de la ciudad. Katharine vio en la distancia la extraña figura encorvada de la catedral, apuntando su único dedo por encima de la ciudad. ¿Por qué, oh, por qué la habían puesto allí las antiguas razas germánicas?

Lentamente el paisaje se desintegró en las llanuras y los pantanos del Rin, los canales, los sauces, las rieras, las zonas húmedas heladas aunque no inundadas. Todo parecía cansado. Y el viejo Padre Rin<sup>[107]</sup>, fluyendo en verdosas dimensiones, implacable, separando las razas ahora cansadas de la lucha racial, pero aprisionadas en sus batallas como en los anillos de una enorme serpiente, incapaces de escapar. Frío, caudaloso, verde y absolutamente descorazonador, el río transcurría bajo el cielo invernal pasando por debajo del puente de hierro.

Hubo una larga espera en Kehl, donde los oficiales franceses y alemanes observaban una estólida y deprimente neutralidad. Los trámites de aduana y pasaportes pasaron rápido. Pero el tren esperó y esperó, como si fuera

incapaz de abandonar aquel punto de pura negación, en el que las dos razas se neutralizaban mutuamente, y no se percibía ninguna polaridad, ninguna vida; en el que ningún principio dominaba.

Katharine Farquhar permaneció quieta en el silencio suspendido del regreso de su esposo. No hacía caso ni del francés ni del alemán, hablaba un idioma u otro según se le requiriese, apenas consciente. Esperó mientras el caluroso tren despedía siseantes nubes de vapor, detenido en el perfecto punto neutral de la nueva frontera, al otro lado del Rin.

Y por fin salió un sol aguado y el tren partió nerviosa y silenciosamente, dejando atrás la neutralidad.

En la gran planicie de la llanura del Rin las someras aguas estaban heladas, los surcos corrían en línea recta en dirección a ninguna parte, y el aire también parecía congelado. Pero se sentía que la tierra era fuerte, indómita, y parecía vibrar, con sus rectos surcos, en un contrapunto hondo y salvaje. Y en el aire había también un estremecimiento bárbaro y helado, bravío y montaraz, prerromano.

Aquella parte del valle del Rin, incluso en su orilla derecha, en Alemania, estaba ocupada por los franceses<sup>[108]</sup>. De ahí la curiosa desocupación, el suspenso, como si allí no viviera nadie, como si algún espíritu estuviese vigilando, vigilando los campos vastos y vacíos con sus rectos surcos y sus prados acuáticos. Silencio, vacío, suspenso, y la conciencia de algo que aún queda pendiente.

Una larga espera en la estación de Appenweier, en la línea férrea principal de la orilla derecha. La estación estaba desierta. Katharine recordó su ajeteo excitado, exultante, en los días de antes de la guerra.

—Sí —le dijo el guarda alemán al jefe de estación—, ¿por qué nos obligan a salir de Estrasburgo con tanta puntualidad si van a retenernos aquí durante tanto tiempo?

¡El pesado alemán del badisch<sup>[109]</sup>! ¡La sensación de resentida impotencia de los alemanes! Katharine sonrió para sus adentros. Se percató de que allí el tren abandonaba el territorio ocupado.

Por fin arrancaron en dirección norte, libres por el momento, ya en Alemania. Eran las tierras más allá del Rin, la Alemania de los bosques de pinos. La tierra misma parecía fuerte e insumisa, erizada de juncos y

matorrales como una cabellera salvaje. Bajo la civilización que iba desapareciendo existía el mismo silencio, la misma espera, y el mismo bárbaro contrapunto de la piel blanca septentrional. El tono audible de la civilización que moría parecía ir apagándose, y el antiguo y grave susurro de los bosques del norte antiguo resonaba por todas partes. Al menos en los oídos de Katharine.

Y allí estaban las imponentes colinas de la Selva Negra, amontonadas, hoscas, esperando, como si custodiaran la Alemania más íntima. Negras colinas redondas, ennegrecidas por los bosques salvo allí donde habían sido talados campos de labranza dejando blancos retazos de nieve. Blanco y negro, esperando allí en la distancia próxima, en hosca vigilancia.

Conocía muy bien el país. Pero no en el estado en que se hallaba ahora; aquella hosquedad, aquel vacío, aquella tensa y pesada espera.

¡Steinbach! Entonces, casi habían llegado. Tendría que cambiar en Oos para Baden-Baden, su estación de destino. Seguramente Philip estaría esperándola allí, en Oos; habría llegado desde Heidelberg.

¡Sí, allí estaba! E inmediatamente ella pensó que parecía pálido, enfermo, ¡su silueta frágil y derrotada!

—¿No estás bien? —le preguntó, cuando hubo bajado del tren a la estación vacía.

—Tengo un frío terrible —dijo él—. No logro calentarme.

—¡Y en el tren hacía tanto calor...! —dijo ella.

Por fin llegó un maletero que transportó sus maletas hasta el pequeño tren de enlace.

—¿Cómo estás? —le preguntó él, mirándola con una cierta expresión enfermiza, y miedo en los ojos.

—¡Muy bien! Todo parece muy extraño —dijo ella.

—No sé a qué se debe —dijo él—, pero Alemania me congela las entrañas, y me afecta al pecho.

—No tenemos por qué quedarnos mucho tiempo —dijo ella sin darle importancia.

Él observaba su expresión alegre. Y ella pensó lo extraño y *chétif*<sup>[110]</sup> que le parecía él. ¡Extraordinario! Mientras lo miraba sintió por primera vez, con una curiosa claridad, que estar casada con él era humillante; incluso llevar su

nombre. Se sintió humillada por el mero hecho de que su nombre fuese Katharine Farquhar. Y, sin embargo, hasta entonces le había parecido un bonito nombre.

¡Y pensar que estoy casada con este hombrecillo!, se dijo. ¡Y pensar que llevo su nombre!

No encajaba. Pensó en su propio nombre, Katharine von Todtnau, o en su nombre de casada, Katharine Anstruther. El primero le parecía el más adecuado. Pero el segundo era como una segunda piel. El tercero, Katharine Farquhar, no era ella.

—¿Has visto a Marianne? —le preguntó a Philip.

—¡Oh, sí!

La respuesta había sido escueta. ¿Qué le ocurriría?

—Tendrás que cuidarte ese resfriado —le dijo Katharine amablemente.

—¡Ya me lo cuido! —respondió él con petulancia.

Marianne, la hermana de Katharine<sup>[111]</sup>, estaba en la estación, y al cabo de dos minutos las dos se habían enzarzado en una conversación en alemán, riendo y llorando y estallando una vez más en carcajadas. Philip había quedado al margen. En aquellos días de economía congelada no había taxis. Un maletero transportaba el equipaje en un carrito y los recién llegados caminaban hasta su hotel atravesando la ciudad semivacía.

—¡Pero si el hombrecito es encantador...! —dijo Marianne en tono despreciativo.

—¿Verdad que sí? —exclamó Katharine en el mismo tono.

Y las dos hermanas se detuvieron en mitad de la calle y rompieron a reír. «El hombrecito» era Philip.

—El otro era más hombre —dijo Marianne—, pero estoy segura de que este es más fácil. ¡El hombrecito! Sí, debería ser más fácil. —Y rió a su manera, burlonamente.

—¡El tentetieso! —dijo Katharine, refiriéndose a aquellos hombrecillos de juguete con una base de plomo que siempre vuelven a quedar de pie.

—¡Sí! ¡Sí! —grito Marianne—. Estoy segura de que siempre se levanta... ¡Puuum! —Hizo el gesto de golpearlo—. ¡Y se alza de nuevo! —Levantó muy despacio su mano, como si el tentetieso se estuviera elevando.

Las dos hermanas permanecieron de pie en la calle, riendo con ganas.



Marianne también había perdido a su marido en la guerra. Pero solo parecía más imprudente y despiadada.

—¡Ah, Katey! —dijo después de la cena—. ¡Siempre te comportas como una buena niña! Pero ahora eres diferente. ¡Más dura! No, no eres la misma buena de Katey, la misma Katey. Ya no eres buena.

—¿Y tú? —dijo Katey.

—¡Oh, yo! No me importa. Miro cómo llega el final.

Marianne tenía seis años más que Katharine y había dejado de luchar. Era una mujer que había vivido ya su vida, de tal manera que, por fin, la vida le parecía interminablemente extraña y divertida. Aceptaba todo, preguntándose sobre el poderoso primitivismo de todas las cosas, en sus raíces.

—No me preocupo sobre lo que la gente hace o deja de hacer —dijo—. La vida es un gran árbol y las hojas muertas caen. ¡Pero qué maravilloso es el pulso de sus raíces, tan fuerte e implacable!

Era como si hubiese encontrado un consuelo final en la radical ausencia de piedad del árbol de la vida<sup>[112]</sup>.

Philip era muy desgraciado en esta atmósfera. En lo profundo de su ser, un escocés sentimental, había calculado con mucha astucia que los valores emotivos y sentimentales que le habían sostenido bien a lo largo de su vida serían suficientes. El antiguo orgullo masculino y su afán de poder fueron condenados. Habían caído finalmente en la guerra. Y Alan con ellos. Pero los valores emotivos y sentimentales todavía funcionaban.

Mas no aquí, en Alemania. Aquí las grandes emociones se habían agotado. «Danos la impiedad. Danos el árbol de la vida en invierno, deshumanizado y cruel». Todo parecía rezar así. Y era demasiado para él.

Quería ser tierno y dulce y amoroso, por la noche, para Katharine. Pero llegó la risa falsa y desconsiderada de Marianne a su puerta, para frustrarle.

—¡Vaya! ¿Es posible que alguien siga enamorado a los cuarenta? ¡Vaya! ¡Había creído que esto ya no era posible, después de la guerra! Incluso parece indecente, un poco, si se me permite decirlo —se rió Marianne, observando el lánguido y frustrado aspecto del rostro de Philip.

—Si no queda el amor, ¿qué queda? —dijo él, petulante.

—¡Vaya! ¡No lo sé! Realmente, no lo sé. ¿Podrías decírmelo? —preguntó ella con una extraña ingenuidad por debajo de sus palabras.

Se recogió en sí mismo, el pequeño tentetieso, esperando hasta que Marianne se hubo ido y podía ser tierno a solas con Katharine.

Cuando estuvieron solos, dijo:

—¡Estoy tan contento de que hayas venido, Kathy! No sé si hubiera podido soportar otro día más aquí sin ti. Siento que eres la única cosa en el mundo que sigue siendo real.

—Pues tú a mí no me pareces muy real —dijo ella.

—Y no lo soy. ¡No lo soy! No cuando estoy solo. Pero cuando estoy contigo soy el hombre más real del mundo. ¡Lo sé!

Aseguró esto con vehemencia y una clase de extraña pasión, muy personal, que utilizaba para emocionarla pero que ahora la repelía.

—¿Por qué ibas a necesitarme? —dijo ella—. Soy real sin ti.

Estaba pensando en Alan. Esto fue un duro golpe para Philip. Lo consideró por un momento y luego dijo:

—¡Sí! ¡Lo eres! Tú siempre eres real. Pero es porque eres una mujer. Un hombre sin una mujer no puede ser real.

Él volvió la cabeza y sacudió la mano con una especie de falsa vehemencia. Ella le miró y sintió asco. Después de todo, Alan podía vagar solo en los solitarios lugares de la muerte y ser todavía la última cosa real para ella.

Katharine le había dado su lealtad a otro. Era complicado entender cuán inexplicablemente fría se sentía respecto a aquel equívoco y pequeño civil.

—No hablemos esta noche —dijo ella—. Tengo mucho sueño. Quiero irme a dormir ya. No te importa, ¿verdad? ¡Buenas noches!

Ella se fue a su habitación, con aquella estufa vidriada en verde. Podía ver fuera los árboles de Senfzer Allee<sup>[113]</sup> y la intensa noche de invierno. Las noches llegaban extrañamente oscuras y lobunas, con la pequeña ciudad tenebrosamente iluminada para economizar, sin coches funcionando, para economizar, y todo el lugar durmiendo de manera extraña, fuera de nuestra civilización, la gente moviéndose en la noche como un pueblo de bárbaros, con la emoción del miedo y la amenaza en el aire lobuno.

Ella durmió profundamente, como nunca. El aire puro le arañaba el pecho. Por la mañana, Philip estaba amarillo y tosía sin parar. Le pidió que se quedara en la cama. Quería, de verdad, verse libre de él. Y también quería

que estuviera a salvo. De todos modos, él insistió en quedarse.

Ella intuía que tenía algo en mente. Y por fin lo soltó:

—¿Sueñas mucho aquí? —dijo.

—Creo que soñé —dijo ella—. Pero no recuerdo sobre qué.

—Yo sueño terriblemente —dijo él.

—¿Qué clase de sueños?

—¡De todo tipo! —dijo riendo de manera rara—. Pero casi siempre con Alan. —Le echó un vistazo rápido, para comprobar cómo se lo había tomado. Ella no reflejó nada.

—¿Y sobre qué? —dijo con calma.

—¡Oh! —Hizo un pequeño gesto de desesperación—. Anoche soñé que me despertaba y había alguien tumbado en mi cama, encima de las sábanas. Primero pensé que eras tú y quise hablarte. Pero no pude. Luego supe que era Alan, yaciendo allí, en el frío. Y era muy pesado. Era tan pesado que no podía moverme, porque las ropas (ya sabes que no uso edredón) apretaban tanto sobre mí que apenas podía respirar, eran como plomo colocado a mi alrededor. Era terrible, era como un ataúd de plomo. Y él estaba tumbado encima, con aquel peso terrible. Cuando al fin me levanté, pensé que había muerto.

—Es porque tienes el pecho resfriado —dijo ella—. ¿Por qué no te quedas en la cama y llamo al médico?

—No quiero un médico —dijo él.

—¡Eres tan terco! Por lo menos, podrías tomar las aguas. Sería bueno para ti.

Durante el día, ella paseaba por el bosque con Marianne. Estaba soleado y había una capa fina de nieve. Pero el frío en el aire era intenso, pétreo, irrompible, y el bosque parecía negro, negro. En un falso claro, como en un cuenco, había pequeñas viñas. Nunca había visto los pálidos sarmientos tan torturados. Y los árboles oscuros parecían crecer desde insondables y frías profundidades, y parecían absorber lo que restaba de vida cálida, mientras las viñas en el claro se retorcían por el frío como lo hubieran hecho por el fuego.

Después del atardecer, antes de la cena, ella quiso ir a beber las aguas calientes de la fuente del gran balneario, bajo el Castillo Nuevo<sup>[114]</sup>. Philip insistió en ir con ella, aunque le rogó que se quedara. Bajaron por la oscura

colina entre los edificios de piedra rojiza, como la de la catedral de Estrasburgo.

En la cámara de la entrada a la fuente oscura esperaba un pequeño grupo de gente, oscuro y silencioso, como espíritus negros alrededor de un manantial. Algunos habían ido a beber. Otros, a por un cubo de agua caliente. Otros estaban allí, sobre todo para calentarse los dedos y así llevar algo de calor a su interior. Otros, furtivos, con botellas de agua caliente para calentar sus camas heladas. Todo el mundo era fundamentalmente pobre y silencioso, pero bien vestido, respetable, invencible.

Katharine y Philip esperaron un momento. Entonces, en la esquina más alejada de la rocosa gruta oscura, donde la fuente surgía del muro, Katharine vio a Alan. Estaba de pie, como si esperara su turno para beber, detrás del resto. Philip, aparentemente, no lo vio.

Fue empujada hacia delante en el silencioso y sombrío grupo de gente, y sujetó su vaso bajo el caño, por encima del cubo que un hombre estaba llenando. El agua caliente corrió, grata, por sus dedos. Enjuagó su vaso en el de la fuente.

—¡No! —dijo el hombre del cubo en su rudo y bienhumorado *badisch*—. Tírelo al cubo. Es solo agua para lavar.

Ella rió y levantó el vaso para beber. Había algo de experiencia terrible en el grupo silencioso de gente, allí en la penumbra. Había una luz débil fuera, en el patio. Dentro, la gruta se mantenía en sombras profundas.

Pero Alan la estaba mirando y ella bebió aquel agua caliente, extraña, de gusto infernal para él. Bebió un segundo vaso lleno. Luego lo llenó otra vez delante de la gente que esperaba, y se lo ofreció a Philip.

No miró a Alan hasta llegar al patio, donde más gente se estaba acercando y donde la corriente de la fuente surgía del enrejado del suelo, fantasmagórica en el aire de la noche.

Philip se echó un poco hacia atrás para beber. Pero al primer sorbo se ahogó y empezó a toser. Tosió y tosió en un espasmo convulso, como si se asfixiara. Ella se acercó a él con ansiedad. Y entonces vio que Alan la había seguido, y permanecía de pie detrás de ella, detrás del pequeño Philip que tosía.

—¿Qué te pasa? —le dijo al hombre que tosía—. ¿Se fue el agua por mal

sitio?

Él sacudió la cabeza pero no pudo contestar. Al cabo de un rato, exhausto pero tranquilo, le tendió el vaso, y se alejaron del silencioso grupo de gente sombría y vigilante.

Y Alan caminaba a su lado, sujetándole la mano.

Cuando entraron en el vestíbulo del hotel, ella vio con horror que había un hilo rojo de sangre en la barbilla de Philip, y manchas rojas en su abrigo.

—¿Qué has hecho? —gritó.

Él miró hacia su pecho y luego a ella, con ojos de angustia. Miedo, una agonía de terror al miedo en su rostro. Se había puesto pálido como un cadáver. Pensando que podía desmayarse, ella le rodeó con su brazo. Pero sintió a alguien silencioso pero firme, con un extraño poder helado, apartar ese brazo. Supo que era Alan.

El botones del hotel ayudó a Philip a subir a su habitación y a desvestirse y meterse en la cama. Pero cada vez que la mano de Katharine tocaba el cuerpo del hombre enfermo, para sostenerlo, sentía cómo se la apartaban silenciosa, fría, poderosa, implacablemente.

El médico llegó e hizo su examen. Dijo que no era grave, solo la rotura de una vena superficial. El paciente debía estar tumbado, quieto y caliente, y tomar comidas ligeras. Prohibido excitarse.

El rostro de Philip se mostraba angustiado, martirizado y culpable. Ella le tranquilizó todo lo que pudo pero apenas le tocó.

—¿Dormirás conmigo esta noche, en el caso de que pueda? —le dijo con unos ojos grandes y encantadores, llenos de miedo.

—Mejor duerme solo —dijo suavemente—. Mejor solo. Te arroparé y me sentaré contigo un rato. ¡Mantente tapado!

Le arropó y se sentó junto a la cama. En el otro lado se sentó Alan, con la cabeza descubierta, con su silenciosa y rojiza cara sin expresión. La línea marcada de sus labios, bajo el bigote rojo, nunca cambiaba, y mantenía sus pestañas entrecerradas. Pero había en su postura una dignidad maravillosa, inamovible, como si pudiera estar sentado así, silencioso y en espera, durante siglos. Y a través del aire cálido de la habitación, irradiaba esa extraña y pétrea frialdad que parecía tan pesada como la mano de la muerte. Esto no le hizo daño a Katharine. Pero la cara de Philip parecía fría y azulada.

Katharine se fue a su habitación cuando el enfermo se quedó dormido. Alan no la siguió. Y ella no preguntó. Era cosa de los dos hombres encontrar su destino.

Durante la noche, cerca ya de la mañana, ella oyó un llanto ronco y horrible. Corrió hacia la habitación de Philip. Estaba sentado en la cama, la sangre le corría por la barbilla, lívido, con los ojos desorbitados por el delirio.

—¿Qué tienes? —dijo ella presa del pánico.

—¡Estaba tumbado encima de mí! —gritó Philip, poniendo los ojos en blanco lleno de espanto—. ¡Estaba sobre mí y mi corazón se volvió frío y reventó las arterias de mi pecho!

Katharine permaneció de pie, petrificada. Había sangre en las sábanas. Tocó la campana con violencia. Al otro lado de la cama Alan estaba de pie, mirándola con sus inmóviles ojos azules, solo mirándola. Ella pudo sentir la extraña frialdad sólida de su presencia acariciando incluso su corazón. Y ella le devolvió la mirada con humildad, sabía que también tenía poder sobre ella. ¡Aquella extraña, fría, pétrea caricia en su corazón!

Los criados llegaron, y el doctor, y Alan se fue. Lavaron y cambiaron a Philip, que se durmió tranquilamente con el aspecto de un cadáver.

El día pasó despacio. Alan no apareció. Incluso ahora, Katharine quería que viniera. Aunque él fuera terrible, le quería allí, para que le diera seguridad, aunque solo fuera la seguridad del pavor y de su consuelo, aunque fuera el consuelo de la muerte.

Por la noche llevaron a la habitación de Philip un sofá cama para ella. Parecía tranquilo, mejorado. No le había dejado solo en todo el día, y Alan no había aparecido. A las nueve y media, Philip dormía silencioso y ella también se tumbó para dormir.

Se despertó en plena noche sintiendo aquella frialdad de piedra en el aire. ¿Se habría apagado la estufa? Entonces oyó a Philip susurrando su nombre con terror: «¡Katharine! ¡Katharine!». Acudió deprisa, se deslizó en su cama y le rodeó con sus brazos. Él se estremecía y estaba aterido. Ella lo atrajo.

Pero, inmediatamente, dos manos frías y fuertes como el acero agarraron sus brazos y los apartaron. Ella fue arrojada de la cama, sobre el suelo del dormitorio. Por un instante, la ira le inundó el corazón. Quería levantarse y pelear por el moribundo. Pero un poder más grande, el conocimiento de la

inutilidad y de la fatal deshonra de su interferencia femenina, la hizo desistir. Estuvo un rato tumbada en el suelo, en camisón, indefensa e impotente.

Entonces sintió que la alzaban. En la débil luz del amanecer que llegaba, supo que era Alan. Pudo ver la pechera de su uniforme, el viejo uniforme que había conocido mucho tiempo antes de la guerra. Y su rostro sobre ella, frío y fresco. Todavía estaba helado, pero el carácter pétreo había desaparecido. A ella le daba igual aquella frialdad. Él la atrajo, firme y fuerte, contra su cuerpo. Estaba duro y frío como un árbol, pero vivo. Y la rozadura de su bigote era la de frías y finas agujas. La tomó rápido y fuerte, y parecía que la poseía en cada poro de su piel, no como en la antigua y procreadora posesión. La tomó con rapidez y la poseyó en todos los poros de su cuerpo. Luego la tumbó sobre la cama para que durmiera.

En cierto modo, a ella no le importó. Solo pensaba en Alan. Después de todo, pertenecía al hombre que podía conservarla. Al mismo hombre que sabía cómo conservarla y podía poseerla a través de todos los poros de su piel; no había manera de retroceder ante él. No fue un solo acto, un solo movimiento para tomarla, sino algo parecido a una nube que sostiene la lluvia.

Los hombres que solo son funcionales, déjalos pasar y perecer. Deseaba su propia satisfacción como la vida misma, con cada poro, con cada uno de sus pedazos. El hombre que pudiera abrazarla como la envolvía el viento, como la envolvía el aire, por todas partes. El hombre cuya aura atravesaba cada vena, por todos sus poros, como el perfume de los pinos cuando estás bajo ellos. Un hombre, no un fauno ni un sátiro, o un ángel o un demonio, más bien el árbol de la vida, implacable e incuestionable, y permeable, mudo, perdurable.

La muerte de Philip no removió su piedad. Tenía el aspecto de merecer estar muerto, incluso tras una muerte larga.

Por la tarde, ella salió sola a pasear. Subió la colina empinada, pasó junto al Castillo Nuevo y continuó subiendo a través del bosque de pinos hasta el Castillo Viejo Hohenbaden<sup>[115]</sup>, cuyos muros fragmentados y silenciosos, de piedra vieja y rojiza, se levantaban entre densas arboledas. Dos hombres, extraños rufianes salvajes con bultos sobre sus espaldas, estaban en el vestíbulo, derrumbado y sin suelo, mirando a su alrededor.

—Sí —decía el más viejo, con una barba redondeada—, ya no hay más duques de Baden-Baden, ni condes ni barones, y los pares del reino están tan en ruinas como este sitio. Pronto todos parecerán gentuza, vagabundos.

—Ni más damas —dijo el más joven, en voz baja—. Cada vagabundo puede tener su dama.

Katharine le oyó, con una punzada de pánico. Como conocía el castillo, subió las escaleras y rodeó la balaustrada por encima del gran vestíbulo, mirando el campo lejano. El sol se estaba hundiendo. El Rin era una cinta tenue de magnesio, allá lejos, en la llanura. En la otra orilla estaba la capilla rusa, y más abajo, a la izquierda, la ciudad y el Lichtenthal. No más jugadores, no más juego cosmopolita. Solo la noche y la oscuridad en las colinas, y nieve en lo alto de la Merkur<sup>[116]</sup>.

¡Mercurio! ¡Hermes<sup>[117]</sup>! ¡El mensajero! Como un producto de su pensamiento, Alan estaba allí en el muro, a su lado, y se sintió tranquila. Allí abajo, los dos hombres la estaban mirando, en silencio, sin saber el camino de subida. Permanecían en la fría sombra del vestíbulo. Un sol aguado, rojizo y persistente la alcanzaba donde ella estaba, allí arriba. De nuevo, por última vez, miró hacia los campos: el sol se hundió bajo el Rin, las colinas de Alemania a un lado y la fría inmovilidad de la tarde de invierno.

—Sí, vamos —oyó la voz del más viejo—. Apenas somos ya hombres y mujeres. Somos más parecidos a los hombres y mujeres que bebieron en este vestíbulo, viviendo el día a día.

—Pero comemos y bebemos todavía, y los hombres aún desean a las mujeres.

—¡No, no! Un hombre se olvida hasta del forro de sus pantalones cuando ve juntos a la mujer y al fantasma.

Los dos vagabundos se volvieron y se fueron, lentamente, colina arriba.

Katharine sintió la caricia de Alan en su brazo bajo el viejo y despedazado castillo. Él la condujo a través del bosque, paseando por las rocas rojizas. El sol se había puesto, los árboles estaban azules. Él se rezagó bajo un gran pino, en la umbría. Y de nuevo la poseyó deprisa, y apretó su frío rostro contra el de ella, como si el mismo árbol estuviera creciendo a su alrededor, la dura y viva madera comprimiéndola y casi devorándola, las agujas afiladas frotando su cara, los miembros del árbol viviente



envolviéndola, estrujándola en el éxtasis final, en sumisión, extrayendo de ella hasta la última gota de pasión, como las frías bayas blancas del muérdago en el árbol de la vida.

## DOS PÁJAROS AZULES<sup>[118]</sup>

Había una mujer que adoraba a su marido pero no podía vivir con él. A su vez, el marido estaba sinceramente unido a ella. Los dos tenían menos de cuarenta años, los dos eran hermosos y los dos atractivos. Guardaban el uno con el otro la atención más sincera y se sentían, de una forma extraña, unidos eternamente en matrimonio. Se conocían mutuamente de una manera muy profunda, mejor que a nadie más, y se sentían más conocidos por el otro que por ninguna otra persona.

Pero no podían vivir juntos. Normalmente, guardaban geográficamente mil millas de separación. Pero cuando él se sentaba en el gris de Inglaterra, en el fondo de su mente y con cierta fidelidad inexorable, recordaba a su esposa con un extraño anhelo de serle fiel y leal, y tenía sus amoríos lejos, en el sol, en el sur. Y ella, mientras bebía su cóctel en la terraza sobre el mar y volvía sus ojos grises e irónicos hacia la muy oscura cara de su admirador que, de verdad, le gustaba mucho, en realidad estaba absorta en los bien definidos rasgos de su joven y atractivo marido y pensaba en cómo este pediría a su secretaria que le hiciera algo, con esa voz confidente y amable del hombre que sabe que su ruego solo será atendido con gran satisfacción.

La secretaria, desde luego, le adoraba. Era muy competente, bastante joven y bien parecida. Le adoraba. Pero todos sus sirvientes siempre le adoraban, especialmente las mujeres. Era habitual que los hombres le engañaran.

Cuando un hombre tiene una secretaria que le adora y tú eres la mujer de ese hombre, ¿qué has de hacer? No es que hubiera nada «malo» —¡sí!, ya sabes a qué me refiero— entre ellos. Para ser concreto, nada a lo que se pudiera llamar adulterio. ¡No, no! Solo eran el joven jefe y su secretaria. Le

dictaba. Ella se convertía en su esclava y le adoraba, y su relación iba sobre ruedas.

Él no la «adoraba»<sup>[119]</sup>. Un hombre no necesita adorar a su secretaria. Pero depende de ella. «Simplemente, confío en la señorita Wrexall». Así como nunca podría confiar en su esposa. Lo que sabía de ella era que no necesitaba que se le diese confianza.

Así pues, permanecieron como amigos en la terrible intimidad silenciosa de los que una vez estuvieron casados. Era habitual que, todos los años, se fueran a pasar juntos las vacaciones y si no hubieran sido marido y mujer, habrían encontrado mucha diversión y estímulo estando juntos. El hecho de que estuvieran casados —habían estado casados durante los doce últimos años y durante los tres o cuatro últimos ya no podían vivir juntos— los echó a perder. Ambos sentían amargura respecto al otro.

Sin embargo, eran muy amables. Él era la generosidad misma y la quería con verdadera ternura prescindiendo de la cantidad de aventuras que tuviera. Las aventuras formaban parte de su necesidad actual.

—Después de todo, tengo que vivir. ¡No puedo convertirme en un pilar de sal en cinco minutos solo porque tú y yo no podamos vivir juntos! Tienen que pasar años para que una mujer como yo se convierta en pilar de sal. ¡Por lo menos así lo espero!

—Desde luego —contestaba él—. ¡Desde luego! Claro que sí. Los has de poner en escabeche y haz con ellos pepinos a la vinagreta antes de que cristalicen. Este es mi consejo.

Él era así, tan terriblemente inteligente y enigmático. Ella podía más o menos entender la idea de los pepinos a la vinagreta, pero lo de «cristalizarse», ¿qué significaba?

¿Quería sugerir que él mismo había sido avinagrado y que le era innecesaria ninguna otra inmersión, que pudiera echar a perder el gusto? ¿Era eso lo que quería decir? Y ella, ¿era ella el mar y el valle de lágrimas?

Nunca se sabe cuán malicioso puede ser un hombre cuando es realmente enigmático e inteligente y además un poco caprichoso. Él era adorablemente caprichoso, con una mueca en su boca vanidosa y flexible, con su grueso labio superior ¡tan lleno de vanidad! Pero un joven como ese, hermoso, con una bella figura e insincero, ¿cómo podía dejar de ser vanidoso? Las mujeres

le hacían serlo.

¡Ah, las mujeres! ¡Qué estupendos serían los hombres si no fuera por las mujeres!

¡Y qué estupendas serían las mujeres si no fuera por los hombres! Eso es lo mejor de una secretaria. Quizá pueda tener un marido, pero un marido es un simple fragmento de hombre comparado con el jefe, con un jefe que te dicta y cuyas palabras apuntas y transcribes con fidelidad. ¡Imaginaos a una esposa que escriba todo lo que su marido le dice...! ¡Pero una secretaria...! Todos sus «y» y «pero» los guarda para siempre. ¿Qué son las violetas azuladas en comparación?

Está muy bien tener amoríos bajo el sol allá en el sur cuando sabes que hay un marido al que adoras dictando a una secretaria con quien estás demasiado enfadada para odiarla y a quien más bien desprecias, en el sitio que deberías considerar tu hogar. Un romance no es muy bueno cuando tienes un poco de arena en el ojo. O algo en el fondo de tu mente.

¿Qué se puede hacer? El marido, desde luego, no le dijo a su mujer que se fuera.

—Tienes a tu secretaria y a tu trabajo —dijo ella—. No hay espacio para mí.

—Hay un dormitorio y una sala exclusivamente para ti —contestó él—. Y un jardín y la mitad de un coche. Pero haz lo que quieras. Lo que más te plazca.

—En ese caso —dijo ella—, iré al sur a pasar el invierno.

—¡Sí, hazlo! —le contestó él—. Siempre te gusta ir.

—Sí, siempre —dijo ella.

Se separaron con una cierta dureza que tenía escondido un deje de tristeza. Y ella se fue a sus amoríos, que eran como el huevo del cura, apetitoso en parte<sup>[120]</sup>. Y él se dispuso a trabajar. Decía que odiaba trabajar pero nunca hizo otra cosa. Diez u once horas al día. ¡Eso es lo que tiene ser tu propio jefe!

El invierno pasó y llegó la primavera, cuando las golondrinas vuelven a casa; o al norte, en este caso. Este invierno, uno de tantos, había sido más bien difícil de pasar. La poca arena que había en el ojo atento de la esposa entraba más profundamente cuanto más parpadeaba. Las caras morenas

pueden ser oscuras y los cócteles helados pueden dejar una grata sensación. Parpadeaba tanto como podía para quitarse ese poco de arena, pero no se iba. Debajo de las aromáticas bolas de la mimosa, ella pensaba en su marido, que estaría en la biblioteca, y en esa pulcra, competente pero vulgar y pequeña secretaria ¡tomando siempre nota de lo que él decía!

—¡Cómo puede aguantarlo un hombre! ¡Cómo puede aguantarlo ella, un ser vulgar y pequeño como es, no lo sé! —se decía la esposa.

Se refería al trabajo de dictar, esas diez horas al día de relación *à deux*, en las que entre ellos no había nada, excepto un lápiz y un torrente de palabras.

¿Qué se podía hacer? Los problemas en lugar de resolverse habían empeorado. La pequeña secretaria se había traído a la casa a su madre y a su hermana. La madre era una espléndida cocinera y ama de llaves, y la hermana, una especie de doncella de categoría, cuidaba de la ropa fina y de «sus» trajes y le servía a las mil maravillas. En verdad, era un arreglo excelente. La anciana madre era una magnífica cocinera y la hermana era todo lo que se puede desear en una *valet-de-chambre*, una lavandera de ropa fina, una doncella de salón y una camarera. Y todo económico al máximo. Sabían de memoria su trabajo. La secretaria corría a la ciudad cuando un acreedor se volvía peligroso y siempre suavizaba las crisis financieras.

Él, evidentemente, tenía deudas y estaba trabajando para pagarlas. Y si hubiera sido un príncipe de cuento de hadas que llama a las hormigas para que le ayuden, no hubiera estado más encantador al resolver la vida a la secretaria y a su familia. Casi no cobraban ningún sueldo. Y parecían representar el milagro de los panes y los peces a diario.

Ella, evidentemente, era la esposa que amaba al marido, pero le ayudaba a endeudarse, y así resultaba un artículo caro. Cuando ella aparecía por la casa, la familia de la secretaria la recibía con las atenciones y deferencias más exquisitas. El caballero regresando de las cruzadas no levantaba tanto revuelo. Se sentía como la reina Isabel en Kenilworth<sup>[121]</sup>, una soberana visitando a sus fieles súbditos. Pero probablemente en su sopa estaba escondido este cabello: ¿se alegrarán cuando me vaya de nuevo?

Ellos protestaban: «¡No! ¡No!». Habían estado esperando y rezando para que volviera. Habían estado suspirando para que estuviera allí, en su papel de señora, la esposa. ¡Ah, «su» esposa!

¡Su esposa! Su halo era como un cubo en su cabeza.

La madre-cocinera pertenecía al «mundo», así que era la hija-doncella quien recibía las órdenes.

—¿Qué es lo que querrá para el almuerzo y la cena de mañana, señora Gee?

—Bien, ¿qué es lo que tenemos normalmente?

—No, ¿qué es lo que quiere usted?

—No tenemos nada prefijado. Mamá sale y elige lo más fresco y bueno que encuentra. Pero creyó que ahora usted le diría qué hay que comprar.

—¡Oh, no lo sé! No soy muy buena para este tipo de cosas. Dígale que siga de la misma manera, estoy segura de que ella es quien mejor lo sabe.

—¿Quizá le gustaría comer un dulce?

—No, no me entusiasman los dulces y usted sabe que al señor Gee tampoco. Así pues, no hagan ninguno para mí.

¡No podría haber otra cosa más imposible! Tenían la casa sin una mancha y marchando como la seda, ¡cómo se atrevería a interferir una esposa extravagante e incompetente cuando veía su sorprendente y casi inspirada economía! ¡Y además administraban el lugar con casi nada! ¡Simplemente, era gente maravillosa! ¡Y de qué manera esparcían ramas de palmera bajo sus pies!

Pero todo eso lo único que hacía era que se sintiese ridícula, como si ella fuera el asno y, a la semana siguiente, la Crucifixión.

—¿No crees que la familia se las arregla muy bien? —le preguntó él tanteándola.

—¡Pero que muy bien! ¡Casi románticamente bien! —contestó ella—. Supongo que tú eres feliz, ¿no?

—Vivo muy confortablemente —dijo el marido.

—Puedo ver cómo vives —añadió ella—. ¡Es sorprendente! ¡Nunca he visto tal confort! ¿Estás seguro de que no es malo para ti?

Ella le observaba a hurtadillas. A él se le veía muy bien y extremadamente atractivo, a su manera exagerada. Iba escandalosamente bien vestido y cuidado. Y tenía ese aire de fácil aplomo y buen humor que va transformando a un hombre, y que solo adquiere cuando él es el gallo del camino, la mayor parte del cual está habitado por sus propias gallinas.

—¡No! —respondió, sacándose la pipa de la boca y sonriéndole caprichosamente—. ¿Es que parece que es malo para mí?

—No, no lo parece —contestó rápidamente ella pensando, naturalmente, como se supone que una mujer piensa hoy, en la salud y el bienestar del marido, la base aparente de toda alegría.

Y la señora Gee, cómo no, continuó sacando consecuencias.

—Quizá para tu trabajo no resulte tan eficaz como lo es para ti —dijo en una voz más bien baja. Sabía que él no podía resistir que se burlara de su trabajo aunque fuera por un momento. Y él sabía qué quería decir esa voz más bien baja.

—¿De qué forma? —preguntó enfadándose.

—Oh, no lo sé —contestó con indiferencia—. Quizá no es bueno para el trabajo de un hombre vivir demasiado comfortable.

—No sé qué quieres decir —dijo dando una vuelta teatral por la biblioteca y quitándose la pipa de la boca—. Teniendo en cuenta que trabajo, realmente, reloj en mano durante doce horas diarias y durante diez horas cuando el día es corto, no creo que puedas decir que me estoy deteriorando por vivir comfortablemente.

—No, supongo que no —admitió la esposa.

Pero ella, no obstante, lo pensaba. Su confort no consistía tanto en una buena comida y una cama blanda como en no tener a nadie, absolutamente a nadie ni a nada que le contradijera. «Me gustaría creer que no existe nada que le haga sufrir», le había dicho la secretaria a la esposa.

¡Nada que le haga sufrir! ¡Qué situación para un hombre! Cuidado por unas mujeres que no permitirían que nada le «hiciera sufrir». Si algo hiciera sufrir su exasperada vanidad, ¡le haría sufrir!

Así pensaba la esposa. Pero ¿qué se podía hacer? En el silencio de la medianoche oía su voz a lo lejos dictando, como la voz de Dios hablando a Samuel<sup>[122]</sup>, sola y monótona, y se imaginaba también la figura pequeña de la secretaria, ocupada copiando en taquigrafía. En las horas soleadas de la mañana mientras él estaba todavía en la cama —nunca se levantaba hasta el mediodía—, desde otro sitio llegaba ese ruido agudo de insecto de la máquina de escribir, como algún enorme saltamontes chirriante y ruidoso. Era la secretaria, escribiendo a máquina sus notas.

Esa muchacha —tenía solo veintiocho años— se esclavizaba verdaderamente hasta el tuétano. Era pequeña y pulcra, pero en realidad estaba gastada. Hacía mucho más trabajo del que hacía él, no solo tenía que tomar nota de esas palabras que él pronunciaba, sino que tenía que escribirlas a máquina, hacer tres copias, mientras que él aún estaba descansando.

—¡Por todos los cielos! ¿Qué es lo que gana con ello? —pensaba la esposa—. No lo sé. Simplemente se gasta hasta los huesos por un salario muy exiguo, y nunca la ha besado y nunca lo hará si es que yo le conozco un poco.

Sin embargo, la esposa no estaba segura de si el hecho de que nunca la hubiera besado —es decir, a la secretaria— hacía la situación mejor o peor. Él nunca besaba a nadie. No tenía muy claro si ella misma —es decir, la esposa— quería que la besara. Pensaba más bien que no.

¡Por todos los cielos! ¿Qué quería ella? Ella era su esposa. ¡Santo cielo! ¿Qué quería de él?

Ciertamente, no quería tomar en taquigrafía lo que decía y escribir de nuevo a máquina todas esas palabras. Y realmente no quería que la besara, le conocía demasiado. Sí, le conocía demasiado bien. Si conoces a un hombre demasiado bien no quieres que te bese.

Entonces ¿qué? ¿Qué quería? ¿Por qué le había quedado un recuerdo tan persistente de él? ¿Solo porque era su esposa? ¿Por qué prefería divertirse con otros hombres —y eso que era implacable en cuanto a la diversión— sin tomarlos nunca en serio? ¿Y por qué debía de tomarle tan endiabladamente en serio, cuando en realidad nunca lo había «disfrutado»?

Desde luego que había pasado buenos ratos con él en el pasado, antes —ah—, antes de que hiciera un millar de cosas que, todas juntas, sumaban nada. Pero ella ya no sentía ningún placer a su lado. Nunca había disfrutado estando con él. Había un silencio, una tensión constante entre ellos que nunca desaparecía, ni siquiera cuando estaban separados por mil millas.

¡Horrible! ¿Eso es lo que tú llamas estar casado? ¿Qué se puede hacer? Ridículo, ¡saberlo y no hacer nada para remediarlo!

Volvió una vez más y allí estaba, en su propia casa, una especie de superinvitada también para él. Y la familia de la secretaria dedicándole sus vidas.

¡Dedicándole sus vidas! ¡En serio! ¡Tres mujeres gastando sus vidas por



él, día y noche! ¿Y qué recibían a cambio? ¡Ni un beso! Muy poco dinero, porque sabían todo sobre sus deudas, ¡y habían hecho de sus vidas un negocio para pagarlas! ¡No había esperanzas! ¡Doce horas de trabajo al día! Aislamiento absoluto, ¡él no veía a nadie!

¿Y después de eso? ¡Nada! Quizá una sensación de elevarse y darse importancia, porque algunas veces veían en revistas el nombre de su señor y su fotografía. Pero ¿creería alguien que eso era suficiente?

Aun así, ¡ellas le adoraban! Parecían tener esa profunda satisfacción de las gentes en una misión especial. ¡Extraordinario!

Bien, si es que la tenían, dejémosles así. Eran, desde luego, gente más bien vulgar, «de pueblo»; quizá esto tenía una especie de encanto para ellas.

Pero era malo para él. No había duda. Su trabajo estaba volviéndose confuso y pobre de calidad. —¡Y para qué extrañarse!—. Su tono, en todos los aspectos, iba disminuyendo, se hacía más vulgar. Desde luego que era malo para él.

Al ser su esposa, sentía que tenía que hacer algo para salvarle. Pero ¿cómo lo haría? Esa maravillosa familia de la secretaria estaba perfectamente dedicada al señor, ¿cómo podía atacarla? Aunque mejor sería relegarla al olvido. Desde luego que le hacían mal, arruinando su trabajo, arruinando su reputación como escritor, arruinando su vida. Arruinándole con su esclavitud servicial.

¡Desde luego que había que atacarlas! ¿Y qué podía ofrecer a cambio? ¡Ciertamente no una dedicación que le exigiera la esclavitud, ni a él ni a su torrente de palabras! ¡Desde luego que no!

Una vez más se lo imaginaba desnudo, despojado de su secretaria y de la familia de su secretaria, y se estremecía. Era como tirar el cuerpo desnudo en el cubo de la basura. ¡No podía hacer eso!

Pero algo debía hacer. Lo sentía así. Estaba casi tentada de endeudarse otra vez por otras mil libras y dejar sin pagar la factura o enviársela a él, como de costumbre.

¡Pero no! ¡Algo más drástico!

Algo más drástico, o quizá más moderado. Vacilaba entre las dos posibilidades. Y vacilando, al principio no hizo nada, no llegó a ninguna decisión, se arrastraba vagamente día tras día esperando tener la suficiente

energía para irse de nuevo.

¡Era primavera! ¡Qué tonta había sido de venir en primavera! ¡Y tenía cuarenta años! ¡Qué imbécil para una mujer ir y tener cuarenta años!

Una cálida tarde bajó al jardín, cuando los pájaros estaban piando con fuerza en la azotea, el cielo estaba bajo y cálido y no tenía nada que hacer. El jardín estaba lleno de flores, al marido no le gustaban por su exhibición teatral. Lilas y arbustos de mundillos y codesos y mayos rojos, tulipanes y anémonas y margaritas de colores. ¡Muchas flores! ¡Arriates con nomeolvides! Ella las hubiera llamado puntos azules y gotas amarillas y adornos blancos. ¡Sin tanto sentimentalismo, después de todo!

Hay una cierta tontería, algo espectacular y teatral en la primavera, con las hojas y las flores que aparecen como si fueran coristas, a no ser que tengas algo parecido dentro de ti. Cosa que ella no tenía.

¡Oh, cielos! Más allá del seto oía una voz, una voz constante y más bien declamatoria. ¡Oh, cielos! Estaba dictando a su secretaria en el jardín. ¡Santo Dios, en ninguna parte podías alejarte de ese asunto!

Miró a su alrededor, tenía muchas posibilidades de escapatoria. Pero ¿qué había de bueno en escapar? Seguiría y seguiría dictando. Se fue tranquilamente hasta el seto y escuchó.

Estaba dictando un artículo sobre la novela moderna para una revista. «De lo que la novela moderna carece es de arquitectura». ¡Santo Dios! ¡Arquitectura! Quizá también añadiría: De lo que la novela moderna carece es de un corsé, o de una cucharadita de té, o de un diente de la rueda que se ha parado.

¡Sin embargo, la secretaria escribía, escribía, escribía! ¡No, esto no podía seguir! Era más de lo que la carne y la sangre pueden resistir.

Recorrió con sigilo el seto, era algo así como el lobo en su ronda, una mujer fuerte y ancha vestida con un caro jersey de seda de color mostaza y una falda de pliegues de color crema. Sus piernas eran largas y bien formadas, y llevaba zapatos caros.

Con una curiosa cautela, como la del lobo, dio la vuelta al seto y miró de través al pequeño y sombreado césped donde las margaritas crecían por todas partes. Él estaba recostado sobre una hamaca debajo de un castaño de Indias con flores rosadas. Iba vestido de estameña blanca y con una bonita camisa

de lino amarilla. Su elegante mano caía a un lado de la hamaca y golpeaba con una especie de ritmo vago que acompañaba a sus palabras. En la mesita de mimbre, la pequeña secretaria, con un vestido de punto verde, inclinaba la cabeza sobre el cuaderno y escribía rápidamente esos horribles signos de taquigrafía. No era difícil seguirle ya que dictaba despacio y guardaba cierto ritmo, tiempo que iba marcando con la mano que estaba colgando.

«En todas las novelas tiene que haber un personaje principal con el que siempre simpatizamos... con quien siempre simpatizamos, aunque reconozcamos sus..., aun cuando seamos muy conscientes de sus debilidades humanas».

Cada hombre es su propio héroe, pensó la mujer secamente, olvidándose de que cada mujer es, sobremanera, su propia heroína.

Pero lo que la sorprendió fue un herrerillo revoloteando alrededor de los pies de la pequeña secretaria, absorta escribiendo taquigrafía. Era un herrerillo azul y gris con algo de amarillo. Pero a la esposa le pareció azul en la translúcida tarde de ese agradable día de primavera. El herrerillo estaba revoloteando alrededor de los piecitos bonitos pero más bien vulgares de la pequeña secretaria.

¡El pájaro azul! ¡El pájaro azul de la alegría! Bien, estoy salvada —pensó la esposa—. ¡Estoy salvada!

Y mientras decía que estaba salvada, apareció otro pájaro azul —es decir, otro herrerillo— y comenzó a pelearse con el primero. ¡Un par de pájaros azules de la alegría teniendo una pelea! ¡Bien, estoy salvada!

Estaba más o menos fuera de la vista del par de preocupados humanos. Aunque él se distrajo con la pelea de los herrerillos, cuyas pequeñas plumas comenzaban a volar sueltas.

—¡Fuera! —les dijo él suavemente, agitándoles un pañuelo amarillo oscuro—. Pelead y tened vuestros asuntos privados en otra parte, mis queridos caballeros.

La pequeña secretaria alzó la vista rápidamente; ya había comenzado a tomar nota. Él le sonrió con su sonrisa caprichosa y retorcida.

—No, no escriba eso —le dijo cariñosamente—. ¿Ha visto a esos dos herrerillos puestos uno encima del otro?

—¡No! —respondió la pequeña secretaria mirando inteligentemente

alrededor, sus ojos estaban medio cegados por el trabajo.

Y vio la extraña figura de la esposa, elegante y poderosa como la del lobo, detrás de ella, y sus ojos se llenaron de terror.

—¡Yo los vi! —dijo la esposa mientras iba avanzando con esas curiosas y bien formadas piernas de loba debajo de la falda muy corta.

—¿Verdad que son unas pequeñas bestias extraordinarias y perversas? —añadió el marido.

—¡Extraordinarias! —repitió ella inclinándose y cogiendo una pequeña pluma de la pechuga—. ¡Extraordinarias! ¡Mirad cómo vuela la pluma!

Y se puso la pluma en la punta del dedo y la miró. Después miró a la secretaria y luego a él. La esposa tenía una expresión rara entre las cejas, como la del lobo.

—Creo —comenzó él— que estas son las tardes más encantadoras, cuando no nos llega el sol directamente y todos los sonidos, los colores y los perfumes están como disueltos en el aire, ¿no lo notáis?, y todo está impregnado, impregnado de primavera. Es como estar dentro, ¿sabéis qué quiero decir?, como estar dentro del huevo y a punto de romper la cáscara.

—¡Eso es! —asintió ella sin creérselo.

Hubo una pequeña pausa. La secretaria no dijo nada. Estaban esperando a que la esposa se marchara.

—Supongo —dijo esta última— que estáis tan terriblemente ocupados como de costumbre.

—Justamente como siempre —dijo el marido torciendo la boca, con desaprobación.

De nuevo hubo una pausa, en la que él esperó que su esposa se fuera.

—Sé que estoy interrumpiendo —dijo.

—En realidad —dijo él—, solo estaba mirando a esos dos herreros.

—¡Vaya par de pequeños demonios! —añadió la esposa soplando la pluma amarilla que estaba en la punta de su dedo.

—¡Ciertamente! —dijo el marido.

—Bien, es mejor que me vaya y os deje seguir con vuestro trabajo —dijo ella.

—¡No hay prisa! —exclamó él con calma benévola—. En realidad, no creo que sea buena idea trabajar aquí fuera.

—¿Por qué lo has probado? —preguntó la esposa—. Sabes que nunca has podido hacerlo.

—La señorita Wrexall sugirió que quizá produciría un cambio. Pero no creo que esto ayude, ¿qué cree usted, señorita Wrexall?

—Lo siento —dijo la pequeña secretaria.

—¿Por qué lo ha de sentir? —preguntó la otra mujer mirándola como un lobo puede mirar casi benignamente a un perrito mestizo negro y de color canela—. Solo lo sugirió por el bien de mi marido, ¿estoy segura!

—Pensé que el aire le iría bien —admitió la secretaria.

—¿Por qué la gente como usted nunca piensa en sí misma? —interpeló la esposa.

La secretaria la miró a los ojos.

—Supongo que lo hacemos, de diferente manera.

—¡De muy diferente manera! —dijo la esposa con ironía—. ¿Por qué no le hace pensar en usted? —añadió despacio con una especie de pesimismo—. En una suave tarde de primavera como esta, debería tenerle dictándole poemas sobre los pájaros azules de la alegría revoloteando alrededor de sus delicados pies. Sé que yo le tendría así si fuera su secretaria.

Hubo una pausa. La esposa estaba de pie inmóvil como una estatua, en una actitud característica de ella, medio vuelta hacia la pequeña secretaria, medio apartada. Había medio vuelto la espalda a todo.

La secretaria miró al marido.

—En realidad —dijo él—, estaba escribiendo un artículo sobre el futuro de la novela<sup>[123]</sup>.

—Lo sé —dijo la esposa—. ¡Por eso es tan horrible! ¿Por qué no algo vivo de la vida del novelista?

Hubo un silencio prolongado en el que se le veía sufriendo y algo distante, parecía una estatua. La pequeña secretaria inclinó la cabeza. La esposa se fue paseando lentamente.

—¿Dónde estábamos exactamente, señorita Wrexall? —Se oyó el sonido de su voz.

La pequeña secretaria estalló. Estaba profundamente indignada. Sus bellas relaciones, las de ellos dos, ¡habían sido tan insultadas!

Pero pronto la secretaria se desvió aguas abajo en el flujo de sus palabras,

estaba demasiado ocupada para tener alguna sensación, excepto la de júbilo al estar tan ocupada.

Llegó la hora del té: la hermana sacó la bandeja al jardín. E inmediatamente apareció la esposa. Se había cambiado y llevaba puesto un vestido de fina tela azul achicoria. La pequeña secretaria había recogido sus papeles y se estaba yendo más bien con prisa.

—No se vaya, señorita Wrexall —le dijo la esposa.

La pequeña secretaria se paró un instante, luego vaciló.

—Mi madre me estará esperando.

—Dígale que no va a ir. Y pida a su hermana que traiga otra taza. Quiero que tome el té con nosotros.

La señorita Wrexall miró al hombre que estaba apoyado sobre un codo en la hamaca y tenía un aspecto enigmático, hamletiano<sup>[124]</sup>.

El hombre la miró rápidamente y frunció la boca como en un gesto juvenil.

—Sí, quédese aquí y tome el té con nosotros por una vez —afirmó el marido—. Veo fresas y sé que usted es el pájaro para comérselas.

La secretaria le echó una mirada, sonrió con tristeza y se apresuró a decírselo a su madre. Aún tuvo tiempo suficiente para ponerse un vestido de seda.

—¡Caramba, qué elegante va! —exclamó la esposa cuando la pequeña secretaria apareció de nuevo en el césped con su seda azul achicoria.

—¡Oh, no mire mi vestido, comparado con el suyo! —añadió la señorita Wrexall. ¡Eran realmente del mismo color!

—Por lo menos usted se ha ganado el suyo, que es más de lo que yo he hecho con el mío —aclaró la esposa mientras servía el té—. ¿Le gusta fuerte?

Con sus cansados ojos miraba a la fatigada joven, menuda como un pájaro y vestida de azul y con unos ojos que parecían hablar de muchos libros misteriosos e inexplicables.

—Oh, como esté, gracias —respondió la señorita Wrexall inclinándose hacia delante.

—Está bastante negro si es que quiere arruinar su digestión —dijo la esposa.

—Pondré un poco de agua, entonces.

—Mejor, diría yo.

—¿Cómo va el trabajo? ¿Bien? —preguntó la esposa mientras bebía el té y las dos mujeres se miraban mutuamente el vestido.

—¡Oh! —dijo él—. Tan bien como puedas esperar. Era un montón de puras tonterías. Pero era lo que querían. Una terrible bobada, ¿verdad, señorita Wrexall?

La señorita Wrexall se movió con dificultad en la silla.

—Me interesaba —respondió—, aunque no tanto como la novela.

—¿La novela? ¿Qué novela? —preguntó la esposa—. ¿Hay otra nueva?

La señorita Wrexall miró al marido. De ninguna manera dejaría ninguna de sus actividades literarias.

—Estaba solo esbozando una idea para la señorita Wrexall.

—Háblenos de ella —le pidió la esposa—. Señorita Wrexall, ¿podría explicarnos de qué se trata?

Se dio la vuelta sobre la silla y miró a la pequeña secretaria.

—Lo siento —dijo como pudo la señorita Wrexall—. No la tengo muy clara aún.

—¡Oh, vamos! ¡Explíquenos lo que tenga escrito!

La señorita Wrexall se sentó muda y muy irritada. Se sentía acosada. Miró los pliegues azules de su falda.

—Lo siento, no puedo.

—¿Por qué cree no poder? Usted es muy competente. Estoy segura de que lo tiene todo en la punta de la lengua. Estoy segura de que escribe para el señor Gee una buena parte de sus libros, realmente. Él le da unas indicaciones y usted lo hace todo. ¿No es así como lo hace? —Hablaban con ironía, como si estuviera tomando el pelo a un niño. Y entonces miró los impecables pliegues de su propia falda azul, de muy buena calidad y cara.

—No está usted hablando en serio —dijo la señorita Wrexall sintiéndose con más temple.

—¡Desde luego que hablo en serio! He venido sospechando durante largo tiempo (por lo menos durante algún tiempo) que usted escribe una buena parte de los libros del señor Gee, con las indicaciones que él le da.

Lo decía en tono de burla, pero era cruel.

—Me sentiría muy halagada —siguió la señorita Wrexall irguiéndose—

si no supiera que está solo tratando de hacer que me sienta como una tonta.

—¿Hacerla sentirse una tonta? ¡Mi querida niña! ¡Nada más lejos de mi intención! Usted es dos veces más inteligente y un millón de veces más competente que yo. ¡Mi querida niña, siento la más grande admiración por usted! No podría hacer lo que usted hace ni por todas las perlas de la India. No podría jamás.

La señorita Wrexall se calló y hubo un silencio.

—Quieres decir que mis libros son leídos como si... —empezó el marido levantándose y hablando con voz angustiada.

—¡Sí! —continuó ella—. Justamente como si la señorita Wrexall los hubiera escrito con tus indicaciones. Honestamente, creí que lo hacía cuando estabas demasiado ocupado.

—¡Qué lista eres! —añadió él.

—¡Mucho! —gritó la esposa—. ¡Especialmente si estoy equivocada!

—Lo estás.

—¡Qué extraordinario! —gritó de nuevo la esposa—. ¡Bien, una vez más estoy equivocada!

Hubo un silencio total.

Fue roto por la señorita Wrexall, que se retorció nerviosa los dedos.

—Usted quiere estropear lo que hay entre él y yo, puedo adivinarlo —dijo amargamente.

—Querida, pero ¿qué es lo que hay entre usted y él? —preguntó la mujer.

—Era feliz trabajando con él, ¡trabajando con él! ¡Era feliz trabajando para él! —exclamó la señorita Wrexall con lágrimas de indignada cólera y disgusto en sus ojos.

—¡Mi querida niña! —gritó la esposa con una excitación simulada—. Siga siendo feliz trabajando con él, ¡siga siendo feliz mientras pueda! ¡Si esto la hace feliz, disfrútelo entonces! ¡Desde luego! ¿Cree que sería tan cruel... con él como para querer quitárselo? No puedo escribir en taquigrafía y a máquina y llevar el libro de contabilidad con doble entrada, o como se le llame. Se lo digo, soy totalmente incompetente. Nunca gano nada. Soy un parásito del roble británico, como el muérdago. El pájaro azul no revolotea alrededor de mis pies. Quizá son demasiado grandes y pisan fuerte.

Y miró sus caros zapatos.



—Si hubiera que criticar a alguien —dijo volviéndose hacia su marido—, sería a ti, Cameron, por tomar tanto de ella y no darle nada a cambio.

—¡Pero él me lo da todo, todo! —gritó la señorita Wrexall—. ¡Me lo da todo!

—¿Qué quiere decir con todo? —preguntó la esposa con decisión.

La señorita Wrexall se paró un momento. Hubo un chasquido en el aire y un cambio de corriente.

—No quiero decir nada que usted necesite envidiarme —aclaró la pequeña secretaria más bien altiva—. Nunca he sido barata.

Hubo un silencio breve.

—¡Dios mío! —dijo la esposa—. ¿No le llama a eso ser barata? ¡Caramba, yo diría que usted no saca absolutamente nada, solo da! ¡Y si no llama a eso ser barata, Dios mío!

—Ya lo ve, vemos las cosas de diferente manera —dijo la secretaria.

—Diría que sí, gracias a Dios —añadió la esposa.

—¿En nombre de quién estás dando gracias a Dios? —preguntó el marido con sarcasmo.

—¡De todos, supongo! En el tuyo porque lo tienes todo por nada, y en el de la señorita Wrexall porque parece que le gusta y en el mío porque estoy al margen de todo esto.

—No necesitaría estar al margen de todo esto —exclamó la señorita Wrexall con magnanimidad— si no fuera porque usted quiere estar al margen de todo esto.

—Gracias, querida, por su ofrecimiento —dijo la esposa levantándose—. Pero, lo siento, ningún hombre puede esperar que revoloteen dos pájaros azules de la alegría alrededor de sus pies<sup>[125]</sup>, ¡cayéndoseles sus pequeñas plumas!

Con lo que la esposa se fue.

Después de un tenso y desesperado instante, la señorita Wrexall gritó:

—¿Y verdaderamente necesita alguna mujer estar celosa de mí?

—Así es —dijo el marido.

Y eso fue todo lo que dijo.

# EL HOMBRE QUE ADORABA ISLAS<sup>[126]</sup>

## 1

Había un hombre que amaba las islas. Había nacido en una pero no le satisfacía, pues había demasiada gente en ella, aparte de él. Quería una isla propia, no necesariamente estar solo en ella, pero sí hacer de ella su mundo.

Una isla, si es bastante grande, no es mejor que un continente. Tiene que ser realmente pequeña para que uno tenga la sensación de estar en una isla, y esta historia demostrará lo pequeña que ha de ser, antes de que puedas pretender llenarla con tu propia personalidad.

Ahora bien, las circunstancias hicieron que este amante de islas, cuando tuvo treinta y cinco años, adquiriese una isla de su propiedad. No era el dueño absoluto sino que la había arrendado por noventa y nueve años, lo que es como una eternidad por lo que a un hombre y a una isla se refiere. Si quieres igualarte a Abraham y quieres que tu descendencia sea incontable como la arena del mar<sup>[127]</sup>, no elijas una isla para empezar a multiplicarte. Demasiado pronto estaría superpoblada, congestionada y en condiciones de barrio bajo. Lo que supone un pensamiento horrible para quien adora una isla por su aislamiento. No, una isla es un nido que tiene cabida para un huevo, y uno solo. Este huevo es el mismo isleño.

La isla adquirida por nuestro isleño potencial no estaba en océanos remotos. Estaba cerca de casa, ni palmeras ni estampida del oleaje en el arrecife, sin nada parecido a eso: eso sí, una buena y sólida morada, algo lúgubre, encima del embarcadero y, más allá, una pequeña granja con cobertizos y unos pocos campos a su alrededor. Abajo, en la pequeña bahía donde desembarcaba, había tres casitas en hilera, como casitas de

guardacostas, todas ellas limpias y blanqueadas.

¿Podría haber algo más íntimo y acogedor? Si dabas la vuelta a tu isla, se recorrían cuatro millas por entre arbustos de aulaga y de endrino, por encima de las escarpadas rocas del mar y por debajo en los pequeños claros donde crecían las velloritas. Si andabas en línea recta entre los dos montículos de colinas, la distancia entre ellos a través de los campos rocosos donde las vacas yacían rumiando y a través de la avena más bien esparcida, metiéndote en la aulaga de nuevo y así hasta el borde de los acantilados, tardabas solo veinte minutos. Y cuando llegabas al extremo podías ver otra isla más grande situada más allá. Pero el mar estaba entre ella y tú. Y cuando volvías sobre la turba donde las primaveras bajas se inclinaban, veías hacia el este aún otra isla, esta muy pequeña, como si fuera la pantorrilla de una vaca. Esta diminuta isla pertenecía también al isleño.

Tal parece que también a las islas les gusta tener mucha compañía.

Nuestro isleño adoraba su isla. Al comienzo de la primavera los pequeños y claros caminos eran como una nevada de endrino, de un blanco intenso entre la quietud céltica de la espesa hierba y la roca gris, los mirlos daban sus primeros, largos y triunfantes trinos en la blancura. Después del endrino y de las arrinconadas velloritas, aparecía el azul de los jacintos, igual que diminutos lagos y resbaladizas sábanas azuladas entre los arbustos y en los claros de los árboles. Y podías atisbar muchos pájaros acurrucados en sus nidos, en la isla, toda ella propiedad de uno. ¡Era maravilloso, qué gran mundo era!

Seguía el verano y las primaveras habían desaparecido, las rosas salvajes estaban débilmente perfumadas entre la neblina. Había un campo de heno, las dedaleras permanecían mirando hacia abajo. En una pequeña cala caía el sol sobre el pálido granito donde te bañabas, y la sombra entre las rocas. Antes de que llegara a hurtadillas la niebla y de que volviera a casa entre la avena que estaba madurando, el resplandor del mar se extinguía desde las alturas cuando la sirena de la niebla empezaba a dar su señal de aviso en la otra isla. Y entonces se iba la niebla marina, era otoño, las gavillas de avena yacían extendidas en el suelo, la luna llena, otra isla se alzaba dorada sobre el mar elevándose a más altura, el mundo del mar era blanco.

Así, el otoño terminó con lluvias, y llegó el invierno, oscuros cielos,

humedad y lluvia, aunque rara vez había escarcha. La isla, tu isla, acurrucada y oscura, se apartaba de ti. Podías sentir, en los hoyos húmedos y sombríos, el espíritu resentido que se enroscaba sobre sí mismo, como un perro húmedo que se retuerce deprimido, o una serpiente que no está ni dormida ni despierta. Después, por la noche, cuando el viento dejaba de soplar grandes ráfagas y descargas como en alta mar, sentías que tu isla era un universo, infinito y viejo como la oscuridad; de ninguna manera una isla, sino un mundo oscuro e infinito donde todas las almas de todas las noches pasadas seguían viviendo, y el infinito estaba cercano.

De forma extraña, desde tu pequeña isla en el espacio, habías ido a los grandes y oscuros reinos del tiempo, donde todas las almas que nunca mueren se desvían y descienden a sus grandes y extrañas misiones. La pequeña isla terráquea se ha empequeñecido como una plataforma de lanzamiento, quedándose en nada pues has saltado, no sabes cómo, hacia el ancho y oscuro misterio del tiempo donde el pasado está muy vivo y el futuro no está separado.

Este es el peligro de convertirse en un isleño. Cuando en la ciudad llevas puestos los botines blancos y evitas el tráfico con el miedo a la muerte en tu espina dorsal, entonces estás completamente a salvo de los terrores del tiempo infinito. El momento es tu pequeño islote en el tiempo, es el universo espacial que te rodea.

Pero una vez te aíslas en una isla pequeña en el mar del espacio y el momento comienza a levantarse y expandirse en grandes círculos, la sólida tierra desaparece y tu resbaladiza, desnuda y oscura alma se encuentra fuera, en el mundo sin tiempo, donde los carros de los llamados muertos se arrojan por las viejas calles seculares y las almas se amontonan en los caminos que nosotros, por el momento, llamamos años pasados. Las almas de todos los muertos están con vida de nuevo y latiendo activamente a tu alrededor. Estás en el otro infinito.

Algo así le sucedió a nuestro isleño. Le llegaron misteriosas «sensaciones» a las que no estaba acostumbrado; extraños conocimientos de antiguos y lejanos hombres y otras influencias; hombres de la Galia, con grandes bigotes, que habían estado en su isla y habían desaparecido de su superficie pero no del aire de la noche. Estaban allí todavía, dejando volar

con estrépito sus grandes, violentos e invisibles cuerpos a través de la noche. Y había sacerdotes con cuchillos dorados y muérdago<sup>[128]</sup>; luego otros sacerdotes con un crucifijo; después piratas con matanzas en el mar.

Nuestro isleño estaba inquieto. Durante el día no creía en ninguna de estas tonterías. Pero por la noche era justamente así. Se reducía a sí mismo en un solo punto en el espacio, y como un punto es algo que no tiene ni largo ni ancho, tenía que salirse del mismo e ir hacia otro lugar. Así como tienes que entrar en el mar si las aguas borran tus huellas, así por la noche tenía que irse a otros mundos de tiempo infinito.

Cuando yacía en la oscuridad, era misteriosamente consciente de que el bosquecillo de endrino que parecía un poco extraño aun en el reino del espacio y del día, por la noche estaba gritando con antiguos hombres de una raza invisible alrededor de la piedra del altar. Lo que era una ruina bajo los ojaranzos durante el día, era el lamento de los sacerdotes manchados de sangre que iban con crucifijos durante la noche inefable. Lo que era una cueva y una playa escondida entre las toscas rocas, se convertía en la oscuridad invisible en la maldición que salía de los labios morados de los piratas.

Para evitar por más tiempo este tipo de conocimientos, nuestro isleño se concentraba diariamente en el aspecto material de su isla. ¿Por qué no podía ser al fin la isla Feliz? ¿Por qué no la última pequeña isla de las Hespérides<sup>[129]</sup>, el lugar perfecto, todo lleno de su espíritu floreciente y afable? Un diminuto mundo de pura perfección, hecho por el hombre mismo.

Comenzó, como comenzamos todas nuestras tentativas para volver a ganar el paraíso, gastando dinero. Restauró la casa semifeudal y vieja, dejando que entrara más luz, puso alfombras bonitas y claras en el suelo, cortinas claras de flores en las aburridas ventanas y vinos en las bodegas de piedra. Trajo una rolliza y mundana ama de llaves y un mayordomo muy experimentado, de hablar dulce. Estos dos iban a ser isleños.

En la granja puso un granjero con dos mozos de labranza. Había vacas de Jersey que hacían sonar un cencerro lento entre las aulagas. Había una llamada para las comidas al mediodía, y el humo pacífico de las chimeneas al atardecer cuando llegaba el descanso.

Un airoso barco de vela con un motor adicional navegaba al abrigo de la

bahía, justamente debajo de la hilera de las tres casitas blancas. También había un pequeño yate y dos barcas de remos sobre la arena. Una red de pesca se secaba sobre sus soportes, una carga de tablones blancos y nuevos permanecía en desorden, una mujer iba al pozo con un cubo.

En la última casita vivía el capitán del yate, su esposa y su hijo. Era un hombre de otra isla, grande, y su casa era el mar. Cada día que hacía bueno salía a pescar con su hijo, cada día hermoso había pescado fresco en la isla.

En la casita de enmedio vivía un anciano con su esposa, una pareja muy leal. El anciano era carpintero y hombre de muchos oficios. Siempre estaba trabajando, siempre el ruido de su cepillo o de su sierra; perdido en su trabajo, era otra clase de isleño.

En la tercera casita vivía un albañil, un viudo con su hijo y dos hijas. Con la ayuda del muchacho, este hombre cavaba zanjas y construía vallas, levantaba contrafuertes y alzaba un nuevo anexo, y sacaba piedra de la pequeña cantera. Una hija trabajaba en la casa grande.

Era un pequeño mundo ocupado y tranquilo. Cuando el isleño te llevaba como su invitado, te encontrabas primero con el sonriente capitán Arnold, enjuto y con una barba oscura, y después con su hijo Charles. En la casa, el mayordomo, de hablar dulce, que había vivido por todo el mundo, te ayudaba y creaba a tu alrededor esa sedosa sensación de lujo, curiosa y engañosa, que solo un perfecto y más bien poco fiable criado puede crear. Te desarmaba y te tenía a su merced. La rolliza ama de llaves sonreía y te trataba con la familiaridad sutil y respetuosa que se usa solamente con la verdadera aristocracia. Y la sonrosada doncella te echaba una mirada como si fueras un ser maravilloso que venía del gran mundo exterior. Después te encontrabas al sonriente pero observador granjero, que era de Cornualles, y al tímido mozo de labranza de Berkshire con su hacendosa mujer y dos niños pequeños; luego al más bien malhumorado mozo de labranza de Suffolk. El albañil, un hombre de Kent, que hablaba por los codos si le dejabas. Solo el anciano carpintero era brusco y permanecía absorto en otras cosas.

Pues bien, era un pequeño mundo en sí mismo en el que se sentían seguros y eran muy amables contigo, como si fueras realmente algo especial. Pero era el mundo del isleño, no el tuyo. Él era el amo. La sonrisa especial, la atención especial era para el amo. Todos sabían lo bien que estaban. Así

pues, el isleño ya no era el señor tal y el señor cual. Para todos los de la isla, aun para ti, él era «el amo».

Bien, era ideal. El amo no era un tirano. ¡Ah, no! Era un amo delicado, sensible, que lo quería todo perfecto y a todos felices. Él mismo, desde luego, quería ser la fuente de esta alegría y perfección.

Pero a su manera era un poeta. Trataba a sus invitados espléndidamente y a sus criados con generosidad. También era agudo y muy prudente. Nunca se imponía como jefe entre su gente. Tenía un ojo avizor puesto en lo que le rodeaba, igual que un joven Hermes, astuto y de ojos azules. Y era sorprendente la gran sabiduría que tenía. Sorprendente lo que sabía sobre las vacas de Jersey, sobre hacer queso, abrir zanjas y poner vallas, flores y jardinería, y sobre barcos y navegación. Sobre todo, era una fuente de sabiduría, y este conocimiento lo impartía a su gente de una manera singular, medio solemne y medio irónica, como si realmente perteneciera al mundo curioso y no del todo real de los dioses.

Le escuchaban con el sombrero en la mano. Adoraba las ropas de color blanco cremoso, las capas y los anchos sombreros. Así pues, con el buen tiempo, el granjero veía a la figura alta y elegante vestida de estameña cremosa viniendo por el barbecho igual que un pájaro para mirar la escarda de los nabos. Luego se quitaban el sombrero y había durante unos pocos minutos una charla inteligente, aguda y caprichosa, a la que el granjero contestaba admirablemente y los mozos de labranza escuchaban con silencioso asombro, apoyándose en sus azadas. El granjero era casi tierno con el amo.

O, en una mañana de viento, se plantaba en el borde de la zanja que estaban cavando para secar un pequeño pantano, con su capa volando al viento pegajoso del mar, y hablaba de cara al viento con el hombre de abajo que le miraba con ojos firmes e inescrutables.

O, por la noche, bajo la lluvia, se le veía apresurarse a través del patio con su sombrero ancho vuelto contra la lluvia. Y la granjera exclamaba apresuradamente:

—¡El amo! ¡Levántate John, y hazle sitio en el sofá!

Y entonces se abría la puerta y se oía un grito de:

—¡Por mil diablos, amo! ¿Por qué ha salido en una noche como esta a ver

a gente como nosotros?

Y el granjero cogía la capa y la granjera el sombrero, los dos mozos de labranza retiraban sus sillas hacia atrás, él se sentaba en el sofá y alzando a un niño lo ponía junto a él. Era encantador con los niños, hablaba con ellos de una manera sencillamente encantadora que te hacía pensar en Nuestro Salvador mismo, decía la mujer.

Siempre se le saludaba con sonrisas y con la misma peculiar deferencia, como si fuera un ser más elevado pero también más frágil. Le trataban con ternura y casi con adulación. Pero cuando se marchaba o cuando hablaban de él, tenían a menudo una sutil y burlona sonrisa en la cara. No había necesidad de temer al amo, solo dejarle hacer lo que quería. Solo el anciano carpintero era, algunas veces, verdaderamente rudo con él; así pues, a este no le importaba mucho el viejo.

Es dudoso saber si alguno de ellos realmente le apreciaba, como un hombre a otro hombre, o aun como una mujer a un hombre. Pero también es dudoso si a él realmente le gustaba alguno de ellos, como un hombre a otro hombre, o como un hombre a una mujer. Los quería ver contentos y tener al pequeño mundo perfecto, pero cualquiera que quiera el mundo perfecto debe tener cuidado de no tener verdaderas simpatías y antipatías. Una buena voluntad general es todo lo que te puedes permitir.

Lo triste es, ¡ay!, que la buena voluntad general siempre se siente como un insulto por parte de la persona a quien se dirige, por lo que engendra una clase de malicia muy especial. Seguramente la buena voluntad general es una forma de egoísmo, ¡para obtener dicho resultado!

Nuestro isleño, sin embargo, tenía sus propios recursos. Se pasaba muchas horas en la biblioteca, estaba recopilando un libro de referencia sobre todas las flores mencionadas por los autores griegos y latinos. No era un gran erudito, tenía la educación normal de una buena escuela privada. Aunque hay traducciones excelentes hoy en día. Y era tan agradable descubrir flor tras flor como si brotaran en el mundo antiguo...

Así pasó el primer año en la isla. Se había hecho mucho trabajo. Ahora diluviaban facturas y el amo, escrupuloso con todas las cosas, comenzó a estudiarlas. El estudio le dejó pálido y sin aliento. No era un hombre rico. Sabía que había estado haciendo un agujero en su capital para conseguir que



la isla funcionara. Cuando llegó a mirar lo que tenía, no obstante, no había casi nada aparte del agujero. Miles y miles de libras se había tragado la isla en un santiamén.

¡Pero seguramente la mayor parte del gasto estaba hecho! Seguramente la isla empezaría ahora a mantenerse por sí misma, ¡aunque no diera ningún beneficio! Seguramente él estaba a salvo. Pagó muchas de las facturas y comenzó a animarse. Pero había tenido un sobresalto, y al año siguiente, el año que iba a comenzar, tenía que economizar, vivir de forma austera. Habló a su gente así, en un lenguaje simple y conmovedor. Y le dijeron: «¡Pues claro que sí! ¡Claro que sí!».

Así pues, mientras el viento soplaba y la lluvia azotaba fuera, él estaba sentado en la biblioteca con el granjero, con una pipa y un vaso de cerveza, discutiendo los proyectos de la granja. Alzaba su hermosa cara flácida y sus ojos azules se volvían soñadores. «¡Qué viento!». Soplaba como salvas de cañón. Pensaba en su isla azotada por la espuma e inaccesible y se regocijaba... No, no tenía que perderla. Volvía a los proyectos de la granja con el deleite de un genio y sus manos blancas se movían con énfasis mientras el granjero iba diciendo: «¡Sí, señor! ¡Sí, señor! ¡Tiene usted razón, amo!».

Pero el hombre apenas escuchaba. Miraba la camisa de lino azul del amo y la curiosa corbata rosa con un resalte en rojo vivo, los gemelos de esmalte y el anillo con un peculiar escarabajo<sup>[130]</sup>. Los castaños ojos investigadores del hombre de la tierra lanzaban miradas repetidamente a la bella e inmaculada figura del amo, con una especie de admiración lenta y calculadora. Pero si por casualidad se cruzaba con la mirada emocionada y brillante del amo, su propia mirada se encendía con una atenta cordialidad y deferencia mientras inclinaba la cabeza ligeramente.

Así, entre ellos decidían qué cultivos debían sembrarse, qué fertilizantes debían usarse en los distintos lugares, qué razas de cerdo debían importarse y qué razas de pavo. Es decir, el granjero, asintiendo cautelosa y constantemente a lo que decía el amo, se mantenía alejado del asunto y dejaba al joven seguir su propio camino.

El amo sabía de lo que estaba hablando. Era brillante en comprender el punto esencial de un libro y en saber cómo aplicar su conocimiento. En

general, sus ideas eran sólidas. Incluso el granjero lo sabía. Pero el hombre de la tierra no se entusiasmaba de la misma manera. Sus ojos castaños mostraban sonrientes su cordial deferencia, pero sus labios finos nunca cambiaban. El amo fruncía su boca flexible con una versatilidad juvenil mientras esbozaba inteligentemente sus ideas al otro hombre, y el granjero ponía ojos de admiración, pero en su interior no prestaba atención, solo estaba observando al amo como si estuviera observando a un extraño animal enjaulado, sin ningún tipo de simpatía, con distanciamiento.

Así pues, todo quedó arreglado y el amo llamó a Egvery, el mayordomo, para que le trajera un bocadillo. Él, el amo, estaba satisfecho. El mayordomo lo vio y volvió con bocadillos de anchoa y jamón, y una botella recién abierta de vermut. Siempre había una botella de algo recién abierta.

Pasaba lo mismo con el albañil. El amo y él discutían sobre el drenaje de un pedazo de terreno, y se encargaban más cañerías, más ladrillos especiales, más de esto, más de aquello.

El buen tiempo llegó al fin y hubo un poco de tranquilidad en el laborioso trabajo de la isla. El amo se fue a hacer un corto crucero en su yate. No era realmente un yate, ni mucho menos. Navegaron a lo largo de la costa de la isla mayor<sup>[131]</sup> y entraron en los puertos. En cada puerto aparecía de pronto algún amigo, el mayordomo hacía pequeñas comidas elegantes en el camarote. Después se invitaba al amo a las villas y a los hoteles, y al desembarcar le daban la bienvenida como si fuera un príncipe.

Y ¡oh, qué caro le resultaba! Tuvo que telegrafiar al banco para pedir dinero. Y se fue a casa de nuevo para ahorrar.

Las marismas de caléndulas resplandecían en el pequeño pantano donde estaban cavando las zanjas para el drenaje. Casi se arrepentía ahora del trabajo que tenía. Las bellezas amarillas no resplandecerían de nuevo.

Llegó la siega y la cosecha fue abundante. Tenía que haber una cena en casa para celebrar la siega. El amplio granero estaba ahora completamente restaurado y agrandado. El carpintero había hecho mesas largas. De las vigas del alto techo colgaban farolas. Toda la gente estaba reunida. Presidía el granjero. Era una escena alegre.

Al final de la cena, el amo, con una americana de terciopelo, apareció entre sus invitados. Entonces el granjero se levantó y brindó por el amo:

«¡Larga vida y salud para el amo!». Toda la gente brindó con gran entusiasmo y animación. El amo contestó con un pequeño discurso: Estaban en una isla, en un pequeño mundo de verdadera alegría y felicidad. Cada uno debía contribuir con su parte. Esperaba haber hecho cuanto había podido, pues su corazón estaba en su isla y con la gente de su isla.

El mayordomo respondió: Puesto que la isla tenía tal amo, no podía ser menos que un pequeño paraíso para toda la gente que la habitaba. Lo que fue secundado por el entusiasmo del granjero y del albañil; el capitán estaba loco de alegría. Después hubo baile, el anciano carpintero era el violinista.

Pero aparte de todo esto, las cosas no iban bien. A la mañana siguiente vino el chico de la granja para decir que una vaca se había caído por el acantilado. El amo fue a verlo. Se asomó al declive no muy alto y la vio yaciendo muerta sobre una planicie verde debajo de un poco de retama que había florecido tarde. Un ser caro y hermoso que ya aparecía hinchado. ¡Pero qué tontería, caerse tan inútilmente!

Era cuestión de enviar varios hombres para subirla al acantilado y luego despellejarla y enterrarla. Nadie querría comer la carne. ¡Qué repulsivo era todo!

Esto fue simbólico en la isla. Tan cierto como que los espíritus se alzaban en los ánimos de la gente de la isla con alegría, una mano invisible atacaba malévolamente en silencio. No tenía que haber ninguna alegría, ni siquiera ninguna tranquilidad. Un hombre se rompió la pierna, otro se quedó cojo de fiebre reumática. Los cerdos tuvieron una extraña enfermedad. Una tormenta estrelló el yate contra una roca. El albañil odiaba al mayordomo y se negaba a que su hija sirviera en la casa.

Del mismísimo aire llegaba una dura y pesada maldad. La misma isla parecía maligna. A veces era perjudicial y perversa durante semanas. Entonces, inesperadamente, de nuevo una mañana era hermosa, agradable, como una mañana en el paraíso, todo bello y abundante. Y todos comenzaban a sentir un gran alivio y una esperanza de felicidad.

Entonces, tan pronto como el corazón del amo se abría como una flor, algún mal golpe caía. Alguien le enviaba una nota anónima acusando a otra persona de la isla. Alguien más venía insinuando cosas contra uno de los criados.

—Algunas personas creen que lo tienen muy fácil aquí, ¡con todo lo que roban! —exclamaba la hija del albañil al dulce mayordomo. El amo, al oírlo, fingió que no escuchaba.

—Mi hombre dice que esta isla, seguramente, es una de las vacas flacas de Egipto, se traga una buena cantidad de dinero y no te da nunca nada a cambio —decía la mujer de uno de los mozos de labranza a uno de los visitantes del amo.

La gente no estaba satisfecha. No eran isleños. «Creemos que no estamos haciendo lo mejor para los niños», decían los que tenían niños. «Creemos que no estamos haciendo lo mejor para nosotros», decían los que no tenían niños. Y las diversas familias casi llegaron a odiarse.

¡Pero la isla era tan bonita! Cuando había un perfume de madreselva y la luna resplandecía temblorosa sobre el mar, entonces aun los que estaban descontentos sentían una extraña nostalgia por ella. Te dejaba ansioso con un salvaje anhelo; quizá por el pasado, por ser el pasado de la isla lejano y misterioso, cuando la sangre corría de otra forma. Extrañas corrientes de pasión te afectaban, seseos violentos y extraños, y visiones crueles. La sangre, la pasión y el deseo que la isla había conocido. Misteriosos sueños, fragmentos de sueños, ansias medio evocadas.

El amo mismo comenzó a tener miedo de la isla. Sentía allí sensaciones violentas y raras que nunca había tenido antes, y deseos lascivos a los que había sido completamente ajeno. Sabía muy bien ahora que su gente no le quería. Sabía que sus corazones estaban secretamente contra él, que tenían malicia, mofa y envidia, y que estaban al acecho para hundirle. Se volvió cauteloso y reservado con ellos.

Pero fue demasiado. Al final del segundo año ocurrieron varias cosas. El ama de llaves se fue. El amo echaba siempre la culpa, principalmente, al orgullo de las mujeres. El albañil dijo que no le iban a enredar más, así que se fue con su familia. El mozo de labranza, que estaba reumático, se fue.

Y entonces llegaron las facturas del año, el amo hizo las cuentas. A pesar de las buenas cosechas, las entradas eran del todo ridículas, no podía afrontar el gasto. La isla había perdido nuevamente no cientos sino miles de libras. Era increíble. ¡Simplemente no podías creerlo! ¿Adónde se había ido todo?

El amo pasaba oscuras noches y días contando en la biblioteca. Era muy

minucioso. Era evidente, ahora que el ama de llaves se había ido, que le había estafado. Probablemente todos le estafaban, pero odiaba pensar en ello. Así pues, se olvidó de tal cosa.

No obstante, aparecía pálido y ojeroso debido a los balances de las desequilibradas cuentas, parecía como si alguien le hubiera dado un puntapié en el estómago. Daba pena. Pero el dinero se había acabado y había llegado a su fin. Otro agujero grande en su capital. ¿Cómo podía ser la gente tan desnaturalizada?

No se podía seguir, era evidente. Pronto quebraría. Tuvo que dar un lamentable aviso al mayordomo. Tenía miedo de saber cuánto le había estafado su mayordomo. Porque el hombre era un maravilloso mayordomo, después de todo. Y el granjero tuvo que irse. El amo no se arrepentía de nada. Las pérdidas en la granja casi le habían amargado.

El tercer año se dedicó a reducir tajantemente los gastos. La isla era misteriosa y fascinante. Pero era también traicionera y cruel, secreta e insondablemente maligna. A pesar de toda su bella exposición de árboles en flor y campánulas, y de la deliciosa dignidad de las dedaleras inclinando sus campanillas rosas tirando a rojizas, era tu enemiga implacable.

Con un reducido número de empleados, pocos salarios, escaso esplendor, pasó el tercer año. Pero era una lucha contra la esperanza. La granja todavía perdió mucho. Una vez más se hizo un agujero en ese residuo de capital. Otro agujero en lo que ya eran restos de los agujeros anteriores. La isla era misteriosa: parecía sacarte el dinero de tu mismísimo bolsillo, como si fuera un pulpo con invisibles brazos robándote por todas partes.

El amo la adoraba aún. Pero ahora con un poco de rencor.

Sin embargo, pasó la segunda mitad del cuarto año trabajando intensamente en la isla mayor para librarse de ella. Y era sorprendente lo difícil que resultaba deshacerse de una isla. Creía que todos suspiraban por una isla como la suya, pero nada de eso. Nadie pagaría nada por ella, y ahora quería desembarazarse de ella como un hombre que quiere el divorcio a cualquier precio.

No fue hasta la mitad del quinto año cuando la traspasó, con una considerable pérdida para él, a una compañía de hoteles que quería especular con ella. Quería convertirla en una isla servible para lunas de miel y golf.

¡Caramba, una isla que no sabía lo que le convenía! ¡Ahora sería una isla para lunas de miel y golf!

## 2

### LA SEGUNDA ISLA

El isleño tuvo que marcharse. Pero no se fue a la isla mayor. ¡Oh, no! Se marchó a una isla más pequeña que aún le pertenecía. Y se llevó con él al fiel anciano carpintero y a su esposa, una pareja que nunca le había gustado; también a una viuda y a su hija, quienes le habían cuidado la casa durante el último año; y a un muchacho huérfano para que ayudara al anciano.

La pequeña isla era muy pequeña, pero siendo un montículo de roca en el mar era más grande de lo que parecía. Había un breve camino entre las rocas y los arbustos, serpenteando hacia arriba y abajo alrededor del islote, que siguiéndolo tardabas veinte minutos en recorrer el circuito. Te ofrecía más de lo que esperabas.

Aun así era una isla. El isleño marchó con todos sus libros a la sencilla casa con seis habitaciones, a la que subías con dificultad desde el rocoso embarcadero. Había también dos casitas situadas una al lado de la otra. El anciano carpintero vivía en una con su esposa y el muchacho; y en la otra vivía la viuda con su hija.

Por fin todo estuvo en orden. Los libros del amo llenaban dos habitaciones. Era otoño ya y se alzaba Orión<sup>[132]</sup> sobre el mar. Y en las noches oscuras, el amor veía las luces de su última isla, donde la compañía de hoteles entretenía a los visitantes que iban a anunciar el nuevo lugar a los recién casados y jugadores de golf.

En su roca, sin embargo, el amo era todavía el amo. Exploraba las grietas, los pedazos de tierra cubiertos de hierba, los pequeños acantilados que se erigían rectos y de donde colgaban las últimas campánulas, y las semillas de verano eran marrones sobre el mar, solitarias e intactas. Miraba abajo, al viejo pozo. Examinaba el corral de piedra donde el cerdo había estado encerrado. Tenía una cabra.

Sí, era una isla. Siempre, siempre, abajo entre las rocas, el mar céltico

chupaba, lavaba y golpeaba su gris de plumas. ¡Cuántos ruidos diferentes provenían del mar! Explosiones profundas, retumbos, largos suspiros extraños y ruidos silbantes; luego voces, voces reales de gente gritando como si estuvieran en un mercado, debajo de las aguas, y de nuevo el lejano ruido de una campana, ¡seguramente una campana de verdad! Luego un tremendo ruido vibrante muy largo y alarmante, y el sonido suave de un grito sofocado y ronco.

No había fantasmas humanos en esta isla, no había fantasmas de ninguna antigua raza. El mar y la espuma y el tiempo los habían hecho desaparecer de manera que solo existía el sonido del mar, su propio fantasma, múltiples voces conversando, tramando y gritando a lo largo de todo el invierno. Y solo el olor del mar, con unos pocos arbustos de aulagas con pinchos y gruesos manojos de brezo, por entre las rocas diáfanas y grises en el aire más diáfano y más gris. El frío, el gris y aun la deslizante y suave niebla del mar sobre el islote de roca, que se levantaba como el último punto en el espacio.

Sirio, la estrella verde, se veía en el horizonte. La isla era una sombra. En alta mar, un barco dejaba ver pequeñas luces. Abajo, en una cala rocosa, la barca de remos y la barca de motor estaban a buen recaudo. Una luz brillaba en la cocina del carpintero. Eso era todo.

A excepción, desde luego, de la lámpara que estaba encendida en la casa, donde la viuda estaba preparando la cena ayudada por su hija. El isleño entró a comer. Aquí ya no era el amo, era un isleño de nuevo y había conseguido la paz. El anciano carpintero, la viuda y su hija eran todos la felicidad misma. El anciano trabajaba mientras había luz para ver, pues tenía pasión por el trabajo. La viuda y su callada, más bien delicada, hija de treinta y tres años, trabajaban para el amo, pues les gustaba cuidar de él y estaban infinitamente agradecidas por el refugio que les daba. Pero ellas no le llamaban «el amo». Le llamaban por su nombre: «¡Señor Cathcart!», dulce y respetuosamente. Y él les contestaba también dulce y amablemente, como a gente alejada del mundo, con miedo de hacer ruido.

La isla ya no fue más un «mundo». Era una especie de refugio. El isleño ya no luchaba por nada. No lo necesitaba. Era como si él y sus pocos sirvientes fueran una bandada de aves marinas posadas en esta roca, mientras viajaban por el espacio y permanecían juntos sin decir palabra. El misterio

silencioso de las aves migratorias.

Pasaba la mayor parte del día en su estudio. Su libro iba avanzando. La hija de la viuda le pasaba a máquina el manuscrito, tenía alguna educación. Era el único sonido extraño en la isla, la máquina de escribir. Pero pronto su teclear encajó con los ruidos del mar y del viento.

Los meses pasaban. El isleño trabajaba sin parar en su estudio, la gente de la isla se dedicaba tranquilamente a sus asuntos. La cabra tuvo un cabrito negro con ojos amarillos. Pescaban caballas en el mar. El anciano iba a pescar en la barca de remos, con el muchacho, cuando el tiempo estaba suficientemente calmado; se marchaban en la barca de motor a la isla mayor para buscar el correo. Y traían suministros, nunca se malgastaba un penique. Y los días y las noches pasaban sin desear nada, sin aburrirse.

La extraña tranquilidad de no tener ningún deseo era una especie de asombro por parte del isleño. No quería nada. Su alma, por fin, estaba tranquila en su interior, su espíritu era como una cueva con luz tenue debajo del agua, donde el extraño follaje marino se extiende sobre la atmósfera acuosa y apenas se mueve, y un pez silencioso viene y se va de nuevo como una sombra. Todo tranquilo y suave y sin gritos aunque vivo, de la misma manera que el alga marina con raíz está viva.

El isleño se dijo a sí mismo: ¿Es esto alegría? Me he convertido en un sueño. No siento nada, o no sé lo que siento. Aunque a mí me parece que soy feliz.

Solo necesitaba tener algo con lo que su actividad mental pudiera trabajar. Así pues, pasaba largas horas silenciosas en su estudio, trabajando no muy de prisa, ni dándole mucha importancia, dejando que sus ideas se hilaran suavemente como si formaran una adormecida telaraña. Ya no se preocupaba más de que estuviera bien o mal lo que hacía. Lenta y suavemente hilaba sus ideas como si fueran una telaraña, y si fueran a deshacerse igual que la telaraña que en otoño se deshace, no le importaría. Era solamente la disipación de las cosas suaves como la telaraña lo que le parecía permanente. La misma niebla de la eternidad se encontraba en ellas. Mientras que edificios de piedra o catedrales, por ejemplo, le parecía que aullaban con una resistencia temporal, sabiendo que habían de caer al fin; la tensión de su largo aguante parecía aullar todo el tiempo desde su interior.



Algunas veces iba a la isla mayor y a la ciudad. Entonces iba a su club vestido elegantemente, según la última moda. Se sentaba en el palco de un teatro o iba de compras a Bond Street. Discutía las condiciones para publicar su libro<sup>[133]</sup>. Pero en su cara había esa mirada sutil como de haberse apartado de la carrera del progreso, que le hacía sentir como si la gente vulgar de la ciudad le hubiera ganado, y hacía que se alegrara cuando volvía a su isla.

No le importaba si su libro se llegaba a publicar. Los años iban transformándole en una suave niebla a la que nada se imponía. Llegó la primavera. No crecían las velloritas en su isla, pero encontró un acónito de invierno. Había dos pequeños arbustos con ramitas de endrino y algunas anémonas. Comenzó a hacer una lista de las flores de su islote y eso le absorbía. Advirtió un arbusto de grosellas salvajes y esperaba, vigilante, las flores primerizas de un pequeño árbol esmirriado, después las primeras flores amarillas de la retama y las rosas salvajes. Collejas, orquídeas, celidonias, hierbas, estaba más orgulloso de ellas que de si hubiera habido gente en su isla. Cuando descubrió la dorada saxífraga tan modesta en su rincón húmedo, se agachó hacia ella en éxtasis; no sabía cuánto tiempo estaría mirándola. Aunque no había gran cosa que mirar. Como le comentó la hija de la viuda cuando se la enseñó.

Le había dicho triunfante:

—He encontrado la dorada saxífraga esta mañana.

Sonaba espléndido el nombre. Ella le miró con unos fascinados ojos castaños, en los que había un pesar profundo que le asustaba un poco.

—¿Ah, sí? ¿Es una flor bonita?

Frunció los labios y ladeó las cejas.

—Bien, no es vistosa exactamente. Se la enseñaré si tiene curiosidad por verla.

—Me gustaría verla.

Era tan reservada, tan pensativa... Pero él se daba cuenta de que había una constancia en ella que le hacía sentirse incómodo. Ella decía que era feliz, realmente feliz. Le seguía calladamente, como una sombra, por la rocosa senda donde nunca había espacio para caminar dos personas juntas. Él iba primero y podía sentirla allí, inmediatamente detrás de él siguiéndole tan sumisa, contemplando su figura desde atrás.

Sentía por ella una especie de pena que le obligó a convertirse en su amante, aunque él nunca se dio cuenta de lo grande que era el poder que ella había ganado sobre él, y cómo ella le deseaba. Pero en el momento en que lo descubrió, un desapacible sentimiento le invadió, el de que todo era una equivocación. Sintió una nerviosa aversión hacia ella. No lo había buscado. Y le parecía que ella, a nivel puramente físico, tampoco lo había querido. Era solo su voluntad. Se marchó y bajó poniendo en peligro su vida hasta un rellano cerca del mar. Allí se sentó durante horas contemplando, todo perturbado, el mar y diciéndose miserablemente: No lo queríamos. Realmente no lo queríamos.

Fue el automatismo del sexo el que lo había apresado de nuevo. No es que odiara el sexo. Apreciaba que los chinos lo consideraran uno de los grandes misterios de la vida. Pero se había vuelto mecánico, automático y quería escapar de eso. El sexo automático le destruía y le llenaba de una especie de muerte. Creyó que había llegado a una especie de sosiego por la falta de deseo. Quizá, más allá de eso, había un deseo fresco y delicado, una frágil e impenetrable comunión entre dos personas que se encuentran en una tierra no pisada.

Fuera como fuese, no era así. No había nada de nuevo ni de fresco. Era automático y guiado desde un principio por el deseo. Aun ella, en su interior, no lo había querido. Para ella también era automático.

Cuando él llegaba a casa muy tarde y veía su cara blanca de miedo y recelo por sus sentimientos hacia ella, le daba pena y le hablaba con delicadeza, tranquilizándola. Pero se mantenía alejado de ella.

Ella no decía nada. Le servía con el mismo silencio, la misma escondida hambre de servirle, de estar cerca de donde él estaba. Él sentía su amor siguiéndole con una persistencia extraña y horrible. Ella no exigía nada. No obstante, ahora, cuando él se cruzaba con sus castaños y brillantes ojos, curiosamente distraídos, veía en ellos la pregunta callada. Le pregunta que le llegaba directamente con la fuerza y el poder del deseo de los que nunca se había dado cuenta.

Así que se rindió y se lo pidió de nuevo.

—No —dijo ella—, si es que esto te hace odiarme.

—¿Por qué ha de hacerme odiarte? —replicó irritado—. Desde luego que

no.

—Sabes que haría cualquier cosa sobre la tierra por ti.

Fue después de todo, en su desesperación, cuando él recordó lo que ella había dicho y se puso furioso. ¿Por qué daba a entender que hacía esto por él? ¿Por qué no por ella misma? Pero en su irritación lo sentía más profundamente. Para conseguir algún tipo de satisfacción, cosa que no consiguió, se entregó a ella. Todos en la isla lo sabían. Pero a él no le importaba.

Entonces le abandonó incluso el poco deseo que tenía y se sintió destrozado. Sentía que ella solo le había querido con su voluntad. Ahora estaba destrozado y lleno de desprecio para consigo mismo. Su isla estaba mancillada y echada a perder. Había perdido su lugar en las capas del tiempo, extrañas y sin deseo, a las que por fin había llegado y había vuelto a caer. Si solo hubiera habido un deseo delicado y verdadero entre ellos y un delicado encuentro en el tercer lugar extraño donde el hombre puede encontrar a una mujer, cuando ambos son fieles a la sensible, frágil y picante llama del deseo. Pero no había sido así: automático, un acto de voluntad, no un verdadero deseo, le dejaba un sentimiento de humillación.

Se fue del islote a pesar de su callado reproche. Y anduvo de acá para allá por el continente buscando en vano un lugar donde poder estar. Desentonaba, ya no encajaba en el mundo.

Entonces llegó una carta de Flora —ella se llamaba Flora— diciéndole que lo lamentaba mucho pero que iba a tener un niño. Se sentó como si estuviera herido y permaneció sentado. Pero le contestó: «¿Por qué lamentarse? Si es así, es así y nosotros deberíamos estar complacidos más que lamentarnos».

En este mismo momento hubo una subasta de islas. Cogió los mapas y los estudió. Y compró otra isla en la subasta por muy poco dinero. Eran solo unos pocos acres de rocas lejos, en el norte, una de las últimas islas. Era baja y se alzaba a poca altura sobre el gran océano. No había ni un edificio, ni siquiera un árbol. Solamente la turba del mar del norte, un charco con agua de lluvia, unos cuantos juncos, roca y aves marinas. Nada más. Bajo el lloroso y húmedo cielo del oeste.

Hizo un viaje para visitar su nueva posesión. Durante varios días, debido

a las tempestades, no pudo aproximarse. Luego, con una leve niebla marina desembarcó y la vio cubierta de neblina, baja, extendiéndose aparentemente en una gran llanura. Pero fue una ilusión. Andaba sobre la turba elástica y húmeda y las ovejas de un gris oscuro huían de él, fantasmales y balando roncamente. Y llegó al oscuro charco junto a los juncos. Luego continuó con la humedad hacia el mar gris que lamía coléricamente entre las rocas.

Esta era, ciertamente, una isla.

Así pues, regresó a casa, a Flora. Esta le miraba con el miedo de la culpabilidad, pero también con un brillo triunfante en sus ojos misteriosos. Y de nuevo se mostró tierno y la tranquilizó, incluso la deseó de nuevo con ese curioso deseo que era casi como un dolor de muelas. La llevó a la isla mayor y se casaron, puesto que ella iba a tener un hijo suyo.

Volvieron a la isla. Flora aún le traía la comida, la de ella junto con la suya. Flora se sentaba y comía con él. Él lo quería así. La madre viuda prefería estar en la cocina. Y Flora dormía en la habitación de los huéspedes de la casa del isleño, la señora de la casa.

El deseo que había en él, cualquiera que fuera, murió con un final nauseabundo. El niño aún tardaría meses en llegar. Su isla le resultaba odiosa, vulgar, un arrabal. Él mismo había perdido su fina educación. Las semanas pasaban como si estuviera en una especie de cárcel, humillado. Sin embargo, aguantaría hasta que el niño naciera. Pero estaba meditando escaparse. Flora ni siquiera lo sabía.

Llegó una enfermera que comía en la mesa con ellos. El médico venía algunas veces, y si el mar estaba encrespado, él también tenía que quedarse. Se sentía alegre bebiendo su whisky.

Hubieran podido ser una joven pareja en Golders Green<sup>[134]</sup>.

Por fin nació la hija. El padre miraba al bebé y se sentía deprimido, casi más de lo que podía resistir. La piedra de molino estaba atada a su cuello. Intentaba no demostrar lo que sentía. Y Flora no lo sabía. Ella todavía sonreía con una especie de triunfo, medio atontada en su alegría, mientras se reponía. Entonces empezó a mirarle con esos ojos sugestivos y afligidos, algo impertinentes. Le adoraba tanto...

El isleño no podía soportarlo. Le dijo que tenía que irse por un tiempo. Flora lloró, pero creyó que lo poseía. Él le dijo que le había dado en dote la

mayor parte de su propiedad y le señaló la renta que le produciría. Flora apenas escuchaba, solo le miraba con esos impertinentes ojos amantes y pesados. Le dio un talonario con la cantidad de su crédito debidamente escrita. Esto llamó la atención de Flora. Y el isleño le dijo que si llegaba a cansarse de la isla, podía elegir su hogar donde quisiera.

Ella le siguió con esos castaños ojos persistentes y afligidos cuando el isleño se marchó, y él ni siquiera la vio llorar.

Se fue directo hacia el norte para preparar su tercera isla.

### 3

### LA TERCERA ISLA

La tercera isla estuvo pronto lista para ser habitada. Con cemento y piedras grandes sacadas entre los guijarros de la playa, dos hombres construyeron al amo una cabaña y pusieron un tejado de uralita. Un barco trajo una cama, una mesa y tres sillas, un buen armario y unos pocos libros. Se proveyó de carbón y petróleo y de comida —tan poco era cuanto deseaba.

La casa se alzaba cerca de la llana bahía con guijarros donde había desembarcado y donde había dejado su ligera barca. En un día soleado de agosto los hombres se fueron en el barco y le abandonaron. El mar estaba inmóvil y azul pálido. En el horizonte veía al pequeño barco-correo de vapor dirigiéndose hacia el norte lentamente, como si estuviera andando. Llevaba el correo a las islas más alejadas dos veces por semana. El isleño podía remar hasta el barco si lo necesitaba cuando el tiempo estaba en calma y podía hacerle señales con una bandera desde la parte trasera de su casita.

Media docena de ovejas quedaban aún en la isla como compañía y tenía un gato para que se restregara contra sus piernas. Mientras duraban los dulces y soleados días del otoño nórdico, el isleño andaba entre las rocas y sobre la mullida turba de su pequeño dominio, volviendo siempre al incesante mar sin descanso. Miraba cada hoja, que podía ser diferente de otra, y observaba la dilatación y contracción sin fin de las algas agitadas por las aguas. Nunca tuvo ni siquiera un poco de brezo que cuidar. Solamente la turba y las diminutas plantas de turbera y los juncos al lado del estanque, las algas en el

océano. Estaba contento. No quería árboles ni arbustos. Se sostenían de pie como personas, demasiado agresivos. Su isla baja y desnuda en el mar azul claro era todo lo que quería.

Ya no trabajó más en su libro. El interés había desaparecido. Le gustaba sentarse en el pequeño promontorio de su isla y mirar el mar, nada más que el pálido y tranquilo mar. Y para sentirlo, su mente se volvió débil y vaga como el mismo océano. Algunas veces, como en un espejismo, veía la sombra de una tierra alzarse flotando en dirección norte. Más allá había una isla grande, pero sin ninguna sustancia.

No tardó mucho en casi asustarse cuando vio el barco de vapor en el cercano horizonte, y su corazón se encogió de miedo de que fuese a fondear y le molestara. Miraba con ansiedad cómo se iba y hasta que no estuvo fuera de su vista no se sintió realmente tranquilo. La tensión de esperar la aproximación humana era cruel. No quería que se le acercaran. No quería oír voces. Se sobresaltaba cuando oía el sonido de su propia voz, si hablaba inadvertidamente a su gata. Se reprendía cuando su gata le miraba y maullaba lastimera. La miraba frunciendo el ceño. Y ella lo sabía. Se estaba volviendo salvaje, acechando en las rocas, quizá pescando.

Pero lo que le desagradaba más era cuando una de las ovejas abría la boca y producía un ronco y estridente balido. La miraba y le parecía horrible y enorme. Llegó a tener gran aversión a las ovejas.

Quería oír solamente el sonido susurrante del mar y los agudos gritos de las gaviotas, gritos que le llegaban de otro mundo. Y lo mejor de todo era el gran silencio.

Decidió desprenderse de las ovejas cuando vino el barco. Ahora estaban acostumbradas a él y estaban allí, mirándole fijamente, con ojos amarillos o sin color, con una insolencia que era casi puro ridículo. Había una insinuación de fría indecencia en ellas. Le desagradaban mucho. Y cuando saltaban con claros saltos por las rocas, y sus pezuñas producían un golpe agudo y seco y el vellón se agitaba en sus lomos cuadrados, las encontraba repulsivas y degradantes.

Se fue el buen tiempo y llovía todo el día. Se pasaba muchos ratos tumbado en su cama, escuchando el gotear del tejado en la tina de cinc, mirando la lluvia a través de la puerta abierta, las rocas oscuras, el oculto

mar. Había muchas gaviotas en la isla, muchas aves marinas de todas las especies. Era otro mundo con vida. Con muchos pájaros que no había visto antes. Su viejo impulso le volvió de nuevo, lo envió a buscar un libro para conocer sus nombres. Como una luz trémula de la vieja pasión por conocer los nombres de todo lo que veía, incluso decidió remar hasta el barco de vapor. ¡Los nombres de estos pájaros! Tenía que saber sus nombres, de otra manera no los tendría, no estarían suficientemente vivos en él.

Pero el deseo le abandonó y solamente miraba los pájaros cuando evolucionaban o pasaban junto a él, los miraba vagamente, sin discriminación. Todo interés le había abandonado. Solo había una gaviota, un ejemplar grande y hermoso que iba y venía, iba y venía por delante de la puerta abierta de la cabaña, como si tuviera alguna misión allí. Era grande y gris perla, y sus redondeces eran tan suaves y bellas como las de una perla. Solo las plegadas alas contenían las negras alas remeras cerradas, y en las abundantes plumas negras tres puntos blancos muy visibles haciendo un dibujo. El isleño se sorprendía mucho de este pequeño adorno en el pájaro alejado de los fríos mares. Y mientras la gaviota iba y venía, iba y venía frente a la cabaña, pavoneándose sobre sus patas de un oro ligeramente oscuro, levantando un pico amarillo que era curvo en la punta, con una presunción curiosa y extraña, el hombre se maravillaba del pájaro. Era extraordinario, tenía un sentido.

Un día el pájaro no volvió. La isla que había estado llena de aves marinas, del aleteo de sus alas, del sonido y el corte de las alas y de los trinos agudos y misteriosos, comenzó a estar abandonada de nuevo. Ya no se sentaban como huevos vivientes sobre las rocas y la turba, moviendo las cabezas sin apenas alzar el vuelo cuando estaban a sus pies. Ya no corrían sobre la turba entre las ovejas y se elevaban con las alas bajas. El anfitrión se había ido. Pero algo permaneció, para siempre.

Los días se hicieron cortos y el mundo se hizo más misterioso. El barco vino un día como si de pronto se hubiera precipitado. El isleño lo encontró una violación. Fue una tortura hablar a esos dos hombres con ropas desmañadas y simples. El aire de familiaridad que tenían le era muy repugnante. Él iba pulcramente vestido, su cabaña estaba limpia y ordenada. Se ofendía por cualquier intrusión, la torpe sencillez y el pesado andar de los

dos hombres le eran realmente repulsivos.

Las cartas que habían traído las dejó tiradas sin abrir en una pequeña caja. En una de ellas estaba su dinero. Pero no podía soportar abrirlas, ni siquiera esa. Todo tipo de contacto le era repulsivo. Hasta leer su nombre en un sobre. Las escondió.

Y el bullicio y el horror de coger las ovejas, atarlas y ponerlas en el barco le hizo aborrecer con profunda repulsión a todos los animales de la creación. ¿Qué dios repulsivo inventó animales y hombres oliendo a demonio? Para su olfato, los pescadores y las ovejas olían por igual a sucio, una suciedad en la tierra fresca.

Estaba todavía irritado y atormentado cuando el barco por fin izó las velas y se alejó sobre el tranquilo mar. Y en algunas ocasiones pasado un tiempo, comenzó con asco a creer que oía el mascar de las ovejas.

Llegaron los oscuros días de invierno. A veces no había realmente un verdadero día. Se sentía enfermo como si fuera a desvanecerse, como si el desvanecimiento ya se hubiera producido en su interior. Todo era crepuscular, fuera, en su mente y en su alma. Una vez, cuando fue a la puerta, vio cabezas negras de hombres que nadaban en la bahía. Durante unos momentos se desvaneció inconsciente. Fue el sobresalto, el horror de humanos no esperados y que se acercaban. ¡El horror en el crepúsculo! Y hasta que el sobresalto no le hubo arruinado la salud dejándole incorpóreo, no se dio cuenta de que las cabezas negras eran cabezas de focas nadando. Sintió un alivio enfermizo. Pero estaba casi inconsciente después del sobresalto. Más tarde se sentó y lloró con gratitud porque no eran hombres. Pero nunca se dio cuenta de que había llorado. Estaba demasiado débil. Igual que algún animal etéreo y extraño, ya no se daba cuenta de lo que hacía.

Obtenía todavía su única satisfacción estando solo, absolutamente solo, con el espacio absorbiéndole. El mar gris solitario y las orillas de la isla lavada por el mar. Ningún otro contacto. Nada humano para poner su horror en contacto con el isleño. Solo el espacio húmedo y crepuscular, ¡espacio bañado por el mar! Este era el pan de su alma.

Por esta razón se ponía de lo más contento cuando había una tormenta o cuando la mar estaba alta. Entonces nada podía alcanzarle. Nada del mundo exterior podía llegarle. Era cierto que la violencia brutal del viento le hacía



sufrir mucho. Al mismo tiempo arrastraba al mundo totalmente fuera de la existencia para él. Le había gustado siempre el mar ondulándose y desgarrándose pesadamente. Entonces ningún barco podía alcanzarle. Era como una muralla infinita alrededor de su isla.

Perdió la noción del tiempo y no volvió a pensar en abrir un libro. Lo impreso, la letra impresa, así como la depravación del habla, le parecían obscenos. Rompió la etiqueta de latón de la estufa de petróleo. Hizo desaparecer cualquier inscripción de su cabaña.

Su gata desapareció. Estaba más bien contento. Se estremecía cuando oía su llamada débil y molesta. Vivía en el cobertizo del carbón. Y cada mañana le ponía un plato de copos de avena, lo mismo que comía él. Le lavaba su platito con asco. No le gustaba que se retorciese por allí. Pero le daba de comer escrupulosamente. Entonces, un día no vino por sus copos de avena: siempre maullaba para pedirlos. No volvió más.

Merodeaba por su isla bajo la lluvia con un gran chubasquero no sabiendo qué estaba mirando ni qué había salido a ver. El tiempo se había detenido. Estaba durante largos ratos contemplando con una cara angustiada y blanca, con esos ojos azules suyos lejanos y mordaces, contemplando furiosa y casi cruelmente el mar oscuro bajo el oscuro cielo. Y si veía la laboriosa vela de un barco de pesca lejos en las aguas frías, una rabia malévola ensombrecía sus rasgos.

A veces estaba enfermo. Sabía que estaba enfermo porque vacilaba al andar y se caía fácilmente. Entonces se paraba a pensar qué había sido. Y se iba a la despensa y sacaba leche en polvo y malta, y se alimentaba de eso. Después se olvidaba de nuevo. Sus propias sensaciones dejaron de manifestarse.

Los días comenzaron a alargarse. Durante todo el invierno el tiempo había sido relativamente suave, pero con mucha mucha lluvia. Se había olvidado del sol. Sin embargo, de pronto el aire era muy frío y empezó a temblar. El miedo se apoderó de él. El cielo estaba cubierto y gris, y nunca aparecía una estrella por la noche. Hacía mucho frío. Comenzaron a llegar más pájaros. Estaba helando en la isla. Con manos temblorosas hizo un fuego en el hogar. Le asustaba el frío.

Y ahora un frío mortal e insensible continuaba día tras día. Copos de

nieve flotaban en el aire de vez en cuando. Los días eran grises y más largos, pero no cambiaban en cuanto al frío. La luz del día era gris y helada. Los pájaros morían o se iban volando. Vio algunos que yacían helados. Era como si toda la vida se alejara contrayéndose desde el norte, replegándose hacia el sur. Pronto, se dijo, todo habrá muerto y no habrá nada vivo en todas estas regiones. Sentía una satisfacción cruel al pensar esto.

Una noche le pareció sentir alivio, durmió mejor, no temblaba medio despierto, ni se retorció tanto medio consciente. Se había acostumbrado tanto al temblor y al retorcimiento de su cuerpo que ya difícilmente se daba cuenta de ello. Pero cuando durmió bien de una vez, lo notó.

Se despertó por la mañana en medio de una curiosa blancura. Su ventana estaba cubierta. Había nevado. Se levantó y abrió la puerta y se estremeció. ¡Uh! ¡Qué frío! Todo blanco, con un mar plumizo y unas rocas negras curiosamente moteadas de blanco. La espuma ya no era pura, parecía sucia. Y el mar comía la blancura de la tierra cadavérica. Los copos de nieve obstruían el aire muerto.

En el suelo la nieve tenía una cuarta de profundidad, blanca, suave y blanda, sin viento. Cogió una pala para despejar la entrada al cobertizo. La palidez de la mañana se oscureció. Hubo un extraño ruido sordo de un trueno lejano en el aire helado, y a través de la nieve recién caída, un débil relámpago. La nieve caía ahora en la oscuridad, sin movimiento.

Salió durante unos minutos. Pero se le hacía difícil. Tropezaba y caía en la nieve que le quemaba la cara. Débil y pálido hizo un esfuerzo para volver a casa. Y cuando se hubo recuperado se preocupó de calentarse leche.

No paraba de nevar. De nuevo por la tarde hubo un ruido sordo de un trueno y relámpagos rojizos destellaban entre la nieve que iba cayendo. Se fue a la cama con dificultad y se echó mirando fijamente a la nada.

La mañana parecía no llegar nunca. Durante una eternidad estuvo echado y esperó en la noche un débil alivio. Y por fin pareció que el aire era más suave. Su casa era una cárcel débilmente iluminada con luz blanca. Se dio cuenta de que la nieve se alzaba como una pared al lado de la ventana. Se levantó en medio del mortífero frío. Cuando abrió la puerta, la nieve inmóvil le paró ante un muro a la altura de su pecho. Mirando por encima del mismo, sintió el viento mortífero empujando lentamente, vio el polvo de nieve

levantarse y viajar como un tren funerario. El ennegrecido mar se agitaba y masticaba como si fuera a morder la nieve, impotente. El cielo, aunque gris, estaba luminoso.

Trató con frenesí de llegar a su barca. Si tenía que estar encerrado había de ser por su propia elección, no por el poder mecánico de los elementos. Tenía que llegar al mar. Tenía que ser capaz de llegar a su barca.

Pero estaba débil y a veces la nieve le vencía. Caía sobre él y le dejaba enterrado sin vida. Y cada vez que se esforzaba para dominar la nieve, lo hacía demasiado tarde, caía sobre ella con la energía de la fiebre. Agotado, no se daba por vencido. Se arrastró hacia el interior y se preparó café y beicon. Hacía tiempo que no había cocinado tanto. Una vez más salió a la nieve. Tenía que conquistar la nieve, esa brutal y nueva fuerza blanca que se había acumulado contra él.

Luchó contra el horrible viento muerto, empujando la nieve a un lado, apretándola con la pala. Hacía frío, helaba fuerte con el viento, aun cuando salía el sol un momento y le mostraba los blancos alrededores sin vida, el mar negro ondeando triste y moteado con apagada espuma allá lejos en el horizonte. Ni siquiera el sol daba calor a su cara. Era marzo.

Llegó a su barca. Apartó la nieve, después se sentó al abrigo de la misma mirando al mar, que casi se arremolinaba a sus pies cuando la marea estaba alta. Natural, pero de una manera curiosa, los guijarros parecían estar en un mundo desaparecido y misterioso. El sol ya no brillaba. La nieve iba cayendo en sólidos copos que se deshacían como por milagro cuando tocaban la áspera negrura del mar. Olas roncadas se movían en círculos sobre los guijarros, acercándose a la nieve. Las rocas mojadas eran brutalmente negras. Y durante todo el tiempo se precipitaban los múltiples copos de nieve como demonios, tocaban el mar oscuro y desaparecían.

Hubo una gran tormenta durante la noche. Le pareció que podía oír la gran masa de nieve golpeando todo el mundo con un golpe continuo, y sobre todo esto, el viento, que rugía con extrañas descargas huecas por entre las cuales llegaba el zigzag de un relámpago cegador, y después el bajo retumbar de un trueno más pesado que el viento. Cuando por fin la aurora descoloreaba suavemente la oscuridad, la tormenta había más o menos disminuido, pero seguía un viento permanente. La nieve llegaba hasta la parte superior de la

puerta.

Resentido, excavaba para salir. Y lo hacía con absoluto empeño. Estaba al otro lado de un gran montón de nieve que tenía muchos pies de altura. Cuando lo consiguió, la nieve helada no tenía más que dos pies de profundidad. Pero su isla había desaparecido. Su forma estaba toda cambiada, un gran montón de blancas colinas se levantaban donde antes no había colinas, eran inaccesibles y humeaban como volcanes pero con polvo de nieve. Estaba enfermo y vencido.

Su barca estaba en otro montón de nieve más pequeño. Pero no tenía la fuerza necesaria para sacar la nieve. La miraba impotente. La pala le resbaló de las manos y él se hundió en la blanda masa, para olvidar. En la misma nieve resonaba el mar.

Algo le hizo volver en sí. Se arrastró hasta su casa. Casi no sentía ninguna sensación. Trató de calentarse en el fuego de carbón, solo esa parte que se había dormido por la nieve. De nuevo se calentó leche. Después de esto, encendió el fuego cuidadosamente.

Reapareció el viento. ¿Era de noche otra vez? En el silencio le parecía que podía escuchar la caída, igual que una pantera, de la nieve infinita. El trueno retumbaba más cercano, crujiendo rápidamente tras el relámpago rojizo y confuso. Se tumbó en la cama con una especie de estupor. ¡Los elementos! ¡Los elementos! Su mente repetía la palabra en silencio. No puedes vencer a los elementos.

Cuánto duró, nunca lo supo. Otra vez, como un espectro, salió y subió a lo alto de la blanca colina de su isla irreconocible. El sol calentaba. Es verano, se dijo, y el tiempo de las hojas. Miraba estúpidamente la blancura de su isla extraña y el desierto mar sin vida. Pretendía imaginar que veía el destello de una vela. Porque sabía demasiado bien que nunca habría de nuevo una vela en ese mar espantoso.

Mientras miraba, el cielo misteriosamente oscureció y heló. De la lejanía llegaba el murmullo de un trueno insatisfecho y sabía que era la señal de la nieve cayendo sobre el mar. Se dio la vuelta, y sintió su propia respiración.

# SOL<sup>[135]</sup>

## 1

«Llévensela a que tome el sol», dijeron los médicos. Incluso ella era escéptica respecto a eso de tomar el sol, pero permitió que la llevaran al mar con su niño, una niñera y su madre.

El barco zarpaba a medianoche. Y durante dos horas su marido permaneció con ella mientras acostaban al niño y los pasajeros llegaban a bordo. Era una noche oscura: el Hudson se agitaba en una densa negrura, sacudido por gotitas de luz que se derramaban. Se apoyó en la barandilla y mirando hacia abajo pensó: Esto es el mar; es más profundo de lo que uno se imagina y está pleno de recuerdos. En aquel momento el mar parecía palpar como la serpiente del caos que desde siempre ha existido.

—Estas despedidas no son buenas —le iba diciendo su marido, que estaba a su lado—. No son buenas. No me gustan.

El tono de su voz estaba lleno de aprensión, de recelo y de un cierto toque como de última esperanza.

—A mí tampoco me gustan —respondió ella con voz clara.

Ella recordaba ahora cuán amargamente habían deseado separarse, él y ella. La emoción de la despedida daba un suave tirón a sus emociones, pero lo único que conseguía era que el hierro que había penetrado en su alma se le clavase aún más profundamente.

Miraron a su hijo dormido y los ojos del padre se humedecieron. Pero no es la humedad de sus ojos lo que cuenta, es el ritmo férreo y profundo de la costumbre, las costumbres de toda una vida, de los años; la profunda marca del poder. Y en sus vidas la marca del poder era hostil, la de él y la de ella.

Como dos artefactos que funcionan desajustados, se destruían el uno al otro.

—¡A tierra! ¡A tierra!

—Maurice, tienes que irte.

Y pensó: para él es «A tierra», para mí es «A la mar».

Él agitó el pañuelo en medio de la oscuridad nocturna del muelle, mientras el barco se alejaba despacio; uno en medio de la multitud. ¡Uno en medio de la multitud! *C'est ça!*

Los transbordadores, como grandes bandejas apiladas con hileras de luces, todavía navegaban por el Hudson. Aquella boca negra debía de ser la estación de Lackawanna.

El barco iba bajando, el Hudson parecía interminable. Pero finalmente alcanzaron la curva y allí estaba la pobre cosecha de luces en el Battery. La estatua de la Libertad levantaba la antorcha en una especie de rabieta. Allí estaba el batir del mar.

Y aunque el Atlántico era gris como la lava, llegó finalmente al sol. Tenía una casa sobre el más azul de los mares, con un gran jardín, o viñedos, todo viñas y olivos en pendiente, terraza tras terraza hasta la franja llana de la costa; y el jardín repleto de lugares secretos, profundas arboledas de limoneros allá abajo en la hondonada de la tierra, y escondidas albercas de aguas puras y verdes; también había un manantial que brotaba en una pequeña gruta donde habían bebido los viejos sículos<sup>[136]</sup> antes de que llegasen los griegos; y una cabra gris balando en su establo, una tumba antigua con todos los nichos vacíos. Se percibía la fragancia de la mimosa y, más allá, la nieve del volcán<sup>[137]</sup>.

Veía todo aquello y de algún modo se tranquilizaba. Pero todo era externo. En realidad no le importaba. Ella era la misma, con la cólera y la frustración dentro de sí misma y su incapacidad para sentir algo auténtico. El niño la irritaba porque se aprovechaba de la paz de su alma. Se sentía tan horrible y terriblemente responsable de él... como si tuviese que responsabilizarse de cada uno de los soplos de su respiración. Y esto era una tortura para ella, para el niño y para cada una de las personas cercanas.

—Ya sabes, Juliet, que el doctor te aconsejó tumbarte al sol sin ropa. ¿Por qué no lo haces? —le decía la madre.

—Lo haré cuando me apetezca. ¿Quieres matarme? —le espetaba Juliet.

—¡Matarte! No, por favor. ¡Es por tu bien!

—¡Por Dios, deja ya de desear mi bien!

Finalmente la madre estaba tan herida y enfadada que se marchaba. El mar se iba poniendo blanco, y después invisible. Llovía torrencialmente. Hacía frío en la casa construida para el sol.

De nuevo otra mañana y el sol se elevaba desnudo y fundido, chispeante al borde del mar. La casa estaba orientada al sureste. Juliet yacía en la cama y lo observaba levantarse. Era como si nunca antes hubiese visto amanecer. Nunca había visto el sol desnudo alzarse sobre la línea del mar, sacudiéndose de encima la noche, como la humedad. Y estaba lleno y desnudo. Y quería ir con él.

De este modo fue creciendo en ella el deseo de tomar el sol desnuda. Guardaba el deseo como un secreto. Quería ir a reunirse con el sol.

Pero quería irse lejos de la casa, lejos de la gente. Y no es fácil esconderse en un país donde cada olivo tiene ojos y todas las veredas se ven desde lejos. Ir a esconderse y tener relaciones con el sol.

Pero encontró un lugar: un acantilado encaramado sobre el mar y hacia el sol, y plagado de grandes cactus, el cacto de hojas planas llamado chumbera. Cerca de este montículo gris azulado de cactus se erigía un ciprés de tronco ancho y pálido y una copa que se inclinaba flexible en el azul. Permanecía como un guardián mirando al mar; o una candela plateada cuya enorme llama fuera la oscuridad contra la luz; la tierra lanzando hacia arriba su orgullosa lengua de penumbra.

Juliet se sentaba bajo el ciprés y se quitaba la ropa. Los contorsionados cactus formaban un bosque, espantoso pero fascinante, a su alrededor. Se sentaba y le ofrecía al sol sus senos, suspirando, incluso ahora, sintiendo cierto dolor fuerte por la crueldad de tener que entregarse, pero exultante porque, al fin, no era un amante humano.

Pero el sol se iba moviendo en el cielo azul y le iba lanzando sus rayos según se iba alejando. Sentía la suave brisa del mar en sus pechos, que parecía como si nunca antes hubiesen madurado. Pero apenas sentían el sol. Frutas que se marchitarían sin madurar, sus pechos.

Sin embargo, pronto iba a comenzar a sentir el sol dentro de ellos, más cálido de lo que lo había sido el amor, más cálido que la leche o las manos de

su niño. Por fin, por fin sus pechos eran como grandes uvas blancas bajo el ardiente sol. Se quitaba toda la ropa y se tumbaba desnuda al sol, y mientras estaba tumbada contemplaba a través de sus dedos el imponente sol, su redondez azul y palpitante, con los bordes externos manando brillos. ¡Latiendo con un maravilloso azul, y vivo, y manando fuego blanco por sus contornos, el sol! Él la contemplaba allá abajo con una mirada de fuego azul, y envolvía sus pechos y su rostro, su garganta, su cansado vientre, sus rodillas, sus muslos y sus pies.

Yacía con los ojos cerrados, el color de una llama rosa atravesaba sus párpados. Era demasiado. Recogía hojas y se las ponía sobre los ojos. Después se tumbaba de nuevo al sol, como una calabaza blanca que ha de madurar hasta ponerse dorada.

Podía sentir el sol penetrándole hasta los huesos; no, incluso más allá, incluso hasta las emociones y hasta los pensamientos. Las oscuras tensiones de su emoción comenzaban a alejarse, los oscuros y fríos coágulos de sus pensamientos comenzaban a disolverse. Estaba comenzando a sentir calor por toda ella. Volviéndose de espaldas, dejaba los hombros disolverse al sol, el lomo, la parte trasera de los muslos, incluso los talones. Y allí permanecía tumbada, medio aturdida por la extrañeza de lo que le estaba sucediendo. Su corazón cansado y frío se iba fundiendo, y al fundirse se evaporaba. Solo su vientre permanecía tenso y resistente, la eterna resistencia. Resistía incluso al sol.

Una vez vestida, se volvía a tumbar y miraba al ciprés cuya copa, un filamento flexible, se dejaba mecer por la brisa. Mientras tanto, era consciente del imponente sol deambulando por el cielo, y de su propia resistencia.

Así, volvía a casa, viendo a medias, cegada y aturdida por el sol. Y su ceguera era como una riqueza, y su conciencia pesada, cálida y débil era como una abundancia.

—¡Mami! ¡Mami! —El niño corría hacia ella, llamándola con esa pequeña angustia de deseo, siempre requiriéndola. Ella estaba sorprendida de que su adormecido corazón por una vez no sintiese esa ansiosa angustia recíproca. Cogía al niño en brazos pero pensaba: No debería de tan pelmazo. Si tomara el sol renacería. Y sentía de nuevo la inflexible resistencia de su



vientre, contra él y contra todo.

Le molestaban sus manitas agarrándose a ella, aferrándosele al cuello. Le retiraba las manos de la garganta. No quería que la tocara. Puso al niño en el suelo.

—¡Vamos, corre! ¡Corre al sol!

Una y otra vez le quitaba la ropa y le ponía en la terraza desnudo al sol.

—¡Juega al sol! —le decía.

El niño estaba asustado y quería llorar. Pero ella, en la cálida indolencia de su cuerpo, y con la completa indiferencia de su corazón, y la resistencia de su vientre, le lanzaba una naranja, que rodaba por las losas rojas, y el niño, con su suave e informe cuerpecito, daba pasos hacia ella. Después, nada más que la tenía, la soltaba porque la sentía rara contra su carne. Y el niño se volvía hacia ella, quejoso, haciendo mohines para llorar, asustado porque estaba desnudo.

—¡Tráeme la naranja! —le decía ella, asombrada de su profunda indiferencia respecto a la inquietud del niño—. ¡Tráele a mami la naranja!

No crecerá como su padre, se decía. Como un gusano que no ha visto nunca el sol.

## 2

Tenía en su mente continuamente al niño, como un tormento de responsabilidad, como si al haberlo tenido tuviese que responder de su completa existencia. Incluso cuando moqueaba le resultaba repulsivo, y con una punzada en las entrañas se decía a sí misma: Mira lo que has parido.

Ahora, sin embargo, se había producido un cambio. Ya no estaba vitalmente interesada en el niño, se había despojado de la tensión de su ansiedad. Y el niño se iba esforzando.

Reflexionaba sobre el sol en su esplendor y en la forma en que la penetraba. Su vida era ahora un secreto ritual. Yacía, siempre despierta, antes del alba, contemplando cómo las primeras luces se tornaban doradas, para saber si la niebla se posaría en la orilla del mar. Se alegraba cuando el sol se levantaba todo fundido en su desnudez y lanzaba un fuego blanco y azulado

contra el suave cielo.

Pero algunas veces aparecía rojizo como una criatura grande y tímida. Y otras veces ascendía, lento y de rojo carmín, con una mirada de cólera empujando lentamente y abriéndose camino a codazos. Otras veces no podía verlo, entonces solamente las nubes despedían un tono dorado y escarlata desde arriba, según este se movía tras el muro.

Era afortunada. Las semanas pasaban, y aunque la aurora algunas veces estaba nublada y la tarde a veces estaba gris, no había ningún día sin sol y la mayoría de los días, aunque fuese invierno, transcurrían radiantes. Entonces aparecían, malvas y rayadas, las florecillas silvestres del azafrán, los narcisos también silvestres con sus estrellas invernales colgando.

Cada día bajaba hasta el ciprés que estaba en el bosquecillo de cactus en la loma de rocas amarillentas. Ahora era más sabia y sutil, y vestía solo una camisa gris perla y sandalias. De este modo, en un instante, en cualquier nicho escondido, se ponía desnuda a tomar el sol. Y en el momento en el que se cubría, se volvía gris e invisible.

Cada día, por la mañana, cerca del mediodía, se tumbaba a los pies del plateado y poderoso ciprés mientras el sol cabalgaba jovial en el cielo. Para entonces ya reconocía al sol en cada una de las fibras de su cuerpo. Y su corazón, ese corazón tenso y ansioso, había desaparecido como una flor que se marchita al sol y solo deja un cofre de semillas maduras. Y su vientre tenso, aunque todavía cerrado, se desplegaba lentamente, lentamente, lentamente, como un bulbo de azucena bajo el agua, cuando el sol lo rozaba. Como un brote de azucena bajo el agua, nacía en el sol para expandirse al fin, en el sol, solo para el sol.

Reconocía al sol en todo su cuerpo, de un azul fundido con sus bordes blancos e ígneos, lanzando fuego. Y aunque brillaba sobre el mundo, cuando yacía desnuda, se concentraba sobre ella. Esa era una de las maravillas del sol, podía brillar sobre un millón de personas y aún podía seguir siendo radiante, espléndido y único enfocándola a ella sola.

Con el reconocimiento del sol, y la convicción de que el sol la estaba penetrando gradualmente para conocerla, en el sentido carnal y cósmico de la palabra, le sobrevino un sentimiento de aislamiento de la gente y un cierto desprecio por los seres humanos. ¡Eran tan poco elementales, tan alejados del

sol! Eran tan parecidos a los gusanos de cementerio...

Incluso los campesinos que subían con sus burros por aquel camino antiguo y rocoso, curtidos por el sol como estaban, incluso ellos no estaban bien soleados. Había un pequeño foco, blanco y blando, como de temor, como un caracol en su cascarón, donde el espíritu de los hombres se retraía por miedo a la muerte, por miedo al resplandor natural de la vida. No se atrevía a emerger: siempre internamente acobardado. Todos los hombres eran así. ¿Por qué admitirlos?

Por su indiferencia respecto a la gente, respecto a los hombres, ahora ya no era tan precavida para que no la viesan. Le había dicho a Marinina, que le hacía las compras en el pueblo, que el médico le había mandado tomar baños de sol. Con eso era suficiente.

Marinina era una mujer de unos sesenta años, alta, delgada, erguida, con el pelo rizado y gris, y ojos también de un gris oscuro que tenían la sagacidad de miles de años, con una sonrisa medio falsa en la que subyacía toda una larga experiencia. La tragedia es la falta de experiencia.

—Debe de ser hermoso ponerse desnuda al sol —decía Marinina con una risa audaz en la mirada mientras contemplaba a la otra mujer. El pelo de Juliet, una melena clara y corta, se le rizaba en las sienes como una pequeña nube. Marinina era una mujer de la Magna Grecia y tenía recuerdos lejanos. Miró de nuevo a Juliet.

—Pero hay que ser hermosa para no ofender al sol, ¿no? —añadía con esa sonrisita extraña y entrecortada propia de las mujeres del pasado.

—¿Quién sabe si soy hermosa? —dijo Juliet. Pero bella o no, ella se sentía apreciada por el sol, lo cual era lo mismo.

Al sol de mediodía, algunas veces se escabullía por entre las rocas y los acantilados en el barranco, donde colgaban los limones bajo una sombra eterna y fresca; y en el silencio se quitaba la blusa para lavarse en uno de los pilones verdes y claros: entonces se daba cuenta, a la luz verde y pelada bajo las hojas del limonero, de que todo su cuerpo estaba sonrosado y de que se estaba poniendo dorado. Era como otra persona. Era «otra» persona. Entonces recordaba que los griegos habían dicho que un cuerpo blanco y poco soleado era un cuerpo malsano, y de pescado.

Por eso se untaría un poco de aceite de oliva en la piel, y vagaría un

momento por el oscuro submundo de los limoneros, y se colocaría una flor de limonero en el ombligo y se reiría de sí misma. Podría darse la casualidad de que algún campesino la viese. Pero si esto ocurriera, él tendría más miedo de ella que ella de él. Ella conocía el pálido foco del miedo en los cuerpos vestidos de los hombres. Lo conocía incluso en su propio hijo. ¡Cómo desconfiaba de ella, ahora que se reía de él, dándole el sol en la cara! Ella insistía en que caminase desnudo al sol cada día. Y ahora su cuerpecillo estaba también de color rosa, el pelo rubio le caía espeso en la frente y las mejillas tenían un color escarlata en el dorado delicado de su piel soleada. Era hermoso y sano, y las sirvientas, que adoraban su color rojo, dorado y azul, le llamaban ángel del cielo. Pero el niño desconfiaba de su madre: se reía de él. Y ella veía en sus grandes ojos azules, bajo el entrecejo, ese foco de miedo, el recelo, que ella creía ver ahora en el centro de todos los ojos masculinos. Ella lo llamaba miedo al sol. Y su vientre permanecía cerrado para todos los hombres, temerosos del sol.

Teme al sol, se decía mirando en los ojos del niño.

Y cuando le miraba caminando torpemente, tambaleándose, dando volteretas al sol, haciendo esos ruiditos como graznidos de pájaro, veía que se mantenía tenso y que se escondía del sol, dentro de sí mismo, y que su equilibrio era torpe, sus movimientos algo burdos. Su espíritu era como un caracol en su concha, en una grieta fría y húmeda dentro de sí mismo. Le hacía pensar en el padre del niño. Le gustaría poder hacer que saliese de sí mismo, que se escapara en un gesto de temeridad y salutación al sol. Decidió llevarle con ella bajo el ciprés entre los cactus. Tendría que vigilarle, por las espinas. Pero seguramente en ese lugar saldría de su pequeña concha. Esa tensión civilizada desaparecería de su frente.

Extendió una alfombrilla para el niño y le sentó allí. Después se quitó la blusa y se tumbó mirando un halcón allá en lo azul y la copa suspendida del ciprés. El niño jugaba con algunas piedras en la alfombra. Cuando el niño se levantaba para caminar ella también se incorporaba. Él se volvía para mirarla. De sus ojos azules nacía la mirada casi cálida y desafiante de lo masculino. Y era guapo, con ese tono escarlata en el rubio dorado de la piel. No estaba blanco. Su piel era de color dorado oscuro.

—Ten cuidado con los pinchos, cariño —decía.

—Pinchos —repetía el niño con un gorjeo de pájaro mirándola por encima de su hombro, dubitativo como un *putto*<sup>[138]</sup> desnudo de un cuadro.

—Estúpidos pinchos.

—«Tupidos» pinchos.

Se tambaleaba con sus pequeñas sandalias entre las piedras, agarrándose a la hierbabuena seca y silvestre. Ella era rápida como una serpiente en cogerle cuando iba a caer en las chumberas. Incluso estaba sorprendida de sí misma: ¡Qué gato salvaje estoy hecha!, se decía.

Todos los días le llevaba al ciprés cuando lucía el sol.

—Ven —le decía—. ¡Vamos al ciprés!

Y si el día estaba nublado y soplaba la tramontana, entonces no bajaban, y el niño le pedía continuamente: «Ciprés, ciprés».

Lo echaba de menos tanto como ella.

No era solo tomar el sol. Era mucho más que eso. Algo profundo dentro de ella se desplegaba y se relajaba, como si se entregara a una influencia cósmica. Por algún misterioso poder en su interior, más profundo que su conciencia y su voluntad, entraba en conexión con el sol y una corriente fluía a través de su ser, alrededor de su vientre. Ella misma, su ser consciente, era secundario, una persona secundaria, casi una espectadora. La verdadera Juliet vivía en ese flujo oscuro de sol en el interior más profundo de su cuerpo, como un río de oscuros rayos, dando vueltas, girando oscuro y violeta alrededor del dulce y cerrado brote de su vientre.

Siempre había sido dueña de sí misma, consciente de lo que estaba haciendo y se había mantenido firme bajo su propio mando. Ahora sentía dentro de sí misma otro tipo de poder, algo más grande que ella misma, fluyendo por sí mismo. Ahora era como imprecisa, pero tenía un extraño poder más allá de ella misma.

### 3

A finales de febrero, de repente, hizo mucho calor. La flor del almendro caía como nieve rosa por el leve roce de la brisa. Las pequeñas y sedosas anémonas violetas florecían, los asfódelos crecían en capullos y el mar estaba

azul como la flor del maíz.

Juliet había dejado de preocuparse por nada. Ahora la mayor parte del tiempo permanecían desnudos al sol y eso era lo que ella quería. A veces bajaba a bañarse hasta el mar. A menudo vagabundeaba por entre las rocas donde brillaba el sol y estaba lejos de las miradas. Algunas veces veía a un campesino con su burro y él la veía a ella. Pero ella estaba allí con su hijo tan tranquila, y la fama de los efectos curativos del sol, tanto para el espíritu como para el cuerpo, se había difundido entre la gente, por lo tanto no era tan sorprendente.

El niño y ella estaban ya bronceados con un tono tostado rojizo. Soy otra persona, se decía a sí misma cuando se miraba los pechos y los muslos rosa y oro. El niño también era otra criatura, con una concentración peculiar, tranquila y soleada. Ahora jugaba solo en silencio y no le notaba apenas. Parecía que ya no se daba cuenta de que estaba solo.

No había brisa y el mar era ultramarino. Se sentaba al lado de la gran huella plateada del ciprés, se adormecía al sol, pero sus pechos estaban alerta, llenos de savia. Comenzaba a ser consciente de que una actividad crecía en ella, una actividad que le brindaría un nuevo despertar. Todavía no quería ser consciente. El nuevo despertar significaría un nuevo contacto y no quería esto. Conocía demasiado bien el frío y gran montaje de la civilización y qué significaba contactar con él, y cuán difícil era evadirse.

El niño se había apartado unos pasos más allá en la vereda rocosa tras el gran seto de cactus. Ella le veía, un auténtico infante dorado de los vientos, con el pelo rubio y las mejillas rojas, recogiendo las sarracenas moteadas y colocándolas en guirnaldas. Ya sabía mantenerse de pie y era rápido ante los imprevistos, como un joven animal que jugase absorto.

De pronto le oyó decir: «¡Mira, mami!, ¡mami, mira!». Una nota en su vocecita de pájaro la hizo levantarse bruscamente hacia él. El corazón se le quedó paralizado. La estaba mirando por encima de su hombrito desnudo y le señalaba con su descuidada manita una serpiente que se había erguido a unos pasos de él y abría sus fauces de modo que la lengua bífida y blanda temblaba como una sombra negra emitiendo un breve silbido.

—¡Mira, mami!

—¡Sí, cariño, es una serpiente! —dijo con una voz profunda y lenta.

El niño la miró con sus grandes ojos azules dudoso de si sentir miedo o no. Una cierta quietud de sol en ella lo tranquilizó.

—¡Serpiente! —gorjeó el niño.

—¡Sí, cariño; no la toques, puede morderte!

La serpiente se iba, desenroscándose de la espiral en la que había estado plácidamente dormida, y despacio iba deslizándose su cuerpo largo y marrón dorado con lentas ondulaciones. El niño se volvió y la miró en silencio. Entonces dijo:

—¡La serpiente va!

—¡Sí, déjala que se vaya, le gusta estar sola!

El niño todavía contemplaba aquella largura lenta y dilatada que se iba escondiendo con indolencia.

—¡La serpiente se va...! —dijo.

—¡Sí, se ha ido! ¡Ven con mami un momento!

Entonces fue y se sentó con su cuerpecito desnudo y regordete sobre el regazo desnudo de la madre, y ella le atusó el pelo brillante y ardiente. No le dijo nada, pues sabía que todo había pasado ya. El poder tranquilizador del sol la colmaba, colmaba todo aquel lugar como un hechizo; y la serpiente formaba parte de aquel lugar, junto con ella y el niño.

Otro día, en el seco muro de una de las terrazas de los olivos, vio una serpiente negra reptando horizontalmente.

—¡Marinina! —dijo—, he visto una serpiente negra. ¿Son peligrosas?

—¡Oh! Las serpientes negras, no; pero las amarillas, sí. Si te pica una serpiente amarilla te mueres. Pero me asustan, me asustan incluso las negras, cuando las veo.

Juliet continuó yendo al ciprés con el niño. Pero siempre miraba alrededor antes de sentarse y examinaba detenidamente los lugares a los que el niño pudiera acercarse. Después se tumbaba y tomaba el sol de nuevo con sus pechos bronceados y erectos en forma de pera. No se preocupaba por el mañana<sup>[139]</sup>. Rechazaba pensar fuera de su jardín y no podía escribir cartas. Le pedía a la niñera que se las escribiera. Así, se tumbaba al sol, pero no mucho tiempo, porque estaba volviéndose fuerte, fiero. Y a pesar de sí misma, el brote que había sido fuerte y profundo inmerso en la oscuridad de su ser más íntimo, estaba empinándose, empinándose y estirando su tallo

curvado para abrir sus oscuros pétalos y mostrar un capullo de rosa. Su vientre se abría, a pesar de sí misma. A pesar de sí misma, se abriría amplio con un éxtasis rosado, como una flor de loto<sup>[140]</sup>.

## 4

La primavera se convertía en verano, mediodía del sol, y los rayos eran muy potentes. En las horas de calor se resguardaba bajo la sombra de los árboles o bajaba hasta la fresca arboleda de los limoneros. Otras veces iba a las sombreadas profundidades de los acantilados, en la base de un barranco, cerca de la casa. El niño corría en silencio como un joven animalillo absorto por la vida.

Una tarde, cuando regresaba desnuda a casa entre los arbustos del oscuro acantilado, al rodear una roca, apareció el campesino del *podere*<sup>[141]</sup> colindante, que se había parado a asegurar un hato de leña que había cortado, con su asno esperándole cerca. Llevaba unos pantalones de verano de algodón y agachaba sus nalgas hacia ella. El oscuro reducto del pequeño acantilado era bastante silencioso y privado. La debilidad la inundó y por un instante, no pudo moverse.

El hombre levantó el hato de leña sobre sus poderosos hombros y se volvió hacia el asno. Se sobresaltó y permaneció paralizado cuando la vio, como si fuera una visión. Luego sus ojos encontraron los suyos y ella sintió el fuego azul corriendo por sus miembros hasta su vientre, que estaba abriéndose en un éxtasis inevitable. Todavía se miraban a los ojos y el fuego fluía entre ambos, como el azul, fluyente fuego del corazón del sol. Y ella vio el falo alzarse bajo la ropa y supo que él iría hacia ella.

—¡Mami, un hombre! ¡Mami! —El niño había roto la tensión—. ¡Mami, un hombre!

Ella notó un deje de miedo y se volvió.

—¡No pasa nada, mi niño! —dijo, y tomándole de la mano le condujo de nuevo detrás de la roca, mientras el campesino la miraba desnuda, moviendo las nalgas, que se alzaban y caían de nuevo.

Se puso la bata y, tomando al niño en brazos, comenzó a subir por el



sendero de cabras a través de arbustos de flores amarillas, hacia el nivel del día y de los olivos bajo la casa. Allí se sentó bajo un árbol, para recapacitar.

El mar estaba azul, muy azul, suave y vigilante, y su vientre estaba muy abierto, como una flor de loto, o de cacto, en un entusiasmo radiante. Podía sentirlo y dominaba su consciencia. Y un odio latente ardió en su pecho contra el niño, contra las complicaciones y la frustración.

Conocía al campesino de vista, un hombre bastante corpulento, un individuo fuerte de más de treinta años. Le había observado muchas veces desde la terraza de su casa al llegar solo con el asno, arreglando los olivos, trabajando solo, siempre solo y poderoso, con una cara ancha y rojiza y una callada concentración. Le había hablado una o dos veces, y había encontrado sus grandes ojos azules, sureños, oscuros y calientes. Conocía sus gestos repentinos, un poco violentos y generosos. Pero nunca había pensado en él, aunque había notado que siempre iba limpio y arreglado. Entonces, un día, vio a su mujer, cuando ella le llevó la comida y ambos se sentaron a la sombra de un árbol, a cada lado de un mantel blanco. Y entonces Juliet vio que la mujer era mayor que él, de tez oscura, orgullosa y elegante. Luego llegó una mujer joven con un niño, y el hombre bailó con él, tan joven y apasionado. Pero no era su hijo: no tenía. Fue al bailar con el niño, de aquel modo extraño y enérgico, como si estuviera lleno de una pasión reprimida, cuando Juliet se dio cuenta de que existía por primera vez. Pero incluso entonces nunca había pensado en él. Aquella cara ancha y roja, aquel pecho enorme y aquellas piernas demasiado cortas. Una bestia demasiado ruda para pensar en ella, un campesino.

Pero ahora el extraño desafío de sus ojos la había atrapado, azul y abrumador como el corazón azul del sol. Y ella había visto la fiereza emocionante de su falo bajo sus estrechos pantalones. Y con su cara roja y su cuerpo ancho, era como el sol para ella, en su amplio calor.

Le sintió tan poderoso que no pudo alejarse de él. Continuó sentada allí, bajo el árbol. Entonces oyó a la niñera tocando la campana en la casa y llamándoles. Y el niño le respondió. Tenía que levantarse e ir a casa.

Por la tarde se sentó en la terraza de su casa y miró el mar entre las ramas de los olivos. El hombre llegó y se fue, se fue a la pequeña cabaña de su *podere*, en el borde del bosquecillo de cactus. Posó su mirada en la casa, en

ella sentada en la terraza. Y su vientre se abrió para él.

Todavía no tenía coraje para bajar hasta él. Estaba paralizada. Tomaba un té y se mantenía sentada en la terraza. Y el hombre iba y venía y miraba, miraba de nuevo. Hasta que, al anochecer, la campana de la iglesia capuchina de la entrada del pueblo hubo tañido y se hizo la oscuridad. Pero ella siguió sentada en la terraza hasta que a la luz de la luna le vio cargar su asno y conducirlo tristemente a lo largo del sendero hasta la carretera. Le oyó pasar sobre las piedras de la carretera detrás de su casa. Se iba a casa, al pueblo, a dormir, a dormir con su mujer, que querría saber por qué llegaba tan tarde. Se iba abatido.

Juliet siguió sentada hasta bien entrada la noche, mirando la luna y el mar. Su vientre parecía haberse cerrado de nuevo: la flor de loto se había vuelto un brote. Ella deseaba que esto fuera así. ¡Solo el brote oculto y el sol! Nunca había pensado en ese hombre.

Un día estaba sentada al sol en la cuesta del barranco después de haberse bañado en uno de los grandes aljibes. Más allá, bajo la sombra de los limoneros, el niño corría entre las flores amarillas, recogiendo los limones caídos y saltando con su cuerpecito bronceado por entre salpicaduras de luz, moviéndose por entre la luz veteada. Ella se sentó al sol en un banco, abajo, en el barranco, sintiéndose casi libre de nuevo; la flor se marchitaba en su brote, ensombrecido, a salvo dentro de ella.

De pronto, en el borde alto de la tierra contra el cielo azul pálido apareció Marinina con un pañuelo negro en la cabeza y llamándola cadenciosamente: *Signora! Signora Giulietta!*

Juliet se volvió y se puso en pie. Marinina se quedó quieta durante un momento mirando a la mujer en alerta, desnuda y de pie, con el pelo claro teñido de sol como una nubecilla. Después la ágil anciana bajó la cuesta del empinado y soleado camino. Permaneció de pie y erguida a unos pasos de la mujer bronceada por el sol, y la miró con picardía:

—¡Qué hermosa está usted! —dijo fríamente, casi con ironía—. Su marido ha venido.

—¿Qué marido? —exclamó Julieta.

La anciana rió debilmente lanzando un gruñido perspicaz, la mueca de una mujer del pasado.

—¿No tiene usted un marido? —dijo burlescamente.

—¿Cómo? ¿Dónde? Sí, en América —dijo Juliet.

La vieja miró por encima del hombro y soltó otra risa apagada.

—Nada de en América. Iba siguiéndome. No habrá encontrado el sendero. —Y echó hacia atrás la cabeza con su risa apagada de mujer.

Las veredas estaban cubiertas de hierbas altas, de flores y *nepitella*<sup>[142]</sup>, de modo que eran como surcos de pájaros en un lugar eternamente silvestre. Extraña la naturaleza agreste y vívida de los lugares antiguos de la civilización, que han conocido al hombre durante mucho tiempo.

Juliet miró a la mujer siciliana con ojos reflexivos.

—¡Ah, bien! —dijo finalmente—. Tráigalo.

Y una pequeña llama saltó en su interior. Era la flor que se abría. A pesar de todo, él era un hombre.

—¿Traerlo aquí? ¿Ahora? —preguntó Marinina mirando con ojos grises y burlescos a Juliet. Después se encogió de hombros.

—De acuerdo, como quiera. Pero es un sitio raro para él.

Y comenzó a reírse por lo bajo. Después señaló al niño que sostenía un montón de limones contra su pequeño pecho.

—Mire qué precioso está el niño, ¡un ángel del cielo! Le encantará verlo. ¿Voy a traerlo?

—Sí, tráigalo —dijo Juliet.

La anciana volvió a subir la cuesta rápidamente. Y encontró a Maurice entre los viñedos como perdido, con el rostro grisáceo, con un sombrero de fieltro gris y un traje gris oscuro. Parecía estar patéticamente fuera de lugar bajo aquel sol tan espléndido y la gracia del mundo griego antiguo: como un borrrón de tinta sobre la cuesta incandescente.

—¡Venga! —le dijo Marinina—. ¡Está allí abajo!

Y le llevó hasta la vereda dando zancadas a través de las hierbas. De pronto se paró en la cima de la cuesta. Las copas de los limoneros lucían oscuras en la parte baja.

—Baje, baje hasta allí —le dijo, y él le dio las gracias mirándola rápidamente.

Era un hombre de unos cuarenta años, afeitado, de rostro pálido, calmoso y muy tímido. Mantenía sus negocios sin éxitos asombrosos pero con

eficiencia. No se fiaba de nadie. La anciana de la Magna Grecia le miró: Es bueno —se dijo—, pero no es un hombre de veras, pobrecito.

—¡Allí abajo está la *Signora*! —dijo Marinina señalando hacia abajo como una de las parcas<sup>[143]</sup>.

Él dijo de nuevo: «¡Gracias, gracias!», sin expresión alguna, y se adentró con cuidado en el sendero. Marinina levantó la barbilla con una alegre perversidad. Después se encaminó a grandes zancadas hacia la casa.

Maurice iba contemplando el camino por entre la maraña de hierbas mediterráneas y por eso no vio a su esposa hasta que tomó una pequeña curva ya bastante cercana a ella. Ella estaba de pie y desnuda al lado de una roca que sobresalía, brillando al sol y con una cálida vida. Sus pechos parecían elevarse alerta para escuchar, sus muslos parecían oscuros y raudos. Dentro de ella, el loto de su vientre estaba muy abierto, casi desplegado, muy abierto a los rayos violeta del sol, como una gran flor de loto. Y ella estaba muy contenta, sin remedio: un hombre llegaba. Le lanzó una mirada rápida y nerviosa mientras se iba acercando como si fuese un borrón de tinta sobre un papel secante.

El pobre Maurice dudó y miró hacia otra parte. Volvió la cara.

—Hola, Julie —dijo con una tosecilla nerviosa—. ¡Espléndido! ¡Espléndido!

Avanzó con la cara hacia otro lado, lanzándole breves miradas, mientras que ella seguía de pie con el satinado brillo del sol en su piel bronceada. De algún modo no parecía estar tan terriblemente desnuda. Era como si el rosáceo bronceado del sol la vistiese.

—¡Hola, Maurice! —dijo ella retirándose un poco de él, y una sombra fría cayó sobre la flor abierta en su vientre—. No te esperaba tan pronto.

—No —dijo él—. Me las he arreglado para escaparme un poco antes.

Y de nuevo volvió a toser con torpeza. De manera furtiva y a propósito, la había cogido por sorpresa. Permanecieron de pie, separados por varios metros y en silencio. Era una Julie nueva para él, con los pechos golpeados por el viento: no era aquella neoyorquina nerviosa.

—¡Bien! —dijo—. Esto... ¡Esto es espléndido! Tú estás... ¡Estás espléndida! ¿Dónde está el niño?

Él sintió, en lo más profundo, el deseo de tenderse hacia los miembros y

la piel cubierta de sol de la mujer: una mujer de carne y hueso. Era un deseo nuevo en su vida, y le hacía daño. Quería sustraerse.

—Allí está el niño —dijo ella señalando hacia la sombra, donde un golfillo desnudo recogía los limones caídos.

El padre lanzó una pequeña sonrisa.

—¡Ah, sí, allí está! Está hecho un hombrecito. ¡Bien! —dijo. Su alma nerviosa y reprimida se estremecía en violentos estremecimientos—. ¡Hola, Johnny! —le dijo, y sus palabras sonaron más bien débiles—. ¡Hola, Johnny!

El niño levantó la cabeza, soltando a la vez los limones de sus regordetes brazos, pero no respondió.

—Supongo que debemos ir por él —dijo Juliet mientras comenzaba a caminar hacia el sendero. A pesar de sí misma, la sombra fría estaba abandonando la flor abierta en su vientre, y cada pétalo vibraba de nuevo. Su marido la seguía, mirando el movimiento rápido y rosado de sus caderas, que ella iba balanceando en el hueco de su cintura. Estaba aturdido de admiración pero también de completa pérdida. Solía considerarla una persona. Y ya no era una persona, sino un cuerpo fuerte y soleado, sin alma, y brillante como el de una ninfa, contoneando sus caderas. ¿Qué haría consigo mismo? Estaba completamente fuera de lugar, con aquel traje gris oscuro y su sombrero gris claro y el rostro también gris y monástico de un hombre de negocios tímido, y la mentalidad mercantilista gris. Extraños temblores se disparaban a través de sus muslos y piernas. Estaba aterrorizado y sentía que debía dar un alarido salvaje de triunfo y saltar sobre aquella mujer de piel bronceada.

—Tiene buen aspecto, ¿verdad? —dijo Juliet, mientras atravesaban un profundo mar de flores amarillas bajo los limoneros.

—¡Sí, sí, está espléndido, espléndido! ¡Hola, Johnny! ¿No conoces a papá? ¿No conoces a papá, Johnny?

Se agachó, olvidando la raya de sus pantalones, y le extendió los brazos.

—¡Limones! —dijo el niño, gorjeando como un pajarillo—. ¡Dos limones!

—¡Dos limones! —dijo el padre—. ¡Montones de limones!

El niño se acercó y le puso un limón en cada mano. Después le dio la espalda.

—¡Dos limones! —repitió el padre—. ¡Ven aquí, Johnny! ¡Ven y dile

«hola» a papá!

—¡Papá se va! —dijo el niño.

—¿Irme? Bueno sí, pero hoy no.

Y cogió al niño en brazos.

—¡Quita la chaqueta! ¡Papá, quita la chaqueta! —dijo el niño, apartándose de la ropa.

—¡De acuerdo, hijo! ¡Papá se quita la chaqueta!

Se quitó la chaqueta y la colocó cuidadosamente a un lado, después miró las rayas de sus pantalones, las sacudió un poco, se agachó y cogió al niño en brazos. El calor del cuerpo desnudo del niño contra él le hizo desfallecer. La mujer desnuda contemplaba al niño desnudo en los brazos del hombre en mangas de camisa. El niño le había retirado el sombrero, y Juliet miraba el lacio pelo gris y negro de su marido, y no estaba fuera de lugar. ¡Y tan tan pálido...! La sombra fría se colocó de nuevo sobre la flor de su vientre. Permaneció en silencio durante un rato, mientras que el padre hablaba con el niño, que admiraba a su padre.

—¿Qué piensas hacer, Maurice? —dijo ella de pronto.

La miró con rapidez, de reojo, escuchando su voz americana. La había olvidado.

—¿Sobre qué, Julie?

—Acerca de todo. De esto. Yo no puedo regresar a la cuarenta y siete Este<sup>[144]</sup>.

—Bueno —dudó—. Supongo que no, al menos todavía no.

—Nunca —dijo ella bruscamente, y hubo un silencio.

—Bueno, pues no sé —dijo él.

—¿Crees que puedes venirte aquí? —dijo ella, salvaje.

—Sí. Puedo quedarme un mes. Creo que puedo arreglármelas durante un mes —dijo dudando. Después la miró con timidez y escondió la cara de nuevo.

Ella le buscó la cara con la mirada, sus pechos se agitaban con sus suspiros, como si quisieran sacudirse con impaciencia la sombra fría, sin sol.

—No puedo volver —dijo con lentitud—. No puedo abandonar este sol. Si tú no puedes venir aquí...

Ella terminó la frase con una entonación abierta. Pero la voz de la

americana brusca, personal, había desaparecido, y él escuchó la voz de la mujer de carne y hueso, de cuerpo crecido al sol. Él volvió a mirar furtivamente, pero con deseo creciente y menos miedo.

—¡No! —dijo él—. ¡Esto te va bien! ¡Estás espléndida! No, no creo que debas volver. —Y con el sonido acariciador de su voz, a pesar de ella, la flor de su vientre comenzó a abrirse y a sacudir sus pétalos.

Él pensaba en ella en el piso de Nueva York, pálida, silenciosa, presionándole. Él era el espíritu de la timidez discreta en las relaciones humanas, y la hostilidad terrible y silenciosa de ella desde que naciera el niño le atemorizaba profundamente. Porque se había dado cuenta de que ella no podía evitarlo. Las mujeres eran así. Sus sentimientos habían tomado diferentes direcciones, incluso contra sus propias voluntades, y era horrible, horrible vivir en casa con una mujer así, cuyos sentimientos eran contrarios incluso a ella misma. Él se había sentido demolido bajo la cruz de su inevitable hostilidad. Ella se había demolido incluso a sí misma y también al niño. No, cualquier cosa menos eso. Gracias a Dios, aquella mujer fantasma parecía haberse disuelto con el sol.

—Pero ¿y tú? —preguntó ella.

—¿Yo? Ah, bueno. Yo puedo continuar con los negocios y venir... Venir aquí a pasar una largas vacaciones, tanto tiempo como tú desees. —Miró entonces hacia el suelo un buen rato. Tenía miedo de haber despertado al alocado espíritu de la femineidad que había en ella. Consideraba que ella debía quedarse como la había visto: una fresa creciendo desnuda, una mujer como una fruta. La miró con un tono de súplica en sus preocupados ojos.

—¿Incluso para siempre? —dijo ella.

—Bueno, sí, si eso es lo que deseas. Para siempre es mucho tiempo. Ahora no vamos a poner una fecha.

—¿Y puedo hacer lo que quiera? —Y le miró fijamente a los ojos como desafiándole. Y él no tenía ningún poder frente a su desnudez rosácea y curtida por el viento, en su miedo por despertar a la mujer dentro de ella, la americana personal, espectral y negativa.

—Bueno, sí. Supongo. Mientras no seáis infelices ni tú... ni el niño.

De nuevo la miró con un gesto de ruego preocupado, pensando en el niño pero rogando por él mismo.

—No lo seremos —dijo ella con rapidez.

—No —dijo él—. No, no creo que seáis infelices.

Hubo entonces una pausa. Las campanas del pueblo daban con precipitación el mediodía. Y eso significaba la hora de comer.

Ella se deslizó en su quimono gris de crepé, y se ató a la cintura un ancho cinturón verde. Después puso al niño una camiseta azul por la cabeza, y se fueron hacia la casa.

Sentados a la mesa, observaba a su marido, su rostro gris y urbano, su canoso pelo, sus modales tan correctos y su completa moderación al beber y comer. De vez en cuando él la miraba a ella, furtivamente, bajo sus negras pestañas. Tenía los ojos de un dorado grisáceo, como de animal que ha sido capturado demasiado joven y ha sido criado en completa cautividad, extraño y frío, sin cálidas esperanzas. Solo sus cejas y sus pestañas negras eran bonitas. No le dejó entrar. No le veía, al estar tan llena de sol no podía verle. Su falta de sol le convertía en nada.

Salieron a tomar el café a la terraza bajo la rosada masa de la buganvilla. Abajo, más allá, en el *podere* cercano, el campesino y su esposa estaban sentados bajo un almendro, cerca del trigo verde y alto, uno frente al otro, separados por el mismo mantel blanco extendido en el suelo. Había una gran hogaza de pan, y aunque ya habían terminado de comer, permanecían sentados con vasos de vino en la mano.

El campesino miró hacia arriba, a la terraza, tan pronto como los americanos aparecieron. Juliet colocó a su esposo de espaldas a esta escena; ella se sentó de frente y miró al campesino, hasta que vio a su mujer de tez oscura volverse también a mirar.

## 5

El hombre estaba desesperadamente enamorado. Ella observó su rostro, envejecido y achaparrado, mientras él la miraba fijamente, hasta que su mujer se volvió. Entonces levantó su vaso y echó el vino en su garganta. La mujer miraba fijamente las figuras del balcón. Era elegante y bastante atractiva y, seguro, mayor que él, con aquella gran diferencia que descansa entre una



mujer despótica, superior, que pasa de los cuarenta, y su más irresponsable esposo, de unos treinta y cinco. Parecía la diferencia de toda una generación. Él es de mi generación, pensó Juliet, y ella de la de Maurice. Juliet no tenía todavía los treinta.

El campesino, con sus pantalones blancos de algodón, su camisa rosa pálido y su sombrero de paja, estaba atractivo, y tan limpio, tan lleno de limpieza y salud... Era fuerte y ancho, y parecía bajo, pero su piel estaba llena de vitalidad, como si siempre fuera a ponerse en movimiento para trabajar, incluso para jugar, como cuando le había visto con el niño. Era la clase de campesino italiano que pretende ofrecerse a sí mismo, apasionadamente, que quiere hacer de sí mismo una ofrenda, de su piel poderosa y del sordo batir de su sangre. Pero era solo un campesino, y por eso esperaba a que la mujer hiciera el primer movimiento. Podía esperar cerca de ella, en una larga y consumida pasividad llena de deseo, esperando, esperando a que la mujer fuera a él. Pero nunca intentaría acercarse. Nunca. Ella tendría que avanzar. Él estaría esperando, sin acercarse.

Al notar que ella le miraba se quitó el viejo sombrero de paja y mostró su cabeza rapada, redonda y morena, y alargó una larga mano morena y roja hacia la hogaza, de la que cortó un trozo y empezó a masticar a mandíbula llena. Sabía que ella le miraba. ¡Ella tenía tal poder sobre él, el ardiente, desarticulado animal, con aquella caliente y masiva corriente de sangre en sus venas! Había sido calentado por soles incontables, y fútiles como el atardecer. Y era tímido, con una timidez violenta que podía esperarla consumido, pero nunca, nunca se acercaría.

Con él sería como bañarse en otra clase de sol, pesado y grande y sudoroso. Y después debería olvidar. Él no existiría. Sería solo un baño de calurosa, poderosa vida. Después, separarse y olvidarse. De nuevo, el baño procreativo, como el del sol.

¡No sería bueno! Estaba cansada de contactos personales y de tener que hablar después con el hombre. Pero, a pesar de todo, con aquella criatura saludable una podría satisfacerse. Mientras estaba allí sentada, sintió la corriente de la vida fluir desde él hacia ella, y desde ella hacia él. Ella supo por sus movimientos que podía sentirla más de lo que ella le sentía a él. Era un dolor definitivo en la consciencia del cuerpo de cada uno de ellos, que

permanecían sentados como si hubieran sido sustraídos, observados por un ojo avizor, posesivo y cónyuge.

Y Juliet pensó: ¿Por qué no puedo ir con él? ¿Por qué no puedo criar a su hijo? Sería como criar un hijo del sol inconsciente y de la tierra inconsciente, un niño como un fruto. Y la flor de su vientre radiaba. No le preocupaban los sentimientos de posesión. Solo quería la savia del hombre, bastante impróvido. Pero su corazón se nubló de miedo. ¡No se atrevía! ¡No se atrevía! ¡Si el hombre pudiera encontrar el camino...! Pero no lo haría. Él solo rondaba y esperaba, rondaba con un deseo sin fin, esperando a que ella cruzara el acantilado. Y ella no se atrevía, no se atrevía. Y él seguiría rondando.

—¿No te preocupa que la gente te vea cuando tomas tus baños de sol? —dijo su marido, volviéndose y mirando hacia los campesinos. La mujer saturnina del acantilado se volvió y miró hacia la villa. Era como una batalla.

—¡No! No necesito que me miren. ¿Vendrás tú también? ¿Tomarás baños de sol? —le dijo Juliet.

—¿Qué...? Bueno... Sí, creo que me gustaría mientras esté aquí.

Había un brillo en sus ojos, una valentía desesperada producida por el deseo de probar aquel fruto, aquella mujer de pechos rosados y alimentados por el sol que vibraban bajo la bata. Y ella pensó en él con su pálida, blanquecina y pequeña figura de ciudad, caminando bajo el sol, desesperado por reclamar sus derechos de esposo. Y su mente se desmayó. El extraño y marcado pequeño amigo, el buen ciudadano, señalado como un criminal para el ojo desnudo del sol. ¡Cómo odiaría exponerse!

Y la flor de su vientre se fue mareando, mareando. Supo que le tomaría, supo que criaría a su hijo. Supo que era por él, el pequeño hombre marcado por la ciudad, que su vientre estaba abierto radiando como un loto, como la extensión purpúrea de una anémona, oscura en el centro. Supo que no iría con el campesino: no tenía suficiente valor, no era todavía lo bastante libre, y supo que el campesino nunca iría a ella, tenía la pasividad tenaz de la tierra y esperaría, esperaría, tan solo colocándose antes sus ojos, una y otra vez, persistiendo en su visión, la persistencia de un ansia animal.

Había visto sonrojarse las mejillas de la tostada cara del campesino, y sentido el chorro, el repentino calor azul extenderse por ella desde sus ojos

amables, y el pene alzarse contra su cuerpo, por ella, emergiendo por ella. Ya no iría nunca con él, no se atrevía, no se atrevía, demasiado en su contra. Y el pequeño cuerpo blanquecino de su marido, marcado por la ciudad, la poseería, y su pequeño, famélico pene, dejaría otro hijo dentro de ella. No podía evitarlo. Estaba atada a la rueda enorme y fija de la circunstancia y no habría Perseo<sup>[145]</sup> en el universo que pudiera cortar las ligaduras.

## EL GANADOR<sup>[146]</sup>

Érase una vez, una mujer hermosa que había empezado la vida con todo a su favor y que, sin embargo, no tenía suerte. Se casó por amor, y el amor se convirtió en cenizas. Tuvo unos hijos preciosos; no obstante, sentía que le habían sido impuestos, y era incapaz de amarlos. Ellos la miraban fríamente, como si la encontraran en falta. De inmediato ella sentía que debía ocultar algún defecto. Pero jamás conseguía averiguar qué defecto era ese. Así y todo, cuando sus hijos estaban presentes, ella sentía que el núcleo de su corazón se endurecía. Esto le preocupaba, y, a su manera, era excesivamente ansiosa y dulce con los niños, como si los quisiera muchísimo. Solo ella sabía que en el núcleo de su corazón había una pequeña zona endurecida que era incapaz de sentir amor; no, por nadie. Todos los demás decían de ella: «¡Es una madre tan buena! Adora a sus hijos». Pero solo ella, y sus hijos, sabían que no era así. Podían leerlo, unas y otro, en sus respectivas miradas.

Los hijos eran un varón y dos niñas<sup>[147]</sup>. Vivían en una casa agradable, con jardín, y tenían unos sirvientes discretos, y se consideraban mejores que cualquiera de sus vecinos.

Aunque vivían con lujo, en la casa siempre se percibía cierta ansiedad. Nunca había dinero bastante. La madre tenía unas pequeñas rentas, y también el padre, pero no eran las suficientes para la posición social que pretendían mantener. El padre acudía a la ciudad a trabajar en algún despacho. Pero aunque tenía buenas perspectivas, estas nunca se materializaron. Siempre existía la agobiante sensación de la falta de dinero, aunque la posición social que aparentaban seguía siendo la misma.

Un día la madre dijo:

—Veré si yo puedo hacer algo. —Pero no sabía por dónde empezar. Se

devanó los sesos, e intentó una cosa, y otra, pero no obtuvo resultado alguno. El fracaso trazó en su rostro profundas arrugas. Sus hijos estaban creciendo, y tendrían que ir al colegio. Haría falta más dinero, haría falta más dinero. El padre, que era un hombre muy apuesto y tenía gustos caros, parecía que jamás fuese a hacer nada que valiese la pena. Y la madre, que creía enormemente en sí misma, no lograba hacer mucho más, a pesar de que sus gustos también eran caros.

De modo que la casa llegó a estar invadida por aquella frase inexpresada: «¡Haría falta más dinero! ¡Haría falta más dinero!». Los niños podían oírla a cada instante, aunque nadie la decía en voz alta. La oían en Navidad, cuando los juguetes caros y espléndidos llenaban el cuarto de juegos. Detrás del brillante y moderno caballo de balancín, detrás de la elegante casa de muñecas, una voz empezaba a murmurar: «¡Haría falta más dinero! ¡Haría falta más dinero!». Y los niños dejaban de jugar y escuchaban un momento. Se miraban entre ellos, para ver si los otros también lo habían oído. «¡Haría falta más dinero! ¡Haría falta más dinero!».

La frase brotaba murmurante de los resortes del caballo de balancín, e incluso el caballo, inclinando la piafante cabeza de madera, podía oírla. La enorme muñeca, sentada tan sonriente y sonrosada en su nuevo cochecito, la oía con toda claridad, y parecía que esto la hacía sonreír con picardía aun mayor. El gracioso cachorrito, que había reemplazado al oso de felpa, parecía todavía más extraordinariamente gracioso solo porque oía también, por toda la casa, el murmullo secreto: «¡Haría falta más dinero! ¡Haría falta más dinero!».

No obstante, nadie lo decía en voz alta. El murmullo estaba en todas partes, y por ello nadie lo expresaba, del mismo modo que nadie dice nunca «¡Estamos respirando!», a pesar del hecho de que la respiración viene y va a cada momento.

—Madre —dijo un día Paul, el niño—, ¿por qué no tenemos coche propio? ¿Por qué utilizamos siempre el del tío, o un taxi?

—Porque somos los parientes pobres de la familia —dijo la madre.

—Pero ¿por qué, mamá?

—Bueno, supongo —dijo ella lenta, amargamente— que es porque tu padre no tiene suerte.

El niño guardó un instante de silencio.

—¿La suerte es lo mismo que el dinero, madre? —preguntó con cierta timidez.

—No, Paul. No exactamente. Es lo que hace que tengas dinero.

—¡Ah...! —dijo vagamente Paul—. Yo creía que cuando el tío Oscar decía «maldita fortuna», se refería al dinero.

—En esa frase se refería a la suerte —dijo la madre—. Pero tener fortuna significa también poseer dinero.

—¡Ah...! —dijo el chico—. Entonces ¿qué es la suerte, madre?

—Es lo que hace que tengas dinero. Si tienes suerte, tienes dinero. Por eso es mejor nacer con suerte que nacer rico. Si eres rico, puedes perder tu dinero. Pero si tienes suerte, siempre obtendrás más dinero.

—¡Ah! ¿De veras? ¿Y padre no tiene suerte?

—Yo diría que tiene muy poca —dijo ella con amargura.

El niño la miraba dubitativamente.

—¿Por qué? —preguntó.

—No lo sé. Nadie sabe por qué unas personas tiene suerte y otras no.

—¿No? ¿Nadie, de verdad? ¿Nadie puede saberlo?

—Tal vez Dios. Pero Él nunca lo dice.

—Pues debería hacerlo. ¿Y tú tampoco tienes suerte, madre?

—No puedo tenerla, si me he casado con un hombre que no la tiene.

—Pero tú, por ti misma, ¿no la tienes?

—Solía pensar que sí, antes de casarme. Ahora pienso que no tengo nada.

—¿Por qué?

—Pues... En fin, da igual. Tal vez sí tenga algo —dijo ella.

El niño la miró para comprobar si lo decía en serio. Pero vio, por la expresión de sus labios, que solo estaba intentando ocultarle algo.

—Bueno, de todas maneras —dijo valientemente—, yo sí tengo suerte.

—¿Por qué? —dijo su madre rompiendo a reír.

Él la miró fijamente. Ni siquiera sabía por qué había dicho eso.

—Dios me lo dijo —afirmó con valentía.

—¡Espero que así sea, querido! —dijo ella riendo de nuevo, pero con amargura.

—¡Es verdad, madre!

—¡Excelente! —dijo la madre, utilizando una de las exclamaciones de su marido.

El niño se dio cuenta de que no le había creído, o, más bien, de que no hacía caso de su afirmación. Esto, de algún modo, le irritó, despertando en él el deseo de llamar su atención.

Se alejó por su cuenta, pensativo, buscando, a su manera infantil, la clave de la «suerte». Absorto, sin hacer caso a los demás, vagaba por la casa con una especie de cautela, buscando la suerte en su interior. Deseaba la suerte, la deseaba, la deseaba. Cuando sus dos hermanas jugaban a las muñecas en el cuarto de los niños, él se sentaba a horcajadas sobre su gran caballo de balancín, cabalgando como un poseso en el espacio, con un frenesí que obligaba a las pequeñas a observarlo con inquietud. El caballo se mecía salvajemente, el oscuro cabello ondulado del niño se agitaba en el aire y sus ojos adquirían un brillo extraño. Sus hermanas no se atrevían a hablarle.

Cuando llegaba al final de su enloquecido viaje, se bajaba del caballo y se paraba ante él, mirándole fijamente su cabeza baja. La boca roja estaba ligeramente entreabierta, los grandes ojos desorbitados, brillantes como cristales.

—¡Ahora! —le ordenaba silenciosamente el niño a la piafante montura—. ¡Llévame a donde está la suerte! ¡Llévame ya!

Y fustigaba al caballo en el cuello con la pequeña fusta que le había pedido a su tío Oscar. Él sabía que el caballo podía llevarle a donde estaba la suerte, por poco que lo obligase.

De modo que lo montaba de nuevo y recomenzaba su furioso galope, con la esperanza de llegar allí por fin. Él sabía que podía llegar.

—¡Romperás el caballo, Paul! —dijo la niñera.

—¡Siempre está cabalgando así! ¡Me gustaría que parase! —dijo su hermana mayor Joan.

Pero él se limitaba a mirarlas en silencio. La niñera renunció a decirle nada más. No podía hacerle cambiar. Además, era ya demasiado mayor para ella.

Un día, su madre y su tío Oscar entraron mientras él estaba en mitad de una de sus furiosas cabalgadas. Él no les habló.

—¡Hola, pequeño jockey! ¿Montando a un ganador? —dijo su tío.

—¿No eres demasiado grandecito para un caballo de balancín? Ya no eres un bebé, ¿sabes? —dijo su madre.

Pero Paul se limitó a mirarlos con sus grandes ojos azules, ligeramente juntos. No hablaba con nadie cuando estaba así de excitado. Su madre lo miraba con expresión de ansiedad.

Al fin el niño se detuvo súbitamente, forzando a su caballo a un galope mecánico, y descendió.

—Bueno, ¡ya he llegado! —anunció con vehemencia, con sus ojos azules aún llameantes y separando sus fuertes y largas piernas.

—¿Adónde? —preguntó su madre.

—A donde quería ir —le contestó él con rotundidad.

—¡Así me gusta, hijo! —dijo su tío Oscar—. No te detengas hasta llegar allí. ¿Cómo se llama el caballo?

—No tiene nombre —dijo el chico.

—¿Y se las arregla sin él? —dijo el tío.

—Bueno, tiene nombres diferentes. La semana pasada se llamaba Sansovino.

—Sansovino<sup>[148]</sup>, ¿eh? Ganó en Ascot. ¿Cómo lo sabías?

—Siempre habla de las carreras de caballos con Bassett —dijo Joan.

El tío estaba encantado de que su pequeño sobrino se interesara en las carreras. Bassett, el joven jardinero, que había sido herido en el pie izquierdo durante la guerra y había conseguido su actual empleo a través de Oscar Cresswell, tras haber sido su bateador, era un gran experto en el tema. Vivía para la hípica, y el pequeño lo secundaba.

Oscar Cresswell se enteró de todo por Bassett.

—El señorito Paul viene a preguntarme, y yo no puedo por menos que responderle, señor —dijo Bassett, con una expresión terriblemente seria, como si estuviera hablando de asuntos religiosos.

—¿Y alguna vez apuesta algo a un caballo que le apetezca?

—Bueno, yo no quiero delatarle... Es un buen chico... Un chico excelente, señor. ¿Le importaría preguntárselo usted mismo? Es una cosa que parece gustarle, y tal vez piense que yo le estoy traicionando. Si no le importa, señor...

Bassett era tan serio como una iglesia.



El tío fue en busca de su sobrino y lo llevó a dar una vuelta en coche.

—Paul... Dime, chico, ¿alguna vez apuestas algo a los caballos?

El niño observó a su tío con atención.

—¿Por qué, crees que no debo hacerlo? —dijo desafiante.

—¡No he dicho eso! Pero pensé que tal vez podrías darme alguna pista para el Lincoln.

El coche se desplazaba velozmente por el campo en dirección a la casa del tío Oscar en Hampshire.

—¿Me juras no decir nada? —dijo el sobrino.

—Te juro no decir nada, hijo —dijo el tío.

—Pues bien: Daffodil.

—¡Daffodil! Lo dudo, hijito. ¿Qué me dices de Mirza?

—Yo solo sé el nombre del ganador —dijo el niño—. Y es Daffodil.

—Daffodil, ¿eh?

Hubo una pausa. Daffodil, comparativamente, era un caballo secundario.

—¡Tío!

—¿Sí, hijo?

—No dejarás que salga de aquí, ¿verdad? Se lo prometí a Bassett.

—¡Al diablo con Bassett, jovencito! ¿Qué tiene él que ver con esto?

—Somos socios. Somos socios desde el principio. Tío, él me prestó mis primeros cinco chelines, y los perdí. Le di mi palabra de honor de que sería algo entre él y yo, solo que tú me diste ese billete de diez chelines y con él empecé a ganar, así que pensé que me traías suerte. No se lo dirás a nadie, ¿verdad?

El niño miró a su tío con aquellos ojos grandes, cálidos y azules, demasiado juntos. El tío se removi6 en el asiento y rió nerviosamente.

—¡En absoluto, hijo! Tu información está a salvo conmigo. Daffodil, ¿eh? ¿Cuánto vas a apostar por él?

—Todo lo que tengo menos veinte libras —dijo el niño—. Eso lo guardo como reserva.

El tío lo encontró muy cómico.

—Te guardas veinte libras como reserva, ¿eh, gracioso? ¿Cuánto apuestas, entonces?

—Apuesto trescientas —dijo el niño con gravedad—. ¡Pero eso es entre

tú y yo, tío Oscar! ¿Me lo prometes?

El tío lanzó una inmensa carcajada.

—¡Claro que es entre tú y yo, pequeño Nat Gould<sup>[149]</sup>! —dijo, riendo—. Pero ¿dónde están tus trescientas libras?

—Me las guarda Bassett. Somos socios.

—Ah, sí, ¿eh? ¿Y cuánto apuesta Bassett por Daffodil?

—Supongo que no tanto como yo. Tal vez ciento cincuenta.

—¿Qué, peniques? —rió el tío.

—Libras —dijo el niño, mirando sorprendido a su tío—. Bassett siempre se reserva más dinero que yo.

Entre la sorpresa y la diversión, el tío Oscar guardó silencio. No volvió a hablar del asunto, pero decidió llevar consigo a su sobrino a las carreras de Lincoln.

—Bien, hijito —dijo—, yo voy a apostar veinte libras a Mirza y apostaré cinco libras por ti al caballo que tú quieras.

—Daffodil, tío.

—¡No, las cinco a Daffodil no!

—Si fueran más yo lo haría —dijo el niño.

—¡Bien, bien! Tienes razón. Cinco por ti y cinco por mí a Daffodil.

El niño nunca había estado en las carreras y sus ojos eran como fuego azul. Apretó fuertemente los labios y observó todo con gran atención. Un francés que tenía delante había apostado su dinero a Lancelot. Loco de excitación, agitaba los brazos gritando «¡Lancelot! ¡Lancelot!» con su acento francés.

Daffodil llegó el primero, Lancelot el segundo y Mirza el tercero. El niño, sonrojado y con los ojos llameantes, estaba curiosamente sereno. Su tío le trajo cuatro billetes de cinco libras, cuatro a uno.

—¿Qué debo hacer con esto? —exclamó, agitando los billetes ante los ojos del niño.

—Supongo que hablaremos con Bassett —dijo el chico—. Creo que ahora tengo mil quinientas, y veinte de reserva; y estas otras veinte.

Su tío lo miró atentamente durante unos instantes.

—Escucha, hijito —dijo—, no hablarás en serio sobre Bassett y esas mil quinientas, ¿verdad?

—Claro que sí. Pero es un secreto entre tú y yo, tío. ¿Me lo prometes?

—¡Claro que te lo prometo, hijo! Pero debo hablar con Bassett.

—Si quieres hacerte socio nuestro, tío, de Bassett y mío, podríamos hacerlo. Solo que tendrías que darnos tu palabra de honor de que no se lo dirás a nadie. Bassett y yo tenemos suerte, y tú también debes tenerla, porque gracias a tus diez chelines yo gané la primera vez...

El tío Oscar se llevó a Bassett y a su sobrino a pasar la tarde a Richmond Park, y allí hablaron:

—Verá, señor, la cosa va así —dijo Bassett—. El señorito Paul me pide que le hable de las carreras, de sus historias, ¿comprende, señor? Siempre se interesaba en saber si había ganado o perdido. Ahora va a hacer un año que aposté cinco chelines a Bush of Dawn en su nombre. Y los perdimos. Luego la suerte se puso de nuestro lado con esos diez chelines que usted le dio. Estos los apostamos a Singhalese. Y desde entonces, en general, la suerte se ha mantenido. ¿Usted qué dice, señorito Paul?

—Nos va bien cuando estamos seguros —dijo Paul—. Perdemos cuando no estamos del todo seguros.

—Ah, pero en esos casos vamos con cuidado —dijo Bassett.

—Pero ¿cuándo estáis seguros? —sonrió el tío Oscar.

—Es el señorito Paul, señor —dijo Bassett con una voz serena, religiosa—. Es como si se lo dijeran desde el Cielo. Como ahora con Daffodil, en el Lincoln. Eso era tan seguro como la salida del sol.

—¿Apostó usted dinero a Daffodil? —preguntó Oscar Cresswell.

—Sí, señor. Algo gané.

—¿Y mi sobrino?

Bassett guardó un silencio obstinado, mirando a Paul.

—Yo gané mil doscientas libras, ¿verdad, Bassett? Le dije al tío que apostaría trescientas a Daffodil.

—Así es —dijo Bassett, asintiendo con la cabeza.

—Pero ¿dónde está el dinero? —preguntó el tío.

—Lo guardo yo bajo llave, señor. El señorito Paul puede pedírmelo cuando quiera.

—¿Cómo, mil quinientas libras?

—¡Más veinte! Más cuarenta, contando lo que ganó en el hipódromo.

—¡Es increíble! —dijo el tío.

—Si el señorito Paul se ofrece a hacerle socio, señor, yo, en su caso, aceptaría. Si permite que se lo diga —dijo Bassett.

Oscar Cresswell caviló unos instantes.

—Veamos ese dinero —dijo.

Regresaron a casa y, sin vacilar, Bassett acudió a la caseta del jardín con mil quinientas libras en billetes. La reserva de veinte libras había quedado con Joe Glee en el depósito de la Comisión Hípica.

—¿Lo ves, tío? ¡No hay peligro cuando estoy seguro! Entonces jugamos fuerte, todo lo que tenemos. ¿Verdad, Bassett?

—Así es, señorito Paul.

—¿Y cuándo estás seguro? —dijo el tío, riendo.

—Bueno, a veces estoy completamente seguro, como con Daffodil —dijo el chico—, y otras tengo una idea; y a veces ni siquiera tengo una idea, ¿verdad, Bassett? Entonces tenemos cuidado, porque en general perdemos.

—Ah, sí, ¿eh? Y cuando estás seguro, como con Daffodil, ¿qué es lo que te hace estarlo tanto, hijo?

—Pues... bueno, no lo sé —dijo el niño, nervioso—. Estoy seguro, tío, eso es todo.

—Es como si se lo dijeran desde el Cielo, señor —reiteró Bassett.

—¡Ya lo creo! —dijo el tío.

Pero se hizo socio. Y cuando se acercaba el Leger, Paul estuvo «seguro» de que ganaría Lively Spark, que era un caballo bastante mediocre. El chico insistió en apostar mil libras al caballo, Bassett se decidió por quinientas y Oscar Cresswell por doscientas. Lively Spark llegó el primero, y las apuestas habían sido de diez a uno contra él. Paul había ganado diez mil libras.

—Es que estaba completamente seguro de que ganaría —dijo.

Incluso Oscar Cresswell había ganado dos mil libras.

—Óyeme bien, hijito —le dijo a su sobrino—, estas cosas me ponen nervioso.

—¡No tienen por qué, tío! A lo mejor pasa mucho tiempo antes de que vuelva a estar tan seguro.

—Pero ¿qué vas a hacer con tu dinero? —preguntó el tío.

—Esto empecé a hacerlo por mi madre —dijo el niño—. Ella dijo que no

tenía suerte, porque mi padre no la tenía, así que pensé que si yo tenía suerte, dejaría de murmurar.

—¿Qué dejaría de murmurar?

—Nuestra casa. Detesto nuestra casa por su murmullo.

—¿Y qué murmura?

—Pues... pues... —El niño se removió inquieto—. Pues no lo sé. Pero en casa siempre falta dinero, ¿sabes, tío?

—Lo sé, hijo, lo sé.

—Sabes que a mamá le envían pagarés, ¿verdad?

—Me temo que sí —dijo el tío.

—Y entonces la casa murmura, como si la gente se riese a nuestras espaldas. ¡Eso es horrible! Pensé que si yo tenía suerte...

—... podrías hacer algo para impedirlo —añadió el tío.

El niño lo miró con sus grandes ojos azules, que brillaban con un fuego extraño, pero no dijo una palabra.

—Pues bien —dijo el tío—, ¿qué vamos a hacer?

—No quisiera que mamá supiese que tengo suerte —dijo el niño.

—¿Por qué, hijo?

—Me impediría jugar.

—Yo no lo creo.

—¡Oh...! —dijo el chico, y se removió nerviosamente—. No quiero que lo sepa, tío.

—De acuerdo, hijo. Nos las arreglaremos sin que ella se entere.

Se las arreglaron con toda facilidad. Paul, a sugerencia de los otros, le entregó cinco mil libras a su tío, quien las depositó en manos del abogado de la familia. Este informaría entonces a la madre de Paul de que un pariente le había dado cinco mil libras, las cuales serían entregadas, a razón de mil al año, a la madre de Paul, en su cumpleaños, durante los cinco años siguientes.

—Así tendrá un regalo de cumpleaños de mil libras durante los próximos cinco años —dijo el tío Oscar—. Espero que eso no se lo ponga más difícil después.

El cumpleaños de la madre de Paul era en noviembre. La casa había estado murmurando mucho más que nunca últimamente y, a pesar de su suerte, Paul no podía soportarlo. Estaba ansioso por ver el efecto que a su

madre le causaba la carta de cumpleaños, en la que se le hablaba de las mil libras.

Ahora, cuando no había visitas, Paul comía y cenaba con sus padres, ya que era demasiado mayor para comer en el cuarto de los niños. Su madre iba a la ciudad casi todos los días. Había descubierto que tenía una cierta habilidad para diseñar modelos de vestidos y abrigos de piel, de modo que trabajaba secretamente en el estudio de una amiga que era la «artista» principal de los modistos más importantes. Dibujaba siluetas de mujeres vestidas de pieles, o de sedas y lentejuelas, para los anuncios de la prensa. La joven artista amiga suya ganaba varios miles de libras al año, pero la madre de Paul solo ganaba unos cientos, y seguía insatisfecha. ¡Tenía tantos deseos de ser la primera en algo...! Pero no lo conseguía, ni siquiera dibujando modelos para los anuncios de prensa.

La mañana de su cumpleaños bajó a desayunar. Paul la observaba mientras leía sus cartas. Sabía lo que diría la carta del abogado. Mientras su madre la leía, su cara se endureció y se volvió aún más inexpresiva. Luego su boca adoptó una expresión fría y decidida. Escondió la carta bajo otras muchas y no dijo una palabra acerca de ella.

—¿No has recibido algo bonito para tu cumpleaños, mamá?

—Sí, más o menos —dijo ella, con su voz fría y ausente.

Se fue a la ciudad sin decir nada más.

Pero por la tarde apareció el tío Oscar. Dijo que la madre de Paul había tenido una larga entrevista con el abogado, pidiéndole, si era posible, que le entregara las cinco mil libras de una sola vez, puesto que tenía muchas deudas.

—¿Tú que opinas, tío? —dijo el chico.

—Lo dejo en tus manos, hijo.

—¡Pues entonces que se las quede! Podemos ganar más con lo que queda —dijo el niño.

—¡Más vale pájaro en mano que ciento volando, muchacho! —dijo el tío Oscar.

—Pero estoy seguro de que sabré quién ganará el Grand National, o el Lincolnshire, o si no el Derby. Estoy seguro de que sabré quién ganará al menos uno de ellos —dijo Paul.

De modo que tío Oscar firmó el acuerdo, y la madre de Paul cobró las cinco mil libras. Entonces ocurrió algo muy curioso. De pronto, las voces de la casa enloquecieron, como un coro de ranas en un anochecer de primavera. Hubo ciertos cambios en la decoración, y a Paul se le asignó un tutor. Iría de verdad a Eton, el colegio de su padre, el otoño siguiente. Hubo flores en mitad del invierno, y el lujo al que la madre de Paul había estado acostumbrada volvió a revivir. Y, sin embargo, las voces de la casa, tras los ramos de mimosa y los capullos de almendro, y debajo de los innumerables cojines iridiscentes, sencillamente trinaban y exultaban en una suerte de éxtasis: «¡Haría falta más dinero! ¡Oooh, haría falta más dinero! ¡Ahora, ahora! ¡Haría falta más dinero! ¡Más que nunca! ¡Más que nunca!».

Esto asustaba terriblemente a Paul. Seguía estudiando latín y griego con su tutor, pero sus horas más intensas las pasaba con Bassett. El Grand National había llegado y pasado; él no había «sabido» quién sería el ganador, y había perdido cien libras. Llegaba el verano. Estaba en ascuas con el Lincoln. Pero tampoco «supo» quién lo ganaría, y perdió cincuenta libras. Su comportamiento se volvió extraño, su mirada enloquecida, como si algo dentro de él estuviera a punto de estallar.

—¡Déjalo estar, hijo! ¡No te preocupes más! —le aconsejaba el tío Oscar. Pero era como si el chico no pudiese oírle.

—¡Tengo que saber para el Derby! ¡Tengo que saber para el Derby! —repetía el niño, con sus ojos azules brillando en una suerte de locura.

Su madre se dio cuenta de lo nervioso que estaba.

—Sería mejor que te fueras a la costa. ¿No te gustaría irte a la costa ahora, en vez de esperar? —le dijo, mirándolo con ansiedad, con el corazón curiosamente triste a causa de él.

Pero el niño levantó sus misteriosos ojos azules.

—¡De ningún modo podría antes del Derby, madre! —dijo—. ¡Imposible!

—¿Por qué no? —dijo ella, su voz se había vuelto ominosa al verse contradicha—. ¿Por qué no? Puedes ir al Derby con tu tío Oscar desde la costa, si es lo que quieres. No es necesario que esperes aquí. Además, me parece que le das demasiada importancia a estas carreras. Es una mala señal. La mía ha sido una familia de jugadores, y no te darás cuenta hasta que seas mayor del daño que eso hizo. Pero lo hizo. Tendré que despedir a Bassett y

pedirle al tío Oscar que no vuelva a hablarte de las carreras, a menos que prometas que serás razonable en ese aspecto. Vete a la costa y olvídate de ello. ¡Estás hecho un manojo de nervios!

—Haré lo que quieras, madre, siempre que no me echés antes del Derby —dijo el chico.

—¿Echarte de dónde? ¿De esta casa?

—Sí —dijo él mirándola fijamente.

—¡Vaya, qué niño más curioso! ¿Por qué de pronto te importa tanto esta casa? No sabía que te gustase.

Él la miró sin hablar. Poseía un secreto dentro de un secreto, algo que no había contado a nadie, ni siquiera a Bassett o a su tío Oscar.

Pero su madre, tras quedarse un momento indecisa, dijo de mala gana:

—¡De acuerdo, entonces! No vayas a la costa antes del Derby si no quieres. Pero prométeme no destrozarte los nervios. Prométeme que no pensarás tanto en las carreras ni en los «acontecimientos hípicos», como tú los llamas.

—Oh, no —dijo el chico sin darle importancia—. No pensaré mucho en eso, madre. No tienes por qué preocuparte. Yo en tu lugar no me inquietaría.

—Si tú estuvieras en mi lugar y yo en el tuyo —dijo su madre—, me pregunto qué haríamos.

—Pero sabes que no has de preocuparte, ¿verdad, madre? —repitió el niño.

—Me encantaría poder estar segura de ello —dijo ella con voz cansada.

—Pues puedes estarlo, ¿sabes? Quiero decir que deberías saber que no tienes por qué inquietarte —insistió él.

—¿Debería? Pues lo intentaré —dijo ella.

El secreto de Paul era su caballo de madera, el que no tenía nombre. Desde que se emancipó de la niñera y la gobernanta, había hecho trasladar el caballo de balancín a su dormitorio en la planta alta de la casa.

—¡Pero si eres demasiado mayor para un caballo de balancín! —le reconvino su madre.

—Verás, madre, hasta que pueda tener un caballo de verdad, me gustaría tener algún animal cerca de mí —fue su peculiar respuesta.

—¿Te parece que te hace compañía? —dijo ella riendo.



—¡Sí! Es muy bueno, y siempre me hace compañía cuando estoy allí — dijo Paul.

De modo que el caballo, en cierto mal estado, permaneció inmovilizado a medio galope en el cuarto del niño.

Se acercaba el Derby, y el niño se iba poniendo cada vez más tenso. Apenas oía lo que se le decía, estaba muy débil y sus ojos asustaban. Su estado despertaba en su madre súbitos y extraños arranques de preocupación. A veces se pasaba media hora sintiendo por él una ansiedad que rozaba la angustia. Deseaba correr a su lado para asegurarse de que estaba bien.

Dos noches antes del Derby la madre de Paul se encontraba en una gran fiesta en la ciudad cuando uno de aquellos accesos de ansiedad por su primogénito se apoderó de su corazón hasta dejarla sin aliento. Luchó contra este sentimiento con todas sus fuerzas, porque creía en el sentido común. Pero era demasiado fuerte. Tuvo que abandonar el baile y bajar a llamar a su casa de campo. La gobernanta de los niños se sobresaltó enormemente al recibir la llamada en mitad de la noche.

—¿Están bien los niños, señorita Wilmot?

—Sí, sí, están muy bien.

—¿Y el señorito Paul? ¿Está bien?

—Se acostó sin rechistar. ¿Quiere que suba a verle?

—No —dijo la madre de Paul a su pesar—. ¡No! No se preocupe. Está bien. Vaya a acostarse. Llegaremos pronto a casa. —No quería que la gobernanta irrumpiese en la intimidad de Paul.

—Muy bien —dijo la gobernanta.

Era cerca de la una cuando los padres de Paul llegaron a su casa. Todo estaba en silencio. La madre de Paul se fue a su habitación y se quitó el blanco abrigo de piel. Le había dicho a su doncella que no la esperase despierta. Oyó, abajo, a su marido, sirviéndose un whisky con soda.

Y entonces, a causa de aquella extraña ansiedad de su corazón, subió sigilosamente a la habitación de su hijo. Se deslizó por el pasillo en silencio. ¿Se oía un ligero ruido? ¿Qué era?

Se detuvo, con los músculos en tensión, al otro lado de la puerta. Se oía un ruido extraño, pesado, y sin embargo quedo. Su corazón se paró. Era un ruido sin sonido, aunque poderoso e intenso. Algo enorme se movía, violenta

pero ahogadamente. ¿Qué era? ¿Qué era, por Dios? Ella debería saberlo. Sentía que conocía aquel ruido. Sabía qué era.

Y, no obstante, no conseguía recordarlo. No podía decir qué era. Y el ruido seguía y seguía, como una locura.

Suavemente, paralizada por el miedo y la ansiedad, hizo girar el picaporte.

La habitación estaba a oscuras. Sin embargo, en el espacio junto a la ventana, oyó y vio algo que bajaba y subía. Miró hacia allí, asombrada, temerosa.

Entonces, de pronto, encendió la luz y vio a su hijo, con su pijama verde, cabalgando enloquecido en su caballo de balancín. El torrente de luz lo iluminó súbitamente, mientras azuzaba el caballo de madera, y la iluminó a ella, rubia, con su vestido verde pálido bordado en cristal, de pie junto a la puerta.

—¡Paul! —gritó—. ¿Qué estás haciendo?

—¡Es Malabar! —gritó él con una voz extraña, poderosa—. ¡Es Malabar!

La miró con ojos llameantes durante un extraño, insensato segundo, y dejó de azuzar al caballo. Luego se derrumbó contra el suelo, y ella, sintiendo que la inundaba toda su maternidad atormentada, se precipitó hacia él para levantarlo.

Pero el chico estaba inconsciente, y siguió en ese estado, con una suerte de fiebre cerebral. Deliraba, agitado, mientras su madre permanecía junto a su cama, impasible.

—¡Malabar! ¡Es Malabar! ¡Bassett, Bassett, lo sé! ¡Es Malabar!

Esto gritaba el niño, intentando levantarse para azuzar al caballo que le había otorgado la inspiración.

—¿Qué significa eso de «Malabar»? —preguntó la madre aterrorizada.

—No lo sé —contestó el padre, sin expresión en la voz.

—¿Qué significa eso de «Malabar»? —preguntó la madre a su hermano Oscar.

—Es uno de los caballos que corren en el Derby —fue la respuesta.

Y, sin poder evitarlo, Oscar Cresswell habló con Bassett y apostó mil libras a Malabar: catorce a uno.

El tercer día de la enfermedad fue crítico: se esperaba un cambio. El niño,

con sus largos y ondulados cabellos, no cesaba de agitar su cabeza sobre la almohada. No dormía, ni recobraba la consciencia, y sus ojos eran como dos piedras azules. Su madre seguía a su lado, sintiendo que había perdido el corazón, que este también se había convertido en piedra.

Aquella tarde, Oscar Cresswell no fue a la casa, pero Bassett envió un mensaje preguntando si podría acudir un momento, solo un momento. La madre de Paul se puso furiosa ante esta intrusión; pero, tras pensarlo mejor, accedió. El chico seguía igual. Tal vez Bassett pudiera conseguir que recuperara la consciencia.

El jardinero, un hombre de mediana estatura con un pequeño bigote castaño y agudos ojos oscuros, entró de puntillas en la habitación, se llevó la mano a una gorra imaginaria para saludar a la madre de Paul y se acercó a la cama, mirando fijamente con sus ojillos intensos y brillantes al niño que se agitaba en su agonía.

—¡Señorito Paul! —susurró—. ¡Señorito Paul! ¡Malabar llegó el primero, y con mucho! Yo hice lo que me pidió. Ha ganado usted más de setenta mil libras, y ya tiene más de ochenta. ¡Malabar ganó la carrera, señorito Paul!

—¡Malabar! ¡Malabar! ¿Yo he dicho Malabar, madre? ¿Yo he dicho Malabar? ¿Crees que tengo buena suerte, madre? Yo sabía lo de Malabar, ¿verdad? ¡Más de ochenta mil libras! A eso lo llamo yo suerte, ¿eh, madre? ¡Más de ochenta mil libras! ¡Lo sabía! ¿No es verdad que lo sabía? Malabar ganó la carrera. Si cabalgo mi caballo hasta que estoy seguro, entonces hazme caso, Bassett: puedes apostar tanto como quieras. ¿Apostaste todo lo que tenías, Bassett?

—Aposté mil libras, señorito Paul.

—Madre, nunca te dije que si puedo montar mi caballo, y «llegar allí», entonces estoy absolutamente seguro. ¡Absolutamente! ¿Nunca te lo dije, madre? ¡Tengo suerte!

—No, no me lo dijiste —respondió la madre.

Pero aquella noche el niño murió.

Y, mientras yacía allí, muerto, su madre oyó la voz de su hermano que le decía:

—Dios mío, Hester, tienes ochenta mil libras más y un hijo de menos. Pero más le ha valido al pobre dejar una vida en la que debía azuzar a un

caballo de juguete para encontrar un ganador.

## SONRISA<sup>[150]</sup>

Había decidido no acostarse en toda la noche, en una especie de penitencia. El telegrama decía simplemente: «Ophelia estado crítico». Sentía, dadas las circunstancias, que meterse en la cama del coche cama sería frívolo. De modo que se quedó sentado, abrumado, en el vagón de primera clase, mientras la noche caía sobre Francia.

Él, sin duda, debía encontrarse junto al lecho de enferma de Ophelia. Pero Ophelia no quería. De modo que estaba sentado en el tren.

Muy hondo dentro de él había un peso negro y grave, como un tumor lleno de tinieblas que pesara sobre sus entrañas. Siempre se había tomado la vida seriamente. Ahora la seriedad lo aplastaba. Su hermoso rostro moreno y bien afeitado podía haber sido el de Cristo en la cruz, con las espesas cejas negras enarcadas en aturdida agonía.

La noche en el tren era como un infierno: nada parecía real. Dos inglesas avejentadas sentadas frente a él habían muerto hacía rato, quizá antes que él. Porque, naturalmente, él estaba muerto.

El amanecer, lento y gris, asomó en las montañas de la frontera, y lo contempló sin verlo. Pero su mente repetía:

*Y cuando llegó el alba, opaca y triste  
y fría de lluvia temprana,  
se cerraron sus ojos tranquilos: veía  
un alba que no es la nuestra.*<sup>[151]</sup>

Y en su rostro de monje, inmutable y atormentado, no había rastro del desprecio que sentía, incluso autodesprecio, por aquel paso de lo sublime a lo ridículo, según el juicio de su mente crítica.

Estaba en Italia. Contempló el paisaje con leve aversión. Incapaz de sentir más intensamente, sentía tan solo un gustillo de aversión al ver los olivos y el mar. Una especie de estafa poética.

Había vuelto a caer la noche cuando llegó a la casa de las Hermanas Azules<sup>[152]</sup> que Ophelia había elegido para retirarse. Lo condujeron hasta el despacho de la madre superiora, en el palacio. La monja se puso en pie y le dirigió una silenciosa inclinación de cabeza, mirándolo de frente. Luego dijo en francés:

—Me apena decírselo. Ha muerto esta tarde.

Él se quedó quieto, pero sin ningún sentimiento demasiado intenso, mirando al vacío desde su hermoso rostro de monje de rasgos marcados.

La madre superiora le puso suavemente su blanca y hermosa mano en el brazo y le miró el rostro, apoyándose en él.

—¡Valor! —dijo dulcemente—. Valor, ¿no?

Él dio un paso atrás. Siempre le había asustado que una mujer se apoyara en él de aquel modo. La madre superiora, con su voluminoso ropaje, era muy mujer.

—¡Claro! —repuso en inglés—. ¿Puedo verla?

La madre superiora hizo sonar una campana, y apareció una monja joven. Era más bien pálida, pero había algo ingenuo y travieso en sus ojos color avellana. La mujer mayor murmuró una presentación, y la mujer joven hizo una leve reverencia modesta. Pero Matthew<sup>[153]</sup> le tendió la mano, como un hombre que se aferra al último asidero. La monja joven abrió sus manos blancas y, tímidamente, puso una de ellas en la suya, pasiva como un pájaro que duerme.

Y, abandonando la tristeza del inexplicable Hades<sup>[154]</sup>, él pensó: «¡Qué mano tan bonita!».

Siguieron por un pasillo hermoso pero frío, y llamaron a una puerta. Matthew, mientras andaba en lejanos abismos, seguía consciente del suave y agradable volumen de las ropas negras de la mujer, que se movía con un dulce revoloteo apresurado delante de él.

Se sintió aterrado cuando se abrió la puerta. Vio arder las velas alrededor del lecho blanco en la alta y noble habitación. Junto a las velas estaba sentada una monja, y vio su rostro moreno y primitivo enmarcado por la cofia blanca

cuando alzó la mirada de su breviario. Luego se puso en pie. Era una mujer robusta. Hizo una leve reverencia, y Matthew percibió unas manos color crema oscuro moviéndose sobre un rosario negro en la rica seda azul de su pecho.

Las tres hermanas se reunieron en silencio, pero revoloteando y muy femeninas, con sus faldas voluminosas de seda negra, al lado de la cabecera. La madre superiora se inclinó y, con delicadeza extrema, alzó el velo de estopilla blanca que cubría el rostro muerto.

Matthew vio la hermosa serenidad de la muerte en el rostro de su mujer, y, al instante, algo parecido a la risa brincó en las profundidades de su ser, emitió un leve quejido, y una extraordinaria sonrisa se abrió en su rostro.

Las tres monjas, a la luz de las velas que temblaba cálida y veloz como un árbol navideño, le observaban con miradas de profunda compasión por debajo de las viseras de sus cofias. Eran como un espejo. En seis ojos apareció un ligero temor sobresaltado, y luego los seis pasaron, desconcertados, al asombro. Y en las caras de las tres monjas, irremediablemente encaradas con él a la luz de las velas, empezó a asomar una extraña sonrisa involuntaria. En las tres caras, la misma sonrisa crecía de modos muy distintos, como tres flores primorosas que se abren. En el caso de la monja joven, era casi congoja, con un toque de travieso éxtasis. Pero el moreno rostro ligur de la monja que velaba, una mujer madura y cejijunta, se rizó en una sonrisa pagana, lenta, infinitamente sutil en su humor arcaico. Era la sonrisa etrusca, leve y descarada, e incontestable.

La madre superiora, cuyo rostro de rasgos marcados tenía algo que lo asemejaba al de Matthew, intentó con todas sus fuerzas no sonreír. Pero mantuvo su mentón voluntarioso y malévolo alzado, y fue bajando el rostro a medida que aquella sonrisa crecía, y crecía, y crecía en él.

La pálida hermana joven se tapó el rostro de repente con la manga, mientras su cuerpo se convulsionaba. La madre superiora pasó el brazo por los hombros de la muchacha y murmuró con emoción italiana:

—¡Pobrecilla! ¡Llora, llora, pequeña!

Pero la risa ahogada seguía allí, debajo de la emoción. La robusta monja morena se mantuvo impávida, empuñando las cuentas negras, pero con la silenciosa sonrisa inmutable.

Matthew se volvió de repente hacia la cama para ver si su difunta mujer le había mirado. Fue un movimiento de miedo.

Ophelia yacía, tan hermosa y enternecedora, con su muerta naricilla respingona apuntando al techo y su rostro de niña obstinada fijado en la obstinación final... La sonrisa desapareció en Matthew, y un gesto de martirio supremo la sustituyó. No lloraba: tan solo miraba sin ánimo. Tan solo en su rostro se acentuó el aspecto de «Sabía que este martirio me estaba reservado».

Ophelia estaba tan hermosa, tan pueril, tan lista, tan obstinada, tan cansada... ¡y tan muerta! Se sintió completamente vacío.

Habían estado casados diez años<sup>[155]</sup>. Él no había sido perfecto... ¡No, no! ¡De ninguna manera! Pero Ophelia había querido siempre hacer su voluntad. Ella le había amado, y se había obcecado, y le había dejado, y se había puesto melancólica, o despectiva, o colérica, una docena de veces, y una docena de veces había vuelto junto a él.

No habían tenido hijos. Y él, en su interior, siempre había deseado tenerlos. Estaba muy triste.

Ahora ella jamás volvería a su lado. Era la decimotercera vez, y ella se había marchado para siempre.

Pero ¿se había marchado para siempre? Incluso mientras lo pensaba, la sentía darle codazos en alguna parte, en las costillas, para hacerle sonreír. Tuvo una leve contracción y su frente se frunció irritada. ¡No iba a sonreír! Afirmó sus fuertes mandíbulas bien afeitadas y descubrió los dientes mientras bajaba la mirada a la mujer muerta tan profundamente provocativa. «¡Volvamos a ello!», deseaba decirle, como el personaje de Dickens<sup>[156]</sup>.

Él no había sido perfecto. Iba a residir en sus propias imperfecciones.

Se volvió de repente hacia las tres mujeres, borrosas tras retroceder detrás de las velas, que ahora revoloteaban, con las formas blancas de sus cofias, entre él y la nada. Los ojos de Matthew brillaban, y descubrió los dientes.

—*Mea culpa! Mea culpa!* —gruñó.

—*Macchè!*<sup>[157]</sup> —exclamó la madre superiora, acobardada, y sus manos se separaron, y luego volvieron a juntarse, entre sus tupidas mangas, como dos pájaros anidando juntos.

Matthew bajó la cabeza y miró a su alrededor, dispuesto a fugarse. La



madre superiora, al fondo, entonó dulcemente un padrenuestro, y las cuentas de su rosario se balancearon. La monja joven y pálida se deslizó más al fondo. Pero los ojos negros de la monja robusta y ominosa centelleaban como estrellas eternamente jocosas, y él se dio cuenta de que la sonrisa volvía a hurgar en sus costillas.

—¡Oh! —dijo a las mujeres, en tono de reconvención—. Me siento terriblemente trastornado. Será mejor que me vaya.

Ellas revolotearon con fascinado asombro. Él caminó hacia la puerta, con la cabeza gacha. Pero mientras andaba la sonrisa empezó a asomar en su rostro, atraída por el rabillo de los ojos negros de la monja robusta con su eterno centelleo. Y él pensó en secreto que deseaba tomarle las manos color crema oscuro, enlazadas como una pareja de pájaros, voluptuosas.

Pero insistió en residir en sus propias imperfecciones. *Mea culpa!*, se aulló a sí mismo. Pero mientras lo gritaba sintió que alguien le daba con el codo en las costillas y le decía: «¡Sonríe!».

Detrás de él, las tres mujeres, en la alta habitación, se miraban unas a otras, y sus manos se abrieron por un instante, como seis pájaros que bruscamente salieran volando del follaje, cerrándose luego nuevamente.

—¡Pobrecillo! —dijo la madre superiora, compasiva.

—¡Sí! ¡Sí! —exclamó la monja joven, con pueril y chillona impetuosidad.

—*Già*<sup>[158]</sup> —dijo la monja ominosa.

La madre superiora se dirigió en silencio hacia el lecho y se inclinó sobre el rostro muerto.

—¡Parece darse cuenta, pobre alma! —murmuró—. ¿No creéis?

Las tres cabezas con cofia se inclinaron a un tiempo. Y, por primera vez, vieron el leve rizo irónico en las comisuras de la boca de Ophelia. La contemplaron con temeroso asombro.

—¡Le ha visto! —susurró la monja joven, estremecida.

La madre superiora dejó caer delicadamente el fino velo sobre el rostro frío. Luego murmuró una plegaria por su alma, pasando las cuentas de su rosario. Después la madre superiora embutió dos de las velas en sus candelabros, agarró la gruesa vela con mano firme y suave y la afianzó.

La robusta monja morena volvió a sentarse con su pequeño devocionario.

Las otras dos, susurrantes, cruzaron la puerta y salieron al gran pasillo blanco. Allí, navegando suave y silenciosamente en sus oscuros ropajes, como cisnes oscuros en un río, de repente titubearon. Ambas a un tiempo habían visto la desamparada figura de un hombre con un melancólico abrigo, vagando al extremo del pasillo, en la fría distancia. La madre superiora aceleró de repente el paso aparentando prisa.

Matthew vio llegar a él a esas figuras voluminosas de manos perdidas. La monja joven iba un poco rezagada.

—*Pardon, ma Mère!* —dijo Matthew, como en la calle—. Me he dejado el sombrero en alguna parte...

Hizo un gesto desesperado con el brazo, y nunca ha habido hombre menos sonriente.

## LA DAMA ENCANTADORA<sup>[159]</sup>

A los setenta y dos años, Pauline Attenborough podía todavía, algunas veces, a media luz, ser tomada por una de treinta. Era una mujer extraordinariamente conservada, de perfecta elegancia. Por supuesto ayuda muchísimo estar en el marco adecuado. Sería el esqueleto perfecto, y su cráneo sería un cráneo exquisito, como el de las mujeres etruscas, con ese encanto femenino en la brusquedad del hueso y los bonitos y cándidos dientes.

Pero la ausencia de edad es un asunto que tiene más que ver con la fuerza y el empeño de la voluntad que ningún otro. Y aquí descansaba el secreto de Pauline Attenborough. Tenía una voluntad fina y perfectamente forjada. Estaba oculta en sus suaves y risueños modales, lo mismo que su calavera estaba escondida bajo su delicada y divertida sonrisa. Y de la misma manera que, físicamente, no estaba ni gorda ni flaca, tampoco, físicamente, era ni dura ni sentimental. Tenía suerte: era una mujer realmente equilibrada.

Su rostro era un óvalo encantador y ligeramente plano de esos que se mantienen en buen estado. No hay carne que se descuelgue. Nada se descolgaba en Pauline Attenborough. Su nariz cabalgaba serenamente y su espíritu agudo viajaba continuamente sobre la curva delicada de su puente. Sus grandes ojos grises eran un poco prominentes sobre la superficie del rostro, pero eran muy brillantes y arqueados, incluso a los setenta. Pero el contorno de los ojos la traicionaba, a pesar de todo su esfuerzo. Los azulados párpados eran pesados, como si algunas veces se doliesen por el esfuerzo de mantener los ojos bajo su arco y brillo; y en los rabillos tenía pequeñas y finas arruguillas como las estrías de una roca, y cuando su sonrisa se hundía en el desánimo, aquellas arrugas se convertían en ojeras que sugerían siglos de historia geológica. Pero Pauline podía recuperar la sonrisa, y a la luz de las

velas, las arrugas eran solo alegres y pequeñas chispas de una risa medio escondida. Y entonces Pauline era como una de las mujeres sin edad de Leonardo, a la que no preocupa reír con franqueza, con una risa llena, rica, burlona.

Así era para el mundo. Su sobrina Cecilia era quizá la única persona en el mundo consciente del invisible alambre que conectaba las arrugas en los ojos de tía Pauline con su fuerza de voluntad. Cuando tía Pauline estaba sola, únicamente Cecilia veía, consciente, cómo esos ojos se volvían ojerosos, viejos y cansados, como si tuvieran cientos de años. Pero cuando alguien llegaba, o cuando oía a Robert tras la puerta, entonces ¡ping!: el pequeño y misterioso alambre que funcionaba entre la voluntad de Pauline y su rostro se tensaba, los prominentes ojos cansados y ojerosos, de pronto comenzaban a brillar, y Pauline era de nuevo una mujer encantadora, a quien la edad no podía marchitar<sup>[160]</sup>. Los párpados, azulados y muertos, brillaban como perlas; las cejas finas y curvadas que flotaban en delicados arcos en la frente de Pauline, comenzaban a reunir un significado burlón, y ahí estaba la auténtica Pauline. La auténtica, claro está, para todos, menos para su sobrina Cecilia.

Tía Pauline poseía realmente el secreto de la eterna juventud; es decir, podía asumir de nuevo su juventud como un águila<sup>[161]</sup>. Se la ponía y se la quitaba. Y la usaba con moderación. Era lo suficientemente sabia como para no intentar ser joven durante demasiado tiempo seguido o para demasiada gente a la vez. Para su hijo Robert por las tardes, y para sir Wilfrid Knipe algunas veces por la noche, y para visitas ocasionales a la hora del té, cuando Robert estaba en casa. Estos conocían a la dama encantadora sin disminuir. Para ellos era todavía una Cleopatra sin áspides y una Mona Lisa que podía romper en una pequeña carcajada broncea de puro humor. Porque Pauline nunca era maliciosa, y si lo era una pizca, jamás rencorosa ni quisquillosa. Toleraba por igual las virtudes y los vicios, y casi con picardía.

Como la Mona Lisa de la sonrisa tímida, sabía un par de cosas. Pero su sobrina Cecilia, aunque en opinión de tía Pauline fuera algo insignificante, sabía una cosa más. Cecilia, a la que su tía y su primo Robert llamaban Ciss, como el bufido de un gato, era útil como disolvente, como el nitrógeno es útil a la atmósfera. No era muy observadora, no más que un rabo de lagartija; más

que eso, era sosa; todavía más, estaba enamorada de Robert, que rara vez notaba su presencia. Y, finalmente, tenía treinta años, ni un céntimo, y dependía de su tía Pauline. ¡Oh, Cecilia! ¿Para qué tocar música para ella<sup>[162]</sup>?

Ciss era de complexión grande y oscura, era una joven chata que parecía estar triste por algo. Raramente hablaba, y cuando lo hacía, parecía que la timidez se le atascara en la garganta. Era la hija de un pobre clérigo congregacionista, hermano pequeño del desaparecido, hacía ya tiempo, marido de tía Pauline, Ronald Attenborough. El clérigo congregacional había muerto hacía cinco años y la tía Pauline se había hecho cargo de Ciss en esos últimos cinco años.

Vivían juntas en una casa estilo reina Ana<sup>[163]</sup> bastante exquisita aunque algo pequeña a unas treinta millas de Londres, aislada en un pequeño valle, con su pequeño río serpenteando entre sus agradables y pintorescos, aunque no extensos, campos. Todo cuanto tenía tía Pauline era casi perfecto. Y Old Brinsley, como se llamaba la casa, era absolutamente ideal; para tía Pauline, desde luego, a sus setenta y dos años. Cuando los martín pescador saltaban en el arroyo bajo el puente con balaustrada del jardín, todavía algo saltaba en su corazón. ¡Oh, esa exquisita puñalada azul! ¡Y en mi jardín...! Era ese tipo de mujer.

Robert, el hijo de tía Pauline, iba todos los días a la ciudad conduciendo su pequeño automóvil, a sus habitaciones en las Inns of Court<sup>[164]</sup>. Tenía solo treinta y dos años, había nacido cuando tía Pauline tenía cuarenta. Era abogado, iba a la ciudad todos los días, y actualmente ganaba, de una manera u otra, unas cien libras al año. Nadie sabía si esto lo mortificaba o le era indiferente, porque nunca hablaba de ello. Y Pauline solo se reía porque decía que prefería los fracasos, puesto que hacían mejores amantes. Ella misma era un éxito. Así que le daba dinero a su hijo en pequeños espasmos: durante mucho tiempo era tacaña, pero, de repente, le compraba un montón de cosas y le daba un cheque de cien libras. Él nunca sabía dónde situarse, y ocultaba por completo a su madre el hecho de que tenía una cuenta desconocida que atesoraba casi mil libras. Era ese tipo de hombre: misterioso y taciturno.

A Ciss Pauline le daba cincuenta libras al año, para ayudarla. Esto no era exactamente ser generoso. Pero a Pauline le gustaba sentir que lo que era

suyo, era suyo. Lo que era de Pauline, era de Pauline. Así podía hacer regalos encantadores e inmerecidos de vez en cuando. Era maravilloso para Ciss recibir algo que no se había ganado y que, desde luego, no merecía. Un regalo de verdad. Sin embargo, Cecilia, con humana perseverancia, encontraba cada día más y más difícil aceptar aquellos regalos de buena gana.

Robert era un hombre joven y soso; ya no demasiado joven. Era bastante bajo, y ancho, y parecía gordo aunque no lo era. Era robusto. Tan solo su rostro cremoso y bien afeitado era un poco gordo e inexpresivo. Parecía muy limpio y bien afeitado, como un sacerdote italiano, reservado y taciturno. Había algo sombrío y rígido en su frente, y un ligero andar de pato en sus robustas piernas. Sin embargo, sus manos eran muy bonitas y en sus ojos, gris oscuro como los de su madre, había, cuando por fin te miraban, una calidez solitaria bajo su melancolía, muy diferente a la mirada brillante y arqueada de su madre. Llevaba muy corto su pelo oscuro y, de alguna manera, esto mostraba la finura de su baja y bien formada frente.

Cecilia, quizá la persona que mejor le conocía, encontraba en él una clase de belleza y educación puras que no conseguía encontrar en la lindeza de tía Pauline. Pero era como si estuviera aislado en algún tipo de vida misterioso. No vivía, sufría de una manera callada, quizá inconsciente. No se había dado aún por vencido, pero siempre deambulaba en silencio y como bajo un peso. Solo a veces levantaba sus hermosos ojos hacia su prima, llenos de tristeza, conocimiento y estoicismo, y también con oculto brillo de apasionado calor. Pero de esto, él mismo no sabía nada.

Solo le interesaba una cosa, y era su colección de *Mexicana*<sup>[165]</sup>. Había comenzado al cruzarse con unos papeles antiguos sobre el juicio de dos marineros ingleses ante el tribunal de la Inquisición de Veracruz a principios del siglo XVIII. Siguió este extraño y tortuoso asunto tan lejos como pudo y, mientras lo hacía, se topó con extraños y horribles procesos contra curas y monjas, marinos mercantes extranjeros y viajeros en el virreinato de México. Había muchas cosas que la mente moderna se negaría abiertamente a contemplar.

Nunca hablaba con nadie de su afición, excepto con su madre. Pauline estaba genuinamente entusiasmada por estas extrañas y terribles historias. Siempre había querido saber, saberlo todo, incluso lo peor. Sabía algo de

español. Así que cuando tenían un documento nuevo, ella y su hijo se sentaban juntos en el salón por la noche y pasaban un rato maravilloso descifrándolo. A Cecilia nunca la dejaron participar. Sabía vagamente en qué trabajaban. Y sabía que Robert tenía una pasión de erudito por sus viejas investigaciones. Pero nunca se las había mencionado. Y Pauline había insinuado vagamente que la maravilla y la emoción de esos antiguos manuscritos estaban demasiado alejados de la comprensión de Ciss. Cecilia se quedó fuera, a la intemperie, con los estúpidos y los insignificantes.

Paulina fingía una apariencia española. Llevaba un moño alto al estilo de las orgullosas rubias españolas. También en su pelo suave y castaño, solo con reflejos grises, llevaba una alta peineta, y sobre sus hombros todavía orgullosos, un maravilloso mantón marrón oscuro con bordados de gruesa seda de color plata, muy valioso y pesado, con largos flecos. Entonces se sentaría a la mesa redonda de un marrón intenso, en una silla de respaldo alto brocado en verde, de aspecto perlado y algo suave y animado, como una oca, y balancearía sus pendientes para volverse hacia su hijo y decirle con voz pícara:

—¡Oh, Robert! ¡No sabes las ganas que tengo de trabajar esta noche! Esta idea me mantiene a flote todo el día.

—Pero estamos llegando a la parte aburrida —diría él, sensible a la pobre Ciss, sentada al margen.

—¡Oh, no te preocupes! No lo será para mí —replicaría Pauline.

Y cogería su tenedor de plata otra vez y comería con delicadeza, con sus brazos blancos, todavía hermosos y jóvenes, saliendo de su vestido de seda verde oscuro, el mantón marrón colgando con descuido. ¡Tenía tanto porte! Y era su principal encanto. Y hacía que Ciss se sintiera como un caballo torpe. Las velas estaban colocadas para el rostro de tía Paulina; el collar de perlas con varias vueltas alrededor del cuello era justo del tipo correcto de perlas, ni pobres ni pretenciosas. El viejo brocado verde del respaldo de su silla encajaba a la perfección con su complexión de rosa de Pascua. El ritmo de la cena era solo el de la risa y la diversión de tía Paulina. Y Cecilia era solo el perfecto y bastante estúpido contraste con el ligero porte de tía Paulina, sentada allí como si la admirara y un poco abrumada, incluso ahora, después de cinco años.

Siempre eran tres a la mesa, y siempre bebían champán: Pauline dos copas, Ciss dos copas y Robert el resto. Él prefería el borgoña, pero nunca lo dijo. La cena siempre transcurría a un ritmo fácil y apacible. Pauline siempre brillaba un poco con su segunda copa de champán. Era el mejor momento del día. Ciss, con su melena corta y negra, sus hombros anchos y sus ojos color avellana mirando alrededor mudos y confusos, siempre llevaba un vestido muy bonito y favorecedor que la inteligente tía Pauline le había ayudado a hacerse, y alguna joya antigua atractiva pero no cara, que tía Pauline le había dado. Todo esto todavía la dejaba muda, y aún podía levantarse de la mesa totalmente inconsciente del hecho de que no había dicho una palabra durante la cena, sintiéndose como si hubiera tomado parte en la animación.

No obstante, estaba obteniendo una curiosa cantidad de información sobre tía Paulina y primo Robert, más de la que Robert obtenía de sus documentos mexicanos.

Robert decía tan poco como ella y era casi tan inconsciente del hecho como ella. Nada por lo que Pauline se pusiera nerviosa. Ella solía hacer pausas de perfecto y simple silencio a menudo. Pero siempre era su voz la que rompía la tranquilidad. Y Robert siempre estaba en el *qui vive* para escucharla. Era como si su madre absorbiera todas sus facultades.

De cualquier modo, este no era el caso. Como un sacerdote, él era siempre consciente de la presencia de la mujer joven, aunque no diera ninguna señal. También era un hombre bien educado y sufría por hacer sentir a Ciss fuera de lugar. Pero aparte de esto, siempre había un delicado tentáculo que, desde su conciencia, tocaba a la joven, siempre, y Pauline estaba demasiado ocupada en sí misma para notarlo. Pero causaba sus efectos en Cecilia.

La joven sabía que cuando la cena terminara él le sujetaría la puerta para que pasara, la cercanía de su presencia física le conmovía. Y ella mantenía los brazos bastante desnudos, a propósito, y mostraba un vislumbre de sus pequeños y firmes pechos, y pasaba a su lado de una manera extraña, como un barco sorteando una roca. Esto le emocionaba por dentro, pero por fuera no causaba efecto. Nunca causaría ningún efecto. Estaba abrumado y así permanecería.

Ciss servía el café en el salón suavemente sombrío, donde todo de nuevo



era casi perfecto: delicados muebles antiguos y algunas pinturas valiosas de Renoir, Gauguin y Cézanne. Esto era la flor y nata de todos los objetos que Pauline había arrastrado de todas las partes del mundo. Había amasado todo su dinero comerciando privadamente con cuadros y muebles y cosas raras de países bárbaros. Ahora era rica y las cosas que había conservado podía permitírselas.

De todas formas, el salón no era un museo. Era agradable, incluso hogareño. No sabías qué objetos eran selectos a no ser que tuvieras idea de mobiliario o de arte. Muchas visitas pensaban que el salón de Paulina estaba algo marchito y anticuado, con sus desesperadas pinturas modernas. Pero a ella le gustaba ese sensible y ajado tipo de efecto. Se sentaba en la penumbra, junto al fuego, dando una nota de alivio colorido y chispa femenina, en la oscura y delicada habitación. Y meditaba, con su taza de café en la mano.

Esta meditación era una señal para que Ciss desapareciera. El alma de Pauline estaba alejándose directa a su «trabajo» con Robert. Así que tan pronto como se acababa el café, Ciss recogía las tazas sobre una pequeña bandeja y daba las buenas noches. Nunca besaba a su tía. Pauline no era besucona.

—¡Buenas noches, tía Pauline!

—¡Buenas noches, Ciss! —¡Muy relajada y lacónica! Y no tanto—: ¿Te vas tan pronto? —No, déjala irse.

—¡Buenas noches, Robert!

—¡Buenas noches, Ciss! —Y se levantaba a sujetarle la puerta cuando salía con la bandeja. Y ella pasaba muda junto a él, con su corazón siempre latiendo desilusionado, y no sabía muy bien por qué. Y él, aunque no mostraba absolutamente ningún signo, siempre se sentía un poco desolado cuando ella se iba y le dejaban solo, por así decir, con la leona en su guarida.

Pero era el momento de Pauline, quien, antes de los setenta y dos, había tenido tiempo para sus amantes. De manera un tanto misteriosa, había conservado su poder de ser emocionada, especialmente en relación con los hombres. Había conservado su poder de estar un poquito enamorada, y este era su secreto de los secretos. Deseaba ser la muchacha que está ante los viejos manuscritos, bajo la lámpara, con Robert, cuya voz era tan calmada y solitaria y atractiva, y cuyas manos eran tan hermosas, lo suficientemente

hermosas para deleitar incluso a un *connoisseur*. Levantaba la mirada hacia él tan ansiosa como una niña. Y entonces él pronunciaba sus palabras tan despacio, y en su frente había tal paciencia y gentileza, que poseía un toque de nobleza. Era como si él fuera el mayor de los dos, como un sacerdote con una pupila de la que estuviera secretamente enamorado pero a la que tratara solo con delicada gentileza y reverencia.

Y su madre era eso realmente para él. Pero también era la leona que jugaba con él como si fuera un cachorro puesto allí para su esparcimiento. Y él era con ella realmente una maravilla, un hombre genuino con un toque de paciente nobleza. Pero también era el incapaz Robert que tenía andares de pato.

Ciss tenía un apartamento propio para ella justo frente al patio, sobre las cocheras y los establos. No había caballos, solo el coche de Robert. Ciss tenía tres preciosas habitaciones allí arriba, extendiéndose en fila una tras otra, y arregladas por tía Pauline de forma encantadora. Por compañía tenía el tictac del reloj del establo, su única carga: ella le daba cuerda todas las semanas.

Pero algunas veces no se iba a sus habitaciones. En la confusión de su espíritu, vagaba por el jardín o se sentaba en el césped y desde la ventana abierta del salón de arriba podía oír el murmullo de las voces y la maravillosa y concienzuda risa de Pauline. Si era invierno, la joven se ponía un abrigo grueso y paseaba despacio hasta el pequeño puente con balaustrada sobre la corriente, y miraba las brillantes estrellas de Orion<sup>[166]</sup> alzándose en el este, o, en las noches oscuras, el fulgor de las ventanas empañadas del salón rozadas por los árboles desnudos. Y siempre se preguntaba, con cierta desesperación: «¿Dónde está mi vida? ¿Cuándo me llegará el turno de vivir?».

Creía que Pauline pretendía que se casara con Robert cuando ella muriese. Lo creía a pesar de la indiferencia que mostraba hacia ambos una vez que les volvía la espalda. Pero ¿cuándo sería? Tía Pauline podría vivir años y años, por lo que parecía. Y Robert era incapaz de actuar. Su voluntad estaba postrada desde que había nacido, casi prostituida por la de su madre. ¿Qué sería él dentro de diez años? Tan solo la concha de un hombre que no ha vivido nunca. ¡Era horrible! Y sin embargo Ciss sabía que él podía amarla con un amor varonil. Solo que nunca podría quitarse de encima a su madre.

Ni siquiera pensaría en ello.

Ella sentía por él la intensa, apasionada simpatía de un joven por otro cuando son eclipsados por un anciano. Era un sentimiento secreto, pero muy potente y peligroso. A veces, la llenaba una salvaje y anárquica pasión y no le importaba lo que hacía. Fuera como fuese, el asunto era comenzar... ¡A actuar! Todavía no había llegado a ese punto.

Pero lo sentía llegar. Y más porque Robert había empezado a mostrar un retorcido tipo de irritabilidad. Había tenido gripe en varias ocasiones y parecía como si la composición de su naturaleza se estuviera quebrando, cambiando. Ahora siempre había una pequeña y permanente tensión entre sus cejas, de irritación. Cuando Pauline no se daba cuenta, miraba a su madre con una mirada escrutadora, irritada, extraña y pasmada. Y entonces, casi siempre sintiéndose culpable, cazaba la mirada de Ciss. Durante medio segundo, los dos jóvenes intercambiaban miradas hoscas y desesperadas, como de asesino. Luego miraban a otro lado, con sus caras como máscaras. Pauline olfateaba algo en el aire, se despertaba de su abstracción, y ella, Ciss, miraba cómo la rígida, máscara asesina de la cara de Robert cambiaba, desconcertada, a un gesto de fascinación, medio ausente, mientras contemplaba fijamente a su madre. Se había perdido una vez más.

Una o dos veces, Ciss almorzaba con él en la ciudad, y allí veía el pequeño pliegue de agónica irritación fijado en su entrecejo, y la máscara enfurruñada de vergüenza y humillación metida a presión sobre su rostro. Se sentía hosco de humillación, casi asesino. Pero ese a quien quería asesinar era él mismo. Le lanzaba extrañas y breves miradas a su prima Ciss, casi de odio. Y se mostraba un poco brusco e impaciente, como si Ciss no fuera buena para él. Quería romper, hacer algo definitivo y vergonzante, con lo que pudiera llevar a cabo su última humillación física. Pobre Ciss... Su pequeña excursión no le había hecho mucho bien. Simplemente se había percatado del hecho de que Robert iba a provocar muy pronto una ruptura, de que, en breve, se iba a arrojar deliberadamente a los perros, o a las «perras».

Por la mañana todos tomaban café en sus habitaciones. A las nueve en punto, Ciss caminaba hasta la casa de sir Wilfrid Knipe para darle dos horas de clase a su nieta. Esta era su única ocupación seria, excepto que tocaba el piano. Robert se iba a la ciudad a las nueve. Rara vez Ciss lo veía por la

mañana. Y por regla general, tía Pauline aparecía a la hora de comer, y luego se retiraba de nuevo. Casi siempre estaba en su habitación, aunque le gustaba pasear por el jardín cuando el tiempo era bueno. Pero tenía tendencia a desvanecerse bastante deprisa durante el día. Su hora era la hora de las velas.

Cuando brillaba el sol, si le era posible lo tomaba. Este era uno de sus secretos de belleza. El sol te da resistencia, la resistencia de la juventud. A veces tomaba el sol por la tarde, pero habitualmente lo tomaba antes. Su comida era muy ligera. Y en los días de verdadero sol, la curiosa y pequeña placita rodeada de tejas justo detrás de los establos era una taza de luz solar toda la tarde. Se estaba muy a gusto en el ángulo de los establos, rodeado por una verdadera fortaleza de gruesos muros de tejo. Allí, dentro del recinto de tejo, Ciss extendía la tumbona y las mantas, bajo el halo rojo de las viejas paredes de ladrillo. Entonces llegaba tía Paulina con su sombrilla y Ciss se retiraba a permanecer en guardia en sus habitaciones.

Una tarde, en la corrosiva intranquilidad de su espíritu, Ciss subió de repente la escalera hasta el final de sus habitaciones y salió al tejado de los establos. Era un maravilloso día de julio, claro, con las redondas copas de los olmos colindando con la parte superior y más limpia del mundo. Encontró una esquina perfecta, bajo el parapeto del tejado más alto, y sacó todas sus cosas. Si los baños de sol eran buenos para tía Pauline, también lo serían para ella.

Encontró encantador regodearse bajo el cielo caliente en toda su estatura. Incluso algo de la dura amargura de su corazón parecía disolverse. De forma vaga se dio cuenta de que tía Pauline era una deportista muy buena, que jugaba a su propio juego con un perfecta actitud atlética y aislada. Era como un bailarín bailando solo la danza de su propia e importante vida. Y bien, ¿por qué no? ¡La gente debe mirar por sí misma! He aquí un nuevo credo para Ciss, nacido del sol sobre su cuerpo. Daba vueltas voluptuosamente. Incluso la nueva idea era voluptuosa y la dejaba más desnuda y libre bajo el gran sol.

Y de pronto, mientras extendía sus miembros, su sangre se heló y su corazón se detuvo. Podía sentir cómo el pelo se le erizaba cuando una voz le dijo con suavidad, pensativa, en el oído:

—No, no fue culpa mía. No puedo ser maldecida por eso. No, Robert,

hijo mío, deberías intentar no maldecirme porque Henry muriera en vez de casarse con su Claudia. Estaba bastante, bastante dispuesto a casarse con ella, aunque fuera inadecuada. Pero cuando vino a verme, se dio cuenta de su falsa posición, y supongo que eso fue todo.

La voz se apagó. Ciss se hundió en la estera, sin fuerza y sudando de terror. Esa horrible voz, tan suave, tan reflexiva, y sin embargo tan poco natural. No era una voz humana en absoluto. Tenía un extraño y hueco susurro, como si hablara desde lejos de ningún lugar. ¡Entonces tenía que haber alguien en el tejado! ¡Oh, qué inexplicablemente horrible!

Levantó su débil cabeza y echó una mirada por los emplomados inclinados. ¡Nadie! Las chimeneas eran demasiado estrechas para esconder a alguien. No había nadie en el tejado. Lo sintió. Entonces... ¿en los árboles?, ¿en los olmos? Miró de nuevo postrada por el terror. Pero, a pesar de que las copas eran densas, no había nadie allí. Además, los árboles estaban demasiado lejos. No, allí no había nadie a quien perteneciera la voz. Levantó la cabeza un poco más para echar un vistazo alrededor. Y mientras hacía esto, la voz regresó:

—¡No, querido! Te dije que te cansarías de ella en seis meses y supiste que era verdad. Yo quería evitarte eso. Fue tu propio error, querido. Sabías que estabas equivocado y aun así no pudiste evitarlo. Eso es lo que te duele, mi niño. Tu madre solo te hizo verlo más claro. Esa tonta de Claudia fue un puro error tuyo. Pero no querías renunciar a la idea de quererla y de tenerla. Y esto fue lo que te confundió y te ablandó, no yo. Si hubieras porfiado en que lo que tu madre sabía era bueno para ti, no habrías muerto. No, querido, fuiste tú quien me decepcionó al morir de aquella manera, no yo quien te decepcionó a ti. ¡Rencoroso, rencoroso!

La voz se iba extinguendo. Cecilia se hundió en su estera, demasiado débil para moverse tras la tensión angustiada de la escucha. ¡Oh! Era horrible. El sol brillaba, el cielo era azul, los árboles se alzaban nobles y quietos. Todo parecía tan estupendo y vespertino y estival. Pero impregnándolo todo estaba ese horror, esa voz, ese algo sobrenatural. Oh, y Cecilia había aborrecido siempre lo sobrenatural, los fantasmas y las voces y las llamadas y el resto. Lo odiaba. ¡Y ahora venía a por ella!

¡Esa terrible, horripilante voz sin corporeidad! Había algo extrañamente

familiar en ella, un matiz bajo el oxidado y arrastrado susurro. Era totalmente misterioso e inexplicable. La pobre Ciss solo podía permanecer allí tumbada y desnuda, y tan agónicamente indefensa, inerte, paralizada por un terror absoluto.

Y entonces oyó a la cosa suspirar, un profundo suspiro que parecía extrañamente familiar, aunque no humano.

—¡Ah, bien, bien! El corazón tiene que sangrar. Quizá esto lo mantiene fresco. Uno considera el dolor como algo más en el ramillete de la vida. Pero no puedo tenerte maldiciéndome, Robert. Henry era un niño bastante más brillante que tú, y se suicidó al intentar casarse con aquella tonta de Claudia. ¿Y tú crees que sería mejor con esa aburrida de Ciss? Cuando yo me haya ido, cástate o no te cases con ella, como quieras. Si lo que quieres es su sexo, tómala ya. Ella te lo daría. Pero no puedo soportar ver cómo te matas intentando casarte con una mujer que no te interesa profundamente. No puedo perder otro hijo, ya perdí al mejor. Y Robert podría casarse con nuestra pobre y sosa Ciss mañana, si él la quiere.

Ciertamente, era el espíritu de tía Pauline susurrando en el aire. Cecilia iba a comenzar a dar rienda suelta a chillidos desgarradores y fuertes de histeria, cuando la mención de su nombre la paralizó, y se volvió cauta y hostil. Era la tía Pauline, tía Pauline desvelando toda su antipatía. Ciss permanecía tumbada paralizada por el terror y todavía en alerta y astuta. Era tía Pauline. ¿Cómo lo hacía? ¿Era algún horrible truco de ventriloquía?

Los sonidos eran muy irregulares; algunas veces casi inaudibles, otras veces como un ruido acicalado. Ciss escuchó atentamente. No, no podía ser el truco de un ventrílocuo. No era eso. Era un suspiro al margen del aire interior: peor que cualquier ventriloquía, alguna forma de transferencia de pensamiento que se registraba como sonido. Algún horror de este tipo. Un pensamiento radiodifundiéndose a sí mismo, y del que no podías escapar una vez que lo oías. Cecilia todavía estaba tumbada, floja e inerte, demasiado aterrorizada para moverse; pero el esfuerzo de usar su raciocinio la estaba calmando. Era algún truco diabólico de esa mujer antinatural, tía Pauline. O quizá alguna némesis<sup>[167]</sup> que la había poseído.

¡Tía Paulina con una conciencia culpable! Ciss siempre lo había sospechado. Una mujer como aquella tenía que sentirse culpable. Pero era por

Henry por quien la torturaba su conciencia. Henry era el primogénito de tía Pauline, doce años mayor que Robert. Llevaba muerto veinte años y había muerto de repente cuando tenía veintidós, justo un día antes de su boda con una guapa actriz. Tía Pauline había odiado la idea de la actriz y se había burlado del pobre Henry, quien siempre había sido muy devoto de su madre. Había sido demasiado para el pobre chico. Se puso enfermo y murió antes de que su madre llegara a verle y hablara con él. Había sido para ella un trago amargo. Pero el padre de Ciss, que odiaba a Pauline, había dicho que Henry nunca habría muerto si su madre no se hubiera burlado de él, atormentándolo y confundiéndolo todo. «Destrozó la valentía del chico», dijo el tío. Ciss había pensado a menudo en las palabras de su padre, y se había preguntado si Robert no estaría también destrozado. Una madre fascinando a sus hijos y después abocándoles a la muerte antes que dejarlos ir... ¡Una mujer malvada!

—Supongo que tengo que levantarme —murmuró la voz oscura y sin respiración.

Ni demasiado sol, ni demasiada sombra. Sol suficiente, emociones sexuales suficientes, suficientes actividades de interés y una mujer podría vivir siempre. ¿Por qué no? Pero ninguna de ellas demasiado. No demasiado. Suficientes para absorber la vitalidad y luego pararse antes de que el sol comience a succionártela toda. Absorber la vitalidad del sol pero no dejarle que te abrace y absorba él tu vitalidad.

¡Qué increíble era! Eso era con certeza tía Pauline. Esos eran sus pensamientos, difundiéndose a sí mismos. ¡Pero qué terrible tener que escuchar! ¡Qué horrible haber entrado en la misma frecuencia de onda y tener que escuchar! ¡Y no poder apagarlo...! ¿Debo escuchar los pensamientos de tía Paulina de ahora en adelante, durante el resto de mis días?, pensaba Ciss, totalmente desgraciada. Era realmente demasiado insoportable.

Se agitó y permaneció tumbada inerte y hundida, mirando al vacío frente a ella. ¡Al vacío! ¡Al vacío! Sus ojos estaban mirando fijamente al interior de un agujero en el canalón de plomo, y no significaba nada para ella. Tan solo parecía hipnotizarla aún más aquel agujero que descendía en el canalón de plomo.

Cuando, de pronto, del agujero llegó un suspiro y un último susurro: «¡Ah, bien, Pauline! ¡Levántate, levántate ya! Es suficiente por hoy. ¡No seas

vaga!».

¡Directo desde el agujero de la cañería! ¡Como si fuera el auricular de un teléfono! ¡Eso es! ¡Dios mío! ¡Era la cañería, la cañería haciendo de altavoz! ¡Seguro! Pero ¿era posible? Oh, ¿era posible?

Ciss se incorporó sobre su codo y miró en la cañería. No podía ver nada. Pero un gran alivio, una especie de júbilo resentido inundó su corazón. ¡Evidente! ¡Evidente! Tía Paulina estaba allí tumbada y el murmullo había entrado en la cañería. ¡Era posible! Ciss sabía que era posible, creía haber leído algo parecido en un libro. Y el sonido había trepado... ¡Oh, era tan horrible y ridículo! Tía Pauline hablaba consigo misma en voz alta cuando estaba sola, como una anciana de verdad. Esa era la razón de que estuviera misteriosamente encerrada en su dormitorio. ¡Por eso era tan misteriosa, siempre retraída y sin dejar que nadie se le acercara! Por eso nunca se adormilaba en el sillón, o se tumbaba en el sofá, o se quedaba distraída en ninguna parte. ¡Siempre, tan pronto como su atención se relajaba, se iba a su habitación! Porque en cuanto aflojaba, ¡se hablaba con una voccecita suave y tonta! Una exaltación hosca brotó en el corazón de Ciss. ¡Era eso! Por eso la invulnerable tía Pauline se dejaba ir. La muchacha yacía boca abajo, en el lujo de una rara, desesperada exaltación.

La despertó el timbre de una llamada. ¡Bien! Era tía Pauline llamándola para decirle que la costa estaba despejada mientras volvía a la casa. ¡Y qué voz tan fuerte, joven, resonante! ¡Muy segura! ¿Quién podría creer que era la misma del susurro que había ascendido por la cañería? Ciss se sintió muy sardónica. No pudo refrenar, desnuda como estaba, arrastrarse por el tejado y escudriñar sobre el parapeto a la elegante y relajada figura con su chal de seda y su sombrilla que subía los escalones de la entrada trasera. *Madame Sans Gêne!*<sup>[168]</sup>

Ciss recogió rápidamente sus escasas ropas y bajó por la escalera y rodeó la bolera. Las esteras de seda caían sobre el césped verde y brillante, a pleno sol; la larga tumbona parecía anidar en la hiedra del viejo muro rojo. Y entre las hojas de la hiedra, exactamente frente a la boca de tía Pauline, si ella se volvía, estaba la exquisita entrada de la cañería. ¡Oh, Némesis! Ciss recogió tristemente las esteras y se las llevó adentro.

Bullía de pensamientos y emociones. ¿Así que tía Pauline no era



sobrehumana? No era perfecta, no para sí misma. Tenía un gran disgusto, un disgusto que nunca se quitaría de encima: la muerte de su guapo y elegante Henry, a quien ella había admirado muchísimo más que al pobre Robert. Sí, Henry había sido el *beau ideal*<sup>[169]</sup> de tía Pauline, hasta que fue y se enamoró de aquella actriz con aires de suficiencia. ¡Y no le hubiera vituperado por ello! Pero al morir había regresado con ella.

¡Vaya mujer indomable! No le enseñaba sus cicatrices a nadie. Parecía tan perfecta... Tenía que ser perfecta, incluso para sí misma. No podía soportar estar equivocada; no podía soportar ser consciente de que estaba equivocada. No, en público o en privado, debía ser perfecta.

Era una mujer increíble. Solía decir con presunción: «Mi vida es una obra de arte». Hija de un cónsul, se había criado en el este, luego en Port Said y en Nápoles. Su padre era un devoto coleccionista de cosas exóticas o valiosas, y atendía muy poco a su hija. Cuando murió, poco tiempo después que su nieto mayor, Henry, naciera, Pauline recogió su colección de tesoros y comenzó a crearse una vida propia. Se separó de su marido de forma bastante amigable y se quedó con su hijo. Tenía cierta habilidad para apreciar la belleza, independientemente de la textura, forma o color. Y sobre la base de la colección de su padre construyó su propia fortuna. Vendió lo que era ventajoso vender y continuó coleccionando. Adquirió antiguas figuras de madera africanas, y máscaras y marfiles de Papúa, cuando a nadie le interesaban. Compró Renoirs muy temprano. Vendía a museos y a coleccionistas, y se mantenía fuera de su vista. Había amasado una fortuna cuando Robert nació, y le pasó una renta a su exmarido hasta que este murió, cinco años después del nacimiento de Robert. Pero no había vivido con él desde hacía años. La llegada de Robert había provocado que todo el mundo contuviera el aliento, pero, a pesar de todo, el marido de Pauline iba a veces a tomar el té.

Y era casi imposible encontrar un amante para Pauline. Tenía muchos amigos devotos y admiradores sinceros, pero no se casó con ninguno, ni se entregó a ninguno. Ellos se mantenían igual de devotos, quizá más. ¡Una mujer de verdad! Tal es el cimiento de la humanidad, que el hombre respete a la mujer mucho más si ella no se convierte en su amante. Así que ningún hombre parecía imaginar que él era el padre de Robert.

Pauline hizo un trabajo brillante durante la guerra y se convirtió en una dama. Y todo el tiempo mantuvo a Robert a salvo trabajando para el departamento de Inteligencia. Tenía un gran surtido de amigos, y disfrutaba de ese raro confort que es sentirse una persona de éxito. Ahora su única preocupación era su vida: quería vivir para siempre.

Y ahora, por fin, esto era lo que Ciss estaba dispuesta a evitar. Ciss tenía mucho cariño a su primo Robert y estaba desesperada. Porque todo el tiempo en que Pauline viviera, él nunca la acariciaría a ella, Ciss, con aquellas manos fascinantes. Lo sabía, lo sabía. Por tanto, entre ella y su tía Pauline había solo un asunto: su vida o la mía.

Pero Ciss todavía no sabía qué hacer. Solo sentía que, de alguna manera, había ganado poder. Había robado algo de la fuerza misteriosa de tía Pauline y la tenía dentro de ella.

Incluso Pauline parecía sentirse un poquito mermada. Estuvo muy callada durante la comida y, después del café, dijo:

—El sol me ha dado sueño. Creo que voy a retirarme. Vosotros dos podéis jugar una partida de ajedrez.

Cuando Robert hubo cerrado la puerta detrás de su madre y regresó a su sitio, Ciss le preguntó:

—¿Te apetece jugar al ajedrez?

—Si tú quieres —respondió, mirándola con aquellos ojos grandes y grises, pacientes y corteses.

—No —dijo ella—. ¿Preferirías que me fuera? ¿Preferirías estar solo?

—No, no —replicó él muy deprisa—. ¿Por qué lo preguntas?

Las ventanas estaban abiertas, el aroma a madreSelva flotaba en el aire, con el ulular de un búho. Robert fumaba en silencio. Había una especie de desesperación en su inmóvil y bastante achaparrado cuerpo, que también llenaba a Ciss de desesperación. Él no tenía nada que decir, e incluso esto le torturaba.

—¿Te acuerdas del primo Henry? —preguntó Ciss de pronto.

—Sí, muy bien —dijo él pillado por sorpresa.

—¿Cómo era? —dijo ella, mirando a los ojos, grandes y misteriosos, de su primo, en los que había tanta frustración.

—Guapo —dijo—. Alto, bueno en los deportes, bastante pecoso, con el

pelo castaño y suave de nuestra madre y un brillo pelirrojo.

Ciss quería decir: «el pelo de tía Pauline es gris como el de un tejón», pero se mordió la lengua.

—¿Y qué tipo de carácter tenía? —preguntó ella.

—Oh, abierto y jovial. Todas las mujeres le querían.

—¿Y tú? —preguntó ella—. ¿Tú le querías?

—¡Sí! —dijo él, sorprendido.

—¿No estabas celoso de él?

—¿Por qué? —La miró con intriga.

—Tu madre le quería más que a ti, ¿no?

La pregunta era insidiosa. Parecía que nunca había pensado en ello. Su cara estaba atónita, como la de un niño. Entonces respondió, con una voz extraña:

—Sí, supongo que sí, si... si uno piensa en algunas cosas.

—Cuando él murió, ella debió de sentirlo como un desaire.

Él la miró de un modo muy raro.

—¿A qué te refieres exactamente? —dijo, y su perfecta manó tembló un poco.

—Supongo que él se partió en dos entre la chica con la que quería casarse y tu madre, y murió para salir del dilema.

Ciss estaba tan desesperada que no le importaba lo que decía mientras consiguiera sacarse del pecho algo de todo aquel asunto.

—Pudiera ser —dijo él.

Y hubo un silencio.

—Me pregunto qué pensará su fantasma —dijo ella— si alguna vez regresa y os mira a ti y a tía Paulina.

Pero él no contestó. Estaba profundamente disgustado.

—¿No deseas vivir, Robert? —preguntó ella débilmente—. Yo quiero, y mucho.

—¿Vivir en qué sentido? —dijo él.

—Amar y sentir cosas —dijo ella—. Sentir algo antes de que muramos —añadió trágica.

Después de un silencio largo, él contestó, cáustico:

—Creo que para ninguno de los dos es ya posible.

—¡No! —exclamó ella—. ¿Por qué no amas a alguien, Robert? Quiero decir, como un hombre, no como un niño.

Lentamente él enrojeció, se puso oscuro, de un aburrido carmesí, y pareció encogerse en su silla.

—¿Puede uno organizar esas cosas? —preguntó él; su rostro enrojecido matizaba la sequedad de su pregunta.

—Quizá —dijo ella—. Quizá un hombre como tú deba. —Entonces su voz se hizo fina y vacilante—. ¿Me amas, aunque solo sea un poco?

—Te aprecio mucho —contestó él con una voz profunda y convencida.

—Sí, pero ¿has amado alguna vez? —le preguntó.

—Nunca he sentido un deseo físico genuino por ninguna persona, si eso es lo que quieres decir —contestó en un tono de voz tranquilo pero ahora con la cara verde de agitación.

—Pero nunca lo has intentado —dijo ella.

—¿Hay que intentarlo? —preguntó de manera seca.

—Sí, ¿por qué no? Si no se intenta, nunca se hace nada.

Él mantuvo su rostro oculto y permaneció en silencio. Luego preguntó:

—¿Quieres decir que debo intentar sentir un... un amor físico por ti?

—Creo que podrías, si te dejas —dijo ella desesperadamente.

Él no dijo nada, pero sacudió la cabeza lentamente.

—¿No quieres? —dijo ella bruscamente—. ¿Te parece bien seguir siendo un niño y una campana sin badajo durante toda tu vida?

Una sonrisa rápida y nerviosa surgió en su rostro.

—Campana sin badajo es una expresión bastante buena —dijo. Entonces reunió fuerzas y continuó con una repentina y sorprendente amargura—. No es bueno, ¿sabes? Mi madre lo sabría todo antes de que hubiera empezado. Estoy preguntándome si ella sabía que querías decirme algo parecido y por eso se ha ido a dormir a propósito. Estoy casi seguro de que sí.

—Pero ¿y qué si lo hizo? —gritó Ciss—. ¡No me importa lo que tía Pauline piense de mí!

—¿De verdad? —dijo él tajantemente.

Y Ciss supo que no era verdad. Pensar que tía Pauline pudiera saber lo que ella, Ciss, había dicho era, de algún modo, paralizante. Cuando tía Pauline sabía algo, parecía capaz de matar ese algo con una sonrisa. Esa

misteriosa capacidad que tenía para burlarse, mofarse de alguien, te volvía interiormente inseguro y perverso hasta que no te importaba nada.

No, no había nada que hacer excepto luchar contra ella. Ciss dio las buenas noches y se fue a sus habitaciones.

El tiempo continuaba siendo caluroso. Paulina seguía con sus baños de sol y Ciss se tumbaba sobre los aleros del tejado, en el sentido literal del término. Pero ningún sonido volvió a salir por la cañería, ni siquiera un suspiro. Pauline debía de estar tumbada con la cara lejos del muro. Ciss podía escuchar un sonido muy débil y agitado. Su tía debía de estar murmurándole al hueco. ¡Oh, amargura! La tarde pasaba sin ninguna sílaba audible.

Por la noche, bajo las estrellas, Ciss se sentaba en el jardín y esperaba, rodeada por el perfume de la madreselva y del heno, y por el ulular del búho. Veía encenderse la luz de la alcoba de su tía. Finalmente, veía las luces desaparecer del salón. Y esperaba. Pero él no venía. Permanecía en la oscuridad hasta medianoche, sin moverse y en silencio. Pero permanecía sola.

Durante dos días no oyó nada, aunque el sol brilló y su tía se regodeó en él. La cañería no habló. Y durante dos noches se sentó hasta muy tarde, sola en el jardín. Entonces, cuando ya había dejado de escuchar y de esperar, mientras estaba sentada con su triste y pesada persistencia en el jardín, de pronto se sobresaltó. Alguien había salido. Ella se puso en pie y esperó deseosa sobre la hierba. Era él.

—¡No hables! —murmuró él.

Y en silencio, en la oscuridad, pasearon por el jardín y bajaron al puentecito hacia el recinto de hierba, donde el heno, cortado muy tarde, estaba amontonado. Allí permanecieron, desconsolados, bajo las tenues estrellas de verano y respirando el rico perfume del heno.

—Ven conmigo hasta el tilo —dijo ella.

Se sentaron en el banco bajo el árbol que todavía olía dulce.

—¿Ves? —dijo él con dificultad, como si continuara una conversación—. ¿Cómo voy a pedir amor si no siento ningún amor por mí mismo? Sabes que te tengo un gran respeto.

Ella le escuchó y no dijo nada. Luego preguntó, como si no le importara:

—¿Alguna vez has querido irte de aquí?

—¿De este pequeño paraíso? —dijo él—. Pero ¿adónde iría? Ni siquiera

he triunfado en ganarme la vida.

—Oh, podrías si tuvieras que hacerlo —replicó ella con rudeza—. Si salieras de este paraíso... paraíso de locos, harías algo.

—Paraíso de locos —repitió él burlándose—, donde la serpiente no te deja acercarte a un manzano a menos de una milla. ¡Un paraíso donde nunca tienes la oportunidad de caer! Un paraíso sin tentaciones. ¡Y donde Dios es una dama encantadora! ¡Un paraíso donde uno vive para pudrirse!

Ella estaba asombrada por esta repentina amargura burlona. Nunca había escuchado de él una sola palabra que indicara que no estaba contento.

—Entonces ¿por qué no desapareces? —dijo ella.

—Sí, ¿por qué no? —dijo él.

—Eres un hombre —afirmó ella.

—¡Gracias! Pero ¿y qué? ¿Qué clase de hombre soy? —él habló con un gran desprecio de sí mismo.

—¿Cómo podrá saberlo nadie si no sales de este paraíso? Pero, al menos, deberías quererme un poquito.

—¡Debería! Solo que, desafortunadamente, no tengo sentimientos amorosos hacia nadie.

—¿Y por qué querías tener sentimientos amorosos? Ten por mí uno que no lo sea. Creo que podrías.

—La dama encantadora lo sabrá, estoy seguro.

—Si te refieres a tía Pauline, ¿por qué te importa?

—Lo sentirá como una ofensa mortal.

—Es su problema. ¿Por qué no le dices, simplemente, que te vas a casar conmigo?

—¿Voy a casarme contigo?

—Eso espero. Si no, me iré y me ganaré la vida como institutriz.

—Podría ser peor —dijo él.

—Podría —replicó ella sombría—. Podría quedarme aquí hasta que encaneciera, una gata gris, hambrienta y vieja. De esto es de lo que me he dado cuenta.

Él permaneció sentado en silencio durante un buen rato. Después tocó su mano y la sostuvo entre las suyas.

—Creo que puedo hacer algo al respecto. Es cuestión de echarse a la calle

lejos de este paraíso y de decirle a la dama encantadora que uno ya ha tenido bastante. Creo que Adán debió de decirle a Dios, en aquellas circunstancias: «Muchas gracias, Señor, pero preferimos irnos».

Ciss estaba bastante asombrada por aquel nuevo tono de humor ácido. Se levantó. Y mientras iba hacia el puente, dijo:

—Creo que puedo hacer algo al respecto. Te lo haré saber.

Eso fue todo lo que le sacó. Fue airadamente a su lado. Ahora que el hielo estaba roto, se levantaban las olas de la ira.

—Te veré en tu puerta —dijo él mientras cruzaban el césped.

—¿Crees que deberías arriesgarte? —replicó.

—¡Miau! ¡Miau!

De repente, había maullado dos veces en un tono de pura broma. Ciss no cabía en sí de asombro. Huyó hacia el interior de la casa. Si tía Pauline no había oído aquello, es que no oía nada.

Tía Pauline lo había oído. Estaba tendida despierta, meditando y preparándose a sí misma para la lucha. Los últimos dos días había sentido cómo su poder se debilitaba. Tenía una autoridad absoluta sobre todo lo que la rodeaba y sentía que debía tenerla. Y esos últimos días se había sentido, en cierta manera, cuestionada, en peligro. Creía que debía ser la mejor influencia, simplemente tenía que derramar su incuestionable autoridad sobre el mundo inmediato. Y no era capaz de comprender por qué el control se le había escapado de las manos, durante un día o dos.

Oyó los maullidos y se puso furiosa. Supo de inmediato de qué se trataba. Era Ciss, aquella gata común, engatusando a Robert en la oscuridad e incitándole a una vulgar rebelión. Y él estaba contestando como un verdadero *gamin*<sup>[170]</sup>. ¡Qué vulgaridad! Pauline estaba furiosa. Pero ahora que sabía qué era, podía manejarlo.

Ciss estaba usando su poder sexual contra ella, Pauline. Y Pauline odiaba el sexo vulgar. Le gustaba el sexo sublimado, lo que ella llamaba imaginación sexual. Una mujer podía usar todo su poder femenino para elevar la vida de la imaginación. ¡La vida de la imaginación! En esto Pauline se sentía en casa, e inconmensurablemente superior a todos aquellos maullidos y aquella tosquedad física. La cubrió una ola de odio contra esa torpe gata barriobajera que era Ciss. Estaba pervirtiendo a Robert. Pero

Pauline le enseñaría, le enseñaría quién era más fuerte en aquella clase de juego.

Salvaguardándose hasta la noche, el día siguiente Pauline no apareció hasta después de la comida, cuando bajó a tomar el sol. No hizo caso de Ciss, pues creía que si uno saca a una persona de su consciencia, la hace desaparecer. Y algo de eso había. Ciss se sintió insegura y débil mientras seguía a tía Pauline hasta el césped y extendía las esteras.

Había decidido subir al tejado, como era habitual, y escuchar. Pero se sentía algo deprimida. Alzó a Jim, su gran gato, y lo llevó con ella. Él dormiría todo el tiempo, como un ave nocturna, pero aun así sería de ayuda.

El sol ardía y golpeaba fuerte. Parecía morderte la piel y hacerte enfadar. Jim se enroscó en la sombra cerca de ella, su negra piel brillaba como la seda. Y Ciss casi se durmió. Difícilmente escuchó nada más de la voz.

—*Chi lo sa, caro, se vale la pena!*<sup>[171]</sup> —regresó el murmullo, en una lengua que Cecilia no comprendía. Seguía tumbada y retorció sus miembros con ira, escuchando atentamente las palabras que le transmitían nada. Suavemente, susurrando, con una infinita caricia y sin embargo con esa arrogancia sutil que hacía hervir la sangre de Ciss, la voz continuó en un murmullo de terciopelo:

—*Bravo, sì, molto bravo, poverino! Ma uomo como te non sarà mai, mai. Non è eroe, lui, ne dell'amore ne dell'intelligenza*<sup>[172]</sup>.

¡Oh! Especialmente en italiano Ciss escuchó el encanto venenoso de la voz, tan irónica y egoísta. La odiaba con intensidad cuando suspiraba su insolencia hacia ninguna parte. Era tan delicada y segura que la hacía sentirse torpe e inútil.

—No, Robert querido, tú nunca serás el hombre que fue tu padre. Si tuvieras dentro de ti la capacidad de ser un amante como lo era él, *nemmeno male!*<sup>[173]</sup> Pero eres un payaso y un pez en comparación. ¡Mauro! ¡Mauro! Él se entregaba a una mujer como si se entregara a Dios. ¡Cómo me amó! ¡Cómo me amó! Suave como una flor aunque punzante como un colibrí. — La voz cesó en un ensueño de vanidad, y luego continuó—. Pero tú, Robert querido, después de todo solo eres un inglés a medio hacer. La lluvia te ha vuelto sospechoso y te ha convertido, como amante, en algo tan tentador como un pescadero. Debes abandonar el amor, querido, nunca ha sido tu



*forte*. Nunca lo conviertas en algo físico; aquí es donde tu imaginación falla bastante.

La voz hizo una pausa de complacencia y luego continuó:

—Me has decepcionado, Robert. No hay mordacidad en ti. Tu padre era jesuita y mordaz como un *stiletto*. Para él, el amor era un arte y una religión secreta. Pero tú eres como una carpa vieja y gorda en un estanque, y esa Ciss es la gata común que te pesca. Por supuesto, lo que ella quiere es establecerse y una casita gatuna para los niños. El pobre Henry lo hizo mejor, mucho mejor.

Cecilia de repente puso la boca en la cañería y dijo con voz profunda y airada:

—¡Deja en paz a Robert!

Este esfuerzo fue como un fluido eléctrico que salió precipitadamente de su cuerpo hacia el tubo. La dejó exhausta y colapsada sobre la cañería. El gato, frotándose contra ella intranquilo, lanzó dos pequeños y agudos ¡miau! Ciss yacía débil y postrada, el corazón le latía con fuerza. El sol de julio destilaba un calor espeso, erizado de truenos. Hubo un silencio de muerte durante lo que pareció mucho tiempo. Entonces llegó un pequeño susurro:

—¿Ha hablado alguien?

El gato lo oyó, sacudió la cola y arqueó el lomo con terror, lanzando un agudo y tímido ¡miau! y mirando a Ciss con ansiedad. Ella estaba ausente, inclinada hasta la cañería para decir:

—¡Aparta tus deseos de Robert! No le mates como me mataste a mí.

El gato huyó. Ciss descansaba sobre el tejado, totalmente agotada, sintiéndose como si toda su vida se hubiera ido por aquella cañería. No obstante, escuchaba con avidez.

—¿Eso puede ser el espíritu de Henry hablándome? —susurró preguntándose la terrorífica voz en la cañería.

Ciss se inclinó sobre el tubo.

—¡Sí! —dijo en un tono de voz bajo pero severo, como el de la voz de Dios.

Se hizo un silencio prolongado. Ciss yacía totalmente aterrorizada sin saber qué iba a pasar. ¡Quizá había matado a tía Pauline! Sintió una sombra sobre sus miembros, como una colcha helada. Al mirar hacia arriba vio que el

sol se había puesto amarillento y siniestramente nublado.

—¿Eres feliz, Henry? —Regresó el murmullo aterrador.

Ciss se volcó severa sobre la cañería.

—¡No! ¡Yo quería vivir y no tuve la oportunidad!

En cuanto exhaló estas palabras, sus pulmones se vaciaron.

—Pero no puedes culparme, cariño... —Regresó el chirriante susurro.

Ciss estaba preparada. Sentía que podía verter veneno y más veneno por la cañería. Nada podía pararla.

—¡Lo hago! Quería vivir y tú me mataste.

Lo dijo con la pasión definitiva de su alma.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo? —llegó el murmullo. Tía Paulina no iba a rendirse fácilmente, ni siquiera ante un espíritu.

—Con tu deseo egoísta. Tenías poder sobre mí y nunca me dejaste vivir mi vida.

Ciss habló con furia llena de venganza. No reconocía su propia voz, sentía como si realmente estuviera poseída por el espíritu vengativo de Henry.

—Creo que debes de ser un espíritu maligno —llegó la voz preocupada.

—¡No lo soy! —Ciss casi gritó en el tubo—. Tú eres maligna y una madre cruel. Te maldigo por mi muerte.

Esto fue una acusación realmente terrible. Yacía asustada de su propia ferocidad. También sentía un poder enorme que emergía de su cuerpo, y lo usaría sin remordimientos. Seguía tumbada y jadeaba mientras el cielo se oscurecía.

—Creo que debes de ser un espíritu maligno, enviado para probarme —regresó por el tubo el murmullo roto.

Ciss yacía inerte, pero su corazón permanecía fuerte y fiero. Sentía como si una batalla terrible se estuviera librando al final de la cañería. Podía sentir a tía Pauline intentando salvar el tipo, intentando escapar a la acusación de maldad. Tía Pauline se retorció y se retorció y se retorció nerviosa para escapar del sentimiento de culpa. Y Ciss había decidido que no lo conseguiría. Había decidido fijarlo en ella. ¡No escaparía! No emergería de nuevo, por enésima vez, sintiéndose buena e inocente. Esta vez, la conciencia de su culpabilidad, la culpabilidad de toda una vida de obligar a los demás a

cumplir su voluntad, se clavaría en ella. Había escapado demasiado a menudo y salido con una idea de inocencia y de superioridad moral. Nunca más. Debía sentir su culpa, esta debía penetrar en ella como un *stiletto*, ya que ella los había mencionado.

—¿Te has ido? —llegó el débil murmullo, intentando todavía eludir la sentencia.

—¡No! Nunca me iré. Te acusaré por toda la eternidad. Eres malvada y debes acabar con tu maldad.

Un pequeño grito roto de angustia subió por el tubo. Después, el silencio. Ciss permanecía tumbada y escuchaba, escuchaba. ¡Ningún sonido! Como si el tiempo se hubiese parado, yacía bajo la cada vez más profunda oscuridad del cielo, no sabía desde cuándo. Sentía que todo estaba cada vez más oscuro y su corazón fue perdiendo su tensión gradualmente. Parecía haber sido despertada. Todo había terminado. El extraño juego con su tía había acabado y Ciss se sentía nueva y fuerte, liberada. Por primera vez en su vida parecía que respiraba libremente. Su ansiedad era exterior.

El cielo la hizo preocuparse. Estaba negro, manchado con franjas amarillas. Sintió que algo iba a suceder. Habría tormenta. Ya llegaba un aliento de aire frío. Ningún sonido salía de la cañería. Se vistió deprisa y escuchó de nuevo. ¡Ningún sonido! Escuchó un trueno lejano, pero ningún sonido de su tía.

Reanudando su vida normal de ama de casa, Ciss bajó corriendo y, rodeando la esquina de la bolera, llamó:

—¿Estás lista, tía Pauline? Me temo que va a haber tormenta.

No hubo respuesta. Se acercó más, con ansiedad, y repitió:

—¿Has oído el trueno, tía Pauline?

Todavía dudaba si debía rebasar la esquina del seto, pues era reticente a encontrarse a su tía desnuda, cuando, gracias al cielo, la débil voz de tía Pauline respondió:

—¿Me llamó alguien? Debo de haberme quedado dormida.

—¿No entras? Viene una tormenta —repitió Ciss.

Y al sonido de aquella débil y falsa voz de su tía, Ciss casi quiso estallar en una risa histérica.

—¡De acuerdo! ¡Ya voy! —dijo bruscamente la voz.

Ciss se retiró a sus posesiones y esperó. No hubo sonido. Subió al ático a observar. Los truenos sonaban más cercanos. Y vio a tía Pauline, envuelta en su chal de seda azul, pequeña y disminuida, arrastrarse hacia la casa. Incluso había olvidado llamar.

Estalló un trueno. Ciss se apresuró a recoger las esterillas y la tumbona. Se sentía fuerte y, a pesar de sí misma, se regocijaba en la momentánea derrota del enemigo. Difícilmente la sentía como permanente. Pero era como si, con el trueno que ahora golpeaba, una tensión antigua se hubiera roto en la atmósfera. Había una libertad nueva, una apertura del corazón y del alma. No sentiría más ningún rencor. Quería reír, reír con el corazón de la misma manera que el trueno estallaba en grandes golpes y la lluvia consoladora caía al fin en la corriente. Quería reír con alivio.

La lluvia duró toda la tarde, y seguía cayendo cuando Ciss corrió hasta la casa para la hora del té. Tía Pauline había llamado por teléfono desde su habitación para pedir a la criada que le subieran una taza de té. Los truenos la habían asustado. No bajaría antes de la cena. Así que Ciss se tomó el té sola, esperando a Robert.

Estaba todavía esperando empecinada cuando oyó el sonido del coche. Bajó y recorrió el pasaje cubierto hacia el garaje. El coche se había manchado de barro, pero Robert tenía los ojos brillantes, como si el tiempo le hubiera refrescado.

—Me pregunto cómo te las has arreglado en la tormenta —dijo ella acercándose a él como si fuera impelida por una fuerza de atracción.

—Me gusta, remover las cosas te levanta un poco el ánimo —contestó él, mirándola con una luz nueva en los ojos—. ¿Cómo estás?

—¡Estoy bien! —dijo ella suavemente.

Él se había quitado los guantes y, de repente, le tocó con suavidad la mejilla con la punta de los dedos. Ella se sonrojó al recordar que su padre había sido un jesuita, un hombre para quien el amor era una religión secreta. Le miró escrutadora, intentando descubrir en su rostro estas cosas nuevas. Y la llama oculta en sus ojos, la impoluta finura de su frente bajo el pelo corto y oscuro, la cremosidad como de máscara de sus mejillas le enseñaban que él también tenía el poder de la pasión secreta y de una intensa y oculta voluptuosidad.

—Creo que Tinia ha arrojado su tercer trueno<sup>[174]</sup> —dijo, aunque no significara nada para ella. Entonces, acariciando de nuevo su cara con las suaves yemas de sus dedos, preguntó como por causalidad—: ¿Dónde está madre?

—No bajó a tomar el té. Pero bajará a cenar. ¿Hago más té para ti?

—¡No, gracias! —Él la miró otra vez, con una extraña, brillante y todavía impersonal mirada. Y sonriendo levemente, recorrió su cara con la punta de los dedos, suavemente, como hubiera hecho un ciego. No parecía tener prisa por entrar en la casa.

—Supongo que Annie habrá llamado a madre para decirle que estoy en casa —dijo.

—Quizá tendrías que haberlo hecho tú —contestó Ciss.

La lluvia continuó hasta la cena. Ciss se puso su vestido más bonito, con flores de terciopelo negro sobre un fondo de gasa naranja, y se colocó algunas aguileñas, que cabeceaban aturcidas tras la lluvia, en el escote. Casi era un atuendo de fiesta. Robert estaba solo en el salón cuando ella entró con las flores blancas bamboleándose. Él la miró con curiosidad.

—Estás muy guapa esta noche —dijo—. ¿Ocurre algo especial?

—Es por ti —dijo ella mirándole con una leve sonrisa. Observó cómo él se cuadraba de espaldas. Su cara tenía un extraño y curioso aspecto, como iluminado por una luz trémula. Ciss pudo ver que él se estaba conteniendo para verse con su madre, para sostener con ella una silenciosa batalla de voluntades. Había tensión en el aire, incluso ahora que la tormenta se había ido.

Ciss se fue intranquila hacia las estanterías cercanas a la puerta, a buscar un libro. Pero estaba en ese estado mental en el que ningún libro parece el que queremos, nunca el que queremos. Robert permanecía de pie sobre la alfombra, en silencio, bajo la lámpara suavemente ensombrecida, esperando. La tensión de la espera era casi enervante. Ella se sintió paralizada, allí, junto a las estanterías.

Escuchó un crujido y una mano en la puerta. En un repentino ataque de nervios encendió la fuerte luz que había sobre las estanterías justo cuando su tía, con un vestido negro bastante esponjoso y juvenil, entraba. Pauline permaneció un instante de pie, a plena la luz, junto a la puerta, como si

estuviera desconcertada. Parecía un extraño loro, marchita bajo su cuidado maquillaje, y un poco irreal, con sus flores artificiales y sus perlas. Parpadeaba irritada, como si años de exasperación y disgusto reprimidos a causa de sus hombres hubieran emergido de pronto a la superficie de su rostro y la hubiesen arrugado hasta convertirla en una vieja bruja.

—¡Oh, tía! —gritó Cecilia, sin la consciencia suficiente para dejar el libro que tenía en las manos.

—¿Por qué, madre? ¡Eres una ancianita! —llegó la estupefacta voz de Robert, como si fuera un chico asombrado y con toda la malicia de la juventud.

—¿Lo acabas de descubrir? —masculló la anciana malévolamente mientras huía de prisa de la luz.

—¿Por qué...? ¡Sí...! —vaciló Robert—. Yo pensaba...

—No queríamos preocuparte por lo que piensas —le interrumpió su madre, valiente y seca y hecha un manojo de nervios—. ¿Bajamos?

Le tomó del brazo con crueldad y caminó a su lado con el rostro arrugado por una irritabilidad indecible de colapso nervioso. No se había dado cuenta del exceso de luz, ni se lo reprochó a la culpable Ciss, que les seguía bajando las escaleras, preguntándose sobre el extraño paso vacilante de su tía esa noche.

En la mesa se sentó con el rostro exageradamente en calma, como una careta arrugada de irritabilidad indecible. Parecía vieja, muy vieja, y llena de odio porque era vieja. Asustaba. Pero ahora, esa noche, estaba distante, como si estuviera sentada en la distancia de su vejez y de su desesperación, realmente incapaz de acercarse a los jóvenes. Robert y Cecilia le lanzaban furtivas miradas. Tía Pauline estaba hecha añicos como una pieza encantadora de cristal veneciano que hubiera sido golpeada y rota en fragmentos. Uno debería sentirlo por ella, pero no podía. No era nada más que un conjunto de puntiagudas y peligrosas aristas, como un cristal roto que hiere a todo el que lo toca. Ciss vio que Robert estaba inmensamente asqueado. La había considerado una mujer adorable y encantadora. Ahora era desagradable, una bruja repelente, totalmente insensible, y cortante como un cristal roto. Pero no era patética, uno no podía sentir pena por ella, pues era muy difícil y rencorosa.

—¿Qué tal el viaje de vuelta a casa? —dijo con brusquedad, al darse cuenta, de repente, del silencio que zumbaba por sorpresa.

—Lluvia, por supuesto —dijo él fríamente.

—¡Qué inteligente por tu parte haberlo notado! —masculló con una malicia acerada, y una mueca horripilante de irritabilidad en la cara.

—No entiendo —dijo él con tranquila suavidad.

Pero ella solo le miró de arriba abajo, con la mirada maliciosa del odio.

Rápida y bastante desordenadamente ella pasaba la comida, apresurada como un perro loco, ante la absoluta consternación de la criada. Toda la situación hubiera sido horrible si Ciss y Robert no se hubieran sentido fortalecidos por el poder de su silenciosa simpatía. Ciss, que debía sentirse culpable, solo pensaba en sí misma: ¡Ahora! ¡Ahora ella mostraba sus colores reales! Ahora podemos ver qué es ella realmente, llena hasta el borde de odio, ¡ahora su voluntad estaba frustrada!

Nada más acabar sus fresas, que masticó hasta los tallos enseñando los dientes como un perro vicioso, Pauline dejó su servilleta a un lado y se lanzó como una flecha, de un modo raro y como un cangrejo, hacia las escaleras. Era como si no pudiera soportar la presencia de gente joven ni un segundo más. Robert y Cecilia siguieron en la mesa, atónitos y divertidos. En el descansillo Pauline lanzó sobre el rostro de Robert una mirada espeluznante, enseñándole los dientes. Fue como si le rechinaran.

—No voy a tomar café —dijo, y se escabulló a su habitación. Él estaba aturdido por un pensamiento: ¡Dios mío, cómo me odia! No se sentía culpable. Solo vacío. Ciss, que sí era la culpable, se mantenía totalmente serena. Pauline no le había dirigido una sola palabra: no podía confiar en sí misma. ¡Muy bien! Si era una batalla a muerte, era una batalla a muerte. Ella, Ciss, no iba a ceder. Con el rostro bastante tranquilo y compuesto, sirvió el café. Los dos se sentaron en silencio al lado del fuego. Hacía frío tras la lluvia. Ciss hacía que leía, pero solo miraba fijamente las letras. Y Robert, simplemente, fumaba. Sin embargo, Ciss se sentía esencialmente cómoda, cómoda con él como si fuera su marido. Sentía, de algún modo, que su matrimonio ya se había celebrado.

—Esta noche, madre no era ella misma —dijo Robert, saliendo del mutismo.

—No —dijo Ciss, levantando la mirada hacia él—. Supongo que la tormenta le ha destrozado los nervios.

Las miradas de los dos jóvenes se encontraron. Él comprendió entonces lo que estaba sucediendo. Él y Ciss eran dos rebeldes que estaban destruyendo, silenciosa y lentamente, la vieja autoridad. Pero él no sabía el secreto de la cañería. Y ella nunca se lo diría. Aquello era parte de su batalla privada, en la que el hombre no se vería mezclado. También era demasiado ridículo.

—Creo que debería ver a un médico —dijo él.

—O a un sacerdote —dijo Ciss.

Sus ojos encontraron de nuevo los de ella por un segundo.

—¿Un sacerdote? —dijo él.

Ella no contestó, y volvieron a caer en el silencio. ¿Para qué hablar? Ambos eran silenciosos. Estar sentados allí en la tranquilidad, en la misma corriente, era mucho más real para ellos que un montón de palabras. Con él, Ciss se sentía interiormente en paz. Solo exteriormente, en la superficie de su cuerpo, tal como era, estaba librando una batalla con tía Pauline. Así que se sentó e hizo que leía, y él se sentó sin moverse, rumiando pacíficamente.

El tiempo transcurrió maravillosamente deprisa. Ciss escuchó el reloj dar suavemente las diez. Debía irse. Pero era tan agradable estar sentada allí, en la quietud, con él, que no quería marcharse.

De pronto escuchó un ruido leve y, mirando atentamente alrededor, vio a tía Pauline cerrando con sigilo la puerta y luego, mirando alternativamente a cada uno de los jóvenes. Con una leve sonrisa de malicia, dijo:

—Vosotros dos es mejor que os caséis inmediatamente. Sería más decente —dijo con su voz rota y malévola.

Ciss vio cómo Robert se cuadraba de espaldas.

—¿De verdad, madre? —dijo en aquel tono de voz frío que usaba cuando se sentía ultrajado—. ¿Es eso una opinión seria?

Ella le miró conteniéndose.

—No lo sería si lo estuvierais dudando —dijo ella—. Pero desde que tu prima Ciss está decidida a conseguir marido a cualquier precio, deberías considerarlo abiertamente y mantener mi casa tan limpia como sea posible.

—Entonces ¿me recomiendas que me case con ella? —preguntó con un



punto de frialdad.

—Tan rápido como sea posible —dijo tía Pauline haciendo muecas.

—¿Ya no te importa que seamos primos? —preguntó él.

—Nunca lo fuisteis —replicó su madre—. Tu padre era un sacerdote italiano. —Pauline se había acercado al fuego y agitaba su pie delicadamente calzado con babuchas sobre el resplandor. Su cuerpo intentaba repetir todos los antiguos gestos coquetos, pero su cara y su voz eran espantosas.

—¿Es eso verdad? —preguntó él.

—¿Verdad? —Ella le miró de arriba abajo con aquella horrible sonrisa forzada—. Tienes razón, es difícil de creer. Él era un hombre extraordinariamente distinguido. Tenía, tenía que ser mi amante. Era lo suficientemente distinguido como para tenerte a ti como hijo. Pero esa alegría me correspondió a mí.

Se calentó el otro pie con frialdad, con un gesto antiguo y sereno. Había tomado posición en el campo de batalla. Pero su cara era una horrible máscara arrugada.

Robert estaba callado, no tenía nada que decir. Pauline todavía negaba la presencia de Ciss en la habitación. Pero Ciss continuaba sentada. No iba a ser desalojada por ninguno de los dos. Los minutos pasaban con una horrible lentitud y nadie decía nada.

Por fin, Robert rompió el silencio para hablar como un abogado.

—Quien quiera que fuera mi padre, no hay duda de que tú eres mi madre —dijo.

—Desafortunadamente —apostilló tía Pauline—. Difícilmente te habría adoptado.

—Y como única progenitora, ¿apruebas mi matrimonio con Ciss?

—No os atreveríais a hacerlo sin mi consentimiento, ¿verdad? —dijo Pauline, mirándole con una horrible sonrisa burlona que quería aludir a su dinero.

Él se puso de un blanco verdoso, pero no contestó a su pregunta.

—¿He de entender que lo apruebas? —repitió.

—¡Pobre imbécil! —fue todo lo que ella dijo.

—¡Es de muy mal gusto hablar de esa manera! —dijo Ciss tímidamente.

Pauline se volvió hacia ella.

—¿Quién eres tú para hablar si vives de mi caridad? —dijo sin contenerse más.

—Es muy caritativo por tu parte, tía Pauline —cantó Ciss suavemente.

De nuevo hubo una pausa repentina, como si alguien hubiera puesto un palo en las ruedas de Pauline. Sonrió abiertamente, otra vez con su antigua malicia.

—No está bien, madre —dijo Robert—. Deberías ver a un médico.

—Tendré que ver a un abogado. —Sonrió con desprecio. Se refería a su testamento.

—Escucha, Robert —dijo Ciss levantándose de repente—. ¿Quieres casarte conmigo pase lo que pase? Solo di la verdad.

Las dos mujeres fijaron sus ojos en él. Él mantuvo el rostro apartado.

—Me gustaría mucho casarme contigo, Ciss —dijo, rígido.

Hubo una pausa mientras Pauline se mordía los labios para contenerse.

—¡Pobre idiota! ¡Agarrado todavía a sus enaguas! —se mofó.

E incapaz de permanecer allí por más tiempo, se escabulló de la habitación.

Ciss y Robert se miraron el uno al otro, y ella vio esa angustia que tenía en él un efecto paralizante. Pero se sentó de nuevo en su silla junto al fuego moribundo, y ella supo que no haría nada. Permanecería a su lado, pero pasivo, en la extraña contienda.

—El único consuelo que me queda es saber que soy un bastardo —dijo, levantando la mirada hacia Ciss con un destello de irónica sonrisa.

—¿Te importa? —preguntó ella con bastante frialdad.

—Estoy contento. Ahora no necesito estar dentro del juego. Y a ti, ¿te importa?

—No significa nada para mí —dijo Ciss. Se sacudió la inercia y se volvió para irse—. Es tarde. Mejor me voy. ¡Buenas noches!

—Iré contigo —dijo él.

Se fueron en silencio. La noche era muy oscura. Ella sentía que no podía hablar.

—Es difícil sentir el amor con esta otra cosa colgando sobre uno —dijo él, como si se disculpara.

—¿Qué otra cosa? —preguntó ella.

—¡Madre! ¡El dominio completo! —dijo él—. Hay algo mortal en el aire.

Ciss no contestó, pero sostuvo su mano por un instante. Luego le dejó y se marchó a sus habitaciones. Cerró la puerta deprisa porque estaba aterrorizada por un miedo desconocido. Era como él había dicho: había una tensión casi como de muerte en la noche. Ciss estaba cansada y se preguntaba si no sería mejor rendirse, someterse de nuevo a tía Pauline y dejar que las viejas reglas dominaran de nuevo. Sería mucho más fácil, y en cierto modo, más agradable. ¡Pero no! La lucha había comenzado, y ahora debía continuar. ¡Mi vida o la tuya, tía Pauline!, se dijo Ciss a sí misma, pensando en voz alta como hacía Pauline. Mejor que tu vida se extinga. Has tenido tu oportunidad, y más. Si no puedes vivir y dejar vivir, mejor que te mueras.

A esto siguió una semana de puro horror. Pauline no se recuperaba. Era como si el hilo que mantenía sus nervios controlados se hubiera partido, y ahora ella chillaba disonante por su miseria nerviosa. Llegó el doctor y le dio sedantes porque no dormía nunca. Y dijo que su corazón latía de manera irregular. Era un colapso repentino.

Tenía un aspecto lamentable, como una criatura que hubiera perdido repentinamente su alma y se hubiera convertido en un arreglo discordante de nervios chillones. No podía estarse quieta, no dormía nunca. Todo el tiempo deambulaba, deformada por los nervios. Su cara estaba arrugada y era malvada, deformada por la maldad. Era horrible para ella y para todo el mundo. Era evidente que sufría la tortura de sus nervios chirriantes, no un dolor físico, sino el malsano chillido de sus nervios. No abandonó nunca más su habitación, excepto para hacer terroríficas excursiones puntuales por las habitaciones y pasillos, como una loca. No soportaba ver ni a Ciss ni a Robert. Ciss se quedó cerca, en su casa. Estaba muy preocupada por tía Pauline. Parecía tan horrible... Pero nunca pudo sentirlo de verdad. Tía Pauline apestaba maldad, y nadie podía sentir compasión hacia la malevolencia.

Un vez, mientras Ciss y Robert estaban cenando —ya que Ciss difícilmente estaba en la casa grande excepto a la hora de las comidas—, Pauline apareció de repente en la puerta, sonriendo con malicia, con sus ojos paseándose de Ciss a Robert y bromeando y mirando de forma maligna y lasciva.

—¿Ya os habéis casado? ¿Habéis celebrado ya las nupcias en secreto? —canturreaba.

Ciss y la criada se congelaron de horror. Robert se puso en pie, pero antes de que pudiera alcanzar la puerta, ella ya se había ido, lanzándole la más horrible y lasciva de las miradas. Todo lo que había sido de encantadora egoísta, lo era ahora de puro horror. Y día a día se arrugaba, viviendo gracias a los medicamentos, ya que los criados aseguraban que no comía nada.

Ciss sabía que había sido ella la que había lanzado la piedra que había roto el espejo del encanto de tía Pauline. Algunas veces, cuando estaba muy abatida, le habría gustado hacer algo para recordar aquellas palabras de la cañería. Lloraba de pura tristeza y de miedo por lo que había hecho. Y luego endurecía su corazón. ¡Déjalo estar!

Robert podía permanecer ahora en las habitaciones de Ciss después de cenar. Los dos estaban asustados y deprimidos, como si tuvieran lápidas sobre sus almas.

—¿Crees que la vida es siempre una cosa horrible y repulsiva, si no es superficial? —preguntó él.

—¡No digas eso! —rogaba ella—. La gente es espantosamente cruel. Tú no sabes lo crueles que fueron los diáconos de mi padre con él en su iglesia. Eran infames y se divertían torturándole porque era mejor hombre que ellos. Le mataron, de verdad. Pero él siempre decía: «Puedo creer en mi Dios, cuando mis colegas los hombres son demasiado para mí».

—¿En qué Dios creía? —dijo Robert.

—No lo sé. Pero lo hacía. Murió confiando. Y esto me parece mucho más hermoso que toda esa gente que solo confía en sus deseos egoístas y luego se derrumban.

—¿Y tú crees? —dijo él.

—De alguna manera, sí, Robert. —Puso sus manos entre las de él—. Si no lo hiciera me sentiría muy mala y culpable. Pero ahora, gracias a Dios, puedo llorar y sacarlo de mi corazón.

Él meditó durante un instante y luego dijo:

—¿Así que crees en Dios?

—Oh, no soy religiosa —dijo ella—. Lo sabes. Pero en algún tipo de Dios, en alguna parte, de algún modo, sin nombre. ¿No crees? Nada

eclesiástico. Soy la hija de un clérigo, sé mucho de esto.

—Probablemente, así es —dijo él.

Hacia el final de la semana, Pauline hizo venir a su sobrina. Ciss encontró a su tía en la cama. Pauline intentaba sonreír, pero solo conseguía enseñar los dientes en una mueca.

—¡Siéntate! —dijo ella.

Ciss se sentó y esperó.

—Era en serio mi deseo de que Robert se casara contigo —dijo Pauline con brusquedad—. ¿Crees que va a hacerlo?

—Eso creo —dijo Ciss quedamente.

Pauline la miró con una mueca terrible que quería ser una sonrisa.

—Bien —dijo—. Espero que estéis preparados para ganáros la vida.

—No creo que eso me preocupe —dijo Ciss tranquilamente.

—Bien. —Pauline fijó una mirada burlona sobre su sobrina—. Eso está por ver. Quiero hacerte un regalo. No te he dado nada.

Ciss no contestó. Tía Pauline cogió un sobre de debajo de su almohada y se lo tendió. Ciss se levantó y lo cogió, mascullando las gracias.

—Mejor ábrelo —dijo Pauline.

Ciss obedeció. Eran cien libras en cheques. Enrojeció y dijo:

—De verdad, no quiero que me des dinero, tía.

—Precisamente por eso —dijo tía Pauline.

Ciss se levantó en silencio, mirando a su tía.

—Muchas gracias por el regalo, tía Pauline —dijo—. ¿Hay algo que pueda hacer por ti?

Las dos mujeres se miraron a los ojos, Pauline sonriendo abiertamente con horrible astucia. Pero Ciss estaba diciendo con sus ojos: «No me importan las cosas malas que haces. Solo te hacen peor, y te traen la muerte. No me enterneces». Y llena de una pesada tristeza, abandonó la habitación.

Al día siguiente Pauline fue encontrada muerta en su cama. El médico dijo que había sido un fallo cardíaco.

Cuando Robert llegó a casa, subió a verla. Estaba bonita otra vez, pero encogida, como una niñita vieja. Había algo tan infantil en aquel pobre rostro muerto que le sacudió de repente el corazón. Y, al mismo tiempo, aquel toque de testarudez impermeable, ahora detenido y enfriado en él, le congeló el

corazón. Detenida en su propia voluntad e impermeabilidad incluso en la muerte. Y también, el sufrimiento de una dama que ha muerto virgen y no ha vivido. Es la contradicción de una mujer empecinada en sus propios deseos: nunca vive, solo conoce lo que está obligada a vivir. Porque la vida, para una mujer, significa la amable interpenetración de su vida en otras vidas, y de otras vidas en la suya. Y esto es lo que la pobre Pauline se había perdido. Solo había usado su voluntad sobre otra gente.

Así era como Robert la veía. Ciss lloraba amargamente por la mujer perdida. E incluso así, odiaba el aspecto de voluntad inamovible en aquella cara muerta.

—Oh, Robert —dijo ella—. ¡No quiero ser así!

—No —dijo él—, no quiero que lo seas. Es como tú dices, debe de haber alguna clase de Dios en alguna parte y alguna clase de justicia divina. De otra manera, no merece la pena estar vivo. Uno puede seguir terriblemente equivocado sin saberlo. Nadie intentó enseñarle a madre el buen camino cuando aún era niña. Y tampoco ella supo enseñármelo a mí, cuando yo lo era. Si no hay ningún Dios al que recurrir, Ciss, no hubieras podido atraparme.

Pauline fue rencorosa incluso muerta. Dejó a Robert solo dos mil libras y Old Brinsley, la casa, no los valiosos *objects d'art*. Estos últimos, con todo el resto de su dinero, fueron destinados a la fundación del Museo Pauline Attenborough.

## COSAS<sup>[175]</sup>

Eran unos auténticos idealistas de Nueva Inglaterra. Pero de eso hacía mucho tiempo: antes de la guerra. Algunos años antes de la guerra se conocieron y se casaron; él era un joven alto y de ojos intensos que procedía de Conneticut, y ella una muchacha de estatura mediana, recatada y con aspecto de puritana que había nacido en Massachusetts. Los dos tenían algo de dinero. No demasiado, sin embargo. Incluso juntando ambas cantidades no llegaba a tres mil dólares al año. Así y todo, eran libres. ¡Libres!

¡Ah! ¡La libertad! ¡Ser libre para vivir la propia vida! ¡Tener veinticinco y veintisiete años, un par de auténticos idealistas con un amor compartido por la belleza y una cierta inclinación hacia la «filosofía hindú» —lo que significaba, por desgracia, hacia la señora Besant<sup>[176]</sup>— y unas rentas de algo menos de tres mil dólares al año! Pero ¿qué es el dinero? Todo lo que uno desea es vivir una vida plena y hermosa. En Europa, por supuesto, en la fuente y el origen de la tradición. Probablemente podría hacerse en Estados Unidos: en Nueva Inglaterra, por ejemplo. Pero renunciando a una cierta dosis de «belleza». La auténtica belleza requiere mucho tiempo para madurar. Lo barroco solo es bello a medias, maduro a medias. No, el verdadero apogeo plateado, el auténtico ramo dorado y dulce de la belleza tenía sus raíces en el Renacimiento, no en ningún otro período más reciente y más vacuo.

Por lo tanto los dos idealistas, que se casaron en New Haven, partieron de inmediato en dirección a París: el París de antaño. Tenían un estudio en el bulevar Montparnasse, y se convirtieron en auténticos parisinos, en el sentido más antiguo y encantador, no en el más moderno y vulgar. Era la iridiscencia de los impresionistas puros, de Monet y sus seguidores; el mundo visto en términos de pura luz, luz rota, luz intacta. ¡Qué maravilla! ¡Qué maravilla las

noches, el río, las mañanas en las antiguas calles junto a los puestos de flores y de libros, las tardes en Montmartre o en las Tullerías, los anocheceres en los bulevares!

Los dos pintaban, pero no desesperadamente. El arte no los había cogido por el cuello, y ellos no habían cogido al arte por el cuello. Pintaban; simplemente. Conocían gente: gente agradable, dentro de lo posible, aunque había de todo, y era necesario aceptarlo. Y eran felices.

Así y todo, parece como si los seres humanos tuvieran que aferrarse a algo. Para ser «libre», para «vivir una vida plena y hermosa», es necesario, desgraciadamente, apegarse a algo. Una vida «plena y hermosa» significa un apego fuerte a algo —al menos es así para ciertos idealistas— o, si no, sobreviene un cierto aburrimiento; hay una cierta agitación de cabos sueltos en el aire, como los temblorosos, ansiosos brotes de las viñas que se extienden y rotan buscando algo a lo que aferrarse, algo por lo que trepar hacia el sol necesario. Al no encontrar nada, la viña solo puede arrastrarse, satisfecha a medias, por el suelo. ¡Esa es la libertad! Un aferrarse al vástago adecuado. Y los seres humanos son todos viñas. Pero especialmente los idealistas. Los idealistas son como viñas, y necesitan aferrarse y trepar. Y desprecian a los hombres que son simples patatas, o nabos, o trozos de madera.

Nuestros idealistas eran extraordinariamente felices, pero siempre estaban buscando algo a lo que adherirse. Al principio, París les bastaba. Exploraron París de punta a cabo. Y aprendieron francés hasta que consiguieron hablarlo con tanta soltura que se sentían como auténticos franceses.

Y sin embargo, jamás se llega a hablar el francés con el alma. No es posible. Y aunque al principio hablar en francés con franceses inteligentes resulta muy excitante —porque parecen mucho más inteligentes que uno—, a la larga se vuelve frustrante. El infinitamente astuto materialismo de los franceses acaba por dejarlo a uno frío; le inspira una sensación de esterilidad, de incompatibilidad con la innata envidia de Nueva Inglaterra. Así lo sentían nuestros idealistas.

Abandonaron Francia, pero sin violencia. Francia los había decepcionado.

—Nos ha encantado, y nos ha dado muchas cosas. Pero después de un tiempo, de un tiempo considerable, en realidad de varios años, París lo deja a



uno hasta cierto punto desencantado. No tiene exactamente lo que uno busca.

—Pero París no es Francia.

—No, tal vez no. Francia es muy distinta de París. Y Francia es preciosa, realmente preciosa. Pero a nosotros, aunque nos encanta, no nos dice demasiado.

De modo que, cuando llegó la guerra, los idealistas se trasladaron a Italia. E Italia les encantó. La encontraron bellísima, y más conmovedora que Francia. Les parecía mucho más cercana al concepto que en Nueva Inglaterra se tenía de la belleza: había en ella algo puro y lleno de simpatía, sin el materialismo y el cinismo de los franceses. A los dos idealistas les pareció que en Italia respiraban el aire de su propia tierra.

Y en Italia, mucho más que en París, sintieron que podían extasiarse ante las enseñanzas de Buda. Ingresaron en la creciente marea de moderna emoción budista, y leyeron libros, y practicaron la meditación, y se dedicaron deliberadamente a eliminar de sus almas la avaricia, el dolor y la aflicción. No se habían dado cuenta, todavía, de que la ansiedad misma de Buda por librarse del dolor y la aflicción es en sí una forma de avaricia. No: soñaban con un mundo perfecto, del que toda avaricia, y casi todo el dolor, y una gran parte de la aflicción, hubieran sido eliminados.

Pero Norteamérica entró en guerra, y ambos idealistas tuvieron que colaborar. Trabajaban en los hospitales. Y a pesar de que sus experiencias les hicieron darse cuenta, más que nunca, de que la avaricia, el dolor y la aflicción deberían ser eliminados del mundo, ni el budismo ni la teosofía emergían demasiado triunfantes de la larga crisis. De alguna manera, en algún lugar, en alguna parte de sí mismos, sentían que la avaricia, el dolor y la aflicción jamás serían eliminados, porque a la mayor parte de la gente no le importa eliminarlos o no, y jamás le importará. Nuestros idealistas eran demasiado occidentales para dejar al mundo librado a su condena mientras ellos dos se salvaban por su cuenta. Eran demasiado generosos para sentarse bajo el árbol de Bodhi y alcanzar el nirvana por sí solos<sup>[177]</sup>.

Y sin embargo había algo más que eso. Sencillamente, no poseían el suficiente *Sitzfleisch*<sup>[178]</sup> para sentarse debajo de un árbol y alcanzar el nirvana contemplando lo que fuese, y menos aún su propio ombligo. Si no podía salvarse el mundo entero, ellos, personalmente, no estaban demasiado

interesados en salvarse por su cuenta. No, se habrían sentido demasiado solos. Eran de Nueva Inglaterra, así que tenía que ser o todo o nada. O la avaricia, el dolor y la aflicción se eliminaban del mundo en su totalidad, o, de lo contrario, ¿de qué servía eliminarlos de uno mismo? ¡De nada! Uno no sería más que una víctima.

De modo que, para volver a nuestra metáfora, aunque les seguía «encantando» la «filosofía hindú», y sentían una gran ternura hacia ella, el vástago por el cual las verdes y ansiosas viñas habían trepado hasta ahora había demostrado estar seco. Se quebró, y las viñas volvieron a descender lentamente al suelo. No es que se estrellaran después de un gran crujido. Su propio follaje las sostuvo durante un tiempo. Pero cedieron. El tallo de la «filosofía hindú» había cedido antes de que Jack y Jill hubieran llegado a su cima para ingresar en un mundo nuevo.

Los dos descendieron con un lento susurro nuevamente a la tierra. Pero no dijeron nada. Una vez más se sintieron «desencantados», pero jamás lo admitieron. La «filosofía hindú» los había decepcionado. Pero jamás se quejaron. No dijeron una sola palabra, ni siquiera el uno al otro. Estaban decepcionados, ligera pero profundamente desilusionados, y ambos lo sabían. Pero esta conciencia era tácita.

Y aún tenían muchas cosas en su vida. Seguían teniendo a Italia... la querida Italia. Seguían disfrutando de su libertad, ese tesoro invaluable. Y aún poseían mucha «belleza». En cuanto a la plenitud de sus vidas, no estaban tan seguros. Tenían un hijo pequeño, a quien querían como los padres deben querer a sus hijos, pero al que sabiamente se abstendían de aferrarse, evitando construir la vida a su alrededor. ¡No, no, ellos debían vivir sus propias vidas! Aún seguían empeñados en conservar este propósito.

Pero ya no eran tan jóvenes. Sus veinticinco y veintisiete años se habían convertido en treinta y cinco y treinta y siete. Y aunque en Europa lo habían pasado maravillosamente bien, y a pesar de que aún les encantaba Italia —¡la querida Italia!—, así y todo, estaban defraudados. Habían sacado mucho provecho de ello, ¡muchísimo! Sin embargo, no les había dado exactamente, no «exactamente», aquello que esperaban. Europa era preciosa, pero estaba muerta. Viviendo en Europa se vivía del pasado. Y los europeos, con todo su encanto superficial, no eran realmente encantadores. Eran materialistas, no

tenían un alma auténtica. Sencillamente no entendían el impulso interior del espíritu, porque el impulso interior estaba muerto en ellos; todos era sobrevivientes. Esa, esa era la verdad acerca de los europeos: eran sobrevivientes, y nada les urgía a ir hacia delante.

Otro vástago, otra férula se derrumbaba bajo la verde vida de la viña. Y esta vez se les hizo muy duro. Porque la verde viña había estado trepando en silencio por el viejo árbol de Europa durante más de diez años, diez años tremendamente importantes, años en los que vivieron de verdad. Los dos idealistas habían vivido en Europa, habían vivido de Europa y de la vida y las cosas europeas como viñas en un viñedo eterno.

Allí habían construido su hogar: un hogar como jamás habrían podido tener en Norteamérica. Su contraseña había sido la «belleza». Habían alquilado, los últimos cuatro años, el segundo piso de un antiguo *palazzo* sobre el Arno, y allí tenían todas sus «cosas». Y obtenían una profunda, profunda satisfacción de su apartamento: las habitaciones de altos techos, antiguas y silenciosas, con sus ventanas que daban sobre el río, sus puertas lacadas de rojo oscuro y los hermosos muebles que los idealistas habían «comprado por nada».

Sí: sin que ellos se dieran cuenta, la vida de los idealistas había estado siempre fluyendo en sentido horizontal con una tremenda rapidez. Se habían convertido en tensos, terribles cazadores de «cosas» para su casa. Mientras sus almas trepaban hacia el sol de la antigua cultura europea o de la filosofía hindú, sus pasiones fluían horizontalmente, aferrándose a las «cosas». Evidentemente, no compraban esas cosas solo por comprarlas, sino en nombre de la «belleza». Consideraban su casa como un lugar enteramente amueblado por la hermosura, y en absoluto por «cosas». Valerie tenía unas preciosas cortinas en las ventanas del largo *salotto*<sup>[179]</sup> que daba al río: cortinas de un raro y antiguo tejido que parecía una seda muy fina, bellamente desteñidas del bermellón y el naranja, el oro y el negro, hasta alcanzar un tono de mero y suave fulgor. Rara era la vez en que Valerie entraba en el *salotto* sin caer mentalmente de rodillas antes aquellas cortinas. «¡Chartres!», decía. «Para mí son Chartres». Y Melville jamás se volvía a contemplar su librería veneciana del siglo dieciséis, con sus dos o tres docenas de libros escogidos, sin sentir que el tuétano se le removía en los

huesos. ¡El santo de los santos!

El niño, silenciosamente, de un modo casi siniestro, evitaba cualquier brusco contacto con los antiguos monumentos que eran aquellos muebles, como si fueran nidos de cobras durmientes, o aquella «cosa» cuyo mero contacto era mortal, el Arca de la Alianza. Su respeto infantil era silencioso y frío, pero total.

Así y todo, dos idealistas de Nueva Inglaterra no pueden vivir solamente de las pasadas glorias de su mobiliario. Al menos, estos dos no podían. Se acostumbraron al maravilloso armario de Bolonia, a la magnífica librería veneciana, a los libros, a las cortinas de Siena, a los bronce, a los hermosos sillones, sofás y mesillas que habían «comprado por nada» en París. Porque habían estado comprando cosas por nada desde el primer día que llegaron a Europa. Y aún seguían haciéndolo. Es el último interés que Europa puede ofrecerle a un extranjero. Y también a un nativo.

Cuando tenían invitados, y estos se extasiaban ante la decoración de los Melville, Valerie y Erasmus sentían que no habían vivido en vano: aún seguían vivos. Pero en las largas mañanas, cuando Erasmus repasaba indolentemente la literatura florentina del Renacimiento, y Valerie se ocupaba del apartamento, y en las largas horas después del almuerzo, y en las tardes interminables, generalmente frías y opresivas, en el antiguo *palazzo*, el halo que circundaba los muebles parecía desfallecer, y las cosas se convertían en cosas, fragmentos de materia que se posaban aquí, o colgaban allá, ad infinitum, y que no decían nada. Y Valerie y Erasmus casi las odiaban. El brillo de la belleza, como todos los brillos, muere a menos que se lo alimente. Los idealistas seguían amando sus cosas. Pero ya las tenían. Y el triste hecho es que las cosas que brillan vívidamente cuando se las adquiere se enfrían al cabo de uno o dos años. A menos, claro, que los demás las envidien sobremanera, o que los museos estén deseando adquirirlas. Y las «cosas» de los Melville, aunque eran muy buenas, no eran tan buenas como para eso.

De modo que el brillo se fue evaporando gradualmente de todo: de Europa, de Italia —«los italianos son “adorables”»—, incluso del maravilloso apartamento sobre el Arno. «¡Cómo, si yo tuviera este apartamento jamás, jamás querría poner un pie en la calle! Es demasiado hermoso; es perfecto». Y oír frases como esta ya era algo.

No obstante, Valerie y Erasmus salían a la calle: incluso lo hacían para huir del pétreo, pesado silencio y la muerta dignidad de su antiguo apartamento, con aquellos suelos helados.

—Estamos viviendo en el pasado, ¿sabes, Dick? —le decía Valerie a su marido. Lo llamaba Dick.

Seguían aferrándose, penosamente. Se resistían a renunciar. No querían admitir que estaban acabados. Durante doce años habían sido personas «libres» que vivían una vida «plena y hermosa». Y durante doce años Norteamérica había sido su anatema, la Sodoma y Gomorra del materialismo industrial.

No es fácil reconocer que uno está «acabado». Detestaban tener que admitir que querían regresar. Pero al fin, de mala gana, decidieron partir, «por el niño».

—Nos «horroriza» tener que dejar Europa. Pero Peter es norteamericano, y será mejor que vea su país mientras aún es joven. —Los Melville tenían un acento y unos modales totalmente ingleses, o casi, con algunos modismos franceses o italianos.

Dejaron atrás Europa, pero se llevaron de ella todo lo que pudieron. Varios camiones, de hecho. Todas aquellas «cosas» tan bellas e irremplazables. Y todo ello llegó a Nueva York: los idealistas, el niño, y el enorme trozo de Europa que se habían traído consigo.

Valerie había soñado con un agradable apartamento, tal vez en Riverside Drive, donde los alquileres no eran tan caros como al este de la Quinta Avenida, y donde todas sus hermosas pertenencias encontrarán un marco adecuado. Ella y Erasmus buscaron donde vivir. Pero, desgraciadamente, sus rentas estaban bastante por debajo de los tres mil dólares al año. Encontraron... bueno, todo el mundo sabe qué encontraron. Dos habitaciones pequeñas y una cocina americana, ¡y que no se os ocurra desembalar ni un alfiler!

El trozo de Europa que se habían llevado consigo fue a parar a un guardamuebles, que les costaba cincuenta dólares al mes. Y tuvieron que conformarse con dos habitaciones pequeñas y una cocina americana, preguntándose por qué lo habían hecho.

Estaba claro que Erasmus tendría que conseguir un empleo. Estaba escrito

en la pared, por así decirlo, pero ambos fingían no verlo. Porque esta era la extraña, vaga amenaza que la estatua de la Libertad siempre había esgrimido ante ellos: «¡Tendrás que trabajar!». Erasmus cumplía los requisitos, como suele decirse. Una actividad docente siempre le resultaría posible. Había pasado sus exámenes en Yale con notas brillantes, y había seguido con sus «investigaciones» durante su estancia en Europa.

Pero esto, a él y a Valerie, les producía escalofríos. ¡Una actividad docente! ¡El mundo de la docencia! ¡El mundo de la docencia «norteamericana»! ¡Un escalofrío tras otro! ¿Renunciar a su libertad, a su vida plena y hermosa? ¡Jamás! ¡Jamás! Erasmus estaba a punto de cumplir cuarenta años.

Las «cosas» siguieron en el guardamuebles. Valerie iba a mirarlas. Le costaba un dólar la hora, y terribles remordimientos. A las «cosas», pobrecitas, se las veía ligeramente gastadas, desgraciadas en el guardamuebles.

De todas maneras, Nueva York no era Norteamérica. Estaba el Oeste, grande e incontaminado. De modo que los Melville se fueron al Oeste, con Peter pero sin las cosas. Intentaron vivir una vida sencilla, en las montañas. Pero encargarse de las tareas cotidianas se convirtió casi en una pesadilla. Las «cosas» están muy bien siempre que solo haya que mirarlas, pero manejarlas es terrible, incluso cuando son bellas. Y ser esclavos de cosas horribles, mantener una cocina de carbón encendida, preparar comida, fregar platos, transportar agua y barrer suelos: ¡el puro horror de la pura antividia!

En su cabaña de las montañas Valerie soñaba con Florencia, con el apartamento perdido, con su armario de Bolonia y sus sillas Luis XV; soñaba, sobre todo, con sus cortinas «de Chartres», almacenado todo en Nueva York por cincuenta dólares al mes.

Un amigo millonario acudió en su rescate ofreciéndoles una casita en la costa de California. ¡California! ¡Donde el alma nueva ha de nacer en el hombre! Ilusionados, los idealistas se trasladaron un poco más hacia el Oeste, aferrándose a los nuevos vástagos de la esperanza.

Pero encontraron que estos eran briznas de paja. La casita del millonario estaba perfectamente equipada. Ahorraba a sus habitantes tanto trabajo como era posible: los fogones y la calefacción eran eléctricos, la cocina estaba toda

esmaltada de un blanco perlado: no había nada que produjera suciedad salvo los seres humanos mismos. En algo más de una hora los idealistas habían terminado con sus tareas domésticas. Eran «libres»... libres para escuchar el gran océano Pacífico estrellándose contra la costa, y sentir cómo un alma nueva iba llenando sus cuerpos.

Pero, desgraciadamente, el Pacífico se estrellaba contra la costa con un brutalidad terrible, ¡la fuerza bruta misma! Y la nueva alma, en vez de introducirse dulcemente en sus cuerpos, sencillamente parecía estar royéndoles la antigua alma hasta hacerla trizas. Sentir que estás bajo el puño de la más ciega y aniquiladora de las fuerzas brutas; sentir que te están royendo el alma, tu propia y querida alma idealista, para dejarte en su lugar solo una tremenda irritación... pues bien, esto acaba por resultar intolerable.

Después de unos nueve meses, los idealistas abandonaron el Oeste californiano. Había sido una magnífica experiencia, y se alegraban de haberla tenido. Pero, a la larga, el Oeste no era lugar para ellos, y lo sabían. No; que los que quisieran almas nuevas las obtuviesen. A ellos, a Valerie y a Erasmus, les gustaría desarrollar un poco más sus almas de siempre. De todas maneras, no habían experimentado influjo alguno de un alma nueva en la costa californiana. Todo lo contrario.

De modo que, con su capital ligeramente reducido, regresaron a Massachusetts para visitar a los padres de Valerie, llevando consigo al niño. Los abuelos recibieron al pequeño con alegría —¡pobre criatura expatriada!—, pero estuvieron algo agrios con Valerie, y muy fríos con Erasmus. Un día la madre de Valerie le dijo rotundamente a su hija que Erasmus debía buscar un empleo para que esta pudiese vivir con dignidad. Valerie, con arrogancia, le recordó a su madre el hermoso apartamento sobre el Arno, las magníficas «cosas» almacenadas en Nueva York y la vida «plena y maravillosa» que ella y Erasmus habían vivido. La madre de Valerie dijo que a ella no le parecía que la vida de su hija fuese tan plena y maravillosa en la actualidad: sin hogar, con un marido desempleado a los cuarenta años, un hijo por educar y unos fondos cada vez más escasos; en su opinión, le dijo a Valerie su madre, la vida de su hija era todo lo contrario de maravillosa. Que Erasmus se buscara un puesto en alguna universidad.

—¿Qué puesto? ¿En qué universidad? —la interrumpió Valerie.

—Eso podríamos encontrarlo, teniendo en cuenta las amistades de tu padre y las calificaciones de Erasmus —replicó la madre de Valerie—. Y podrías retirar todos tus valiosos objetos del guardamuebles y tener una casa bonita de verdad, que cualquiera estaría orgulloso de visitar. Tal como están ahora las cosas, esos muebles están consumiendo vuestras rentas y vivís como ratas en un agujero, sin ningún sitio adonde ir.

Esto era muy cierto. Valerie estaba empezando a soñar con una casa propia en la que sus «cosas» tuviesen cabida. Es verdad que habría podido vender sus muebles por una suma sustanciosa. Pero jamás se le habría ocurrido hacerlo. Aunque todo lo demás pasara —la religión, la cultura, los continentes, las esperanzas—, Valerie «jamás» se separaría de sus «cosas», las que ella y Erasmus habían ido reuniendo con tanta pasión. A ellas había sido clavada.

Pero ella y Erasmus aún se resistían a renunciar a su libertad, a esa vida plena y hermosa en la que tanto habían creído. Erasmus maldecía Norteamérica. Él no quería ganarse la vida. Añoraba Europa.

Dejando al niño al cuidado de sus abuelos, los dos idealistas partieron una vez más hacia el Viejo Continente. En Nueva York abonaron dos dólares y contemplaron sus «cosas» durante una hora breve y amarga. Viajaron con «tarifa de estudiantes»... es decir, en tercera. Sus rentas anuales, en vez de ser de más de tres mil dólares, eran ahora de menos de dos mil. Y se encaminaron directamente a París, porque era barato.

Esta vez Europa les resultó un auténtico fracaso.

—Hemos vuelto como perros a su propio vómito —decía Erasmus—, solo que entretanto el vómito se ha puesto rancio.

Descubrió que no podía soportar Europa. Le irritaba indeciblemente. Y también aborrecía Norteamérica. Pero al menos Norteamérica era mejor que este miserable y envilecido continente, que, por otra parte, había dejado de ser barato.

Valerie, con el corazón puesto en sus «cosas» —estaba deseando retirarlas de aquel guardamuebles donde ya llevaban tres años, habiendo consumido dos mil dólares—, le escribió a su madre diciéndole que creía que Erasmus regresaría si pudiera obtener un empleo adecuado en Norteamérica. Erasmus, en un estado de frustración que rozaba la furia o la locura, se



limitaba a recorrer Italia como alguien que está en la indigencia, con los puños de la chaqueta raídos y odiándolo todo intensamente. Y cuando se le encontró un puesto en la Universidad de Cleveland para enseñar literatura francesa, italiana y española, sus ojos se entrecerraron aún más y su largo y extraño rostro se volvió más agudo y ratonil a causa de la ira reprimida. Tenía cuarenta años, y el empleo se le venía encima.

—Creo que será mejor que aceptes, querido. Europa ya no te gusta. Como tú dices, está acabada para siempre. Nos ofrecen una casa en el campus de la universidad y mi madre dice que en ella caben todas nuestras cosas. Opino que deberíamos enviar un telegrama diciendo que aceptamos.

Él la miró fijamente, como una rata acorralada. Uno casi esperaba ver los bigotes de rata temblando a ambos lados de su afilada nariz.

—¿Envío el telegrama? —le preguntó ella.

—¡Envíalo! —profirió él.

Y ella salió a enviarlo.

Él se volvió un hombre distinto, más callado, mucho menos irritable. Le habían quitado un peso de encima. Estaba dentro de la jaula.

Pero cuando vio los altos hornos de Cleveland, inmensos como los árboles de la Selva Negra, con sus cascadas rojas e incandescentes de metal en ebullición, y los diminutos gnomos que eran los obreros, y cuando oyó los ruidos terribles, gigantescos, le dijo a Valerie:

—Di lo que quieras, Valerie, pero esto es lo más grande que puede mostrarnos el mundo moderno.

Y cuando estuvieron en su moderna casita del campus de la Universidad de Cleveland, y aquellos tristes restos de Europa —el armario de Bolonia, las estanterías venecianas, la silla obispal de Rávena, las mesillas Luis XV, las cortinas «de Chartres», las lámparas de bronce de Siena— fueron puestos en su sitio, todo parecía completamente fuera de lugar, y por ello impresionaba a los visitantes, y cuando los idealistas habían recibido a un montón de gente que se había quedado admirada, y Erasmus había hecho gala de sus mejores modales europeos, aunque así y todo conservando su cordial talante norteamericano, y Valerie se había comportado como una buena anfitriona —porque, después de todo, «preferimos Norteamérica»—, entonces Erasmus dijo, mirando a su mujer con sus peculiares y agudos ojos de rata:

—Europa es la mayonesa, sí, pero es Norteamérica la que pone la langosta. ¿O no?

—¡Sin duda! —dijo ella con satisfacción.

Y él la miró fijamente. Estaba en la jaula, pero dentro se sentía a salvo. Y resultaba evidente que Valerie era, por fin, ella misma. Se había hecho con el botín. Y sin embargo, Erasmus, alrededor de la nariz, tenía un aire extraño, malévolo, escolástico, de puro escepticismo. Pero le gustaba la langosta.

## MADRE E HIJA<sup>[180]</sup>

Virginia Bodoïn tenía un buen trabajo: era jefa de departamento en una oficina estatal, tenía una posición de responsabilidad, y ganaba, para imitar a Balzac y ser preciso, setecientas cincuenta y cinco libras al año. Esto ya era algo. Raquel Bodoïn, su madre, tenía una renta de unas seiscientas libras al año, de las que había vivido en las capitales de Europa desde la desaparición de su nunca importante marido.

Ahora, tras algunos años de separación virtual y de «libertad», madre e hija de nuevo pensaban establecerse juntas. Habían llegado a ser, con el paso del tiempo, más una pareja de casados que madre e hija. Se conocían muy bien la una a la otra, y cada una tenía un poco de miedo a la otra. Habían vivido juntas y se habían separado en varias ocasiones. Virginia ahora tenía treinta años, y no parecía que fuera a casarse. Durante cuatro años había estado casi como casada con Henry Lubbock, un consentido joven aficionado a la música. Después Henry la dejó: por dos razones. No podía soportar a la madre. La madre no podía soportarlo a él. Y la señora Bodoïn se las arreglaba para poner en su sitio a quien no podía soportar, desafortunadamente. Por esto Henry había sufrido enormemente, sintiendo cómo su suegra le bajaba continuamente los humos, y Virginia, después de todo, con una desvalida suerte de lealtad familiar, se puso al lado de su madre. Virginia no quería realmente poner en su sitio a Henry. Pero cuando su madre la incitó, no pudo evitarlo. Finalmente su madre había influido en ella con su poder; un extraño poder femenino, nada que ver con la autoridad parental. Virginia hacía tiempo que había arrojado la autoridad parental al viento. Pero su madre tenía otra forma de dominio mucho más sutil, femenina y escalofriante, y cuando Rachel dijo ¡Aplastémosle!, Virginia tuvo que lanzarse con maldad y

alegremente a ese deporte. Y Henry sabía muy bien cuándo estaba siendo aplastado. Esa era una de las razones para volver a Vinny, para el monumental disgusto de la señora Bodoïn, que siempre le corregía: mi hija Virginia.

La segunda razón era, para ser de nuevo balzaquiano, que Virginia no tenía ni un céntimo. Henry tenía unas lamentables doscientas cincuenta libras. Virginia, a la edad de veinticuatro, ya estaba ganando cuatrocientas cincuenta. Pero se las ganaba. Sin embargo, Henry se las arreglaba para ganar doce libras al año con su preciosa música. Él se había dado cuenta de que le sería muy difícil ganar más. Por eso el matrimonio, excepto con una esposa que pudiera mantenerlo, estaba fuera de duda. Vinny heredaría el dinero de su madre. Pero por entonces la señora Bodoïn tenía la salud y el equipamiento muscular de la Esfinge. Viviría siempre, buscando a quien devorar y devorándole a él. Henry vivía con Vinny desde hacía dos años, en el sentido marital de la palabra: y Vinny sentía que estaban casados, excepto por una mera ceremonia. Pero Vinny tenía a su madre siempre al fondo; a menudo en París o Biarritz, pero aun así, al alcance de una carta. Y nunca se daría cuenta de la sonrisita burlona que se instalaba en su mágico rostro cuando su madre, incluso por carta, se levantaba la falda y se sentaba sobre Henry. Nunca se daría cuenta de que en espíritu, ella, con rapidez y maldad, también se sentaba sobre él: no podría haberlo evitado, como las corrientes no pueden evitar cambiar con la luna. Y ella ni soñaba que él lo notase, y que estuviese totalmente mortificado en su vanidad masculina. Las mujeres, a menudo, se hipnotizan una a otra, y entonces, hipnotizadas, proceden suavemente a apretar el cuello del hombre al que creen que aman con todo su corazón. Entonces lo llaman perversidad por su parte si a él no le gusta que le aprieten el cuello. Ellas creen que él está rechazando un amor sincero. Porque están hipnotizadas. Las mujeres se hipnotizan unas a otras sin saberlo.

Al final Henry se volvió atrás. Se veía a sí mismo simplemente reducido a la nada por las dos mujeres, una vieja bruja con músculos como la Esfinge, y una joven bruja encantada, pródiga, mágica y débil, que le mimaba pero que le absorbía el tuétano.

Rachel escribiría desde París: «Mi querida Virginia, como he tenido unas ganancias inesperadas por unas inversiones, las voy a compartir contigo.

Encontrarás mi cheque de veinte libras adjunto. Sin duda lo estarás necesitando para comprarle a Henry ropa, porque la primavera se está acercando, y el sol puede tentarle a sacar a la luz todo lo que vale. No quiero que mi hija vaya por ahí con lo que presumiblemente es un músico callejero, pero por favor paga al sastre tú misma, o tendrás que hacerlo de nuevo posteriormente». Henry se hizo un traje pero fue, como la camisa de Neso<sup>[181]</sup>, devorándole con veneno sutil.

Por eso él se volvió atrás. No saltaba, ni se largaba ni se abría camino en esta coyuntura. De algún modo desaparecía, alargando su marcha un año o más. Él quería a Vinny, y difícilmente se las arreglaba sin ella, y lo lamentaba por ella. Pero finalmente no podía considerarla aparte de su madre. Ella era una joven bruja, débil y derrochadora, cómplice de la bruja de su madre.

Henry estableció otras alianzas, consiguió un buen asidero en otra parte y gradualmente se fue librando. Salvó su vida, pero había perdido —él lo sentía así— gran parte de su juventud y de su médula esencial. Ahora tendía a ponerse gordo, un poco hinchado, un tanto insignificante. Y había sido guapo y bien parecido.

Las dos brujas aullaban cuando él se les perdió. La pobre Virginia estaba realmente medio loca, no sabía qué hacer consigo misma. Tuvo un violento rechazo respecto a su madre. La señora Bodoin estaba llena de absoluto desprecio hacia la hija: haber dejado escapar de las manos a ese pez con anzuelo. ¡Haber permitido a una persona semejante que la rechazase! «No veo a mi hija seducida y abandonada por un gorrón como Henry Lubbock», escribió ella. «Pero si ha sucedido, supongo que es el error de alguien».

Se produjo un rechazo mutuo, que duró casi cinco años. Pero el hechizo no se rompió. La mente de la señora Bodoin nunca abandonó a su hija, y Virginia era incesantemente consciente de su madre, en alguna parte del universo. Se escribían y se veían a intervalos, pero se mantenían alejadas.

El hechizo, sin embargo, existía entre ambas, y gradualmente funcionó. Se fueron sintiendo más amistosas. La señora Bodoin fue a Londres. Se quedó en el mismo tranquilo hotel con su hija: Virginia había tenido dos habitaciones en un hotel durante los tres últimos años. Y finalmente pensaron coger un apartamento juntas.

Virginia tenía ahora unos treinta años. Todavía era delgada y rara y élfica,

con un ligero estrabismo en uno de sus ojos castaños, y todavía tenía una sonrisa rara y torcida, y una voz lenta y profunda que acariciaba a un hombre como la caricia de unos dedos. El cabello era todavía una maraña natural de rizos, un poco despeinados. Todavía vestía con una elegancia natural que tendía a ser incorrecta y un poco ordinaria. Todavía podía llevar un agujero en medias nuevas y caras, y todavía podía quitarse los zapatos en el comedor, si llegaba para la cena, sentada allí con los pies descalzos. Verdaderamente tenía los pies elegantes: estaba moldeada elegantemente. Pero no era eso. No era ni coquetería ni vanidad. Era simplemente que, tras haber ido a un zapatero bueno y haber pagado cinco guineas por un par de zapatos sencillos y de piel natural, hechos para sus pies, los dichosos zapatos le hacían un daño atroz cuando había caminado media milla con ellos y simplemente se los quitaba, aunque tuviera que sentarse en el bordillo de la acera para hacerlo. Era una fatalidad. Era un toque de *gamin* para sus pies, una cierta ordinariez que no le permitía permanecer adecuadamente con sus preciosos zapatos. Casi siempre se calzaba los zapatos viejos de su madre. «Por supuesto que voy por la vida con los zapatos viejos de mi madre. Si ella se muriese y me dejase sin suministros, supongo que tendría que ir en silla de ruedas», diría ella, con su sonrisa rara y torcida. Ella era tan elegante y tan ordinaria... Ese era realmente su encanto. Justo lo contrario a su madre. Ambas podían intercambiar las ropas y los zapatos, lo cual era notable ya que la señora Bodoïn parecía mucho más grande. Pero los hombros de Virginia eran más anchos, aunque estaba delgada; tenía una constitución fuerte incluso cuando parecía un frágil trapo.

La señora Bodoïn era una de esas mujeres de sesenta años o así, con una terrible energía interior y una especie de violenta vitalidad. Pero se las arreglaba para ocultarlo. Se sentaba en perfecto reposo, y con las manos cruzadas. Uno pensaba: ¡Qué mujer tan tranquila! Igual que uno puede mirar al atardecer la cima nevada de un volcán inactivo y pensar: ¡Qué paz! Era una extraña energía muscular la que poseía a la señora Bodoïn, del mismo modo que poseía a muchas mujeres por encima de los cincuenta años, y esa energía es normalmente desagradable en sus manifestaciones. Quizá corresponde a la lasitud del joven.

Pero la señora Bodoïn reconocía el mal gusto en sus energéticas

coetáneas, por eso cultivaba el reposo. Su modo de pronunciar la palabra de tres sílabas, re-po-so, prolongando la última sílaba en el crepúsculo, mostraba cuánta energía contenida tenía. Enfrentada al problema del pelo gris metálico y las cejas negras, era demasiado inteligente como para teñirse. Estudió su rostro, su figura completa, y decidió que era positiva. No la rechazaba. No había suavidad, ni falsedad, ni débiles florecitas en su inclinado talle.

Su figura, aunque no robusta, era plena, fuerte y *cambré*<sup>[182]</sup>. Su rostro tenía una aristocrática nariz arqueada, unos ojos grises endemoniados, y las mejillas bastante alargadas pero rellenas. Nada atractivo o juvenilmente caprichoso.

Como una mujer independiente, utilizaba su ingenio y decidió no ser ni juvenil, ni caprichosa ni atractiva. Mantendría su dignidad porque le gustaba. Era positiva. Le gustaba ser positiva. Estaba acostumbrada a ser positiva. Por lo tanto sería tan solo positiva.

Volvió al período positivo; al siglo dieciocho, a Voltaire, a Ninon de Lenclos y a los Pompadour, a la señora duquesa y al señor marqués<sup>[183]</sup>. Decidió que no estaba mucho en la línea de la Pompadour o la Duquesa, sino casi más en la línea del señor Marqués. Y estaba bien. Con el cabello plateado tirando a blanco, peinado hacia atrás desde su frente y sus sienes positivas, con el pelo corto, pero sobresaliendo un poco por detrás, con un rostro rosa y pleno, y sus espesas cejas negras depiladas en dos lunas finas y superficiales, la nariz arqueada y sus casi insolentes ojos, era perfectamente del siglo dieciocho. Era más el señor Marqués que la señora Marquesa y esto la hacía realmente moderna.

Su aspecto era perfecto. Vestía con delicadas mezclas de gris y rosa, quizá con un toque gris plata oscuro, y sus joyas eran de estrás suave y coloreado. Su porte era como de reposo en alerta, muy tranquilo pero muy firme. Tenía un par de miles de libras a las que echar mano. Virginia, por supuesto, siempre estaba en deuda. Pero después de todo, Virginia no iba a despreciarla. Ella tenía setecientas cincuenta al año.

Virginia era extrañamente inteligente y no inteligente. No sabía realmente nada porque nada y todo era interesante para ella en el momento, y lo cogía al instante. Balbucía lenguas con extraordinaria facilidad, y las hablaba con fluidez en quince días. Esto la ayudaba enormemente en su trabajo. Podía

parlotear con jefes de la industria viniesen de donde viniesen. Pero no «sabía» ninguna lengua, ni siquiera la suya propia. Cogía las cosas al vuelo para hablar sin saber nada de ellas.

Y esto la hizo muy popular entre los hombres. Con toda esta curiosa facilidad, no se sentían pequeños ante ella porque era como un instrumento. Pero tenía que estar preparada. Algunos hombres tenían que cogerla en movimiento y entonces trabajaba de modo realmente inteligente. Podía coleccionar la más valiosa información. Era muy útil. Trabajaba con hombres, pasaba la mayor parte del tiempo con hombres, todos sus amigos prácticamente eran hombres. No se encontraba a gusto con las mujeres.

Sin embargo no tenía ningún amante, nadie parecía interesado en casarse con ella, nadie parecía querer un trato estrecho con ella. La señora Bodoín decía: «Me temo que Virginia es mujer de un solo hombre. Yo soy mujer de un solo hombre. Así fue mi madre y así fue mi abuela. El padre de Virginia fue el único hombre de mi vida, el único. Y me temo que Virginia es lo mismo, tenaz. Desafortunadamente, el hombre fue lo que fue y la vida de ella se quedó ahí».

Henry había dicho, en el pasado, que la señora Bodoín no fue mujer de un hombre, fue mujer de ningún hombre, y que si hubiese podido hacerlo a su modo, todo lo masculino hubiese sido borrado de la faz de la tierra y solo hubiese quedado el elemento femenino.

Sin embargo, la señora Bodoín pensó que ahora era el momento de hacer un cambio. Por eso ella y Virginia tomaron un bonito apartamento en una de las plazas antiguas de Bloomsbury, lo equiparon y lo amueblaron con cuidadoso esmero y con algunas cosas preciosas, cogieron a un buen hombre, un austríaco, para cocinar, y comenzaron una nueva vida de casadas, madre e hija.

Al principio era bastante emocionante. Las dos salas, dominando los viejos y sucios árboles del jardín, eran de proporciones espléndidas, y cada una con tres ventanas hasta el suelo, casi al nivel de las rodillas. La chimenea era de finales del siglo XVIII. La señora Bodoín amuebló las habitaciones con un ligero recuerdo al estilo Luis fusionado con el Imperio, sin predominar ninguno en particular. Pero tenía, salvada de su propia casa, una destacable alfombra Aubusson<sup>[184]</sup>. Parecía casi nueva, como si hubiese sido tejida hacía



solo dos años, y era asombrosa y bastante espléndida, cuando extendía sus bordes rosas y rojos y sus maravillosos atavíos floridos de rosas doradas y gris plata, azucenas y cisnes magníficos y volutas en forma de trompeta esparcidas por el suelo. La gente ascética la encontraban bastante llamativa, preferían la alfombra Aubusson desgastada y amarillenta del dormitorio principal. Pero la señora Bodoïn amaba su alfombra del salón. Era positiva pero no vulgar. La alfombra tenía un cierto aire de grandeza en su exuberancia. Sentía que le daba una adecuada pisada. Y le iba muy bien a sus vitrinas pintadas y a las sillas con brocado en dorado y gris y a los grandes jarrones chinos que le gustaba llenar con grandes flores: sencillas peonías chinas, grandes rosas, grandes tulipanes, azucenas naranjas. La oscura habitación de Londres, con todo su colorido atmosférico, mantendría sus flores grandes, libres y chillonas.

Virginia, por primera vez en su vida, tenía el placer de crear un hogar. De nuevo estaba bajo el embrujo de su madre, y barría emocionada hasta el tuétano. No tenía ni idea de que su madre tuviese aquellos tesoros como las alfombras y las vitrinas pintadas y las sillas con brocado, aquellos tesoros como sacados de la manga: muchos de ellos de los escombros de la casa Fitzpatrick en Irlanda; la señora Bodoïn era una Fitzpatrick. Casi como una niña, como una novia, Virginia se lanzó a la tarea de arreglar las habitaciones. «Por supuesto, Virginia, yo considero que este es tu apartamento», decía la señora Bodoïn. «Yo no soy nada más que tu *dame de compagnie*, y cumpliré todos tus deseos con tan solo expresarlos».

Por supuesto, Virginia expresaba unos cuantos pero no muchos. Introdujo algunos cuadros estafalarios comprados a pobres artistas a los que ella patrocinaba. La señora Bodoïn pensaba que eran cuadros positivos acerca de cosas incorrectas, pero, siempre que fuera posible, se los dejaba colgar: los miraba como el elemento necesario de la fealdad moderna. Pero por ese elemento de fealdad moderna, deliberadamente, era fácil ver las cosas que Virginia había introducido en el apartamento. Quizá nada se sube tanto a la cabeza como montar una casa. Uno se puede emborrachar. Se siente que se está creando algo. Actualmente ya no es «la casa», el nido doméstico. Es «mis habitaciones» o «mi casa», las prendas que revelan y visten «mi personalidad». Planificando para Virginia deliberadamente, la madre se

mantenía moderadamente fría, pero incluso ella estaba emocionada hasta el tuétano, y con una intensidad y una ferocidad sorprendentes con los decoradores y ebanistas. Pero Virginia estaba todo el tiempo como algo achispada, como si hubiese tocado algún botón mágico en la pared gris de la vida, y con un «Ábrete Sésamo», sus preciosas y coloreadas habitaciones habían comenzado a montarse fuera del país de las hadas. Era más vívido y maravilloso para ella que si hubiese heredado un ducado.

La madre y la hija, la madre en un carmín desvaído y la hija en plata, comenzaron a recibir amigos. La mayoría de ellos eran hombres. La señora Bodoin se llenaba de una especie de salvaje impaciencia si recibía a mujeres. Además, la mayoría de conocidos de Virginia eran hombres. Así, había cenas y tardes con citas.

Todo iba bien, pero faltaba algo. La señora Bodoin quería ser amable, por eso se mantenía un poco aparte. Permanecía un poco distante, estaba tranquila, reposada, como en el siglo XVIII, y determinada a ser un contraste con la inteligente y levemente mágica Virginia. Era una pose, y hete aquí que eso interrumpió algo. Ella era muy agradable con los hombres, no importaba su desprecio hacia ellos. Pero los hombres estaban incómodos con ella: miedo.

Lo que todos ellos sentían, los invitados, era que por ellos mismos nada sucedía realmente. Todo lo que sucedía era entre madre e hija. Todo el flujo era entre la madre y la hija. Un suave e hipnótico encanto acompasaba a las dos mujeres, e intentaban como podían que los hombres permanecieran fuera. Más de un joven, algo deslumbrado, comenzó a enamorarse de Virginia. Pero era imposible. No solo era dejado al margen, sino que de algún modo era aniquilado. La espontaneidad era asesinada en su pecho. Mientras que las dos mujeres estaban sentadas, brillantes y bastante maravillosas, en una conexión magnética a cada extremo de la mesa, como dos brujas, una doble Circe convertía no en cerdos —eso les hubiese gustado— sino en imbéciles. Era trágico. Porque la señora Bodoin quería que Virginia se enamorara y se casase. Realmente lo deseaba, y atribuía a Virginia una falta de cercanía al delincuente Henry. Nunca se daba cuenta del encanto hipnótico que, por supuesto, la acompañaba a ella tanto como a Virginia, y creaba en los hombres una imposibilidad respecto a ambas, tanto de la madre como de la

hija.

En esos momentos, la señora Bodoín escondía su humor. Ella tenía una maravillosa facilidad de imitación humorística. Podía imitar a los sirvientes irlandeses de su antigua casa, o a las mujeres americanas que la visitaban o a los hombres modernos que parecían mujeres, los asfódelos, como ella los llamaba. «Por supuesto ya sabes que el asfódelo es un tipo de cebolla. ¡Oh, sí, una cebolla sobrecrida!»: los que querían con sus voces murmuradoras y sus miradas furtivas hacerla sentir muy pequeña y muy burguesa. Ella podía imitarlos a todos con un humor que estaba realmente tocado de ingenio. Pero era devastador. Demolía los objetos de su humor tan absolutamente, los destrozaba en tantos pedazos con un martillo cruel, reduciéndolos a nada tan terriblemente, que asustaba a la gente, particularmente a los hombres. Eso espantaba a los hombres.

Por eso lo escondía. Lo escondía. Pero estaba ahí, escondido en la manga, su humor despiadado como un martillo, que golpeaba a su objeto en la cabeza y le rompía la crisma. Ella intentaba repudiarlo. Intentaba fingir, incluso ante Virginia, que ya no tenía ese don. Pero en vano; el martillo escondido bajo la manga se cernía sobre la cabeza de cada invitado, y cada invitado sentía saltar su cuero cabelludo y Virginia lo sentía dentro saltar con una pequeña mueca malévola e idiota, como si otro hombre loco fuese místicamente golpeado en la cabeza. Era un tipo de deporte extraño.

No, el plan no iba a funcionar: el plan de hacer que Virginia se enamorase y se casase. Pero los hombres eran tan imbéciles, tan muermos... Había uno, al menos, en el que la señora Bodoín tenía puestas las esperanzas. Era un muchacho bien parecido, normal y saludable, de buena familia, sin dinero, ¿cómo no?, pero empleado en la Cámara de los Lores, muy prometedor y no muy inteligente, y simplemente enamorado de la inteligencia de Virginia. Él era justamente con el que la señora Bodoín se habría casado. Tenía solo veintiséis años respecto a los treinta de Virginia. Pero había remado en Oxford, y adoraba los caballos, hablaba de caballos adorablemente y estaba chiflado por la inteligencia de Virginia. Para él Virginia tenía la mente más aguda de la tierra. Ella era tan maravillosa como Platón, pero infinitamente más atractiva porque era una mujer, y encantadora. Imagina a un Platón encantador con rizos desordenados y unos pequeños ojos castaños y bizcos y

una patética necesidad de mujer de ser protegida, y puedes imaginarte el sentimiento de Adrian respecto a Virginia. Él la adoraba arrodillado y sentía que podía protegerla.

—Por supuesto, es un magnífico muchacho —decía la señora Bodoin—. Es un chico, y es todo lo que puedes decir. Y siempre será un chico. Pero ese es el mejor tipo de hombre, el único tipo de hombre con el que puedes vivir: el eterno muchacho. Virginia, ¿no te atrae?

—¡Sí, madre! Pienso que es un muchacho terriblemente estupendo, como tú dices —replicó Virginia con su voz lenta, musical y caprichosa. Pero el pequeño encrespamiento de mofa en la entonación remató el tema de Adrian. ¡Virginia no iba a casarse con un muchacho estupendo! Ella también podía ser malévola, contra el gusto de su madre. Y la señora Bodoin dejó escapar un ligero gesto de impaciencia. Porque ella había estado planeando su propia retirada, planeando dejar a Virginia el apartamento completo y la mitad de sus ingresos si se casaba con Adrian. Sí, su madre estaba tramando cómo podría vivir con dignidad con trescientas libras al año, una vez que Virginia estuviese felizmente casada con ese atractivo aunque ligeramente descerebrado muchacho.

Un año más tarde, cuando Virginia tenía treinta y dos, Adrian, que se había casado con una acaudalada chica americana y se había trasladado a una delegación en Washington mientras tanto, fielmente fue a ver a Virginia tan pronto como estuvo en Londres, fielmente arrodillado a sus pies, fielmente la creía el ser más maravillosamente espiritual y fielmente sentía que ella, Virginia, habría hecho maravillas con él, cuyas maravillas nunca serían hechas, porque se había casado entretanto.

Virginia estaba ojerosa y desmejorada. El plan de *ménage à deux* con su madre no había resultado. Y ahora el trabajo estaba afectando a la joven. Es verdad que ella era asombrosamente fácil. Pero la facilidad no le allanaría el camino. Tenía que ganar su propio dinero y ganarlo con esfuerzo. Tenía que ir hacia delante. Y tenía que concentrarse. Mientras que pudiese trabajar con una rápida intuición y sin gran responsabilidad, el trabajo la emocionaba. Pero en cuanto tuvo que ponerse a trabajar a brazo partido, como un negro, como ellos decían, y concentrarse, con una posición de responsabilidad, eso la agotó terriblemente. Tenía que hacer todo con nervios. No tenía el mismo

poder de lucha que un hombre. Donde un hombre puede evocar a su antiguo Adán para pelear por su trabajo, una mujer tiene que recurrir a sus nervios, tan solo a sus nervios. Porque la antigua Eva en ella no tiene nada que hacer con tal trabajo. Por eso la responsabilidad mental, la concentración mental, el proceso mental desgasta a una mujer enormemente, especialmente si es jefa de un departamento y no trabaja para nadie.

Por eso la pobre Virginia estaba desmejorada. Estaba delgada como un palo. Tenía los nervios atacados. Y no podía olvidar nunca su bestial trabajo. Volvía a casa, a la hora de la cena, silenciosa y agotada. Su madre, al verla así, deseaba decir: «¿Pasa algo, Virginia? ¿Has tenido algo particularmente molesto en la oficina hoy?». Pero había aprendido a contener la lengua y no decía nada. La pregunta hubiera sido el colmo para los pobres sobreexcitados nervios de Virginia y hubiese habido una escenita, que, a pesar de la calma y la paciencia de la señora Bodoin, hubiese ofendido a la mujer mayor hasta la médula. Había aprendido, con amarga experiencia, a dejar a su hija sola, como se debe dejar solo un delgado tubo de veneno. Pero, por supuesto, no podía apartar su mente de Virginia. Eso era imposible. Y la pobre Virginia, bajo el agotamiento del trabajo y el agotamiento de la terrible e incesante mente de su madre, estaba al límite de sus fuerzas y de sus recursos.

A la señora Bodoin siempre le había disgustado el hecho de que Virginia tuviese trabajo. Pero ahora lo odiaba. Odiaba la oficina estatal con un odio virulento. No solamente era poco digno para Virginia estar atada allí, sino que estaba convirtiendo a la hija de la señora Bodoin en una solterona delgada, gruñona y espantosa. ¿Podía ser algo más humillante y más inglés para una bien nacida irlandesa?

Tras un largo día atendiendo el apartamento, zurciendo con destreza una de las sillas con brocado, limpiando los espejos venecianos, seleccionando flores, realizando algunas compras y algunos asuntos domésticos, atendiendo a todo con esmero, después recibiendo a los invitados por la tarde, con una energía interminable, la señora Bodoin subiría del salón tras el té y escribiría unas cuantas cartas, se bañaría, se vestiría con gran cuidado —disfrutaba cuidando de su persona— y bajaría a la cena tan fresca como una margarita pero bastante más energética que esa quieta flor. Ahora estaba preparada para una noche plena.

Ella era consciente, con una punzante ansiedad, de la presencia de Virginia en la casa, pero no veía a su hija hasta que no se anunciaba la cena. Virginia se deslizaba dentro y fuera de su habitación sin ser vista, sin ir a tomar el té al salón. Si la señora Bodoín veía la llave de su hija en la cerradura, rápidamente se retiraba a una de las habitaciones hasta que Virginia se ponía a salvo. Era demasiado para los nervios de la pobre Virginia ver a cualquiera por la casa cuando llegaba de la oficina. Y lo suficientemente desagradable oír el murmullo de las voces de las visitas tras las puertas del salón.

Y la señora Bodoín se preguntaría: ¿Cómo estará? ¿Cómo estará esta noche? Me pregunto qué día habrá pasado. Y este pensamiento rondaría la casa, hasta donde Virginia estuviera tumbada descansando en su habitación. Pero la madre tendría que consumir su ansiedad hasta la hora de la cena. Y entonces Virginia aparecería, con las líneas negras alrededor de los ojos, delgada, tensa, una joven fuera de la oficina, el estigma sobre ella: mal vestida, con un humor un poco ácido, con mala digestión, no interesada en nada, frustrada por su trabajo. Y la señora Bodoín, humillada ante la visión de esta, se controlaría, no diría nada sino meras fruslerías de charla casual y se sentaría de forma perfecta presidiendo una cena cuidadosamente cocinada, pensada solo para agradar a Virginia. Pero Virginia difícilmente se daba cuenta de qué comía.

La señora Bodoín suspiraba por una tarde con vida. Pero Virginia se tumbaba en el sillón y se ponía los altavoces. O ponía un disco gracioso en el gramófono y se divertía, y lo escucharía de nuevo seis veces, y seis veces se divertiría con un disco divertido, disco que ahora la señora Bodoín se sabía de memoria. «Porque, Virginia, yo podría repetirte ese disco, si lo deseas, sin preocuparte de volver a poner el gramófono». —Y Virginia, tras una pausa en la que parecía no haber escuchado lo que su madre decía, respondería: «Estoy segura de que podrías, madre». Y esa simple charla expresaría tal cantidad de desprecio hacia todo lo que Rachel Bodoín era, o podía ser, o había sido siempre, desprecio por su energía, su vitalidad, su mente, su cuerpo, su entera existencia, que la mujer mayor se encresparía. Era como si el espíritu de Robert Bodoín hablase por la boca de la hija, con veneno mortal. Entonces Virginia ponía el disco por séptima vez.

Durante el segundo terrible año, la señora Bodoín se dio cuenta de que el juego se había terminado. Era una mujer golpeada, una mujer ya sin un objeto o significado. El martillo de su terrible humor femenino, que había golpeado a tanta gente en la cabeza, a todo el mundo, de hecho, con el que había estado en contacto, se había vuelto del revés y la había golpeado a ella misma en la cabeza. Para su hija, era su otro yo, su álter ego. El misterio y el sentido de toda la vida de la señora Bodoín era aquel martillo, el de su vívido humor que a todos y todo golpeaba en la cabeza. Ese había sido su anhelo y su pasión, golpear a todo el mundo y a todo humorísticamente en la cabeza. Se había sentido inspirada con eso: era una especie de misión. Y había esperado pasarle el martillo a Virginia, su inteligente, poco sólida, pero su hija de hecho, Virginia. Virginia era la continuación del propio yo de Rachel. Virginia era el álter ego de Rachel, su otro ser. Pero he aquí que esto era media verdad. Virginia había tenido un padre. Este hecho, que había sido completamente ignorado por la madre, era gradualmente traído hasta ella por el curioso retroceso del martillo. Virginia era la hija de su padre. ¿Podía algo ser más impropio, horrible y perverso en el orden natural de las cosas? Porque Robert Bodoín había sido completa y merecidamente golpeado en la cabeza por el martillo de Rachel. ¿Podía algo ser, pues, más desagradable que el hecho de que él resucitara de nuevo en la persona de la propia hija de la señora Bodoín, Virginia, su propio álter ego, y comenzara a golpear con un malévolo martillo, que era la piedra de David contra el hacha de Goliat?

Pero la piedra era mortal. La señora Bodoín la sintió hundirse en la frente, en la sien, y estuvo acabada. El martillo cayó de su mano sin fuerza.

Las dos mujeres estaban ahora casi siempre solas. Virginia estaba demasiado cansada para tener compañía por las tardes. Por eso había un gramófono, o unos altavoces, o el silencio. Ambas mujeres habían comenzado a odiar el apartamento. Virginia presentía que era el último acto de intimidación por parte de su madre, se sentía acosada por la perentoria alfombra Aubusson, por los malditos espejos venecianos, por las grandes flores sobrecultivadas. Se sentía incluso intimidada por la excelente comida, y anhelaba ir a un restaurante en el Soho, y a sus dos cuartuchos en el hotel. Odiaba el apartamento: odiaba todo. Pero no tenía energía para moverse. No tenía energía para hacer nada. Se arrastraba hacia el trabajo, y el resto del

tiempo yacía tumbada e ida.

Fue la inercia agotada de Virginia lo que acabó con la señora Bodoin. Fue la piedra que rompió el hueso de sus sienes: ¿Tener que asistir al funeral de mi hija y aceptar el consuelo de todos sus compañeros de la oficina?, no, esta es una humillación final que tengo que ahorrarme. ¡No! Si Virginia tiene que ser una funcionaria, tiene que serlo de ahora en adelante bajo su propia responsabilidad. Me retiraré de su existencia.

La señora Bodoin trató en vano de persuadir a Virginia para que dejase el trabajo y se fuese a vivir con ella. Le ofreció la mitad de sus ingresos. En vano. Virginia siguió en la oficina.

¡Muy bien! ¡Que sea así! El apartamento era un fiasco, la señora Bodoin estaba deseando, anhelando romper todo en pedazos. ¡Un último y final golpe del martillo!

—Virginia, ¿no crees que sería mejor deshacernos del apartamento y marcharnos a vivir por ahí como solíamos hacer? ¿No crees que sería mejor?

—Pero ¿y todo el dinero que has metido en él? ¿Y el contrato por diez años? —le gritó Virginia con una especie de inercia.

—¡No importa! Tuvimos el placer de hacerlo. Y hemos tenido tanto placer como el que no tendremos nunca. Ahora mejor nos deshacemos de él rápidamente ¿no crees?

Los brazos de la señora Bodoin estaban arrancando los cuadros de las paredes, enrollando la alfombra Aubusson, sacando la loza china de la vitrina con el interior de marfil en ese preciso momento.

—Espera al domingo antes de que decidamos —dijo Virginia.

—¡Hasta el domingo! ¡Cuatro días! ¿Tanto? ¿No lo hemos decidido ya en nuestro interior? —dijo la señora Bodoin.

—Esperaremos hasta el domingo de cualquier modo —dijo Virginia.

A la tarde siguiente llegó el armenio a cenar. Virginia le llamaba Arnold, con la pronunciación francesa Arnault. La señora Bodoin, que apenas le toleraba, y que nunca podía decir su nombre, que parecía tener un montón de trabas, le llamaba indistintamente el Armenio o el Rahat Lakoum, tras el nombre de «Caramelo» o simplemente «la Delicia Turca».

—Arnault viene a cenar esta noche, madre.

—¿De veras? ¿La Delicia Turca viene a cenar aquí? ¿Debo preparar algo



especial? —Su voz sonó como si sugiriera caracoles en gelatina.

—No lo creo.

Virginia había visto a menudo al armenio en la oficina, cuando tenía que negociar con él en nombre del Ministerio de Comercio. Era un hombre de unos sesenta años, comerciante, y había sido millonario, se arruinó durante la guerra, pero ahora se estaba recuperando y llevaba representaciones en Bulgaria. Quería negociar con el gobierno británico y el gobierno británico negociaba razonablemente con él: al principio por intermediación de Virginia. Ahora las cosas iban satisfactoriamente entre el señor Arnault, como lo llamaba Virginia, y el Ministerio de Comercio, de tal modo que un tipo de amistad había seguido a las relaciones oficiales.

La Delicia Turca tenía setenta años, el pelo canoso y estaba gordo. Tenía muchos nietos criándose en Bulgaria, pero era viudo. Tenía el bigote canoso cortado como a cepillo, y le brillaban vidriosos los ojos castaños sobre los que colgaban los pesados párpados con pestañas blancas. Su ademán era humilde, pero en su porte había una obstinada presunción. A veces se nota esta combinación en los judíos. Había sido muy rico y reverenciado, se había arruinado y había sido humillado, terriblemente humillado, y ahora, con obstinación, estaba saliendo a flote, sus hijos le apoyaban, en Bulgaria. Se notaba que no estaba solo. Tenía a sus hijos, su familia, su tribu tras él, allí en el Este.

Hablaba un mal inglés, pero un francés gutural fluido. No hablaba mucho, sino que permanecía sentado. Se sentaba, con sus piernas cortas y gordas, como si fuera para toda la eternidad. Había una potencia extraña en su forma de sentarse gorda e inmóvil, como si su trasero estuviese conectado con el mismo centro de la tierra.

Y su cerebro, dando vueltas al punto en cuestión, los negocios, era muy ágil. Los negocios le absorbían. De algún modo se presentía tras él a la familia, a la tribu. Los negocios eran para la familia, para la tribu.

Con los ingleses era humilde, porque a los ingleses les gusta que sus aliados sean humildes, y él había tenido una larga enseñanza de los turcos. Y él era siempre un forastero. Nadie le tomaba en cuenta en sociedad. Era tan solo un forastero, sentado.

—Espero, Virginia, que no llamarás a ese caballero de las alfombras

turcas cuando recibamos a otras personas. No puedo soportarlo —dijo la señora Bodoín—. A algunas personas les puede importar.

—¿No es duro no poder elegir la compañía en tu propia casa? —se mofaba Virginia.

—¡No! A mí no me importa; yo puedo recibir cualquier cosa; y estoy segura de que, en cuanto a la venta de alfombras turcas, tu relación es muy buena. Pero me imagino que no le consideras un amigo personal.

—Sí. Me gusta bastante.

—Bien. Como quieras. Pero considera a tus otros amigos.

La señora Bodoín estaba realmente mortificada esta vez. Ella consideraba al armenio como se considera al gordo levantino con gorra que intenta vender un horrible tapiz en Port Said, o en la playa en Niza, como si fuese un ser fuera de la especie humana y en la de los insectos. Que él hubiese sido millonario, o pudiese volver a serlo, solamente añadía veneno a su sentimiento de repugnancia por el hecho de estar forzada a tener contacto con tal escoria. Ni siquiera podía aplastarle o aniquilarle. En la escoria no hay nada que aplastar, porque la escoria es solo el residuo desagradable de lo que nunca fue nada sino algo ya aplastado.

Sin embargo, ella no era lo suficientemente justa. Era verdad que él era gordo y que se quedaba sentado con sus piernas cortas, como un sapo, como si estuviese sentado en una eternidad de sapo. Tenía el color oscuro de una especie de masa, con sus negros ojos brillando bajo los pesados párpados. Y nunca hablaba hasta que no se le hablaba, esperando en su silencio de sapo, como un esclavo.

Pero el espeso pelo canoso que tenía en la cabeza como un suave cepillo era extrañamente viril. Y sus curiosas manos pequeñas, de la misma suave y oscura masa, tenían el peculiar porte masculino, suave y gordo, que él tenía. Y sus oscuros ojos podían brillar con la sutilidad de las serpientes bajo el pequeño cepillo blanco de las pestañas. Él estaba cansado pero no estaba derrotado. Había luchado, y ganado, y perdido y de nuevo estaba peleando, siempre en desventaja. Pertenecía a una raza de vencidos que acepta la derrota pero consigue retomar su propio ser con astucia. Era el padre de sus hijos, el cabeza de familia, una de las cabezas de una tribu derrotada pero indestructible. No estaba solo, y por eso no se le podía alzar la mano. Toda su

consciencia era patriarcal y tribal. Y de algún modo, era humilde, pero indestructible.

Durante la cena permanecía sentado casi desapercibido, humilde pero con la vanidad de los humildes. Sus ademanes eran buenos, casi franceses. Virginia charlaba con él en francés, y él respondía con esa peculiar tranquilidad de los bulevares que era el único modo que conocía cuando hablaba francés. La señora Bodoin entendía, pero era lo que podía decirse una lingüista torpe, por eso, cuando decía algo, era intensamente en inglés. Y la Delicia Turca contestaba en su inglés torpe, apresuradamente. No era su culpa que se hablase en francés. Era culpa de Virginia.

Él era muy humilde, conciliador, con la señora Bodoin. Pero algunas veces le lanzaba a ella ese destello rápido de mirada reptílea como si dijese: ¡Sí! Te veo. Eres una figura hermosa. Como un *objet de vertu*<sup>[185]</sup>, eres casi perfecta. Así su ojo conocedor y de tratante de antigüedades la tasaría. Pero entonces sus grandes ojos negros parecían añadir: Pero ¿qué, bajo el cielo santo, eres tú como mujer? No eres ni esposa, ni madre, ni amante, no tienes el perfume del sexo, eres más espantosa que un soldado turco o un oficial inglés. Ningún hombre en la tierra te abrazaría. Eres un espíritu, un extraño genio del submundo. Y secretamente invocaría los nombres santos para protegerse.

Sin embargo estaba enamorado de Virginia. Él veía, lo primero y principal, la niña que había en ella, como si estuviese perdida en el bosque, una niña abandonada con un ligero y fascinante encanto en sus ojos castaños, esperando que alguien la recogiera. ¡Una niña abandonada sin padre! Y él era un padre tribal, padre a través de los años.

Además, por otra parte, él conocía su inteligencia desinteresada y peculiar en los negocios. Eso también le fascinaba: esa rara y astuta inteligencia acerca de los negocios y completamente impersonal, completamente al aire. Le parecía muy raro. Pero eso le sería de gran ayuda en sus planes. Él no comprendía a los ingleses. Se sentía confuso con ellos. Pero con ella tenía la clave para todo. Porque ella era, finalmente, alguien entre esos ingleses, esos oficiales ingleses.

Él tenía unos sesenta años. Su familia estaba establecida, en el Este, sus nietos iban creciendo. Era necesario para él vivir un tiempo en Londres. Esta

chica le sería útil. Ella no tenía dinero, excepto el que iba a heredar de su madre. Pero él arriesgaría eso: ella sería una inversión en sus negocios. Y además, el apartamento. Le gustaba mucho el apartamento. Reconocía el *cachet*, y las azucenas y los cisnes de la alfombra Aubusson le gustaron. Virginia le dijo: «Madre me dio el apartamento». Entonces se consideraba salvado. Y finalmente, Virginia era casi virgen, probablemente una virgen, y, por lo que a un hombre oriental y paternal concernía, totalmente virgen. Él tenía poca idea de la estúpida sexualidad de cachorros que tenían los ingleses, tan diferente de la prolongada voluptuosidad masculina de sus propios placeres. Y al final de todo, él estaba físicamente solo, haciéndose viejo, y cansado.

Virginia por supuesto no sabía porqué le gustaba estar con Arnault. Su inteligencia era terriblemente estúpida en lo tocante a la vida, a vivir. Ella decía que él era «pintoresco». Decía que su tranquilidad francesa de los bulevares era «divertida». Ella encontraba sus negocios astutamente «misteriosos». Y el brillo de sus ojos oscuros, bajo las densas y blancas pestañas, «seductor». Le veía con bastante frecuencia, tomaba el té con él en su hotel, y un día fue con él en coche hasta el mar.

Cuando él tomó su mano entre las suyas, suaves y tranquilas, hubo algo tan acariciador, tan posesivo en su tacto, tan extraño y positivo en su propensión hacia ella, que, temblando de miedo, se sintió algo indefensa.

—¡Pero eres una cosita tan delgada, querida, necesitas reposo, reposo, para que la flor se abra, pobre florecita, para que se convierta en grande! —dijo él en su francés.

Ella temblaba y estaba desvalida. ¡Era atractivo! Era tan extraño y positivo que parecía tener todo el poder. En el momento en que él se dio cuenta de que ella sucumbiría a su poder, se hizo cargo de la situación y perdió toda su duda y su humildad. No quería hacerle el amor: quería casarse con ella, por todas sus múltiples razones. Y tenía que convertirse en su señor.

Llevó la mano de ella hasta sus labios, y parecía atraer la vida de ella hacia él al besarle la delgada mano.

—La pobre niña está cansada, necesita reposo, ella necesita ser acariciada y cuidada —le dijo en francés. Y se acercaba cada vez más.

Ella le miraba con pavor a sus oscuros y brillantes ojos cansados bajo las

pestañas blancas. Pero él usaba todo su poder mirándola largamente y calculando que tenía que someterla. Y llevaba su cuerpo muy cerca del de ella, y ponía suavemente su mano en el rostro de ella y hacía que apoyase su rostro contra su pecho, mientras que dulcemente acariciaba el brazo de ella con la otra mano. «¡Mi querida cosita! ¡Querida cosita! ¡Arnault la quiere tanto! ¡Arnault la ama! Quizá ella se case con Arnault. Mi querida niñita, Arnault pondrá flores en su vida, y perfumará su vida con dulzura y alegría».

Ella se inclinaba contra su pecho y le dejaba que la acariciara. Envío un fugaz, casi intenso, casi vengativo pensamiento a su madre. Después sintió en el aire el sentido del destino, el destino. Oh, es tan hermoso no tener que pelear. Dejar paso al destino.

—¿Se casará ella con el viejo Arnault? ¿Eh? ¿Se casará con él? —preguntó con una voz dulce y acariciadora al mismo tiempo que coercitiva.

Ella levantó la cabeza y le miró: las cejas blancas y espesas, sus brillantes ojos oscuros y cansados. ¡Qué extraño y cómico! ¡Qué cómico estar en su poder! Y él parecía un poco desconcertado.

—¿Sí? —dijo ella con la maliciosa contorsión de una mueca.

—*Mais oui!* —dijo él con la sangre fría de sus viejos ojos—. *Mais oui! Je te contenterai, tu le verras.*

—*Tu me contenteras* —dijo ella, con una sonrisa vacilante de verdadera alegría ante su afirmación—. ¿De veras me contentarás?

—¡Por supuesto! Te lo aseguro. Y tú, ¿te casarás conmigo?

—Se lo tienes que pedir a mi madre —dijo ella, y se escondió pícaramente tras su chaleco mientras el orgullo masculino triunfaba en él.

La señora Bodoïn no tenía ni idea de que Virginia había intimado con la Delicia Turca: ella no se inmiscuía en los movimientos de la hija. Durante la famosa cena, estaba tranquila y un poco apartada, pero completamente serena. Cuando, tras el café, Virginia la dejó sola con la Delicia Turca, ella no se esforzó en entablar conversación, solamente miraba al hombre bajo y resuelto en un traje correcto, y pensó cómo esa gordura exigía un gorro y unos pantalones de muselina de mercader de bazar en *El ladrón de Bagdad*<sup>[186]</sup>.

—¿No prefiere fumar un narguile? —le preguntó con una voz cansina.

—¿Qué es un narguile?

—Una de esas pipas de agua. ¿No las fuman todos ustedes en el Este?

Él parecía despistado y humilde, y el silencio se reanudó. Ella apenas sabía lo que estaba a punto de estallar bajo su quietud.

—Señora —dijo él—, quiero pedirle algo.

—¿Sí? Entonces ¿por qué no lo hace? —llegó su voz melancólicamente cansina.

—Sí, bueno, es esto: Desearía tener el honor de casarme con su hija. Ella está de acuerdo.

Hubo un momento de pausa. Entonces la señora Bodoin se inclinó hacia él desde la distancia, con prodigiosa curiosidad.

—¿Qué es lo que ha dicho? —preguntó ella—. Repítalo.

—Desearía tener el honor de casarme con su hija. Ella está de acuerdo en tomarme como esposo.

Sus ojos brillantes y oscuros la miraron, después miraron a otra parte. Todavía inclinada hacia delante, ella le miraba fijamente, como hechizada y convertida en piedra. Llevaba puestos unos adornos de topacio rosa, pero él apreció que eran de pasta, moderadamente buenos.

—¿He oído que ella está de acuerdo? —llegó su remota, lenta y melancólica voz.

—Señora, eso creo —dijo él con una inclinación de cabeza.

—Creo que esperaremos hasta que ella llegue —dijo ella inclinándose hacia atrás.

Se hizo un silencio. Ella miraba al techo. Él examinaba detenidamente la habitación, los muebles, la cerámica dentro de la vitrina forrada de color marfil.

—Puedo disponer de cinco mil libras para la señorita Virginia, señora —llegó su voz—. ¿Estoy en lo correcto al asumir que ella aportará este apartamento y su inmobiliario a la dote?

Absoluto silencio. También podría haber estado en la luna. Pero era una persona paciente. Permaneció sentado hasta que llegó Virginia.

La señora Bodoin todavía estaba mirando al techo. El hierro le había penetrado en el espíritu, por fin y absolutamente. Virginia la miró pero dijo:

—¿Quieres whisky con soda, Arnault?

Él se levantó y se acercó a los decantadores, y se quedó de pie a su lado:

un robusto y rechoncho hombre con el pelo blanco, silencioso y receloso. Se oían las burbujas del sifón; después se sentaron en las sillas.

—¿Ha hablado Arnault contigo, madre? —dijo Virginia.

La señora Bodoin se levantó y miró fijamente a Virginia con ojos grandes, serios y ojerosos. Virginia estaba aterrada aunque algo emocionada. Su madre estaba derrotada.

—¿Es verdad, Virginia, que estás dispuesta a casarte con este caballero oriental? —preguntó despacio la señora Bodoin.

—Sí, madre, es verdad —dijo Virginia con su suave voz burlona.

La señora Bodoin parecía seria y atontada.

—¿Podría ser excusada de no tener nada que ver con ello, o de no tener nada que ver con tu futuro marido; quiero decir de no tener ningún tipo de negocio con él? —preguntó con aire atolondrado y con su voz lenta y clara.

—¿Por qué? Por supuesto —dijo Virginia, asustada y sonriendo con extrañeza.

Se hizo una pausa. Entonces la señora Bodoin, sintiéndose vieja y ojerosa, se serenó de nuevo.

—¿Debo entender que a tu futuro marido le gustaría tener este apartamento? —llegó su voz.

Virginia sonrió rápida y sinuosamente. Arnault permanecía sentado, plantado en su parte posterior, y escuchaba. Ella descansaba en él.

—¡Bueno... quizá! —dijo Virginia—. Quizá le gustaría saber que lo poseo. —Ella le miró.

Arnault movió la cabeza gravemente.

—¿Y a ti te gustaría tenerlo? —llegó la lenta voz de la señora Bodoin—. ¿Es tu intención habitarlo con tu marido? —Ella interpuso eternidades entre sus largas y acentuadas palabras.

—Sí, creo que sí —dijo Virginia—. Ya sabes que dijiste que el apartamento era mío, madre.

—Muy bien. Así será. Enviaré a mi abogado a este caballero oriental si dejas escritas las instrucciones en mi mesa de despacho. ¿Puedo preguntarte cuándo piensas casarte?

—¿Cuándo crees, Arnault? —dijo Virginia.

—¿Podría ser dentro de dos semanas? —dijo él, colocándose rígido, con

los puños sobre las rodillas.

—Dentro de unos quince días, madre —dijo Virginia.

—¡Lo he oído! ¡Dentro de dos semanas! ¡Muy bien! Dentro de dos semanas todo estará a tu disposición. Y ahora, por favor, excúsame. —Se levantó, hizo una ligera inclinación y salió calmosa y vagamente de la habitación. La estaba matando el hecho de no poder gritar y echar a ese levantino de la casa. Pero no podía. Se estaba controlando.

Arnault se puso en pie y miraba con ojos brillantes por la habitación. Sería suya. Cuando sus hijos viniesen a Inglaterra los recibiría allí.

Miró a Virginia. Ella también ahora estaba blanca y ojerosa. Y se apartaba de él como con resentimiento. Ella sentía la derrota de su madre. Todavía era capaz de acabar con él para siempre y volver con su madre.

—Tu madre es una señora maravillosa —dijo él yendo hacia Virginia y cogiendo su mano—. Pero no tiene un marido en el que cobijarse, es desgraciada. Lamento que esté sola. Yo sería feliz si quisiera quedarse aquí con nosotros.

El viejo zorro sabía de qué trataba.

—Me temo que no hay esperanza para eso —dijo Virginia volviendo a su antigua ironía.

Ella se sentó en el sillón y él la acariciaba suave y paternalmente, y la incongruencia de todo ello, allí en el salón de su madre, le divertía. Y porque él veía que las cosas eran elegantes y valiosas, y ahora eran suyas, la sangre le hacía sonrojarse y acariciaba con pasión a la niña delgada que estaba a su lado, porque ella representaba ese valioso ambiente, y se lo daba a él como posesión. Y él dijo:

—Y conmigo estarás muy cómoda, muy contenta, oh, te haré feliz, no como Madame tu madre. Y engordarás y florecerás como una rosa. Haré que florezcas como una rosa. Y digamos que la próxima semana, ¿eh?, ¿será la próxima semana, el próximo miércoles, cuando nos casemos? El miércoles es un buen día, ¿de acuerdo?

—Muy bien —dijo Virginia, acariciada de nuevo por una cierta lujuria del destino, descansando en el hado, sin hacer ningún esfuerzo, sin más esfuerzos, toda su vida.

La señora Bodoin se trasladó a un hotel al día siguiente, y volvió al



apartamento para empaquetar y sacar sus objetos personales inmediatos solo cuando Virginia estaba necesariamente ausente. Ella y su hija se comunicaban por carta, tan solo cuando era necesario.

Y en cinco días la señora Bodoïn estaba libre. Todos los asuntos que pudieron hacerse se hicieron, todos sus baúles fueron trasladados. Tenía cinco baúles, y eso era todo. Despojada y rechazada, saldría hacia París para vivir allí el resto de sus días. El último día esperó en el salón hasta que Virginia regresara a casa. Se sentó allí con su sombrero y vestida de calle como una extraña.

—He esperado para decirte adiós —dijo—. Por la mañana salgo hacia París. Esta es mi dirección. Creo que todo está arreglado, si no me lo dices y lo arreglaré. Bueno, adiós, y espero que seas muy feliz.

Arrastró las últimas palabras de un modo siniestro, lo cual restituyó a Virginia, que estaba comenzando a marearse.

—Yo creo que puede ser —dijo Virginia con la mueca de una sonrisa.

—No me sorprendería —dijo la señora Bodoïn con mordacidad y porfiada—. Creo que el abuelo armenio sabe muy bien qué se trae entre manos. Después de todo, eres una mujer del tipo harén. —Las palabras llegaron cadenciosas, goteando, cada una con un plaf de profundo desprecio.

—¡Supongo que sí! ¡Es divertido! —dijo Virginia—. Pero me pregunto de dónde lo habré sacado. Desde luego no de ti, madre —arrastró las palabras con malicia.

—Desde luego que no.

—Quizá las hijas transcurren al contrario, como los sueños —replicó Virginia con mala intención—. Todo el harén se quedó fuera de ti, quizá por eso todo él se cargó a mis espaldas.

La señora Bodoïn le lanzó una breve mirada.

—Tienes toda mi compasión —dijo.

—Gracias, querida. Tú tienes solo un poco de la mía.

## **Cronología de la vida de D. H. Lawrence**

### **1885**

Nace David Herbert Richards Lawrence en Eastwood, Nottinghamshire, cuarto hijo de Arthur John Lawrence, minero, y Lydia, nacida Beardsall, que había sido maestra y de la que el escritor heredó su interés por la lectura y la pintura.

### **1891-1901**

Comienza sus estudios en el internado de Beauvale. En 1898 se convierte en el primer estudiante en obtener una beca para acudir al instituto en Nottingham, donde permanece hasta julio de 1901, fecha en la que trabaja durante tres meses en la fábrica de instrumentos quirúrgicos Haywood, en Nottingham. Primer ataque severo de neumonía.

### **1902**

Comienzan sus visitas, luego frecuentes, a la granja de los Chambers en Underwood, y se inicia su amistad con Jessie Chambers.

### **1902-1905**

Trabaja como profesor en la British School de Eastwood, aunque aún no tiene el título. Obtiene el graduado escolar con honores en diciembre de 1904. Escribe sus primeros poemas y comienza su primera novela, «Laetitia», germen de *The White Peacock* (1911).

## **1906-1908**

Estudia en la Universidad de Nottingham para obtener el título de profesor, que consigue en 1908. Gana el concurso de relatos de Navidad del *Nottinghamshire Guardian* en 1907, con «A Prelude», enviado con el nombre de Jessie Chambers, y escribe la segunda versión de «Laetitia».

## **1908-1911**

Profesor de enseñanza elemental en la escuela Davidson Road de Croydon. En 1909 conoce a Ford Madox Ford, que comienza a publicar sus poemas y sus relatos en la *English Review*, y recomienda la versión rescrita de *The White Peacock* a William Heinemann. Escribe *A Collier's Friday Night* (1934) y la primera versión de «Olor a crisantemos» (1911). Amistad con Agnes Holt.

## **1910**

Escribe «The Saga of Siegmund», primera versión de *The Trespasser* (1912), basada en las experiencias de su amiga Helen Corke, profesora en Croydon. Comienza un breve romance con Jessie Chambers. Escribe la primera versión de *The Widowing of Mrs Holroyd* (1914). Comienza a escribir «Paul Morel» (germen de *Hijos y amantes*, 1913). Muere Lydia Lawrence en diciembre. Se promete a su vieja amiga Louie Burrows.

## **1911**

Abandona «Paul Morel». Se siente atraído por Helen Corke, pero comienza un idilio con Alice Dax, esposa de un químico de Eastwood. Conoce a Edward Garnett, editor de Duckworth, que le aconseja escribir y publicar. En noviembre cae gravemente enfermo de neumonía y tiene que dejar de enseñar. Duckworth acepta «The Saga...» y Lawrence comienza su revisión con el título *The Trespasser*.

## 1912

Convalecencia en Bournemouth. Rompe su compromiso con Louie y vuelve a Eastwood para retomar «Paul Morel». En marzo conoce a Frieda Weekley, esposa de Ernest, profesor en la Universidad de Nottingham. Termina su relación con Alice Dax. Viaja a Alemania con Frieda. Después de muchas vicisitudes, algunas recogidas en *Look! We Have Come Through!* (1917), Frieda abandona a su marido y a sus hijos. En agosto atraviesan los Alpes hacia Italia y se instalan en Gargnano, donde Lawrence escribe la última versión de *Hijos y amantes*.

## 1913

Se publica *Love Poems*, escribe *The Daughter-in-Law* (1965), y doscientas páginas de «The Insurrection of Miss Houghton», novela que nunca más retomó. Comienza «The Sisters», de la que surgirían *El arcoíris* (1915) y *Mujeres enamoradas* (1920). Lawrence y Frieda pasan varios días en San Gaudenzio, y después en Irschenhausen, Baviera. Lawrence escribe las primeras versiones de los relatos «El oficial prusiano» y «La espina en la carne» (1914). Se publica en mayo *Hijos y amantes*. La pareja vuelve a Inglaterra en junio y conoce a John Middleton Murry y a Katherine Mansfield. Regresan a Italia (Fiascherino, cerca de Spezia) en septiembre. Lawrence revisa *The Widowing of Mrs Holroyd* y trabaja en «The Sisters».

## 1914

Reescribe «The Sisters», ahora titulada *The Wedding Ring*, y acuerda su publicación con Methuen. Contrata a J. B. Pinker como agente. La pareja regresa a Inglaterra en junio y se casa el 13 de julio. Conoce a Catherine Carswell y a S. S. Koteliensky. Realiza una recopilación de relatos titulada *El oficial prusiano*. El estallido de la guerra les impide regresar a Italia. En Chesham escribe «Study of Thomas Hardy» (1936) y comienza *El arcoíris*. Se inicia su importante amistad con Ottoline Morrell, Cynthia Asquith, Bertrand Russell y E. M. Forster. Su desesperación y su enfado contra la guerra crecen.

## 1915

En marzo finaliza *El arcoíris* en Greatham. Planea realizar un lectorado con Russell, pero discuten en junio. Lawrence y Frieda se mudan a Hampstead en agosto y, junto a Murry, lanzan la revista *The Signature* —sólo llega a tener tres números—, para la que escribe el relato «La corona». Methuen publica *El arcoíris* en septiembre pero lo retira a finales de octubre, y es obligado a destruirlo en noviembre. Lawrence conoce a los pintores Dorothy Brett y Mark Gertler. Planea dejar Inglaterra e irse a Florida, pero, en su lugar, se muda a Cornwall.

## 1916

Escribe *Mujeres enamoradas* entre abril y octubre; publica *Twilight in Italy* y *Amores*.

## 1917

*Mujeres enamoradas* es rechazada por todos los editores. Lawrence se ve obligado a revisarlo. Sigue intentando irse a América sin éxito alguno. Comienza *Studies in Classic American Literature* (1923) y publica *Look! We*

*Have Come Through!* En octubre, el matrimonio abandona Cornwall acusado de espionaje. En Londres comienza *Aaron's Rod* (1922).

## 1918

Se traslada a Hermitage, Berkshire, y después a Middleton-by-Wirksworth. Publica *New Poems*; escribe *Movements in European History* (1921), *Touch and Go* (1920) y la primera versión de *El zorro* (1920).

## 1919

Enferma gravemente de gripe, vuelve a Hermitage y publica *Bay*. En otoño, Frieda viaja a Alemania. Se reencuentran en Florencia. Visitan Picinisco y se instalan en Capri.

## 1920

Escribe *Psychoanalysis and the Unconscious* (1921). Se mudan a Taormina, Sicilia. Escribe *The lost girl* (1920), *Mr Noon* (1984), y continúa trabajando en *Aaron's Rod*. En verano visita Florencia y tiene un romance con Rosalind Baynes. Escribe muchos de los poemas de *Birds, Beasts and Flowers* (1923). Publica *Mujeres enamoradas*.

## 1921

Lawrence y Frieda visitan Cerdeña y allí escribe *Sea and Sardinia* (1921). Conoce a Earl y Achsah Brewster, termina *Aaron's Rod* en verano y escribe *Fantasia of the Unconscious* (1922) y la novela breve, *El muñeco del capitán* (1923). Planea dejar Europa y visitar Estados Unidos. Recopila una colección de relatos bajo el título *Inglaterra, Inglaterra mía* (1922) y el grupo de novelas breves *La mariquita, El zorro y El muñeco del capitán* (1923).

## 1922

Viajan a Ceilán para visitar a los Brewster, y luego a Australia, donde conocen a Mollie Skinner. En Thirroul, cerca de Sidney, escribe *Canguro* (1923) en seis semanas. Entre agosto y septiembre, viajan a California por las islas South Sea, y conoce a Witter Bynner y Willard Jonson. Se instalan en Taos, Nuevo México, por invitación de Mabel Dodge (después Luhan). En diciembre se mudan al rancho Del Monte, cerca de Taos. Lawrence reescribe *Studies in Classic American Literature*.

## 1923

Termina *Birds, Beasts and Flowers*. Él y Frieda pasan el verano en Chapala, México, donde escribe «Quetzalcoatl», primera versión de *La serpiente emplumada* (1926). Frieda vuelve a Europa en agosto después de una discusión fuerte. Él viaja por Estados Unidos y México, reescribe la obra de Mollie Skinner, *The House of Ellis* como *The Boy in the Bush* (1924). Llega a Inglaterra en diciembre.

## 1924

En una comida en el Café Royal, Lawrence invita a sus amigos a ir a Nuevo México. Dorothy Brett acepta y les acompaña a él y a Frieda en marzo. Mabel Luhan le regala el rancho Lobo, después Kiowa, a Frieda, y Lawrence, en agradecimiento, le da el manuscrito de *Hijos y amantes*. En el rancho, durante el verano, escribe las novelas breves *St Mawr* (1925) y *La princesa* (1925), y el relato «La mujer que se fue a caballo» (1925). En agosto sufre su primera hemorragia pulmonar. Su padre muere en septiembre, y en octubre, Frieda, él y Brett viajan a Oaxaca, México, donde comienza *La serpiente emplumada* y escribe la mayor parte de *Mañanas en México* (1927).

## 1925

Termina *La serpiente emplumada*, cae enfermo, y casi muere de tifus y neumonía en febrero. En marzo se le diagnostica tuberculosis. Recuperado en el rancho Kiowa, escribe *David* (1926) y compila *Reflections on the Death of Porcupine* (1925). Él y Frieda regresan a Europa en septiembre, pasan un mes en Inglaterra y se instalan en Spotorno, Italia. Lawrence escribe la primera versión del relato «Sol» (1926). Frieda conoce a Angelo Ravagli.

## 1926

Escribe la novela breve, *La virgen y el gitano* (1930). Durante una visita de su hermana Ada, discute con Frieda. Lawrence va a ver a los Brewster y a Dorothy Brett, con la que tiene un idilio. Reconciliados, Lawrence y Frieda se mudan a Villa Mirenda, cerca de Florencia, en mayo, y viajan a Inglaterra, en la que será su última visita, a finales del verano. A su regreso a Italia en octubre, escribe la primera versión de *El amante de lady Chatterley* (1944), y comienza la segunda en noviembre. Amistad con Aldous y Maria Huxley. Empieza a pintar.

## 1927

Acaba la segunda versión de *El amante de lady Chatterley* (1972). Visita ruinas etruscas con Earl Brewster, escribe *Atardeceres etruscos* (1932) y la primera parte de *Gallo escapado* (1928). En noviembre, comienza la versión final de *El amante de lady Chatterley* (1928).

## 1928

Finaliza *El amante de lady Chatterley* y acuerda su impresión y publicación en Florencia. Tiene que pelear para que la edición privada sólo para suscriptores sea enviada al Reino Unido y Estados Unidos. En junio escribe



la segunda parte de *Gallo escapado* (1929). Él y Frieda viajan a Suiza (Gsteig) y a la isla de Port Cros. Más tarde se instalan en Bandol, en el sur de Francia. Escribe muchos de los poemas de *Pansies* (1929). *El amante de lady Chatterley* sale en Europa y Estados Unidos en ediciones pirata.

## 1929

Visita París para acordar una edición barata de *El amante de lady Chatterley* (1929). Un mecanoscrito no expurgado de *Pansies* es perseguido por la policía. Exposición de sus pinturas en Londres, clausurada por la policía. Él y Frieda visitan Mallorca, Francia y Baviera, y regresan a Bandol en invierno. Escribe *Nettles* (1930), *Apocalipsis* (1931) y *Last Poems* (1932). Ve mucho a los Brewster y a los Huxley.

## 1930

Ingresa en el sanatorio Ad Astra, en Vence, a principios de febrero; decide abandonarlo el uno de marzo y muere en Villa Robermond, Vence, el domingo dos de marzo. Es enterrado el día cuatro.

## 1935

Frieda envía a Angelo Ravagli, que vive con ella en el rancho Kiowa (se casarán en 1950), a Vence para exhumar el cadáver de Lawrence, incinerarlo y regresar con sus cenizas al rancho.

## 1956

Frieda muere y es enterrada en el rancho Kiowa.



DAVID HERBERT LAWRENCE (Eastwood, Reino Unido, 1885 - Vence, Francia, 1930) fue un escritor inglés, autor de novelas, cuentos, poemas, obras de teatro, ensayos, libros de viaje, pinturas, traducciones y crítica literaria.

Su literatura expone una extensa reflexión acerca de los efectos deshumanizadores de la modernidad y la industrialización, y abordó cuestiones relacionadas con la salud emocional, la vitalidad, la espontaneidad, la sexualidad humana y el instinto. Las opiniones de Lawrence sobre todos estos asuntos le causaron múltiples problemas personales: además de una orden de persecución oficial, su obra fue objeto en varias ocasiones de censura; por otra parte, la interpretación sesgada de aquella a lo largo de la segunda mitad de su vida fue una constante. Como consecuencia de ello, hubo de pasar la mayor parte de su vida en un exilio voluntario, que él mismo llamó «peregrinación salvaje».

Aunque en el momento de su muerte su imagen ante la opinión pública era la de un pornógrafo que había desperdiciado su considerable talento, E. M. Forster, en un obituario, defendió su reputación al describirlo como «el

novelista imaginativo más grande de nuestra generación». Más adelante, F. R. Leavis, un crítico de Cambridge de notoria influencia, resaltó tanto su integridad artística como su seriedad moral, lo que situó a buena parte de su ficción dentro de la «gran tradición» canónica de la novela en Inglaterra. Con el tiempo, la imagen de Lawrence se ha afianzado como la de un pensador visionario y un gran representante del modernismo en el marco de la literatura inglesa, pese a que algunas críticas feministas deploran su actitud hacia las mujeres, así como la visión de la sexualidad que se percibe en sus obras.

## Notas

[1] Incluido en la primera edición de *El oficial prusiano y otros cuentos*, Duckworth and Co., 1914, fue escrito por primera vez en 1907 como apunte para el concurso de Navidad del *Nottinghamshire Guardian*, y se basa en un suceso ocurrido a la madre del autor durante su juventud cuando asistía a un baile en el castillo de Nottingham. Corregido en dos ocasiones, en enero de 1910 y abril de 1911, fue rechazado por la *English Review* y revisado de nuevo en agosto de 1913 para su publicación en la revista norteamericana *Smart Set* en octubre de 1914. Lawrence reescribió el relato en julio de 1914 e hizo una exhaustiva corrección en octubre para la primera edición en Duckworth. (N. de la E.). <<

[2] Isaías 60,1: «¡Arriba, resplandece, que ha llegado tu luz, y la gloria de Yahvé sobre ti ha amanecido!». Esta cita de la Biblia y las que la siguen han sido extraídas de la edición de la Biblia de Jerusalén de Desclée de Brouwer, Bilbao, 1999. (*N. de la E.*). <<

[3] Canción infantil que en el siglo XIX se convirtió en una tonada de *music hall* muy popular. (N. de la E.). <<

[4] Frase de doble sentido intraducible basada en un proverbio: «*Curses, like chicken, come home to roost*», cuya traducción literal es «Las maldiciones, como las gallinas, regresan a casa para pasar la noche», es decir, se vuelven contra el que las pronunció. (*N. de la E.*). <<



[5] En francés en el original: amorcillo, cupido. (*N. de la E.*). <<

[6] En francés en el original: interesado. (*N. de la E.*). <<

[7] Juego de cartas muy popular en Inglaterra desde el siglo XVIII, el primero sobre el que se escribió un tratado y se fijó un reglamento. Se juega con 52 cartas, preferentemente con baraja inglesa, pero también con francesa y española prescindiendo de algunas cartas, y normalmente entre cuatro jugadores distribuidos por parejas. Consiste en ganar bazas, es decir, es similar a los españoles tute y mus. (*N. de la E.*). <<

[8] Juego de cartas muy popular entre la alta sociedad durante el siglo XVII, aunque en el siguiente perdió su prestigio y pasó a ser considerado un juego de taberna. Es un juego de combinación de cartas, similar al *bridge* o al chinchón español, en el que gana el primero que consiga, combinando o emparejando sus cartas, superar 120 puntos. (*N. de la E.*). <<

[9] Incluido en la primera edición de *El oficial prusiano y otros cuentos*, Duckworth and Co., 1914, fue escrito en 1909, revisado para la *English Review* en marzo de 1910, de nuevo en verano de ese mismo año y en abril de 1911 para publicarlo en el número de junio. En julio y octubre de 1914, Lawrence hizo una corrección profunda, incluida la reescritura del final, antes de su aparición en la primera edición de Duckworth. La historia se basa parcialmente en un tío del autor, James Lawrence, un minero que murió en 1880 en un derrumbamiento en la mina de carbón de Brinsley. Él y su mujer vivieron en el *cottage* que se describe en el cuento. Tuvieron tres hijos, incluido el nacido después de la muerte del padre. En cualquier caso, la relación entre sus propios padres también fue una fuente de inspiración para el autor en algunas partes del relato. (*N. de la E.*). <<

[10] El cuento, inspirado en los días que Lawrence y Alan Chambers pasaron en Greasley, en 1908, recolectando heno, sugiere una escritura temprana, pero no es hasta primeros de noviembre de 1911 que Lawrence se lo envía a Edward Garnett con la recomendación de que se lo ofrezca a la *English Review*, a pesar de que sabía que era poco adecuado por su extensión. Por eso mismo nunca apareció en la revista. En julio de 1914 Lawrence pidió que le devolvieran el manuscrito porque estaba planeando incluir este cuento en *El oficial prusiano y otros cuentos*, pero al final no lo incluyó. Lo devolvió a la agencia, probablemente con algunos cambios, y les pidió que reposara porque volvería sobre él más tarde. En 1930, su agente le escribió para decirle que tenía todavía varios manuscritos suyos, algunos inéditos, que sería bueno que revisara. El manuscrito de este cuento se mecanografió en 1930 para la recopilación de David Garnett, *Love Among the Haystacks and Other Pieces* (*Amor entre el heno y otras piezas*), 1930, que apareció nueve meses después de la muerte de Lawrence. Se publica aquí por vez primera en castellano. (N. de la E.). <<

[<sup>11</sup>] Plegaria infantil tradicional alemana: «Soy pequeño, mi corazón es puro / Solo Cristo habita en él». (*N. de la T.*). <<

[12] Llamado más adelante señor Inwood, quizá sea una recreación del reverendo Cyprian Thornton (1878-1939), vicario de Greasley entre 1907 y 1912. (*N. de la E.*). <<



[13] El origen y el nombre polaco de este personaje lo conecta con la Lidia Lensky de *El arco iris*, que también llega a Inglaterra para trabajar para un clérigo de las Midlands. Paula también es el nombre que Frieda Lawrence adoptó en sus memorias. (*N. de la E.*). <<

[<sup>14</sup>] Véase la nota 13. (*N. de la E.*). <<

[15] Incluido en la primera edición de *El oficial prusiano y otros cuentos*, Duckworth and Co., 1914, fue escrito bajo el título «Two Marriages» en julio de 1911 y revisado ese mismo otoño para la revista norteamericana *Century*, que lo rechazó. En julio de 1913, Lawrence lo reescribió y le dio el título que hoy conocemos. Después de varios rechazos, lo corrigió por completo en julio y octubre de 1914. Los Lindley están inspirados parcialmente en la familia del reverendo Percival Page, cuarto vicario de Brinsley entre 1881 y 1918. En 1906 Mable, la hija mayor, se casó con el reverendo Albert C. Hooper, que había ayudado en la parroquia de Brinsley en 1905. Los Durant, que ocupan el *cottage* en Brinsley, se cruzaron por primera vez en la vida de los abuelos de Lawrence y después en la de su tío George. Fue George, el hermano de Lawrence, quien se unió a los zapadores reales escoceses en 1895. (N. de la E.). <<

[16] Miembros de la socialista Fabian Society, fundada en 1884. (*N. de la E.*).

<<

[17] Refrán popular, «*A green Christmas, a fat churchyard*», basado en la vieja superstición de que los enfermizos mueren más fácilmente cuando el tiempo frío sigue a la Navidad. (*N. de la E.*). <<

[18] En Barford sitúa el autor la oficina del registro matrimonial más cercana. El nombre proviene de Basford, un suburbio de Nottingham. (*N. de la E.*). <<

[19] Incluido en la primera edición de *El oficial prusiano y otros cuentos*, Duckworth and Co., 1914, fue escrito en agosto de 1911 y publicado en la *English Review* en febrero de 1912. Fue revisado de manera exhaustiva en julio y octubre de 1914 para su inclusión en la primera edición del volumen de Duckworth. (N. de la E.). <<

[20] Incluido en la primera edición de *El oficial prusiano y otros cuentos*, Duckworth and Co., 1914. Lawrence escribió sobre este tema bajo el título «*A Modern Lover*» a principios de 1910, después de revivir su aventura con Jessie Chambers durante una visita a su casa. En diciembre de 1911 escribió un segundo cuento sobre el mismo tema llamado «*The Harassed Angel*» y después «*The Right Thing to Do / The Only Thing to be Done*». Corregido en marzo de 1912 con un nuevo título («*A Soiled Rose*»), fue publicado en la revista norteamericana *Forum* en marzo de 1913 y en la *Blue Review* en mayo de 1913. Profundamente corregido en julio de 1914 bajo el título «*The Dead Rose*», fue revisado con posterioridad en octubre de 1914, fecha en la que recibió el título por el que hoy lo conocemos. La granja Willeywater está inspirada en la granja Haggs al norte de Eastwood, donde vivió la familia Chambers. Hilda está ligeramente basada en Jessie Chambers, y Syson en el propio autor. (N. de la E.). <<



[21] «*What a ballad of dead ladies!*», tomado de «Balada de las damas del tiempo pasado», del poeta francés François Villon (1431-1463). (*N. de la E.*).

<<

[22] En francés en el original, verso tomado del poema «Coloquio sentimental», incluido en el poemario *Fiestas galantes* (1869), de Paul Verlaine: «¡Qué azul era el cielo y qué grande la esperanza!». (*N. de la E.*).

<<

[23] En *Hijos y amantes*, donde el personaje de Miriam también está basado en Jessie Chambers, hay una referencia similar a un ángel de Boticelli: «A Paul siempre le recordaba a un ángel de Boticelli cuando cantaba» (*Hijos y amantes*, DeBolsillo, Barcelona 2006, p. 291). (N. de la E.). <<

[24] Se refiere al poema *The Chapel in Lyonesse* («La capilla en Lyonesse», 1856), incluido en el poemario de inspiración medieval y en la saga artúrica *The Defense of Guenevere* («La defensa de Ginebra», 1858). Lyonesse, mítico reino celta de las islas Elder, en el ciclo artúrico equivale a Avalon. (N. de la E.). <<

[25] Cuento que da nombre a la primera edición de *El oficial prusiano y otros cuentos*, Duckworth and Co., 1914. Bajo el título «Honour and Arms», fue escrito en junio de 1913 y publicado, en una versión muy reducida, en la *English Review* en agosto de 1914 y en *Metropolitan* en el mes de noviembre del mismo año. Lawrence restauró las partes censuradas y realizó pequeños cambios para la primera edición en Duckworth, incluido el título. «Honor y armas» procede del oratorio *Sansón* (1743), de G. F. Haendel, con texto de Newburgh Hamilton basado en la obra *Sansón agonista*, de John Milton. En el pasaje, el gigante Harapha quisiera medirse con Sansón, pero, ciego y sin fuerzas, lo considera indigno y le insulta: «*Honour and Arms scorn such a Foe, / Tho' I cou'd end thee at a Blow*». (Desprecio el honor y las armas ante tal enemigo, porque podría acabar con él de un soplido). En este cuento Lawrence plasmó sus apuntes sobre los ejércitos de infantería bávaros y sobre el paisaje de los valles de Isar y Loisach que había recorrido en las dos ocasiones, junio-agosto de 1912 y abril-junio de 1913, en que había visitado Bavaria. Hemos preferido conservar el título dado por primera vez en castellano a este cuento y señalar, bajo este, el título original que le dio Lawrence. (*N. de la E.*). <<

[26] En alemán en el original: señor capitán. (*N. del E.*). <<

[27] Posible referencia a Cristo como el Buen Pastor que da la vida por sus ovejas (Juan 10, 11). (*N. de la E.*). <<

[28] Incluido en la primera edición de *El oficial prusiano y otros cuentos*, Duckworth and Co., 1914, fue escrito por primera vez bajo el título «Vin Ordinaire» en junio de 1913. Pero la versión de Duckworth proviene de una muy modificada que se publicó reducida en la *English Review*, en junio de 1914. El relato se sitúa en Metz, en cuyos alrededores el padre de Frieda, el baron Friedrich von Richthofen, vivía en una granja de estilo francés similar a la que se describe en la historia. Alsacia-Lorena estaba bajo dominio alemán (1871-1918). El barón, como su equivalente en la ficción, había sido herido en la mano derecha. Revisado profundamente en julio y octubre de 1914, Lawrence le cambió el título por el actual, basado en una cita de la Segunda epístola de san Pablo a los corintios 12, 7: «Y por eso, para que no me engría, me fue dado un aguijón para mi carne, un ángel de Satanás que me abofetea para que no me engriera». (*N. de la E.*). <<



[29] Metz estaba a menos de doce kilómetros de la frontera francesa. (*N. de la E.*). <<

[30] En francés en el original: reclinatorio. (*N. de la E.*). <<

[31] En alemán en el original: ayuntamiento. (*N. de la E.*). <<

[32] «Cuando estoy con mi niño / en sus ojos veo a su madre», fragmento de *Die Zillerthaler* (1848), opereta de J. F. Nesmüller (1818-1895). (*N. de la E.*).

<<

[33] Hechos de los Apóstoles 17, 28: «pues en él vivimos, nos movemos y existimos». (*N. de la E.*). <<

[<sup>34</sup>] En alemán en el original: *teniente*. (*N. de la E.*). <<

[35] Este relato nunca fue publicado en ninguna de las recopilaciones realizadas en vida del autor. Escrito en Italia en octubre de 1913, su contenido responde a una petición de la *English Review* en la que le ofrecían quince libras por cada uno de cuatro cuentos: «El oficial prusiano», «La espina en la carne» y otros dos de temática similar. «Embrolo mortal» es, probablemente, uno de estos cuentos, basado en un suceso de juventud del padre de Frieda, Friedrich von Richthofen. Lawrence terminó de escribir el relato el 2 de noviembre, y poco antes del 21 de diciembre, la *English Review* le confirmaba su interés en publicarlo, pero al final solo se quedó con los dos solicitados en firme. El manuscrito de «Embrolo mortal» fue uno de los que se quedaron en Italia cuando los Lawrence regresaron a Inglaterra en junio de 1914 y que su autor no recuperó hasta julio de 1916. En septiembre de este año, Lawrence fue invitado por la revista neoyorquina *Seven Arts* a enviarles varios cuentos. Lawrence había recuperado y reescrito «Embrolo mortal» de entre el material recibido de Italia y en octubre se lo envió a su agente en un último intento de que lo publicaran en la *English Review*. Lo había revisado y reescrito y lo calificaba como «un relato de primera clase, una de mis creaciones más puras». La *English Review* lo rechazó pero fue publicado por *Seven Arts* en julio de 1917. El título, «Mortal Coil», proviene de *Hamlet*, acto III, escena I: «*To die, to sleep; / To sleep, perchance to dream. Ay, there's the rub; / For in that sleep of death what dreams may come, / When we have shuffled off this mortal coil, must give us pause*». Traducido por vez primera en español como «Espiral de muerte», en esta edición hemos optado por «Embrolo mortal», siguiendo la traducción de *Hamlet* de José María Valverde: «Morir, dormir; dormir, quizás soñar: sí, ahí está el tropiezo, pues tiene que preocuparnos qué sueños podrán llegar en ese sueño de muerte, cuando nos hayamos desenredado de este embrollo mortal». (*Hamlet; Macbeth*, última edición en Booket, Planeta, Barcelona, 2003). (*N. de la E.*).

<<

[36] Los nombres de pila de las protagonistas de este relato, Marta y Teresa, figuran en el original inglés con la grafía castellana que, naturalmente, conservamos. (*N. del T.*). <<



[37] Probable versión de la misma Teresa sobre una popular canción veneciana, conocida en inglés como *The Carnival of Venice*, una de cuyas versiones dice: «Mi sombrero tiene tres picos...». (N. de la E.). <<

[38] En francés en el original: *así, así*. (*N. del T.*). <<

[39] Referencia a la heroína pura del *Fausto* (1808) de Goethe. Marta es demasiado celosa —en inglés, «*green-eyed*», alguien con los ojos verdes, tiene ese doble sentido— para poder interpretar ese papel. (*N. de la E.*). <<

[40] Referencia al poema «*Lenore*» (1773) del poeta alemán Gottfried August Bürger (1747-1794). Lenore despierta de sus pesadillas preguntándose dónde puede estar su amante, sin saber que él ha muerto. (*N. de la E.*). <<

[41] En francés en el original: peladillas. (*N. del T.*). <<

[42] Mateo 8, 22: «Dícele Jesús: Sígueme, y deja que los muertos entierren a sus muertos». (*N. de la T.*). <<

[43] Incluido en la primera edición de *Inglaterra, Inglaterra mía y otros cuentos*, Seltzer, Nueva York, 1922, este cuento fue escrito a finales de 1916 y titulado «The Miracle». Como ningún periódico o revista quiso publicarlo, Lawrence continuó trabajando en él, y en 1921 lo hizo mecanografiar y lo envió a sus agentes Mountsier y Curtis Brown. Este último lo colocó en la *English Review*, que lo publicaría en abril de 1922 sin que el autor, entonces en Sri Lanka, pudiera revisar las pruebas. Tanto en su diario como en su correspondencia, Lawrence se refería a este cuento como el del «tratante de caballos», así que en ausencia de manuscrito o pruebas que pudieran corroborar la autoría del título por el que se conoce, se ha adoptado como definitivo el que le dio la editorial. La casa de los Pervin en Oldmeadow se inspira en la de su amigo de la infancia Duncan Meakin, cuyo padre, John Thomas Meakin, fue granjero y tratante de caballos. Esta familia le proporcionó modelos para toda la familia Pervin. (N. de la E.). <<

[44] En francés en el original: morro. (*N. de la T.*). <<



[45] Probable referencia a la taberna Three Tunes, en Eastwood. (*N. de la E.*).

<<

[46] Los altos hornos Bennerley estaban situados justo al sur de Eastwood, en dirección a Cossall. (*N. de la E.*). <<

[47] Incluido en la primera edición de *Inglaterra, Inglaterra mía y otros cuentos*, Seltzer, Nueva York, 1922, este cuento fue terminado en noviembre de 1916 y titulado «The Prodigal Husband», y es el único situado en la costa de Cornualles, aunque Lawrence vivió allí dos años. El autor lo envió a su agente para que lo mecanografiaran, y a mediados de noviembre recibía el texto a máquina para corregirlo. Al devolverlo a su editor, Lawrence había «cristianizado» el título, presumiblemente con el actual. El cuento, aceptado por la *English Review*, se publicó en el número de marzo de 1917. Lawrence hizo algunos cambios cuando preparaba la edición del volumen, sobre todo en el final. Este cuento se publica aquí por primera vez en castellano. (N. de la E.). <<

[48] Los nombres de las poblaciones son, en este relato, reales. (*N. de la E.*).

<<

[49] Se refiere a las minas de Botallack, al norte de St. Just, visibles desde la carretera de Penzance. Muchas de las minas de la costa fueron abandonadas en el siglo XIX, y muchos de los mineros (como Willie Nankervis) emigraron a América y a Australia. (*N. de la E.*). <<

[50] The Tinnors Rest. en original inglés, es una recreación de The Tinnors Arms, en Zennor, no lejos de St. Just. Allí estuvieron alojados Lawrence y Frieda entre febrero y marzo de 1916 antes de instalarse en su *cottage* de Tregerthen. (N. de la E.). <<

[51] Se refiere a los reclutamientos intensivos realizados por lord Kitchener en 1915-1916 para preparar la ofensiva de 1916, a los que se conocía como el «Nuevo Ejército» (*New Army*). (*N. de la E.*). <<

[52] Referencia al episodio en el que Sansón es traicionado por Dalila, Jueces 16, 11-12: «Él le respondió: si me amarran con cordeles nuevos sin usar, me debilitaría y sería como un hombre cualquiera. Dalila cogió unos cordeles nuevos, lo amarró con ellos y gritó: “Los filisteos contra ti, Sansón”». (*N. de la E.*). <<



[53] Incluido en la primera edición de *Inglaterra, Inglaterra mía y otros cuentos*, Seltzer, Nueva York 1922, la primera noticia que se tiene de este cuento data de finales de 1918, fecha en la que Lawrence informó a Pinker de que había terminado tres relatos: «El zorro», «John Thomas» y «El ciego». Envío los manuscritos a Katherine Mansfield para que los leyera y después ella los enviara a Pinker, cosa que hizo en Navidad. En enero de 1919 Lawrence recibió los textos mecanografiados y, sorpresivamente —pues Lawrence no conseguía que su estilo, aunque él estaba dispuesto a adaptarse por problemas monetarios, encajara con el contenido de esta revista— el cuento titulado «John Thomas» —que en *slang* significa pene— fue publicado por *Strand* en abril de 1919. Pero se le cambió el título por «Billetes, por favor» además de algunas otras correcciones que afectaron al contenido. Cuando la norteamericana Metropolitan publicó el cuento en agosto, el título fue sustituido por «The Eleventh Commandment». Cuando Lawrence revisó el cuento para su edición dentro del volumen de Seltzer, aceptó el título de la revista *Strand* e incluso sugirió que era un buen título general. El texto que usó para la revisión fue el publicado por la revista *Metropolitan*, al que hizo numerosos cambios, sobre todo en el final. El relato tiene su origen y su título en la línea de tranvía Ripley-Nottingham, con parada en Eastwood, que Lawrence había tomado habitualmente a finales de 1917 y en 1918. (N. de la E.). <<

[54] Se refiere a la estación final del recorrido, Ripley, donde vivía Ada, la hermana de Lawrence. (*N. de la E.*). <<

[55] El movimiento cooperativista, derivado de las ideas de Robert Owen (1771-1858), tenía su efecto en las tiendas, que devolvían los beneficios a los clientes de la cooperativa en la década de 1840. Lawrence se refiere aquí a la rama de Ripley. (*N. de la E.*). <<

[56] Referencia a la superstición popular que afirmaba que los demonios y los espíritus malignos habitaban en los cuerpos deformes de los tullidos. (*N. de la E.*). <<

[57] Adaptación del proverbio «*Ships thant pass in the night...*», (*barcos que pasan en la noche*), recogido, entre otros, por H. W. Longfellow (18071882), en *Tales of a Wayside Inn*. (N. de la E.). <<

[58] Identificación jocosa de la heroína de este relato, Annie, con Leónidas de Esparta, recordado por su defensa del estrecho paso de las Termópilas, al este de Grecia, durante las guerras persas en el 480 a. C. (*N. de la E.*). <<

[59] Como se ha adelantado en la primera nota, el nombre del protagonista, John Thomas, en *slang* significa pene, mientras que Cuddy procede del *slang* «*cods*», testículos. Ambos nombres fueron cambiados, en aras de la decencia, en la edición de *Strand*, pero fueron restaurados en la edición americana de *Metropolitan*. (N. de la E.). <<

[60] En francés en el original: en alerta (*N. de la E.*). <<



[61] La canción *I'm afraid to come home in the dark* (Tengo miedo de ir a casa en la oscuridad), de los norteamericanos Harry Williams, Jack Judge y Egbert van Alstyne, se hizo popular en Inglaterra alrededor de 1909 gracias a Hetty King, una cantante de *music hall* que imitaba a los hombres. (*N. de la E.*). <<

[62] Fragmento de una canción muy popular en aquellos tiempos, de C. W. Murphy y Dan Lipton: «O, O, Antonio, / *He's gone away. / Left me on my ownio / All all alonio*». La puntuación de la frase en castellano en tres bloques es una transcripción de la utilizada en inglés por Lawrence, que así marcaba el ritmo de la música. <<

[63] Referencia a las ménades, devotas del dios griego Dionisos, que eran capaces de descuartizar animales en un estado de enajenación. Según una tradición, el legendario poeta Orfeo fue descuartizado por ellas por interferir en su culto. (*N. de la E.*). <<

[64] Incluido en la primera edición de *Inglaterra, Inglaterra mía y otros cuentos*, Seltzer, Nueva York, 1922, y con su personaje principal, Isabel Pervin, basado en Catherine Carswell, buena amiga del autor, Lawrence terminó de escribir este cuento en noviembre de 1918 y se lo envió a su agente a principios de diciembre. No fue publicado por la *English Review* hasta julio de 1920, seis meses después de que Lawrence y Pinker, su agente, rompieran sus relaciones. Fue objeto de fuertes discusiones monetarias por parte de Lawrence, que reclamaba a Pinker el pago de la publicación en la *English Review* y de una posterior en la americana *Living Age*, ambas prácticamente iguales. Lawrence hizo pequeños cambios para su publicación en Seltzer. Este cuento se publica aquí por primera vez en castellano. (N. de la E.). <<

[65] Esta hacienda se inspira en la vicaría de Upper Lydbrook, en el bosque de Dean, Monmouthshire, donde Lawrence había visitado a los Carswell en agosto de 1918, y el lugar donde concibió el relato. (*N. de la E.*). <<

[66] Este personaje está basado, con toda probabilidad, en el filósofo y premio Nobel Bertrand Russell (1872-1970), cuya amistad con Lawrence data de esta época. (*N. de la E.*). <<

[67] Incluido en la primera edición de *Inglaterra, Inglaterra mía y otros cuentos*, Seltzer, Nueva York 1922, Lawrence había terminado su escritura en mayo de 1919, fecha en la que se lo envió a Pinker pidiéndole que le devolviera el manuscrito si quería que cambiara el final. Después de la ruptura con Pinker, Lawrence lo envió a Mountsier en julio de 1920 para ver si este conseguía publicarlo simultáneamente en Estados Unidos y en Inglaterra, pero el cuento fue rechazado por los norteamericanos por considerarlo demasiado inglés. Pero al fin, *Hutchinson's Story Magazine* decidió publicarlo y el cuento salió en su número de octubre de 1921. Cuando encaró la revisión del cuento para su edición dentro del volumen *Inglaterra, Inglaterra mía...*, Lawrence hizo un número significativo de cambios, entre ellos el título, sustituido por «The Last Straw» (El colmo). Pero este deseo solo fue comunicado a Secker, ni a Seltzer ni a Mountsier, por lo que el título original se conservó en la primera edición. Este cuento se publica aquí por primera vez en castellano y hemos optado por dejar el título publicado en el volumen de cuentos, señalando bajo este el deseado por su autor. (*N. de la E.*). <<

[68] La grafía correcta de este solo es «*And I saw Heaven opened / and behold a white horse*» (Apocalipsis 19, 11: «Entonces vi el cielo abierto, y un caballo blanco»). Todo el párrafo y el que le sigue es incomprensible si se desconoce que en inglés la hache se aspira y suena como una jota muy suave. Se ha preferido no buscar una alternativa en castellano para no desvirtuar por completo el texto. (*N. de la T.*). <<



[69] «*Angels ever bright and fair*» (Los ángeles siempre brillan y son rubios), aria del oratorio *Teodora* (1750), de Georg Fridrich Haendel (1685-1759). Esta vez la pronunciación incorrecta del tenor provoca un juego de palabras intraducible, pues además de la haches inexistentes, si se pronuncia «bright and fair» comiéndose la «d» final de «and», el resultado es «unfair», injusto. (N. de la T.). <<

[70] «*Come, ye thankful people, come, / Raise the song of harvest-home./ All is safety gathered in / Ere the winter storms begin*», himno de Henry Alford (1810-1871) que solía cantarse en la Fiesta de la Cosecha. (*N. de la E.*). <<

[71] Números 22, 22-34: Cuando Balaán iba camino de Moab montado en su burra, un ángel de Yahvé que solo esta podía ver, interrumpió el paso. La burra se salió del camino para esquivarle, pero el ángel se interpuso de nuevo, de tal manera que la burra decidió tumbarse en mitad del camino y esperar allí a que el ángel se fuera, aguantando, estoica, la paliza que Balaán le propinó por tres veces. (*N. de la E.*). <<

[72] Salmo 126, 5-6. (*N. de la E.*). <<

[73] Génesis 19, 26: «Su mujer miró hacia atrás y se convirtió en un poste de sal». (*N. de la E.*). <<

[74] Himno de John Hampden Gurney (1802-1862). (*N. de la E.*). <<

[75] Incluido en la primera edición de *Inglaterra, Inglaterra mía y otros cuentos*, Seltzer, Nueva York, 1922, nada se sabe de la génesis de este cuento. Pinker tenía el manuscrito de un cuento titulado «Tú me acariciaste» a finales de 1919, que fue publicado por *Land and Water* en 1920. Tanto el manuscrito como su versión mecanografiada han desaparecido, pero parece que Lawrence no hizo ningún cambio. En diciembre de 1921 envió sus correcciones a Mountsier para su publicación dentro de *Inglaterra, Inglaterra mía...*, pero a Curtis Brown simplemente le envió la edición impresa por *Land and Water*. Más tarde se dio cuenta de que esta versión había sido cortada, así que le pidió a Mountsier que enviara a los americanos la versión íntegra, posiblemente una copia mecanografiada de la que él había revisado. Tanto a Mountsier como a Compton Mackenzie les pidió que se cambiara el título por «Hadrian», pero esta advertencia fue ignorada por Seltzer, que lo publicó como «Tú me acariciaste». Conservamos en esta edición el título dado por primera vez a este cuento en castellano, apuntando entre paréntesis el título que deseaba su autor. (N. de la E.). <<

[76] Basada en la casa situada en Lynn Croft, Eastwood, en la que vivió la familia de Lawrence desde 1903. Los hornos de cerámica estaban situados en los campos detrás de la casa. (*N. de la E.*). <<



<sup>[77]</sup> Lucas 10, 38-42. (*N. de la E.*). <<

[78] El armisticio que dio fin a la Primera Guerra Mundial se firmó el 11 de noviembre de 1918. (*N. de la E.*). <<

[79] Rawsley es la recreación de Eastwood en este relato. (*N. de la E.*). <<

[80] Incluido en la recopilación *La mujer que se fue a caballo y otros cuentos*, fue publicado con un día de diferencia por Martin Secker (Londres) y Alfred Knopf (Nueva York) en mayo de 1928. Escrito en 1924, tanto el manuscrito como la prueba mecanografiada y corregida de este cuento han pervivido. En su revisión, Lawrence cambió el texto en treinta y nueve sitios, desde simples palabras hasta frases completas. El cuento, en su versión revisada, fue publicado en *Criterion*, e incluido en el volumen *The Best British Short Stories of 1925*. El cuento tiene su referencia real en la vida del escritor John Middleton Murry: una visita que realizó a una mujer de Mansfield que le había enviado sus poemas. En su *Diario* se refiere a este hecho relacionándolo con su renuncia a Frieda. (N. de la E.). <<

[81] Tess de los D'Ubervilles es la protagonista de la novela homónima de Thomas Hardy (1891), una muchacha inocente, de familia venida a menos, seducida por un pariente rico en cuya casa entra a trabajar. En la primera versión del *Fausto* de Goethe (1772-1775), Gretchen es seducida y abandonada por el protagonista de la novela. Por fin, en el Libro de Rut 2, 1-23, la viuda que se convertiría en la abuela del rey David, pide espigar en el campo de un pariente de su suegra, quien la recompensa por haberse ocupado de su familia política. (N. de la E.). <<

[82] Murry era el fundador y editor (1923-1930) de *Adelphi*, donde Lawrence había publicado varios de sus ensayos, y siempre se quejaba de que el escritor nunca podía salir de sí mismo. (*N. de la E.*). <<

[83] Pan, dios griego de la fertilidad y de la sexualidad masculinas. (*N. de la E.*). <<

[84] En abril de 1924, Murry se casó con Violet le Maistre, una asistente editorial de *Adelphi*. (N. de la E.). <<



[85] Desde 1922, sin ninguna justificación legal, muchas autoridades locales se negaban a contratar como profesoras a mujeres casadas para conservar esos puestos de trabajo para los hombres. En 1923, cincuenta y siete profesoras casadas de Rhondda llevaron su caso ante los tribunales de distrito invocando la Ley contra la discriminación sexual de 1919, pero no tuvieron ningún éxito. (*N. de la E.*). <<

[86] La villa minera está basada en Eastwood. (*N. de la E.*). <<

[87] Referencia al pasaje de la *Odisea* de Homero, Libro XI, en el que Odiseo / Ulises, en su regreso a casa visita el submundo, el reino de Hécate, donde ha de sortear numerosos peligros, como el canto de las sirenas, o el estrecho de Mesina, donde le espera, a un lado Escila, el monstruo marino, y al otro el remolino de Caribdis. (*N. de la E.*). <<

[88] Distrito londinense, no lejos de Hampstead. Entre el 14 de diciembre de 1923 y el 23 de enero de 1924, los Lawrence vivieron en el número 110 de Heath Street, en Hampstead. Brett y Murry también vivían allí. Su amigo común, S. S. Koteliansky vivía en St. John's Wood. (*N. de la E.*). <<

[89] Nombres ficticios de periódicos, con cierto doble sentido en el segundo, *Janus*, que hace referencia a Jano, el dios romano de las dos caras. (*N. de la E.*). <<

[90] Se refiere a Jorge V, que reinó entre 1910 y 1936. (*N. de la E.*). <<

[91] Famosa reina guerrera británica del primer siglo a. C. que se rebeló contra los romanos. (*N. de la T.*). <<

[92] El primer gobierno laborista, con Ramsay MacDonald (1866-1937), comenzó en enero de 1924. MacDonald fue derrotado en las elecciones de octubre de ese mismo año. (*N. de la E.*). <<



[93] Referencia a una canción popular inglesa, *Balada del desterrado*, que proviene del Salmo 136, 1-2, donde se habla del destierro y la cautividad de Babilonia: «A orillas de los ríos de Babilonia, / estábamos sentados llorando, / en los álamos de la orilla / colgábamos nuestras cítaras». (*N. de la E.*). <<

[94] Incluido en la recopilación *La mujer que se fue a caballo y otros cuentos*, publicada por Alfred Knopf (Nueva York) y Secker en mayo de 1928 con un día de diferencia, «La frontera» es, con toda probabilidad, uno de los cuentos que Lawrence comenzó durante su estancia en París entre enero de 1923 y febrero de 1924. A su regreso a Nueva York continuó trabajando en él. En abril de 1925 envió pruebas mecanografiadas a las oficinas de Curtis Brown en Nueva York, con la petición de que bajo ningún concepto enviaran ninguno a John Middleton Murry, su editor en *Adelphi*, puesto que un retrato no muy benévolo de él aparecía en el cuento. «La frontera» apareció publicado en *Hutchinson's Magazine* y en la americana *Smart Set* en septiembre de 1925, con algunas diferencias que sugieren que cuando Lawrence corrigió las pruebas no hizo las mismas anotaciones en ambas. Cuando Lawrence revisó las pruebas para la edición del volumen en 1928, descubrió que la última parte del relato se había perdido porque la copia que le habían enviado al impresor era incompleta, y tuvo que añadir un final nuevo. La mujer que protagoniza el relato, Katharine Farquhar, se inspira en su mujer, Frieda Lawrence, antes Von Richthofen (1879-1956). Era hija de un noble alemán, nacida en Metz (Francia), con ascendientes polacos. (*N. de la E.*). <<

[95] *Boche*: palabra utilizada por los franceses para denominar a los alemanes, quizá procedente de *caboche*, vulgarismo que significa «cabeza cuadrada». (N. de la E.). <<

[96] D. H. Lawrence y Frieda se casaron el 13 de julio de 1914, aunque habían vivido juntos desde mayo de 1912. Antes de esto, Frieda había estado casada, desde 1899, con Ernest Weekly (1865-1954), profesor de francés en el Colegio Universitario de Nottingham. (*N. de la E.*). <<

[97] Con frecuencia, Lawrence se refería a Frieda como «reina de las abejas». (N. de la E.). <<

[98] Para D. H. Lawrence, el filósofo alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900) estaba principalmente asociado con el concepto de la «voluntad de poder». (N. de la E.). <<

[99] Pilar o columna de roca: referencia velada a las columnas de fuego y de nube mencionados en Éxodo 13, 21-22: «Yahvé marchaba delante de ellos: de día en columna de nube, para guiarlos por el camino, y de noche en columna de fuego, para alumbrarlos [...]». (*N. de la E.*). <<

[100] Philip es un personaje construido a partir de John Middleton Murry. Este había viajado con Frieda a Friburgo en septiembre de 1923 y ambos se habían confesado su amor mutuo, pero Murry no quiso convertirse en su amante por lealtad a Lawrence. (*N. de la E.*). <<



[101] Con «la reina del mundo, la madre», Lawrence hace una alusión velada a la diosa Cibeles, deidad adorada por los romanos como Magna Mater, una alusión que corrobora el atributo de la diosa de la fertilidad y de la agricultura Deméter, la mazorca de maíz, que aparece en la frase siguiente. (*N. de la E.*).

<<

[102] Una de las tres parcas, la encargada de mantener y medir el hilo de la vida, junto a Cloto, encargada de hilarlo, y Átropo, encargada de cortarlo. (*N. de la E.*). <<

[103] La batalla del Marne (5-12 de septiembre de 1914) fue la primera de las grandes y sangrientas batallas del frente del oeste durante la Primera Guerra Mundial. Pero la zona había sido un frecuente campo de batalla desde que el rey de los francos Clovis derrotó a los ejércitos romanos cerca de Soissons en el año 486. (*N. de la E.*). <<

[104] Frieda había pasado gran parte de su niñez y juventud en Metz, donde su padre había sido enviado como oficial del ejército alemán, ya que formó parte de Alemania entre 1871 y la Primera Guerra Mundial. (*N. de la E.*). <<

[105] Las provincias de Alsacia y Lorena, incorporadas a Prusia en 1871, fueron devueltas a Francia por el Tratado de Versalles (1919), pero la mayoría de sus habitantes, sobre todo en Alsacia, eran germano-parlantes. (*N. de la E.*). <<

[106] Ahora Mulhouse, la segunda ciudad más grande de Alsacia, a unos 120 kilómetros de Estrasburgo, importante por su industria textil. (*N. de la E.*). <<

[107] *Vater Rhein* en alemán, nombre tradicional dado al río, que procede tanto de la poesía del romanticismo como del nacimiento del nacionalismo alemán. (N. de la E.). <<

[108] Bajo el Tratado de Versalles, las tropas francesas e inglesas tenían el derecho de ocupar partes del valle del Rin durante quince años, pero la mayoría de ellas se retiraron en 1925. (*N. de la E.*). <<



[109] Dialecto hablado en Baden, en la orilla este del Rin, entre Heidelberg y Basel. (*N. de la E.*). <<

[110] En francés en el original: pequeño, miserable. (*N. de la E.*). <<

[111] Personaje inspirado en Else Jaffe (1874-1973), la hermana de Frieda, viuda de Edgar Jaffe, profesor de socioeconomía de la Universidad de Munich, el cual tenía una hermana llamada Marianne. Else, que vivió la mayor parte de su vida en Heidelberg, visitaba regularmente a su madre en Baden-Baden, y Lawrence, en ese tiempo, mantenía correspondencia con ella sobre las traducciones al alemán de sus libros. (*N. de la E.*). <<

[112] Además de una referencia al árbol que Yahvé hizo brotar del suelo en medio del paraíso (Génesis 2, 9 y 3, 22), para Lawrence era un símbolo asociado al regreso a la antigua fuerza vital, algo más grande que los dioses cristianos o paganos. (*N. de la E.*). <<

[113] «Avenida de los Suspiros», paseo famoso en Baden-Baden, que circula por la parte trasera del Ludwig-Willhelmstift, un asilo para viejas damas donde vivía la suegra de Lawrence y donde la visitaba con frecuencia. (*N. de la E.*). <<

[<sup>114</sup>] Se refiere al Neues Schloss, en su mayor parte del siglo XVI, y a la famosa Fetquelle, una pequeña caverna justo debajo del castillo donde el agua mana a 62 °C. (*N. de la E.*). <<

[115] El Altes Schloss o Castillo Viejo, construido entre los siglos XII y XV, fue destruido por el fuego después de 1584 y reconstruido con posterioridad. (*N. de la E.*). <<

[116] Russische Kirche, iglesia famosa construida en estilo ruso. Lichtenthal es un suburbio construido alrededor de un monasterio bien conocido, fundado en el siglo XIII, pero Lawrence se refiere, probablemente, al Lichtenthaler Allee, uno de los paseos de moda en la ciudad. La ausencia de jugadores es una alusión al casino que había en Baden-Baden antes de la Segunda Guerra Mundial. La Merkur es la colina boscosa más alta que rodea la ciudad. (*N. de la E.*). <<



[117] El mensajero de los dioses, tanto en Roma como en Grecia, encargado de conducir las almas de los muertos al otro mundo. (*N. de la E.*). <<

[118] Incluido en la recopilación *La mujer que se fue a caballo y otros cuentos*, publicada con un día de diferencia por Martin Secker (Londres) y Alfred Knopf (Nueva York) en mayo de 1928, este cuento fue escrito en 1926. Está basado en las impresiones de Lawrence sobre sir Edward Montague Compton Mackenzie (1883-1972), escritor de novelas, ensayos y artículos, y su mujer Faith, a los que había conocido en 1914 y con los que coincidió durante su estancia en Capri en 1921. No hay duda de que el método de escritura de Mackenzie y la forma en que distribuía el trabajo entre dos secretarias, tal y como él mismo describió en sus memorias, son una de las fuentes de inspiración de «Dos pájaros azules». El relato fue publicado por *Dial* en abril de 1927, por *Pall Mall Magazine* en junio de 1927 e incluido en la antología *Great Stories of All Nations*, Brentano, Nueva York, septiembre de 1927. El título del cuento es una alusión a la obra de teatro para niños de Maurice Maeterlinck (1862-1949), *L'Oiseau bleu* (El pájaro azul). El *bluebird* (*Sialia sialis*), que en Europa se correspondería con un herrerillo, y en México, con un azulillo o azulejo, es símbolo de la verdad y felicidad últimas. (N. de la E.). <<

[119] Durante muchos años, Mackenzie tuvo una secretaria devota, Nellie Boyte, que viajó con él y que, aparentemente, se ocupaba de la organización de la casa además de mecanografiar sus manuscritos. (*N. de la E.*). <<

[120] Esta frase hecha procede de una de las celebradas historietas de *Punch* (1895), de George du Maurier, en la que se ve a un joven cura desayunando con su obispo. A la pregunta de si su huevo está malo, contesta nervioso: «¡Oh, no, Excelencia, se lo aseguro! ¡Algunas partes son excelentes!». (*N. de la E.*). <<

[121] Kenilworth fue un ciudad medieval que creció al abrigo de un gran castillo normando. La guerra civil del siglo XVII destruyó el castillo, que fue abandonado, pero aún se conserva una parte, junto con la casa que construyó el duque de Leicester, a quien Isabel I hizo entrega del castillo en 1563. (*N. de la E.*). <<

[122] Libro primero de Samuel 3, 2-14. (*N. del E.*). <<

[123] Referencia a un ensayo de Lawrence, *The Future of the Novel* (El futuro de la novela, 1923), donde varias novelas de éxito son satíricamente criticadas. (N. de la E.). <<

[124] En 1909, Mackenzie había interpretado a Hamlet. (*N. de la E.*). <<



[125] Referencia directa al final de la obra de Maeterlinck que le presta título al relato (véase la nota 118). (*N. de la E.*). <<

[126] Incluido en la recopilación *La mujer que se fue a caballo y otros cuentos*, publicada por Alfred Knopf (Nueva York, 1928), pero omitido en la de Secker, apareció con anterioridad en julio de 1927 en *Dial* y en *London Mercury*, y fue escrito en 1926. Como «Dos pájaros azules», el cuento se basa de nuevo en el carácter y la vida de Compton Mackenzie, que en agosto de 1920 se trasladó a vivir a las islas del Canal. El intento fallido de establecer una comunidad en Herm hizo que en 1923 se trasladara a Jethou, donde vivió hasta 1930. En 1925 compró una pequeña isla abandonada, llamada Barra, en las Hébridas Interiores. Fue precisamente la similitud con la vida de Mackenzie, uno de los autores y accionistas de Secker, la razón por la cual el relato no fue incluido en la edición inglesa, puesto que Mackenzie amenazó a la editorial con emprender acciones legales si el relato era incluido. El enfado de Lawrence se manifiesta en la correspondencia que cruzó con Secker, al que le dijo que si el cuento se suprimía, prefería que no publicara el volumen. Pero Secker le pidió que cediera como un favor personal, a lo que Lawrence accedió a regañadientes. El cuento fue incluido más tarde en la recopilación titulada *The Lovely Lady* (La dama encantadora) que Secker publicó en 1932. (N. de la E.). <<

[127] Génesis 22,17: «Yo te colmaré de bendiciones y acrecentaré muchísimo tu descendencia como las estrellas del cielo y como las arenas de la playa». (N. de la E.). <<

[128] Herm es notable por sus crómlechs y círculos de piedra de tiempos prehistóricos. (*N. de la E.*). <<

[129] Las Hespérides Egle, Eritia y Espera, eran las ninfas que habitaban en la isla de los Bienaventurados, situada al pie del monte Atlas. Con la ayuda de un dragón custodiaban el árbol de las manzanas de oro, símbolo de la fecundidad y el amor. (*N. del T.*). <<

[130] Referencia, muy habitual en Lawrence, al Egipto Antiguo, donde los escarabajos eran considerados encarnaciones del dios Sol, Ra. (*N. de la E.*).

<<

[131] Compton Mackenzie, escritor inglés al que se ha identificado con la figura central de la presente historia, tenía su residencia en Inglaterra pero había alquilado una isla en el Canal, adonde iba él solo a pasar largos períodos dejando a su esposa en Capri. Siempre que Lawrence se refiere a la isla mayor, habla de Gran Bretaña. (*N. del T.*). <<

[132] Lawrence sentía una especial afinidad con la constelación de Orión, una de las más claras de los cielos del norte, nombrada así por el gigante cazador asesinado por Diana y metamorfoseado en un conjunto de estrellas. (*N. de la E.*). <<



[133] Mackenzie iba con frecuencia de Jethou a Londres para resolver asuntos relacionados con sus múltiples publicaciones (era un escritor prolífico). Además de escribir novelas y artículos, fundó *Gramophone* en 1923, una revista de crítica musical aún líder en nuestros días. (N. de la E.). <<

[134] Barrio londinense en el que los habitantes son en su mayor parte judíos.  
(*N. del T.*). <<

[135] Incluido en la recopilación *La mujer que se fue a caballo y otros cuentos*, publicada por Alfred Knopf (Nueva York) y Secker en mayo de 1928 con un día de diferencia. Este relato estaba terminado en diciembre de 1925, como se comprueba en la correspondencia de Lawrence. En febrero de 1926, Lawrence se quejaba de que los americanos de Curtis Brown no habían querido publicarlo por encontrarlo demasiado pagano para nada que no fueran revistas literarias, de manera que el relato no salió hasta otoño de ese mismo año, en la revista *New Coterie* y en una edición especial de cien copias firmadas por el autor. En febrero de 1928, Harry Crosby, un editor y coleccionista americano, ofreció cien dólares por el manuscrito de este relato, y como no apareció, Lawrence, siempre necesitado de dinero, decidió copiar el cuento de la versión publicada en *New Coterie*, pero revisándolo y ampliándolo mientras lo escribía. El manuscrito que envió a Crosby fue calificado por el autor como «final» y añadió que le hubiera gustado que se publicara como estaba allí, deseando poder publicar esa versión algún día. Un año después, Lawrence se refería a esta versión como «no censurada», aunque no fuera un término aplicable y que ha llevado a confusión a muchos estudiosos. La versión «final» fue publicada en edición limitada de lujo por Crosby's Black Sun Press en octubre de 1928, mientras que Knopf y Secker habían publicado en mayo la versión reducida. En esta edición, siguiendo los deseos del autor, se ha optado por la versión más larga. (*N. de la E.*). <<

[136] Habitantes de Sicilia antes de la colonización griega, de los que la isla toma su nombre. (*N. de la E.*). <<

[137] Toda la descripción de la casa es una recreación de la Villa Fontana Vecchia y sus jardines, en Taormina, Sicilia, donde los Lawrence vivieron entre 1920 y 1922. (*N. de la E.*). <<

[138] En italiano en el original: querubín. (*N. de la E.*). <<

[139] Mateo 6, 34: «Así que no os preocupéis por el mañana». (*N. de la E.*).

<<

[140] «El loto es el símbolo de nuestro primer ser sexual perfeccionado, que levanta sus capullos entre las aguas insondables». Lawrence escribió sobre su concepción del loto en el ensayo *Two principles* (Dos principios), escrito para *Studies in Classic American Literature, English Review*, 1919. (N. de la E.).

<<



[141] En italiano en el original: parcela. (*N. de la E.*). <<

[142] En italiano en el original: calamento (*Satureja calamintha*). (*N. de la E.*).

<<

[143] Véase la nota 102. (*N. de la E.*). <<

[<sup>144</sup>] Dirección en la zona de moda de Manhattan. (*N. de la E.*). <<

[145] En la mitología griega, Perseo, hijo de Zeus y Dánae, liberó a Andrómeda, que había sido encadenada a una roca como tributo o sacrificio a un monstruo marino. (*N. de la E.*). <<

[146] Incluido en la recopilación *La mujer que se fue a caballo y otros cuentos*, publicada por Alfred Knopf (Nueva York) y Secker en mayo de 1928 con un día de diferencia. «El ganador» (1925-1926) fue escrito para sustituir a «Glad Ghost», un cuento que lady Cinthia Asquith le había pedido para una antología de relatos de fantasmas en la que también figuraban sir James Barrie y Walter de la Mare. Lady Cinthia había rechazado el primero por ser demasiado extenso, pero aceptó el segundo, que fue publicado en la antología *Ghost-Book: Sixteen New Stories of the Uncanny*, Hutchinson, septiembre de 1926. También aparecía en la revista *Harper's Bazaar* en julio de 1926, y posteriormente en *La dama encantadora*, una nueva compilación de relatos publicada por Secker en enero de 1933 y por Viking Press en Nueva York en el mes de febrero. La madre de este cuento está inspirada en la propia lady Asquith, que siempre tenían dificultades financieras. En 1918, lady Cinthia se convirtió en la secretaria de sir James Barrie, un trabajo que desempeñó hasta la muerte del escritor. El padre de lady Asquith, Hugo, lord Elcho, era conocido por endeudarse y perder grandes cantidades de dinero en la bolsa. (N. de la E.). <<

[147] Los Asquith tenían tres hijos varones, uno de los cuales, John, era autista y pasó los últimos once años de vida en una institución. A Lawrence le interesaba mucho este niño porque estaba convencido de que su deficiencia procedía más de su educación y de su posición social que de una anomalía física. También hay ecos de la novela *Dombey e hijo*, de Charles Dickens, especialmente en el retrato de Paul y el asunto del dinero. (N. de la E.). <<

[148] Los nombres de algunos de los caballos que se mencionan en el relato se corresponden con caballos reales que entre 1919 y 1925 ganaron varias carreras en el circuito hípico británico. Además de Sansovino, Mirza y Malabar, estos dos escogidos por su vinculación con la antigua cultura India —Mirza procede de Mirzapur, antigua ciudad cerca del Ganges al noreste de la India; Malabar procede de la costa Malabar y sugiere una cultura antigua con una tradición primitiva vinculada con la magia. Este último también tiene ecos de la novela de E. M. Forster, *Pasaje a la India*, donde las cuevas de Marabar y su significado religioso tienen un papel importante. (N. de la E.).

<<



[149] Nathaniel Gould (1857-1919), periodista y novelista de éxito que escribía principalmente sobre las carreras de caballos. Sus 130 libros vendieron alrededor de 24 millones de ejemplares. (*N. de la E.*). <<

[150] Poco se sabe de este relato del que no se ha conservado ni manuscrito ni pruebas. Incluido en *La mujer que se fue a caballo y otros cuentos* (1928, Secker y Knopf), fue escrito probablemente entre noviembre y diciembre de 1925, y aunque fue del interés de muchos editores, solo se atrevieron a publicarlo Leonard Woolf en *Nation & Athenaeum* y la neoyorquina *New Masse*, ambas en junio de 1926. De nuevo, caricatura de John Middleton Murry, que había corrido al lecho de muerte de su mujer, Katherine Mansfield en 1923. Enferma de tuberculosis desde hacía años, en octubre de 1922 había recibido tratamiento en el instituto situado en Le Prieuré, Avon, Fountainsbleau, donde Georgei Gurdjieff aplicaba sus teorías sobre el camino interior y la superación personal, métodos en los que Lawrence no tenía ninguna confianza. El nombre, Ophelia, es una referencia clara a la heroína del *Hamlet* shakesperiano. (N. de la E.). <<

[151] Segunda estrofa del poema *The Deathbed*, del humorista y poeta inglés Thomas Hood (1799-1845). (*N. de la E.*). <<

[152] *Soeurs Bleues*, orden de hermanas de la caridad fundada en Londres por el cardenal Wiseman en 1862 y establecidas desde 1892 en Vernon, Normandía, Francia. En 1924 tenían asilos en Francia, Inglaterra y Bélgica, que se extendieron a otros países europeos e hispanoamericanos en los años cuarenta del siglo xx. (*N. de la E.*). <<

[153] Mateo, el apóstol recaudador de impuestos. (*N. de la E.*). <<

[154] En la mitología clásica, el Hades es la morada de los espíritus de los muertos, un lugar de melancolía y tristeza más que de castigo. (*N. de la E.*).

<<

[155] John Middleton Murry y Katherine Mansfield se casaron en 1918, pero vivieron juntos desde 1912. (*N. de la E.*). <<

[156] Se refiere a Jonas Chuzzlewit en *Martín Chuzzlewit* (1844), que le dirige esas palabras a Mr. Pecksniff, el celebrado retrato de un hipócrita de Dickens. Leonard Woolf, en una reseña dedicada a Murry en su revista *Nation & Athenaeum* de 1924 había comparado a Murry con Mr. Pecksniff. (*N. de la E.*). <<



[157] En italiano en el original: sucio. (*N. de la E.*). <<

[158] En italiano en el original: sí. (*N. de la E.*). <<

[159] Incluido en el volumen de cuentos al que da nombre, *La dama encantadora*, escrito en 1927 y publicado por Secker y la americana Viking Press en 1933, Lawrence sugirió su inclusión en *La mujer que se fue a caballo y otros cuentos* (1928), pero no apareció en él probablemente porque su reciente inclusión en el libro de lady Asquith *The Black Cap*, 1927, impedía su publicación en forma de libro durante un período de tiempo. El cuento fue escrito a petición de lady Asquith, que quería realizar un recopilatorio de cuentos de asesinatos. Lawrence escribió una primera versión que lady Asquith le pidió que acortara. Pero al recibir la versión reducida, la consideró demasiado corta y pidió al escritor que cotejara las dos versiones para realizar una intermedia, algo que Lawrence no hizo y que sugirió a la editora que hiciera ella. Por supuesto, lady Asquith tampoco hizo esta labor de tal manera que el relato se publicó por primera vez en su versión corta y así fue incluido también en *La dama encantadora*. Aquí se reproduce la versión original, la larga. (N. de la E.). <<

[160] Referencia a *Antonio y Cleopatra*, William Shakespeare, acto II, escena II: «*Age cannot wither her, nor custom stale / Her infinite variety*» (La edad no puede marchitarla, ni la costumbre endurecer su infinita variedad). (*N. de la E.*). <<

[161] Isaías 40, 31: «... mientras que a los que esperan en Yahvé / Él les renovará el vigor, / subirán con alas como de águilas, / correrán sin fatigarse / y andarán sin cansarse». (*N. de la E.*). <<

[162] Santa Cecilia es la patrona de la música. (*N. de la E.*). <<

[163] Estilo del siglo XVIII; la reina Ana reinó de 1702 a 1714. (*N. de la E.*). <<

[164] The Inns of Court, en Londres, era un alojamiento vinculado a las escuelas de leyes y colegios de abogados de Londres, donde estos podían disponer de habitaciones. (*N. de la E.*). <<



[165] Documentos y vestigios de México. Esta afición parece inspirada en la que tenía George Robert Graham Conway (1873-1951), el director británico de la Compañía de Luz y Electricidad de México, al que los Lawrence habían conocido en Ciudad de México, un gran coleccionista de manuscritos y otros materiales que había formado una biblioteca de documentos coloniales. (*N. de la E.*). <<

[166] Véase la nota 100. (*N. de la E.*). <<

[167] Némesis, diosa griega que medía la felicidad y la desgracia de los mortales, para conseguir un efecto de compensación. También se utiliza como sinónimo de castigo. (*N. de la E.*). <<

[168] En francés en el original: una dama sin limitaciones, que no ha de contenerse. Es el título y el nombre de la protagonista de una comedia inmensamente popular, obra de Victorien Sardou (1852-1922), representada por primera vez en 1893, en París, y luego llevada por toda Europa. (*N. de la E.*). <<

[169] En francés en el original: ideal de perfección. (*N. de la E.*). <<

[170] En francés en el original: crío. (*N. de la E.*). <<

[171] En italiano en el original: Quién lo sabe, querido, si merece la pena. (*N. de la T.*). <<

[172] En italiano en el original: Bien, sí, muy bien, pobre hombrecito, pero nunca será un hombre como tú, nunca. No es un héroe, ni en el amor ni en la inteligencia. (*N. de la T.*). <<



[173] En italiano en el original: ¡ni siquiera mal! (*N. de la T.*). <<

[174] Tinia, dios etrusco antecedente del griego Zeus o del romano Júpiter, dios del trueno. (*N. de la E.*). <<

[175] Escrito en marzo de 1928, «Cosas» fue publicado por primera vez en Bookman en agosto de 1928. Al mes de publicarse Lawrence escribió a su amigo norteamericano Earl Brewster para avisarle de que no se sintiera identificado con los protagonistas. Pero las semejanzas entre los Melville del cuento y los Brewster de la realidad son obvias: su entusiasmo por el arte europeo, el budismo, etcétera. El cuento también fue publicado por *Fortnightly Review* en octubre de 1928 y recopilado por primera vez en *La dama encantadora* (1933). (N. de la E.). <<

[176] Una de las fundadoras de la Sociedad Teosófica en 1875. (*N. de la E.*).

<<

[177] Tras su victoria sobre las huestes de Mara, el Maligno, el renacido Buda descansó durante siete días bajo el árbol de Bodhi, o árbol de la sabiduría, y después de esos siete días de meditación rechazó la tentación de guardar solo para sí mismo el sendero que conduce al nirvana, el alivio de toda aflicción. (*N. de la E.*). <<

[178] En alemán en el original: firmeza, perseverancia. (*N. de la E.*). <<

[179] En italiano en el original: salón. (*N. de la E.*). <<

[180] Escrito en mayo de 1928, este cuento fue publicado por primera vez en *New Criterion* en abril de 1929 y reunido también por primera vez en *La dama encantadora* (1933). (N. de la E.). <<



[181] Neso, el centauro, cruzaba a la gente a la otra orilla del Evano por una cantidad de dinero. Hércules y Deyanira, su tercera mujer, le pidieron ayuda, pero el centauro se encaprichó de la mujer y Hércules tuvo que defenderla matando a Neso con una flecha envenenada. Mientras agonizaba, Neso le dijo a Deyanira que si quería conservar el amor de su marido recogiese su sangre. Más tarde, cuando Deyanira sospechó del interés de Hércules por Yole, untó una camisa con la sangre del centauro y envió a Licas, el sirviente de Hércules, a que le entregara la ropa. El veneno que contenía la sangre de Neso penetró en la piel de Hércules, causándole tanto sufrimiento que terminó por pedir que le inmolaran. (*N. de la E.*). <<

[182] En francés en el original: arqueada. (*N. de la E.*). <<

[183] Anne de Lenclos, conocida como Ninon de Lenclos (1620-1705), cortesana y escritora francesa, famosa por su cultura e ingenio y por su amistad con Saint-Evrémond. Antoinette Poissons, marquesa de Pompadour (1721-1764), mecenas de las artes y amante de Luis XV. Los títulos de duquesa y marqués era usados con frecuencia en la Francia del XVIII, una época que Lawrence despreciaba. (*N. de la E.*). <<

[184] Las fábricas de alfombras de Aubusson eran famosas principalmente por sus alfombras tejidas como tapices de los siglos XVIII y XIX. (*N. de la E.*). <<

[185] En francés en el original: artículo de calidad. (*N. de la E.*). <<

[186] Cuento de *Las mil y una noches* que inspiró una película protagonizada por Douglas Fairbanks en 1924. (*N. de la E.*). <<